
La venganza siempre cobra su precio.
Traición y Sangre
Sofia Salto

La venganza siempre cobra su precio.

TRAICIÓN Y SANGRE II

Sofía Salto

© 2026, Sofía Salto

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin permiso escrito del propietario del copyright.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.

ISBN: 9798191349695

Corrección ortotipográfica: Sofia Salto

Diagramación interna: Sofía Salto

Diseño de páginas: Lorgenis Rojas

Diseño de cubierta: Lorgenis Rojas

Instagram: @lord.esign

NOTA DE LA AUTORA

Bienvenida de nuevo a las sombras. Si tienes este segundo libro entre tus manos, significa que sobreviviste al primer descenso a la Mafia *Draghi* y, por alguna razón retorcida, decidiste quedarte. Pero te lo advierto desde ahora: no te confíes. Si el primer libro te pareció oscuro, este te asfixiará. Aquí ya no quedan máscaras que dejar caer ni líneas morales que cruzar; las hemos quemado absolutamente todas.

En esta continuación, el juego ha cambiado. La venganza ya no es solo una promesa susurrada en la oscuridad, es un plato que se sirve crudo, lento y bañado en pura agonía. Los monstruos de esta historia ya no se esconden en el clóset; ahora están sentados en el trono. Prepárate para seguir a una protagonista que no necesita ser salvada porque ella misma es el arma más letal de la sala, y a un hombre cuya devoción por ella es tan posesiva, violenta y obsesiva que desafía cualquier límite de la cordura.

Te lo recuerdo con mayor firmeza: este no es un cuento de hadas. Encontrarás violencia gráfica, descripciones explícitas de tortura física y psicológica, manipulación, y sangre... mucha sangre. Las escenas sexuales suben de tono, volviéndose más crudas, dominantes y viscerales, demostrando que en este mundo el amor y la posesión son exactamente la misma cosa. No hay redención a la vista, ni personajes que sientan culpa por los cadáveres que dejan a su paso.

Si el caos del primer libro te hizo dudar, esta es tu última oportunidad para huir. Pero si el peligro, el veneno y las coronas forjadas en dolor se han convertido en tu adicción... entonces toma asiento y no apartes la mirada.

Al primer libro entraste por curiosidad; en este, te quedas por la sangre.

Has sido advertida por segunda vez. La verdadera guerra acaba de comenzar.

Para las que llevan sus secretos tatuados en el alma y sus cicatrices como armaduras.

Nunca más tendrán el placer de nuestro silencio.

«I was your father figure
We drank that brown liquor
You made a deal with this devil
turns out my dick’s bigger»

Father Figure
Taylor Swift

PLAYLIST

Dove Cameron - Boyfriend
Sub Urban - INFERNO
Destiny Rogers - Tomboy
Sam Tinnesz - Play with Fire (feat. Yacht Money)
Taylor Swift - ...Ready For It?
GAYLE - abcdefu
Taylor Swift - Look What You Made Me Do
Taylor Swift - Father Figure
Dutch Melrose - RUNRUNRUN
Isabel LaRosa - older
Sabrina Carpenter - When Did You Get Hot?
Taylor Swift - CANCELLED!
Taylor Swift - The Man
Taylor Swift - I Did Something Bad
Taylor Swift - Don’t Blame Me
Ex Habit - love me
Cheyanne - i lied
Anna Marx - Twisted
BURY - Closer
zandros - obsessed
Anna Marx - so good
October Ends - MINE
October Ends - Dark Side of You
LISA - New Woman (feat. ROSALÍA)
Arctic Monkeys - Do I Wanna Know?

PRÓLOGO

Chicago, 2013, Mansión Salvatore

El despacho de Levi Salvatore conservaba el vaho del tabaco caro y la colonia de mil dólares. Levi mantenía los ojos verdes clavados en los papeles frente a él; no había dejado de fumar desde que se encerró allí una hora antes.

Hacía mucho que no vaciaba la cigarrera. Con veintisiete años y una hija de seis, sabía que debía dejarlo. La pequeña Maddox se lo recordaba cada vez que intentaba abrazarla y ella arrugaba la nariz con una mezcla de asco que lo divertía y lo entristecía a la vez. Había estado limpio durante años; recayó cuando su esposa lo abandonó, pero gracias a su mejor amigo no se convirtió en una chimenea andante. Desde entonces, lo tenía controlado.

Hasta esta tarde.

—Deberías dejarlo.

Los ojos de Levi se apartaron de los papeles para clavarse en su amigo. Jacob Hardaway lo miraba con una mezcla de tristeza y nerviosismo.

—Y tú deberías meterte en tus asuntos —replicó Levi con tono mordaz—. Porque hasta ahora solo me has complicado la existencia.

Jacob bajó la vista. Sabía que no hablaba en serio; Levi lo quería como a un hermano y daría la vida por él. Pero las cosas habían cambiado. Ya no eran dos adolescentes sin responsabilidades, sino dos hombres obligados a pagar por las consecuencias de sus actos. Y Jacob era quien más tenía que perder.

—Lo arreglaré, Levi —aseguró con dureza. Se inclinó sobre la mesa de caoba, conectando sus miradas por un segundo antes de volver a apartarla—. Te prometo que…

—Lo arreglaré yo —lo interrumpió con un suspiro—. Como siempre, Jacob. Yo me encargo.

Jacob apretó los puños a los costados y tensó la mandíbula.

No le gustaba que Levi fuera su salvavidas. Cuando eran chicos no le importaba, pero ya eran adultos. Debía poder solucionar sus propios problemas. Pensó en Milenka, en lo que diría cuando se enterara de lo ocurrido y de que la única solución era huir.

Jacob no quería depender de él, pero los Hardaway no tenían el poder de los Salvatore, y Milenka había roto lazos con su propia familia. El Don era su mejor opción; sabía que Levi jamás los abandonaría.

—Te pedí que no lo hicieras, Jacob —Levi se pasó una mano por el cabello—. Solo debías vigilarlos. Solo quería saber quién se esconde bajo la fachada de Pietro.

—Lo sé, lo siento. —Jacob volvió a mirarlo, percibiendo la densidad del ambiente—. No debí acercarme demasiado…

—¿Acercarte? —Levi soltó una risa seca—. Cruzaste todos los límites. Nos expusiste, pero sobre todo, te pusiste en peligro.

—Era lo que querías —le recordó en voz baja—. Romper los tratados de paz que impuso tu padre…

—Sí, pero no así. —Negó con la cabeza—. Si soy yo quien la provoca, no me sirve de nada.

—No creí…

—¿Que sabrían que eres un maldito espía enviado por mí? —bufó—. Vamos, Jacob. Eres inteligente. Si detrás de Pietro de verdad se esconde él… —hizo una mueca de disgusto—. Solo tienen que sumar dos más dos.

El silencio que siguió los envolvió con la certeza de que, quizás, sería la última vez que estarían juntos en mucho tiempo. Jacob tendría que escapar con la ayuda de Levi hasta que las aguas se calmaran. Cuando provocas a una mafia enemiga, no importa si te apellidas Salvatore o si eres la maldita realeza: la consecuencia siempre es un baño de sangre.

Pero Levi jamás permitiría que torturaran o asesinaran a su mejor amigo. Antes tendrían que pasar por encima de su cadáver.

—Promete que los cuidarás —susurró Jacob.

A Levi no le hizo falta preguntar a quiénes se refería. El plan era simple: Jacob partiría esa misma noche a Francia, donde Nora lo esperaría con documentación falsa para ser otra persona durante la próxima década. A su esposa no le había hecho ninguna gracia tener que hacer ese favor, pero Levi se lo pidió en nombre de Milenka, su mejor amiga, y no pudo negarse.

Milenka y los niños se quedarían en Chicago, al menos hasta controlar la situación y evitar que estallara la guerra. Luego se reunirían con Jacob en algún lugar remoto de Europa o Asia. Aún no lo decidían.

—Sabes que lo haré —murmuró con cansancio—. Ahora vete. Milenka no está al tanto de nada y necesitas asegurarte de que lo sepa por ti antes que los niños.

Jacob tragó en seco. Sabía que su esposa se negaría a dejarlo ir solo, pero tendría que convencerla costara lo que costara.

Levi rodeó el escritorio y, antes de que su amigo pudiera procesarlo, el Don lo envolvió en un abrazo fraternal.

—Mierda, Levi —murmuró Jacob, conteniendo una risa—. Si solo tenía que provocar una guerra para que me demostraras afecto, lo habría hecho hace años.

—Ya. —Levi puso los ojos en blanco y se apartó—. Déjate de juegos. Es tu vida la que corre peligro, Hardaway.

—¿Qué puedo decir? —Se encogió de hombros con una sonrisa ladeada—. A Jacob Hardaway siempre le gustaron los problemas. Me iré para…

Antes de que pudiera terminar, la puerta del despacho se abrió de golpe. Ambos se congelaron ante la escena: Milenka estaba empapada en sangre.

—¿Qué demonios? —masculló Levi.

—Milenka…

—¿Se te cayó un bote de pintura roja encima?

Los dos hombres abrieron los ojos de par en par al descubrir a la niña rubia parada junto a la mujer. Maddox ladeó la cabeza, escaneándola de arriba abajo con suma atención.

—¿Caminaste debajo de una escalera? Porque eso también trae mala suerte…

—Maddox, a tu habitación —la interrumpió Levi. La niña se cruzó de brazos con una actitud demasiado intimidante para su corta edad, pero su padre endureció la mirada—. Ahora.

Rodó los ojos y dejó escapar un suspiro exagerado.

—De acuerdo —murmuró, dándose la vuelta, aunque no sin antes echarle un último vistazo a la intrusa—. El rojo te sienta bien.

Milenka parpadeó, incrédula. La misma niña que vio nacer hace seis años, la hija del mafioso más temido de Chicago, acababa de verla cubierta de sangre sin inmutarse lo más mínimo.

«*De tal palo, tal astilla*», pensó, clavando la mirada en Levi.

Jacob acortó la distancia a trompicones y acunó el rostro de su esposa. *«Pobre Jacob. Siempre creyendo que soy yo la que está en peligro, cuando al final todos corren peligro por mí»*, reflexionó ella.

—Amor, ¿qué ocurrió? —preguntó él en un susurro.

—Dios mío —exhaló Levi a sus espaldas—. Ustedes dos van a matarme de un maldito infarto.

—Ya, Levi. —Milenka apartó suavemente las manos de Jacob de su rostro—. Estás exagerando.

—Oh, claro. Quizás no debería resultarme extraño que la esposa de mi mejor amigo irrumpa en mi despacho como Carrie.

Milenka ignoró el sarcasmo del Don. Caminó, indiferente a la sangre que goteaba sobre la alfombra negra, hasta la pequeña mesa de licores. Se sirvió su whisky favorito y lo bebió de un solo trago, cerrando los ojos al sentir el ardor en la garganta.

La adrenalina aún hervía en sus venas. A partir de ese momento, todo se había ido al diablo. No les quedaba más opción que iniciar una guerra real. Sentía el cabello pegado a la nuca y el olor metálico a óxido impregnado en su piel, mezclándose con el aroma del alcohol. Se sirvió otro vaso y se giró hacia ellos.

—Fueron a casa —anunció, mirando fijamente a Jacob—. Te buscaban a ti.

—Mi amor…

—¿Por qué demonios te buscaban, Jacob? ¿Qué me estás escondiendo?

Jacob bajó la mirada, incapaz de sostener el hielo de sus ojos.

—Me acerqué demasiado.

Levi, que hasta ese momento había intentado no perder los estribos, explotó.

—Sabes que le pedí que se infiltrara en *Onyx* —Milenka alzó una ceja y asintió—. Quería descubrir quién demonios era Pietro…

—Querías saber si era Marcio —lo interrumpió ella—. Querías confirmar si era él. ¿Por qué? ¿Para recuperar lazos?

A Levi siempre lo había sacado de quicio la ironía de la rusa, aunque fue precisamente eso lo que los convirtió en amigos.

—Para cobrar deudas, Milenka. Para eso. —Levi se frotó las sienes—. Pero solo necesitaba saber lo suficiente, no quedar al descubierto. —

Le lanzó una mirada fulminante a Jacob—. Sin embargo, tu esposo no tuvo mejor idea que meter las narices donde no debía.

—Y ahora lo saben —concluyó ella, cruzándose de brazos—. Bien. Para tu buena suerte, puedo confirmarte que sí. Marcio y Pietro son la misma persona.

Levi arrugó la frente.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque fue a buscarnos. —Miró a Jacob y suspiró—. Aunque no era él. Era Marcus.

—Su hermano —murmuró Levi, atando cabos—. Lo del gemelo también era un rumor…

—Un rumor muy cierto —sentenció Milenka antes de terminar su bebida—. Se presentó con otro hombre que no tuvo un final feliz. —Dejó el vaso de cristal sobre la mesa con un golpe seco que puso a ambos en alerta—. ¿Pensabas irte y dejarme sola con los niños?

El tono acusador hizo que Jacob encogiera los hombros. Pocas cosas le aterraban tanto como la frialdad de su esposa; la misma que lo había enamorado e intimidado a partes iguales.

—No podía quedarme. El plan era alejarme hasta que estuvieran a salvo…

—Lamento informarte que eso ya no será posible —lo cortó—. Ahora nos vamos todos.

—¿También asesinaste a Marcus? —La voz de Levi adoptó ese temple oscuro que usaba para ordenar ejecuciones—. Milenka…

—Levi, ¿siempre tienes que ser tan dramático?

—No me jodas. No estoy para tus juegos.

—Tranquilos los dos —intervino Jacob.

—No lo maté —admitió Milenka—. Pero estuve cerca. Logró escapar, así que debemos movernos rápido. No creo que le quede mucho tiempo, pero aún podría darnos problemas.

Levi empezó a maldecir.

—Mierda. —Pateó su silla de roble, haciéndola rodar hacia atrás—. ¡Ustedes dos tenían que ser tal para cual! ¿No pueden limitarse a pasar desapercibidos?

—Basta. —Milenka dio un paso hacia él, dispuesta a callarlo—. No es momento para quejas ni berrinches. Hay que actuar.

Levi la miró, incrédulo ante su audacia, pero terminó asintiendo, derrotado.

—Llama a Nora. Que consiga documentación para todos.

—Vamos a casa —dijo Jacob, tomando la mano de su esposa. La expresión de Milenka se suavizó de inmediato—. Tenemos que buscar nuestras cosas y a los niños.

—Los espero aquí en dos horas —sentenció el Don.

Los tres compartieron una última mirada.

◆ ◆ ◆

En cuanto llegaron a su hogar, Jacob se encontró con un escenario dantesco. Contuvo una mueca al ver la sangre esparcida por los azulejos de la cocina. En el trayecto, Milenka le había resumido lo sucedido: Marcus irrumpió por la puerta trasera con uno de sus matones e intentó atacarla por la espalda mientras cocinaba. Pero Milenka fue más rápida.

Siempre había sido más letal que cualquiera. Criada en la Bratva, escapó a los quince años dejando una estela de cadáveres a su paso. Jacob se había enamorado de ella al instante, y aunque le costó horrores captar la atención de la joven de ojos azules, siempre supo que lo lograría. Le propuso matrimonio sin titubear, convencido de que o compartía su vida con ella, o moriría en las calles de Chicago.

Mientras Milenka preparaba en la habitación de los niños una maleta con lo estrictamente indispensable, Jacob la aguardaba. Ella se dio

una ducha rápida para borrarse los rastros de los infelices que intentaron matarla. Una furia latente le quemaba las venas al pensar que el objetivo real era su esposo. Siempre había sido posesiva con él, dispuesta a masacrar a quien osara interponerse en su camino. Lo hizo años atrás, casi asesinando a su propio padre, y no se arrepentía.

Se miró al espejo. El cabello negro y liso caía como una cascada sobre su piel pálida, acentuando el brillo gélido de sus pupilas. Desde que huyó de Moscú, no había vuelto a mancharse las manos. Hasta hoy. La adrenalina de empuñar un filo volvió a embriagarla.

Al salir del baño, pasó por la cocina. No se molestaron en limpiar; sabían que Levi se encargaría de encubrirlo todo. Levi siempre lo hacía.

Abrió el segundo cajón de la despensa y sacó su cuchillo favorito. Caminó, envuelta solo en una toalla, hasta su habitación. Jacob ya estaba listo, con su maleta cerrada a los pies de la cama.

Antes de que él pudiera reaccionar, sintió el metal frío presionando su yugular. Tragó en seco. Milenka lo miró con una mezcla de furia y posesión que lo excitó más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—Mi amor —susurró él—. Sé que estás molesta, pero…

—La próxima vez que intentes alejarte de mí, te sacaré los ojos, Jacob —advirtió con voz fría.

Y él le creyó, por supuesto. Milenka jamás lanzaba amenazas en vano.

—Pero si mis ojos te fascinan, cielo —replicó, guiñándole uno—. No seas tan cruel. Solo quería protegerte.

—Me aceptaste con las manos manchadas de sangre cuando solo era una adolescente. Y en nuestros votos prometimos estar juntos siempre. Hablo en serio.

—Y yo también. —Apretó la mandíbula—. No pienso dejarte. Lamento siquiera haberlo considerado.

—Bien. —Presionó apenas un milímetro más el filo a modo de advertencia antes de apartarlo, cediendo ante la sonrisa de su esposo—. Y no olvides que estaré contigo hasta el fin de nuestros días.

Jacob la tomó por la nuca y la atrajo hacia él. La besó con desesperación, como si quisiera memorizar su sabor. Estaban a punto de dejarse llevar cuando el portazo de la entrada los devolvió a la realidad. Se pusieron en alerta y corrieron hacia el pasillo.

Matthew, su hijo mayor, estaba paralizado en el umbral, observando las manchas escarlatas en el suelo.

—¿Qué demonios pasó aquí?

—*Malysh* —murmuró Milenka, acercándose, aunque el muchacho rodó los ojos al escuchar el apodo en su lengua natal—. Todo está bien, solo tenemos que irnos.

—Díganme qué carajos pasó. —Matthew siempre había sido frío y calculador. Era como ver a Milenka, pero en la versión de un adolescente de casi diecisiete años con ojos color chocolate—. ¿Estás bien, mamá? ¿Te hicieron daño?

Por primera vez, la máscara de hielo del chico se agrietó y una lágrima traicionera se le escapó a su madre, aunque se recompuso de inmediato.

—Estoy perfecta. —Milenka acunó el rostro de su hijo y le sonrió—. Pero digamos que nos metimos en un problema.

—¿Qué clase de problema? —gruñó.

Sabían que con Matthew no hacían falta filtros. Conocía la realidad del negocio y jamás la había cuestionado. Pero no había tiempo para explicaciones.

—Hicimos enojar a quien no debíamos —intervino Jacob, colocándose junto a ellos—. Pero Levi nos ayudará.

—Tenemos que irnos, no es seguro quedarnos —apremió ella, alejándose para comprobar los cerrojos de las ventanas—. Ya

preparé tu ropa. Max sigue en clases, así que pasaremos a buscarlo.

—Ya llamé al instituto para avisar que lo retiraríamos temprano.

—Perfecto. —Milenka volvió a mirar a Matthew, que seguía con la vista clavada en el suelo—. Lo siento, Matt. Sé que acabas de empezar tu último año, pero en Europa podrás estudiar…

—¿Nos vamos a Europa? —preguntó sin aliento.

—Estaremos un tiempo en Francia. Después nos moveremos según cómo avancen las cosas —Matthew asintió—. Me cambio y los veo en el coche.

Padre e hijo se movieron con rapidez. En pocos minutos, el equipaje estaba en el maletero. Jacob aguardó al volante hasta que Milenka salió de la casa, vestida con ropa táctica negra. A Matthew le impactó ver a su madre en esa faceta, pero conocía lo suficiente los entresijos de los Hardaway y los Salvatore para entender la gravedad de la situación.

En cuanto Milenka cerró la puerta, Jacob arrancó. Le dedicó un asentimiento a su esposa y una breve sonrisa a su hijo por el retrovisor.

Matthew sintió un nudo oprimiéndole la garganta. Comprendió que no volverían a su hogar en mucho tiempo. No vería a Levi, ni a Maddox, ni a sus amigos.

El motor rugió. Diez minutos después, vislumbraron la silueta del instituto de Máximo a lo lejos.

—Déjenme hablar a mí —pidió Milenka—. Max solo me escuchará a mí, yo sabré cómo explicárselo.

—Milenka —advirtió Jacob—. No es momento de mentiras. Es hora de que sepa la verdad.

—Estoy de acuerdo —secundó Matthew.

Milenka soltó una maldición en ruso.

—Lo sé, pero déjenme hacerlo a mi manera. —Soltó un largo suspiro. Jacob notó su tensión; soltó la palanca de cambios para

tomarle la mano y besó sus nudillos. Ella le sonrió—. Amor…

—Todo estará bien, cielo —prometió él—. Te amo.

El semáforo cambió demasiado rápido.

Jacob apenas pisó el freno cuando un haz de luz blanca los encandiló por la izquierda. El rugido de un motor pesado irrumpió como un disparo y, en cuestión de milésimas de segundo, el mundo se redujo a metal retorciéndose. Matthew sintió el tirón brutal del cinturón fracturándole el pecho mientras el coche volcaba. Una, dos veces. El parabrisas estalló en una lluvia letal de cristales. El hedor a gasolina inundó el aire, mezclándose con el humo y la sangre.

Matthew parpadeó. Estaba aturdido, atrapado en un zumbido ensordecedor que le taladraba el cráneo. Intentó moverse. Pudo. Intentó hablar, pero nadie respondió. A su lado, el brazo de su madre colgaba inerte. Al frente, la cabeza de su padre descansaba torcida contra el volante, demasiado quieta.

Entonces lo comprendió.

Él respiraba... y ellos no.

CAPÍTULO 1

Maddox

—Por favor, Nora, deja de llorar.

Mis palabras solo consiguen que mi madre llore con más intensidad. Dejo escapar un suspiro de impaciencia, aunque me cuesta ocultar cuánto me afecta verla así.

No soy de piedra, o no del todo. Estos dos años con ella, lejos de Chicago, cambiaron nuestra relación. Logramos conocernos de una forma que creí imposible tras pasar casi dos décadas siendo perfectas desconocidas, separadas tanto geográfica como emocionalmente. Por eso, tener que despedirme ahora me resulta… difícil.

Esta mañana, al abrir los ojos y saber que debía partir al aeropuerto, me invadió algo muy parecido a la melancolía. Debía regresar a mi hogar en Chicago.

«Hogar».

Una palabra demasiado compleja; me daba jaqueca pensar en todo lo que implicaba y en cómo había perdido su significado para mí. Pero eso ya no importaba. No volvía para fingir que quería vivir en esa casa. Volvía por algo mucho más grande.

—¿Cómo puedes pedirme eso? —La voz de mi madre sale distorsionada por las lágrimas que se esfuerza en contener. Cuando sus ojos vuelven a cruzarse con los míos, sus labios tiemblan y rompe a llorar de nuevo—. ¿Estás segura de que no quieres quedarte un poco más?

—Estuve dos años aquí contigo, mamá.

Todavía me resulta extraño usar esa palabra.

«Mamá».

Antes solía llamarla Nora, igual que a mi padre siempre lo llamé Levi. Creía que era solo una costumbre, pero tardé en comprender que, en realidad, le decía así porque era una extraña para mí. Me costó verla como mi madre. Cuando se lo confesé, lloró a mares durante una hora. No se lo dije con malicia, sino porque era la verdad.

Mudarme con ella no fue solo para poner un océano de distancia entre la mafia de Chicago y yo; fue la oportunidad perfecta para empezar de cero. Y una hoja en blanco implicaba hacer las cosas diferente. Me propuse reconstruir nuestro vínculo, aunque no hubiera mucho que decir de mí misma, porque llevo dos años atrapada en un limbo.

Aun así, Nora fue mi pilar.

Comprendí que la culpa de nuestra distancia había sido de ambas. Yo era mayor, podría haber intentado conectar con ella antes, pero la costumbre de la ausencia era más fuerte. Ahora, ya no me recorre un escalofrío al llamarla madre, y ver cómo se le ilumina la mirada cada vez que escucha la palabra hace que se me caliente el pecho. Es una sensación agradable, pero incómoda. Últimamente evito estar en contacto con mis propios sentimientos; prefiero eludirlos. Pero con Nora se vuelve imposible, porque ella es pura intensidad.

Quizás me falten muchas cosas por vivir a su lado, pero tengo veintiún años y planeo seguir respirando un tiempo más, así que habrá oportunidades. Ahora debo hacer esto. Debo regresar.

Los sentimientos se han vuelto un estorbo. Es mejor mantenerla a un continente de distancia, protegida y lejos de mí. Donde no pueda ver en qué se convertirá su hija cuando caigan las sombras.

—¿Y tú crees que dos años son suficientes, niña? —espeta con los ojos entornados y me da una palmada en el brazo—. Y no me pidas que deje de llorar, soy tu madre. Yo te digo qué hacer, ¿entendido?

Desvío la vista hacia las personas que transitan por el aeropuerto. Algunas pasan de largo, pero otras nos dedican sonrisas de diversión al ver la escena: mi madre con las manos en las caderas y una ceja alzada, regañándome en público. Como si yo no fuera mayor de edad. De hecho, oficialmente es la primera vez en mi vida que me regaña por algo.

—No te pongas así, mamá, harás que me muera de vergüenza —murmuro con los labios apretados en una fina línea.

—Me pondré como me dé la gana. —Se cruza de brazos—. Mi bebé está a punto de irse lejos, mi reacción está totalmente justificada.

—Lo estaría si fuera un bebé. No lo soy —le recuerdo.

—Lo serás hasta el día que yo muera, Maddie. —Hago una mueca leve ante el apodo—. ¿Me llamarás al llegar?

Reprimo un suspiro.

—Sí…

—¿Y me harás videollamada todos los días?

Tomo el asa de mi equipaje y doy un paso, en un intento de escapar del interrogatorio.

—Maddox…

—No puedo llamarte todos los días, mamá. Técnicamente, no me voy de vacaciones.

Siento su presencia a mi espalda hasta que se coloca a mi lado. Me lanza una mirada de advertencia que me obliga a ceder.

—De acuerdo. Intentaré llamarte.

Una sonrisa inmensa le cubre el rostro.

—Dije que lo inten… —mis palabras se evaporan cuando sus brazos me rodean con fuerza y rompe a llorar otra vez—. Nora… me… asfixias.

Me suelta despacio. Noto que todo esto le afecta a un nivel que quizás yo nunca llegue a comprender del todo. Lleno mis pulmones

de aire, suelto la maleta y la enfrento.

—Estaré bien.

—No quiero que regreses, Maddox.

Su voz cambia; se vuelve grave y rota. No necesito que articule la razón por la que teme dejarme ir. Las cicatrices que llevo en el cuerpo son motivo suficiente. Aún recuerdo su expresión de terror cuando le anuncié que había comprado un vuelo sin escalas a Chicago.

Lo hice hace un mes, y ella pasó las semanas siguientes sumida en un estado de ansiedad del que nadie pudo sacarla. Por más que le jurara que me cuidaría y que me mantendría lejos de los negocios de mi padre, entró en negación total. Luego pasamos a una tregua silenciosa; terminó aceptando mi decisión, aunque no la compartiera.

Varias noches la escuché llorar a escondidas en su baño, y confieso que eso me partió un poco el corazón, si es que me quedan piezas unidas ahí dentro. Pero nada de eso me hizo cambiar de opinión.

Maddox Salvatore había pasado demasiado tiempo escondida. Era hora de salir a la luz. O, mejor dicho, a la oscuridad de Chicago.

—No te preocupes por mí, por favor.

—¿Cómo puedes pedirme eso? ¿Después de…?

—Por favor —la corto, quizás con demasiada brusquedad. Ella aparta la vista. Cierro los ojos, inhalo y exhalo lentamente para recomponerme—. Te llamaré. Y volveré a verte, ¿de acuerdo?

—Eso espero —murmura—. De todas formas, iré a visitarte.

Me quedo estática. La sorpresa me golpea y la garganta se me seca, pero recompongo mi expresión de inmediato para que no note mi alerta.

—¿Irás a verme? —Ella asiente, decidida, secándose las lágrimas. Su rostro vuelve a lucir impecable y serio—. ¿Cuándo será eso?

Lanzo la pregunta con aparente indiferencia. Mi plan está marchando a la perfección; si mi madre aparece en Chicago, arruinará todo. Necesito evitarlo a toda costa.

—En un mes. ¿Hay algún problema, cariño?

Un mes. Pasa en un parpadeo y caería justo en el punto más crucial de mi venganza.

—Es la semana de la moda en París —le recuerdo—. En exactamente… un mes.

Arruga la frente y desvía la mirada, como si de verdad lo hubiera olvidado. Es extraño, considerando que es una de las diseñadoras más importantes de Francia y tiene un lugar de honor cada año. Saca el móvil, teclea con rapidez y chasquea la lengua.

—Es cierto. Pero podría hacerme un hueco para ver a mi hija… a menos que no quieras.

Le dedico una sonrisa serena.

—¿Por qué no querría? Solo lo preguntaba para avisarle a Levi y preparar la habitación de invitados.

—Ni en un millón de años me quedaría en esa mansión —sentencia tajante—. Prefiero un hotel. Yo me encargo, cariño.

Alzo una ceja. En dos años no he podido averiguar mucho sobre la relación de mis padres. Solo sé que siguen legalmente casados porque Levi jamás firmó el divorcio. Es una dinámica extraña; Nora parece entrar en alerta cada vez que lo menciono. Algo pasó en Chicago hace dos años cuando ella apareció de sorpresa, pero se niega a soltar una palabra al respecto.

—Prométeme que te cuidarás, Maddox. —Su tono vuelve a la severidad de antes.

—Sí, mamá.

—Promételo.

—Lo prometo. —Levanto una mano como si hiciera un juramento, soltando una risa suave que corto casi al instante para igualar su

seriedad.

—No te meterás en problemas, te alejarás del trabajo de tu padre y no harás nada para ponerte en peligro.

Un nudo se instala en mi pecho. Es injusto mentirle en la cara a mi madre después del vínculo que hemos construido, pero es la única forma de mantenerla a salvo. Cuando alcé mi copa de champán en la cena de Año Nuevo, me prometí que este año Maddox Salvatore sería una máquina de mentiras. Este año no me quebraría. No dejaría que los sentimientos me doblegaran.

Este año, mentiría sin piedad.

—Esas son demasiadas exigencias, ¿no crees? —bromeo para despistarla.

—Maddox.

—De acuerdo, haré todo lo que dices. Lo seguiré al pie de la letra y, por encima de todo, no me pondré en peligro.

La voz de mi mejor amiga resuena de pronto en mi cabeza: *«No deberías mentirle a tu madre, Maddie»*.

Le sonrío, ignorando el fantasma de esa voz y la verdad que insinúa. Por los altavoces anuncian mi vuelo. Reacciono y vuelvo a tomar mi equipaje. Al girarme, choco con los ojos cristalizados de mi madre. Suelto la maleta de nuevo y la envuelvo en un abrazo apretado.

—Estaré bien, ¿sí? No te preocupes.

—Siempre me preocuparé por ti. Eres mi bebé.

Sonrío contra su hombro.

—Un bebé de veintiún años.

—Pero mi bebé. —Me da un último apretón y sorbe por la nariz—. De acuerdo, vete antes de que llame a Cristian para que te meta en el coche a la fuerza y nos devuelva a casa.

Dejo escapar una risa sincera.

—Extrañaré a Cristian. Salúdalo de mi parte.

—Allí tendrás a tu propio guardaespaldas.

Mi cuerpo entero entra en alerta ante sus palabras. Llevo mucho tiempo sin pensar en él. O, mejor dicho, obligándome a no hacerlo. No puedo permitirme pensar en él ahora. Aplasto esa sensación punzante que se aloja en mi pecho y encierro su recuerdo bajo llave en lo más recóndito de mi mente.

—Le haré llegar tus saludos, cariño —añade Nora, ajena a mi caos interno.

Asiento despacio. Le doy un último abrazo, dejo que me llene de besos y tomo mi equipaje enfilando hacia la puerta de embarque. Mis ojos se desvían hacia las pantallas que indican los números de vuelo. Al leer la palabra *Chicago*, mi cuerpo reacciona por inercia. Cierro los ojos. Cuento hasta cinco. Los abro, obligándome a hacerle frente a mi futuro.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? —La voz de mi madre me detiene. Se ha alejado unos metros, pero aún la escucho.

En mi vida, jamás se trató de lo que yo quisiera hacer, sino de lo que debía hacer. De los mandatos. Del peso asfixiante de la sangre en una familia como la mía. Todo en mi existencia siempre se ha reducido a mi apellido, y así debía continuar. ¿Pero cómo le explicas a tu madre que necesitas la oscuridad? ¿Que nada volverá a tener sentido si no regresas a Chicago para terminar lo que empezó hace tiempo?

Dos años fuera. Dos años planeando mi venganza.

Le dedico una última sonrisa desde la distancia.

—Te llamo al llegar, ¿sí? Te quiero.

Me doy la vuelta y camino hacia mi destino.

CAPÍTULO 2

Matthew

El tiempo es un concepto tramposo.

No es más que una abstracción: la suma de días formando semanas, las semanas formando meses y, con el cambio de estaciones, los años. Nunca sentí el peso de esa suma con tanta intensidad como en estos últimos dos años. Nunca antes había experimentado la asfixia de que un día durara cien horas y que veinticuatro meses se sintieran como una maldita eternidad.

Chicago se había vuelto una ciudad gris sin ella.

Ni siquiera podía recordar lo que comí ayer, pero a ella… a ella podría recordarla el resto de mi vida. La distancia no había cambiado absolutamente nada. Y, quizás, ese era el verdadero problema.

Cerraba los ojos y veía su rostro. Si conseguía dormir, invadía mis sueños. Veía sus ojos en otras mujeres y a veces, entre el ruido de la calle, me parecía escuchar su risa.

El problema era que yo siempre recordaría.

Ella se había convertido en un eco persistente, un fantasma que no me abandona nunca. Era una constante, como los latidos de mi corazón; un órgano que, en realidad, le pertenecía a ella desde mucho antes de que yo me diera cuenta.

Encontrarla en cada rincón de mi vida y que todo me recordara su huida era solo una prueba más de lo jodido que estaba. Porque al final, todo se reducía a ese instante: el momento en que eligió alejarse y dejó de responder mis llamadas.

Dos años sin leerla, sin verla, sin escucharla. Dos años viéndola en todo lo demás: en los caramelos ácidos que le encantaban, en las rosas rojas que eran su debilidad, en su película favorita, en mi película favorita; en el potus que me regaló en una Navidad, en mis sábanas de la última vez que durmió allí… Cada puto rincón tenía su marca registrada.

Dos años. Setecientos treinta días.

Sí, quizás había cruzado la línea. Quizás contar los días era excesivo y el límite entre ser un hombre racional y un puto psicópata se había desdibujado. Pero, al menos, no llevaba la cuenta de las horas.

Mentira. Sí la llevaba: diecisiete mil quinientas veinte horas.

No contaba los minutos, así que quizás no estaba tan enfermo después de todo.

Lo cierto es que me importaba una mierda si a los demás les parecía cuestionable. Había hecho cosas mucho peores que contar el tiempo sin verla. Dios y el diablo sabían que había cometido atrocidades en su nombre, en nombre de su padre y en el mío propio.

Porque, seamos honestos, ¿acaso no hice desaparecer al primer imbécil que se atrevió a besarla? Sí, Levi me ordenó que le diera un susto, pero para cuando él abrió la boca, el crío ya estaba alimentando a los peces en el fondo del lago Michigan.

Claro que nunca se lo dije. ¿Qué importaba el cómo o el cuándo si el resultado era el mismo? El Don quería que el problema desapareciera, y yo se lo solucioné con gusto.

Así que no, no me sentía mal por ello. Contar los días era más bien un acto masoquista. Necesitaba sentir algo respecto a ella que no fuera este vacío helado que me perforaba el pecho desde que se marchó. Necesitaba recordarme el tiempo exacto que había pasado sin tener noticias suyas, al menos no directamente.

Escuchar a Levi hablar de ella solo me hundía más, porque me confirmaba que no estaba en una isla remota sin señal; simplemente, no se comunicaba conmigo porque no quería.

Así de simple. Así de cruel.

Entonces, ¿por qué sentía que al irse me había arrancado una parte vital? ¿Por qué continuaba esperando una llamada que sabía que no llegaría? ¿Por qué, después de todo lo que pasó, la seguía esperando?

«Porque estás obsesionado».

Las últimas palabras que quería recordar en ese momento eran las de mi hermano. Pero, al fin y al cabo, el muy cabrón tenía razón.

¿Me arrepentía? No. ¿Me sentía mal por estar consumido por la hija de mi jefe, a la que le llevaba diez años y a la que solo debía proteger? No. ¿Me pesaba la conciencia por todo lo que había hecho por y para ella? En absoluto.

Y ese era, exactamente, el maldito problema.

—Estás distraído, Matthew. ¿Qué demonios te ocurre?

Aparté la vista de la carretera para clavar los ojos en el dueño de esa voz. Por una fracción de segundo, deseé arrancárselos.

¿Por qué tenían que tener los mismos malditos ojos?

Me obligué a controlarme antes de responder.

—No dormí bien.

Levi resopló a mi lado, pero guardó silencio, cosa que agradecí. Sabía que últimamente me estaba comportando como un idiota, y la excusa de la falta de sueño o el estrés por el trabajo ya no se la tragaba nadie. Mucho menos él, que me conocía desde que era un crío.

Pero, ¿qué iba a decirle? ¿*«No puedo dejar de pensar en tu hija»*? Sí, claro. Si quería conservar la cabeza unida al cuello, lo mejor era cerrar la boca.

Por suerte para mí y para mi desequilibrada mente, llegamos al destino antes de que volviera a hundirme en mis propios abismos. Apagué el motor. Ambos observamos en silencio la estructura que teníamos enfrente: el depósito donde el plan se había ido al carajo.

Dos años y medio atrás, nos encontrábamos en esta misma posición, solo que el asiento que ahora ocupaba Levi, lo ocupaba Maddox. Durante meses intentamos averiguar qué había salido mal aquella noche, hasta que tuvimos la brillante y asquerosa respuesta: los habían alertado de nuestra presencia. No les importó el intercambio; solo pensaron en huir.

¿Y quién los alertó? Mi hermano.

¿Y quién fue la única que lo descubrió? Maddox.

El dolor de saber que mi propia sangre nos había traicionado fue insoportable, pero no se comparó en nada con el odio a mí mismo al darme cuenta de lo que esa traición le había costado a mi Maddox.

No es tuya.

Cerré los ojos con fuerza para callar esa voz.

Desde aquel día, el objetivo había sido simple: encontrarlos y masacrarlos. Pero mi hermano había desaparecido de la faz de la tierra, igual que su jefe, South. Pusimos a todos los hombres a buscar, y la última pista indicaba que estaban en Europa. Al darme cuenta de que podrían estar cerca de Maddox, entré en un frenesí de ansiedad del que solo logré salir cuando Levi me molió a golpes para obligarme a centrarme.

Le había suplicado cientos de veces que me dejara ir a protegerla, o al menos a vigilar desde la distancia, pero se negó en rotundo. Me aseguró que no era necesario, que había contratado a un hombre de su entera confianza —un tal Cristian— para que cuidara de ella y de su madre.

La sola idea de que otro hombre estuviera mirándola, respirando cerca de ella y haciendo el trabajo que me correspondía a mí, me hacía hervir la sangre.

Pero de nuevo, ¿qué podía decirle a Levi?

No me quedó más opción que tragarme la bilis y aceptar, pero sabía que nadie mejor que yo podía cuidar de ella.

Pero no lo hiciste. Le fallaste.

Aparté los pensamientos de golpe y me giré hacia Levi, que seguía con los ojos fijos en el almacén.

—¿Por fin vas a decirme qué hacemos aquí?

—Está aquí. —Habló sin mirarme y mi cuerpo entero se tensó—. Hace unos días saltó una alerta en el sistema que desarrolló Will tras el operativo fallido. Viene a reunirse con alguien. La idea es… hablar con él.

—¿Hablar con él? —repetí, arrastrando las palabras con un tono grave. El corazón me latía desbocado y mis puños se cerraron por instinto—. ¿Piensas hablar con el hijo de puta que torturó a tu hija?

Levi giró el rostro, mirándome horrorizado.

—No, imbécil —siseó entre dientes—. Marcio no está ahí dentro. ¿De verdad me crees tan estúpido como para venir a charlar con un hombre al que solo quiero ver desangrándose?

Sostuve su mirada en silencio. Resopló, dedicándome una expresión afilada que me advertía que había cruzado un límite, antes de volver a mirar el depósito.

—No te pases de la raya, Matthew —advirtió en voz baja—. Nos vamos a encontrar con Kai Hiroshi.

Algo hizo clic en mi cabeza.

—¿El que trafica con niñas? —pregunté, sin ocultar el asco. Levi asintió lentamente—. ¿Y de verdad piensas solo hablar con él?

Se encogió de hombros con fría indiferencia.

—Hablar, amenazarlo, destrozarle los huesos, descuartizarlo… Lo que haga falta para que suelte lo que sabe.

Claro. Lo normal.

Asentí. La adrenalina y la expectación me recorrieron el cuerpo; esto era bueno. Si lográbamos hacerlo hablar, y Levi tenía métodos infalibles para lograrlo, estaríamos un paso más cerca de Marcio.

Más cerca de la venganza. Más cerca de devolverle a ella una parte de lo que le arrebataron.

—Quédate en el coche —ordenó Levi.

—¿Qué? Ni de broma. No me voy a quedar aquí. Iré contigo.

Lo escuché suspirar mientras me desabrochaba el cinturón. Por el rabillo del ojo vi cómo se masajeaba las sienes, harto de lidiar conmigo.

—Mira, Matthew, llevas semanas comportándote como un inútil irascible —ouch, eso dolió—. Sabes que te aprecio y que te confiaría mi vida ciegas, pero así… no me sirves.

—Levi, no exageres. ¿Cuándo te he fallado en algo así?

Suelta un suspiro cargado de pesadez.

—Jamás. Pero aun así… necesito tu cabeza metida de lleno en esto. Es la primera oportunidad real que tenemos en mucho tiempo. Sabes lo que significa.

—Por supuesto que lo sé —gruñí, apretando los dientes.

Nos sostuvimos la mirada durante lo que pareció una eternidad, hasta que finalmente asintió despacio.

—De acuerdo. Pero no abres la boca —advirtió—. Deja que yo me encargue.

—Levi…

—Solo intervendrás si la situación se descontrola —sentenció—. Si no, me lo dejas a mí.

—Claro, te quedarás con la mejor parte —mascullé.

—¿Quién es el jefe?

—Tú.

—Exacto. Yo decido quién se mancha las manos hoy. Y seré yo. Fin de la discusión.

CAPÍTULO 3

Matthew

Salgo de la cama en el instante en que la pantalla del móvil se ilumina con el mensaje de Levi.

Lo leo un par de veces. Nadie le dice que no a Levi Salvatore, yo menos que nadie, pero una citación a las dos de la madrugada rompe todos los esquemas de un hombre tan estructurado como él. Una corriente de pura adrenalina me recorre el cuerpo; antes de poder darle una orden consciente a mis músculos, ya estoy vestido y bajando en el ascensor hacia el garaje.

Vuelvo a revisar la pantalla antes de arrancar.

Levi:
Ven al club. Ahora.

Dejo escapar un suspiro pesado y hago rugir el motor. Lo que el Don dicta, se cumple. No pienso ser el idiota que ponga a prueba su paciencia hoy. Así que, aunque un millón de alarmas se enciendan en mi cabeza, conduzco por la ruta de siempre, un camino que podría recorrer con los ojos vendados.

Detesto el club. No piso ese lugar a menos que haya una reunión ineludible, pero sé que es el territorio favorito de Levi para manejar los asuntos oscuros de la organización. Lejos de las oficinas del centro. Lejos de su casa. Lejos de su hija…

Pienso en Maddox y un escalofrío traicionero me trepa por la espina dorsal.

Quizás debería escuchar a los cabrones que trabajan para nosotros cuando me dicen que necesito salir más. Cualquier soldado que se haya ganado la confianza de respirar el mismo aire que el jefe tiene pase libre en el club para divertirse como se le dé la gana, siempre y cuando no cruce la línea. Yo mismo intenté ahogar mi cabeza en otras mujeres hace años. Pero perdí el interés. Hace demasiado tiempo que nadie me provoca absolutamente nada.

La única mujer capaz de hacerme perder el puto control tiene los ojos verde esmeralda y un dragón tatuado en la espalda.

El universo tiene un sentido del humor retorcido: la única persona que logró demoler el muro de indiferencia que levanto frente al mundo es la única que jamás podré tocar.

He mantenido la cordura a duras penas. Hay noches donde el simple hecho de pensarla duele, y dejo que la parte más animal de mi cerebro tome el mando, pero siempre a solas. Si Maddox supiera lo mucho que me afecta física y mentalmente, yo estaría acabado. Y si su padre llegara a sospecharlo, mi cadáver ya estaría alimentando a los peces en el lago Michigan.

A ella le bastaba clavar sus ojos en mí para tenerme a sus pies. Abandoné la idea de buscar a otra mujer porque me resulta ridículo conformarme con alguien que no me haga sentir ni la mitad del infierno que ella me provoca. Conmigo es todo o nada. Maddox, o nada.

Cinco años de celibato voluntario. Cinco años pensando solo en ella.

Incluso admitirlo ahora me genera una mezcla tóxica de repulsión y excitación. La conozco desde que era una niña y soy diez años mayor. Es retorcido. Pero llevo arrodillado ante ella desde antes de entender lo que pasaba. Ni siquiera se trata de sexo. Si ese fuera el remedio, habría curado mi obsesión hace años, no, esto me cala hasta los huesos. Es una locura y, peor aún, es una condena imposible.

Freno el coche frente al callejón. Observo la entrada principal desde la distancia; a las dos y media de la madrugada, el lugar está a

reventar. Dos guardias nuevos controlan la fila. Lunes o domingo, el flujo de dinero sucio y vicio nunca se detiene aquí.

Bajo del coche, rodeando el edificio hacia la entrada trasera. Digito el código de acceso exclusivo y el primer impacto es el bajo de la música vibrando en las paredes, amortiguado a medida que recorro el pasillo hacia el ascensor privado del último piso. Cruzo la puerta de la sala de reuniones y todo mi cuerpo se paraliza en el acto.

Sus ojos verdes chocan contra los míos. Un segundo. El tiempo justo para que mis defensas se disparen y mi sangre comience a hervir. Medio segundo después, Maddox aparta la mirada y vuelve a centrar su atención en su padre, ignorándome con la misma naturalidad con la que se ignora a un mueble. Como si yo fuera una presencia invisible indigna de su tiempo.

Una furia caliente y espesa me recorre las venas. Cierro los puños a los costados hasta clavarme las uñas en las palmas. Yo no soy un soldado cualquiera, y su desprecio intencional me revuelve las entrañas.

Se largó dos años. Ignoró mis llamadas, me dejó pudriéndome en la incertidumbre, ¿y ahora regresa para tratarme como a un don nadie? Sobre mi cadáver.

¿Tengo el ego por las nubes? Definitivamente. ¿Me importa? Una mierda.

Tardo un momento en registrar al resto de los presentes. Jace, Will, Marco y Pablo. A los dos últimos los reclutamos hace un año; hijos de viejos contactos, superaron cada prueba de fuego y se ganaron mi respeto en las calles. Si están en esta sala a estas horas de la madrugada, es única y exclusivamente para ser presentados ante su futura jefa.

Maddox.

Sigue con los ojos clavados en Levi. Su expresión es una máscara de mármol. No hay rastro de la sonrisa arrogante que me quitaba el

sueño, ni el brillo divertido con el que solía provocar a su padre. Está callada, con la mirada ligeramente vacía.

El eco de la voz de Levi me pasa por encima, ni siquiera registro de qué demonios están hablando. La bilis me sube por la garganta al darme cuenta de que todos en esta sala sabían de su regreso antes que yo. Levi había mencionado algo hace dos semanas, su madre le comentó que tenía pensado regresar pero no estaba seguro de la fecha exacta, al parecer todos se enteraron antes que yo. Me mantengo inmóvil, tragándome la rabia, incapaz de apartar la vista de ella hasta que la reunión se disuelve.

El teléfono de Levi rompe el ambiente. Él maldice en voz baja, se disculpa y sale de la sala pasando por mi lado, clavándome una mirada de advertencia que no logro descifrar del todo.

Antes de que pueda dar un solo paso hacia ella, la voz de Will llena el vacío.

—Maddox, un placer tenerte de vuelta.

Ella le sostiene la mirada y asiente lentamente, sin gastar una sola sílaba.

Marco se aclara la garganta, incómodo.

—Nos alegra conocerte, somos…

—Marco y Pablo. Lo sé. Leí sus expedientes —corta ella, arrastrando las palabras con profundo aburrimiento.

—Tienes un nombre precioso, Maddox —interviene Pablo, y un instinto asesino se me enciende en el pecho al escucharlo usar ese tono con ella—. No teníamos idea de que el jefe tuviera una hija tan…

La frase muere en su boca. Maddox clava sus ojos verdes en él y, por primera vez en la noche, veo una emoción real: frialdad absoluta y una promesa de violencia. Pablo palidece en el acto.

Sería una verdadera lástima tener que meterle una bala en el cráneo, me caía bien el chico.

—Yo me tragaría el resto de esa frase, querido —murmura Jace, acercándose a Pablo con pasos perezosos y felinos—. Parece inofensiva y aún no conoces sus métodos, pero te volaría la cabeza sin parpadear. —Jace se inclina, tocando la frente del novato con el dedo índice, sonriendo con malicia—. Justo aquí.

Pablo traga saliva con tanta fuerza que casi puedo escucharlo.

—Es tu especialidad, ¿verdad, princesa? —remata Jace, mirándola.

—Jace, siempre es un puto placer escuchar tu insoportable voz —responde ella, imperturbable. Pero noto cómo la comisura de sus labios tiembla, elevándose un milímetro.

—Yo también te he extrañado, alteza.

Por un instante minúsculo, la máscara de hielo de Maddox casi se agrieta, y pone los ojos en blanco. Pero la humanidad le dura un suspiro. Recupera su compostura letal y abandona la silla con un movimiento fluido.

Me quedo petrificado viéndola acercarse a la salida. La ansiedad me devora; quiero hablarle, tocarla, agarrarla por los hombros y comprobar que es real.

—Hola —suelto. Es un murmullo ronco, pero sé que me escucha porque se detiene a mi lado.

Ni siquiera gira el rostro para mirarme.

—Matthew.

Pronuncia mi nombre y sigue caminando, dejándome con la mandíbula apretada y el orgullo por el suelo. Una carcajada ahogada resuena en el espacio. Fulmino a Jace con la mirada; el cabrón levanta las manos rindiéndose.

—¿Empezamos mal, Matthew?

Will se muerde el labio para no reírse. Les lanzo una mirada de advertencia y salgo detrás de ella. Maddox camina rápido por el pasillo hacia el ascensor. La alcanzo en tres zancadas y, al tenerla de espaldas, me quedo sin aire.

Adentro no le había prestado atención, pero ahora tengo en primera plana el cuero negro abrazando cada centímetro de sus piernas y muslos. Botas oscuras, una chaqueta ajustada, el cabello rubio recogido con severidad y el rostro limpio de maquillaje.

Está espectacular. Está letal. Pero nada en esa ropa pertenece a la chica que yo conocía.

Las puertas del ascensor se abren. Ella entra, se da la vuelta y me mira alzando una ceja. La cicatriz que le cruza la mejilla apenas se mueve.

Doy un paso al frente, bloqueando las puertas con mi cuerpo.

—¿Qué demonios fue eso?

Me mira como si acabara de hablarle en un idioma alienígena.

—¿Qué?

Señalo con la barbilla hacia el pasillo.

—Esa actuación.

—¿No querías que te saludara?

—¿Llamas a eso un saludo? —siseo, apretando los puños hasta que los nudillos me duelen—. No me jodas, Maddox.

—¿Disculpa? —Su tono corta como cristal roto—. No me informaron que había un protocolo de reverencia para saludarte.

—Maddox…

—Mil perdones, Matthew. —El sarcasmo gotea de sus labios.

Inhalo hondo, obligándome a mantener los estribos.

—Sabes perfectamente a qué me refiero.

—No. Ni lo sé, ni me interesa —Da un paso atrás, marcando su territorio—. Sal de aquí. Levi me está esperando abajo.

Hago exactamente lo contrario. Entro. Los sensores detectan mi movimiento y las pesadas puertas metálicas se cierran a mis espaldas, aislándonos del mundo. El enojo estalla en sus ojos por un

microsegundo antes de volver a congelarse. Me está desquiciando que intente actuar como un puto androide sin alma.

—Te llevo yo —sugiero, bajando la voz.

—No quiero ir contigo.

Se acerca. Cinco centímetros separan su pecho del mío. Aunque lleva tacones, tengo que mirar hacia abajo para encontrar sus labios, y la puta cercanía me nubla el raciocinio. El instinto me ruge que la acorrale, pero ella es más rápida: su brazo pasa por mi costado y presiona el botón de la planta baja. La máquina da un tirón hacia abajo.

Si se cree que después de setecientos treinta días voy a dejarla salir caminando en silencio, está muy equivocada. Sin pensarlo, alzo la mano y golpeo el botón de emergencia. El ascensor frena en seco con un crujido metálico. Maddox abre los ojos de par en par. Sus labios se aprietan en una línea blanca.

—¿Qué demonios haces?

—Dos años —escupo, acortando el espacio entre nosotros. Ella retrocede por instinto, pero su espalda choca contra la pared de espejos. Está atrapada—. Te largaste dos años. Ignoraste cada puto mensaje, cada llamada. ¿Apareces de la nada y todo lo que tienes para mí es un *«Matthew»* de mierda?

—Yo no te debo ninguna explicación…

—¡Me debes una maldita explicación! —gruño, perdiendo por completo el control de mi tono.

—¡No! —Suelta casi un zarpazo, empujándose hacia adelante hasta que nuestros pechos chocan. El contacto físico me manda una descarga directa al cerebro; la extrañé tanto que duele, pero ella parece dispuesta a arrancarme la garganta—. No te confundas conmigo, Matthew. No te debo nada.

—Maddox…

—Pero si tanto te quita el sueño, bien. Aterricé hace un par de horas, Levi armó este circo para presentarme a los nuevos, y ya. Ahora, si me disculpas, quiero irme a mi casa. Muévete.

Dejo escapar el aire lentamente, intentando suavizar los rasgos de mi cara. Pelear a la defensiva no me llevará a ninguna parte.

—Deja que te lleve. ¿Sí?

Su pecho sube y baja a una velocidad alarmante.

—Quítate.

—*Tesoro*…

—No me hagas repetirlo, Matthew.

La observo, frunciendo el ceño. Algo no está bien.

—¿Qué te pasa, Maddox? Habla conmigo…

Mis palabras mueren cuando ella estampa ambas palmas contra mi pecho, empujándome con una fuerza desesperada para llegar al panel. Golpea el botón de reinicio.

La miro de espaldas. A través del espejo lateral, veo cómo la máscara se hace añicos. Su pecho se agita. Su respiración se quiebra, volviéndose corta y errática. El pánico puro le inunda las pupilas. El golpe de realidad me da de lleno en la mandíbula. La acabo de encerrar en una caja de metal.

—Dios, Maddox, lo siento… —murmuro, acercando las manos a sus hombros con extremo cuidado—. Perdóname, no quise…

Se sacude mi toque con una violencia que me obliga a retroceder. Se gira de golpe. Sus ojos verdes arden en llamas, inyectados en una rabia cruda y salvaje.

—Escúchame bien, Matthew, porque no lo voy a repetir. —Da un paso firme hacia mí—. No te quiero cerca. No quiero escucharte, no quiero hablarte y no quiero verte. No te contacté en dos años y planeo mantener esa decisión.

Niego con la cabeza, sintiendo cómo el estómago se me cae al piso ante la frialdad de su voz.

—Maddox, eso no es cierto…

—Sé que evitarte es imposible porque trabajas para mi padre, pero espero que te abstengas de dirigirme la palabra y, por encima de todo, que recuerdes tu maldito lugar en esta jerarquía.

Trago saliva como si fuera arena. Esta no es ella.

—No regresé para jugar a la damisela en apuros —sisea, clavándome la mirada como si sostuviera un cuchillo—. No soy la hija del jefe que necesita protección, ni quiero un puto perro guardián. Ahórrate la lástima y la preocupación fingida.

—Maddox…

—Y no vuelvas a dirigirte a mí a menos que te dé permiso.

El ascensor cobra vida y las puertas se abren con un zumbido.

Me quedo petrificado, incapaz de articular una sola palabra, completamente noqueado por la dureza letal de su voz. Observo cómo su figura vestida de cuero se aleja por el pasillo sin mirar atrás. Y entonces lo entiendo. La chica que conocí hace años, la adolescente rebelde, la luz que me mantenía cuerdo… ya no existe.

Murió hace tiempo. En una maldita sala de torturas de la cual nunca fui capaz de salvarla.

CAPÍTULO 4

Maddox

La pantalla de mi móvil se ilumina.

Esbozo una sonrisa a medias al ver el número que estaba esperando y descuelgo antes de que el primer tono alerte a mi padre, quien me vigila como un maldito halcón desde que pisé el aeropuerto.

—Tengo noticias.

—Espero que valgan la pena —respondo con desgano, acercándome a la puerta de mi habitación para cerrarla sin hacer ruido—. De lo contrario, me estás haciendo perder el tiempo.

—¿En qué momento te volviste tan insufrible?

Pongo los ojos en blanco, soltando un suspiro pesado.

—Habla de una maldita vez, Will.

Lo escucho reírse por lo bajo, pero cuando retoma la palabra, la diversión ha desaparecido. Su tono es grave, oscuro.

—El sistema arrojó una alerta que te va a interesar. Necesitamos reunirnos. A menos que quieras que hablemos de esto por llamada.

Maldigo para mis adentros. Tiene razón. Lo último que necesito es que alguien descubra el verdadero motivo de mi regreso. Y, aunque mi cuerpo ruega por caer muerto en la cama y dormir durante días, no tengo alternativa. Si esta información me acerca a mi objetivo, sacrificaré las horas de sueño que hagan falta.

—Te veo en quince minutos.

Cuelgo sin esperar respuesta.

Me arranco el pijama y busco ropa gruesa en el fondo del armario. El otoño está dando sus últimos respiros en Chicago, pero el frío ya muerde la piel como si el invierno hubiera reclamado la ciudad antes de tiempo. A través de la ventana, el cielo gris y el viento cortante me hacen extrañar la calidez de la casa de mi madre, ese refugio donde mi única tarea era existir frente a la chimenea, aislada del mundo real.

Volver a Chicago significaba desenterrar a los demonios.

Pero tenía que hacerlo.

Antes de salir, me detengo un segundo frente al espejo del baño.

Clavo la mirada en mi propio reflejo. No queda un solo rastro de la Maddox que huyó de esta ciudad hace dos años. Aquella versión mía era ingenua, blanda. La mujer que me devuelve la mirada ahora tiene los bordes afilados, la piel fría y una oscuridad letal anidando detrás de las pupilas.

Me gusta en lo que me he convertido.

El reflejo de la cicatriz que cruza mi rostro me hace sonreír, se ve jodidamente bien. Ha acabado por gustarme mucho.

Bajo las escaleras en silencio. Al cruzar el umbral de la cocina, me encuentro a Levi bebiendo su primer café del día. Sus ojos verdes se clavan en mí, imperturbables. Me congelo en mi sitio por una fracción de segundo.

La tensión entre nosotros es un bloque de hielo inquebrantable. Mi regreso lo tomó con la guardia baja. Aunque le aseguré a mi madre que él me estaría esperando, la realidad era que en estos dos años apenas habíamos cruzado un par de llamadas de cinco minutos; llamadas donde yo no decía nada y él se cansaba de chocar contra mi muro de evasivas.

Mi padre sabía que vendría a pasar unas semanas con él, pero nunca le di la fecha exacta. No estaba preparada para su

sobreprotección asfixiante, ni tenía bien armada la mentira para ocultarle mis verdaderos planes.

Pero estamos hablando de Levi Salvatore. El Don que respira a través de las calles de Chicago. Por supuesto que sabía en qué vuelo llegaba. Por supuesto que me estaba esperando en la pista.

Empezamos con el pie izquierdo.

—Buenos días…

—¿Piensas salir?

Su voz grave retumba en las paredes de la cocina antes de que yo pueda terminar la frase. Trago saliva, obligándome a mantener la postura.

—Sí. ¿Me prestas tu coche?

Levanta una ceja, sin apartar la mirada de la mía.

—¿A dónde vas?

—A ver a Penny.

El simple sonido de ese nombre actúa como un sedante. La expresión de mi padre se suaviza ligeramente y baja la vista hacia su taza casi vacía. Me quedo quieta, esperando la negativa, pero manteniendo mi mejor cara de inocencia.

—De acuerdo —cede, y ahora soy yo quien levanta una ceja, sorprendida—. Pero luego tendremos que hablar, Maddox.

—¿De qué quieres hablar?

—De ti.

El estómago se me contrae.

La ansiedad y los nervios amenazan con romper mi fachada, y necesito acaparar todo mi autocontrol para no flaquear. Fuerzo las facciones, dibujando una de mis sonrisas vacías y plastificadas para tranquilizarlo.

—Estoy bien, papá…

—Eso lo decidiré yo después de que hablemos —me corta en seco.

Me resulta doloroso escucharlo usar ese tono de superioridad helada conmigo. Nunca fuimos la típica familia cariñosa, pero la chispa de sarcasmo y complicidad que nos unía se apagó hace tanto tiempo que ni siquiera recuerdo cómo se sentía. Aun así, jamás me había tratado con esta lejanía.

—No llegues tarde esta noche. Cenaremos y hablaremos.

Asiento. Oculto mi derrota sabiendo que no podré esquivar el interrogatorio y camino hacia la isla de mármol para tomar las llaves que ha dejado junto a su desayuno. Las agarro antes de que cambie de opinión y salgo de la cocina sin mirar atrás.

Al sentarme frente al volante del coche de Levi, una punzada de incomodidad me atraviesa el pecho. Nunca me gustó conducir. Irónico, considerando que el imperio legítimo de mi familia es la industria automotriz. Intento empujar hacia el fondo de mi mente el nudo de emociones que amenaza con paralizarme y me concentro en la ruta.

Aparco en la acera frente al edificio de Will con un par de minutos de retraso. Escaneo la calle, los espejos y los callejones cercanos para asegurarme de que nadie me ha seguido.

El único capaz de seguirme el rastro sería Matthew, y después de la forma en que lo destrocé anoche, dudo mucho que quiera acercarse a mí.

Cierro los ojos, hundiéndome en el asiento de cuero.

¿Por qué demonios tenía que verse así?

Tenerlo de frente y fingir que su presencia no me alteraba el pulso fue una de las mejores actuaciones de mi vida. Extrañarlo a miles de kilómetros de distancia era una cosa. Recordar su instinto protector y sus sonrisas escasas era tolerable.

Pero la realidad me dio un golpe en la mandíbula. Matthew se veía jodidamente letal.

El cabello castaño peinado hacia atrás, la sombra de la barba que le endurecía la mandíbula, y ese maldita camisa abrazándole el cuerpo. Siempre tuvo la complexión de un oso, con músculos marcados pero discretos. Sin embargo, ver cómo la tela se tensaba en sus brazos anoche casi me deja sin respiración.

El tiempo lo había vuelto más atractivo. Mantenerlo lejos no será fácil, y tenerlo cerca será mi ruina.

Trago el nudo que se me forma en la garganta al recordar las palabras venenosas que le escupí en el ascensor. Fue cruel, sí. Pero alejarlo es la única manera de ejecutar mi plan sin interferencias. Matthew es una distracción masiva. Si se empeña en protegerme con esa obsesión suya, lo arruinará todo. Necesito quitármelo de encima, aunque me cueste hacerlo a base de engaños y crueldad.

Bajo del coche y entro al edificio. Subo las escaleras de a dos y me planto frente a la puerta. Antes de que mis nudillos toquen la madera, la cerradura gira.

Will me recibe con los brazos cruzados, una ceja alzada y cara de pocos amigos.

—¿Quince minutos? Quizás deberías comprarte un reloj, Maddox.

Pongo los ojos en blanco, lo aparto de un empujón suave y entro al apartamento. El brillo azulado de cuatro monitores gigantes ilumina la sala de estar.

—No exageres, Will.

—Escucha, Maddox. Tengo una vida. No puedes hacerme esperar a tu puto antojo, sobre todo considerando que ni siquiera sé por qué arriesgo mi cuello para ayudarte.

—Mmh.

Me dejo caer en el sofá de cuero negro frente a su escritorio. Apoyo el codo en el reposabrazos, sostengo mi mentón y lo miro con absoluto aburrimiento.

—¿No tenías noticias? —pregunto, arrastrando las palabras.

—No voy a hacer esto si te vas a comportar así.

—¿Así cómo?

—Como una perra.

Una sonrisa genuinamente divertida tira de mis labios.

—¿Como una perra?

Él asiente, mortalmente serio.

—Puedes tratar a los demás como basura si quieres. Pero yo no soy Matthew —La sonrisa se borra de mi rostro como si me hubieran dado una bofetada. Me tenso, pero no rompo la postura—. Si quieres mi ayuda en esto, me vas a respetar de la misma forma en que yo te respeto a ti.

—¿O de lo contrario…?

—Te buscas a otro que te ayude.

Aprieto los labios en una línea fina, sosteniéndole la mirada. La pequeña cicatriz junto a su ceja se eleva un milímetro, recordándome fugazmente que ambos compartimos marcas del pasado.

Quizás me estaba comportando como una perra. Era el único mecanismo de defensa que me quedaba para sobrevivir en Chicago sin que me vieran como la princesita rota del jefe que necesita ser rescatada. Estaba harta de la lástima. No tengo un problema real con Will. Joder, ni siquiera tengo un problema con Matthew. Simplemente no sé cómo relacionarme con ellos de otra manera sin sentirme vulnerable.

Estoy siendo una perra. Lo sé.

—Escucha, Will…

—No, escúchame tú a mí —acorta la distancia y se inclina, apoyando ambas manos en los brazos del sofá, acorralándome. Instintivamente, enderezo la espalda y alzo el mentón, negándome a dejarme intimidar—. A mí me importa una mierda tu apellido. Siempre te respeté por ser tú. Por ser Maddox. Por la entereza que

tienes y las cosas que has hecho. No me obligues a perder ese respeto.

Trago saliva en silencio mientras él retrocede y vuelve a su silla.

Cierro los ojos un segundo, obligándome a respirar y pensar con lógica. Will es mi única ventaja real en esta cacería. Necesito su cerebro de mi lado.

—Lo siento, Will —murmuro, cediendo.

Él asiente con la vista clavada en las cuatro pantallas. Sus dedos empiezan a volar sobre el teclado.

—Te entiendo, Maddox. Créeme que sí. Pero no vas a llegar muy lejos quemando todos tus puentes. —Fijo la vista en los monitores—. Bien, superado el drama. Te llamé porque el código rastreador que implanté en la *deep web* mordió el anzuelo. Lo último que sabíamos era que Marcio estaba escondido en Europa, ¿correcto?

Me levanto del sofá y me acerco al escritorio, apoyando una mano en el respaldo de su silla. Me inclino hacia las pantallas, escudriñando las imágenes borrosas.

—Sí. Los rumores lo ubicaban refugiándose en Portugal, completamente aislado de los negocios.

—Quería desaparecer. Después del desastre, no es raro. No solo traicionó a *Draghi*; apuñaló a sus propios hombres por la espalda y, según tus datos, acumuló deudas de sangre con otras organizaciones pesadas.

—Una maldita rata —siseo.

Entrecierro los ojos cuando una figura familiar aparece en la grabación de una cámara de seguridad. El corazón me da un vuelco. Me acerco tanto a la pantalla que mi aliento empaña el cristal.

—¿Ese es…?

Will asiente lentamente.

Comienzo a negar con la cabeza.

—No. Es imposible. Ese es Luc. Su hijo.

—Kevin —me corrige Will. Le lanzo una mirada asesina y él se encoge de hombros—. Solo digo su nombre real.

—Sé cuál es su maldito nombre, Will —gruño—. Pero es imposible.

—Yo pienso igual.

—El código está mal. Esa imagen es falsa.

Me lanza una mirada cargada de irritación.

—Yo escribí ese código. La imagen es real, Maddox.

—Lamento herir tu orgullo informático, pero hay un puto error. —Aprieto la mandíbula, sintiendo el sudor frío en la nuca—. ¿Debo recordarte que lo asesiné?

—Por supuesto que no —suspira—. Pero quizás nos falta información. ¿Un gemelo?

—¿Un gemelo? —La risa amarga e irónica me raspa la garganta. Will solo se encoge de hombros.

«Un gemelo».

La palabra resuena en mi cabeza. Me encantaría descartarla por absurda, pero en este mundo, las certezas no existen. El hombre que decía llamarse Luc está muerto. Yo misma lo vi. Pero jamás tuvimos el cuadro completo de su familia. Bien podría tener un hermano idéntico.

Tiene que ser un puto gemelo.

—Nuestra información sobre Marcio es nula —razona Will—. Sabemos que lideraba una facción enemiga de *Draghi*, que fue amigo de tu padre bajo otra identidad y que se evaporó. Luego aparece con un hijo, el cual termina muerto porque él mismo lo vendió. Fin de la historia. No hay nada más.

La frustración me quema el pecho. Una vez más, estamos frente a un callejón sin salida, o peor: un callejón con más piezas de un rompecabezas podrido que nadie sabe cómo armar.

—Bien. Digamos que tiene un gemelo —concedo, fingiendo una calma que no tengo—. Del cual no sabemos absolutamente nada. ¿En qué me sirve esto?

Will resopla y teclea un par de comandos. La imagen cambia. Ahora, junto a Kevin —o su fantasma— aparece un hombre de unos treinta años, de la edad de Matthew, con el rostro endurecido. No lo reconozco.

—¿Y este quién es?

—Otro fantasma al que Marcio le jodió la vida.

—¿Nombre?

Will hace una mueca de fastidio.

—Aún no lo tengo.

Parpadeo, cegada por la rabia. Agarro el respaldo de su silla y la giro violentamente hasta obligarlo a mirarme.

—¿¡Me hiciste venir hasta aquí por una alerta que no nos dice una mierda!?

—Maddox, cálmate…

—¿¡De qué carajos me sirve ver al idiota de su hijo muerto y a un desconocido!? ¡Marcio ni siquiera aparece en la grabación!

—Maddox…

—¡No tenemos nombres, no tenemos nada! ¡Es…!

—¡Basta!

El grito de Will retumba en la sala. Empuja la silla hacia atrás con fuerza y se pone de pie, se acerca para igualar mi postura amenazante.

—¿Ya terminaste tu berrinche?

—No me jodas, Will.

—¿De verdad crees que te habría llamado a esta hora por nada?

Lo empujo por los hombros con pura frustración.

—Imbécil —siseo—. Dime qué es lo que no estoy viendo.

Will mira las pantallas por un segundo y luego clava sus ojos en mí. La diversión desaparece.

—La clave no está en los nombres, Maddox. Está en el lugar. —Frunzo el ceño, completamente perdida—. Están en Nueva York. En territorio de la familia Lucchese.

CAPÍTULO 5

Maddox

Permanezco inmóvil observando a Will como si hubiera dicho una estupidez increíble.

En cierta forma me encantaría que lo fuera.

—Antes de que salgas de aquí con la intención de asesinar a alguien —la voz de Will suena tranquila y en calma—. Piensa que quizás… no es lo que parece.

—Lucchese sabe lo que sucedió —digo sin aliento.

—Lo sé…

—Sabe muy bien quienes me lo hicieron —trago saliva al ser consciente de lo que digo—. Si deja que ellos hagan negocios en sus calles lo hace a consciencia, Will. No es idiota.

—Exacto. Lucchese no es idiota, Maddox. No se arriesgaría a ponerte en su contra, después de todo es tu socio.

—Es socio de mi padre…

—Tu conseguiste el trato. Pero te lo debe, lo sabes.

—¿Y qué? ¿Entonces no tiene idea de lo que sucede en sus calles? —Will se encoge de hombros—. Es ridículo.

—Solo digo que lo pienses, no te convenzas de que la única explicación ahora es la que tiene más lógica, porque estás molestas y tu cabeza te puede jugar en contra.

Siento como el enojo se apodera de cada fibra de mi ser, me recorre y acaricia como una mano fría. No puedo evitar que estas emociones comiencen a tomar el control, siento que perdí esa batalla hace tiempo.

—Sería muy conveniente, ¿no lo crees?

—Es más conveniente convencerte de que te está traicionando ¿verdad? —le sostengo la mirada y aprieto los puños a mis costados —. No es así, Maddox. No todos mienten.

Pero sí lo hacen, todos mienten. Lo sé mejor que nadie.

Le dedico una última mirada antes de darme la vuelta en dirección a la puerta, no puedo permanecer un segundo más allí a escuchar lo que tiene para decir, porque quizás acabe dándome cuenta que tiene razón.

Pero convencerme que todos son malos, que todos son capaces de utilizarme hasta que consiguen lo que quieren, que pueden traicionarme con facilidad y luego simplemente desecharme como basura, eso siempre resulta mucho más sencillo.

Abro la puerta pero permanezco un momento allí, sin atreverme a girar y mirar la cara de Will, quien de seguro ahora está decepcionado por mi actitud. Se que no puedo irme así sin más, pero ya no sé cómo lidiar con todo esto que siento, con el tornado de emociones negativas que me invade y me destroza con cada latigazo.

En momentos así solo me queda una cosa por hacer: huir, física y emocionalmente, de todo.

—Gracias por esto, Will —digo en voz baja, pero lo suficientemente alto para que escuche.

No me quedo a escuchar su respuesta, abandono aquel edificio tan rápido como mi cuerpo me lo permite y sin mirar atrás ni una sola vez.

◆ ◆ ◆

Cuando regreso a casa ya es pasado el mediodía y en parte lo agradezco porque sé que no me encontraré de nuevo con un Levi insistente para hablar. Dejo el coche estacionado en el jardín delantero y me dirijo a la entrada, me recorre un escalofrío en cuanto me adentro a la estancia, aún me cuesta aceptar que pasé dos años lejos y que la última vez que estuve entre estas paredes todo salió bastante mal.

Suspiro con pesadez mientras subo los escalones hacia mi habitación y me mentalizo con los pasos a seguir.

La información no fue esclarecedora, todo lo contrario, abrió demasiadas incógnitas, como si alguien dejara salir un millar de piezas de un rompecabezas y yo ahora tenga que ordenarlos sin tener una mínima idea de cómo hacerlo. Un rompecabezas desconocido que jamás vi completo antes. Ni siquiera sé cómo seguir después de todo esto, pero de algo estoy segura y es que necesito ir a Nueva York. Necesito hablar con Lucchese. Aunque primero debo sobrevivir a la cena de esta noche con Levi, ya que no puedo seguir escondiéndome.

A menos que tenga un viaje de última hora.

Sonrío para mis adentros al darme cuenta que tengo la excusa perfecta. Cuando llego a la puerta de mi habitación y coloco mi mano sobre el pomo frío siento que un escalofrío me recorre la espina dorsal, suelto un suspiro de cansancio mientras me adentro en mi cuarto con la única finalidad de descansar un rato antes de planear el viaje de improvisto.

Toda mi intención se desvanece en cuanto me encuentro a mi mejor amiga aguardando por mí con una gran sonrisa.

—Penny… —murmuro con confusión y la sonrisa de la pelirroja se acentúa—. ¿Q-qué haces aquí?

Deja de sonreír en cuanto nota que no me muevo y la miro con recelo.

—¿Qué hago aquí? —repite mis palabras mientras abandona mi cama para dar grandes zancadas en mi dirección y acaba frente a mí con ambas manos en sus caderas—. ¿No se supone que estaríamos juntas, Maddox? —trago saliva con fuerza—. Porque eso le dijiste a Levi y claro tuve que seguirle la mentira.

La esquivo y me encamino hacia mi armario intentando ignorar la presión en el pecho que siento, no puedo ver a mi mejor amiga a la cara. No después de lo que sucedió, de lo que hice. A veces, siento que me sale de maravillas fingir que soy un robot y acabo creyéndomelo. Hasta que en ocasiones me pesa la consciencia, como ahora.

—No te pedí que mintieras por mí —digo con indiferencia mientras saco mi maleta a medio desarmar y la pongo sobre mi cama.

Los ojos azules de Penny me miran imperturbable.

—No necesitas pedirlo, es lo que hace una mejor amiga…

—¿Entonces por qué el reclamo?

No la miro, me dedicó a ordenar la ropa que ya hay dentro de la maleta y repasar mentalmente qué debo llevar en un viaje a última hora a Nueva York, lo que debo tener listo, lo que puede pasar y lo más importante: cómo llevarlo a cabo.

—Mírame —la voz de Penny es de orden total, pero la ignoro y sigo haciendo lo mío. Hasta que sus manos cubren las mías y me estremezco—. Maddox. No me hagas repetirlo.

Dudo, pero alzo la vista y la miro. Me encuentro de lleno con sus ojos azules, su cabello anaranjado y su tez pálida llena de pecas, ya no sonríe y sé que en parte es mi culpa, por eso el brillo en sus ojos delata preocupación. Porque es así como todos me miran: preocupados.

Porque ya no soy la misma.

Porque ahora soy una Maddox rota.

—Te fuiste por dos años. Y ni siquiera te contactaste.

—Claro que sí, hemos hablado…

—Solo respondías algunos de mis mensajes y cada que intentaba llamarte tenías algo más importante que hacer. ¿Qué sucede?

Suspiro con pesadez y me dejo caer en la cama, ella se sienta a mi lado pero mantiene una distancia prudente. Puedo fingir con muchas personas, pero no con Penny. Prometí hace tiempo que ya no le mentiría.

—Necesito mantenerte alejada, Penny. Por favor, no lo hagas difícil.

La miro de reojo y veo como su labio inferior tiembla, por un momento me arrepiento de mis palabras pero me convenzo de que así es mejor, necesita saber la verdad y respetar lo que quiero; pero toda mi fuerza de voluntad, mi valentía y decisión flaquean cuando sus ojos se llenan de lágrimas.

—No has venido de visita ¿eh? —trago saliva en cuanto escucho su voz que sale algo distorsionada por las lágrimas que no deja salir. Veo como muerde su labio inferior mientras se contiene y niega mientras suspira— ¿Por qué, Maddie?

Inhalo y exhalo despacio.

—Porque lo necesito.

No digo la palabra en voz alta, no es necesario.

«Venganza».

—No tienes que hacerlo sola —murmura.

—El problema es que si tengo que, es más, debo hacerlo sola. Si dejo que estés al tanto, que esto se relacione contigo…

—¿Podría poner tu plan en peligro?

—Podría ponerte a ti en peligro. Y eso es algo que jamás me perdonaría.

Sus ojos azules se clavan en los míos con sorpresa, parpadea un par de veces confundida hasta que vuelve a hablar.

—¿Y te pondrás en peligro? ¿Tú sola?

—Estaré bien…

—¿Matthew sabe de esto? —trago saliva con fuerza—. Porque estoy muy segura que tu padre no tiene idea pero él… él podría ser de ayuda ¿cierto?

—También lo quiero dejar fuera de esto —digo en voz baja.

—Maddox…

—Penny, necesito hacer esto. Por favor.

Nos sostenemos la mirada por lo que parecen horas y puedo adivinar lo que se esconde en el fondo del océano que son sus ojos: incomprensión. Porque está frente a una desconocida que no comprende y no puede hacerlo aunque quiera.

No la culpo por eso. No culpo a nadie por lo que me hicieron.

Bueno, quizás me culpo un poco a mí.

—Maddox Francesca Salvatore, la venganza no te llevará a ningún sitio, no a uno bueno, al menos —intento hablar pero me dedicó una mirada de advertencia así que presiono mis labios—. Pero no tengo idea por lo que has pasado. Nadie puede darse una idea del infierno que te han hecho vivir así que, aunque no lo entienda, lo voy a aceptar.

Comienzo a emocionarme y le dedico una sonrisa.

—Gracias…

—Pero no me dejarás fuera de esto.

—No funciona así Penny.

—Tampoco como tú crees, pero no estoy aquí para discutir —abandona su lugar a mi lado para pararse frente a mí, me dedica una sonrisa y luego su atención pasa a mi equipaje a medio hacer—. ¿Nuevo destino, alteza?

Me contengo para no poner los ojos en blanco.

—Creía que tú y Jace ya no se hablaban —murmuro.

—Pasaron dos años, tienes que actualizarte, Maddox —se encoge de hombros mientras comienza a ordenar la ropa—. Dime, ¿a dónde piensas escapar ahora?

—Nueva York —su sonrisa se eleva hacia arriba y arquea ambas cejas, comienzo a negar en respuesta—. No, no, no…

—Me fascina Nueva York.

—Ni siquiera lo conoces… ¡ouch! —me golpea con una de mis prendas y le lanzo una mirada de furia—. ¿Y eso que fue?

—¡He visto cientos de películas! ¿Sabes dónde transcurren la mayoría de las comedias románticas? ¡Exacto! ¡En Nueva York! —me esfuerzo por no poner los ojos en blanco ante su pensamiento—. Así que esta es la oportunidad perfecta para conocer el lugar en vivo y en directo.

—No es un viaje de diversión, Penny.

Su sonrisa se acentúa más.

—¿Es de *«negocios»*? —pronuncia la última palabra con un tono más grave y profundo, esta vez sí que no puedo evitar poner los ojos en blanco. Intenta en vano golpearme otra vez pero la esquivo y escucho como se ríe, haciendo que su risa sea contagiosa—. Vamos, te acompañaré. Será genial verte en acción, como toda una princesa de la mafia. ¿Eres de las que usa ropa de lujo o más bien trajes de cuero negro? Porque ambos te sentarán excelente…

—Penny, hablo en serio.

—¿Qué? ¡Yo también! Necesito saber que ropa usarás para ir combinadas, no puedo desentonar…

—Esto es serio, Penny.

Toda su diversión se desvanece de repente al comprender que no estoy jugando. Suspiro con pesadez y me coloco a su altura, le quito de las manos mi prenda de ropa y la vuelvo a colocar en la maleta para cerrarla y dejarla en el suelo.

—No te pondré en peligro, no puedes venir a este viaje.

—Pero tendrás protección, ¿cierto? Y yo no pienso dejarte sola, no de nuevo, no…

—Penny, no es tan sencillo… —suspiro—. A ver, solo es un viaje de improvisto para una reunión improvisada, y sí, conozco el lugar y llevaré protección. Pero será complicado si te llevo, tu no conoces el lugar y no podré mantenerte a salvo porque no podré estar concentrada en ti.

—Maddox, no debes ser mi niñera.

—Hablo en serio, puedo protegerme a mí misma si voy armada pero nada me asegura que pueda mantenerte a salvo, si algo te sucede…

—¡Ya! Deja de decir esas cosas —pone los ojos en blanco y coloca ambas manos por encima de mis hombros—. Tu encárgate de los negocios y de protegerte, yo puedo protegerme —alzo ambas cejas —. De acuerdo, quizás no pueda protegerme; pero no me separaré de ti ni de la seguridad que nos acompañe. Me portaré bien.

—Penny…

—Seré un angelito —sonríe de forma angelical y por un momento me hace dudar, pero alejo esos pensamientos. Es totalmente irresponsable que la lleve conmigo a un viaje así—. Maddie…

—No, no lo haré. Ya lo decidí.

Penny presiona los labios en una fina línea y alza una ceja, por la forma en que me mira sé que no dará el brazo a torcer y una parte de mi… una parte de mi quiere dejar que me acompañe. Porque quizás, todo es más sencillo cuando no estás sola para lamerte las heridas.

—Esto es simple Maddox, puedes aceptar que iré o puedes no hacerlo, pero iré de todas formas. La primera opción te asegura que estemos bien, la otra no tanto pero a decir verdad no me interesa. Donde tú vayas, iré yo. Soy tu maldita mejor amiga, ya no puedes alejarme —intento tragar el nudo que se forma en mi garganta y la emoción que comienzo a sentir se acrecienta al darme cuenta del

peso de sus palabras—. No hay distancia, física ni emocional, que puedas poner entre nosotras que no sea capaz de saltar.

CAPÍTULO 6

Matthew

La música suena a niveles ensordecedores y me pregunto por qué demonios terminé en este lugar, cuando podría estar en mi despacho con un vaso de whisky, en completo silencio y disfrutando de mi soledad. Hasta que recuerdo que no puedo dejar de pensar en ella.

Y que la razón es que aquí al menos el ruido y la música serían una gran distracción.

Pero no lo son.

Suspiro mientras me llevo el vaso de whisky a los labios, ni siquiera sé cuánto he bebido ni cuanto tiempo llevo en el club. Llegué temprano, demasiado, el reloj no había dado las seis de la tarde y yo estaba aquí. Para mi suerte no es viernes o sábado, que son los días en que este lugar está a rebosar de personas, estamos a miércoles así que, aunque se puedan ver personas divirtiéndose en grupo o solitarias, son pocas.

Pero nada de eso importa porque la música sigue sonando a niveles peligrosos.

O quizás es que estoy demasiado ebrio.

Me acabo de un solo trago el resto de mi whisky y lo dejo sobre la barra, hace un ruido sordo y el *bartender* me mira con una ceja alzada. Me conoce y sabe quién soy, por eso no necesito decirle que debe llenar el vaso de nuevo, como lo ha hecho desde que atravesé las puertas del club un par de horas atrás. Pero no lo hace, no quito mis ojos del vaso de cristal que sigue vacío hasta que comienzo a

impacientarme y alzo la mirada para encontrarme con los ojos oscuros del tipo que sirve tragos y del que recordaba su nombre hace un par de minutos. O quizás horas.

—¿No piensas servirme otro?

Mi voz sale carente de emoción, fría como el hielo, pero es que ni siquiera lo intento, desde mi discusión con Maddox mi actitud ha empeorado e incluso Levi me pidió que me tomara un descanso.

Otra razón por la que terminé aquí.

—Q-quizás fueron suficientes, Matthew.

Alzo una ceja.

—¿Tú me dirás cuando es suficiente? —Esta vez mi tono de voz sale diferente, con un ligero tono a molestia y enojo que no puedo evitar sentir—. No creo que seas capaz de decirme cuando es suficiente.

El tipo me mira con nerviosismo, veo como su nuez de adán sube al tragar saliva y sus ojos parecen los de un cervatillo asustado.

Bien. Me hace sentir bien saber que eso es lo que causo. Así es más fácil que me respeten.

Vuelvo a separar los labios para hablar pero el tipo llena mi vaso con más líquido ambarino antes de que pueda decir algo, sonrío satisfecho antes de acercarlo a mis labios y dejar que el líquido amargo baje por mi garganta quemándola en el camino.

—No era necesario ser tan cruel.

Mi mano se paraliza a cierta distancia de mis labios y desvió la vista hacia un lado, donde la silla se mueve y la expresión neutra de Will toma forma frente a mí. Le dedico un gruñido por lo bajo antes de volcar mi atención nuevamente a mi bebida, lo escucho suspirar al notar que lo ignoro pero no le doy importancia.

—Porque a decir verdad, yo creo que si ya fue suficiente alcohol por hoy.

Cierro los ojos un segundo, intentando controlarme antes de hablar.

—¿Y tú qué sabes?

—Digamos que te he estado viendo desde que llegaste y no has cambiado la posición, ni dejado de beber un segundo. Incluso toda mujer que se te ha acercado la has ignorado sin dudarlo. Sin mencionar que odias venir a este lugar.

Cierro la mano libre en un puño hasta que los nudillos se ponen blancos, no puedo armar una escena en medio del club de Levi porque él se enteraría y le daría otra razón para que crea que necesito poner distancia para *«descansar»*.

Pero comienza a molestarme que todos se crean con el poder de opinar sobre mi vida, ¿y qué si llevo horas bebiendo? ¿y qué si estoy aquí en el club? ¿y qué si ignoro a todas las mujeres que se me acercan?

No es como si no lo llevara haciendo hace años.

—Y además, he notado que no has estado presente en la reunión de esta mañana. Cuando pregunté, Levi mencionó algo de que necesitabas descansar. Por un momento no le creí, ¿Matthew Hardaway necesita descansar? Increíble —lo escucho silbar impresionado y pero me niego a dedicarle mi atención así que permanezco con la vista al frente—. Pero ahora que te veo en este estado, no dudo de las palabras del jefe.

—Cuidado, Will.

Pronuncio las palabras con un tono de advertencia, porque comienza a molestarme cada vez más. Puedo soportar cuando Jace es quien molesta, ya que es la forma habitual de ser de Jace pero ¿Will molestando a alguien? La razón por la que él me cae perfectamente y puedo trabajar a su lado es por su personalidad hosca y reticente, porque sabe cuándo hablar y cuando no.

Ahora es un momento en el que no debería hablar.

—Lo siento, te juro que lo intento pero es sorprendente ver como una rubia controla tu estado de ánimo…

Sus últimas palabras mueren en una sonrisa apenas apoyo la punta de mi pistola contra su cuello, justo sobre el pulso que late frenético bajo su piel. Presiono lo suficiente para sentirlo temblar.

La música continúa sonando, grave y elegante, como si el mundo siguiera girando con normalidad. Pero a nuestro alrededor todo se ha detenido. Las conversaciones murieron. Las copas quedaron suspendidas a medio camino. Cada maldito par de ojos en la sala está clavado en nosotros, observando el espectáculo que jamás debería estar dando.

Y aun así, no puedo detenerme.

Porque Will tiene razón.

—Tranquilo, no necesitas armar una escena —su voz está cargada de diversión y presiono más la pistola.

—¿Qué ocurre? ¿No tienes nada mejor que hacer que molestarme?

—Oh no, el que parece no tener nada mejor que hacer eres tú —presiono más pero parece no inmutarse—. Bebiendo solo en un club que detestas, porque una chica no te presta atención. Ignorando a las mujeres que se acercan, porque una chica no te presta atención. Funcionando pésimo en el trabajo, porque…

—¿Cuál es tu maldito problema, Will?

Su sonrisa se desvanece, toma con fuerza mi muñeca hasta hacer que aleje la pistola de su cuello y en respuesta doy un paso atrás al mismo tiempo que él da uno hacia adelante, lo suficientemente cerca para escucharnos y que los demás entiendan que deben meterse en sus asuntos.

—Mi problema, Matthew. Eres tú —alzo una ceja un tanto sorprendido, quizás esté ebrio pero mi mente aún funciona y no consigo entender lo que dice. Para mi suerte sigue hablando—. No necesitamos a un inoperante como tú, así que vete del club, ahora.

—¿Disculpa? ¿Me estás dando órdenes? —me acerco un poco más, con la furia y el enojo agolparse en cada fibra de mi ser—. Ten cuidado Will.

—Te estoy dando un consejo —dice entre dientes—. Vete de aquí, date una ducha y duerme. Y cuando despiertes mañana trata de volver a ser el antiguo tú porque así no le sirves a nadie. Descansa todo lo que necesitas, pero recapacita porque te necesita, Matthew. Pero al verdadero tú, no a esta copia insulsa. —Un escalofrío me recorre al entender sus palabras—. Despéjate y vuelve a ser el maldito hombre que Maddox necesita. Porque estás muy lejos de serlo.

Se aleja de mí sin dudarlo, como si jamás hubiéramos tenido aquella conversación en la que casi le disparo y el resto del mundo parece retomar su cauce.

Permanezco un segundo observando el vacío, o quizás es más de un segundo pero para ese momento ya no tengo noción de la hora y el tiempo es un concepto abstracto que tiene sus propias reglas, y yo parezco perdido en ellas. Como si me hubieran encerrado en un reloj de arena, cuando pienso que por fin logro estabilizarme lo giran y vuelvo a empezar, así me siento desde lo que ocurrió con Maddox.

O mejor dicho, desde lo que ocurrió con mi hermano.

Cualquiera pensaría que no debería afectarme. Después de todo, para el resto del mundo solo éramos dos hermanos unidos por sangre, no por afecto visible. Nunca fuimos de abrazos ni palabras reconfortantes.

Para quienes apenas me conocen, no soy más que el mayor de los Hardaway: el hosco, el hombre de pocas palabras, el que aprendió a ensuciarse las manos desde demasiado joven. Pero nadie se pregunta por qué. Nadie conoce la razón detrás de cada cosa que hice, de cada límite que crucé.

Siempre fue Max.

Mantenerlo a salvo. Cargar con la parte más podrida de este mundo para que él no tuviera que hacerlo. Porque desde lo que les ocurrió a nuestros padres entendí que alguien debía convertirse en el monstruo dispuesto a hacer lo necesario cuando el peligro volviera a encontrarnos.

Preferí guardarme la verdad en un rincón oscuro de mi mente, porque si hay algo que aprendí desde niño es que hay verdades que a veces es mejor permanezcan ocultas, porque no solucionan nada, sino que oscurecen todo aún más.

Lo que ocurrió con mis padres era una de esas verdades.

De nada sirvieron mis intentos de mantenerlo oculto, él llegó a sus propias conclusiones y actúo en base a eso, se dejó convencer y manipular. Y en el camino me traicionó.

¿Pero lo que más me jodía? ¿Aquello que me hizo trizas y abrió una brecha entre Máximo y yo? No fue su traición hacia mí, fue su traición hacia ella.

Quizás estaba mal, quizás la sangre debería significar mucho más y en cierta forma lo hace, la sangre es pesada. Por eso hice lo que hice, por vengar a mis padres.

Y desde aquello tengo una deuda demasiado grande con la única persona en que confío, en la única que cuidó de mí. Quizás debería molestarme más la traición de mi hermano y quizás debería pensarlo mejor antes de decidir, de forma definitiva, que si tengo que asesinarlo por lo que le hizo a ella, no lo dudaré un segundo.

Porque a Levi Salvatore le debo la vida, y su hija la razón por la que abro los ojos cada mañana.

En cuanto salgo del club constato la hora y veo que son apenas las siete de la tarde, el invierno está empezando por lo que el sol ya se ha escondido. En cuanto monto mi coche no me dirijo a mi apartamento sino que hago el recorrido opuesto hasta terminar en el barrio privado al otro lado de la ciudad.

Aparco al borde de la acera y apago el motor, pero permanezco allí sin moverme y sin apartar los ojos de la estancia que se extiende frente a mí. Todo parece estar a oscuras, a excepciones de unas cuantas luces cálidas que Levi suele dejar encendidas en el jardín delantero, pero por lo demás la casa incluso parece deshabitada.

Dejo que mis ojos se desvíen hacia arriba, a donde sería el segundo piso y doy de lleno con la ventana de la habitación de Maddox. Trago saliva y considero bajar, pero sé que es una mala idea porque ella no quiere verme, porque estoy ebrio y su padre me mataría, pero aun así…

¿Qué pasaría si golpeo la puerta y me abre con su lindo pijama rojo? ¿Se daría cuenta de que estoy ebrio? Sin duda. Ella siempre lo nota todo.

Y yo debería dejar de estar tan obsesionado con ella, pero cada día que pasa me resulta más difícil. Como si hubiera cruzado un punto de no retorno. Resulta casi doloroso poner distancia e incluso evitar fantasear con que me reciba ahora. Parece imposible; ni siquiera puedo contener el gesto que amenaza con apoderarse de mis labios.

No te recibiría con una sonrisa porque te quiere lejos, muy lejos.

Aparto la voz lógica de mi consciencia y cierro los ojos mientras echo mi espalda hacia atrás, hasta dar con el respaldo de mi asiento. Intento controlarme y olvidar la idea de bajar del coche para buscarla y hablar, intento recordar cada una de sus palabras para poder mentalizarme de una vez por todas…

Unos golpes en la ventana me hacen abrir los ojos y todos mis sentidos se ponen en alerta.

Del otro lado, el último par de ojos verdes que quiero ver me devuelve la mirada. Trago saliva mientras acerco mi mano al botón de la puerta y el cristal comienza a descender con un leve murmullo. Levi cruza los brazos a la altura del pecho y me mira con una ceja alzada, pero aunque intente simular molestia puedo notar lo cansado que está.

No lleva ropa cómoda, sino el habitual traje que usa para ir a la empresa, lo que llama más mi atención.

—¿Qué haces aquí, Matthew?

Trago saliva mientras pienso en una excusa. Es un mal momento para estar ebrio porque mis neuronas adormecidas no parecen tener

la intención de ayudarme.

—Solo… pasaba a ver que todo estuviera bien —*si claro*—. ¿Y tú? ¿Dónde estabas?

—En la empresa, hubo un aviso dentro del sistema de seguridad así que debí ir a ver que todo estuviera bien.

Mi cuerpo se tensa de pies a cabeza. Llevo mis ojos hacia la casa y tengo un *déjà vu* con la última vez que Levi dejó a Maddox sola, pero él parece adivinar mis pensamientos porque suspira con pesadez antes de volver a hablar.

—No la dejé sola, Matthew —dice con irritación.

—¿Y dónde está? —no debería hablarle así, pero estoy ebrio y sí, quizás un poco molesto— ¿Está con Penny?

Ruego internamente que responda con un sí.

—Está en Nueva York.

Con Lucchese. Es lo que él no dice pero lo que está más que claro y me encantaría ignorar el escalofrío de incomodidad que me recorre al darme cuenta que está lejos y con él, pero no puedo. Porque está lejos y con él.

¿Qué demonios hace en Nueva York?

No soy consciente de la fuerza que ejerzo al presionar el volante con mis manos hasta que noto mis nudillos ponerse blancos y las palmas comienzan a molestarme.

—¿Y qué hace allí? —trato de que mi voz se escuche lo más neutral posible pero siento que fallo—. ¿Fue sola?

—Claro que no, se llevó a Jace y Marco. Jamás la dejaría ir sola —suspira mientras niega—. Aunque no me agradó la idea del viaje improvisado, Maddox asegura que fue Lucchese quien la contactó convocando una reunión de forma urgente.

Inhalo y exhalo con profundidad.

—¿Y no crees que sea así?

Veo por el rabillo del ojo como niega y se pasa una mano por su cabello rubio, sus ojos brillan y sé que su cansancio parece acentuarse al hablar de su hija.

—Ni siquiera sé que pensar o creer, Matthew. Solo sé que la Maddox que se bajó de ese avión hace dos días no es la misma que se fue hace dos años.

Un nudo se forma en mi garganta al escucharlo. Conozco a Levi Salvatore hace tiempo y sé que no hay nada más importante para él que Maddox, haría cualquier cosa por ella, incluso abandonar la mafia aunque le cueste la vida. Por eso me puedo hacer una idea de lo desesperado que debe sentirse él, yo me siento igual pero sé que no es lo mismo.

Ella es su hija, después de todo.

Y Maddox es… nada. No es nada mío, como ella lo dejó en claro.

—Quizás hace tiempo dejó de ser esa Maddox que recuerdas, Levi.

—¿Me lo estás diciendo a mí? ¿O te lo dices a ti, Matthew? —aparto la vista y presiono más las manos sobre el volante, lo escucho suspirar otra vez—. Vete a casa, Matt. Te necesito sobrio por la mañana.

Con un leve gesto de cabeza me despido de él y pongo el coche en marcha.

Conduzco hacia mi apartamento con un vacío enquistado en el pecho, uno que lleva demasiado tiempo creciendo en silencio.

Sé que no debería hacerlo, pero saco el móvil sin apartar la vista de la carretera. Lo desbloqueo con el reconocimiento facial y marco su número casi por instinto. Maddox podría denunciarme por acoso. La idea debería detenerme. No lo hace.

CAPÍTULO 7

Maddox

Rechazo la llamada en cuanto mi móvil vuelve a sonar y suspiro con impaciencia mientras fijo la vista en la ventana a mi lado.

Un silbido llama mi atención. Me obligo a apartar la mirada del paisaje que dejamos atrás para observar a mi mejor amiga. Penny no puede despegar los ojos del exterior del coche.

Sonrío para mis adentros al ver la emoción que irradia. Sé que es su primera vez aquí y me habría gustado que este fuera un viaje cualquiera, uno de esos que se hacen solo para pasar tiempo juntas. Pero este estaba muy lejos de serlo.

No podía olvidarlo.

—¿Impresionada?

Los ojos de Penny brillan y muerdo mi labio inferior para contener la sonrisa.

—¿Impresionada? ¡Más que eso! ¡Este lugar es increíble!

—Solo lo estás viendo desde un coche, Penny.

—¡Exacto! Sí me parece increíble ahora, imagina cuando salgamos a recorrer…

—No saldremos. —La detengo antes de dejar que su ilusión crezca —. Recuerda, Penny. Esto no es un viaje de diversión.

Sus hombros bajan un poco y su postura se tensa, perdiendo todo el deje divertido y alegre de unos segundos atrás.

—Lo sé, pero jamás hemos hecho viajes así. Me emociona —se encoge de hombros—. ¿Regresaremos mañana?

—Regresaremos esta noche.

Me mira con los ojos desorbitados.

—¿¡Qué!? —Alzo ambas cejas sorprendida por su tono y su reacción. Incluso Jace, quien se encuentra en el asiento del copiloto nos mira de reojo—. P-pero… acabamos de llegar.

Bajamos del avión privado tan solo media hora atrás, y ya teníamos un coche de alquiler aguardando por nosotros junto a otro con dos hombres que nos escoltarían al hotel.

Cortesía de Lucchese, por supuesto.

Esto era algo simple: reunirme con él para saber la verdad detrás de lo que está sucediendo y en base a lo que me diga decidir si me engaña o no. A partir de ahí veré que puedo hacer, si asesinarlo como hice con su tío dos años atrás o dejar que siga respirando. Todavía no lo había decidido y claro que debía esperar a escuchar la historia completa, pero aun así… el sentimiento de usar un arma de nuevo no me desagradó en absoluto.

—Y así como llegamos nos iremos, sabes que esto es solo por una reunión de improvisto. Nada más.

A Lucchese no le agradó que lo llame de la nada y le exigiera vernos, pero tras unos minutos de charla tensa acabó aceptando y dijo que me estaría esperando en su despacho para hablar.

Solo hablaríamos, decidiría qué hacer y luego me iría. Con algo de suerte, Lucchese tendría información que podría ser de ayuda y le daría un giro a lo que Will había descubierto. De lo contrario, habría hecho el viaje en vano, pero al menos lo habría enfrentado para recordarle con quién hace negocios.

—Ni siquiera me dijiste con quién venimos a hablar —escucho como murmura Penny.

—Con un socio.

—Sí, pero ¿quién es? ¿cómo se ve? ¿Se ve tan amenazante como Matthew? ¿Tienes esa vibra de psicópata americano que tanto te gusta?

Le dedico una mirada de advertencia pero antes de poder replicar escuchamos como Jace deja escapar una risa y ambas lo observamos.

—¿Lucchese amenazante? Por favor, Penny —dice entre risas.

—¿Tú lo conoces? —pregunta con entusiasmo—. ¿Me dirás como se ve? ¿Es amable?

—Se ve como un adolescente malcriado de treinta años.

—Jace —advierto con voz fría y veo cómo se revuelve incómodo en su asiento.

—De acuerdo, lo siento —murmura—, pero no puedes negar que el tipo es raro. —Es verdad, no podía negarlo pero esa era una razón por la que me caía bien, sería una lástima dispararle como a su tío —. Es decir, a simple vista no parece intimidante, pero tampoco amable. Simplemente… divertido, sí. Siempre está sonriendo, como si todo en la vida fueran cotilleos y chismes.

—Oh —los labios de Penny forman una «o» y luego sonríe con picardía—, creo que me agrada. ¿Es guapo?

Esa pregunta va dirigida a mí, la miro de soslayo y finjo que lo pienso unos segundos para luego asentir, volviendo la vista y la atención a mi móvil.

—Si, es atractivo.

—¿Más que Matthew?

—No, ni un poco.

No soy consciente de mi respuesta hasta que siento dos pares de ojos posarse sobre mí con intensidad y muerdo mi labio inferior, conteniendo la letanía de insultos que amenazan con salir desbordados. Insultos dirigidos a mí, por supuesto.

A ver, ¿admitir que Matthew es más atractivo es un problema? Para nada, no puedo mentir y además, no lo estaría admitiendo en su presencia lo que sí sería un problema, pero tampoco es bueno admitirlo frente a las dos personas más insufribles y chismosas: Jace y Penny.

Aparto mis ojos de la pantalla de mi móvil para verlos sonreír con malicia.

—Si piensas eso… ¿por qué lo tratas así? —pregunta Jace.

—¿Así cómo? ¿Cómo lo trata? —Penny lo mira y luego vuelve a concentrarse en mí—. ¿Qué hiciste, Maddox?

—Yo no hice nada…

—¡Exacto! Le hace la ley del hielo al pobre Matthew…

—De pobre nada —murmuro.

—Y él agoniza por su atención.

—Eso no es cierto —le lanzo una mirada incrédula—. Deja de decir tonterías.

—No lo sabes porque no lo has visto —resopla y vuelve la vista al frente—. El pobre Matthew parece un fantasma desde que te fuiste hace dos años, y ahora es peor porque pensaba que te comportarías como siempre, pero…

—¿Como siempre? ¿Cómo sería eso? —Penny vuelve a interrumpir y ya comienzo a impacientarme—. ¿Por qué no sé de estos chismes, Maddie?

—No son chismes, Penny —digo entre dientes—. Marco, ¿cuánto falta para llegar?

—¿Intenta escapar de esta conversación, alteza?

El tono de Marco destila pura diversión. Penny no aparta los ojos de mí ni un segundo y ni siquiera necesito mirar a Jace para saber que está completamente fascinado con la escena. No puedo evitarlo: siento cómo el calor me sube por el cuello hasta incendiarme las mejillas. Y, por Dios, no debería estar reaccionando así.

—¿Debo recordarles que todos trabajan para mí? —El silencio que le sigue a mis palabras es tenso, la expresión de diversión se borra del rostro de todos y eso de alguna forma me llena de adrenalina—. No les conviene hacerme enojar.

Nadie habla. A excepción de Penny, por supuesto.

—Yo no trabajo para ti, querida —me giro a verla y ella sonríe como un angelito—. Lo lamento por ustedes chicos, pero yo sí tendré el chisme completo.

Pongo los ojos en blanco y vuelvo la atención a mi móvil, ignorándolos por completo hasta que llegamos al hotel de Lucchese. Pero antes de abandonar el coche, puedo escuchar como Jace le murmura a Penny.

—Después me pondrás al tanto, ¿verdad?

Mi amiga le guiña un ojo como única respuesta. Yo finjo seriedad, aunque por dentro me estoy muriendo de risa por lo ridícula que es la situación.

Cuando bajamos del coche, los hombres de Harry ya nos esperan en la entrada del hotel. Me acerco con paso firme, consciente de la presencia de todos a mi espalda. No hace falta que diga una sola palabra: intercambian una mirada y se apartan para dejarnos pasar. Caminamos hasta el ascensor que conocí dos años atrás. Nos lleva al penúltimo piso, donde están nuestras habitaciones y la suite que una vez ocupé.

En cuanto pongo un pie en la suite, una oleada de recuerdos me golpea de lleno. El equilibrio me abandona por un instante. El suelo bajo mis pies parece tambalearse. ¿O soy yo?

En esta habitación Máximo me esperaba al otro lado de la puerta. Contra esa misma puerta tuvimos sexo sin importarnos quién pudiera encontrarse del otro lado. Fue ahí donde empezó a susurrarme palabras al oído mientras sus manos recorrían mi cuerpo.

Me decía que era preciosa. Que le encantaba. Que le consumían los celos al pensar que era su hermano quien pasaba tanto tiempo conmigo. Que no podría dejar de tocarme. Que podría pasar horas besándome, recorriendo mi cuerpo hasta aprendérselo de memoria.

Mentiras.

Todo fue una gran mentira.

La única persona que me eligió fue Penny. Me conoce desde antes de descubrir quién soy realmente y, aun después de saberlo, decidió quedarse. Permaneció a mi lado pese al peligro que implica formar parte de mi vida.

Máximo no.

Él jamás me miró como yo lo miré a él.

Lo nuestro fue una fantasía en la que decidí creer porque necesitaba sentirme querida. Necesitaba pensar que, por una vez, alguien podía verme más allá del apellido Salvatore.

La verdad acabó con esa ilusión.

Lo único que me queda son recuerdos que ahora sé que fueron una mentira... y la cicatriz que atraviesa mi rostro. Una marca permanente que me recuerda, cada vez que me miro al espejo, que confiar en alguien siempre tiene un precio.

—¿Estás bien? —La voz de mi mejor amiga me trae de vuelta a la realidad. Estoy de pie en medio de la suite mientras ella me mira con el ceño fruncido, sentada sobre el colchón y de brazos cruzados. Fuerzo una sonrisa y asiento pero no le inspiro la confianza suficiente para que la preocupación desaparezca de sus facciones—. ¿Qué ocurre?

—Nada ocurre —le miento y luego me arrepiento. Dejo escapar un suspiro mientras me acerco—. Estaba pensando que…

—¿Qué?

—No volveré a confiar en nadie más.

Los ojos azules de Penny se abren demasiado.

—¿De qué hablas? —hace una mueca de desconfianza—. Puedes confiar en mí, lo sabes ¿cierto?

—No me refiero a eso —digo en un murmullo y ella presiona los labios en una fina línea mientras baja los ojos hacia su regazo—. Puedo confiar en ti, te confiaría mi vida, Penny. Aunque me parezca ridículo que tú confíes en mí cuando ni siquiera puedo asegurar tu protección; pero yo estoy segura de ti, de que eres mi mejor amiga.

—Pero no confiarás en nadie más —murmura—. ¿Ni siquiera en tu padre y tu madre?

—Ellos no pueden saberlo, Penny.

—Tu padre no es idiota, Maddie. Es el Don de la mafia, dudo que algo se escape de su control.

—Yo me escapé de su control por mucho tiempo…

—No estoy segura de que lo permita otra vez. No puedes planear y llevar a cabo una venganza sin que él lo sepa.

—Penny…

—No puedes salir a asesinar a todo aquel que te haga enojar sin esperar represalias o consecuencias.

—¿Crees que no lo sé?

—Pues no parece que lo sepas —clava sus ojos en mí y vuelve a cruzarse de brazos mientras cuadra los hombros. Con una actitud seria y enojada, me da a entender que no es una conversación de la que podré escapar con facilidad. Pero está bien, quise tener la conversación ahora para sacar todo esto de mi interior—. Te estas poniendo en peligro, pones a otras personas en peligro…

—Te pongo a ti en peligro —la interrumpo y alzo una ceja, ella comienza a negar pero antes de darle oportunidad a que responda me acerco un poco más. Debe inclinar la cabeza hacia atrás para verme bien—. Lo último que quiero es que te pase algo, o a Levi o a Nora. Por Dios, ni siquiera soportaría que algo le ocurra a Matthew —digo las últimas palabras en voz baja y un escalofrío me recorre,

mi amiga no dice nada pero alza una ceja—. Pero debo hacerlo, necesito hacerlo, Penny. Lo necesito.

—¿Necesitas con tal desesperación vengarte?

Trago saliva, se forma un nudo en mi garganta que parece imposible de deshacer.

—Sí.

—¿Aunque te pierdas a ti en el proceso?

Sostengo su mirada y me obligo a no mostrar ninguna emoción. Entiendo lo que intenta decirme. Entiendo su preocupación. Y quizá, en otro momento de mi vida, todo esto me habría parecido ridículo. Innecesario.

La Maddox de hace dos años jamás habría permitido perderse a sí misma. No habría sacrificado su esencia por algo tan mezquino como la venganza.

Sí...

Pero esa Maddox ya no existe.

La mujer que soy ahora dejó de reconocerse hace mucho. Lleva dos años caminando por un infierno que ella misma alimenta, consumiéndose un poco más con cada paso.

Quizá la venganza no sea la respuesta.

O quizá sea lo único que me queda.

—Yo me perdí hace tiempo, Penny. Es hora de que todos comiencen a aceptarlo.

CAPÍTULO 8

Maddox

Tomo aire cuando las puertas del ascensor se abren en el último piso. Penny y yo avanzamos por la alfombra roja en dirección a la oficina de Lucchese.

No estaba en mis planes que me acompañara. Hay cosas que no necesita escuchar ni saber, como que fui yo quien asesinó al tío de Harry. Pero, en cuanto intenté convencerla de que se quedara atrás, enumeró todos los motivos por los que no piensa dejarme sola.

Motivo número uno: asegurarse de que no le dispare a mi socio en un ataque de ira.

A ver... tenía un buen punto.

Los tacones se hunden en la gruesa alfombra sin producir el más mínimo sonido. Cuesta creer que, hace apenas dos años, esa misma tela absorbiera sangre con tanta facilidad que no quedó una sola mancha.

Una sonrisa apenas tira de mis labios.

Desvío la vista hacia Penny justo a tiempo para encontrarla completamente absorta, observándolo todo con los ojos muy abiertos.

—¿Q-qué…?

—Diamantes —respondo sabiendo de antemano su pregunta. Sé reconocer su expresión porque es la misma que yo tuve cuando entré por primera vez al salón de varios metros cuadrados, un bar

elegante y de elite, con una extensa alfombra roja, amueblados de roble negro y decoración brillante—. Lucchese tiene una extraña obsesión con los diamantes. Y con todo lo que brille —digo en un murmullo—. Quizás sí es un niño…

—Espera, ¿tú no tienes un collar con un diamante rojo incrustado en detalles dorados? —asiento y ella abre los ojos—. ¿¡Los detalles son de oro!?

—Jamás dije eso…

—¡No es necesario! —hablaba en murmullos, ya que nos están escoltando hasta la oficina de Lucchese para encontrarnos con él. Resulta un tanto divertido escucharla tan entusiasmada y sorprendida—. Es decir, mira todo este lugar. Hay oro puro por donde te fijes —recorre de nuevo la estancia que dejamos atrás—. Oro y diamantes, es…

—¿Demasiado?

—Demasiado —suspira—. Pero me gustaría un collar con diamantes azules. Ya sabes, como mis ojos.

Sonrío.

—Sí, creo que Lucchese pensaría igual.

Llegamos a la puerta de su despacho y uno de los escoltas la abre para dejarnos pasar. Solo Penny y yo entramos; los demás permanecen afuera. No me hizo ninguna gracia que insistieran en que Marco y Jace no nos acompañaran. Pero Harry es mi socio y, por mucho que me cueste admitirlo, debo confiar en él. Así que terminé aceptándolo... a regañadientes.

Aunque también ayuda que lleve mi Mossberg conmigo.

Hay hábitos imposibles de abandonar.

Avanzamos hasta los dos sofás individuales y tomamos asiento mientras esperamos a que Lucchese aparezca. No tarda demasiado.

Sin embargo, no entra por la misma puerta que nosotras. Surge desde la parte trasera del despacho, como si hubiera un pasillo

oculto o una puerta secreta que conecta el edificio entero. No puedo evitar pensar en mi casa. En los recovecos, pasillos y puertas ocultas que comunican cada rincón, tal y como mi padre las hizo construir cuando yo era niña.

Supongo que los mafiosos tenemos debilidad por los escondites.

—Bien, aquí estoy —su voz melodiosa y arrogante irrumpe nuestro ambiente silencioso, no nos mira, en su lugar está viendo su muñeca, parece que está acomodando su Rólex—. ¿Qué es tan importante que la princesa de la Cosa Nostra no podía esperar…?

Se calla en cuanto levanta la vista y se encuentra con Penny.

Mi mejor amiga me mira, incómoda, casi intimidada, antes de volver su atención hacia él. Lucchese presiona los labios. Por un instante pienso que le molesta no encontrarme sola. Tiene sentido: no sabe quién es Penny. Y, por un segundo, me incomoda la idea. Solo por un segundo.

Después, todo cambia. Su expresión se suaviza; el semblante se relaja como si algo encajara en su lugar. Una de las comisuras de sus labios se curva apenas mientras avanza despacio hacia nosotras.

No. Hacia ella.

El silencio se espesa. Lucchese no le quita los ojos de encima a Penny ni un instante. Y yo… no puedo evitar sonreír cuando entiendo lo que está ocurriendo.

—¿Y tú…? —murmura en voz baja— ¿De dónde saliste?

Un ligero rubor sube por el cuello de mi mejor amiga y traga saliva.

—Y-yo… lo siento, no creí que fuera a molestarte que esté aquí…

—No me molesta, en absoluto —la voz de Lucchese pierde toda su ligereza habitual. La máscara de arrogancia juvenil cae, y aparece el hombre serio que hay debajo. Penny se pone cada vez más roja—. Tu presencia me fascina…

—Por Dios, Lucchese —murmuro—. ¿Nunca has visto a una mujer en tu vida?

Me lanza una mirada de soslayo cargada de irritación.

—¿En serio, Maddox? —murmura entre dientes—. Lo arruinas todo. ¿Podrías irte?

—No —frunzo el ceño—. Vine a hablar contigo.

—Y yo no quiero hablar contigo —replica él. La mirada de Penny va de mí a Lucchese como si siguiera una pelota de ping-pong—. Quiero hablar con…

Se detiene. La mira y luego sonríe. Una sonrisa que jamás pensé ver en alguien como él. Y empiezo a perder la paciencia.

—Penny —dice ella en voz baja, claramente nerviosa.

—Penny —repite Lucchese, saboreando el nombre—. Es precioso. Aunque no tanto como tus ojos… parecen diamantes.

Cierro los ojos y cuento hasta diez.

—Lucchese, deja de incomodarla.

Él me mira, frunce el ceño y luego vuelve a Penny.

—¿Eso hago? ¿Te estoy incomodando? —pregunta, más bajo, casi confundido.

Penny traga saliva.

—Un poco.

Quiere intervenir otra vez, pero me adelanto. No puedo creer que esté coqueteando con mi mejor amiga cuando vine a hablar de algo mucho más serio.

—Penny, puedes irte. Te busco cuando termine aquí, ¿sí? —sus ojos celestes se encuentran con los míos. Por primera vez desde que entramos, parece respirar con algo de calma—. Ve, tranquila.

Obedece. Pero antes le lanza una última mirada a Harry, que le devuelve una sonrisa amplia, casi felina. Cuando la puerta se cierra, vuelvo la atención a Lucchese. Él ya no sonríe.

—¿Era necesario que la espantaras así?

—¡Lucchese! —digo con clara molestia—. Tú la espantaste, es mi mejor amiga y la mirabas como un dulce a punto de devorarlo.

—Era exactamente lo que quería hacer —dice mientras rodea su escritorio para dejarse caer, al parecer volvía a ser el mismo adolescente de siempre—. Pero tu llegas y nos interrumpes.

Lo miro completamente confundida.

—Yo ya me encontraba aquí —digo entre dientes.

—¿De verdad? Ni siquiera lo noté.

Me contengo para no sacar mi Mossberg.

—Lucchese, no vine a ver como coqueteas con mi mejor amiga. Creo que lo sabes.

—No debiste traerla —lo dice en voz baja, con una sonrisa y parece perdido en sus pensamientos—. Quizás considere mudarme a Chicago…

—Lucchese —advierto.

—Ya, ya… no te enfades —dice, poniendo los ojos en blanco—. Dime, ¿qué puedo hacer por ti? ¿Qué es tan importante como para que la princesa de la Cosa Nostra se suba a un avión con destino a Nueva York? Lo último que supe era que estabas en Francia… ¿o Grecia?

Sonríe con una arrogancia tranquila. Me dan ganas de arrancarle un ojo.

¿Cómo puede caerme tan bien y tan mal al mismo tiempo?

¿Y cómo sabe cada uno de mis movimientos?

La comprensión cruza su rostro como una sombra. Luego vuelve a relajarse. Sonríe otra vez, de esa forma que me eriza la piel.

—No creerías que podría perderte de vista, princesa —murmura, como si ya hubiera leído mi pensamiento—. Pero vamos a lo importante… ¿cómo estás?

El aire se me atasca en la garganta. Todo se vuelve más pesado, más lento. Sus ojos verdes me atrapan y yo me quedo inmóvil, incapaz de responder.

—No vine a hablar de cómo estoy —digo, lentamente—. Y creo que lo sabes.

—No creí que fuera un problema interesarme por ti.

Le dedico una mirada afilada y de advertencia para que tenga en claro que no tendré esa conversación con él.

—No, eso no es un problema —respondo en voz baja—. El problema es tu interés en otras personas —su sonrisa se acentúa, de forma desafiante—. Y por eso vengo aquí, para que me expliques lo que sucede en tus calles.

El silencio vuelve a adueñarse del ambiente. Algo denso se instala entre ambos.

Nos sostenemos la mirada, sin ceder ni un centímetro, como si fuera una competencia silenciosa. Unos segundos después, él cambia. Endereza la espalda, cuadra los hombros y se inclina hacia el escritorio de roble que nos separa. Entrelaza los dedos y se roza el labio inferior con los pulgares, sin dejar de mirarme. Siento su atención como un peso. Como si estuviera desarmándome, analizando cada gesto, cada reacción.

Y, por un instante, estoy frente a Matthew.

—Lo que sucede en mis calles, Maddox, no es asunto tuyo. Ni de nadie más que mío.

Lo dice con calma. Yo me recuesto contra el respaldo del sofá, cruzo las piernas y alzo una ceja sin apartar la mirada.

—No tengo nada que perder, Lucchese. Te atravesaría el cráneo con una bala sin dudarlo un segundo.

Un tic le tensa la mandíbula. Solo un segundo.

—¿Qué demonios te hicieron? —susurra.

Trago saliva. Mantengo la expresión firme, ignorando la pregunta.

—Si crees que subí a un avión para escuchar esa estúpida respuesta, es que no me conoces ni un poco. Así que habla.

Vuelve a sonreír.

—Habría pagado lo que sea por ver tu cara, por ver tu reacción cuando veías las cámaras de seguridad que tu querido Will hackeó —presiono los labios pero no intento hablar, una parte de mi sabía que Lucchese podría estar al tanto de que lo habían hackeado—. No siempre aparece en las calles alguien al que una vez disparaste, ¿cierto? —trago saliva mientras veo como sus hoyuelos se marcan más—. Debo admitir que yo también me sorprendí, por eso decidí investigar…

—No pudimos descubrir nada.

Él asiente despacio, dándome la razón y en cuanto creo que no volverá a hablar escucho su voz.

—Esta noche celebraré una fiesta, ya sabes una simple velada —alzo una ceja sorprendida por el cambio de conversación pero antes de poder interrumpirlo él continúa—. Llega un nuevo cargamento y debo ofrecerlo, intentar conseguir nuevos clientes…

—Lucchese…

—Deberías venir.

—No vine hasta aquí para una fiesta —me contengo de poner los ojos en blanco—. Vine por respuestas que no estás dispuesto a darme.

Me incorporo y dejo el sofá individual. Camino hacia la salida, pensando que todo este viaje fue una maldita pérdida de tiempo. Era evidente que no me diría nada. Y ni siquiera puedo llamarlo traición: Harry no me debe nada. Pero aun así, la facilidad con la que puede romperse nuestro trato, o lo que alguna vez se pareció a una amistad, me hierve la sangre.

A un metro de llegar a la puerta, la voz de Lucchese me detiene.

—Te dije que estuve investigando —dice, más lento de lo habitual. Me giro apenas—. Sé todo lo que ocurre en mis calles. Pero eso no significa que todo ocurra con mi consentimiento —frunzo el ceño. Ya no queda rastro de su sonrisa arrogante. Ni del tono ligero de antes —. No me gusta no saber lo que pasa —continúa—, pero es inevitable. No puedo verlo todo… ¿verdad? Tú lo sabes bien.

—Ve al grano, Lucchese.

—Ven esta noche a la fiesta, Maddox.

Sostengo su mirada apenas unos segundos. Y entonces lo entiendo. No hace falta decir nada más. Entre mafiosos existe un código que nunca se verbaliza, pero todos conocen: no se traiciona una alianza. No es una norma como tal, pero se entiende que, de romperla, habrá consecuencias.

Cuando dos organizaciones criminales sellan un acuerdo, romperlo no es una opción. Y casi nunca hay sobrevivientes para contarlo. Lucchese lo sabe. Ha vivido lo suficiente en este mundo como para entenderlo. Sabe lo que ocurrió con todos en los que formaban South.

También sabe que lo único que busco ahora es venganza.

Quizás Harry no tenga motivos limpios para ayudarme. Pero me está dando acceso. Un camino abierto. Una oportunidad que solo un idiota rechazaría.

Y yo no soy una idiota.

Dejé de serlo hace mucho.

CAPÍTULO 9

Maddox

Mis intentos por convencer a Penny de que se quedara en su habitación fueron una absoluta pérdida de tiempo. Estaba encaprichada con acompañarme a esa maldita fiesta y no iba a ceder.

Desde que abandoné el despacho de Lucchese, mi cabeza no había dejado de dar vueltas. Sus insinuaciones, la forma en la que habló, el peso de su mirada… Me costaba tragarlo, pero había algo en él que me transmitía una confianza retorcida. Al menos por ahora, sentía que podía usarlo a mi favor. Él no tenía por qué conocer los detalles de mi venganza, aunque yo sería una completa idiota si creyera que no sospecha el verdadero motivo que me trajo de regreso a Estados Unidos.

Lucchese organizó esta fiesta para su propio beneficio, sí. Pero si esa pista me servía para encontrar respuestas, significaba que nuestros intereses se habían cruzado. Llevaba dos años anestesiando cualquier tipo de emoción, construyendo un muro a mi alrededor, pero tener a alguien con ese nivel de poder moviendo hilos a mi favor me daba, irónicamente, un respiro.

—Es una simple fiesta, Maddie.

Despegué la vista de los documentos esparcidos sobre el colchón para fulminar a mi mejor amiga con la mirada.

Tras la reunión con Harry, me había encerrado en mi suite. Necesitaba apagar la ansiedad, enfriar la sangre y pensar de forma

estratégica. Asistir a la fiesta con sed de sangre no me serviría de nada; no había necesidad de asesinar a nadie esta noche.

Llevaría mi arma, por supuesto. Mentiría si dijera que no me moría de ganas de usarla. Definitivamente necesitaba pisar un campo de tiro cuanto antes. Pero debía actuar con madurez. Era una oportunidad perfecta para infiltrarme y obtener información. Por eso, apenas llegué a la habitación, llamé a Will para que me enviara todo lo que tuviera sobre el encuentro entre el desconocido y el supuesto hijo de Marcio.

Estaba inmersa en esos papeles, sentada en pijama sobre las sábanas de seda, cuando Penny irrumpió. Cargaba seis bolsas de boutiques exclusivas. Lucchese se había adelantado y la había invitado directamente.

Mi respuesta inicial para ella fue un rotundo *«no»*.

—No voy a cambiar de parecer, Penny.

La escuché resoplar frente al espejo gigante de la suite, donde se estaba probando una de sus compras.

—¿Y por qué parece que planeas pasar la noche sepultada en papeles en lugar de arreglarte para el evento del año?

—Porque el «evento del año» es en dos horas —le aclaré sin mirarla, pasando una página del expediente—. Y para mí es trabajo, no una pista de baile.

—¿A qué te refieres?

Su tono repentinamente confundido logró captar mi atención. Levanté la vista.

—¿Qué te dijo Lucchese exactamente para convencerte?

Las mejillas de Penny se tiñeron de un carmesí violento. Alcé una ceja, disfrutando del espectáculo. No recordaba la última vez que la había visto nerviosa por un hombre.

—¿Por qué asumes que fue él quien me lo dijo? —Se cruzó de brazos a la defensiva, y la comisura de mis labios se torció en una

sonrisa burlona. Penny puso los ojos en blanco y me arrojó una de las prendas nuevas a la cara—. De acuerdo, sí. Fue él. Insinuó que esperaba verme allí esta noche…

—Y tú no pudiste negarte a esa sonrisa de mafioso encantador.

—¡Eso no es justo! —se quejó—. Me emocioné al pensar que no regresaríamos a Chicago de inmediato, creí que…

—Regresaremos a Chicago esta misma noche —la corté, endureciendo la voz para devolvernos a la realidad—. La fiesta de Lucchese es una fachada. Está buscando nuevos socios para distribuir los diamantes que exporta desde Europa —noto una arruga en su frente—. No todo en la mafia son armas y drogas, Penny. Así que es mi oportunidad para acercarme a mi objetivo, pero en cuanto consiga lo que busco, nos largamos.

Volví la vista a los documentos, dispuesta a sumergirme de nuevo en las caras de mis enemigos, pero la vibración agresiva de mi celular sobre la cama rompió el silencio.

Tragué saliva al leer el nombre en la pantalla iluminada.

Sentí la mirada inquisitiva de Penny clavada en mi nuca.

—Deberías dejar de ignorarlo —murmuró suavemente, antes de caminar hacia la puerta y salir, dejándome a solas con el ruido del teléfono.

Escuché el golpe seco de la madera al cerrarse. Cerré los ojos, contando los segundos hasta que la llamada saltó al buzón de voz. Solo entonces solté el aire que mis pulmones habían estado reteniendo.

La paz me duró menos de un latido. La pantalla volvió a encenderse. El mismo nombre. La misma insistencia. Quise dejarlo sonar, pero el impulso que había estado reprimiendo todo el maldito día derribó mis defensas. Agarré el teléfono y descolgué.

—¿Qué parte de *«no quiero saber nada de ti»* no te quedó clara?

—Si de verdad crees que un berrinche va a mantenerme alejado, es que no me conoces en absoluto.

Mi piel se erizó de golpe.

Fue un impacto directo al pecho. Su voz sonó grave, áspera, y cortante como el filo de una navaja. Odiaba con toda mi alma lo mucho que me afectaba escucharlo hablarme con esa autoridad brutal.

La noche que regresé a Chicago, necesité acaparar toda mi fuerza de voluntad para plantarme frente a él y sostenerle la mirada. Nunca fui buena mintiéndole, ni siquiera cuando intenté engañarlo saliendo con su hermano. Y sabía que, de alguna forma, mi máscara de hielo se había agrietado frente a él en ese ascensor.

Esa era la maldición de Matthew: sabía leerme.

Por eso me aterraba tenerlo cerca. Si pasaba más de cinco minutos en su presencia, toda mi coraza se iba a desmoronar, dejando a la vista la verdad cruda y humillante de lo que me provocaba. Jamás querría tenerlo lejos de mi vida, pero no podía permitirme sentir algo para lo que estaba rota. Algo que ni siquiera lograba comprender.

El Matthew que me dejó destrozarlo en Chicago tenía la guardia baja. Pero el hombre al otro lado de la línea era el *consigliere* despiadado que yo conocía desde niña. El que no aceptaba un *«no»* por respuesta.

—¿Qué ocurrió estos dos años? Antes solías respetar mis decisiones. —ataqué.

—Dejaste muy en claro que mis principios te importan una mierda. ¿O ya lo olvidaste?

—Lo que no olvido es que te ordené que te mantuvieras alejado. No quiero escucharte a menos que…

—A menos que me des autorización. Sí, princesa, te escuché la primera vez —El sarcasmo en su voz era veneno puro—. ¿Qué carajos pasó en Europa? Regresaste con unos aires de realeza que no te sientan.

Sonreí con ironía, clavando las uñas en las sábanas. Se estaba comportando como un maldito bastardo controlador.

—¿Qué es lo que quieres, Matthew?

—Saber qué demonios haces en Nueva York, Maddox. —Dejé escapar un suspiro frustrado. Por supuesto que estaba al tanto de mis movimientos—. Y ni se te ocurra mentirme.

—No pensaba hacerlo. Estoy aquí. Vine a reunirme con Lucchese. ¿Acaso mi padre no te pasó el informe completo?

—No me trago que te haya convocado a una reunión.

—Me importa muy poco lo que te tragues o no.

—¿Qué estás tramando, Maddox?

—Nada que te incumba.

—Todo lo que lleve tu nombre me incumbe.

Cerré los ojos con fuerza, negando con la cabeza para mí misma. No debí responder. No debí dejarme arrastrar por esta debilidad. Matthew era la peor distracción posible, un ancla emocional que me hundiría si no lograba cortarla.

—Maddox, no tienes que hacer esto sola.

Su voz cambió. La furia desapareció, dando paso a una suavidad ronca que me golpeó peor que un grito. Tragué saliva. Mi labio inferior tembló. De repente ya no era la heredera letal y calculadora; era una chica aterrada, acorralada por la única persona que la hacía sentir a salvo.

—Puedo ayudarte —insistió—. No tienes que…

—Sí —lo interrumpí de golpe, con un nudo asfixiante cerrándome la garganta—. Tengo que hacerlo. Sabes perfectamente que debo hacerlo.

—Pero no sola. No poniéndote en la línea de fuego.

El miedo latía en cada una de sus sílabas, reflejando el mío propio.

—Sé cuidarme sola, Matthew.

—Yo también puedo cuidarte.

—¿Cómo lo hiciste la última vez?

El silencio al otro lado de la línea fue absoluto. Sabía que le había dado donde más le dolía. Fue un golpe bajo. Pero era mi única munición para mantenerlo alejado.

—Déjame cuidarte, Maddox. Por favor.

Su súplica fue un susurro roto que casi me hace flaquear. El escudo de hielo estaba a punto de hacerse añicos. Abrí la boca para responder, para decirle algo, lo que fuera. Pero antes de que pudiera emitir un solo sonido, una mano grande y fría apareció sobre mi hombro y me arrebató el teléfono. Me congelé, sintiendo que el corazón se me detenía. Lucchese estaba de pie frente a mí. ¿En qué momento había entrado?

—No te preocupes, *consigliere* —ronroneó Lucchese al teléfono, con una calma depredadora—. Yo me encargo de cuidarla esta noche. Conmigo no corre ningún peligro… Bueno, solo el tipo de peligro que a ella le gusta, ya sabes.

Le clavé una mirada cargada de instinto asesino. Lucchese solo me guiñó un ojo, ampliando su sonrisa cínica. No logré escuchar los gritos de Matthew al otro lado de la línea, pero la mandíbula de Harry se tensó de pura diversión ante su furia.

—Ya te dije que yo la cuido, Matthew, pero ahora debo dejarte —continuó Lucchese, saboreando cada palabra—. Tengo una cita con la princesa. Por si te preguntabas cuáles eran nuestros planes. Adiós.

Lucchese cortó la llamada.

Me extendió el teléfono con absoluta parsimonia. La adrenalina me exigió levantarme y romperle la cara, pero antes de que pudiera mover un músculo, se giró y caminó hacia la puerta con la tranquilidad de quien acaba de tirar una cerilla en un tanque de gasolina.

—Tomará el primer vuelo a Nueva York, ¿lo sabes, verdad? —murmuro.

Él se detiene en el umbral y se giró a medias, dedicándome una sonrisa oscura y calculadora.

—Cuento con ello, Maddox.

Lo miré, perpleja.

—¿Por qué hiciste eso? —exigí en un siseo.

Se encogió de hombros con elegancia.

—Solo les di un pequeño empujón. Creo que ustedes dos tienen asuntos que resolver.

Lo fulminé con la mirada, pero él ya estaba abriendo la puerta.

—Ah, por cierto, Maddox —añadió antes de desaparecer en el pasillo —. Es una fiesta importante. Te ruego que te comportes y la mantengas libre de incidentes. Confío en tu discreción.

La puerta se cerró suavemente, dejándome sola con un silencio atronador y la absoluta certeza de que, en unas pocas horas, Matthew entraría por esa puerta dispuesto a quemar la ciudad entera.

CAPÍTULO 10

Maddox

Las fiestas de la mafia comparten una única regla no escrita: los invitados son depredadores.

Aquí no hay ciudadanos comunes. Los empresarios y políticos de traje impecable que sonríen a las cámaras de día, son los mismos que ordenan ejecuciones al caer la noche. En este mundo, todo el mundo tiene una doble moral y una segunda piel.

Mi historial en estos eventos es casi nulo. La última vez que Levi me permitió asistir a una gala en este mismo hotel, la noche terminó con un cadáver a mis pies. Sin embargo, mi padre me entrenó toda la vida para leer estas salas. Conocer el peso de cada apellido, saber quién mueve los hilos y qué papel juega cada facción es instinto de supervivencia puro. En nuestro mundo, si no están de tu lado, están en tu contra.

Por eso acepté la invitación. Sabía exactamente a qué clase de nido de víboras me estaba metiendo, y eso jugaba a mi favor. Identificar a mi objetivo sería mucho más sencillo en un terreno donde yo conocía las reglas.

Salgo de mi habitación y la sonrisa emocionada de Penny se borra de un plumazo. Una mueca de absoluta incredulidad la reemplaza.

—¿Qué haces vestida así?

La esquivo y comienzo a caminar por el pasillo hacia el ascensor. El repiqueteo de sus tacones contra la madera pulida me confirma que

me sigue de cerca. Cuando llegamos, las puertas de metal se cierran, atrapándonos.

—Sé que no es una fiesta normal, Maddie, pero ¿los mafiosos no se visten de etiqueta? —Cierro los ojos, dejando que su queja flote en el aire—. ¿Quién va a saber que eres la hija del Don si apareces así?

—Lo saben, Penny —la corto de forma tajante—. Y no precisamente por mi ropa. Soy la viva imagen de Levi, pero, por encima de todo… llevo una cicatriz en la cara.

La veo palidecer a través del reflejo en el espejo. Pasa saliva con dificultad.

—¿Ellos… lo saben? Es decir, ni siquiera te conocen, ¿verdad? Habrá mucha gente de fuera…

—El líder de una facción enemiga no secuestra a la hija de un Don y la tortura durante días sin que todos se enteren. Las noticias corren rápido. —Le dedico una sonrisa letal, torcida y vacía—. También saben muy bien cómo terminó esa organización. Todos asesinados. Por mí.

Penny agacha la cabeza. La escucho soltar un suspiro tembloroso.

—Lo siento —murmura.

Me encojo de hombros, restándole importancia al frío que se me instala en el pecho.

—Además, no he tenido tiempo de ir de compras. Ni siquiera planeaba asistir a esto.

—Podrías haber usado uno de mis vestidos.

Era cierto. Su excursión de compras por Nueva York junto a Jace había sido exhaustiva. Por lo poco que me contó, parecía que habían dejado atrás su historia y ahora funcionaban como amigos. Las bolsas de Penny estaban repletas de vestidos, la mayoría en tonos esmeralda, su color favorito. Sin embargo, esta noche llevaba un ajustado vestido negro cubierto de lentejuelas, convencida de que era el código de vestimenta adecuado.

Yo opté por un traje sastre completamente negro. Líneas limpias, un corte andrógino, elegante y silencioso. Mi objetivo era pasar desapercibida.

O eso creía.

El ascensor emite una campanada suave. Las puertas se abren de par en par, revelando el imponente salón de cristal y oro. Y en un instante, queda claro que mi presencia no va a pasar desapercibida para nadie.

El murmullo de la sala muere.

Me congelo. Clavo la mirada en un punto fijo al otro lado del salón, sintiendo el peso de un centenar de ojos de depredadores clavados en mi nuca. El aire abandona mis pulmones. El pulso me martillea en los oídos, amenazando con desatar un ataque de pánico justo aquí.

Entonces, una mano cálida envuelve la mía.

Desvío la vista. Penny me está mirando. Me dedica una sonrisa serena. Es el ancla que necesito para volver a respirar. Asiente con un movimiento casi imperceptible. Hago lo mismo.

Sobreviví al puto infierno y regresé para contarlo. Puedo soportar una sala llena de mafiosos.

Avanzo. Lento, pero con aplomo. Mantengo la barbilla en alto mientras mis ojos escanean la multitud hasta encontrar a Lucchese a lo lejos. Es el mismo salón donde tuvimos nuestra reunión, pero ahora cada rincón estalla en luz dorada. La espesa alfombra amortigua el sonido de mis pasos.

Sigo sintiendo las miradas sobre mí, pero me obligo a creer que es paranoia. No soy la anfitriona. No soy tan importante. Penny, por su parte, se desenvuelve como si hubiera nacido para esto. Camina a mi lado irradiando confianza y, poco a poco, las conversaciones de fondo se reanudan. La primera impresión ha pasado.

Nos detenemos en seco cuando Lucchese se cruza en nuestro camino. Aunque finge cortesía, su atención está fija y

exclusivamente clavada en la pelirroja que tengo al lado. Penny, en respuesta, le dedica la peor de sus miradas.

—Es un placer tenerte aquí, Penny. En más de un sentido —ronronea Lucchese.

Contengo el impulso de poner los ojos en blanco. Mi amiga ignora su tono seductor y pasea la vista por el resto de los invitados, negándole deliberadamente su atención. Sé que eso lo vuelve loco.

—Es una lástima que no me haya arreglado para ti.

Lucchese ladea la cabeza, divertido.

—¿Y para quién, si no?

Penny clava sus enormes ojos en él y alza una ceja, desafiante.

—Para mí.

Presenciar esto me causa una mezcla de fastidio y pura diversión. ¿Ver al Don de Nueva York rogando por un poco de atención como si fuera un crío al que le niegan un juguete? Sí, es un buen espectáculo. Y la indiferencia de Penny lo hace aún mejor.

Ella me dedica una última sonrisa victoriosa y se da la vuelta para ir hacia la barra. Pero Harry da un paso lateral, cortándole el paso. Mis instintos se disparan. Me tenso, lista para intervenir. Sé que él no le haría daño, pero no confío en nadie, y pobre del imbécil que intente pasarse de la raya con mi mejor amiga.

—No tengo intenciones de asesinar a nadie esta noche —la voz de Lucchese cae un par de octavas. Me mantengo al margen, pero alerta—. Así que, por el bien de todos los bastardos en esta sala, Penélope, ten cuidado. Porque en el instante en que alguien que no sea yo te ponga una mano encima, te enviaré sus putas manos en una caja.

Penny aprieta los labios. Su labio inferior tiembla una fracción de segundo antes de endurecer el gesto. Le sostiene la mirada con furia contenida, lo rodea y desaparece entre la multitud.

Clavo mis ojos en Lucchese.

—¿Me explicas qué carajos fue eso?

Él me ignora por completo, siguiendo el rastro de la espalda de Penny con la vista.

—Lucchese. ¿Cómo demonios sabes que se llama Penélope?

Se encoge de hombros, finalmente volviéndose hacia mí.

—Penny… Penélope. No hay que ser un maldito genio.

—Sí, claro —murmuro, escéptica—. Lo que tú digas.

Sacudo la cabeza, obligándome a desechar el tema. No tengo tiempo para las obsesiones enfermizas de otro mafioso.

—¿Me vas a decir por qué me hiciste venir a esta fiesta, Harry?

Él hace un gesto mínimo con la cabeza, señalando por encima de mi hombro. Me giro lentamente. La sangre se me congela en las venas.

—¿Es él?

—Te dije que no podías faltar.

En una de las esquinas más exclusivas de la sala, rodeado de hombres de trajes caros, está el desconocido. El mismo maldito rostro que el código de Will captó en las cámaras de seguridad junto al gemelo de Luc.

Ni Will, ni yo, ni supuestamente Harry sabíamos su nombre.

Y ahí estaba, bebiendo, riendo a carcajadas y codeándose con los capos más pesados de la ciudad como si fuera uno de ellos.

—No quiero un derramamiento de sangre innecesario bajo mi techo, Maddox —advierte Lucchese. No me di cuenta de en qué momento acortó la distancia, pero está pegado a mi espalda.

El olor al whisky de su aliento choca contra mí. Y en un latido traicionero, mi mente proyecta la imagen de Matthew. Un nudo de angustia me aprieta la garganta. ¿Dónde estará ahora? ¿Ya habrá tomado el vuelo? ¿Estará pensando en mí con la misma intensidad venenosa con la que yo pienso en él?

Lo tienes que mantener alejado, Maddox.

La voz en mi cabeza ruge, exigiendo orden. Mi plan tiene que ser perfecto. No puedo volver a cometer el error de mezclar lo personal con la sangre.

—Acabas de amenazar con mutilar a cualquiera que toque a Penny —le recrimino, recuperando la compostura.

—Cierto. Pero es mi fiesta.

Lucchese le da un sorbo largo a su vaso, encogiéndose de hombros sin un gramo de culpa.

—Relájate. No habrá ningún derramamiento de sangre… innecesario.

—Maddox —gruñe en tono de advertencia.

Le guiño un ojo, me doy media vuelta y camino directo hacia la esquina del salón. Avanzo con la frente en alto. Al pasar junto a un camarero, le arrebato un vaso de whisky de la bandeja sin detener el paso. Estoy a dos metros de distancia cuando el desconocido detiene su conversación. Levanta la vista, me clava los ojos y su rostro se ilumina con una sonrisa perversa.

—Maddox Salvatore, en persona.

Como le dije a Penny: todo el maldito mundo sabe quién soy.

CAPÍTULO 11

Maddox

El mar de trajes de diseñador y vestidos de alta costura se abre a mi paso, dedicándome miradas que fingen no ser evidentes. Conozco a la perfección los rumores que circulan sobre mí en el este mundo: que erradiqué a una maldita organización entera con mis propias manos.

Y todos en esta sala saben que no son simples rumores. Disfruto el peso de ese respeto. Me gusta que retrocedan sin que tenga que abrir la boca.

Sonrío, y la piel tirante de la cicatriz en mi mejilla se tensa.

El desconocido detiene su conversación en el instante en que me planto frente a él. Escanea mi rostro con diversión arrogante, pero algo en su expresión titubea cuando sus ojos tropiezan con mi marca.

—He escuchado tantas cosas sobre ti que casi siento que te conozco desde hace tiempo —ronronea, alzando su copa.

Levanto una ceja, impasible.

—Qué interesante. Porque yo no sé absolutamente nada de ti.

Ahora es él quien alza las cejas. Y es la maldita verdad. No tengo idea de quién es este imbécil. Solo sé que se codea con mis objetivos, bien podría ser un daño colateral o una pieza útil.

—Uno pensaría que, al acercarse con tanta decisión, la princesa de Chicago ya sabría quién soy —murmura, dando un paso al frente

para acortar la distancia.

Me encojo de hombros y le doy un sorbo lento a mi whisky.

—A decir verdad, no —le concedo, devolviéndole el paso para invadir su espacio personal—. Pero detesto las zonas grises. Cuando no sé nada de alguien, me encargo de averiguarlo todo.

—¿Tanta curiosidad le provoco? —Su tono baja una octava.

—En absoluto —confieso con voz gélida—. Solo estoy tratando de decidir si vale la pena asesinarte o no.

El cambio es instantáneo. Lo veo pasar saliva con dificultad. Sus hombros pierden esa postura relajada y su espalda se tensa. Exactamente lo que quería: infundir miedo para exigir respeto. No tengo tiempo para lidiar con un peón que se cree con derecho a subestimarme. Necesita entender que no me temblará el pulso si decido meterle una bala entre ceja y ceja aquí mismo.

—Me advirtieron que podías ser impulsiva. —Se inclina, quedando a escasos centímetros de mi rostro—. No creí que fuera para tanto.

Le sonrío.

Desde esta distancia puedo analizarlo mejor. Cabello negro, ojos oscuros. Facciones dolorosamente ordinarias. Es más alto que yo, pero no impone presencia. No tiene ni de cerca la complexión depredadora de Matthew, ni esa mandíbula que…

Mierda. ¿Por qué carajos lo estoy comparando con él?

—Todo depende —murmuro, arrastrando las palabras.

—¿De qué?

—De si me hacen enojar.

—¿Y qué haría falta para eso? —me desafía, recuperando una fracción de su falsa valentía—. Dudo mucho que yo pueda molestar a la heredera de Salvatore desde aquí, en Nueva York.

—Tienes razón —susurro—. A mí no me molestas tú. Me molestan las ratas con las que te relacionas.

El color abandona su rostro en un parpadeo. Disfruto cómo la sangre huye de sus mejillas; sé que no se esperaba el golpe.

—Verás —continúo, saboreando el veneno—, hace unos días te reuniste en un depósito a las afueras de la ciudad. Con alguien que es de extrema importancia para mí.

—¿Cómo lo sabes? —Suelta la pregunta sin aliento, la máscara de seductor completamente destrozada.

—Porque tengo ojos en todo el maldito país —siseo, despojándome del tono civilizado—. Sé lo que ocurre en mis calles y en las de mis aliados. Y sé exactamente cuándo un don nadie decide cruzar la línea y convertirse en mi enemigo.

—¿Qué quieres decir con eso?

Su nuez de Adán sube y baja erráticamente. Está temblando. Esa es la confirmación final de que no es ningún pez gordo; un Don jamás perdería la compostura de esta forma.

—Que quien hace negocios con mis enemigos, se convierte en un problema.

—Pero…

—Se dicen muchas cosas sobre mí en las calles, ¿cierto? —Traga saliva y asiente torpemente. Me acerco un poco más, rozando casi su perfil con mis labios para que solo él pueda escucharme por encima de la música—. Todas son ciertas. Y créeme, no quieres ponerme a prueba.

Me aparto, enderezando la postura, y le dedico una última sonrisa impecable mientras alzo mi vaso de whisky.

Un destello de movimiento al otro lado del salón capta mi atención. Las puertas del ascensor se abren, pero la multitud me impide ver quién acaba de llegar. Lo ignoro y devuelvo mi atención a mi nueva presa.

—Espero que de ahora en adelante elijas mejor a tus socios comerciales…

—Frank —suelta, desesperado por complacerme—. Frank Stevens.

Amplío mi sonrisa. Bingo.

—Sería una verdadera lástima hacerte desaparecer junto al resto de imbéciles que me estorbaron, Frank.

El tipo agacha la cabeza, asintiendo sin atreverse a mirarme a los ojos.

Bebo el último trago de mi whisky, saboreando mucho más que el alcohol que me quema la garganta. Saboreo la pequeña victoria. He trazado la línea y ahora tengo un nombre. Frank correrá directamente hacia su superior para informarle de esta amenaza. Solo tengo que seguir el rastro.

Estoy en medio de mi triunfo silencioso cuando una energía pesada, oscura y asfixiante se clava en mis ojos. Una presencia avanza directo hacia mí, partiendo la multitud con la contundencia de un puto huracán.

Mierda.

Matthew lleva pantalones de vestir oscuros y una camisa negra que se ajusta de forma obscena a sus hombros y brazos, el tatuaje de serpiente en su cuello parece brillar bajo la luz del salón. Tengo que tensar cada músculo de mis piernas para evitar que flaqueen. Su cabello no tiene el peinado pulcro de siempre; está revuelto, salvaje, y la sombra de la barba lo hace ver como un maldito vikingo sediento de sangre. Camina con paso destructivo, y la sombra de una sonrisa que traía desaparece en el instante en que clava sus ojos en el hombre que tengo al lado.

Trago saliva, sintiendo que el oxígeno me abandonaba.

Antes de que él logre llegar, le lanzo a Frank una mirada letal de advertencia, lo rodeo rápidamente y me interpongo en el camino de Matthew, frenándolo en seco.

—¿Qué demonios haces aquí?

—¿Quién demonios es ese tipo?

Nuestras voces chocan al mismo tiempo. Aprieto los dientes, recordándome a mí misma que estoy en medio de un nido de víboras. Tengo que mantener la maldita compostura. Por el rabillo del ojo, capto a Penny y a Lucchese observándonos desde la distancia con absoluto interés.

—Matthew —siseo en tono de advertencia—. ¿Qué estás haciendo en Nueva York?

—Lucchese me invitó a la fiesta.

Pongo los ojos en blanco. Da un paso hacia mí, invadiendo mi espacio personal de una forma que hace que me suden las palmas. Antes de que mi cerebro pueda procesar el movimiento, su mano derecha se posa en la base de mi columna y me arrastra contra él.

—¿Bailamos?

Tiene que ser una maldita broma.

—No, gracias.

Intento retroceder, pero su mano libre me arrebata el vaso vacío y lo abandona sobre la bandeja de un camarero que pasa. Acto seguido, entrelaza sus dedos con los míos y aplasta mi cuerpo contra el suyo.

—Matthew…

—Baila conmigo —exige, su voz un murmullo ronco que vibra en mi pecho—. Por favor, *tesoro*.

¿Por qué tiene que hacer que todo sea tan jodidamente difícil?

Asiento, rendida. Me guía sin esfuerzo hacia el centro de la pista, donde otras parejas se mueven con lentitud al compás del piano y las cuerdas. Empiezo a temblar. Ruego al cielo que no lo note, pero con esta cercanía, es imposible ocultarle nada.

Su mano es grande, áspera, y aunque la tela de mi saco nos separa, siento el calor de su palma quemándome la piel. Estamos tan pegados que el aroma amaderado que siempre lo acompaña me inunda los sentidos. Siento su respiración contra mi sien, el latido

pesado de su corazón contra mi pecho. ¿O es el mío? Ya no puedo distinguirlos.

Me hace girar con una destreza fluida y me vuelve a atrapar contra él, esta vez más fuerte.

Alzo una ceja, forzando una máscara de indiferencia.

—¿Desde cuándo sabes bailar?

Él esboza una sonrisa de medio lado, letal y arrogante.

—Aunque te cueste creerlo, *tesoro* —susurra, rozando casi la comisura de mis labios—, hay muchas cosas que no sabes de mí.

Suspiro, dejando que el cansancio se filtre en mi voz. Me guía en otro giro, pero esta vez tira de mí hasta que mi espalda choca bruscamente contra la pared sólida de su pecho. Su brazo envuelve mi cintura como una cadena de acero.

La dureza de su cuerpo contra el mío me corta la respiración. Esto es una locura. Esto no debería estar pasando.

—Un hombre lleno de secretos —murmuro, girando el rostro a medias para mirarlo de soslayo—. Lástima que los hombres así nunca me han traído nada bueno.

Su mandíbula se tensa. En un movimiento brusco pero calculado, me hace girar de nuevo para tenerme frente a frente.

—No te atrevas a compararme —gruñe. Su voz baja una octava, envolviéndome en una amenaza oscura y territorial que hace que mi centro palpite.

—Entonces responde. ¿Qué haces aquí?

—¿Con quién estabas hablando?

—Yo pregunté primero.

Una risa seca y carente de humor abandona sus labios.

—Se me olvidaba que la princesa regresó de Europa exigiendo reverencias —chasquea la lengua, clavando sus ojos oscuros en los míos—. Vine porque necesitaba verte.

—¿Y a qué se debe esa urgencia?

—¿Alguna vez te he mencionado lo mucho que me repugna Harry Lucchese? —Alzo una ceja, incitándolo a seguir—. Estaba convencido de que esto era una especie de cita. Vine con la firme intención de arrancarle esos ojos arrogantes de la cara.

—Matthew, por el amor de Dios…

—Pero luego llegué y vi el circo de la gala —continúa, ignorando mis protestas y moviéndonos al unísono por la pista—. Me tranquilicé. Hasta que te vi susurrándole al oído a ese infeliz en la esquina.

—Y volviste a perder la cabeza.

—Exacto —confiesa. Su aliento choca contra mis labios—. No soporto ver a otro maldito hombre cerca de ti.

—Para tu desgracia, no tienes control sobre mí.

Algo salvaje cruza su mirada.

—Y no quiero tenerlo —dice, arrastrando cada palabra con una intensidad que me quema—. Lo que no evita que quiera matarlos a todos.

—Matthew…

—*Tesoro*…

Su tono ya no es burlón, ni protector. Es crudo y peligroso.

Mis dedos se clavan en la solapa de su camisa sin que yo haya dado la orden. Estamos demasiado cerca. La fricción de nuestros muslos al movernos, la forma en que sus dedos se hunden en mi cintura… Si alguien en esta sala se detuviera a mirarnos, sabría que esto dejó de ser un baile de salón hace mucho tiempo.

Y eso es exactamente lo que me aterra.

—No digas eso —murmuro, con la voz quebrada—. No aquí.

Sus ojos caen hacia mi boca. Lento. Con hambre. Como si estuviera evaluando las consecuencias de un desastre inminente y decidiera que vale la pena la destrucción.

—¿Decir qué?

—Lo que sea que estés pensando.

Su pulgar presiona el hueco de mi cintura, un gesto mínimo y posesivo que me dispara una corriente eléctrica directo a la espina dorsal. Sabe lo que me provoca. Siempre lo ha sabido.

El aire entre nosotros se vuelve denso, pesado, imposible de respirar. No es solo deseo reprimido, es el peso de todos los años que pasamos fingiendo que esta tensión no existía.

—No estás prohibida para mí, Maddox —afirma, con una seguridad que me destroza.

Alzo el mentón, negándome a ceder terreno.

—Lo estoy. Y tú, mejor que nadie en esta sala, deberías saberlo.

La frustración estalla en sus facciones. No es enojo. Es la clase de agonía y contención que solo posee un hombre que lleva años obedeciendo reglas que está a punto de romper.

Inclina la cabeza. Su frente casi choca contra la mía. Casi.

—No me mires así —suplica en un ronco susurro.

—¿Así cómo?

—Como si no supieras exactamente lo que me estás haciendo.

Mi respiración se vuelve superficial. Porque lo sé. Y él sabe que lo sé.

Nada me preparó para este Matthew. El hombre que yo dejé en Chicago era una fortaleza de hielo: disciplinado, regido por el honor, incapaz de cruzar la línea con la hija del Don. Pero este hombre frente a mí ha mandado todo su puto código moral al infierno. Está dispuesto a dejarse consumir por los instintos.

Y no es justo.

No es justo cuando estoy a un paso de mi venganza. Si presiono un poco más, si me dejo arrastrar por su gravedad, caeré de rodillas por él. Y no puedo cometer el mismo error dos veces.

Abre la boca, a punto de romper la última barrera entre nosotros, pero el tintineo cristalino de una copa golpeada por un cubierto corta la tensión. Nos separamos un milímetro, girando la cabeza hacia el centro del salón. Lucchese está de pie, alzando su copa de champán, listo para dar un discurso.

—Buenas noches, damas y caballeros…

Es mi única ventana de escape.

No lo dudo un segundo. Me zafo bruscamente del agarre de Matthew antes de que pueda reaccionar y me escabullo entre la multitud hacia los bordes del salón. Paso de largo los ascensores y empujo la pesada puerta de las escaleras de emergencia.

Bajo por los escalones, ignorando el dolor punzante en mis pantorrillas y el hecho de que llevo tacones. Necesito poner distancia. Necesito kilómetros de cemento entre su pecho y el mío si quiero sobrevivir a esta noche sin arruinar mis planes.

Alcanzo mi pasillo con los pulmones ardiendo. Digito el código de seguridad de mi suite con manos temblorosas y entro, empujando la puerta hasta escuchar el clic de la cerradura.

El silencio de la habitación me golpea. Suelto un suspiro irregular, pateo los malditos zapatos lejos de mí y comienzo a desabotonarme el saco y la blusa, dejando que caigan al suelo hasta quedar solo en brasier.

Cierro los ojos, tratando de calmar el latido errático de mi corazón.

Me giro hacia la puerta y me congelo.

—¡Matthew!

CAPÍTULO 12

Matthew

Cálmate.

Repito la maldita palabra en mi cabeza mientras fuerzo la mandíbula a mantenerse en su sitio, aferrándome a mi mejor cara de póker.

He visto a cientos de mujeres en ropa interior, pero ninguna de ellas era Maddox. Ninguna era la mujer que me devora la cordura, el amor de mi vida y la hija de mi jefe. La combinación más letal que el universo pudo arrojarme a la cara.

Tengo que evitar a toda costa que baje la mirada. Si se da cuenta de que mi polla está tan dura que amenaza con rasgar la tela del pantalón, perderé la poca dignidad que me queda. Mierda. No debería dejar que me vea así, completamente descolocado.

—Matthew —sisea entre dientes, envolviéndose rápidamente en una bata roja—. ¿Qué demonios te ocurre ahora?

Separo los labios para responder, pero el oxígeno parece haber abandonado la maldita habitación. ¿Qué hacía aquí? Perseguirla como un jodido psicópata porque no soportaba que nuestra conversación quedara a medias. Pero no puedo soltarle eso. Las palabras se evaporan en mi garganta, dejándome como un idiota balbuceante.

—Yo…

Me callo en el instante en que la escucho suspirar con pesadez. Rueda los ojos, me da la espalda y se encierra en el baño de la suite de un portazo.

Me dejo caer sobre el enorme colchón, que se hunde bajo mi peso, y entierro el rostro entre las manos. Me detesto por lo cavernícola que debo parecerle. Un adolescente desesperado e inestable que pierde los estribos por la mujer que le quita el sueño. El problema es que este crío desesperado tiene más de treinta años y sangre en las manos.

En el segundo en que Lucchese mencionó que esto era una especie de cita, vi todo teñido de rojo. El alcohol se evaporó de mis venas. No me importaron los límites que Maddox intentó imponerme, ni el veneno de sus palabras de hace unos días. Solo podía imaginar a ese infeliz poniendo sus manos sobre ella, y la necesidad visceral de arrancarle cada extremidad me cegó.

Le mentí a Levi. Le dije que Maddox me había exigido que viajara a Nueva York para reunirme con ella. Así conseguí el avión privado. Cuando llegué a la ciudad y descubrí que solo era una estúpida gala de Lucchese, logré calmarme. Todavía quiero destrozarle la cara a Harry, pero eso podía esperar.

El verdadero problema estalló cuando la encontré acorralando a ese imbécil. ¿Quién carajos era ese tipo?

Maddox esconde algo. La conozco mejor que a mí mismo; sé que no cruzó el océano y volvió al país para jugar a las casitas, como cree su padre. Pero si la presiono, si la acorralo, levanta esos muros de hielo y se convierte en un robot. En una versión de Maddox inalcanzable.

Alzo la cabeza de golpe cuando la puerta del baño se abre.

Me observa, ceñuda. Lleva puesta una camiseta de tirantes negra y un pantalón corto de algodón a juego. Un conjunto inofensivo que solo me provoca ganas de arrancárselo a mordiscos. Se cruza de brazos y apoya el peso en el umbral de la puerta. Su cabello rubio cae húmedo sobre sus hombros; debe haberse dado una ducha rápida.

Trago saliva. La memoria visual de sus pechos ceñidos por el encaje negro de su brasier me golpea de nuevo, amenazando con quebrar

mi autocontrol.

—¿Me explicas por qué sigues en mi habitación? —exige.

—Necesito una cama —suelto, la voz más ronca de lo normal.

Alza una ceja, incrédula.

—¿Y qué se supone que haga, Matthew? No soy la dueña de este hotel.

—Lucchese dijo que no hay habitaciones disponibles.

Es una mentira descarada y ambos lo sabemos. Ladea la cabeza, escaneándome.

—Bien. Duerme con Jace.

—Él duerme con Marco.

Exhala un bufido exasperado, me ignora y camina hacia la mesita de noche. La observo rebuscar en un bolso hasta sacar un blíster de píldoras. El pánico me atraviesa el pecho como una bala fría. ¿Son las pastillas para los ataques de pánico que tomaba hace dos años? Me fijo mejor. No. Estas son pequeñas y de un tono amarillo pálido.

—¿Qué es eso? —murmuro, viéndola tragar una con un sorbo de agua—. Maddox… ¿estás bien?

—Por Dios —suspira, frotándose la sien—. Sí, Matthew. Son solo píldoras, no molestes.

El sutil rubor que tiñe sus mejillas no me pasa desapercibido, pero decido no presionar.

—Maddox…

—¿Qué?

Me obligo a sostenerle la mirada.

—¿Puedo dormir contigo?

Sus manos se congelan sobre el embozo de las sábanas. Me mira como si me hubiera vuelto completamente loco.

—No estás hablando en serio.

Me limito a apretar los labios, conteniendo una sonrisa.

—Por favor…

—Duerme con Lucchese, seguro los dos necesitan compañía —replica con sarcasmo, descorriendo las sábanas para meterse en la cama.

—Vamos, nena…

—No.

—Maddox…

—No.

—*Tesoro*…

—Dios santo —bufa, tapándose los ojos con una mano mientras niega con la cabeza—. Eres inagotable, ¿lo sabías? —Sonrío, sabiendo que he ganado—. Bien. Pero las manos quietas.

Alzo ambas palmas en señal de rendición, saboreando mi pequeña victoria.

La escucho suspirar antes de darse la vuelta, dándome la espalda. Me levanto, aseguro el pestillo de la puerta y apago la luz. En la oscuridad, me deshago de la ropa hasta quedar solo en ropa interior y me deslizo bajo las sábanas.

Maldita sea.

Dormir al lado de Maddox va a ser una tortura infernal. No porque no quiera estar aquí, sino porque mi erección, que nunca bajó del todo, ahora palpita con dolorosa insistencia.

Me quedo boca arriba, rígido como una tabla, clavando la vista en la negrura del techo. Contengo el instinto animal de girarme, atraparla por la cintura y hundir su espalda contra mi pecho. Es en lo único que puedo pensar. Estamos compartiendo cama por primera vez. Solos. Casi desnudos. ¿En qué momento mentir para colarme aquí me pareció un plan brillante?

Aunque, conociéndola, ella sabe perfectamente que le mentí. Maddox no es estúpida. Si me dejó quedarme, tal vez… tal vez tenga una oportunidad. O tal vez solo soy un bastardo demasiado optimista.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que el cansancio me vence, pero un quejido ahogado me arranca del sueño. Mis ojos se abren de golpe. Años operando en la mafia me enseñaron que un ruido en la madrugada siempre es una amenaza. Contengo la respiración, inmóvil, afinando el oído.

Nada. Solo el zumbido lejano del tráfico de Nueva York.

Entonces, algo se mueve a mi lado. Giro el cuello milímetros y me olvido de cómo respirar.

En algún momento de la noche, Maddox acortó la distancia. Está jodidamente cerca. Su espalda irradia calor contra mi costado y su trasero roza mi cadera. Ningún puto soldado de la organización debería estar así con ella. Mucho menos yo.

Trago saliva y tenso cada músculo de mi cuerpo para no asustarla. Seguro es un movimiento inconsciente. Pero lo hace de nuevo.

Más lento. Más deliberado.

Frunzo el ceño en la penumbra. La sábana ha resbalado hasta nuestras cinturas. La luz amarillenta de las farolas se filtra por los ventanales, delineando su silueta bajo la fina tela del pantalón. Bajo la mirada y lo veo. Está de costado, frotando sus muslos con una fricción desesperantemente lenta.

Mierda.

Se está tocando. El movimiento es sutil, casi imperceptible, pero inconfundible.

—Maddox —susurro, rezando para que esté dormida. La escucho maldecir por lo bajo— ¿Estás despierta?

—Duérmete —suplica en un hilo de voz—. Por favor…

Cierro los ojos con fuerza. Me va a matar.

Su voz no es la de alguien que habla en sueños. Es ronca, arrastrada, empapada en necesidad. Lo único que cruza por mi mente es calmar esa necesidad. Se mueve de nuevo y el ritmo de su respiración se quiebra. El aire entre nosotros se vuelve espeso, cargado de electricidad.

—Desde aquí puedo oler tu excitación —gruño.

—¿Tienes que ser tan animal? —susurra ella, pero no detiene la fricción de sus piernas.

La sangre me abandona la cabeza y se desploma directo a mi entrepierna, golpeando con una violencia que me marea.

—Deja de hacer eso, Maddox…

—Si no hubieras insistido en dormir en mi cama… —ataca, su tono teñido de algo mucho más oscuro que la simple vergüenza.

—¿Qué? —Mi voz es pura lija—. ¿Te estarías tocando sin que yo me enterara?

Silencio. Un silencio que me destroza los nervios.

—Quizás —admite en un susurro culpable.

Mierda.

La palabra me impacta directo en el pecho. Mi polla palpita, dolorosamente rígida ante la imagen mental de sus dedos deslizándose por su humedad. Me muerdo el interior de la mejilla hasta saborear la sangre, luchando por mantener el control. Esto es cruzar cada puta línea roja que ella misma trazó noches atrás.

Pero estoy al borde del abismo. A un solo latido de perder la cordura.

—¿Necesitas ayuda? —ofrezco, en un susurro áspero.

No debería. Pero la deseo. Dios, cómo la deseo.

Solo pienso en enredar mis puños en su cabello y forzar esos labios perfectos a recibirme. Pienso en devorarla viva, en lamer cada

centímetro de su piel hasta que se rompa a llorar en mis brazos. Aferro la sábana con el puño, buscando un ancla en la realidad.

Le llevas diez años, Matthew. Me recuerda mi mente y quiero abofetearme.

—Matthew —advierte. Mi nombre en su boca suena distinto. Frágil. A punto de ceder—. No…

—¿Alguna vez te has tocado pensando en mí? —Las palabras se me escapan. Debería callarme si no quiero que la respuesta me reduzca a cenizas, pero mi mano viaja por inercia hasta mi propio bulto sobre la tela del bóxer—. Yo lo hago todo el maldito tiempo.

Se queda sin aire. Su cuerpo tiembla visiblemente.

—¿De verdad? —pregunta, con voz temblorosa—. ¿Y qué fantaseas?

Aprieto los párpados. Me está provocando. Está jugando a un puto juego de ruleta rusa sabiendo que no tengo el seguro puesto.

—*Tesoro* —advierto, la voz grave y amenazante—. Me pusiste límites hace dos noches. Si quieres que los olvide, o si es solo un juego de una madrugada, necesito que lo dejes muy claro.

Se remueve, girándose lentamente hasta quedar de cara a mí. Sus ojos verdes brillan como los de un felino en la oscuridad. Atrapa su labio inferior entre los dientes. Sus piernas siguen fuertemente cruzadas.

—No quiero que olvides nada —murmura.

—¿Entonces por qué carajos haces esto? —Espero, pero no dice nada—. Sabes el poder que tienes sobre mí, Maddox. Lo sabes perfectamente.

—No es mi culpa que esté excitada y tú hayas decidido invadir mi espacio.

Sonrío. Bien. Quiere jugar con fuego, vamos a quemarnos.

—Si no tienes intención de levantar tus límites…

—En absoluto —se apresura a atajar.

—Entonces puedes solucionar tu problema sola —me inclino una fracción hacia ella. Su respiración se corta—. Y supongo que no te importará que esté aquí mirando.

—Eso…

—Y tampoco te interesa escuchar mis fantasías, ¿verdad? —La arrincono. La escucho tragar saliva ruidosamente—. Aunque te mueres por saberlo.

—Era simple curiosidad —susurra a un palmo de mi boca, moviendo las caderas otra vez.

Ese leve roce termina de dinamitar mi paciencia.

—Simple curiosidad —repito, apretando el agarre sobre mi miembro —. Entonces no te interesa saber que fantaseo con hundir mis dedos en tu dulce coño.

—Para nada —finge indiferencia, pero el espasmo involuntario de sus muslos la delata—. Es…

—Tampoco te interesa saber cómo imagino hacerte correr en mi mano mientras me suplicas a gritos.

Sus labios se separan, liberando todo el oxígeno de sus pulmones de golpe.

—Basta…

—Y cómo, después de destrozarte, saco mis dedos y los chupo. —No puedo parar. Quiero que entienda que es la dueña absoluta de mis putos pensamientos—. Uno por uno.

Baja la mirada instintivamente hacia mi mano apresando mi erección, antes de obligarse a mirarme a los ojos. Sonrío con arrogancia.

—Saboreo tu orgasmo en mi piel, Maddox, sabiendo que es lo más exquisito que probaré en mi perra vida.

—Eres un animal —jadea.

Chasqueo la lengua. El ambiente se densifica. Ella se gira boca arriba, exponiéndose, aunque mantiene el rostro girado hacia mí.

—Tócate —ordeno en un susurro letal.

—No me des órdenes.

—Te fascina que lo haga —gruño, porque conozco cada puta reacción de su cuerpo. El olor almizclado de su excitación me golpea de lleno—. Tócate para mí, Maddox.

Se muerde el labio inferior hasta casi sangrar. Lentamente, arrastra las palmas por encima de la camiseta de algodón. No aparta sus ojos de los míos. Cuando ahueca sus senos y sus pezones se endurecen al instante, tengo que soltar la tela del colchón para no rasgarla.

Sus manos viajan hasta el dobladillo de la prenda. Se arquea y tira de la tela hacia arriba, arrastrándola hasta sus clavículas, dejando sus pechos desnudos y expuestos a la penumbra.

Mierda. Podría correrme solo viéndola así.

—Maddox —agonizo.

Ella sonríe, envalentonada. La luz de la luna apenas delinea el relieve firme de sus senos.

—¿Tú no te vas a tocar? —susurra, volviendo a acariciar sus pechos. Gime al instante, arqueando la columna—. Dios…

—Matthew —corrijo con brusquedad—. Dios no. Matthew.

Sus ojos destellan con pura malicia.

—Matthew.

Estoy a punto de reventar.

El recuerdo me asalta sin piedad: hace dos años, en el asiento de mi coche, mis manos apretando su garganta cuando descubrí su engaño. Esa misma noche, solo en mi cama, la ahorqué en mi mente, pero no por furia. Me corrí imaginando que era ella quien me tocaba mientras gemía mi nombre.

—Si me toco ahora, no aguantaré ni cinco putos segundos —confieso, arrastrando las palabras—. Y el único lugar donde quiero derramarme es dentro de ti.

Traga saliva. Sé cómo se escuchan mis palabras, estoy confesando algo enfermizo, pero necesito que entienda que me convierto en una maldita bestia cuando se trata de ella.

Las yemas de sus dedos rozan sus propios pezones y deja escapar un quejido agudo.

—No —la detengo. Frunce el ceño, confundida—. Acerca tu mano.

Alza una ceja, dudando un segundo, antes de acercar la mano a mi rostro. Separo los labios, atrapo su dedo índice y su pulgar, y los succiono lentamente, mojándolos con mi saliva. La humedad resplandece. Es sucio. Es vulgar. Y me excita de una manera que raya en la locura.

—Ahora sí —ronroneo—. Pellízcate.

Lo hace. Un jadeo se quiebra en su garganta al sentir el rastro húmedo y frío de mi boca sobre su piel hipersensible.

—Con tu otra mano, baja hacia ese dulce coño, *tesoro*.

El rubor tiñe su cuello a pesar de la oscuridad.

—Matthew… —murmura, abrumada—. Es extraño escucharte hablar así.

—Tú conoces al *consigliere* de traje y corbata —siseo—. Pero esta bestia que tienes en tu cama, es el monstruo que tú misma creaste, Maddox.

Tira la cabeza hacia atrás, hundiéndola en la almohada, y gime. No resisto más. Me incorporo apoyando el peso en el codo derecho, alzándome sobre ella sin llegar a rozarla, dominando el panorama visual de su cuerpo entregado.

—Y este monstruo es completamente tuyo —susurro contra su oído —. Déjame verte.

—No… eso está fuera de los límites —jadea, aterrada de su propia vulnerabilidad.

—Estoy harto de tus malditos límites —gruño.

Saca la mano izquierda de entre sus muslos. El brillo de su propia humedad en sus dedos me roba el aliento. Lentamente, bajo mi mirada escrutadora, engancha los pulgares en la cinturilla del pantalón corto y tira de la tela hacia abajo, deshaciéndose de él.

Lo que queda frente a mí es el encaje negro de sus bragas, empapadas en el centro. Aprieto el puño libre contra la sábana hasta que me duelen los nudillos.

—*Tesoro*… Por favor.

Lleva la mano mojada de mi saliva a su pecho, apretando el pezón. La otra mano, cubierta de sus propios fluidos, serpentea por su vientre plano y se entierra bajo la línea del encaje negro.

Me inclino sobre ella. Una jaula de puro músculo, pero sin tocar un solo centímetro de su piel. Apoyo la mano junto a su cabeza. Gime y se retuerce cuando sus dedos encuentran su clítoris. Sé que si dejo caer mi peso sobre ella, si la aplasto contra el colchón, la haré mía aquí mismo. Pero prometí jugar con sus reglas.

—Quiero que metas dos dedos —exijo, mi boca a un centímetro de la suya, respirando su mismo aire—. Vamos, *tesoro*. Obedece.

—Matthew… —gime, acatando la orden al instante.

—Clávalos hasta el fondo.

—Mierda. Matthew, por Dios…

—Muévelos —interrumpo, implacable—. Lento.

Obedece, y me consume la agonía de no ser yo quien la esté penetrando. Quiero comprobar si es tan caliente y estrecha como imagino, si podría quebrarla y reconstruirla a mi antojo. Quiero ser el dueño absoluto de esos sonidos.

—Imagina que son mis dedos, *tesoro* —ordeno ronco—. Soy yo quien te hace temblar, Maddox. Soy yo el que te tiene empapada y

suplicando.

—Sí —solloza—. Eres tú. Siempre fuiste tú.

El puto mundo se detiene. Mi corazón se salta un latido. Sé que es el clímax nublándole la razón, que no significa lo que yo quiero que signifique. Pero me desarma igual.

—Detente —exijo. Abre los ojos, descolocada—. Saca los dedos.

—Pero…

—Despacio, Maddox.

Gime con frustración al sentir el vacío, y yo me muerdo el labio para no devorarle la boca.

—Llévalos a tu clítoris.

—Matthew… es increíble.

—Lo sé —sonrío con suficiencia—. Acarícialo con las yemas. Lento. Haz círculos.

—Es demasiado —se arquea, desesperada—. Necesito que me toques. Por favor…

Sus ojos verdes, vidriosos por las lágrimas de placer contenido, me ruegan en la penumbra.

—Me impusiste reglas —digo, la voz tensa como la cuerda de un arco—. Y las voy a cumplir.

Maldice entre dientes.

—¿Desde cuándo te importan las reglas?

—Si mi piel roza la tuya, te juro por mi vida que te follaré contra cada maldita pared de esta suite, Maddox —advierto, oscuro y letal —. Pero te ayudaré a llegar si me lo pides.

—Sí. Por favor. Por favor…

Escucharla suplicar quiebra mi última línea de defensa.

—Tus súplicas son mi puta melodía favorita —murmuro, liberando la mano que me sostiene. Sin rozar su piel desnuda, apoyo la palma de

mi mano sobre el dorso de la suya, que sigue atrapada bajo el encaje de sus bragas—. Después de tus gemidos, claro.

Presiono mi mano sobre la suya, forzándola a hundir los dedos dentro de su cuerpo una vez más.

—Matthew… Espera, no…

—Vamos, *tesoro*. Puedes con tres dedos —aplico presión, guiando su muñeca, bombeándola desde afuera pero sintiendo el ritmo frenético de su interior a través de su propia mano—. ¿Cómo esperas recibir mi polla si no puedes con tres putos dedos?

—Es…

—Tienes un coño precioso.

—Ni siquiera lo has visto —jadea, cuando impongo un ritmo más violento, obligando a su mano a bombear con brutalidad—. Dioses…

—Matthew —corrijo—. *Tesoro*. Siempre que gimas en una cama conmigo, será con mi nombre en la boca.

Traga aire a bocanadas. Es una hazaña tortuosa masturbarla usándola a ella misma como guante, pero funciona. La fricción, el calor traspasando la tela, el poder de controlarla. Lo siente como si fuera yo. Sus gemidos son míos.

—Mierda, Maddox. Eres mía.

—Matthew… Yo… No…

—No te detengas —gruño, incapaz de evitar que mi torso roce el borde de su pecho—. Mierda, nena…

—Te quiero dentro de mí —lloriquea, perdiendo la cabeza.

Aferro las sábanas con la mano libre, a punto de rendirme.

—Maddox…

—Lo sé —solloza—. Sé que es una fantasía. Déjame fantasear.

La adoración que siento por esta mujer me destruye. Aplico más fuerza sobre el dorso de su mano, empujando sus nudillos hasta el

límite.

—Matthew…

—Vas a tocarte con fuerza ahí. Quiero que te corras para mí.

Duda un segundo, mirando nuestras manos unidas sobre su sexo, separadas solo por su ropa.

—Se siente…

—¿Jodidamente bien? —ronroneo—. A partir de hoy, seré el único que te haga sentir así. Presiona con fuerza, *tesoro*.

Se rompe. Arquea la espalda como un arco tenso, echa la cabeza hacia atrás y el primer grito rasga el silencio de la habitación. Aumenta la velocidad bajo la jaula de mi mano y gime descontrolada. Si algún cabrón en este hotel está escuchando cómo suena Maddox, tendré que arrancarle la lengua mañana.

—Eso es. Córrete para mí, cielo.

Explota. Su cuerpo entero convulsiona en una serie de temblores violentos. Los espasmos aprietan sus propios dedos y el exceso de su humedad moja mi mano a través del encaje. Se ahoga en su clímax, arrastrada por una marea de placer que la deja jadeando,

Me aparto, cayendo de espaldas a su lado, buscando aire como si yo también hubiera llegado a mi orgasmo.

Ella se gira de inmediato, dándome la espalda. Suspiro.

Extiendo el brazo y la atraigo, apresándola contra mi pecho. Entierro la nariz en su cuello, aspirando el rastro salado de su sudor y su deseo. Se estremece, pero termina cediendo, acurrucándose contra mi cuerpo caliente.

Cierro los ojos, rezando a un Dios que no me escucha para que, mañana por la mañana, no me mire como si solo fuera el peor de sus errores.

CAPÍTULO 13

Maddox

Mierda.

Mierda. Mierda. Mierda.

Maddox Francesca Salvatore, ¿en qué maldito universo te pareció una buena idea rogarle al *consigliere* de tu padre que te tocara?

Aprieto los párpados con tanta fuerza que veo destellos blancos antes de girarme, milímetro a milímetro, para no despertarlo. Abro los ojos y ahí está. El perfil de Matthew descansa sobre mi almohada, con los labios ligeramente separados y el ceño liso. Su respiración es profunda, acompasada. Es la primera vez que lo veo con la guardia baja. Tan jodidamente… humano.

Me muerdo el labio inferior hasta saborear la sangre.

Todo esto fue un error monumental. Desde el maldito segundo en que cedí y lo dejé dormir en mi cama, desde que le supliqué que no se detuviera, hasta que permití que me envolviera entre sus brazos para conciliar el sueño. Todo se fue al reverendo carajo y no hay máquina del tiempo que pueda deshacerlo. Podría fingir que no pasó nada, levantar mis muros de hielo, pero algo en el fondo de mi estómago me advierte que Matthew no me lo va a permitir.

«Eres tú, siempre fuiste tú».

La memoria de mi propia voz gimiendo esa confesión me golpea la nuca. Trago saliva, sintiendo que el oxígeno de la habitación se vuelve denso. ¿En qué momento perdí el control de esa manera?

Comienzo a deslizarme hacia el borde del colchón con la lentitud de un fantasma, rezando para escapar al baño. Lo logro. Cuando mis pies descalzos tocan la alfombra, me doy cuenta de lo pesado que es su sueño. ¿Por qué demonios no durmió así anoche? Si hubiera caído inconsciente de inmediato, jamás habría notado lo empapada que estaba por él.

Podrías haber ido al baño a tocarte sola, me recrimina mi conciencia.

Y es verdad. Pero no lo hice. En su lugar, me quedé ahí, respirando su olor, dejando que la excitación me consumiera hasta que fue tan evidente que él tomó el control.

¿Por qué mi cuerpo reacciona a él con esta violencia? La respuesta me aterra por lo simple que es: no he dejado que un hombre me toque en dos años. Y mis únicas fantasías, mis putas y exclusivas fantasías, llevan su nombre.

¿Cuándo empezó esta locura? No podría fijar una fecha exacta, pero recuerdo una tarde en París. Estaba sola en mi habitación, mirando el teléfono con la mente en blanco, cuando me llegó un mensaje suyo. Un simple saludo que sabía acabaría ignorando, pero me quedé congelada mirando la pantalla como una absoluta imbécil, porque por primera vez, el ícono gris de su perfil de WhatsApp había desaparecido.

Había puesto una foto.

Y joder. Estaba guapísimo. No, guapo es una palabra patética para describirlo. Era jodidamente letal. Excitante. Y es exactamente esa combinación la que debería mantenerme a kilómetros del *consigliere* de mi padre. El hombre que le juró lealtad de sangre al Don. El arma humana que me sigue como una sombra y que ha asesinado sin parpadear para mantenerme a salvo.

Tengo que restaurar los límites. Hoy. Ahora.

El problema es que mis límites no solo se cruzaron anoche. Quedaron reducidos a cenizas.

Lo primero que hago al encerrarme en el baño es abrir el grifo de la ducha al máximo. Me quedo inmóvil frente al espejo, observando cómo el cristal comienza a empañarse, borrando mi reflejo. Paso la mano temblorosa por la superficie húmeda, obligándome a mirar lo que hay debajo de la ropa.

Me quito la camiseta y el pantalón corto. Dejo caer la tela al suelo y trago el nudo de alambre que se me forma en la garganta.

No he estado con nadie en veinticuatro meses, y no solo por la traición de Máximo. Sino por lo que hicieron con mi cuerpo.

Paso las yemas de los dedos por las líneas pálidas que cruzan mi piel. Las cicatrices han sanado, ya no tienen ese tono violento y repulsivo de los primeros meses, al menos no ante mis ojos, pero siguen ahí. Marcas de guerra. Pruebas de que estoy rota, arruinada.

¿Cómo puedo ser tan ingenua de esperar que un hombre como Matthew acepte esta versión destrozada de mí? ¿Cómo puedo creer, aunque sea por un segundo, que alguien va a mirarme desnuda a la luz del día y amar cada centímetro dañado de mi piel?

La visión se me vuelve borrosa por las lágrimas contenidas. Niego con la cabeza, apartando la debilidad de un manotazo.

Basta. Estás aquí para vengarte. Sexo y amor son dos palabras que no entran en el plan.

Me meto bajo el chorro de agua hirviendo, intentando que el calor arranque de mi piel el rastro fantasma de las manos de Matthew. Me recuerdo que mi único puto objetivo en este país es destruir a los que me destruyeron. No hay espacio en mis planes para dejarme arrastrar por el deseo, y mucho menos para enamorarme de un hombre plagado de secretos, por mucho que me mire como si yo fuera la única maldita religión en la que cree.

Salgo de la ducha veinte minutos después, envuelta en una gruesa bata blanca.

Me paralizo en seco.

Matthew está despierto. Sentado en el borde de mi cama, completamente vestido, y una media sonrisa letal que me roba el equilibrio. ¿Siempre fue tan obscenamente atractivo?

Sí. Siempre lo fue, estabas muy ocupada mirando al idiota de su hermano, susurra esa parte de mí que decido amordazar y enterrar en lo más profundo de mi mente.

Fuerzo mi postura. Levanto la barbilla, adopto mi máscara de hielo y aclaro la garganta.

—Buenos días —suelto, con un tono frío y profesional, acercándome a la cama para buscar mi ropa—. Nuestro vuelo sale en dos horas. Supongo que volverás con nosotros a Chicago, así que…

No termino la frase.

Antes de que mi cerebro procese el movimiento, la mano de Matthew atrapa mi muñeca y tira de mí. El mundo gira y, de pronto, estoy sentada a horcajadas sobre sus muslos.

Trago saliva. El pánico me atraviesa el pecho.

—Matthew…

—¿Esta es la parte en la que finges que nada de lo que pasó anoche sucedió? —Su voz es grave, un ronroneo que vibra directo en mi centro.

Mierda. ¿Acaso no podía seguirme el juego y evitar este maldito enfrentamiento?

—Escucha…

—¿Vamos a hacer de cuenta que anoche no te deshacías suplicando por mí?

Mi-er-da.

Sus ojos oscuros se clavan en los míos. Antes de que pueda intentar zafarme, su mano sube y envuelve mi mentón. No me lastima, pero la presión es firme, obligándome a mantener la mirada fija en la suya. Su respiración choca contra mis labios, ligeramente agitada. Sus pupilas están dilatadas por algo que roza la rabia.

No llevo ropa interior.

El pensamiento me asalta con violencia. Es una posición peligrosamente vulnerable. Estoy completamente desnuda bajo la bata, a horcajadas sobre el hombre que anoche me hizo gritar hasta quedarme afónica sin necesidad de rozar mi piel.

Su mano izquierda baja hasta mi cadera, aferrándome con fuerza posesiva. Puedo sentir la fricción áspera de la tela de sus pantalones justo entre mis muslos y… Dios santo, ¿estoy a punto de humedecerme otra vez? No. Me niego.

—Matthew —murmuro, y odio que suene como una súplica. Si no detengo esto ahora, los límites que destrozamos en la madrugada serán un juego de niños comparado con lo que va a pasar en esta cama—. Escúchame…

—¿Vamos a fingir que no te corriste en mis manos mientras gritabas mi maldito nombre? —Sus dedos aplican una fracción más de presión en mi mandíbula. Duele un poco. Y me excita. ¿Qué carajos está mal conmigo?—. Responde, Maddox.

—Jamás dije que hiciéramos eso —susurro con dificultad, sintiendo el calor invadir mis mejillas.

—No. Pero es lo que estás pensando —gruñe.

Está furioso, conozco cada microexpresión de su rostro para saberlo. Pero debajo de esa ira, hay algo crudo. Algo que se parece dolorosamente a la decepción.

—Es lo que quieres, ¿verdad? —insiste, asintiendo para sí mismo—. Dilo.

Mi corazón martillea contra mis costillas, amenazando con fracturarlas. No sé qué responder. O, mejor dicho, lo sé, pero por primera vez en dos años, no estoy segura de tener la fuerza para priorizar mi venganza por encima de este hombre.

—Sí —confieso. El nudo en mi garganta me asfixia.

Una sombra densa cruza su mirada. Traga saliva con pesadez, pero su agarre sobre mi cuerpo no cede un milímetro.

—¿Por qué? —exige. Frunzo el ceño, intentando proteger mi expresión, pero él continúa—. ¿Por qué te empeñas en fingir que no estás tan jodidamente loca por mí como yo lo estoy por ti?

Mi pecho se contrae. No, no, no. No puede estar diciendo esto.

—¿Quién te dijo semejante estupidez? —ataco, escudándome en la arrogancia.

Me regala una sonrisa afilada y peligrosa. En ese preciso instante, la humedad de mi sexo me delata, empapando el interior de mis muslos. Él baja la vista apenas un segundo hacia el cruce de mis piernas y luego vuelve a mis ojos, sabiendo exactamente lo que acaba de provocar.

—Deberías esforzarte más si quieres mentirme, *tesoro* —susurra, acortando la distancia hasta que nuestros labios casi se rozan—. ¿Aún vas a mirarme a la cara y decirme que quieres hacer de cuenta que anoche no ocurrió?

¿Quiero hacerlo? No. Quiero quedarme en sus brazos y no salir de esta maldita habitación nunca. Pero mi vida dejó de pertenecer a mis deseos hace mucho tiempo.

—Sí —sentencio.

La sonrisa se borra de su rostro como si le hubiera dado una bofetada.

Veo su nuez de Adán subir y bajar. Ladea un poco la cabeza, escaneando mis ojos con desesperación, buscando una grieta, un titubeo que le indique que estoy mintiendo. No lo encuentra. Porque, aunque me esté matando por dentro, la determinación en mi mirada es real.

—¿Por qué?

Su voz ya no es una exigencia. Es un hilo ronco, casi derrotado. La presión de su mano en mi mandíbula desaparece, aunque sus dedos

se quedan ahí, acariciando mi piel como si fuera de cristal.

No debería abrir la boca. Debería darle una orden directa y obligarlo a salir. Pero sé que eso no funcionará con Matthew. La única forma de levantar el muro entre nosotros es usando la artillería pesada. La única salida, es destrozarlo.

—Porque lo de anoche fue un error.

El efecto es inmediato y devastador.

La poca luz que quedaba en sus oscuros ojos se apaga. Sus manos caen de mi cuerpo como si de pronto quemara. Me obligo a no retroceder, a no pedir perdón. Después de todo, es la verdad. Fue un error que complica mis planes, y no puedo permitirme fallar.

Sin decir una palabra, me levanta por la cintura y me deposita sobre el colchón, a su lado. Lo veo dudar un segundo. Pasa una mano frenética por su cabello, arruinando el peinado perfecto, y me da la espalda con la respiración errática. Parpadeo confundida al darme cuenta que parece a punto de tener un ataque de pánico.

—Matthew…

—Te veo en la pista de aterrizaje —corta, con un tono robótico, carente de cualquier emoción.

Abre la puerta de la habitación y desaparece por el pasillo sin mirar atrás.

Me quedo sentada en la cama, con la vista clavada en la puerta que dejó entornada, abrazándome las rodillas.

Antes de que pueda reunir las fuerzas para levantarme e ir hacia mi maleta, la puerta se abre por completo. El cabello inconfundiblemente naranja de mi mejor amiga es lo primero que veo, seguido de su ceño profundamente fruncido.

El sutil rastro a jazmín que rodea a Penny inunda la habitación. Es evidente que se cruzó con Matthew en el pasillo, y considerando que anoche nos vio peligrosamente juntos en la pista de baile, no hace falta ser un genio para sumar dos más dos.

—¿Estás bien? —pregunta en un susurro cauteloso, cerrando la puerta y apoyando la espalda contra la madera. Asiento lentamente, bajando la vista hacia mis manos entrelazadas sobre mi regazo—. Porque está clarísimo que él no lo está —añade con suavidad.

Trago saliva, obligándome a endurecer la voz.

—No tengo tiempo para preocuparme por los sentimientos de los demás.

—Ya. Claro —suspira, cruzándose de brazos—. ¿Sabes una cosa, Maddie? En toda mi vida, jamás había visto esa expresión en el rostro de un hombre.

Giro la cabeza hacia ella, con el corazón en la garganta.

—¿Qué expresión?

Penny me sostiene la mirada, con los ojos llenos de compasión.

—La que te delata cuando acaban de romperte el corazón en mil pedazos.

CAPÍTULO 14

Maddox

El peso del arma en mi mano es familiar, casi íntimo. Extrañaba esto. La intimidad y seguridad que solo la galería de tiro me ofrece.

La deslizo sobre la mesa metálica frente a mí y el frío del acero se me pega a la piel como una promesa. Desarmo la Beretta con movimientos precisos, automáticos, como si mi cuerpo recordara lo que mi mente ya no necesita pensar. El cargador encaja con un clic seco cuando lo lleno bala por bala; cada una cae en su lugar con la exactitud de un latido.

Respiro hondo, dejando que el olor de la pólvora del lugar se instale en mis pulmones, calmándome más que cualquier palabra amable que alguien haya intentado darme.

Cuando vuelvo a ensamblarla, la sostengo frente a mí, alineando la mira como si apuntara a algo más que un blanco de papel. Como si detrás de ese círculo estuvieran todos los nombres que no digo en voz alta.

Empezando por Marcio y acabando por Máximo.

Mis dedos no tiemblan, nunca tiemblan. Aprieto los labios, ladeo apenas la cabeza y sonrío sin alegría. Porque esto, este instante exacto antes del disparo, es donde vivo realmente. No en la mansión, no en la mentira pulida que vendo al mundo, mucho menos en las cenas incómodas con Levi. Aquí, con el dedo rozando el gatillo, es donde soy honesta.

Y lo único que sé con certeza es que siempre doy en el blanco.

Descargo todas las balas sin dejar de apuntar a los blancos frente a mí. Solo cuando la última figura se quiebra ante el impacto de mi bala es que bajo el arma. Sonrío, paso la lengua por mi labio inferior y no puedo evitar sentir una punzada de alivio y necesidad.

Necesito vengarme.

Pasó una semana desde el viaje improvisado a Nueva York. Aún no había tenido noticias sobre el gemelo de mi interés ni tampoco del tal Frank con el que me reuní en la fiesta de Lucchese. Había hablado con Harry pero tampoco tuvo novedades ni nada para informarme.

Suspiro. ¿Acaso estoy equivocada? ¿Acaso debo buscar otro hilo del cual tirar para encontrar a los malditos que quiero ver muertos?

—No —digo mientras dejo el arma sobre la mesa y quito mis audífonos—. No, este debe ser el camino, tiene que serlo…

Mi móvil comienza a sonar y lo busco con rapidez en el bolsillo trasero de mis pantalones. Por un momento tengo la estúpida esperanza de ver el nombre de Matthew reflejado en la pantalla pero sé que no tiene sentido, no luego de las cosas que sucedieron, no de cómo le hablé.

No luego de cómo le mentiste en la cara, me recuerda una vocecita molesta.

Niego y descuelgo la llamada.

—Will —respondo a secas.

—Tenemos un problema.

Me pongo en alerta de inmediato.

—¿Qué? —digo en un susurro y noto cómo duda del otro lado de la línea—. Will…

—¿Dónde estás?

—En la galería de tiro, ¿por qué?

—Bien, paso por ti en cinco minutos.

—Will, ¿qué demonios sucede?

—Espera a que llegue, ¿sí?

—William.

—Cálmate, Maddox. Aún no debes asesinar a nadie —suspira del otro lado—. Creo.

Finalizo la llamada pero antes de poder buscar nuevamente el arma mi teléfono vuelve a sonar. Deslizo la pantalla y otra vez la esperanza de ver un mensaje suyo se cuela por mi mente.

No sucede. Por supuesto, es Penny. Pongo a reproducir el mensaje de voz luego de ajustar el volumen, mientras comienzo a ordenar el arma, las gafas de protección y los audífonos.

—¡Maddie! ¿Cómo estás? Tu mejor amiga está muy bien, gracias por preguntar —pongo los ojos en blanco como si pudiera verme pero no puedo evitar sonreír. Tomo mi bolso mientras dejo sobre el mostrador el arma que usé—. Solo quería saber si ya cambiaste de opinión y me hiciste caso, porque sabes… soy genial para los consejos de amor.

Otra vez pongo los ojos en blanco.

Luego de Nueva York, Penny quiso saber qué demonios ocurrió con Matthew. Le fui honesta, por supuesto, al menos hasta donde mi vergüenza me lo permitió. Y su respuesta fue lanzarme un cojín con fuerza y maldecir. Cuando le pregunté qué demonios le ocurría me dijo, y cito: *«¿Cómo se te ocurre romperle el corazón a un hombre que mide lo mismo que un oso y tiene cara de psicópata? ¿Sabes qué hará? Saldrá de aquí e irá en busca de alguien para asesinar».*

Claro que me pareció demasiado exagerado. Pero hablábamos de Matthew, quien cazaba a los chicos que intentaban besarme cuando era adolescente, sólo por diversión. Y quizás porque Levi se lo pedía.

Le aseguré a Penny que mi decisión era la correcta, pero su opinión fue que estaba equivocándome demasiado. Le dejé en claro que nada ni nada se interpondría entre mi venganza y yo. Creí que había

acabado por entenderme pero claro, se la pasa molestándome desde hace una semana para que hable con Matthew.

—Me alegra mucho que te encuentres bien —comienzo a decir mientras grabo un mensaje de voz—. Yo estoy perfectamente bien. Y por supuesto estoy muy segura de mi decisión.

Puedo imaginarla poniendo los ojos en blanco pero no me interesa. No pensaba hacerle caso, si hablaba con Matthew toda mi fortaleza se iría al diablo y entonces estaría vulnerable frente a él. Tendría que retractarme de mis palabras de hace una semana y no podía permitirlo.

«Lo que ocurrió anoche fue un error».

Trago saliva.

Además, Matthew se había portado demasiado bien. Tanto que asustaba. Es decir, no me había contactado en los días que pasaron, no había aparecido por la mansión ni mucho menos me lo había encontrado de casualidad, a excepción de algunas reuniones en el club.

Eso debía alegrarme. Porque estaba claro que de esta forma todo sería más sencillo.

Pero entonces, ¿por qué sentía un vacío en el pecho cuando cenaba con Levi y no lo mencionaba? ¿Por qué esperaba un mensaje suyo en cualquier momento? ¿Por qué no lo había visto últimamente en la mansión?

Basta.

Nada de eso importa. Lo único importante ahora es que Will llamó por problemas y yo quiero asesinar personas. En cuanto veo el jeep alzo una ceja, no recordaba que tuviera uno pero se ve bien. Monto el vehículo y lo miro expectante mientras él pone la marcha y comienza a conducir.

—¿A quién debo asesinar?

Maldice por lo bajo mientras niega.

—Últimamente me he preguntado si siempre fuiste así —dice mientras acelera—. Es decir, ¿siempre tuviste esta sed de sangre o es algo nuevo que trajo París? —pongo los ojos en blanco pero no puedo evitar reír—. ¿No es la ciudad de la moda?

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Uno pensaría que vendrías con aires de Miranda Priestley pero no con el tinte asesino.

Parpadeo.

—¿Acabas de hacer una referencia a *«El diablo viste de Prada»*? —digo sin poder creerlo, Will me mira de soslayo y encoge los hombros—. Ni siquiera sé qué decir.

—¿No es acaso la mejor película de los dos mil? —deja escapar un silbido mientras niega—. La mejor, sin duda.

Hago una mueca con mis labios pero no sé qué responder. En su lugar sonrío, dejo escapar una especie de risa suave que se transforma en una carcajada. Will me mira con una ceja alzada y se ríe también.

Me agrada Will. Se podría decir que somos… ¿amigos? Supongo. Es extraño en mi mundo, mucho más luego de que juré no dejarme llevar por los sentimientos. Eso incluye este tipo de vínculos.

Regresé de Francia con la idea de vengarme. En la ecuación no entra formar vínculos, ni siquiera amistosos, porque todos son debilidades que pueden usar en mi contra. Por eso quería mantener a Penny lo más lejos posible. Pero mi mejor amiga siempre fue más cabezota y testaruda que cualquier otra persona en el mundo.

Mis muros no pueden contra ella. Y quizás tampoco contra Will, después de todo es quien sabe toda la verdad y me está ayudando.

«Somos los mejores amigos».

Las palabras de Lucchese aparecen en mi mente y presiono los párpados mientras suspiro.

—Es bueno escucharte reír —me giro para ver a Will son sorpresa—. La última vez que te vi reír así fue hace… bueno, dos años.

—¿Antes de que me secuestren? —pregunto con ironía—. Perdón, he perdido mi toque humorístico…

—Sé lo que se siente, Maddox —dice en voz baja.

Trago saliva. Por supuesto que lo sabe, lo sabe mejor que nadie. Mierda. Conozco su expediente, su tortura duró meses. Era una de las razones por las que era honesta con él, sabía que Will me entendería. Sabía que podía confiar en él. Y sí, quizás quería tener un amigo que entendiera lo que se siente, aunque jamás lo diría en voz alta.

El silencio que se instala es tenso, pesado, pero solo para mí. Will no pierde su postura relajada, lo cual es extraño pero a la vez no. Porque así es él: tranquilo, serio, taciturno… ¿Siempre fue así?

—¿Cómo lo superaste? —pregunto en voz baja.

El me mira cuando se detiene en un semáforo rojo y sus labios se curvan en una sonrisa triste.

—Creo que jamás podré hacerlo —confiesa. Trago saliva—. Pero he aprendido a vivir con ello.

Bajo la vista a mi regazo. Junto mis manos y estrangulo mis dedos entre sí hasta que duelen y no sé qué más hacer. ¿Qué esperaba que me dijera? ¿La maldita solución a las pesadillas? ¿A los ataques de pánico? ¿Algún día podré ver mi reflejo en el espejo sin sentir lástima y repulsión por mí misma?

Si. Me gustaría que alguien pudiera darme esas respuestas. El problema es que ya sé cuál es y no me gusta.

—¿Cómo? —mi voz es un susurro doloroso.

—No permití que se llevaran todo de mí —lo miro. Algo brilla en su mirada gris y vuelve a sonreír—. Me convertí en una sombra luego de aquellos meses. Pensé en muchas ocasiones acabar con mi vida.

Trago saliva. Toda su confesión era… demasiado.

—Will, no tienes que hablar de esto si no quieres…

Chasquea la lengua y vuelve a conducir.

—Yo creía lo mismo —confiesa—. Luego supe que, si quería vivir, debía aceptar que no podía cambiar lo que me habían hecho —siento mis párpados picar y parpadeo con fuerza para alejar las lágrimas—. Ellos querían exactamente esto, Maddox.

Arrugo la frente.

—¿De qué hablas?

—Habrían querido que dejaras de ser tú —mi corazón se acelera ante sus palabras. Will estaciona pero no alejo mis ojos de los suyos, no me interesa dónde demonios estamos—. El fin de la tortura es hacernos creer que nos pueden romper hasta que nos olvidamos de nuestra esencia. La verdadera venganza es demostrarles que no lo lograrán jamás.

Mi corazón palpita con fuerza y siento un temblor leve en mis manos que reprimo al presionarlas nuevamente sobre mi falda. Alejo la vista y clavo mis ojos en el galpón frente a mí, del otro lado del vidrio polarizado. Presiono los párpados para contener mis lágrimas y me aclaro la garganta antes de hablar.

—¿Cuál era el problema? —digo mientras me giro hacia él otra vez. Will alza una ceja y niega de forma leve, entiende lo que necesito: cambiar de tema. Porque no soporto lo que esconden sus palabras —. ¿Qué era tan urgente?

—Me pediste que me encargue de conseguir el depósito en el lado Oeste de la ciudad pero tuvimos un problema con mi contacto —alzo una ceja—. No es necesario que asesines a nadie, cálmate.

—¿Seguro? —digo entre dientes.

—Sí, porque lo he solucionado: conseguí este de aquí —señala el depósito a un lado y vuelvo la vista a donde estaba hace un momento.

—Pero me gustaba el otro —digo en voz baja.

Will pone los ojos en blanco.

—Maddox, no hagas berrinches —alza una mano cuando intento hablar—. Sí, el otro era el adecuado para tu sala de tortura, lo sé —asiento. Era exactamente lo que me interesaba—. Pero comparé los planos y podemos adaptar el diseño que habías pensado —hace una mueca—. Me encantaría estar hablando de una casa —murmura.

—Ya, es parecido —me defiendo—. En la mansión tenemos una habitación para eso.

Alza ambas cejas y me encojo de hombros. Era cierto, después de todo. Pero yo no pensaba utilizar la sala de tortura de los Salvatore, porque mi idea era que solo yo supiera exactamente lo que quería hacer de vuelta en Chicago.

—En fin, te traje para que lo veas y des el visto bueno —alzo una ceja ante sus palabras—. El arquitecto puede empezar mañana.

Sonrío y asiento. Me agrada. Quiero tener el lugar listo para cuando los encuentre.

—De acuerdo, vamos —digo antes de buscar el seguro de la puerta pero Will me detiene con su mano en mi brazo. Lo miro con sorpresa — ¿Y ahora qué ocurre?

Lo veo tragar saliva y dudar un segundo.

—¿Estás bien? —dice en voz baja.

Sé exactamente a qué se refiere.

Pero no tengo tiempo para eso ahora.

—No —confieso—. Pero lo estaré en cuanto los encierre en este maldito lugar y escuche sus gritos mientras los torturo.

Le guiño un ojo antes de salir del coche, lo escucho suspirar pero me sigue.

CAPÍTULO 15

Matthew

Quizá necesitaba un maldito psiquiatra.

Pero ya era demasiado tarde siquiera para considerarlo. O quizá, simplemente, debí hacerle caso cuando me exigió que mantuviera mi distancia.

Debía respetar sus límites.

El problema es que jamás en mi vida había respetado los límites de nadie; no iba a empezar a hacerlo a mis treinta años. Mucho menos si se trataba de ella.

«Lo que ocurrió anoche fue un error».

Cierro los ojos con fuerza cuando el eco de sus palabras me golpea la mente otra vez. ¿Por qué tuvo que decir aquello? ¿Cómo podía mentirme a la cara cuando cada milímetro de su cuerpo gritaba que la hiciera mía?

¿Y por qué yo no podía simplemente aceptarlo y dar un paso atrás?

Porque estás enfermo de ella. Estás obsesionado.

Una semana. Siete malditos días habían pasado soportando la agonía de no acercarme, de no llamarla. De ahogar el impulso de hacer cualquier estupidez con tal de robarle un segundo de atención. Me contuve. Respeté sus malditos límites.

Pero esa distancia no evitó que me tocara cada noche pensando en ella. ¿Soy un animal primitivo? Sí. Pero también estoy

irremediablemente enamorado, y eso es algo que no puedo arrancarme del pecho.

Me acerco a la ventana de su propia habitación y miro hacia la entrada de la casa. Ahí está. Baja del jeep negro de Will y se despide con un gesto de la mano. Camina hacia la puerta con el bolso colgado del hombro y unas gafas de sol oscuras que detesto con cada fibra de mi ser, porque me privan de sus ojos. El viento acaricia su cabello rubio, convirtiéndolo en una cascada de rizos dorados que, como siempre, me roba el aliento. Va vestida de negro de pies a cabeza.

Siempre me ha provocado este mismo colapso. Desde el instante en que dejé de mirar a la intocable hija del Don para empezar a ver simplemente a… Maddox. Su belleza objetiva era innegable, sí, pero su verdadero poder radicaba en esa luz que irradiaba y lo devoraba todo. Su naturaleza pasional, su impulsividad, esa sonrisa letal; todo en ella vibraba.

Por eso me destrozaba ver en lo que la habían convertido después de la tortura. Me mataba saber que esa luz se había atenuado hasta casi desaparecer. Casi. Porque en el fondo de mis entrañas sabía que una chispa seguía ahí adentro. Latiendo. Débil, asustada, pero viva.

Quiero recuperarla, pienso, apretando los puños. *Voy a recuperarla*.

Esa era la única idea en mi cabeza cuando tomé la decisión de infiltrarme en su casa. Ya no soportaba cruzarme con ella en las reuniones y fingir que éramos extraños. Estaba harto. Me daban exactamente igual las palabras venenosas que intentara usar para alejarme. Iba a quedarme a su lado. Lo haría hasta mi último aliento, incluso si me odiaba por ello, incluso si jamás lograba mirarme como yo la miraba. Nada de eso importaba ya.

Solo quería ser parte de su vida.

Me doy la vuelta en el momento exacto en que escucho el clic del picaporte. Maddox entra de espaldas a mí. Lanza las gafas sobre el escritorio, tira el bolso sobre el colchón y lleva las manos al

dobladillo de su camiseta negra, a punto de quitársela mientras se gira.

Se paraliza. Sus ojos se abren de par en par, sorprendidos, y deja caer las manos de inmediato.

¿Acababa de experimentar un maldito *déjà vu*? Por supuesto. Y habría dado la vida porque la escena se completara.

—¡Matthew! ¿Qué demonios haces aquí? —De pronto, el oxígeno abandona la habitación. La veo acercarse a la puerta y cerrarla con cautela a sus espaldas—. ¿Levi sabe que estás en mi cuarto?

Siete días sin escuchar su voz. Había sido la peor semana de mi puta vida.

No puedo apartar la mirada. No entiendo qué me ocurre, pero es como si mi cerebro hubiera olvidado cómo articular palabras. Mi mente se queda en blanco, anclada en el verde de sus ojos, en el timbre de su voz llenando el espacio entre nosotros.

En cómo pronunció mi nombre. Como un suspiro prisionero que por fin escapaba de sus labios.

En ella. Solo en ella.

—Te extraño.

Es lo único que logra cruzar mi garganta. Ni siquiera puedo creer que lo haya admitido en voz alta.

Al escucharme, la postura defensiva de Maddox se desmorona. Pierde la tensión de los hombros, parpadea un par de veces, y mis ojos captan el levísimo temblor en su labio inferior. Me observa como si me hubiera vuelto completamente loco, como si le hubiera hablado en un dialecto muerto.

Es la primera vez que veo su gélida máscara resquebrajarse en días, y lo único que deseo es caer de rodillas y repetirle lo mucho que me hace falta.

—Matthew…

Su voz es un hilo bajo. Un roce suave, como una caricia en la oscuridad.

Trago saliva con fuerza. Durante una fracción de segundo, el instinto de supervivencia me grita que invente una excusa y huya de esta habitación, pero lo aplasto de inmediato.

—Te extraño —repito, esta vez con una seguridad que hace vibrar mi pecho—. Y estoy exhausto de fingir lo contrario. Ya no voy a jugar este maldito juego.

Parpadea, descolocada.

—¿Qué juego? ¿De qué estás hablando…?

—Del que te empeñas en jugar tú. —Su rostro se contrae en una mueca de pura confusión—. No quiero hacer de cuenta que no existes. No quiero pretender que tu indiferencia me resbala, porque me quema vivo. No voy a fingir que no te extraño, y mucho menos voy a aceptar que me despidas de tu vida como si no fuera nada. ¿Sabes por qué, Maddox?

Comienzo a caminar hacia ella. Maddox no aparta los ojos de los míos, pero noto cómo contiene la respiración con cada paso que doy. Sé que estoy cruzando una línea roja. Debería dar media vuelta y largarme antes de hacer una locura. Pero entonces la miro, y el mundo exterior deja de existir.

—Porque no solo estás en mi vida; estás enterrada dentro de mí —suelto, acortando la distancia—. Estás grabada a fuego en mi mente, en mis putos huesos. No puedo alejarte de mi vida, y tampoco quiero hacerlo. ¿Lo entiendes? No puedo. No quiero. Y no voy a permitírtelo.

Sus ojos se cristalizan, inundados por lágrimas traicioneras que lucha por retener. Y entonces lo confirmo: la luz sigue ahí. Sepultada bajo el horror, el trauma y la sed de venganza, pero sigue conmigo. Aún no la he perdido.

—Matthew…

La envuelvo en mis brazos antes de que logre formular una excusa para alejarme. Su cuerpo se tensa por la sorpresa, pero no deshago el abrazo. En su lugar, hundo una mano en su nuca, enredando los dedos en la suavidad de su cabello rubio, mientras con la otra trazo patrones lentos sobre su columna vertebral.

La tensión la abandona un segundo después.

Dejo escapar un suspiro tembloroso. No me está empujando. Está permitiendo que la sostenga. El momento es tan frágil que temo que, si respiro demasiado fuerte, se rompa en mil pedazos. Aprieto los brazos a su alrededor con la firmeza exacta para que sepa que soy su ancla, pero sin asustarla.

Entonces, la siento temblar. Es un movimiento casi imperceptible contra mi pecho, seguido por el sonido roto y ahogado de su llanto. Se aferra a mi camisa y yo murmuro promesas sin sentido contra su cabello, besando su coronilla, acariciando su cuello.

Hace una semana, la situación en esa cama de Nueva York había sido muy distinta. Había devorado sus gemidos. Sus jadeos. Había visto su cuerpo convulsionar de puro deseo en mis manos, y se había sentido jodidamente perfecto. Pero nada de eso se acercaba a esta sensación. Que bajara las armas y me dejara entrar en su dolor… era el acto más crudo e íntimo que habíamos compartido jamás.

Me obligo a aflojar el agarre. Acaba de bajar la guardia y no sé cuánto durará este milagro; tengo que ser inteligente, suave, y aprovechar este destello de su verdadera alma sin las corazas de acero.

—Déjame ayudarte, cariño —murmuro contra su piel—. Déjame estar para ti, por favor. Haré lo que me pidas. Me convertiré en el arma que necesites. No vine a este puto mundo para otra cosa que no sea cumplir tus órdenes, Maddox. Siempre lo supe. Por favor…

El hechizo se rompe. Siento cómo sus manos se apoyan en mi pecho y me empuja con suavidad. Mi instinto es atraparla de nuevo, pero

me obligo a quedarme quieto, presionando los labios hasta que me duelen.

Por suerte no retrocede demasiado. Se limpia las mejillas con el dorso de la mano, y el aroma dulce a cereza de su piel sigue llenando mis pulmones. Esquiva mi mirada, aclarándose la garganta, con los ojos enrojecidos.

—Lo siento, Matthew. No estoy jugando a nada. No se trata de un juego.

El hecho de que no me grite y su voz mantenga ese tono rasposo me da la esperanza de que la puerta no se ha cerrado del todo, pero sus ojos han vuelto a congelarse.

—¿Entonces qué demonios ocurre? —pregunto, sin aliento—. ¿Por qué me apartas?

—Matthew…

—¿Fui demasiado lejos? —Una punzada de culpa me atraviesa—. Lo que pasó en Nueva York… si crucé un límite, si te hice sentir…

—No. No es eso. —Suspira, negando lentamente—. Es decir, eso nunca debió pasar.

—Pero pasó —gruño entre dientes.

Si se atreve a arrepentirse en voz alta, juro que voy a perder la cabeza.

Asiente, y el aire vuelve a mis pulmones de golpe.

—Sí. Pasó —concede por fin—. Porque ambos lo quisimos. Así que no te disculpes por algo que deseabas hacer.

—De acuerdo —murmuro—. Pero eso sigue sin explicar tu maldita necesidad de empujarme lejos.

—El problema es que tú no quieres ayudarme, Matthew. —Su mirada se clava en la mía, y arqueo las cejas, totalmente descolocado—. Tú quieres salvarme.

Trago saliva con dificultad mientras ella niega con la cabeza. Levanta una mano temblorosa y, cuando su palma cálida aterriza en mi mejilla, todas mis defensas se desintegran. El tiempo, las reglas de la mafia, el maldito mundo entero deja de existir fuera de esta habitación. Todo el universo se reduce a la fricción de su piel contra la mía.

Me dedica una sonrisa cargada de tristeza, y yo solo quiero abrirme el pecho y dejarla vivir ahí dentro.

—Hasta que no comprendas que no quedan fragmentos de mí que puedas pegar, que la vieja Maddox que quieres rescatar ya no existe… —Traga saliva, y el sonido rompe el silencio—. Hasta que no aceptes que no hay absolutamente nada que salvar aquí adentro, no te quiero cerca. Porque sé que cuando me miras, lo haces esperando encontrar a la chica de antes, y ella está muerta, Matthew. Murió en aquella celda hace dos años.

En menos de un segundo, la frialdad regresa. El muro de obsidiana que utiliza para asfixiar sus emociones vuelve a levantarse en sus ojos.

Intenta apartar la mano de mi rostro, pero mis reflejos son más rápidos. Mi mano sube como un látigo y atrapo su muñeca. La atmósfera de la habitación cambia radicalmente.

Mi mano libre viaja directo a su cintura, clavando los dedos con posesividad en su cadera. Maddox abre los ojos, sorprendida por la embestida, y el aire entre nosotros se vuelve denso, cargado de estática y peligro. Alza una ceja, desafiante, pero noto cómo su respiración se corta.

Tiro de ella. Solo aplico la fuerza necesaria para aplastar su pecho contra el mío, a escasos centímetros de distancia, utilizando cada gramo de mi autocontrol para no arrinconarla contra la maldita puerta y devorarla.

Me inclino, rozando su mejilla con mi aliento.

—Después de todos estos años a tu lado —murmuro, arrastrando las palabras contra su piel—, ¿cómo puedes ser tan ciega de creer que no aceptaría exactamente lo que eres ahora? ¿O, mejor dicho, en lo que te convirtieron?

Veo su garganta temblar. Su pecho sube y baja contra el mío a un ritmo frenético. Y sé que no está asustada. Jamás le daría miedo. Su corazón desbocado, la humedad que vuelve a sus labios y la piel erizada bajo mis dedos no son producto del terror. Vienen de un lugar mucho más oscuro. Un sentimiento que reconozco a la perfección, porque me está calcinando por dentro en este mismo instante.

Deseo. Hambre.

—No pareces muy dispuesto a aceptarlo, juzgando por tu actitud compasiva…

—No lo olvides, Maddox. A ti te habrá criado un Don, pero yo nací en las sombras. Llevo en este puto mundo de sangre mucho más tiempo que tú, y he visto a hombres convertirse en verdaderas abominaciones. —Ajusto el agarre en su cintura, acercándola un milímetro más, sintiendo cómo su pulso late descontrolado bajo mis dedos en su muñeca—. Conozco a los monstruos. Y créeme, *tesoro*, cuando te miro no veo un demonio. Solo veo a una mujer rota a la que le hicieron creer que tiene que serlo.

—Quizá aún no lo sea. —Sus ojos destellan con una oscuridad letal —. Pero te juro que algún día lo seré.

—¿Por qué? —siseo, sacudiendo la cabeza—. ¿Por qué estás tan desesperada por ponerte una corona de espinas que no te pertenece? ¿Qué demonios quieres demostrar?

—Quiero demostrar que soy la dueña de estas calles. —Su voz es implacable. Fría como el acero—. Que tengo el poder absoluto sobre esta puta ciudad.

Trago saliva. Suena exactamente igual que su padre.

—Quiero demostrar que puedo mirarlos a los ojos y masacrarlos a todos sin un ápice de piedad —sentencia.

Me inclino hacia ella hasta que nuestras respiraciones se mezclan. Maddox alza la barbilla, retándome con la mirada, y yo tiro de su cadera con un movimiento brusco, pegando su pelvis a la mía. Si está enfadada por mi atrevimiento, su cuerpo cuenta una historia muy distinta, porque no retrocede ni un milímetro.

—Entonces, déjame ayudarte —susurro, rozando su nariz con la mía —. Y te convertiré en la maldita dueña del mundo, si es lo que deseas.

CAPÍTULO 16

Maddox

Bésame. Bésame.

Es la única maldita palabra que rebota contra las paredes de mi cráneo en este momento. Me encantaría que fuera cualquier otra, una más racional, pero siempre que la órbita de Matthew choca con la mía, mi mente se vuelve un caos.

Porque lo deseas, responde mi consciencia con veneno.

Y no miente. Estuve a punto de fundir la batería de mi juguete esta última semana por la cantidad de veces que lo usé recordando lo que ocurrió en Nueva York.

Me obligo a apartar esas imágenes y a centrarme en el presente, pero resulta casi imposible cuando noto que mi pecho sigue pegado al suyo. Siento la dureza de sus pectorales contra mi piel a través de la ropa y ruego a cualquier dios disponible que mis pezones, ahora dolorosamente erguidos, no lo delaten en un momento tan inoportuno.

¿Me había excitado la manera posesiva en la que me habló? Jodidamente sí.

«Y te convertiré en la maldita dueña del mundo, si es lo que deseas».

¿Por qué tiene que hacer las cosas tan condenadamente difíciles? ¿Por qué me mira de esa forma? Como si estuviera dispuesto a construirme un trono con los huesos de nuestros enemigos solo para

poder arrodillarse a mis pies… Dioses. La imagen no me desagrada en lo absoluto.

Trago saliva y trato de quedarme inmóvil. Un movimiento en falso y la fricción será evidente. Me muerdo el labio inferior hasta sentir el sabor a hierro, intentando acallar mi propia voz interior. Los ojos oscuros de Matthew rastrean cada microexpresión de mi rostro. Su mirada baja por mi cuello, se detiene un segundo de más en mi pecho y vuelve a subir. Donde sea que fije la vista, siento que una caricia de fuego puro me quema la piel.

—Necesito que me sueltes —murmuro.

Él afloja el agarre al instante.

Pero no retrocede. Y yo tampoco. La posición no cambia; seguimos frente a frente, a milímetros, con nuestras respiraciones fundiéndose hasta convertirse en una sola.

—Si de verdad quieres ayudarme, tienes que saber por qué volví a Chicago —digo, recuperando la frialdad en mi tono. Él asiente despacio—. Tienes que saber toda la verdad.

—Nada me gustaría más —confiesa.

Me aparto por fin y camino hacia mi escritorio. Paso la yema del dedo índice por el panel oculto en el costado del segundo cajón. El sensor biométrico lee mi huella, emitiendo un suave clic metálico, y siento el peso de su mirada clavada en mi espalda.

—¿Qué es…?

—Un sistema de seguridad —respondo, imperturbable, mientras abro el cajón y busco entre los compartimentos—. Le pedí a Will algo impenetrable para guardar documentos.

Extraigo una gruesa carpeta color madera y empujo el cajón hasta que vuelve a bloquearse. Me giro hacia Matthew, que asiente, evaluando la situación con su mente táctica.

—Esta información no puede caer en manos equivocadas —añado—. Solo yo debo tener acceso.

—¿Y me la podrías prestar…?

—No.

Alza ambas cejas, sorprendido por mi negativa rotunda. Me detengo frente a él, abrazando la carpeta contra mi pecho como si fuera un escudo.

—¿Qué hay ahí, Maddox?

—El resultado de toda la investigación que llevé a cabo en Europa. —Una sonrisa afilada tira de mis labios—. No creerías que pasé dos años tomando el sol en París y fingiendo ser una niña asustada, ¿verdad?

Lo veo sonreír.

—Nunca has sabido quedarte quieta, *tesoro*.

—Jamás. Y mucho menos mientras las basuras que me torturaron siguen respirando sin preocupaciones.

—¿Y qué planeaste, Maddox?

—Cazarlos —sentencio con una calma letal—. Uno por uno.

Matthew da un paso al frente. El marrón de sus ojos me envuelve, destilando un brillo de devoción tan absoluta que cala hasta mis huesos y calienta mi sangre.

Basta. Deja de mirarme así.

—Déjame ser tu arma —ruega.

—Yo soy mi maldita arma —aclaro.

Lo veo tensar la mandíbula.

—Maddox…

Inhalo profundo. Intento armarme de valor para soltar la verdadera bomba, porque no sé cómo va a reaccionar. No sé si querrá seguir siendo mi escudo cuando escuche la magnitud de mi plan. No sé si me seguirá mirando con esa devoción incondicional.

Solo espero que sí.

—Matthew, planeo vengarme de todos y cada uno de ellos —remarco las últimas palabras, clavando mis ojos en los suyos—. Y eso incluye a tu hermano.

El silencio cae sobre nosotros. El marrón de sus ojos parece volverse líquido, encendido por un fuego nuevo. Corta la distancia que nos separa hasta que su pecho vuelve a quedar a escasos centímetros del mío, inundando mis fosas nasales con su aroma. Mi piel se eriza de forma automática.

—Iría contra el maldito mundo entero por ti. —Su mano sube con lentitud. La yema de sus dedos delinea mi mandíbula hasta sostener mi mentón con firmeza, obligándome a no apartar la mirada—. Iría contra mi propia sangre si es necesario, porque dejó de ser mi familia en el segundo en que se atrevió a ponerte una mano encima. Maddox Salvatore, si necesitas que me arrodille y te jure lealtad con mi vida, lo haré. Haré cualquier cosa que me pidas. Nunca, jamás, dudes de mi lealtad hacia ti.

Me quedo sin aliento. Creo que nunca en mi vida había estado tan segura de algo como lo estoy de sus palabras en este instante.

Pero siempre había sido así con él, ¿cierto? Bastaba una sola frase suya, una sola mirada de esos ojos insondables, y yo sabía que Matthew siempre sería brutalmente honesto. Que siempre mataría por cuidarme. Pero, más importante aún, que siempre elegiría mi bando.

Siempre sería mi fantasma.

Me siento en el borde del colchón y le indico que haga lo mismo. Durante la siguiente hora, me dedico a hablarle de mi venganza. Le detallo todo lo que investigué, el volumen asqueroso de información que logré recabar en veinticuatro meses, la línea de tiempo que tracé sobre cada objetivo y la red de vigilancia que monté sobre ellos.

Le sorprende que haya levantado semejante imperio de inteligencia yo sola, pero le explico que utilicé al guardaespaldas de mi madre. A través de él, pude escarbar en el barro sin ensuciarme las manos.

Tenía información de cada miembro, incluso a los que ya estaban pudriéndose bajo tierra. Pero sabía que no tenía el nombre real del jefe, Marcio Smith no se llamaba así, no tenía ninguna duda. Tampoco había conseguido demasiados detalles recientes de Kevin, alias Luc, poco me importó en su momento porque lo creía muerto.

El problema había estallado cuando Will logró captar el rostro de su gemelo en una cámara de seguridad.

Aunque no llegué a esa parte de la historia.

—¿En Portugal? —Matthew me interrumpe, atónito—. Supimos que estaba en Europa, nada más. Pero Portugal está…

—Cerca. Lo sé —suspiro, dejándome caer un poco hacia atrás en el colchón—. Tuve que usar cada gramo de autocontrol de mi cuerpo para no tomar un vuelo y asesinarlo yo misma.

—¿Por qué carajos no me dijiste nada? —Su voz se endurece.

—¿Qué esperabas? ¿Una llamada amistosa desde París para contarte que mi captor y torturador estaba a dos países de distancia?

—¡Podría haber hecho algo, Maddox! —Me reprende, frustrado—. Levi lo estuvo buscando por todas partes…

—Mi padre no hace las cosas como yo —digo entre dientes.

Matthew me escudriña, con una arruga profunda formándose en su entrecejo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿Tú crees que Levi sabe la verdadera razón por la que estoy aquí? —Lo miro directamente a los ojos, sin parpadear—. Por supuesto que no lo sabe. Y no quiero que lo sepa.

—Maddox…

—Matthew, no voy a permitir que mi padre me arrebate esto. No voy a dejar que arruine mis planes.

—¿¡Me estás diciendo que planeas actuar a espaldas del Don!?

El colchón rebota cuando él abandona su lugar a mi lado. Comienza a pasearse de un lado a otro de la habitación, procesando la magnitud de mi confesión. En cierta forma es una traición a *Draghi* si hago las cosas en las sombras.

—Yo no utilizaría esas palabras.

—¿Ah, no? ¿Y cómo lo llamarías tú? —pregunta, destilando ironía.

Pongo los ojos en blanco. Puedo sentir su tensión irradiando por los poros de su piel.

—Maddox… esto es locura.

—Es mi venganza, Matthew —me apresuro a cortar, implacable—. Mía. No la de Levi. Quiero que esto se haga a mi manera, bajo mis reglas.

—Él también quiere venganza, es tu padre…

—No. Él no la quiere así.

—Maddox, escúchame…

—Matthew. —Mi voz es un látigo que corta el aire de la habitación—. Esto se hará exactamente como yo diga. Si estás dispuesto a acatarlo, bien. Y si no lo estás, no me interesa.

Se queda clavado en el sitio. Sus oscuros ojos me atraviesan y soy testigo de la violenta guerra que se desata en su cabeza. Sé muy bien lo que piensa: su instinto le grita que no me deje caminar sola hacia este abismo, que no me permita desafiar a mi padre. Pero, al mismo tiempo, sabe que no hay fuerza en la tierra que pueda detenerme. Me conoce demasiado bien.

—Por ahora, Levi no puede enterarse de absolutamente nada —ordeno, bajando el tono, pero no la intensidad—. Al menos hasta que me asegure de que aceptará mis términos y condiciones sin chistar.

Matthew deja caer los hombros, una rendición silenciosa ante la mujer a la que acaba de jurarle su vida.

—¿Y cuáles serán exactamente esos términos y condiciones? —pregunta en voz baja.

—Hacerlos sufrir. Hacerlos pagar. Y solo cuando me canse de verlos sangrar… asesinarlos.

CAPÍTULO 17

Matthew

—Así que lo tienes todo planeado.

La observo caminar hacia el escritorio para guardar la carpeta, sintiendo cómo una mezcla tóxica de fascinación y terror me inunda las venas. Yo no siento miedo. Jamás. Pero saber que Maddox está dispuesta a cruzar cualquier línea moral para saciar su sed de sangre me aterra, porque significa que no le importa morir en el intento.

Tampoco le importa el monstruo en el que se convertirá cuando la masacre termine.

Sé perfectamente lo que es vivir solo para la venganza. Y también sé que no queda absolutamente nada cuando el último cuerpo cae. Ese es el verdadero infierno: aceptar que, aunque hayas asesinado a todos tus demonios, tienes que seguir respirando en un mundo vacío y sin consuelo.

Pero sería un maldito hipócrita si intentara convencerla de que hiciera las cosas de otra manera. Después de la carnicería que yo mismo desaté siendo un crío, no tengo derecho a juzgarla.

«Asegúrate de que nunca lo sepa. Jamás te lo perdonaría, Matthew».

La voz de Levi resuena en mi cabeza como una sentencia de muerte y trago saliva. Odio ocultarle cosas a Maddox, pero no puedo permitir que descubra la verdad. No todavía.

Ella se gira, apoya la cadera contra el borde del escritorio y se cruza de brazos, evaluándome.

—Necesito saber que estás conmigo en esto.

—Sabes bien que haría lo que fuera por…

—No —me interrumpe, tajante—. Hablo en serio. Necesito saber que no vas a acobardarte ni a echarte atrás cuando llegue el momento de apretar el gatillo.

—¿Lo dices por mi hermano?

Todos los músculos de mi cuerpo se tensan. Un escalofrío me recorre la espina dorsal cuando capto el levísimo temblor en su labio inferior.

—Sí. Pero también lo digo por Levi —confiesa—. Sé muy bien que no estás de acuerdo con hacer esto a sus espaldas y que, al final del día, le debes tu lealtad a él. Levi es el Don de *Draghi*.

—Y tú eres su heredera…

Niega con la cabeza, un movimiento tan imperceptible que casi lo paso por alto. Frunzo el ceño.

—¿Qué…?

—Después de lo que pasó, dudo mucho que mi padre quiera que yo siga siendo parte de esto de esa forma.

—Maddox, no es como si Levi pudiera chasquear los dedos e inventarse un heredero de la nada.

—Podría dejártelo todo a ti —suelta en voz baja.

El aire abandona mis pulmones. Acorto la distancia entre nosotros en tres zancadas hasta quedar frente a ella. Maddox inclina la cabeza hacia atrás para sostener mi mirada, y el terror en sus ojos verdes me golpea como un gancho al hígado.

—No puedes creer que Levi sería capaz de poner a un puto soldado por encima de su propia sangre.

—No lo sé, Matthew. —Su voz es apenas un susurro quebrado—. Nuestra relación ya no es la misma. Casi ni cruzamos palabra, y luego de lo que sucedió…

Algo se fractura dentro de mí al escucharla.

—Maddox, eres su hija —la corto, incapaz de soportar que piense así de sí misma—. Ese hombre se muere por ti. Sería capaz de reducir Chicago entera a cenizas, o el maldito mundo si se lo pidieras. Nunca dudes de su amor. —Veo el brillo de la antigua Maddox destellar en sus pupilas y me inclino aún más hacia ella—. Puedes volverlo loco, puedes desafiar cada una de sus reglas, pero nunca vas a dejar de ser su hija. Y nunca vas a dejar de ser la heredera de *Draghi*.

—¿Pero no te gustaría? —murmura.

—¿El qué?

—Heredar *Draghi*.

Se me escapa una sonrisa áspera. No puedo creer el nivel de su inseguridad, pero si necesita que le arranque el corazón de las dudas con mis propias manos, lo haré.

—El poder no me interesa en lo absoluto, Maddox.

—Pero serías el Don —insiste, como si genuinamente creyera que esa mierda podría tentarme. Me dan ganas de reír—. El imperio, el respeto, el territorio… todo podría ser tuyo.

—Sabes muy bien que soy un fantasma. Para todos. —Bajo la voz, asegurándome de que cada palabra se grabe en su mente—. Porque si mi abuelo supiera que sigo respirando…

Ella se paraliza.

—Te arrastraría a Rusia para obligarte a aceptar la Bratva —completa en un susurro, bajando la vista, como si de pronto recordara que soy el hijo fugitivo de una heredera de la mafia rusa—. Lo había olvidado.

—Incluso así —tomo su barbilla con dos dedos, obligándola a mirarme—, no vine a este mundo a heredar coronas de sangre, Maddox. Vine a ser tuyo. A protegerte y a matar a quien haga falta a tu lado. El maldito trono no podría importarme menos. Y si para

demostrártelo tengo que encargarme yo mismo de volarle la cabeza a mi hermano, lo haré sin pestañear. Te construiré un altar con sus huesos si es lo que me pides.

El brillo que enciende sus pupilas es todo lo que necesito para que mi corazón empiece a martillear contra mis costillas. El hecho de que sintiera que yo podría arrebatarle su herencia me destroza, porque sé de dónde viene ese pánico. Viene de la celda. De la tortura. Viene de cómo Máximo, mi propia sangre, la usó para reducirla a cenizas y hacerla sentir que no valía nada.

Si tengo que pasar el resto de mi vida demostrándole que ella es mi puta religión, lo haré.

La veo separar los labios y dejar escapar un suspiro tembloroso. El instinto primitivo de acorralarla contra el escritorio y devorarle la boca me golpea con la fuerza de un tren de carga. Todo mi cuerpo se tensa, endureciéndose de forma dolorosa. ¿Qué demonios nos detiene? La respuesta es todo. Las reglas, su trauma, la familia. Y al mismo tiempo, me importa una mierda. Si el mundo entero se va al infierno por besarla ahora mismo, que se queme. Me muero por probarla, por marcarla, por demostrarle que soy suyo en cada sentido de la palabra.

—No me mires así, *tesoro* —gruño, con la voz ronca por el deseo—. Porque te juro que voy a terminar lo que empezamos en Nueva York.

Noto el instante exacto en que la atmósfera cambia. Ella traga saliva y se inclina ligeramente hacia adelante. Hago lo mismo. El espacio entre nosotros desaparece. Estoy a un puto milímetro de mandar la cordura al diablo.

Pero la magia estalla en pedazos cuando su teléfono emite un zumbido.

Me obligo a retroceder un paso, dándole espacio, sintiendo cómo el oxígeno regresa a mis pulmones de golpe. Maddox parpadea un par de veces, desorientada, antes de sacar el aparato del bolsillo trasero de su pantalón. Hace una mueca al ver la pantalla y descuelga.

—Will… ¿Qué? —Sus ojos se abren de par en par y presiona los labios en una línea fina. Mi modo letal se activa en menos de un segundo—. Llego en diez minutos.

Corta la llamada. Su postura vuelve a ser de puro acero. Intenta pasar por mi lado, pero le atrapo el brazo antes de que huya.

—¿Qué ocurre, Maddox? —Duda—. Estoy contigo, ¿sí? Puedes confiar en mí.

Traga saliva y asiente, cediendo.

—Will encriptó una alerta en la *deep web* —murmura, casi como si las paredes de la mansión tuvieran oídos—. Y acaba de saltar.

—¿Qué detectó?

—A tu hermano, Matthew —susurra—. Máximo podría estar en Chicago.

No necesito escuchar ni una maldita palabra más.

Abandonamos la mansión Salvatore sin mirar atrás. No tengo noticias de Levi desde la mañana, cuando me informó que estaría encerrado en la empresa, pero me obligo a recordar la promesa que acabo de hacerle a Maddox: el Don no puede saber nada. Aún no.

El viaje en mi BMW es un borrón de asfalto y velocidad. No me detengo a pensar que es la primera vez en dos años que ella viaja en mi asiento de copiloto. Y aunque una parte irracional de mí se emociona al sentir que algo de nuestra vieja dinámica está volviendo, sé que no debo ilusionarme.

Confía en mí, sí. Pero los límites de cristal que impuso siguen ahí, por mucho que yo me muera por hacerlos añicos.

Llegamos al apartamento de Will en tiempo récord, nos recibe con una expresión de gravedad que me hiela la sangre. Al verme, hace el amago de sonreír a modo de saludo, pero la energía asesina que irradia Maddox al irrumpir en el lugar lo hace retroceder.

—Dime exactamente qué ocurrió —ordena ella.

—Saltó una alarma en el software biométrico que programé. Las cámaras de tráfico de la ciudad captaron a un sujeto que coincide con los parámetros —Will habla a la velocidad de la luz, nervioso. Sus ojos viajan hacia mí un microsegundo antes de volver a Maddox —. El sistema arroja una probabilidad altísima de que sea Máximo.

—¿Probabilidad? —La incredulidad afilada en la voz de Maddox hace que Will trague en seco.

—Sé cómo suena —se defiende él, pasándose las manos por el pelo —. La cámara no captó su rostro con nitidez, la resolución es basura. Pero mi código no se basa solo en rostros; lee patrones de marcha, altura, estructura ósea. Está diseñado para cazar a los perfiles que cargamos.

—¿Qué perfiles? —intervengo, dando un paso al frente.

Will me mira, incómodo.

—Maddox… ¿no lo pusiste al día?

Ella chasquea la lengua.

—En palabras sencillas: la misma base de datos que usamos hace dos años para rastrear al jefe de South es la que está activa ahora.

Tiene sentido.

—Lo capto —asiento—. ¿Pero a quiénes incluye exactamente esa alerta?

—A todos —sentencia Maddox sin mirarme—. Incluyendo a tu hermano.

—Pero en la redada que lideramos hace dos años…

—Masacramos a una gran parte de la organización, sí. Pero no a todos.

Mierda. Hablaba en serio cuando dijo que no iba a dejar a nadie respirando.

—Hace un par de semanas, el sistema también arrojó una coincidencia con alguien que dábamos por muerto —continúa Will, y

la confusión me golpea—. Kevin. O Luc. O como demonios se llame el gemelo. Fue localizado en Nueva York.

Giro la cabeza hacia Maddox tan rápido que los músculos del cuello me tiran.

—Por eso viajaste a Nueva York. No tenías una puta reunión con Lucchese…

—Me reuní con Lucchese —responde con una calma que me desquicia. Sé que no miente porque yo mismo hablé con Harry y eso provocó que volara tras ella, pero es evidente que me ocultó la mitad de la historia—. Y lo hice porque la alerta que Will detectó no fue solo la presencia del gemelo de Kevin.

—¿El cabrón estaba trabajando con Lucchese? —gruño, sintiendo que la sangre me hierve.

No. Imposible. Si Lucchese hubiera estado involucrado, Maddox habría bañado el hotel en sangre antes de firmar cualquier trato.

—No. Estaba escoltando a alguien más —Maddox me mira de soslayo, calculando mi reacción—. Alguien con quien me crucé en la fiesta.

La memoria de aquella noche me asalta como un relámpago. El tipo estirado con el que la vi conversar apenas llegué. Ese maldito trajeado que le sonreía hipnotizado.

¿Quién carajos era ese tipo?

Mi corazón empieza a latir con una violencia descontrolada al ser consciente de lo que acaba de confesar. Se plantó en la boca del lobo. Se puso en peligro de muerte frente a mis putas narices, rodeada de la gente que le destrozó la vida, y yo fui tan imbécil de no darme cuenta.

Una furia ciega, ardiente y posesiva me nubla la visión. Saber que sus verdugos respiraron el mismo aire que ella y yo no estuve ahí para arrancarles la cabeza me enferma. Le volví a fallar.

«Tú quieres salvarme, Matthew».

Sus palabras de hace un rato me impactan de lleno. Mierda, claro que sí. Quiero salvarla por todas las veces que la dejé sangrar sola. No porque crea que es débil o incapaz, sino porque mi cerebro no puede procesar la idea de que sufra un rasguño más. Sencillamente no concibo un mundo donde ella no esté a salvo.

—Maddox, ¿me estás diciendo que volaste a Nueva York para reunirte cara a cara con uno de los infelices que te secuestró? —Acorto el espacio entre nosotros, incapaz de contener el rugido en mi garganta. La agarro del brazo con firmeza, obligándola a mirarme —. ¿¡Cómo carajos te pusiste en ese riesgo!? Lucchese se sienta a la mesa con nuestros putos enemigos, ¿¡y tú vas a su territorio a jugar a las escondidas con tus torturadores!?

Me arrepiento en el mismo instante en que la temperatura de la habitación cae bajo cero. El verde de sus ojos se oscurece, convirtiéndose en un abismo letal, sin rastro de la vulnerabilidad de hace media hora.

Se suelta de mi agarre con un tirón seco y alza la barbilla.

—Vuelve a gritarme así, Matthew, y te juro por Dios que te arranco la lengua.

CAPÍTULO 18

Matthew

Trago saliva. Su amenaza casi se materializa sobre mi piel, cortando el aire entre nosotros. Con esos ojos verdes ardiendo y su cuerpo a centímetros del mío, puedo sentir el odio irradiando de sus poros. Y lo peor de todo es que esta mezcla enferma de peligro y furia me excita tanto como me enfurece.

—Te expusiste —gruño entre dientes, sin retroceder.

—Sigo respirando, ¿verdad? —Se encoge de hombros con una indiferencia que me desquicia—. Nadie iba a ponerme un dedo encima...

Dejo escapar una risa áspera, carente de cualquier tipo de humor. Maddox arquea una ceja, desafiante.

—Maddox, caminaste directo a la boca del puto lobo sin dudarlo...

—Confío en Lucchese. —Da un paso al frente, acorralándome con la mirada—. Es de las pocas personas en las que de verdad confío.

Trago saliva otra vez, pero ahora el gesto me desgarra la garganta. Se siente como si estuviera tragando vidrio molido. Mantengo el rostro impasible, o al menos hago el mayor esfuerzo por lograrlo, pero el pulso violento que me martillea en las sienes amenaza con delatarme. Mierda. Preferiría mil veces que me abrieran el pecho a balazos antes que escuchar esas palabras salir de sus labios.

«Confío en Lucchese».

Esas tres palabras se clavan en mi esternón, destrozando todo a su paso. Lucchese lo sabe. Debe estar al tanto de sus planes, de la verdadera razón de su regreso, de cuál será su próximo movimiento en el tablero. Porque confía en él. Y yo... yo me acabo de enterar de esto de casualidad, porque ya no confía en mí. No como antes.

Las cosas entre nosotros se fracturaron.

La certeza de esa realidad me golpea con tanta fuerza que me roba el oxígeno. Retrocedo medio paso por puro instinto, necesitando espacio, pero el aire no entra. Mis pulmones pesan, inútiles, como si estuvieran ahogándose en cenizas.

—Y para que te quede claro, no me reuní con mis torturadores. Me vi con alguien que al parecer hace negocios con el maldito gemelo misterioso —aclara, implacable.

—Maddox...

—Will —me corta. Su tono vuelve a ser una placa de hielo. Parpadeo para salir de mi propio estupor mientras ella me dedica una última mirada de advertencia antes de centrarse en el Will—. ¿En qué ubicación saltó la alerta?

—En Clearing —responde Will, tenso.

—¿Cómo...? —murmuro, incapaz de procesarlo.

Miro a Maddox de reojo. Tiene la vista clavada en el suelo y su pecho sube y baja con fuerza.

—Las calles de South —susurra ella.

—No solo son sus calles —añade Will—. Era su antigua guarida.

Maddox alza la vista hacia los monitores. Entrecierra los ojos una fracción de segundo antes de apartar a Will y adueñarse de la silla. Sus dedos vuelan sobre el teclado. Will la observa, desconcertado, pero no se atreve a detenerla. Segundos después, la grabación granulada de una cámara de seguridad inunda la pantalla principal.

—Tiene que ser... —murmura.

—¿Maddox? —Will se inclina sobre el escritorio—. ¿Qué estamos buscando?

—Cállate y observa. —Se concentra en las imágenes, adelantando el video con clics precisos hasta que lo pausa de golpe—. Aquí.

Me acerco, escudriñando la pantalla, pero la mala calidad no me dice nada.

—¿Ese es...? —Will traga saliva—. ¿Luc? ¿El tal Kevin?

—Y Máximo —sentencia Maddox.

La veo pasar saliva. Mi corazón vuelve a acelerarse.

El silencio en la sala se vuelve tan denso que podría cortarse con un cuchillo. Ninguno aparta los ojos del monitor. A simple vista, yo sería incapaz de reconocer a mi propio hermano en esa mancha de píxeles grises, mucho menos al infeliz que lo acompaña. Pero Maddox está completamente segura. Y me aterra la precisión con la que su trauma ha grabado esas siluetas en su cerebro.

—Las llaves de tu coche —exige Maddox, extendiendo la mano hacia Will sin mirarlo.

Él ladea la cabeza, haciendo una mueca.

—Debí dejarlo en el mecánico...

—Entonces las de tu maldita motocicleta —gruñe—. Ahora.

—Maddox...

—No lo repetiré, Will.

—Maddox, ¿qué demonios vas a hacer? —intervengo, bajando la voz.

Me lanza una mirada de soslayo, pero vuelve a enfocarse en Will.

—No tengo todo el puto día.

El soldado suelta un suspiro derrotado. Rebusca en el bolsillo de sus jeans y deja caer las llaves en la palma de Maddox de muy mala gana.

—Gracias.

—No hagas ninguna estupidez —le advierte Will entre dientes.

Frunzo el ceño, mi cerebro atando cabos a trompicones. ¿Para qué querría ir ella sola a...?

La comprensión me golpea en el instante en que Maddox cruza la sala a zancadas y sale dando un portazo que hace temblar las paredes. Miro a Will.

—Dime que no va a hacer lo que estoy pensando.

—¿Quieres que te mienta o...?

No espero a que termine la frase. Salgo disparado, cruzando el pasillo hacia las escaleras.

—¡Mierda, Maddox! —Golpeo la puerta cortafuegos con tanta fuerza que el eco metálico retumba por todo el hueco de la escalera—. ¡Mierda!

Bajo los escalones de dos en dos, agradeciendo al cielo que Will viva en un segundo piso. En menos de un minuto irrumpo en la calle. El aire helado de la noche de Chicago me golpea el rostro mientras intento recuperar el aliento. Escaneo todas las direcciones.

Nada. No hay rastro de ella ni de la motocicleta. El callejón está sumido en el silencio.

Mi pecho sube y baja de forma errática. Solo hay un destino posible en su cabeza ahora mismo: va camino a encontrarse con mi hermano. Maldita sea. Me giro bruscamente y me encuentro con los ojos grises de Will. Está apoyado contra la puerta del edificio, protegiendo la llama de un encendedor para encender un cigarrillo.

—¿Qué es lo que planea? —le exijo, acortando la distancia.

Will niega lentamente.

—A mí no es a quien debes hacerle esas preguntas, Matthew.

—Sabes muy bien que ella no va a decirme una mierda...

—Exacto.

Lo fulmino con la mirada, apretando los puños a los costados hasta que los nudillos me crujen. Contenerme para no romperle la mandíbula exige todo mi autocontrol. Mi cabeza es un puto caos: su pacto con Lucchese, sus secretos, su sed de sangre, y ahora esto. Se dirige directo hacia Máximo.

Y no es mi orgullo herido lo que me aterra. Es ella. Máximo ya la destrozó una vez, no voy a permitir que la toque de nuevo.

—William... —advierto.

—Matthew, escúchame —suspira, exhalando una nube de humo blanco—. Nadie va a lograr que se olvide de esta venganza. Créeme. Yo lo intenté.

—¿Tú lo intentaste? —Frunzo el ceño, descolocado.

Él asiente, con la mirada perdida en la calle vacía.

—No me gusta ver el monstruo en el que la han convertido...

—A mí tampoco —confieso, con la voz ronca.

—Pero es lo que es. —Tira la colilla al suelo y la aplasta con la bota —. Cuanto más rápido lo aceptemos, más sencillo será para todos. Nada va a saciar esa sed. Será mejor que nos mantengamos al margen.

Niego con la cabeza, mirando el cielo negro y sin estrellas.

—No puedo quedarme al margen si ella está en peligro.

Will se encoge de hombros, despegándose de la pared. Me da un par de palmadas en el hombro antes de darse la vuelta.

—Suerte, Matthew —murmura, chasqueando la lengua—. Porque la vas a necesitar.

CAPÍTULO 19

Maddox

Ha pasado demasiado tiempo desde la última vez que conduje una motocicleta. El rugido del motor vibrando entre mis muslos, el viento helado cortando la piel desnuda de mis brazos; todo forma un cóctel de adrenalina cruda que me pone en alerta máxima y, al mismo tiempo, me inyecta un subidón adictivo. Supongo que esto es lo que sienten los yonquis cuando la aguja perfora la vena. Porque lo único que mi cuerpo registra ahora mismo es que quiero más.

Pero me obligo a recordar que esto es una cacería de último minuto. No es un paseo nostálgico por los viejos tiempos.

Los viejos tiempos, repite una voz venenosa en mi mente. Cuando recorría estas mismas calles asfalto tras asfalto junto a él. Abrazada a su cintura, con los ojos cerrados mientras el viento me enredaba el cabello.

«El mal te respira en la nuca cuando te vas a dormir con él».

La advertencia me atraviesa los oídos con tanta nitidez que casi puedo sentir el aliento fantasma en mi cuello. ¿Fueron palabras de Luc? ¿O de Kevin? La línea entre ambos es tan confusa que me irrita. Es como si el pasado se estuviera materializando frente a mí otra vez. Aprieto los dientes, cambio de marcha y acelero a fondo. Necesito llegar a ese maldito lugar. Necesito encontrar a Máximo. Y necesito volarle la cabeza.

Una parte racional de mi cerebro, la que todavía funciona, me grita que esto es un error. Que no debí robarle la moto a Will y dejar a Matthew atrás. Puedo imaginar su expresión en este instante; la

vena palpitando en su cuello, la furia homicida nublándole la vista. Estará a punto de incendiar la ciudad para encontrarme. Pero me importa una mierda. En lo único que puedo pensar es en que esta es la oportunidad por la que he estado esperando durante dos años.

Dos malditos años. Y esta noche, por fin, puedo apretar el gatillo.

Trago saliva. El sabor metálico de la adrenalina me obliga a forzar la frialdad en mi mente. Quiero venganza, sí, pero no soy una estúpida suicida. Ellos no se dejarían ver con tanta facilidad por un simple error. Máximo sabe de la existencia del software que Will creó. Si el sistema lo captó, solo significa que él quería ser visto. Quería anunciar que está en mi ciudad.

Pero, ¿por qué demonios lo haría?

No estaba segura de que la trampa digital funcionaría, pero lo hizo. Y sin embargo, la sensación de que me falta una pieza crucial del rompecabezas me carcome por dentro.

Sonrío de forma involuntaria bajo el casco. Las cosas con Máximo siempre fueron así: un juego mental macabro, un rompecabezas donde él movía las piezas a su antojo para torturarme. Pero las reglas cambiaron. Esto ya no es su juego. Es mi tablero de ajedrez.

Y yo dejé de ser un maldito peón para convertirme en la reina.

Giro a la derecha tres calles antes del punto de encuentro, adentrándome en un callejón estrecho y apagando las luces para que la oscuridad me trague. Disminuyo la velocidad, deslizándome como una sombra. El esqueleto de los viejos edificios se alza a mi alrededor como un cementerio industrial. Según mis investigaciones, aquí hacían negocios esporádicos.

También sé que a un par de manzanas de aquí hay otro depósito que, misteriosamente, se redujo a cenizas hace dos años. La firma de Máximo estaba escrita en cada escombro calcinado. Pero el jefe ya no está. Su ejército fue diezmado. Ahora, cada centímetro de este asfalto le pertenece a los Salvatore.

Estaciono la motocicleta a una distancia prudente del almacén, dejándola oculta tras unos contenedores oxidados. Saco la chaqueta de cuero del compartimento y me la pongo, asegurándome de que el caño de mi Mossberg recortada quede perfectamente oculto pero accesible bajo la tela.

Avanzo con pasos lentos, calculados, absorbiendo cada sonido del entorno. La quietud de la noche es opresiva. Quiero sangre, pero el instinto me advierte que esto apesta a emboscada. Tengo que mantener el control.

Apenas pongo un pie en el perímetro del depósito, mi móvil vibra en el bolsillo del pantalón. Me congelo. Escaneo la oscuridad a mi alrededor en una fracción de segundo, con la mano sobre la empuñadura del arma. Nada. Saco el aparato. Es un mensaje de Matthew.

Trago saliva y vuelvo a guardarlo sin leerlo. No tengo tiempo para lidiar con él.

El depósito es una bestia de concreto abandonada que ocupa toda la manzana. Si no hubiera visto la grabación en el apartamento de Will, juraría que aquí no hay más que ratas y polvo. Bordeo el muro descascarado hasta dar con una puerta metálica corroída por el óxido. Ignoro la punzada de asco al tocarla y la empujo con el codo. La bisagra cede con un chirrido agudo que suena como un puto grito en medio del silencio. Me paralizo, agudizando el oído hasta que me duelen los tímpanos.

Nada.

No pueden haberse ido tan pronto, pienso, apretando la mandíbula. No tardé ni diez minutos.

Rechazo la ansiedad que amenaza con treparme por la garganta. Si el lugar está vacío, mejor. Significa que no caminaré directo a mi propia ejecución.

Me adentro por el pasillo. La oscuridad es densa, casi palpable, y el hedor a humedad estancada, orina y basura putrefacta me golpea el

rostro, obligándome a contener la respiración por un segundo. Me repongo de inmediato y sigo avanzando en silencio. Llego a una segunda puerta. Las ventanas altas tienen los cristales reventados, permitiendo que la luz pálida de la luna bañe el interior, dándome la visibilidad exacta para no tener que usar la linterna y delatar mi posición.

Empujo la puerta. Cede con demasiada facilidad, asumo que alguien forzó la cerradura antes que yo. Y no me equivoco. Desemboco en un amplio patio interno techado a medias. La luz lunar rebota en la carrocería impecable de un coche negro último modelo, con el motor y las luces apagadas.

Y entonces, lo veo. Apoyado contra el capó del vehículo, hay una silueta masculina.

Mi corazón da un vuelco violento contra mis costillas y la cicatriz de mi rostro palpita de forma fantasma. La figura está de espaldas, encorvada en una postura insultantemente relajada. Una voluta de humo espeso se eleva desde sus labios, enredándose en el aire frío.

La altura. La amplitud de los hombros. La puta arrogancia con la que está de pie en la oscuridad. Todo en esa silueta grita el nombre del monstruo que me destrozó.

Máximo.

La sangre me ruge en los oídos. Mi mano se aferra a la Mossberg bajo la chaqueta con tanta fuerza que los nudillos se me ponen blancos. Estoy a punto de sacarla y vaciarle el cartucho en la espina dorsal cuando su voz rompe el silencio.

—¿No les enseñan en *Draghi* a no cruzar las fronteras de su territorio?

El tono me golpea como un jarro de agua fría. Me detengo en seco. Esa no es su voz. La decepción, cruda y amarga, choca contra una ínfima fracción de alivio que me niego a reconocer. Cierro mis emociones bajo llave y hundo las manos en los bolsillos de la

chaqueta, avanzando con la barbilla en alto. El eco de mis botas repiquetea contra el pavimento agrietado del patio.

—¿Y a ti no te enseñaron quién es la dueña de estas calles? —replico, con voz fría.

Lo escucho exhalar una risa ronca antes de girarse por completo para enfrentarme.

Me detengo a tres metros exactos del parachoques de su coche. Levanto una ceja, evaluándolo. No es al diablo que venía a cazar, pero sirve. De hecho, esto podría ser incluso mejor. Él es la llave para entender qué mierda están tramando en mi territorio.

—Un placer conocerla, señorita Salvatore.

Los ojos oscuros de Kevin —o Luc, o quien demonios sea— me escudriñan de arriba abajo y una sonrisa torcida se dibuja en su rostro. Alzo el mentón, exigiéndole silenciosamente que se explique. Él capta el mensaje, porque la sonrisa se ensancha mientras se separa del capó y rodea el coche a paso lento, acechándome. Se detiene a menos de un metro. Demasiado cerca.

—Ya me habían advertido que no era muy dada a la charla trivial —comenta, evaluando mi postura defensiva.

—¿Ah, sí? —murmuro, sin parpadear—. ¿Qué más le dijeron sobre mí?

—Que es poco sociable. —Da medio paso más, invadiendo mi espacio personal—. Impulsiva. Y que tiene una puntería excepcional.

—Es un alivio saber que sus fuentes no le mienten.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

Intento mantener mi máscara de indiferencia, pero mi irritación debe filtrarse, porque él vuelve a soltar una carcajada baja. Me saca de quicio no saber a quién tengo enfrente, especialmente cuando tengo el recuerdo vívido de haberle volado los sesos a esa misma cara hace dos años. Quizás sea el momento de dejar de ignorar al puto elefante en la habitación.

—No —respondo. Acorto la distancia yo misma, obligándolo a bajar la vista para mantener el contacto visual, dado que me saca una cabeza de altura. Él alza ambas cejas, sorprendido por mi atrevimiento—. Pero yo sí voy a hacerte un par de preguntas.

—¿Y qué la hace estar tan segura de que voy a responderlas?

—El instinto de supervivencia —siseo—. Si quieres seguir respirando el aire de mis calles, más te vale que sí.

Su sonrisa se esfuma. El tono letal de mi voz le borra la diversión del rostro, reemplazándola por un brillo que oscila entre la rabia y una genuina curiosidad.

—Tenía entendido que este territorio no le pertenecía a *Draghi*.

—Desde que masacré a toda la escoria de South y los enterré bajo sus propios escombros, cada centímetro de este lugar es mío —sentencio, clavando mis ojos en los suyos—. Y aquí solo ocurre lo que yo permito que ocurra. Ni más, ni menos. Así que vamos a empezar de nuevo: ¿quién demonios eres? Porque estoy casi segura de que te asesiné hace dos años.

La comisura de sus labios tiembla, reprimiendo un gesto de diversión.

—Me confundes con mi hermano, princesa.

—No me llames así —gruño, acariciando el metal de la Mossberg oculta—. Y esa no es una respuesta válida.

Él asiente, rindiéndose.

—Luc. Mi nombre es Luc.

—Tu hermano se hacía llamar exactamente igual.

—Sí, era una fachada. Pero él es Kevin...

—Era —lo corrijo, letal.

Asiente despacio, concediéndome la victoria.

—Era —confirma—. Tengo entendido que te dio muchos problemas.

—Nada que un par de balas en el cráneo no pudieran solucionar. —Me encojo de hombros con indiferencia y comienzo a caminar, rodeándolo como a una presa—. Así que dime... ¿Vienes a reclamar lo que te corresponde por... herencia?

Me detengo justo a su espalda. Luc gira la cabeza para mirarme de reojo, con una ceja arqueada.

—No tengo ninguna herencia que reclamar.

Frunzo el ceño. Él se da la vuelta por completo, suspirando mientras levanta la vista hacia el techo roto por un segundo antes de volver a mirarme.

—Estoy perfectamente enterado de todo lo que sucedió hace dos años, Maddox.

Desvío la mirada por inercia, pero es inútil. Siento el peso exacto de sus ojos clavándose en la cicatriz que me cruza el rostro. A veces, cuando el odio me ciega, olvido que la llevo puesta como un maldito trofeo de guerra de su familia.

—Y quiero que sepas —continúa él, endureciendo el tono— que no tengo relación alguna con lo que quedó de South.

—Permite que lo dude.

—Es lógico que desconfíes. —Asiente, y por primera vez, detecto un atisbo de sinceridad en su voz—. Sé cómo resultaron las cosas para ti. Pero debes creerme...

—¿Debo? —Una sonrisa afilada curva mis labios—. Yo no debo hacer absolutamente nada. Y si quieres salir de este agujero con los sesos dentro de la cabeza, tienes que entender que aquí nadie me dice qué debo o no debo hacer.

Veo el movimiento exacto de su nuez cuando traga saliva.

—De acuerdo —murmura, soltando el aire—. Empecemos de nuevo. No tengo el más mínimo interés en vincularme con South. Bajo ninguna circunstancia.

—Entonces, ¿qué carajos estás haciendo en mi ciudad?

Los labios de Luc se curvan en una sonrisa felina.

—Vine por negocios.

—¿Con quién quieres hacer negocios?

—Contigo.

CAPÍTULO 20

Matthew

—¡Y una mierda!

Quiero arrancarme la lengua a mordiscos en el mismo instante en que esas palabras salen de mi boca.

Si quieres que de una maldita vez confíe en ti, tienes que dejar de gritarle, Matthew.

Es la segunda vez en el día que le alzo la voz, y es la segunda vez que ella me mira como si estuviera calculando el ángulo exacto para meterme una bala entre ceja y ceja. No es mi intención gritarle, por supuesto. Pero, ¡joder! ¿Cómo demonios espera que reaccione después de la locura que acaba de confesarme?

A diferencia de lo que yo esperaba, Maddox ni siquiera se inmuta por mi exabrupto. Con una calma exasperante, abandona la silla de cuero detrás del escritorio de su padre y camina hacia el minibar de la oficina. La observo servirse una medida generosa de whisky en un vaso de cristal pesado y bebérselo de un solo trago, sin hielo. Echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos. Sé que está contando mentalmente para reprimir el instinto de vaciarme el cargador de la Mossberg en el pecho.

¿Debería controlar mi puto temperamento? Sí. ¿Lo haré? No mientras siga escuchando estupideces suicidas y poniéndose en la línea de fuego.

—Dime, por favor, que no te tragaste ni una sola palabra de lo que ese infeliz acaba de escupirte —suplico, apretando las manos contra

el respaldo de una silla.

Clavo los dedos en la madera de roble con tanta fuerza que casi espero que se astille. El roce del terciopelo me quema la piel.

—Maddox. Mírame.

Cuando ella huyó hacia el depósito en la moto de Will, lo más sensato que pude hacer fue conducir hasta el club y esperarla. Sabía que, tarde o temprano, aparecería por aquí.

No. Miento. Lo único que mi instinto me gritaba era salir tras ella, derribar la puerta de ese almacén a patadas y matar a quienquiera que se atreviera a mirarla. Pero las palabras de Will se habían clavado en mi pecho como una estaca. Tenía razón. Nuestra relación estaba atravesando una zona muerta; ella había cedido y flexibilizado algunos límites, pero otros seguían siendo muros de hormigón armado. Y estaba cien por ciento seguro de que si yo interrumpía su cacería, no permitiría que lo de Nueva York volviera a ocurrir jamás.

Ella había sido muy clara: necesitaba un soldado para ejecutar este plan. Pero yo... yo solo podía pensar en arrinconarla contra la pared y llevarla a mi cama.

Trago saliva. Una punzada de pura necesidad me baja directo a la entrepierna y aprieto aún más el respaldo de la silla. Agradezco a los dioses que la madera me cubra y ella no pueda ver lo mucho que me afecta el simple hecho de dejar que mi imaginación corra libre.

No la busqué. Aparqué el BMW afuera del club y esperé como un maldito perro guardián hasta que escuché el motor de la motocicleta en el callejón. Ni siquiera le di tiempo a protestar cuando me pegué a su espalda y la seguí hasta el último piso. Hasta el despacho.

No sé si le agradó verme. No lo demostró. Entró, comenzó a caminar de un lado a otro y, sin que yo tuviera que preguntar nada, empezó a hablar. Me relató cada detalle: la ubicación del depósito, el coche negro, el encuentro, y todo lo que ese bastardo de Luc le había

dicho. No le pregunté por Máximo; estaba claro que, si mi hermano hubiera estado en ese patio, Maddox no estaría aquí ahora.

O, por lo menos, no se vería tan limpia. No supe si eso me aliviaba o me frustraba.

La veo volver a llenar el vaso de cristal y, una vez más, bajárselo de un trago. No estamos en la sala de operaciones del sótano donde planeamos las ejecuciones. Estamos en la oficina personal de Levi, el despacho principal, pero ella se mueve por el espacio reclamando su lugar.

Es suyo, pienso, observando su perfil. *Todo este maldito imperio será suyo.*

El despacho es una réplica exacta del que Levi tiene en la mansión, pero más asfixiante, diseñado para intimidar. Es el lugar donde el Don lleva a cabo sus negocios más... delicados. Una forma elegante de decir que estas paredes están insonorizadas para que pueda sacarle los ojos a alguien sin que los clientes del club escuchen los gritos. La habitación es enorme, pero la presencia de Maddox inunda cada jodido rincón y necesito desabrocharme los primeros botones de la camisa para no asfixiarme. No lo hago; eso delataría mi tensión.

—No está mintiendo —susurra por fin.

Clavo mis ojos en ella. Mantiene la vista baja, pero casi puedo escuchar los engranajes de su mente girando a una velocidad letal. Está tejiendo un plan y no tengo idea de si nos salvará o nos condenará a ambos.

—Maddox —niego con la cabeza, incrédulo—. No puedes estar hablando en serio...

—Lo hago. —Levanta el rostro y el iris verde me fulmina con la ferocidad de un depredador—. Y si quieres seguir a mi lado en esto, más te vale que confíes en mi puto juicio.

—Tu juicio me parece que está bastante nublado ahora mismo...

Acorta la distancia con pasos decididos y yo me planto frente a ella, cruzándome de brazos. Lleva puestas sus botas militares favoritas, pero ni siquiera con esa suela extra llega a mi altura. Tiene que inclinar el rostro hacia arriba para enfrentarme. Sus ojos brillan de rabia contenida bajo las espesas pestañas, y mi cerebro traidor solo puede pensar en que parecen dos esmeraldas perfectas.

—Empieza a joderme bastante que me trates como si fuera estúpida, Matthew.

Su voz es más afilada que las cuchillas que esconde en las botas. De eso estoy seguro.

Trago en seco al escuchar ese tono.

—No pienso que seas...

—Oh, claro que lo piensas.

—Maddox...

—Escúchame bien. No soy una maldita ingenua, ¿de acuerdo? —Da medio paso más. Nuestros pechos se rozan a través de la ropa. Cierro los puños a los costados para no dejarme llevar por lo que mi cuerpo me exige hacerle sobre ese mismo escritorio—. Sé que Luc es un bastardo y que tiene mil motivos para mentirme en la cara.

—¿Entonces por qué carajos le crees?

—Porque sé lo que vi.

—¿Y qué fue lo que viste?

—Honestidad.

No puedo contenerlo. Una carcajada seca y cargada de sarcasmo brota de mi garganta. Maddox pone los ojos en blanco, fastidiada.

—Sé que no está trabajando con su padre porque puse a Lucchese a investigar su rastro financiero —suelta.

Un escalofrío de puro asco me recorre la espalda. ¿De verdad tiene que meter a ese imbécil engominado en todas sus frases?

—Luc no tiene ningún vínculo activo con South, pero nos va a servir para llegar a él.

—¿Cómo estás tan segura de que podemos trabajar con un tipo así y no amanecer con un tiro en la nuca?

—Nadie dijo que trabajaríamos con él.

Frunzo el ceño, intentando seguir su lógica.

—¿Qué estás tramando, Maddox?

Se pasa la punta de la lengua por el labio inferior, pensativa. Mis ojos siguen el movimiento y tengo que morder el interior de mi mejilla para no levantar la mano, agarrarla por la nuca y devorarle la boca. Cada vez se me hace más imposible controlar el instinto posesivo cuando estamos solos en una habitación. Ella lo nubla todo. Y si encima le sumo lo que pasó en Nueva York...

Joder. Necesito besarla hasta que no recuerde su propio nombre.

Pone distancia entre nosotros, dándome un respiro que no pedí, y regresa al rincón de las bebidas. Sirve dos dedos de whisky en un vaso limpio, se acerca y me lo extiende. Levanto una ceja, desconfiado, pero acepto el cristal frío.

—Marcio le debe millones a su hijo y ahora ha vuelto para cobrarse la deuda con sangre.

—No está aquí para hacer negocios territoriales —comprendo. Ella asiente, alzando su propio vaso—. Está aquí para cazarlos. Igual que tú.

—Exacto. Su primer movimiento fue ir a Nueva York porque todo el mundo sabe que Lucchese es mi socio. Podemos llamarlo de mil maneras, pero nunca un traidor.

—Preferiría no llamarlo de ninguna maldita manera —gruño entre dientes, dando un trago al licor que me quema la garganta.

Maddox arquea una ceja mientras bebe y, con una lentitud calculada, deja caer la cadera sobre el borde del escritorio de caoba

de su padre. ¿Qué tan jodidamente enfermo estoy por fantasear con desnudarla sobre la mesa del Don?

Basta, Matthew.

—No entiendo cuál es tu puto problema —murmura, evaluándome de pies a cabeza—. No me digas que estás celoso, Matthew. ¿O lo estás?

El silencio pesa. Trago saliva bajo su escrutinio. La veo sonreír detrás del borde del cristal y luego niega lentamente.

—Espero por tu bien que eso sea una negativa —dice, abandonando el escritorio para acorralarme de nuevo—. Porque de esa manera no me sirves para nada.

—¿Y de qué manera te sirvo? —La voz me sale en un murmullo ronco, rasposo.

¿Por qué se acerca tanto si me va a rechazar?

—Necesito que trabajes conmigo. Necesito a mi mejor soldado.

—Sabes que haría lo que fuera...

—Y para eso, no puedes perder el tiempo creándote falsas ilusiones en la cabeza.

El golpe me deja mudo un segundo.

—¿Falsas ilusiones? —Suelto una risa baja, oscura, y me inclino hacia ella, invadiendo su espacio de golpe. La noto tensarse; sus ojos viajan a mis labios un microsegundo antes de obligarse a mirarme a los ojos—. Ya te lo dije en Nueva York, Maddox. Vas a tener que esforzarte mucho más si quieres convencerme de que no sientes nada.

—Déjalo ya, Matthew —advierte, con la mandíbula apretada—. Acaba con estas estupideces de una buena vez.

—Pero lo que pasó entre nosotros...

—No pasó nada —me interrumpe, tajante. Un destello de algo parecido al dolor le cruza la mirada, y cierra los ojos un segundo,

negando con la cabeza para borrarlo—. Nada sucedió en Nueva York. Y nada va a suceder. Jamás.

Mi corazón empieza a golpear contra mis costillas con la fuerza de un mazo.

—*Tesoro*...

—Nunca va a ocurrir nada entre nosotros, Matthew. No me interesas de esa forma.

Me encantaría mentir. Me encantaría poder decir que no sentí absolutamente nada, que no hay nada en mi pecho capaz de hacerse añicos porque soy un asesino frío y vacío.

Pero sería la mayor mentira de mi vida. Tengo un corazón, uno que lleva el nombre de Maddox Salvatore tatuado a fuego desde que éramos un crío que jamás debió mirarla.

Y acaba de reventarlo en mil pedazos.

CAPÍTULO 21

Maddox

—Entonces… ¿le rompiste el corazón por segunda vez y él, aun así, aceptó seguir trabajando para ti? —Penny exhala un suspiro largo y se recuesta en el sillón de diseño—. Qué valiente.

Pongo los ojos en blanco en cuanto las palabras abandonan su boca.

—No le rompí el corazón —murmuro, esquivando su mirada a través del enorme espejo frente a nosotras.

No lo hice, ¿cierto?

Trago saliva, sintiendo que el nudo en mi garganta amenaza con asfixiarme. Eso había sucedido dos noches atrás, y desde entonces había enterrado el recuerdo bajo capas de cinismo y trabajo. Aunque Penny insistía en la teoría del corazón roto, yo intentaba convencerme de que no era para tanto. Después de todo, Matthew es… Matthew. Un asesino letal, diez años mayor que yo, el hombre de confianza del Don. Y yo soy solo una mujer rota, la hija de su jefe. No debería ser tan importante para él.

«No vine a este mundo a heredar coronas de sangre, Maddox. Vine a ser tuyo».

Mierda. ¿Por qué tenía que complicarlo todo de esa manera? ¿Cómo era capaz de mirarme a los ojos, soltarme una declaración así y luego fingir que no significaba exactamente lo que significaba?

Durante los últimos dos días, había acompañado a Levi a varias reuniones. Y allí estaba él. Como siempre. Como el maldito fantasma letal que me había custodiado desde las sombras toda mi vida. Pero

llevaba puesta su antigua máscara: la del soldado disciplinado, intocable y frío. Una actitud que facilitaba mi trabajo con creces, pero que, al mismo tiempo, me instalaba una presión insoportable en el centro del pecho.

Sabía que me estaba comportando como una niña malcriada. Nadie me había arrebatado mi juguete favorito; había sido yo quien lo empujó lejos. Pero la sola idea de imaginarlo con alguien más hacía que la sangre me hirviera en las venas.

Sobre mi maldito cadáver otra mujer le pondría un dedo encima.

Parpadeo, sacudiendo la cabeza. ¿Ese pensamiento posesivo y tóxico acababa de cruzar por mi mente?

—*«No me interesas de esa forma»* —repite Penny, haciendo una pésima imitación de mi voz fría, obligándome a hundirme un poco más en el asiento de cuero—. Usaste exactamente esas palabras, Maddie, así que…

—Sí, pero…

—Solo digo que, si Matthew todavía soporta respirar el mismo aire que tú después de eso, es digno de admirar. El hombre está enfermo por ti.

Cierro los ojos un segundo. Penny se remueve a mi lado y su inconfundible aroma a jazmín me llega de golpe, un contraste perfecto contra el olor aséptico a químicos caros del lugar. Mierda. ¿Por qué demonios tuve que contarle todo esto?

No más mentiras, me recordé a mí misma. Era una regla que me gustaría poder aplicar en todos los rincones oscuros de mi vida.

—No está…

—Señoritas, ¿les sirvo un poco más de zumo?

Una joven de uniforme negro impecable, con el maquillaje tan perfecto que parecía de porcelana, aparece a nuestro lado sosteniendo una bandeja de plata. Le dedicamos una sonrisa a medias.

—¿Puedo ofrecerles algo más? —insiste con amabilidad ensayada.

—No, Nancy. Estamos bien así, gracias.

La chica se retira con una reverencia sutil. Tomo mi copa de cristal, le doy un trago al zumo de naranja recién exprimido, saboreando el toque ácido, y la dejo sobre el tocador de mármol negro.

—¿Cómo es que nunca había escuchado de este lugar? —murmura Penny, paseando la vista por los candelabros modernos y las paredes de cristal que nos separaban del resto de Chicago—. ¿Aquí solo vienen celebridades o qué?

—Algo así —respondo en voz baja. Me gano una mirada de asombro absoluto por parte de mi mejor amiga. Pongo los ojos en blanco, aunque no puedo negar que me divierte su reacción—. Es el salón más exclusivo de la ciudad. Tú fuiste la que dijo que quería ir a un buen lugar.

—Maddox, no voy a poder pagar ni el agua de este sitio —Sus mejillas se tiñen de un rojo furioso—. Además, ¿por qué nos sirven desayuno en una maldita peluquería?

—Salón de estética y spa —corrijo, divertida—. Y lo hacen en todos los lugares de esta categoría.

—No a los que yo suelo frecuentar, definitivamente.

—Bueno…

—Maddie, en serio, ¿cómo demonios voy a pagar esto?

—Todo corre por cuenta de los Salvatore.

Abre los ojos como platos, con una expresión de puro pánico, y casi me atraganto con una carcajada.

—¡Maddox! ¿Estás demente? ¡Seguro que aquí cobran hasta por respirar!

—Tranquilízate, Penny —pido, agarrando la copa de nuevo para ocultar mi sonrisa—. Mierda, este zumo es realmente increíble…

—Maddox Francesca Salvatore. —Me clava una mirada que pretende ser asesina—. No voy a dejar que pagues por mí…

—Penny. —La interrumpo, bajando el tono de voz para que suene definitivo—. Estas mujeres trabajan para mí. Literalmente.

La sorpresa la deja muda por un segundo.

—¿De verdad?

—Técnicamente, medio Chicago trabaja para mí.

—Eso es… mucho personal a cargo.

—¿Qué puedo decirte? Además de la futura heredera de un imperio criminal, soy una excelente empresaria.

—Basta de juegos. —Me señala con un dedo acusador, ignorando mi sarcasmo—. No puedes pagar mi cambio de *look*…

—Puedo hacerlo —la corto, implacable—. Y, de hecho, lo haré. Querías un cambio en el mejor lugar posible, ¿no es eso lo que me pediste?

—Sí, pero…

—Y aquí estamos. —Al verla bajar la vista, claramente abrumada, decido lanzarle un salvavidas en forma de provocación—. ¿O preferías que fuéramos a Nueva York? Puedo hacer un par de llamadas. Hablar con Lucchese, quizás. Seguro que él tiene contactos en salones de Manhattan…

—¡¿Qué?! ¡Por Dios, no! —Alzo una ceja, disfrutando de cómo el rubor de sus mejillas se intensifica hasta alcanzar la punta de sus orejas—. Es decir… no es necesario viajar tanto.

—Penny… —Me giro hacia ella—. ¿Qué hay exactamente entre tú y Lucchese?

Ahora es ella quien pone los ojos en blanco, resoplando.

—Por Dios, Maddox, no pasa absolutamente nada entre nosotros. El tipo es un rarito y súper *creepy*.

Asiento despacio, concediéndole el punto. Tenía razón, Lucchese no era precisamente un príncipe azul.

Antes de que podamos seguir hablando, una mujer alta, de melena oscura y postura impecable, entra en mi campo de visión. Sonríe a través del espejo con cortesía profesional y, en un movimiento fluido, deja caer una capa de seda negra sobre mis hombros. Una réplica exacta de ella hace lo mismo a espaldas de Penny.

Mi amiga me lanza una mirada de auxilio, una mezcla perfecta entre curiosidad y terror absoluto. Tengo que morderme el interior de la mejilla para no reírme a carcajadas.

—Espera un segundo —masculla Penny entre dientes, mientras la estilista detrás de ella comienza a desenredarle el cabello—. ¿Tú también…?

Me encojo de hombros con naturalidad. Los labios de Penny se separan en una mueca de incredulidad pura.

—No me jodas. Maddox Salvatore, en los años que llevamos de conocernos, jamás me has dejado acercarme a tu cabello con un bote de tinte…

—Tú no eres estilista. —Penny hace una mueca ofendida, pero termina asintiendo, dándome la razón—. Y lo cierto es que nunca se me había ocurrido que podría llegar a cansarme de ser rubia.

Siento cómo unas manos expertas comienzan a masajear mi cuero cabelludo, deshaciendo los nudos con una habilidad envidiable. Admito en silencio que venir a este lugar no ha sido una mala idea en absoluto.

—Me gusta —murmura Penny, relajándose por fin en su asiento—. Ya era hora de un cambio.

—¿Y tú qué te quieres hacer?

La observo a través del reflejo. Tiene la vista fija en su propia imagen, con el dedo índice apoyado en el mentón, dándose pequeños golpecitos como si estuviera a punto de tomar la decisión

más crucial de su vida. Tras un par de segundos de deliberación dramática, chasquea la lengua.

—Rojo cereza.

Abro los ojos de par en par.

—¿De verdad? —Ella asiente con firmeza—. ¿No es un salto demasiado… drástico?

Penny pone los ojos en blanco.

Tratar de pelirroja a mi mejor amiga era lo más cercano para definir su tono natural, pero la palabra se quedaba corta para describir ese naranja brillante, casi eléctrico. Durante la mayor parte de su vida había renegado de su color, sobre todo por las burlas infantiles que la comparaban con una zanahoria, pero con los años había aprendido a usarlo como un arma. Ahora lo adoraba, incluso gastaba fortunas en productos para potenciar ese tono atrevido.

Un tono que era, en realidad, una anomalía genética. Una que muy probablemente había heredado de su padre, aunque ella jamás admitiría. No lo recordaba con nitidez en mi mente, pero sí había visto una clara fotografía.

Recordé el expediente negro, grueso y clasificado que mi padre guardaba bajo llave en su despacho. Tragué saliva, sintiendo cómo la culpa me arañaba el estómago. Hace dos años habíamos prometido que no habría más mentiras entre nosotras. Y, sin embargo, no estaba segura de sí me correspondía a mí volar por los aires esa caja de Pandora llena de secretos de su familia.

—Creí que adorabas tu cabello tal y como estaba —murmuro, devolviendo mi atención al presente.

—Y lo hago —asegura, encogiéndose de hombros con una sonrisa ladeada—. Solo que… me apetece probar algo diferente. Una nueva versión de mí.

—Me gusta. —Le guiño un ojo cómplice por el espejo—. Yo también necesito una nueva versión.

La sonrisa felina de Penny se ensancha, iluminando el reflejo.

—Es como un renacer —dice, soñadora—. Somos dos aves fénix a punto de resurgir de las cenizas.

Algo oscuro y afilado brilla en mis propios ojos al escuchar su metáfora. El movimiento de mis facciones provoca un leve tirón en la cicatriz que me atraviesa el rostro de lado a lado. Me he acostumbrado tanto a ella, la he integrado tanto a mi identidad, que la mayoría del tiempo olvido que la llevo puesta. Pero ahora, anclada frente a un espejo sin piedad, es imposible ignorarla.

Tampoco puedo ignorar cómo llegó ahí.

Una sonrisa fría y carente de humor curva mis labios.

Serán otros los que necesiten resurgir de las cenizas cuando yo acabe con ellos. Y me aseguraré de que no quede absolutamente nada de lo que puedan renacer.

CAPÍTULO 22

Maddox

Atravieso las pesadas puertas dobles de la mansión sin apartar los ojos de la pantalla de mi móvil. Después de terminar con la sesión de peluquería y de ser arrastrada por Penny por todo el salón para documentar el resultado con decenas de fotografías, habíamos decidido ir a almorzar y, quizás, gastar una obscenidad de dinero en vestidos nuevos.

El problema era que, entre tanta distracción, olvidé por completo que tenía agendada la visita a un nuevo piso para mudarme, así que ahora intentaba teclear a toda velocidad para reprogramarla. Estaba tan inmersa en la pantalla que no fui consciente de la presencia magnética frente a mí hasta que impacté de lleno contra un muro de puro músculo y traje a medida.

—Mierda, Levi —mascullé, retrocediendo un paso para recuperar el equilibrio—. Lo siento, no sabía que estabas...

Las palabras murieron en mi lengua en el instante en que levanté la vista y me encuentro con los ojos verdes de mi padre fijos en mí, inescrutables. Pasé saliva con dificultad. El ambiente se volvió denso de inmediato.

Nuestra relación estaba… extraña. Pasábamos el menor tiempo posible juntos; yo me había convertido en una experta en esquivarlo, pero la estrategia se desmoronaba cuando él imponía su autoridad de Don para arrastrarme a las reuniones. En ese terreno, no podía ganarle. Pero el resto del tiempo, si él llegaba tarde, yo me encerraba bajo llave en mi habitación. Me había vuelto una kamikaze

en el arte de evitar a mi propio padre, al punto de ni siquiera responderle el teléfono. Quizás por eso le permitía arrastrarme a sus reuniones; era una concesión minúscula, una forma de darle el gusto sin cederle el control por completo.

La pura verdad es que no estaba enojada con él. Simplemente, no soportaba enfrentar esa mirada.

—Maddox —pronunció mi nombre en un suspiro rasposo, como si el impacto le hubiera robado todo el oxígeno de los pulmones. Alcé una ceja, sin comprender la intensidad de su reacción—. Tu cabello… está…

—Ah, eso. —Me pasé una mano por la melena de forma instintiva—. Sí. Decidí que era hora de un cambio.

—Es… —Levi parpadeó, aun procesándolo—. Es genial.

Alcé ambas cejas, genuinamente sorprendida.

—¿Tú crees? —Él asintió lentamente, sin apartar la vista—. ¿No me veo un poco extraña?

—Te ves exactamente como tu madre.

Quizás, hace dos años, esa comparación me habría irritado o me habría parecido vacía. Ahora, en cambio, una calidez extraña se instaló en mi estómago. Resultaba jodidamente irónico cómo las dinámicas en mi familia se habían invertido: ahora era a Levi a quien evitaba como si fuera veneno, mientras que con Nora, mi madre, hablaba casi a diario.

Aunque eso también venía con sus propios problemas. Mi madre no se tragaba el cuento de que yo había vuelto a Chicago solo de visita. Mi instinto me decía que mis padres mantenían el contacto a mis espaldas y que ambos estaban conspirando, sospechando de mis verdaderos motivos. Antes de que Levi pudiera añadir algo más, lo esquivé y caminé directo hacia la cocina de. Fui hasta la nevera y saqué una botella de agua helada, buscando desesperadamente algo en lo que enfocarme.

No tenía nada en contra de él. O, pensándolo bien, quizás sí lo tenía: nuestros conceptos sobre la venganza se habían vuelto incompatibles. Levi quería hacer las cosas a su manera. Se había vuelto cuidadoso, metódico. Ya no era el Don sanguinario e impulsivo que hacía temblar a todo Chicago con solo chasquear los dedos. Y yo… yo no podía soportar esa maldita mirada en sus ojos.

Sentí el peso de su presencia invadiendo mi espacio a mis espaldas. Cerré los ojos con fuerza y le di un trago largo al agua, dejando que el frío me adormeciera la garganta.

—Maddox, me gustaría que habláramos.

Llené mis pulmones de aire y lo dejé escapar muy despacio.

—Estoy ocupada, Levi.

—Siempre estás ocupada —me interrumpió, y el tono paternal comenzó a dar paso a la autoridad rasposa del jefe de la mafia.

Suspiré, cerré la puerta de la nevera con más fuerza de la necesaria y me giré para enfrentarlo.

—Y lo estoy —siseé—. No eres el único en esta casa que tiene negocios que atender.

—¿Y qué clase de negocios estás atendiendo, exactamente?

—Ese no es tu problema.

—Sí, lo es. —La irritación estalló en sus facciones—. Todo lo que tenga que ver contigo es mi maldito problema. ¿Qué demonios te ocurre, Maddox?

Cerré los ojos un instante, contando mentalmente.

—Te he acompañado a las últimas reuniones. Hemos cenado juntos cada vez que me lo has exigido. ¿Qué más quieres de mí ahora?

Levi parpadeó, como si mis palabras fueran un idioma incomprensible.

—Lo que quiero es saber qué carajos está ocurriendo dentro de esa cabeza tuya.

No puedo lidiar con esto ahora, pensé.

Intenté pasar por su lado para abandonar la cocina, pero su mano se cerró alrededor de mi brazo con un agarre firme. Alcé el rostro hacia él, arqueando una ceja en una advertencia silenciosa.

—Suéltame —dije entre dientes.

—Dime qué demonios te ocurre —exigió, ignorando mi tono.

—No es de tu incumbencia…

—Maddox Salvatore, escúchame bien: mientras respires bajo el techo de mi maldita casa, harás las cosas según mis malditas reglas.

Lo miré, genuinamente descolocada. No solo jamás me había hablado de esa manera, sino que no lo veía así de furioso, así de al límite, desde hacía años.

—Perfecto —escupí con frialdad—. Entonces no tendrás que preocuparte de que siga tus reglas, porque estoy buscando otro lugar para vivir.

La sorpresa le aflojó el agarre una fracción de segundo, y aproveché ese microinstante para zafarme y salir de la cocina a zancadas. Me dirigí a las escaleras, subiendo los peldaños de dos en dos sin importarme los gritos que resonaban a mi espalda. ¿Me estaba comportando como una adolescente caprichosa? Probablemente.

Pero no estaba lista para esto. No estaba lista para enfrentarme a él, y mucho menos a esa mirada.

—¡Maddox! ¡¿Qué demonios crees que estás diciendo?!

Alcancé el pasillo superior y me apresuré hacia mi habitación. Intenté cerrarle la pesada puerta de roble en la cara, pero la mano de Levi se interpuso, empujando la madera con tanta fuerza que escuché crujir las bisagras.

—¡Levi! ¡¿Estás loco?!

—¡¿Y tú?! ¡¿Volviste a tener quince años de la noche a la mañana?! ¡¿A qué vienen estos berrinches?!

Puse los ojos en blanco, dándole la espalda. Me dirigí al inmenso vestidor y empecé a arrancar ropa de las perchas. Aún no había cerrado el contrato del nuevo piso, pero siempre podía dormir en el sofá de Penny.

—Ni se te ocurra pensar que voy a permitir que te vayas de aquí…

Me detuve en seco. Un escalofrío me recorrió la espina dorsal.

«El problema siempre fue que quisiste retenerme. Pero no somos trofeos en tu estantería de Don».

Las palabras de mi madre resonaron en mi mente como un eco fantasma. ¿Cuándo las había escuchado? ¿En alguna de sus brutales discusiones hace dos años?

—¿Eso es lo que vas a hacer? —Me giré despacio, con una montaña de ropa entre los brazos, y la dejé caer sobre la cama de sábanas oscuras—. ¿Vas a retenerme aquí? ¿Encerrada? —Dejé caer los brazos a los costados, desafiándolo—. Eso fue exactamente lo que intentaste hacer con Nora. Y fracasaste. Pero ahora quieres hacerlo conmigo. Supongo que así funciona todo en tu vida, ¿no? Si no puedes controlarlo, lo encierras.

Todo rastro de furia en el rostro de Levi se evaporó escucharme. Separó los labios para replicar, pero las palabras parecieron morir en su garganta.

—No —dijo por fin, con la voz rota y baja—. Jamás quise hacerle eso, y jamás te haría algo así a ti...

—Entonces, ¿cuál es el maldito problema ahora?

Pude ver la guerra librándose detrás de sus ojos verdes. Lo supe porque yo estaba experimentando exactamente el mismo infierno en mi interior. Quería a mi padre. Lo amaba a mi retorcida manera. Pero esto se había vuelto insostenible, y ni siquiera sabía cuándo había empezado a romperse todo.

—Estás enojada, ¿verdad? —La postura de Levi colapsó. Sus hombros cayeron pesadamente—. Estás furiosa porque no he hecho nada. Porque no he logrado…

—Basta —siseé, sintiendo un pinchazo detrás de los ojos.

Pero él negó con la cabeza, dispuesto a cruzar la línea, a abrir la herida que llevábamos dos años fingiendo que no sangraba.

—Cuando te secuestraron…

—Basta, Levi —repetí, sintiendo que me faltaba el aire—. No voy a hacer esto. No hoy.

—Lo harás. Porque debí haber tenido esta conversación contigo entonces, pero fui un cobarde —Su voz resonó con una determinación brutal. Sostuvo mi mirada hasta que la intensidad casi me quema, y luego suspiró—. Me costó entender por qué huiste con Nora. Al principio no estaba enojado, solo… decepcionado.

—De mí.

—No. Jamás me has decepcionado —se apresuró a atajar—. Eres impulsiva, actúas antes de pensar y me sacas de mis putas casillas, pero no puedo reprocharte nada. Yo te crie. Eres mi puto reflejo. —Se pasó una mano por el cabello, frustrado—. Y por eso mismo me ha costado tanto hablarlo. Siempre quise que fueras mejor que yo en este mundo. Sin debilidades. Sin errores. Pero entonces… pasó. Te secuestraron.

—No necesito que me narres mis propios traumas —murmuré, con la voz temblando.

—Y me encontré, por primera vez en mi vida, contra las malditas cuerdas —continuó, ignorándome—. ¿Entiendes lo que te digo? Todo mi instinto me gritaba que redujera Chicago a cenizas puras, que quemara el mundo entero, pero al mismo tiempo… solo quería recuperar a mi hija. A mi Maddox.

Mis manos empezaron a temblar. Desvié la mirada hacia la ropa amontonada en la cama y apreté los ojos, negando repetidamente con la cabeza.

—Ese es el maldito problema, Levi —sentencié, con la voz rasgada —. Y esa es la razón exacta por la que voy a largarme de esta casa.

—¡¿Por qué?! ¡¿Por qué carajos es eso un problema?! —El tono autoritario volvió a elevarse, su postura volviendo a la defensiva—. ¡¿Por qué te molesta tanto que ahora intente hacer las cosas de otra manera?! ¡Solo quiero asegurarme de que estás bien! Por eso me sorprendió tanto que volvieras a la ciudad. Pero cada vez que intento acercarme, me levantas un puto muro...

—¡Porque no soporto esa mirada! —grité.

Las palabras estallaron en la habitación y, por un segundo, sentí que me arrancaban cien kilos de piedras del pecho. El nudo en mi garganta era tan grueso que apenas me dejaba respirar. Levi me miró, paralizado, con los labios ligeramente separados.

—Me miras como si fuera un maldito fantasma —escupí, sintiendo la humedad quemándome los ojos—. Te pasas los días intentando buscar en mí a la antigua Maddox. La Maddox que criaste. Pero no la encuentras. Y sé que eso te frustra. Se ha vuelto jodidamente insoportable vivir con tu decepción disfrazada de precaución, Levi.

—Yo solo… —Intentó hablar, pero la voz le falló—. Solo quiero a mi niña de vuelta.

La risa que salió de mis labios fue oscura. Lo miré directo a los ojos.

—Tu pequeña murió en una puta sala de torturas hace dos años.

CAPÍTULO 23

Maddox

El eco de mi propio grito choca contra las paredes de la habitación, y el silencio que le sigue es denso, asfixiante. Aprieto la mandíbula.

Es cierto. No he dicho ninguna mentira y ambos debemos aceptarlo. La antigua Maddox es un fantasma que ya no respira, pero su sombra sigue habitando esta maldita casa. Por eso necesito largarme de aquí. Los Salvatore no huimos, jamás; pero, ¿cómo se supone que vivas rodeada de los restos de una versión tuya que debería estar muerta?

Y quizás Levi tenía razón en algo: necesitábamos tener esta maldita conversación de una vez por todas.

—¿Quieres saber por qué regresé realmente?

Levi, que hasta ese momento tenía la vista clavada en el suelo, alzó sus ojos verdes hacia mí y sostuvo mi mirada. No respondió, pero vi el movimiento rígido de su garganta al pasar el nudo que lo ahogaba.

—Porque esta es mi ciudad —La seguridad que vibró en mi propia voz me sorprendió—. Yo soy *Draghi*. Y aunque me fui durante dos años, jamás planeé esconderme para siempre.

—Has vuelto por venganza —murmuró, con la voz ronca.

—No puedes criarme como una maldita arma, como tu secreto más letal, y esperar que no quiera reclamar mi poder cuando alguien me destroza —sentencié con firmeza—. No puedes prepararme toda la

vida para heredar este imperio y luego querer arrebatármelo solo porque he regresado distinta.

—No quiero arrebatarte nada, Maddox.

—¿Entonces? ¿Cuál es tu problema?

—Mi problema es que no quiero que cometas un error. No quiero que esta impulsividad tuya te arrastre por un camino que no tiene retorno.

—¿Y qué camino es ese?

—El de la sangre.

Un escalofrío me recorrió la espina dorsal, pero no retrocedí.

—Bien. Porque ese es exactamente el camino que busco.

La mirada de mi padre sufrió una metamorfosis. La calidez del padre herido se apagó, dando paso a los ojos fríos, calculadores y letales del Don de *Draghi*.

—¿Estás segura de esto, Maddox?

—¿Qué ocurre, Levi? ¿Acaso creaste un arma que solo tú podrías disparar?

—No eres un arma, eres mi hija —pronunció cada palabra con un filo capaz de cortar cristal. No me dejé intimidar por su tono—. Pero no voy a negar que tienes razón. Yo te puse en este mundo y te forjé esperando que algún día fueras tú quien lo liderara.

—Entonces déjame hacerlo.

—No de esta manera —Negó despacio—. Un paso en falso en nuestra vida y terminas bajo tierra. ¿Quieres vengarte? Perfecto, hazlo. Quémalos vivos si quieres. Pero no me voy a quedar sentado en silencio viendo cómo te pones en la línea de fuego.

—Siempre estamos en la línea de fuego. Ese es el punto de llevar nuestro apellido.

—Pero no dejaré que vuelva a pasar lo de hace dos años. No lo voy a permitir.

Chasqueo la lengua.

—No habrá una segunda vez, Levi. Porque los voy a masacrar a todos. Empezando por Marcio y acabando con la cabeza de Máximo.

Algo cruza sus ojos, baja la vista y asiento lentamente. Comprendía su conflicto.

Sabía que sería difícil que coincidiéramos en esto. Levi había cambiado. Con el paso de los años había sepultado a ese adolescente impulsivo que ansiaba romper los tratados de paz de mi abuelo Dante. Siempre escuché las leyendas sobre el joven Levi Salvatore; era un caos, pero nadie podía negar una verdad absoluta: era tan fiel a *Draghi* como solo un Salvatore podía serlo.

Y se había encargado de moldearme a su exacta imagen y semejanza. El problema era que había hecho su trabajo a la perfección, y yo sabía —por cómo le brillaban los ojos cuando me miraba— que a una parte de él le aterraba ver a su propio monstruo reflejado en mí. Pero ya era tarde. El trabajo estaba hecho.

De la misma forma que mi decisión estaba tomada. Me vengaría con o sin el respaldo de la mafia. Era *Draghi*, sí, pero ante todo era Maddox Salvatore: la mujer a la que intentaron hacer pedazos y fracasaron. No iba a esperar sentada a que mi padre me diera su bendición.

El zumbido de mi móvil sobre la cama rompió la tensión en la habitación. Desbloqueé la pantalla; era Penny. Quería que nos viéramos en el club esta noche. Me extrañó la insistencia, pero el mensaje venía acompañado de tres emojis de cócteles.

Suspiré, tirando el teléfono a un lado, y volví a doblar la ropa para arrojarla dentro de la maleta.

—¿De verdad te irás? —Asentí sin mirarlo. El ambiente parecía haber perdido un poco de su asfixia, pero la electricidad seguía ahí—. Sé que hago las cosas a mi modo y que a veces somos incompatibles, Maddox. Pero no puedes orquestar una masacre desde el cuarto donde dormías cuando tenías cinco años. Así que déjame ayudarte.

Alcé la vista de golpe.

—¿Qué?

—Puedo conseguirte un piso…

—No es necesario —lo corté—. Puedo buscar un lugar y mudarme sola.

—Lo sé. —Suspiró, rodeando el colchón hasta detenerse a mi lado—. Pero somos los dueños de media ciudad, ¿lo olvidas? —Asentí a regañadientes. Era cierto—. No tienes que andar rentando un piso cualquiera cuando puedo darte el mejor de Chicago.

Tenía un punto. Aunque dejar que él se encargara traía sus propios riesgos: sabría exactamente dónde dormía y podría intentar controlar mis movimientos.

—De acuerdo —murmuré, escaneándolo con desconfianza—. Pero nada de guardarte una copia de las llaves. Ni saber mi código de seguridad. Tampoco quiero…

Mis exigencias murieron en mi garganta cuando los brazos fuertes de mi padre me rodearon, atrayéndome hacia su pecho en un abrazo. Siento mis ojos arder. No podía creer que estuviera a punto de echarme a llorar por un puto abrazo, pero de repente, todo se sentía como un *déjà vu*. Como haber regresado al único hogar seguro que conocía.

—Déjame encargarme de todo —susurró sobre mi coronilla, depositando un beso firme—. Sé que ya no eres la antigua Maddox, y quizás me toque aprender a conocer a esta nueva versión de ti. —Apreté los párpados. Maldito Levi—. Pero para mí siempre serás mi niña. Déjame cuidarte a mi manera.

«Siempre serás mi niña».

Sabía que, hiciera lo que hiciera, y por más sangre que yo derramara, Levi seguiría viéndome así. Y también supe que esa era una guerra que no me interesaba luchar. Podía exigirle que respetara mis límites operacionales, pero no iba a arrancarle el instinto de padre.

Asentí contra su pecho, porque era lo único que podía hacer sin que la voz se me quebrara. Él se apartó un poco, tomándome por los hombros, y una sonrisa divertida asomó en sus labios.

—¿Maddox Salvatore está a punto de llorar?

—Cállate —gruñí entre dientes, apartando la vista.

Levi soltó una carcajada ronca, besó mi frente una última vez y caminó hacia la puerta.

—Me encargaré de todo. En dos horas te espero en la planta baja con tus, *mia cara*.

Suspiré, escuchando sus pasos alejarse. Maldita sea, había extrañado que me llamara así.

◆ ◆ ◆

Aproximadamente dos horas más tarde, estaba de pie frente a lo que sería mi nuevo hogar.

Caminaba con las manos hundidas en los bolsillos de mi chaqueta de cuero, escaneando cada rincón. Levi permanecía a mis espaldas, apoyado contra el umbral de la puerta principal, expectante. Buscando una reacción.

Y lo único que yo podía hacer era alzar las cejas

El repiqueteo de mis botas militares resonaba contra el porcelanato oscuro y pulido del suelo.

—Consideré comprarte una casa —rompió el silencio mi padre—. Pero sé que detestas los espacios innecesariamente grandes. Odias la mansión.

—No la odio —repliqué por instinto—. Solo es demasiado… solitaria.

Él se encogió de hombros.

—Entonces pensé que lo mejor sería un *pent-house* en la última planta. Estaba entre este edificio ultra moderno y otro de

arquitectura antigua en el centro, pero no quería que lidiaras con cañerías viejas.

Me giré a medias, soltando una risa corta.

—Las personas normales lidian con desperfectos en sus casas todo el tiempo, Levi.

—Nosotros no somos normales —asentí, dándole la razón—. Arreglar tuberías es una distracción y una pérdida de tiempo.

—¿Y conseguiste este lugar en menos de dos horas?

—El apellido Salvatore mueve hilos mucho más pesados de los que crees. —Puse los ojos en blanco, aunque noto la diversión en su voz —. Repartí un par de propinas generosas y conseguí amueblarlo por completo. Un juego de niños.

Asentí, paseando la vista por el inmenso salón. Había un enorme sofá color crema en el centro, cubierto por cuatro almohadones oscuros y una manta gruesa. Lo reconocí al instante y el corazón me dio un vuelco.

—Supuse que te gustaría tenerlo aquí —murmuró Levi.

Era mi antiguo sillón de lectura, aquel en el que pasaba horas de niña en la biblioteca de la mansión. Solo que Levi se había encargado de conseguir dos módulos idénticos para unirlo y transformarlo en un sofá imponente.

—Gracias —logré decir, sintiendo que me faltaba el aire. Me giré hacia él—. De verdad, Levi. Gracias por esto.

—Haría cualquier cosa por ti.

Se acercó a paso lento y extendió la mano. Abrí la palma y sentí el frío pesado de un juego de llaves de cobre cayendo sobre mi piel.

—Te doy mi palabra de que no me he guardado ninguna copia.

—Más te vale —murmuré, cerrando el puño.

—El sistema de seguridad está encriptado con la misma red de la mansión, pero el código está en blanco. Solo tú lo configurarás. —

Retomé mi camino hacia la cocina, escuchando sus pasos siguiéndome de cerca—. Si necesitas apoyo, puedo designar a un par de guardias para que vigilen el lobby.

Aunque al principio habría rechazado la idea por orgullo, sabía que no era una sugerencia estúpida. Si continuaba con mi cacería, necesitaría blindar mi perímetro. Ya no contaba con los muros impenetrables de nuestra mansión.

—Me parece bien —concedí—. Pon a alguien de confianza en la entrada del edificio.

—Hecho, *mia cara*.

—Me pareció ver cámaras instaladas en el pasillo y el ascensor —asiente—. ¿En las escaleras de emergencia…?

—También.

—¿Hay alguna otra vía de acceso?

—Solo la puerta principal de la planta baja y el ascensor que conecta directo con el garaje subterráneo.

—Necesito los planos arquitectónicos de la torre.

Mi padre arqueó una ceja y una sonrisa de puro orgullo apareció en su rostro.

—Están sobre el escritorio de tu nueva oficina, la primera puerta a la derecha por aquel pasillo. Están los diagramas de todo el edificio y el sistema de ventilación.

—Perfecto. Te tomaste bastante en serio esto de conseguirme un búnker.

—Por supuesto. También sé exactamente quiénes son tus vecinos en los pisos inferiores, así que no te preocupes...

Me detuve en seco y me giré para mirarlo.

—Me lo imaginaba. ¿Hace cuánto tiempo llevas preparando este lugar a mis espaldas?

Él hizo una mueca, atrapado.

—¿Fue demasiado evidente?

—Puedes amueblar un *pent-house* a base de billetes en dos horas, Levi. Pero no puedes hacer un escaneo de antecedentes de todo un edificio en ese tiempo.

Él se encogió de hombros, perdiendo la postura por un segundo.

—Siempre supe que algún día querrías vivir sola —admitió en voz baja—. Así que lo compré a tu nombre hace cuatro años.

Algo cálido y punzante se agitó en mi pecho.

—¿Alguien más sabe de la existencia de este lugar?

—Absolutamente nadie.

—¿Ni siquiera…?

—Ni siquiera Matthew. —Asentí, aliviada. No tenía la energía mental para lidiar con su intensidad ahora mismo—. Maddox, no seas tan dura con él.

—No soy dura —me defendí de inmediato, a la defensiva.

—Él también te ha extrañado estos dos años.

Un nudo se me formó en la garganta al escuchar esa verdad en boca de mi padre.

—Pues él también debería dejar de buscar desesperadamente a la antigua Maddox en mí —repliqué en un murmullo frío—. Quizás ustedes dos podrían fundar un club de apoyo mutuo.

Vi a Levi poner los ojos en blanco, pero no me rebatió.

—De acuerdo, *piccola* —suspiró, resignado—. Sigue inspeccionando tu territorio.

Me giré hacia la cocina. Era un sueño de diseño minimalista y oscuro: electrodomésticos empotrados, copas de cristal alineadas y una inmensa isla de mármol de granito negro que me fascinó al instante. El diseño era de concepto abierto, uniendo la cocina, el comedor y el salón en un espacio enorme bañado por la luz de la

ciudad. Toda la pared frontal estaba hecha de cristal blindado de piso a techo, ofreciendo una vista panorámica de Chicago.

En contraste con la mansión, donde Levi vive casi en penumbras como un maldito vampiro mafioso, esto se sentía vivo. Acaricié la superficie de granito, dejando que el frío me calmara la sangre. Fui hacia la nevera de acero inoxidable, la abrí y parpadeé sorprendida.

—¿En serio? —lo miré de soslayo.

—¿Qué? —Intentó ocultar una sonrisa y fracasó—. Supuse que no tendrías tiempo de ir de compras antes de planear tus asesinatos.

—¿Así que hiciste mi primera compra? —Me reí.

—Espera. Aún no has visto la mejor parte.

—¿Hay algo mejor que verte actuar como un amo de casa?

—Sígueme —dice entre risas.

Caminé tras él por el pasillo de paredes inmaculadas. Pasamos la puerta del despacho y la del cuarto de invitados. Al final, el pasillo desembocaba en la habitación principal. Era el doble de grande que mi suite en la mansión. No pude ocultar la sorpresa, pero mi padre no me dio tiempo a asimilarlo. Tomó mi mano y me guió hacia otra puerta doble.

—¿Un vestidor? —murmuré, cruzando el umbral.

Pero no era un simple armario. Maderas oscuras, espejos sin marco que ampliaban el espacio y una lámpara de cristal y diamantes colgando. De niña siempre odié tener vestidores gigantes; me resultaban intimidantes. A los cinco años obligué a Levi a mudarme a la habitación de invitados porque no soportaba el espacio inmenso de la suite original.

Esto era… abrumadoramente perfecto.

—Levi, esto debió costar una fortuna.

—Siempre odiaste los armarios grandes de niña, así que compré el departamento contiguo y tiré una pared para hacer este vestidor a medida. Con la iluminación adecuada para que no te sientas en una

cueva —Se encogió de hombros, restándole importancia a la locura logística—. ¿Qué opinas?

—Me fascina. Levi, de verdad…

—Sigue sin ser la mejor parte.

Puse los ojos en blanco, sonriendo.

—¿De qué hablas? ¿En qué más gastaste nuestra fortuna?

—Ven aquí, exagerada.

Me arrastró hasta la pared del fondo del vestidor. A un costado, justo donde terminaban las estanterías de zapatos, el panel de madera parecía continuo, pero detecté una ligera anomalía.

—Interesante —murmuré.

—El vestidor es increíble, sí —dijo Levi, levantando mi brazo derecho hacia la pared vacía.

—¿Qué estás haciendo?

—Pero sé perfectamente que esto te va a gustar mil veces más.

Dejó mi mano suspendida en el aire frente a la madera. Afiné la vista y detecté una ranura minúscula, casi imperceptible.

—Un escáner biométrico —susurré, sintiendo cómo la adrenalina se disparaba.

Un haz de luz verde barrió la palma de mi mano en absoluto silencio. Un segundo después, un clic sordo resonó en la habitación y el panel de madera se deslizó hacia la izquierda, revelando una bóveda oculta.

El aire abandonó mis pulmones.

—Levi…

—Lo sé. Feliz mudanza, cariño.

Mis dedos se extendieron por inercia hasta acariciar el metal negro y frío de una Mossberg 500 que descansaba en la pared iluminada. Era un arsenal. Mi propio maldito arsenal.

Había al menos quince armas de fuego de distintos calibres perfectamente alineadas. Cajas de munición, silenciadores de última generación y una colección de cuchillos de combate que me hizo sonreír como una desquiciada. Este era el retorcido lenguaje de amor de mi padre.

Levi Salvatore acababa de regalarme un cuarto de guerra.

—Acabas de ponerme un arsenal a mi entera disposición.

—Eres la heredera de *Draghi*. No mereces menos.

—¿No te preocupa que mañana me despierte impulsiva y decida volar media ciudad solo porque alguien me miró mal?

—Eso es algo que ya haces sin mi permiso, Maddox.

—Cierto —concedí, acariciando la empuñadura de una Glock 19.

Sentí la presencia de Levi a mis espaldas, imponente y protectora.

—Quiero que te quede algo grabado a fuego en la cabeza: te apoyo. Aceptaré la ruta que decidas tomar, la sangre que decidas derramar, pero no me pidas que me quede al margen si veo que te superan en número. Eres mi hija.

Una oleada de orgullo puro, tóxico e inquebrantable corrió por mis venas.

—¿Quieres tu venganza? Tómala. Pero vas a necesitar el peso de *Draghi* para aplastarlos.

Me giré despacio hacia él, apoyando la espalda contra la pared de armas.

—Levi… —Me aclaré la garganta, sintiendo el peso de su revelación —. Nunca quise pasar por encima de ti...

—Por eso planeabas hacerlo todo a mis espaldas —Sonrió de lado. Me tensé. ¿Lo sabía por Matthew? No, Matthew jamás me traicionaría así—. Te conozco, Maddox. Yo era exactamente igual a tu edad. Yo te crie. Sé de los horrores de los que eres capaz.

Bajé la vista hacia el suelo un instante antes de volver a clavar mis ojos en los suyos.

—Y aun sabiendo el monstruo que soy… ¿lo vas a permitir?

Él asintió con una firmeza que no admitía debate.

—Te daré cada arma, cada bala y cada hombre que necesites, Maddox. Eres mi hija y mi heredera.

Otra vez, la presión húmeda amenazó detrás de mis ojos. Era el escenario más atípico, bizarro y retorcido del mundo para ponerse emotiva, pero, ¿qué otra cosa se podía esperar de una familia de asesinos? Este era nuestro equivalente a un abrazo.

—Levi, tú eres el Don. Pero me quedaría quieta mientras tú intentabas hacer la paz.

Él asintió, redujo la distancia y tomó mi barbilla entre sus dedos grandes y ásperos, obligándome a mantener el contacto visual.

—Eso no será un problema, *mia cara*. Porque planeo hacer cambios drásticos en *Draghi*. —Alcé una ceja, sorprendida por la intensidad oscura en su mirada—. Mañana he convocado una reunión extraordinaria en la empresa. Te quiero ahí.

CAPÍTULO 24

Maddox

Los ojos de mi mejor amiga viajan del suntuoso vestidor al acero frío de mi nuevo arsenal. Parpadea, procesando la brutalidad del contraste sin poder creer lo que tiene enfrente.

—Y yo que creí que usarías este espacio para guardar zapatos de diseñador —murmura, aún en shock—. Pero debo admitir que las armas tienen su encanto…

—¿Encanto?

—No lo sé. —Ladea la cabeza, pensativa—. He visto muchas películas de acción últimamente. Es… sexy.

—¿Las armas? —pregunto, perdiendo por completo el hilo lógico de nuestra conversación.

—Los hombres con armas, Maddox —aclara, dándome la espalda para volver a la ropa—. En fin, debemos ordenar todo este desastre. Es la excusa perfecta para decidir qué te pondrás esta noche.

—¿Por qué tanta insistencia con ir al club? —la interrumpo.

—Porque es un club.

—Un club de *Draghi* —le recuerdo con frialdad—. Infestado de criminales.

—Sí, lo sé. Y mi mejor amiga es la dueña, ¿puedes creerlo? —bufa con diversión—. Necesitamos salir. Necesitas divertirte.

—Divertirnos. —Saboreo la palabra como si fuera ácido—. Debería estar planeando una masacre, no mi atuendo.

—Tienes tiempo para eso, genio —me señala con el dedo índice, implacable—. Es fin de semana. Puedes conquistar el mundo y bañar las calles de sangre de lunes a viernes en horario de oficina. Hoy salimos.

Dejo escapar una risa seca mientras la veo mover perchas de un lado a otro. La normalidad de Penny choca de frente con mi realidad, pero me aferro a ella.

—¿Sabes? Levi dijo algo extraño hoy…

Penny no quita los ojos de las prendas, pero su postura me indica que escucha atenta.

—¿Qué cosa?

—Que quiere hacer cambios drásticos en *Draghi*.

—¿Y eso es raro? —Me mira de soslayo—. Es el líder, ¿no? ¿El presidente?

—El Don —corrijo.

—Eso. ¿No es normal que tome decisiones?

—No lo sé. Lo sentí distinto… Como si sus palabras escondieran un doble fondo que todavía no logro descifrar.

—Bueno, no es como si pudiera quitarte *Draghi* así como así, ¿cierto? —Hace una mueca de incomprensión—. Es decir, todas sus decisiones deberían ser revisadas por algo así como una… ¿comisión directiva?

Una carcajada honesta brota de mi pecho.

—Penny… Mi padre es el Don de la mafia de Chicago, no el CEO de una *startup*.

Mi amiga separa los labios formando una perfecta «o» de sorpresa, y yo me río con más fuerza hasta que me lanza una camiseta roja a la cara para callarme.

—Imbécil —murmura, sonrojada—. Solo digo que no puede tomar decisiones tan a la ligera.

—Oh, claro que puede. —Dejo la camiseta a un lado—. Yo lo haría. Sabes lo impulsiva que soy.

Ella arruga la nariz.

—Sí, tienes razón en eso.

—¿Sabes que no es necesario que hagas eso? —Me dejo caer de espaldas sobre el inmenso colchón y suspiro. Mi padre realmente había comprado lo mejor del mercado—. Puedo pagarle a alguien para que ordene todo este desastre.

—¿Cómo pude vivir creyendo que eras una chica común y corriente? —dice al aire, antes de perderse dentro del vestidor. Al minuto siguiente, está de regreso con más perchas vacías—. Es decir, era obvio que tu familia tenía dinero, pero… mierda, eres asquerosamente rica.

Una sonrisa asoma en mis labios.

—Sí, lo soy. Aunque el dinero nunca me importó demasiado.

—Cierto. Nunca lo demostraste.

—Eso habría implicado explicar de dónde sacaba mi padre tantos billetes…

—Buen punto —murmura, de pronto más seria. Deja caer mi ropa sobre la cama y apoya las manos en las caderas—. Y jamás sospeché que usabas el apellido de Nora. Mierda, Maddox. Debo haber parecido una completa estúpida.

Me incorporo, apoyando el peso sobre los codos para sostenerle la mirada.

—No me parecías una estúpida —aclaro, borrando cualquier rastro de burla de mi voz—. Te estaba protegiendo. Y, por sobre todas las cosas, necesitaba pasar desapercibida.

Algo se rompe en su expresión. Suspira con pesadez y se deja caer en el borde de la cama, hundiendo las manos en la tela de mi chaqueta.

—¿Fue muy difícil? —Alzo una ceja, incitándola a continuar—. Pasar desapercibida. Ser un fantasma en tu propia vida.

Era la primera vez que alguien lo decía en voz alta. Y, extrañamente, la primera vez que yo lo analizaba desde esa perspectiva.

—Un poco. Aunque creo que me terminé acostumbrando y hasta me gustó el anonimato —confesé, mirando hacia la bóveda oculta—. Levi construyó una jaula de cristal para mí, tardé años en darme cuenta de que era su arma.

—Eres su hija —replicó Penny con suavidad.

—Lo sé. Pero también soy su arma más letal. Creo que una cosa no quita la otra.

—Maddox…

—Estoy bien —me apresuro a cortar el hilo de lástima. Detesto que me miren con pena—. Este mundo es así, Pen. Los sentimientos te convierten en un blanco fácil.

—Por eso no querías que me involucrara —deduce. Asiento despacio —. ¿Alguna vez pensaste en alejarte? ¿En dejar de ser mi amiga?

—Todo el tiempo —admito en voz baja—. Pero la sola idea me destrozaba. Porque de todo este mundo manchado de sangre en el que vivo, tú eres lo más puro que tengo.

Sus ojos se cristalizan de inmediato. Le doy un leve empujón en el hombro con los nudillos para aligerar la tensión, y ella suelta una risa ahogada.

—Sé que soy la mejor amiga más extraña del planeta. Sé que soy fría, cínica y calculadora. Pero solo cuando estoy a tu lado siento que quizás mi alma no está condenada del todo.

Hace una mueca, confundida.

—¿Condenada a qué?

Escaneo el lujo obsceno del *pent-house*.

—A la ruina —sentencio—. Todo esto es un imperio, sí. Pero el día que mi padre no esté, o el día que yo dé un paso en falso… todo arderá. Y si arde, te arrastraré conmigo a las cenizas. Es lo último que quiero.

—Oye —me interrumpe, atrapando mi mano con firmeza—. Yo elijo esto. Yo elijo estar a tu lado. Te elegí como mi mejor amiga a los seis años sin tener idea de en qué me metía, y te elijo hoy, a punto de cumplir veintidós. ¿Te queda claro?

Asiento, sintiendo una opresión inusual en el pecho, y le dedico una sonrisa de medio lado.

—Hay que admitir que nunca fuiste brillante tomando decisiones…

—Cállate, idiota. —Me empuja hacia atrás y caigo de espaldas entre risas—. Seguiré ordenando esto. Y ya que eres millonaria, puedes transferir a mi cuenta lo que le pagarías a la de limpieza. No me vendría mal el efectivo.

Dejo salir una carcajada genuina.

—Espera, ¿tienes problemas de dinero?

—¡Claro que no!

—Porque sabes que me sobra y puedo…

—Que no, pesada.

La escucho bufar mientras regresa al vestidor. Antes de que pueda volver a tumbarme, mi móvil vibra entre las sábanas desordenadas. Lo busco a tientas, pero cuando leo el nombre en la pantalla, mi diversión se evapora. Deslizo el dedo para contestar.

—¿A qué debo la molestia?

La risa del otro lado de la línea es grave, arrastrando esa inconfundible arrogancia.

—Siempre es un placer escucharte, princesa.

Pongo los ojos en blanco, acomodándome contra el respaldo.

—¿Qué quieres, Lucchese?

—Me enteré de que cierta escoria anduvo rondando tus calles —El tono de Harry oscilaba entre el sarcasmo y un aburrimiento que siempre lograba irritarme—. ¿Está todo en orden?

—¿Qué pasa? ¿Tienes miedo de que empiece a apilar cadáveres?

—Conociendo lo impulsiva que eres… es una posibilidad.

—¿O el problema es que la basura que me busca hace negocios contigo? —El silencio sepulcral que sigue a mis palabras me da la respuesta. Chasqueo la lengua—. No querrías que los asesine.

—No sé quién te ha llenado la cabeza con esa estupidez, Maddox —suspira con pesadez—. Yo no hago negocios con esa gente. Me preocupa que tú los hagas.

—No necesito que te preocupes por mí.

—Lo sé. Pero lo hago igual. Eres mi amiga.

Penny asoma la cabeza por la puerta del vestidor, alzando una ceja para indagar con quién hablo. Le hago una seña restándole importancia.

—Por favor, Lucchese. No te pongas sentimental, no te queda bien.

—Eres una maldita insensible —replica él, aunque percibo la sonrisa en su voz—. Pero hablando en serio, ten cuidado. No confío en ellos.

—Yo tampoco —afirmo, endureciendo el tono—. Pero es la mejor oportunidad que tengo ahora.

—De acuerdo —concede.

El matiz en su voz me descoloca. Suena demasiado tenso para ser el frío y superficial que conozco. Suena a… preocupación real.

—¿Me llamaste solo para eso, Lucchese? ¿Querías una dosis de mi encanto?

—Dios, Maddox. Eres insufrible —masculla—. Te llamaba por otra cosa.

—Ilumíname.

—Te he enviado un regalo de bienvenida —Inmediatamente, mis sentidos se ponen en alerta—. Para ti y para la preciosa Penny, por supuesto.

—¿A dónde lo enviaste?

—A tu nuevo hogar.

Me incorporo de un salto. Penny se detiene en seco al ver mi expresión. La sangre me golpea en los oídos mientras proceso la información.

—¿Cómo diablos sabes dónde estoy? —siseo.

—No te alteres, pequeña mafiosa asesina. Solo soy un investigador excelente.

—Harry, si tú lo sabes…

—Nadie más lo sabe —me corta, solemne—. Jamás te traicionaría. Pensé que eso, al menos, lo tenías claro.

Maldita sea.

—Basta, deja de darle tantas vueltas —me reprende, como si pudiera ver los engranajes girando en mi cabeza—. Mierda, no debí haberte dicho nada…

—Está bien. —Exhalo, frotándome la sien—. Solo espero que hayas contratado a alguien de absoluta confianza para entregar el paquete.

—Por supuesto. Yo soy de absoluta confianza.

Un segundo después, el timbre de mi piso resuena por todo el lugar.

CAPÍTULO 25

Maddox

Del otro lado de la puerta, enfundado en un traje italiano a medida, con el cabello estratégicamente despeinado y oculto tras unas gafas de sol oscuras, está Harry Lucchese.

—Oh, por Dios. —Una sonrisa lobuna, blanca y depredadora, se extiende por su rostro—. Definitivamente, ese es tu color.

Ignoro el sarcasmo.

—¿Qué haces aquí?

La sonrisa se le borra de un plumazo, reemplazada por una mueca fingida de dolor. Sin esperar invitación, me esquiva y se adentra en el *pent-house*.

—Sí, claro, pasa, estás en tu casa… —murmuro, cerrando la puerta.

—Qué buen lugar conseguiste.

—Lo consiguió Levi.

—La niña de papá —canturrea, sin perder la sonrisa irritante—. Esto es para ti.

Me tiende una inmaculada bolsa de compras blanca con letras negras y elegantes. Trago saliva al leer la marca.

—Lucchese, ¿qué diablos…?

—¿Dónde puedo encontrar a Penny?

Parpadeo, frenando en seco.

—¿Disculpa?

—A Penny. ¿Podré encontrarla en su casa si voy ahora?

Una risa incrédula se me escapa antes de que pueda contenerla.

—Harry… ¿Viajaste desde Nueva York a Chicago solo para ver a mi mejor amiga?

Un levísimo tinte rosado asoma en sus mejillas, traicionando su fachada.

—Oh, por Dios… —me burlo.

—Cállate —masculla. Se quita las gafas y se las guarda en el bolsillo del saco con un movimiento seco—. Solo quiero entregarle un regalo. Es cortesía.

—Claro, cortesía. —Bajo la vista y noto la segunda bolsa que cuelga de su otra mano. Es idéntica a la mía, y ya puedo imaginar el grito agudo que soltará Penny cuando la vea—. Estás muy mal, Lucchese.

Harry suelta un suspiro exasperado.

—¿Estará en su casa, sí o no? Pensé en aparecer por sorpresa, pero quizás no la encuentre y…

—¿Cómo sabes dónde vivo?

Una voz en su espalda lo congela.

La tez bronceada de Harry palidece una fracción de segundo y lo veo tragar grueso. Luego, me dedica una mirada cargada de dagas y modula dos palabras en silencio: *«Te odio»*.

Le respondo con una sonrisa angelical.

En menos de un segundo, recompone su expresión. Se gira lentamente, desplegando su mejor sonrisa de seductor de revista, para encontrarse con mi mejor amiga, que lo observa desde el pasillo con los brazos cruzados y una ceja alzada.

—Hola, dulzura.

—Dios, ¿por qué hablas como si fueras un gato a punto de cazar? —murmuro.

Harry se inclina un poco hacia atrás para mirarme.

—¿Qué ocurre? ¿Acaso Matthew no te ronronea?

—No necesito que me ronroneen.

—Un poco sí —interviene Penny, encogiéndose de hombros, rompiendo filas—. Ya sabes, para liberar tensiones…

Me cruzo de brazos, ofendida por la traición.

—Yo puedo ayudarte a liberar tensiones cuando quieras, preciosa —suelta Harry, sin perder el ritmo.

—Dios, ¿qué es esto? ¿El inicio de una película porno de bajo presupuesto? —me quejo, caminando hacia la cocina—. Lucchese, si cruzaste el país para esto…

—Claro que no —resopla él. Da un par de pasos hacia Penny, moviéndose despacio, como si no quisiera asustarla. Ella se tensa al instante—. Te traje esto —añade, bajando la voz a un tono ronco que no le conocía.

Penny mantiene la guardia alta, pero la mueca de desconfianza se evapora en cuanto baja la vista hacia la bolsa que él le ofrece.

—Oh, por Dios. —Sus ojos viajan de la bolsa hacia Harry, quien sonríe con una arrogancia victoriosa, y luego hacia mis manos—. ¡Tú también tienes una!

—Sí, bueno —Harry se ajusta el saco—. Hoy me desperté sintiéndome generoso.

—Lo cual es pésimo, porque siempre quieres algo a cambio —apunto, ganándome otra mirada fulminante de su parte.

Ignorándonos, mi amiga abre la bolsa. Su mandíbula cae al ver el interior, rozando el piso de pura estupefacción.

—Penny, ¿estás respirando? —pregunto.

Alza la vista y asiente, todavía en shock.

—Ustedes pueden quedarse aquí y hablar sobre sus maquiavélicos planes para dominar el mundo —anuncia, provocando que Harry suelte una risa grave—. Yo me iré a probar esta preciosura.

Se da la vuelta, dispuesta a huir hacia el cuarto, pero se detiene a medio camino. Duda un segundo. Finalmente, se acerca a Lucchese, se pone de puntillas y deposita un beso fugaz en su mejilla.

—Gracias —susurra.

El silencio que deja Penny a su paso es tan denso que podría cortarse con un cuchillo.

Me muerdo el interior de la mejilla para no reírme de la expresión de Harry: sus ojos están ligeramente desorbitados y se ha quedado completamente inmóvil, mirando hacia el pasillo. Solo cuando escucho la puerta de la habitación cerrarse, dejo escapar una carcajada.

—¿Nunca te habían dado las gracias? —pregunto, yendo hacia la nevera.

Él parpadea, regresando a la realidad, y se aclara la garganta.

—No. Y a ti tampoco. Nadie en este mundo nos agradece por lo que hacemos, así que no finjas ser diferente.

El golpe da en el blanco. Dejo de reírme.

Tenía un maldito punto.

—En fin… —murmuro, camino hacia la nevera y saco dos cervezas.

—¿No te vas a probar tu vestido?

—Nop.

—¿Por qué? —Se cruza de brazos, ofendido, mientras paso por su lado y le entrego una botella helada—. ¿Tienes idea de cuántas horas invertí eligiendo esos diseños?

Destapo mi cerveza y doy un trago largo antes de apoyarme contra la isla de mármol de la cocina.

—Quisiera decir que mientes. Pero algo me dice que es muy cierto.

Se encoge de hombros antes de beber.

—¿Qué te puedo decir? Soy un fanático de la moda.

—Eres el mafioso más raro del continente —suspiro—. Aún no me has dicho a qué viniste realmente.

—Vine a verte y traerte obsequios carísimos, ¿no es eso lo que hacen los amigos? —pregunta con falsa inocencia.

Alzo una ceja.

—En nuestro mundo no existen los amigos.

—Tú tienes a Penny.

—Eso es diferente.

—Y yo te tengo a ti.

—Lucchese… —advierto, en voz muy baja.

Harry suspira, perdiendo el rastro de humor. Da otro trago y lo veo dudar. Lucchese siempre tiene algo que decir, una broma ácida, un comentario arrogante. Pero la persona frente a mí ahora está inquieta.

—¿Qué pasa, Harry? —pregunto, cambiando el tono.

—¿Qué estás planeando con el hijo de South?

Me quedo quieta. Trago saliva.

Una de las reglas básicas para sobrevivir en nuestro entorno es no confiar ni en tu propia sombra. Harry había demostrado lealtad, sí, pero después de lo que me habían hecho, entregar información me resultaba antinatural.

Él nota mi reticencia. Sonríe de lado y suelta una risa sin gracia.

—Puedes confiar en mí, Maddox. Lo sabes. —Me encojo de hombros, manteniendo la máscara fría, y él suspira de nuevo—. De acuerdo. ¿Hay alguna prueba de sangre que deba hacer para ganarme el derecho, o…?

Pongo los ojos en blanco, lo que le arranca una risa más sincera.

—No seas dramático —Bebo otro trago para ganar tiempo—. De todas formas, aún no planeé nada definitivo. —Miento—. Al menos, no tengo el panorama completo.

—Está bien… —Eleva la botella, pero el vidrio jamás toca sus labios. Se queda congelado, con los ojos muy abiertos.

—Mierda.

Me giro.

—¡Esto es una locura! —chilla Penny, saliendo al salón envuelta en un espectacular vestido esmeralda Gucci que se adhiere a su cuerpo como una segunda piel—. ¡No creía que una prenda pudiera verse así de bien!

Asiento, genuinamente impresionada.

—Luces increíble, Pen. —Miro a Harry—. ¿Cómo sabías que era su color favorito?

Pero Harry no me escucha. No puede quitarle los ojos de encima. Dejo escapar una risa silenciosa al notar cómo su respiración se ha vuelto superficial. Lleva una mano al cuello de su impecable camisa y afloja el nudo de su corbata fina, como si de pronto el oxígeno escaseara.

—Lucchese, contrólate, estás a punto de babear el mármol —le advierto.

—Estás perfecta —murmura él, con voz ronca, ignorándome por completo.

Las mejillas de Penny arden en rojo vivo.

—Definitivamente, estoy en el set de una película porno —suspiro al techo.

—¡Maddox! —me reprende ella, abanicándose el rostro con las manos—. ¡Basta! ¿No te vas a probar el tuyo? —Se cruza de brazos, y capto el microsegundo en que la mirada de Harry baja directo hacia el escote que el movimiento provoca. Definitivamente voy a tener que echarlo de mi piso—. Es ideal para esta noche…

—¿Qué hay esta noche? —Lucchese vuelve a la tierra. Su sonrisa arrogante regresa, cargada de picardía—. ¿Hay fiesta? ¿Puedo ir?

—Sí —dice Penny.

—No —digo yo, un segundo después.

Penny me fulmina con la mirada.

—¿Qué? ¿Por qué no puede ir? No correrá ningún peligro en el club.

—¿El club? —La sonrisa de Harry se ensancha hasta mostrar los dientes—. ¿Voy a conocer el mítico club de *Draghi*?

—No.

—¡Sí! —Penny se encoge de hombros ante mi mirada asesina—. Nos acaba de regalar una pequeña fortuna, Maddie.

—Es un trozo de tela.

—Es Gucci —dicen los dos al unísono.

Por supuesto que se llevan de maravilla.

—El punto es que… —Penny hace un mohín ridículo con sus labios. Exhalo con fuerza, rendida—. De acuerdo. Puedes venir.

Harry alza la botella en un brindis silencioso, festejando su victoria.

—¿Cuánto tiempo planeas quedarte en la ciudad? —le pregunta Penny, curiosa.

Lucchese se encoge de hombros, dando otro trago.

—Una semana. Quizás dos. O hasta que Maddox me eche a patadas.

Arrugo la frente.

—¿Por qué te echaría?

—Porque planeo quedarme a dormir aquí.

Penny se atraganta con su propia saliva y empieza a toser. Yo lo miro fijamente, procesando la audacia.

—¿Tienes un cuarto de invitados libre? —pregunta él, ignorando nuestra conmoción, paseando la vista por el salón—. Podríamos

hacer pijamada. Ya sabes, noche de chicas. Solo espero que un Matthew de dos metros de puro músculo no aparezca de madrugada y me asesine mientras duermo.

CAPÍTULO 26

Matthew

—¿A dónde vas?

Suspiro en cuanto escucho la voz de Levi. Llevábamos un buen rato encerrados en su despacho analizando las grabaciones de seguridad que Will desencriptó hace unas semanas. Había movimientos extraños en los muelles, logística que no era nuestra, lo que significaba una sola cosa: alguien estaba invadiendo nuestro territorio.

Pero, hasta el momento, las cámaras no mostraban rostros claros. Y por supuesto, yo no iba a decirle al Don de Chicago que su hija ya tenía información privilegiada, ni mucho menos que se había reunido a mis espaldas en uno de esos putos muelles con su maldito contacto.

Necesitaba salir de esta habitación. Necesitaba dormir para que las palabras de Maddox dejaran de taladrarme el cráneo.

«No me interesas de esa forma».

Presiono los puños a mis costados, sintiendo las uñas clavarse en mis palmas. Necesito destrozar un saco de boxeo, o ir a la galería de tiro y vaciar tres cargadores imaginando que la diana tiene el rostro arrogante de Lucchese.

—Me voy a mi piso, necesito dormir —respondo, deteniéndome sin girarme del todo—. Tú también deberías hacerlo.

—Sí. Supongo que sí —murmura.

Arrugo la frente al captar el tono inusual en su voz. Me giro por completo. Aunque llevamos horas trabajando, no tiene la expresión implacable de siempre. Parece… ansioso.

—Levi —lo llamo, evaluándolo.

—¿Sí? —Alza la vista y la familiaridad de sus ojos verdes me clava una estaca en el pecho, recordándome a ella—. ¿Qué ocurre, Matthew?

—¿Qué te ocurre a ti? —Me acerco un paso—. Algo te está jodiendo la cabeza, lo noto. ¿Qué es? ¿Es Maddox? ¿Hay problemas?

Él niega lentamente.

Exhalo sin que se dé cuenta, aliviado de que ella no esté en peligro.

—Estoy nervioso —admite, recostándose en su silla de cuero—. Mañana convoqué una reunión extraordinaria en la empresa.

—De acuerdo —murmuro, cauteloso—. ¿Sucedió algo grave?

—No. Pero va a suceder algo que marcará un antes y un después en *Draghi*. Mañana lo sabrás.

—Por favor, Levi —pongo los ojos en blanco, cansado—. ¿A tu edad te da por hacerte el misterioso?

Él suspira, agotado, y se lleva su vaso de whisky a los labios.

—Solo te pido que pases a recoger a Maddox mañana —Trago saliva al instante. Estar cerca de ella se había vuelto un ejercicio de tortura desde nuestra última discusión—. Aún no le he conseguido un coche blindado y no quiero que esté sola…

—¿Y por qué no la llevas tú?

Nada me gustaría más que decirle *«por supuesto, yo me encargo de ella con mi vida»*, si tan solo la idea de tenerla a solas en un coche no me pusiera duro de forma instantánea.

—Porque se acaba de mudar, así que pensé en pedirte que pases tú. —Lo miro, petrificado, sin comprender—. Si es un inconveniente para ti, puedo llamar a Jace para que vaya...

—¿Qué quieres decir? —Mi voz sale estrangulada, áspera, y el corazón me da un latigazo en el pecho—. ¿Cómo que se fue?

Levi asiente. Yo clavo las botas en el suelo para no cruzar el escritorio, agarrarlo por las solapas y exigirle que me dé la maldita dirección ahora mismo.

—Pensé que lo sabrías pronto. —Aprieto la mandíbula. Por supuesto que no lo sabía—. Discutimos hoy.

—¿Por qué?

Levi hace una mueca que rápidamente se transforma en una sonrisa torcida.

—Por un millón de cosas. Pero me hizo ver lo ciego y equivocado que he estado respecto a ella —Exhala largo—. Tiene razón en que aún no he aceptado que el infierno la cambió. Y eso le está doliendo.

Trago el nudo de pura furia y frustración.

—No es sencillo asimilar algo así, Levi.

Sus ojos verdes, idénticos a los de ella, me atraviesan como cuchillos.

—Si no la quieres perder, Matthew, te recomiendo que tú también empieces a aceptarlo cuanto antes. —Me aclaro la garganta y aparto la vista, expuesto—. En fin. Discutimos, me gritó, pero… me alegró.

—¿Te alegró que te gritara?

—Es la primera vez que Maddox se digna a decirme más de dos palabras seguidas desde que regresó. Y me di cuenta de lo estúpido que estaba siendo, actuando como si ella me debiera algo por estar viva...

—Y en realidad, nosotros le debemos todo a ella —completo. Levi asiente, solemne, y bebe un trago—. Le debemos mucho más que una simple venganza.

—Le debemos el derecho a dejar que sea ella quien apriete el gatillo. Así que mañana nos reunimos y haré un anuncio.

—Entendido.

—¿Pasarás por ella a su piso o envío a uno de los hombres?

Levi está jodidamente loco si cree que voy a dejar que otro hombre conduzca a Maddox por Chicago.

—Yo iré por ella. Pásame la dirección.

—Bien. —Sonríe con suficiencia, dándose cuenta de mi reacción—. Ve a descansar. Te necesito bien mañana.

Asiento y salgo del despacho. Recorro los pasillos silenciosos de la mansión hasta que mis pasos se detienen, como atraídos por un imán, frente a la puerta de Maddox. El pecho se me oprime, robándome el aire. Debería dar media vuelta, subir a mi coche y largarme.

Pero no lo hago. En su lugar, envuelvo el pomo con la mano y un escalofrío me recorre la espina dorsal cuando la puerta cede. La habitación se extiende frente a mí, oscura y estática. No está vacía, algunas de sus cosas siguen aquí. Y, de alguna manera jodida, eso me duele más. Sería más fácil ver el cuarto desmantelado, saber que no dejó rastros.

«Ya no es la misma Maddox».

No. No lo es.

Pero yo seguiría enamorado de ella en cualquiera de sus versiones. La seguiría hasta el mismísimo infierno si eso garantizara que, al menos una vez, me mirara como siempre supliqué que lo hiciera. Como la deseo.

Camino hasta el borde de la cama y rozo las sábanas de seda roja con las yemas de los dedos. Mi piel se eriza al recordar cuántas veces monté guardia en las sombras, cuidando su sueño, asegurándome de que respirara. Hace dos años, por un par de semanas, viví a una puerta de distancia de ella, tragándome la agonía de imaginar qué se sentiría dormir con ella enredada en mi cuerpo.

«No me interesas de esa manera».

El recuerdo me golpea como un gancho al hígado. Mis ojos arden. ¿Qué poder tenía sobre mí para desarmarme así? ¿Tan jodidamente fuerte era esta obsesión para tenerme actuando como un perro callejero? Sí. Lo era. Y no planeaba alejarme, ni cambiar de actitud solo porque me pidiera que no me hiciera ilusiones.

Mierda. ¿Por qué tuvo que usar esas palabras? ¿Cómo carajos puede mirarme a los ojos después de cómo ardíamos en Nueva York, y pretender que la química letal entre nosotros no existe?

¿Me lo estaba imaginando? No. Me niego a aceptarlo.

La vibración de mi móvil en el bolsillo rompe el trance. Parpadeo, obligándome a salir del cuarto de Maddox. Pongo los ojos en blanco al ver el nombre de Jace parpadeando en la pantalla.

—¿Qué quieres?

—¿Qué está haciendo el *consigliere* más amargado de Chicago?

Suspiro con pesadez. A veces Jace parecía un maldito adolescente; era fácil olvidar que en el campo de batalla era una de nuestras máquinas de matar más eficientes.

—Estaba reunido con Levi —respondo, cerrando la puerta y alejándome antes de que algún guardia me vea merodeando por aquí—. ¿Qué sucede?

—Oh, perfecto. ¿Cuáles son tus planes para esta noche?

—¿No tienes nada mejor que hacer un sábado a la madrugada, Jace? ¿Tu plan maestro es molestarme?

—Vamos, Matt —Se ríe al otro lado de la línea—. Will y yo vamos al club a ahogar penas en alcohol y pensamos: ¿quién es el segundo al mando más divertido que conocemos? —Pongo los ojos en blanco, cruzando la puerta principal hacia el aire frío de Chicago—. Bueno, definitivamente tú no eres divertido. Pero eres lo mejor que hay.

—Vete al diablo —murmuro, revisando mecánicamente el perímetro en la oscuridad mientras camino hacia mi coche.

—Vamos, ¿qué dices? Un par de copas y…

—No.

—Matthew…

—Te dije que te mandaría a la mierda, Jace —escucho la voz de Will de fondo.

—Saben perfectamente que odio el club —les recuerdo, abriendo la puerta de mi coche—. A menos que implique torturar a alguien en el sótano.

—Claro, claro. Aguafiestas —suspira Jace, con falsa lástima—. Una verdadera pena. Tendremos que tomarnos los tragos con Maddox nosotros solos.

Mi cuerpo se paraliza y mi mano se queda congelada sobre el marco de la puerta del coche. Trago saliva despacio. El oxígeno de repente parece escasear en este lado de la ciudad.

Maddox. Maddox está en el club. En un lugar atestado de criminales donde cualquier hijo de puta puede clavarle los ojos o, peor, ponerle una mano encima.

La furia me atraviesa como una descarga de alto voltaje. Esto era lo que pasaba por jugar a ignorarnos: que yo me tenía que enterar de su ubicación por mis soldados, no por ella. Y lo único en lo que puedo pensar es en lo asquerosamente molesto que es. Y en lo mucho que me gustaría acorralarla contra una pared y dejarle un par de límites claros.

«No me interesas de esa forma».

Y una mierda no.

—¿Maddox está en el club? —pregunto. Mi voz suena tan letal que asusta.

—Oh, sí —dice con diversión—. Con el arrogante de Lucchese, ¿puedes creerlo? El neoyorquino bajó de visita…

Cuelgo el teléfono.

Me meto en el coche, arranco el motor y piso el acelerador a fondo.

Trato de convencerme, mientras quemo los neumáticos sobre el asfalto, de que no quiero ensuciarme las manos de sangre esta noche. Aunque la imagen de meterle una bala en el puto cráneo a Lucchese se me antoja casi poética.

Atravieso la ciudad a una velocidad que me garantiza una celda si me cruzo con una patrulla, pero el rugido del V8 no logra silenciar el único nombre que martillea en mi cabeza. Maddox. La posesividad me quema bajo la piel como ácido. Sé que no tengo derecho a sentir esta obsesión enfermiza, pero ya me importa una reverenda mierda.

Nunca supe cómo hacerla cambiar de opinión de manera civilizada. Nunca fui como Máximo. Siempre fui el hermano disciplinado, el soldado perfecto, el perro obediente que vivió adorándola desde las sombras, tragándose el hambre para respetar sus malditos límites.

Pero se acabó. Me cansé de esperar en la oscuridad.

El último rastro de mi autocontrol se hace polvo cuando irrumpo en el club.

A través de la música ensordecedora, el humo y la multitud de cuerpos, mis ojos la encuentran al instante. Clavo la mirada en su espalda expuesta, en su tatuaje del dragón rojo… y en la puta mano que se atreve a recorrer su piel desnuda.

La mano de Lucchese.

Qué lástima. Esta noche va a perderla.

CAPÍTULO 27

Maddox

El bajo estalla contra las paredes del club, retumbando directamente en mi pecho. Cierro los ojos un segundo, obligándome a recordar que estoy soportando este ruido ensordecedor solo por Penny. Y por Lucchese, que básicamente insistió en que saliéramos de fiesta.

Miro a mi costado mientras atravesamos la entrada. Penny sonríe, radiante, con su vestido esmeralda brillando bajo las luces de neón. Lucchese no puede quitarle los ojos de encima, por más que intente disimularlo.

Caminamos los tres a la par, con él en el medio escoltándonos como si estuviéramos en un estúpido baile de graduación. Pero en cuanto ponemos un pie en la pista, la atmósfera se quiebra. La música sigue rebotando en los altavoces, pero el peso de decenas de miradas recae sobre mí como un bloque de plomo.

Solo había vuelto a este club dos veces. La noche que llegué a Chicago, cuando mi padre quiso presentarme a los nuevos soldados, y hace unos días, cuando hablé con Matthew.

Matthew.

La garganta se me cierra al recordarlo.

«No me interesas de esa forma».

Me había vuelto una experta mintiendo. Esperaba no acostumbrarme a hacerlo porque, sencillamente, lo detestaba. Mentía para que mi venganza saliera bien, sí, pero engañar a quienes me juraron lealtad era la única línea que me separaba de la escoria.

De la escoria como Máximo.

—Así que este es el famoso club —me susurra Lucchese al oído, sin detener el paso, notando cómo la multitud se aparta físicamente de nuestro camino—. Cuánto respeto impones, Maddox.

—Prefiero imponer miedo.

—Oh, estoy seguro de que eso ya lo haces, dulzura.

Sonrío de lado. Era cierto.

El escrutinio nos persigue hasta la barra. Agradezco que la música siga a un volumen alto, porque caminar en medio de ese silencio reverencial habría sido insoportable. Al apoyarme en la madera oscura, noto por el rabillo del ojo cómo los presentes vuelven, poco a poco, a sus propios asuntos.

—Aún no puedo creer que llevo puesto un Gucci —comenta Penny, alisando la tela con una sonrisa incrédula.

—Puedo darte todos los vestidos que quieras, rubí.

Penny contiene un suspiro de fastidio al escuchar el apodo, pero no me pasa desapercibido el rubor que tiñe sus mejillas.

—No me llames así —advierte entre dientes, claramente afectada.

—Si me das tu número, puedo llamarte de otras formas. —Lucchese le guiña un ojo.

Dioses. ¿Por qué tiene que ser tan perturbadoramente extraño?

—Te agradezco el vestido, Lucchese. Pero no va a suceder nada entre nosotros —Le aclara mi amiga. Lucchese alza una ceja—. Así que deja de molestar.

—¿Estás segura? —murmura él, arrastrando las palabras—. Porque soy experto en hacer que la gente cambie de opinión...

—Lucchese —intervengo, lanzándole una mirada de advertencia.

Él chasquea la lengua. Le hago una señal al bartender. El tipo se acerca con una sonrisa que se transforma en una leve y respetuosa inclinación de cabeza en cuanto me reconoce.

—Dos whiskies, por favor —Miro a Penny por el rabillo del ojo—. Y un Sex and the City.

El bartender asiente y se retira a toda prisa.

—¿Un Sex and the City, en serio? —le pregunto a mi amiga.

—¿Qué? El whisky sabe a desinfectante —se defiende, encogiéndose de hombros.

Cuando el moreno regresa con las bebidas, Penny liquida su cóctel de un solo trago largo. Lucchese y yo compartimos una mirada.

—Penny…

—Tranquila, no pienso llevarte a rastras esta noche —le advierto.

—Yo sí —interviene Lucchese—. Pero estoy de acuerdo con Maddox. Ve despacio.

—¿Saben qué? Yo vine aquí a divertirme, y ustedes dos son un par de amargados.

—¿Te vas a divertir en un club lleno de mafiosos armados? —pregunto, divertida.

—¿Por qué no? —Le hace una seña al bartender para que le sirva otro—. Hay un par que se ven bastante bien.

Alza su nueva copa como si brindara por su propia locura y vuelve a beber. Niego con una sonrisa mientras acerco mi vaso a los labios. El líquido ámbar me quema la garganta y un escalofrío familiar me recorre la espalda.

—Pero, ¿qué tenemos aquí? —La voz conocida me hace tensar la mandíbula—. Dos princesas y... bueno, lo que sea que seas tú.

Jace le hace un gesto despectivo a Lucchese. El Don de Nueva York simplemente alza una ceja y le da un sorbo a su bebida, imperturbable.

En parte, agradezco la personalidad disociada de Lucchese. Es un Don. Podría ordenar que le cortaran las manos a Jace ahí mismo por faltarle el respeto. Yo soy impulsiva, y una reacción violenta sería lo

esperable en mi mundo, pero él… él es un psicópata que dirige un imperio. He leído su expediente. Sin embargo, parece importarle una mierda que un soldado le hable así. Mejor. Me jodería tener que matar a Lucchese para defender a Jace.

—Hola, Jace —Penny le sonríe, alzando su copa vacía.

Veo cómo los ojos de Lucchese se oscurecen, destilando veneno puro, mientras Jace barre a Penny con la mirada.

—¿Qué dices? ¿Bailamos? —le propone ella.

—¿Contigo? Será un puto placer, belleza.

Jace le ofrece la mano como si fuera realeza. Están a punto de alejarse, pero la mano de Lucchese se cierra como una garra de acero en la cintura de Penny. Tira de ella hacia atrás, acercando la boca a su oído en un murmullo que se asegura de que todos escuchemos.

—Penélope Annalise —su tono baja—. Si un solo hombre te toca, será hombre muerto para el final de la noche. —Clava sus ojos de hielo en Jace. El rubio, fiel a su estilo suicida, no retrocede—. Si este te pone una mano encima, perderá ambas extremidades. ¿Fui claro?

Penny contiene la respiración, le lanza una mirada furibunda, se zafa de su agarre de un tirón y camina hacia la pista. Lucchese se sienta en el taburete a mi lado, con los ojos fijos en las botellas frente a nosotros. Me aclaro la garganta.

—¿Cómo sabes su nombre completo?

—No hay que ser un genio para deducir que Ann viene de Annalise.

—Sabes a qué me refiero —Lo miro de soslayo—. Sabes dónde vive. ¿Por qué?

No le pregunto cómo lo sabe. Conseguir información en nuestro mundo es un juego de niños. Lo que me importa es su intención. Veo cómo sus nudillos se ponen blancos alrededor del vaso de cristal.

—No tienes de qué preocuparte, Maddox.

—Todo lo que involucre a Penny me preocupa —siseo.

Nuestros ojos chocan en la penumbra. Algo oscuro, pero sincero, cruza su mirada de psicópata.

—Jamás le haría daño. Lo sabes.

Y lo peor es que sí. Lo sabía. No entendía de dónde venía esa certeza, pero sus palabras se sentían reales.

Porque confías en él.

Ignoro la voz en mi cabeza y apuro el resto de mi whisky. El bartender aparece al instante para rellenar mi vaso.

—Ahora —dice Lucchese, cambiando el tono a uno peligrosamente casual—, dime qué carajos pasa con Matthew.

Todos mis músculos se bloquean al escuchar su nombre. Bajo la vista hacia el líquido ámbar, sintiendo el pulso golpear en mis sienes.

¿Acaso el universo no me iba a dar una tregua con este tema?

—No pasa nada —aseguro, fría.

—Exacto —Suelta una risa seca. Giro el rostro para encararlo—. ¿Por qué?

—Porque no me interesa de esa forma.

Me evalúa durante un segundo interminable antes de echarse a reír. Hago un gesto de fastidio y hago el amague de apartarme, pero él atrapa mi mano sobre la barra.

—Maddox, no me jodas —advierte, la diversión borrándose de sus facciones—. Sé qué crees que eres buena mintiendo. Quizás a él puedas engañarlo. A mí no.

—Vete al diablo, Harry.

—Vamos, princesa —suspira, soltándome—. ¿Me vas a decir en serio que no sientes nada por el perro guardián de tu padre?

—No es un perro guardián —siseo, apretando los dientes—. Es el *consigliere*.

—Y pronto podría ser el tuyo. —Se inclina hacia mí, acortando el espacio hasta que su olor a café y humo inunda mis sentidos. Una mezcla extraña—. ¿No te resulta… excitante?

—Por Dios, Lucchese. —Niego con la cabeza—. Eres la persona más retorcida que conozco.

Se ríe por lo bajo. De pronto, su mano sube y sus dedos atrapan mi mentón, obligándome a alzar el rostro. Lo miro, desafiante.

—Si no supiera que estás enfermo de obsesión por mi amiga, pensaría que estás intentando seducirme.

Su sonrisa se vuelve depredadora.

—Para nada, dulzura. Las rubias no son mi tipo —Me inspecciona el rostro—. Aunque ahora te ves muy diferente, sigues sin ser mi tipo.

—Qué alivio. Se supone que somos socios.

—Somos amigos.

Intento zafarme de su agarre, pero sus dedos son firmes.

—Deja la estupidez. En nuestro mundo no existen los amigos.

—Planeo cambiar eso. —Se encoge de hombros, rozando mi piel con el pulgar—. Nuevas reglas, Maddox.

No puedo evitarlo; una sonrisa genuina tira de mis labios. Harry Lucchese es un hombre innegablemente atractivo, con sus ojos verdes vibrantes y esa energía desquiciada. Podría ser mi tipo. Pero no me mueve ni un solo pelo. No provoca la tormenta eléctrica que me destroza los nervios cada vez que Matthew respira cerca de mí.

El corazón se me acelera al recordar el fuego y el sudor en Nueva York. Mierda. Llevaba noches enteras usando mi juguete, mordiendo la almohada para no buscarlo y suplicarle.

—¿Sabes? —susurra Lucchese, deslizando su mano libre hasta mi espalda baja. Sé que está jugando. Y eso solo confirma lo mucho que confío en él—. Si no te vas a follar a Matthew, deberías hacernos un favor a todos y montarte a otro para bajarte esa tensión.

—¿De qué hablas?

—De que te estás volviendo aburrida. —Hace un puchero falso—. Quizás necesitas que alguien te haga ronronear un poco.

—Eres un imbécil.

—Quizás.

Siento la yema de sus dedos trazando la piel desnuda de mi espalda baja. Sé que medio club nos está mirando. Lucchese roza el borde de mi tatuaje del dragón rojo, pero mi piel no se enciende.

No son sus ojos. No es la mirada dorada y letal de Matthew. No es su voz ronca, que suena como grava y pecado, ni su cuerpo esculpido para la guerra, que sé perfectamente que podría cubrirme entera, someterme y destrozarme. Lo sé porque ya lo viví.

Muerdo el interior de mi mejilla. Necesito acostarme con alguien. Con quien sea, para matar esta sed antes de que arruine mis planes.

La mano de Lucchese baja un milímetro más. Le lanzo una mirada que promete sangre.

—Lucchese —advierto, letal.

—¿Sí, dulzura?

—¿Qué mierda estás haciendo?

—Darles un pequeño empujón. —Me guiña un ojo, diabólico—. Ya sabes… si Matthew me viera tocándote ahora mismo, te garantizo que te haría olvidar esa tontería de que *«no es tu tipo»*.

—Si Matthew estuviera aquí, vendría y te arrancaría los ojos.

La seguridad absolutista con la que lo digo me toma por sorpresa.

—Sí, es verdad —asiente Harry, sin dejar de acariciar mi piel—. Supongo que eso explica por qué viene hacia aquí con ganas de cometer un homicidio, ¿cierto?

Todos los músculos de mi cuerpo se tensan.

—¿Qué…?

No llego a terminar la frase.

Una masa de pura y oscura furia nos alcanza antes de que pueda parpadear. Matthew irrumpe en mi campo de visión, estampa una mano contra el cuello de la camisa italiana de Lucchese y le clava el cañón de una Glock directamente bajo la mandíbula.

Mierda.

Lucchese se inclina hacia atrás en el taburete, sin perder ni por un segundo la sonrisa arrogante.

—Buenas noches —saluda Harry, con el metal frío presionándole la garganta—. Lo siento, le hacía compañía. La vi muy sola…

—Te voy a matar.

La voz de Matthew es un gruñido gutural, bajo, cargado de una violencia tan primitiva que hace que el aire a nuestro alrededor se vuelva denso. Y al verlo así —enorme, ciego de celos, dispuesto a volarle los sesos a un Don por tocarme—, una corriente pesada y líquida se acumula en el fondo de mi vientre.

Mierda. ¿Me acabo de excitar?

—Estábamos a punto de ir a su piso… —provoca Lucchese.

—Voy a arrancarte esos putos ojos y te los daré de comer —sisea Matthew, hundiendo la pistola aún más en la carne de Harry. El neoyorquino ni parpadea—. Y luego te cortaré esa estúpida lengua…

—Matthew —intervengo, mi voz rasposa. Él aprieta los labios, la vena de su cuello latiendo con furia, pero no aparta el arma. Me bajo del taburete y doy un paso hacia él—. Matthew. Suéltalo.

—No.

Maldigo en voz baja. A nuestro alrededor, la pista de baile podría seguir moviéndose, pero nuestra burbuja es el centro de atención de cada asesino en este lugar. Si Levi se entera de que su *consigliere* está a un gatillo de iniciar una guerra con Nueva York en medio de la pista de baile, será un problema.

—Estás haciendo una maldita escena —le advierto.

—Me importa una reverenda mierda. —El clic del percutor resuena sobre la música. Ahora sí, Lucchese traga saliva, pero su sonrisa sigue intacta—. Lo hubieras pensado antes de ponerle las manos encima.

—Oh, no sabía que era territorio marcado —se burla Harry, encogiéndose de hombros contra el arma—. Me dijo que no le interesabas de esa forma.

Maldito hijo de puta.

Aprieto los párpados con fuerza.

—¿Sabes qué? Cambié de parecer —dice Matthew, su mirada dorada clavada en Harry, oscura como la muerte—. Me conformo con arrancarte el corazón y colgarlo en mi pared como un puto trofeo.

—¡Matthew!

CAPÍTULO 28

Matthew

La voz de Maddox a mi espalda solo consigue echarle gasolina a la furia que me incendia las venas. ¿Cómo demonios permite que alguien como él la toque?

Voy a matarlo. Estoy a un segundo de jalar el gatillo en medio de este maldito club. No sé qué excusa le daré a Levi cuando la sangre salpique la barra; quizás sea hora de admitir de una puta vez lo que siento por su hija. Y si eso significa una bala en mi propio cráneo, me importa una mierda, siempre y cuando envíe a Lucchese al infierno primero.

—¡Matthew, suéltalo! ¡Ahora!

El tono autoritario y molesto de su voz me golpea.

Me estoy sobrepasando, lo sé. Este es su territorio. Ella manda, ella impone las reglas. Pero estoy harto, asquerosamente harto, de que sea solo conmigo con quien marca límites intocables.

¿Qué demonios tiene este imbécil neoyorquino que yo no tenga?

—No lo voy a repetir —advierte ella, la voz vibrando de ira contenida.

Debería soltarlo.

Pero mis dedos pican por apretar el percutor.

—A la mierda —sisea Maddox al ver que no retrocedo—. No voy a quedarme a ver cómo me faltan el respeto.

No necesito girarme para saber que se aleja; siento el vacío que deja su presencia al instante. Lucchese, aún con mi cañón clavado bajo la mandíbula, inclina un poco la cabeza y suelta un suspiro teatral.

—Se fue muy enojada —comenta, imperturbable.

—Te detesto.

—No exageres, Hardaway —Resopla, apartando la mirada como si yo fuera una simple molestia—. Solo les estaba dando un ligero empujón.

—No necesito tus putos empujones —Hundo el metal en su piel hasta que hace una mueca—. Y espero que te quede grabado a fuego: si le vuelves a tocar un solo pelo, te voy a enterrar a cien metros bajo tierra.

Lucchese alza una ceja, evaluándome.

—Ya, el mensaje llegó claro —murmura—. Lo que no entiendo es qué haces perdiendo el tiempo aquí, cuando la princesa ya se fue...

Lo aparto de un empujón brutal que lo hace chocar de espaldas contra la barra. Sin dedicarle una segunda mirada, me doy la vuelta y atravieso la pista del club a zancadas, ignorando las decenas de ojos clavados en mi nuca. Los nudillos me duelen por la fuerza con la que agarro el arma, pero me obligo a guardarla. Ya cometí suficientes estupideces por una noche.

El aire helado de la madrugada me golpea como una bofetada al salir a la calle. Escaneo el asfalto hasta que diviso su figura alejándose a paso rápido. La alcanzo en tres zancadas, le sujeto el brazo y tiro de ella con brusquedad, obligándola a girar. El impacto hace que nuestros pechos choquen con fuerza. El instinto más primitivo y salvaje de mi cerebro me ruge que la cargue, la encierre en mi coche y no la deje salir hasta que recuerde a quién le pertenece.

Sus ojos verdes relampaguean en la penumbra, cargados de furia, pero es su cabello lo que me roba el aliento. Adentro estaba tan

cegado por la idea de asesinar a Lucchese que no noté el cambio. Joder... el negro la hace lucir letal. Hermosa e inalcanzable.

La garganta se me cierra. Una punzada de pura y pesada necesidad me golpea directo en la entrepierna.

Maddox me lanza una mirada asesina e intenta zafarse, pero hundo los dedos en su piel, inmovilizándola. Se me agotó la paciencia. Antes de que pueda soltar una maldición, me agacho, le atrapo las caderas y me la echo al hombro en un solo movimiento fluido.

—¡Matthew! ¿Qué demonios haces? —Patalea con tanta fuerza que casi pierdo el equilibrio, pero le sujeto los muslos con brazos de hierro. Se queda rígida un segundo, procesando la posición, antes de volver a gritar—. ¡Bájame!

—Lo haré cuando lleguemos al coche.

—Estás muy equivocado si crees que me iré contigo.

—¿Preferías irte con Lucchese?

La escucho bufar, golpeándome la espalda.

—Deja de comportarte como un…

La callo al depositarla en el suelo junto a mi BMW, acorralándola de inmediato contra la puerta metálica. Apoyo ambas manos a los lados de su cabeza, inclinándome hasta que mi pecho roza el suyo.

—¿Decías? —siseo, la respiración agitada—. Porque todo esto habría sido mil veces más sencillo si no dejaras que cualquiera te ponga las manos encima.

—Basta —Me interrumpe, alzando el mentón sin dejarse intimidar un milímetro—. Deja de actuar como un cavernícola territorial.

—No es mi puta culpa que te empeñes en llevarme al límite —susurro, bajando el rostro hasta quedar a centímetros de su boca—. Si tan solo dejaras de provocarme cada vez que tienes la oportunidad...

Ella alza una ceja, desafiante, pero sus ojos traicionan su máscara al caer hacia mis labios por una fracción de segundo.

—¿Ahora resulta que es mi culpa que tú no puedas controlar tus instintos asesinos?

Una sonrisa oscura e involuntaria tira de mi boca.

—Solo los tengo contigo —Deslizo una mano desde la puerta hasta su garganta, envolviendo su cuello con firmeza. Ella no retrocede. Me sostiene la mirada, imperturbable, pero siento su pulso saltar contra mi palma—. Solo cuando otro cabrón cree que puede tocarte.

Se muerde el labio inferior y la visión casi me hace perder la cabeza. Lo único que deseo es reemplazar sus dientes por los míos, morderla, marcarla. Pero antes de que pueda acortar la distancia, Maddox empuja mi pecho con ambas manos, aprovechando mi distracción. Me tambaleo medio paso hacia atrás, el espacio exacto que ella necesita para abrir la puerta del copiloto.

Antes de entrar, duda un segundo. Me da la espalda, y mis ojos se clavan en el tatuaje del dragón rojo, completamente expuesto. La ira vuelve a latir en mis sienes. Quiero borrar el rastro invisible de los dedos de Lucchese. Quiero que solo quede mi marca.

La puerta del copiloto se cierra de un portazo, cortando el hilo de mis pensamientos. Cierro los ojos y cuento hasta cinco, apoyando la frente en el techo del coche. Necesito que mi erección baje antes de encerrarme en ese habitáculo con ella, o no respondo de mis acciones.

Rodeo el auto y subo al asiento del conductor. Maddox tiene la vista clavada en la ventanilla, como si la calle fuera lo más fascinante del mundo. Me encantaría decirle lo preciosa que se ve. Cómo ese cabello oscuro hace que sus ojos verdes parezcan veneno puro. Me encantaría tomarla de la mandíbula y obligarla a mirarme.

Me encantaría hundirme en ella hasta que grite mi nombre.

Aprieto el volante hasta que los nudillos me crujen y piso el acelerador. No puedo hacer nada de eso, y la contención me está destrozando por dentro. Me detengo en un semáforo en rojo. Me giro a medias, con la intención de romper el hielo, de intentar que el

aire deje de sentirse tan pesado. Y entonces lo veo. Descansando justo en el nacimiento de sus pechos, brilla el maldito diamante rojo envuelto en oro. El collar que Lucchese le regaló hace dos años.

Piso el acelerador a fondo, saltándome el rojo. Voy a matar a Lucchese.

Cinco minutos después, los neumáticos chirrían contra el asfalto cuando estaciono frente a su nuevo edificio. Agradezco que Levi me haya enviado la dirección por mensaje. Maddox permanece inmóvil un segundo, se gira hacia mí, me lanza una mirada inescrutable y abandona el vehículo con otro portazo.

Golpeo el volante con el puño cerrado.

—Matthew, eres un puto imbécil —me digo a mí mismo.

Apago el motor y salgo tras ella. La alcanzo justo en la entrada del edificio, donde se gira de golpe para enfrentarme.

—¿Cómo se te ocurre? —Antes de que pueda reaccionar, se quita uno de los zapatos de diseñador y me lo lanza a la cabeza. Lo esquivo por un milímetro—. ¡Me faltas el respeto en frente de todos mis hombres!

—Maddox… —Me lanza el otro zapato. Golpea mi hombro—. ¡Maddox, maldita sea! ¡Espera!

Se gira, descalza, y cruza el lobby hacia los ascensores. Recojo sus zapatos del suelo, apresuro el paso y meto la mano entre las puertas metálicas justo antes de que se cierren. La ranura de seguridad salta y las puertas se abren de nuevo. Entro a la cabina.

—¡Vete!

—Escúchame un segundo…

—¡No quiero escucharte! —me grita, arrinconándose contra el espejo del fondo—. ¿Cómo pudiste comportarte así?

—¡Lucchese te estaba tocando!

—¿Y esa es tu excusa para ignorar mi autoridad? ¡Era mi club, Matthew! ¿Tienes idea de cómo te viste? ¡Como un puto animal

fuera de control!

Dejo caer sus zapatos al suelo con un golpe sordo. El sonido retumba en el espacio cerrado, pero ninguno de los dos aparta la vista. Doy un paso hacia ella, acortando la distancia. El aire en la cabina se vuelve denso, cargado de una electricidad que raspa la piel.

—Si estás esperando que me disculpe...

—¡Deberías!

—Pues no lo haré —sentencio, la voz grave y dura—. Porque si no fuera por tu padre, le habría volado los sesos ahí mismo y lo habría disfrutado.

Doy otro paso. Ella retrocede, pero su espalda choca contra el frío metal de la pared. Sus ojos brillan con una mezcla de furia y algo más oscuro que se niega a admitir.

—No hablas en serio —susurra.

—Hablo jodidamente en serio cuando se trata de otro hombre tocando lo que es mío.

Su pecho sube y baja con rapidez. Mis ojos se desvían, inevitablemente, hacia el diamante rojo. Extiendo la mano hacia el panel de botones del ascensor y presiono el botón de parada de emergencia.

La cabina da una sacudida que la desestabiliza. Aprovecho la inercia, acorto los centímetros que nos separan y vuelvo a atrapar su cuello con mi mano, esta vez acorralándola por completo.

Maddox alza el mentón. Su garganta tiembla contra mi piel.

Sé que debería apartarme. Sé que estoy cruzando una línea de la que no hay retorno. Pero estoy harto de vivir en las sombras. Me pego a ella, aplastando su cuerpo contra el mío, asegurándome de que sienta la dureza de mi erección contra su vientre. Quiero que lo entienda. Quiero que deje de fingir.

A la mierda el respeto, la disciplina y el código. A la mierda sus barreras invisibles. Si de verdad no siente nada por mí, tendrá que mentirme mientras su cuerpo me dice lo contrario.

Me torturó en Nueva York rogando por mis manos, y he pasado cada maldita noche desde entonces pagando el precio de no haberla tomado como quería. Sus jadeos repitiendo mi nombre han sido mi ruina. He tenido que morder mis propias sábanas para no suplicarle de rodillas.

—Matthew… —murmura con la voz rota.

—Tú —Me inclino, rozando mis labios contra los suyos, sintiendo su aliento temblar—. Eres. Mía.

Sus labios se entreabren, dejando escapar un suspiro rendido. Si la beso ahora, ¿me dejará devorarla, o volverá a sacar sus escudos?

—No soy una cosa... —Su voz sale rasposa, débil, y la fricción de su cuerpo contra el mío hace que la necesidad se vuelva dolorosa—. No puedes...

—No, no lo eres —la interrumpo. Cierro los dedos alrededor de su cuello, aplicando una presión calculada y firme. Su pulso enloquece bajo mis yemas—. Pero eso no quita que seas mía.

—Matthew.

—Si vuelvo a ver a alguien poniéndote una mano encima, lo mato. No estoy jugando a ser el protector, Maddox. Te estoy diciendo lo que voy a hacer.

—N-no puedes hablar en serio —balbucea, perdiendo el aire.

—¿Quieres ponerme a prueba?

—Basta —pide en un ruego ahogado.

El ambiente es filoso como el cristal. Un solo movimiento brusco y nos destrozaremos mutuamente. Con la mano libre, atrapo su pierna desnuda y la alzo, obligándola a enredarla alrededor de mi cadera. Maddox no opone resistencia. Se amolda a mi cuerpo, dócil, caliente, y el contraste con su actitud fría me vuelve loco. Deslizo la mano

libre desde su rodilla hasta subir a su escote, y mis dedos atrapan el diamante frío.

—Detesto que lleves esto puesto —confieso, ronco—. Detesto que dejes que te toque. Lo detesto a él.

—Matthew… —Suelto el collar y hundo los dedos en su cintura, apretando fuerte. Ella se estremece con un jadeo sordo—. No puedes estar hablando en serio...

—Lo hago. Así que, ¿estaría mal que te pida que lo saques de tu vida?

—No lo haré.

Lleno mis pulmones de aire, impregnándome de su aroma cítrico y salvaje, y apoyo mi frente contra la suya, cerrando los ojos. Aprieto la carne de su muslo con más fuerza. Ella ahoga un gemido, pero la vibración de su garganta viaja directo a mi sangre.

—¿Por qué me haces esto? —susurro contra su boca.

—No te hago nada…

—Me estás volviendo loco —gruño, incapaz de contenerme—. No dejas que me acerque, no dejas que te toque, pero permites que él lo haga en público. No me dejas besarte y tienes el descaro de mentirme diciendo que no sientes nada por mí.

—No lo hago.

Abro los ojos y clavo mi mirada en los suyos. Se pasa la lengua por el labio inferior, nerviosa.

—Tu corazón está golpeando tan fuerte que puedo sentirlo en mi propio pecho, Maddox. No necesitas mentirme.

—Eso no significa…

—¿Quieres que hablemos de cómo te desarmaste en Nueva York?

—Basta...

—He soñado cada maldita noche con tenerte suplicando otra vez. —Su respiración se corta—. No tienes ni puta idea de la cantidad de

veces que me he masturbado esta semana pensando en ti, en cómo me mirabas, en lo húmeda que estabas...

—Matthew, por favor —suplica, cerrando los ojos.

—Si te toco ahora, justo ahora —acerco mi cadera, friccionando mi dureza contra su centro—, ¿qué tan empapada voy a encontrarte?

Sus labios se separan, incapaces de formular una mentira.

—Basta —pide en un hilo de voz—. Deja de comportarte así... deja de...

—¡No puedo! —El grito me desgarra la garganta, crudo y desesperado—. ¿No lo entiendes? Lo intento, joder, y no puedo. Es lo primero que pienso al abrir los ojos y lo último antes de caer desmayado del cansancio.

—Matthew…

—Fantaseo contigo. Respiro solo por ti. Estoy enfermizamente obsesionado contigo.

—Basta…

—Solo pienso en besarte. En arrancarte este vestido y hacerte mía hasta que olvides cómo te llamas —Subo la mano desde su pierna hasta rozar su centro por encima de la tela fina—. Solo pienso en dormir abrazado a ti. En enredar mis manos en tu cabello y obligarte a abrir la boca para recibirme.

—Matt…

—Está mal, lo sé mejor que nadie —confieso, con la voz quebrada por la tensión—. Pero no me importa. Porque soy tuyo, Maddox. En cuerpo y alma. Y lo único que quiero es que seas mía.

—¿Por qué lo haces tan difícil? —Una lágrima de pura frustración asoma en sus pestañas.

—Porque tu indiferencia me está matando —El nudo en mi garganta es una roca de bordes afilados. Estoy desnudo ante ella—. Y que me empujes solo a mí, me destroza.

—No podemos... —Niega con la cabeza, atormentada—. No voy a cometer el mismo error dos veces.

Mi cuerpo se congela al comprender el significado de sus palabras. Es como si hubiera sacado un cuchillo ensangrentado de su bota y me lo hubiera clavado directo en el esternón. En lugar de sangre, siento que trago vidrio molido.

Aflojo un poco el agarre en su cuello, lo suficiente para que me mire a los ojos.

—Yo no soy Máximo —sentencio, y cada palabra me cuesta la vida—. Y me ofende profundamente que creas que soy capaz de hacerte lo mismo que él.

—No me refiero a eso —balbucea, la culpa cruza su rostro—. Me refiero a que... no hay lugar para la debilidad ni los sentimientos en esta vida.

Lo sé. Por todos los dioses, claro que lo sé.

—No necesito que sientas lo mismo que yo.

La humillación de mis propias palabras casi me hace vomitar. Soy el *consigliere* más temido de Chicago, un hombre que hace temblar a los jefes de la mafia, arrastrándose por las migajas de atención de la única mujer que lo rechaza.

—No intentes mentirme —me devuelve, usando mi propia frase.

Cierro los ojos, grabando a fuego en mi memoria la textura de su piel, su calor, la forma en que encajamos perfectamente. Es la primera vez que estamos así; lo de Nueva York fue solo un juego de poder a medias. Mi pecho es un caos de emociones que no sé procesar. Quiero llevarla a la cama, esconderla del mundo, amarla hasta que se nos olvide que nacimos con las manos manchadas de sangre. Ella es lo único puro que he deseado en mi maldita vida.

De pronto, siento sus manos pequeñas trepar por mi pecho, deslizándose por mis hombros hasta llegar a mi nuca.

—Maddox —suplico.

Es la única palabra que queda en mi diccionario. Maddox. Maddox. Maddox. Si existiera un altar en el infierno, me arrodillaría y la adoraría ahí mismo. Siempre ha sido mi única religión.

Sus dedos trazan la línea de mi mandíbula, acarician la barba de varios días, y me estremezco entero. Soy patético. Un solo roce suyo y estoy a punto de perder la cabeza.

Sus manos acunan mi rostro. El gesto carga una ternura tan devastadora, tan impropia del monstruo en el que ella cree haberse convertido, que me desarma. No merezco esta suavidad, pero Dios sabe que reduciría el mundo a cenizas solo para que me siga tocando así.

—Matthew —susurra, con los ojos anegados, rozando su nariz con la mía—. Por favor.

Me está suplicando que pare.

Y la entiendo. Joder, la entiendo tanto que me parte el corazón en pedazos minúsculos. Aunque no debería doler; desde que me dijo que no le intereso, este corazón ya estaba muerto.

Hundo los dedos en su cintura una última vez, memorizando el contacto, y me aparto bruscamente, dejándola caer de nuevo sobre sus pies.

Maddox se apoya en el espejo, con la respiración agitada y los ojos verdes brillantes y desorbitados. Desactivo el botón de emergencia y presiono la apertura de puertas. El metal se desliza, revelando el pasillo del lobby.

Asiento con la cabeza de forma rígida, me trago la agonía que me sube por la garganta, fuerzo una media sonrisa vacía y salgo del ascensor. Agradezco que no intente detenerme. Si me quedo un segundo más, verá cómo mi muro de piedra se derrumba por completo.

CAPÍTULO 29

Maddox

La luz cruda de la mañana se filtra por los ventanales y me golpea el rostro, pero me niego a apartar la vista del techo. Mi móvil lleva vibrando un buen rato sobre la mesa de noche. Sé que, además de la alarma, debe estar saturado de mensajes de Penny exigiendo saber qué demonios pasó anoche.

No estoy dispuesta a leerlos. Mucho menos a responderlos.

Porque, ¿qué carajos se supone que le diga? ¿Cómo le explico a mi mejor amiga que todo voló por los aires y, al mismo tiempo, no sucedió absolutamente nada?

«¡No puedo! ¿No lo entiendes? Lo intento, joder, y no puedo. Es lo primero que pienso al abrir los ojos y lo último antes de caer desmayado del cansancio».

Un nudo de hierro se me instala en la garganta al recordar su voz rota. Los flashes de la noche anterior me asaltan, densos y asfixiantes. El calor de su pecho, la fuerza letal de sus dedos en mi cuello, la desesperación en su mirada dorada. ¿Por qué tuvo que desnudarse así frente a mí? ¿Por qué se empeña en desarmar todas mis barreras?

«Tú. Eres. Mía».

Llevo una mano a mi cuello, rozando la piel desnuda con la yema de los dedos, y un escalofrío traicionero me recorre la espina dorsal. Es como si el tacto de Matthew se hubiera quedado tatuado allí, como el fantasma que siempre ha sido. Anoche no cruzamos la línea, no

nos besamos, no me desnudó… Entonces, ¿por qué mi cuerpo reaccionó con tanta violencia? ¿Por qué la simple vibración de su voz contra mis labios fue suficiente para empaparme las bragas?

La respuesta es simple: Matthew nunca ha necesitado ponerme un dedo encima para incendiarme. Incluso cuando jugaba a la pareja feliz con su hermano, Matthew era mi punto de gravedad.

Y anoche... anoche vi al monstruo y al hombre suplicando al mismo tiempo. Y estuve a un segundo de mandar mi autocontrol al infierno. De perderme en la aspereza de sus palabras y dejar que esa oscuridad adictiva que respira por cada poro me arrastrara con él.

Como en Nueva York.

Mierda. Si anoche él hubiera decidido ignorar mis estúpidos límites, yo me habría abierto para él. Estaba desesperada. Si lo hubiera hecho, todo sería diferente hoy. ¿O no lo es ya?

El móvil vuelve a vibrar, sacándome de mi miseria. Ruedo por el colchón y lo tomo a regañadientes. El nombre de mi padre parpadea en la pantalla.

Maldición. ¿Ya se habrá enterado del espectáculo en el club? El lugar estaba lleno y todo el mundo sabe quién soy. Y saben exactamente quién es el *consigliere* de Chicago. Sumar dos más dos y esparcir el rumor no les tomaría ni cinco minutos.

Todo por culpa del imbécil de Lucchese.

—Lo voy a despellejar —murmuro, deslizando el dedo para aceptar la llamada—. Levi.

—*Mia cara*, creí que te vería a primera hora en las oficinas.

Alejo el aparato para revisar la hora y suelto un suspiro agotado. Iba tarde y ni siquiera había pisado la ducha.

—Sí, lo sé. Disculpa, anoche…

—Sí, el club.

El silencio se estira al otro lado de la línea.

—Yo…

—¿Qué hace Lucchese en Chicago? —Suelta la pregunta como un latigazo.

—Me encantaría tener la respuesta —miento con fluidez—. Supongo que está de visita.

Lo escucho murmurar algo en italiano por lo bajo.

—Interesante —susurra Levi—. ¿Ustedes dos…?

—Somos socios —lo corto de raíz—. Casi amigos.

Mierda. ¿Acabo de usar la palabra *«amigos»* con el psicópata de Nueva York?

—De acuerdo —dice, pensativo—. ¿Sabes? No sería una mala alianza estratégica. Un Lucchese y una Salvatore…

La sangre se me hiela.

—¿De qué estás hablando, Levi? ¿Acaso no puedes dejarle el imperio a tu hija si no tiene un anillo en el dedo?

—Maddox —advierte, la voz teñida de peligro—. No me tomes por un imbécil.

—Acabas de sonar exactamente como uno.

—Me refiero a que, si quisieras…

—No —sentencio—. Por supuesto que no.

Escucho cómo exhala con pesadez.

—Bien. Era solo una observación.

—Como sea —Desecho las sábanas y camino descalza hacia el mármol frío del baño—. Estaré allí en media hora.

—Está bien, *mia cara*. Te espero.

—Por cierto —añado antes de colgar—. Necesito que me envíes un coche.

—Yo me encargo. Nos vemos, hija.

Tiro el móvil sobre la encimera y abro el grifo de la ducha al máximo. Necesito que el agua hierva, que el vapor sature el aire y me queme la piel para poder sentir algo diferente a la ansiedad eléctrica que Matthew me inyectó anoche.

Me deshago de mi ropa y me detengo frente al espejo que abarca la pared entera. Me giro de perfil y dejo que la luz cruda ilumine el mapa de cicatrices que decoran mis caderas, mi espalda y mis glúteos. La carne curada tiene un relieve irregular, como marcas de garras. Al principio pensé en someterme a cirugías láser para borrarlas, pero desistí. Las acepté. Son mías. Si algún día me llevaba a alguien a la cama y no podía soportar mirar lo que me hicieron, era su problema, no el mío.

Estas marcas son el recordatorio de que sobreviví al infierno. Y la cicatriz que atraviesa mi ojo me da exactamente el aspecto que necesito: el de una princesa de la mafia que ya no es ninguna víctima.

—Fue una buena elección —murmuro para mí misma, pasando los dedos por mi cabello oscuro.

Había dudado en teñirlo de negro, pero necesitaba matar a la antigua Maddox. Este color resalta el verde de mis ojos, el rastro de mis pecas, incluso mi cicatriz. Y, siendo brutalmente honesta, la expresión de pura posesividad en el rostro de Matthew cuando me vio así... me encantó.

Cierro los ojos, expulsando el pensamiento.

No vas a cometer el mismo error dos veces. No hay lugar para la debilidad, ni para los sentimientos. Puedo jugar con fuego si necesito quemar la tensión, pero no puedo dejar que nadie vuelva a tener el poder de destruirme.

Me meto bajo el agua hirviendo, dejando que el calor barra el sudor frío de la madrugada. Veinte minutos después, salgo envuelta en una bata blanca de algodón. Camino hacia la cocina con la única idea de inyectarme café en las venas antes de vestirme, pero mis pasos se clavan en el porcelanato al ver la escena.

Harry Lucchese. En mi cocina.

Vistiendo únicamente unos pantalones deportivos grises que cuelgan peligrosamente bajo en sus caderas, moviendo una espátula mientras tararea una canción.

—¿Qué demonios haces en mi cocina?

Da un salto que casi hace volar la sartén, girando hacia mí con los ojos muy abiertos.

—¡Joder, Maddox! Casi me matas de un infarto.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Qué estás haciendo tú aquí?

—Yo vivo aquí, imbécil —Me cruzo de brazos, apretando el nudo de la bata—. ¿Por qué estás medio desnudo revolviendo mis cosas?

Exhala con fastidio, como si yo fuera la intrusa, y hunde un cucharón en un bol de masa.

—Hago *hot cakes* —responde con total naturalidad, vertiendo la mezcla—. ¿Quieres?

Me quedo paralizada, procesando el nivel de surrealismo de la situación. Es el Don de la familia criminal más peligrosa de la Costa Este, y está cocinando el desayuno en mi departamento como si fuera mi compañero de cuarto universitario.

Niego con la cabeza, rindiéndome ante su locura.

—De acuerdo —murmuro, yendo hacia los cajones para sacar un par de platos y encender la cafetera—. ¿Quieres jugo de naranja?

—Claro, dulzura. —Me guiña un ojo mientras voltea un panqueque perfecto—. ¿Y me vas a explicar por qué estás durmiendo sola aquí y no enredada en las sábanas de tu perro guardián?

La mandíbula se me tensa.

—Deja de llamarlo así.

Me siento en uno de los taburetes frente a la isla de mármol negro. Harry se acerca, sirve una torre de panqueques en cada plato y se sienta frente a mí. Debo admitir que huelen a gloria.

—Entonces responde —insiste, llevándose un bocado a la boca y cerrando los ojos con exageración—. Por Dios, soy increíble.

—¿Alguien te ha dicho alguna vez que tienes el ego más inflado del planeta?

—Sí —Asiente, dándole un trago al jugo—. Me dijeron que lo único más grande que mi ego es mi polla.

—Eres un asco.

Él se echa a reír con la boca llena.

—Ya, en serio. ¿Qué haces aquí?

Corto un trozo de masa y me obligo a masticar antes de responder. Está esponjoso y crujiente en los bordes. Maldito Lucchese.

—¿Qué esperabas, Harry? Que al provocar a Matthew anoche mágicamente íbamos a terminar follando?

—¿Sí? —Abre los brazos, como si fuera la conclusión más lógica del mundo—. La verdad que sí, era exactamente mi plan maestro.

—Pues no funciona así.

—¿Por qué no?

—Porque es... complicado —siseo.

—¿Qué es lo complicado?

Clavo las uñas en las palmas de mis manos. ¿Por qué no podía simplemente cerrar la boca?

—¿Por qué te importa tanto?

—Porque eres mi amiga. —Intento interrumpirlo, pero me apunta con el tenedor como si fuera un arma—. Shh. Deja de negarlo.

—Como digas —suspiro, derrotada.

—¿Sabes? —El tono de Lucchese cambia de repente. La burla desaparece de sus ojos azules, dejando ver al líder de la mafia—. Cuando te conocí hace dos años... aunque no fueron las mejores circunstancias…

—¿Te refieres a la noche que asesiné a tu tío?

Hace una mueca, dándome la razón.

—Sí. En fin, estabas... diferente. ¿Qué te ocurrió, Maddox?

Una risa seca raspa mi garganta.

—Me torturaron, Lucchese. Eso me ocurrió.

Sus ojos se oscurecen. El silencio se vuelve de plomo.

—Y por si eso no fuera poco —continúo, la voz fría como el hielo—, el hombre que creía amar, al que le entregué cada jodida parte de mí, me vendió. Me entregó a mis secuestradores y se quedó mirando mientras me rompían los huesos y la cordura.

Harry se muerde el interior de la mejilla. Por una vez en su vida, el maestro de la provocación parece medir sus palabras antes de soltarlas. Lo agradezco; si hace un chiste ahora, le clavo el cuchillo en la mano.

—¿Matthew lo sabe? —La falta de respuesta en mi rostro es toda la confirmación que necesita—. ¿Por qué carajos no se lo has dicho?

—Porque si lo supiera, no descansaría hasta encontrarlo.

—¿Y no es exactamente eso lo que quieres?

Mi pulso se acelera.

—Quiero hacer las cosas a mi manera, Harry —murmuro, inclinándome sobre la isla—. Quiero cobrarme cada gota de sangre. No solo con el bastardo de Marcio, sino con Máximo. Y quiero hacerlo con mis propias manos.

—Una bala en la frente no te será suficiente —adivina, leyendo la oscuridad en mi mirada.

—No. Quiero despellejarlos. Quiero que se ahoguen en su propia sangre sabiendo exactamente con quién se metieron.

Lucchese asiente lentamente, comprendiendo el idioma de la crueldad.

—Ya. Entiendo. ¿Y qué tiene que ver Matthew en todo esto?

—¿Cómo pretendes que me deje llevar por el tipo que lleva la misma sangre que el hombre que me destruyó?

Harry detiene su respiración una fracción de segundo.

—Maddox... ¿no confías en Matthew?

—Confío en él con mi vida —confieso, y la verdad duele—. Pero al final del día, Máximo es su hermano. Nada me garantiza que me permita masacrarlo como yo necesito hacerlo. Involucrarme sentimentalmente con Matthew ahora solo ataría mis manos.

Lucchese baja la vista a su plato. Suspira, rasca su mandíbula y me mira fijamente.

—Incluso aunque te estés muriendo por él.

—Yo jamás dije eso...

—No tienes que decirlo, princesa. Se huele a kilómetros. —Se ríe por lo bajo, apoyando el codo en el mármol y descansando la barbilla en su mano—. También está claro lo que él siente por ti. Lo vi desde el primer segundo. Eres su centro de gravedad. Respira por ti, mata por ti...

—Ya basta.

Siento el calor subir a mis mejillas, odiando la evidencia.

—El día que por fin se rompa esa cuerda floja y suceda algo entre ustedes, van a dejar la habitación en ruinas.

—Lucchese...

—Hay demasiada tensión, Maddox. Reprimirlo tanto tiempo solo asegura que la explosión sea nuclear. Puede salir muy bien, o increíblemente mal.

—¿Puedes dejar de analizar mi vida sexual con tanta ligereza? —reclamo.

Antes de que él pueda responder, el timbre del departamento corta el aire.

Suelto un gruñido de exasperación y me bajo del taburete.

—Ve a abrir. Yo debo vestirme de una maldita vez.

—A sus órdenes, majestad —se burla a mi espalda, arrastrando los pies descalzos hacia la entrada—. Oh.

El monosílabo sale de su boca cargado de una diversión tan macabra que mis pies se clavan en el piso a mitad del pasillo. Me giro lentamente hacia la puerta de entrada, y el aire abandona mis pulmones. Un *déjà vu* violento de la noche anterior me golpea de frente.

CAPÍTULO 30

Matthew

Esto tiene que ser una jodida broma.

¿Qué clase de karma estoy pagando? ¿O es que los pecados de mi vida actual son tantos que el infierno ya me está cobrando por adelantado?

Bueno, has asesinado a mucha gente, Matthew.

La voz fría de mi consciencia me responde mientras le quito el seguro a mi arma. Y estoy a un segundo de sumar un nombre muy importante a la lista.

—Matthew Hardaway —La voz de Maddox resuena en el pasillo, afilada y furiosa—. ¿Podrías dejar de apuntarle a mi invitado con un arma?

Lucchese me guiña un ojo.

—Podría —respondo, hundiendo el cañón de la Glock un poco más en la garganta del neoyorquino—. Pero no tengo el más mínimo interés en hacerlo.

Giro la cabeza una fracción de segundo hacia ella. Maddox me fulmina con la mirada. Lleva el cabello oscuro suelto, aún húmedo, cayendo como una cascada de ónix sobre sus hombros. Y no viste absolutamente nada más que una delgada bata blanca de ducha.

La sangre me hierve. El instinto asesino que me contuve de liberar anoche regresa con el doble de fuerza. Vuelvo la vista hacia

Lucchese y la ira me azota como un látigo. Tiene el torso desnudo y lleva puestos unos pantalones deportivos sueltos. No puede ser...

—Dime que no es lo que parece —gruño en voz baja, mirando a Maddox de reojo.

—¡Hey! —interviene Lucchese, alzando las manos en falsa inocencia —. No es mi culpa que tú no te la hayas llevado a la cama anoche. Alguien tenía que…

—Termina esa frase y pinto la pared con tus sesos —advierto, la voz ronca por la rabia.

—¡Basta! —estalla Maddox—. ¿Pueden ambos comportarse como adultos?

—De acuerdo —suspira Lucchese, con esa sonrisa arrogante que me enferma—. Pero para ser justos, princesa, él es quien me está encañonando en tu propia cocina.

—Matthew. Suéltalo.

Me cuesta la puta vida obedecer. Con un esfuerzo sobrehumano, aparto el arma y retrocedo dos pasos antes de hacer lo que llevo deseando hacer desde que entré. Guardo la Glock y me giro hacia ella, blindando mi expresión.

—Vine para llevarte a la reunión —informo, con frialdad fingida.

Maddox alza una ceja, evaluando la tensión en mis hombros.

—De acuerdo. ¿Puedes esperarme aquí sin cometer un homicidio mientras me visto?

Aprieto la mandíbula.

—Puedo intentarlo.

Ella exhala un suspiro pesado, se da la vuelta y desaparece por el pasillo. Mis ojos siguen el balanceo de sus caderas hasta que la puerta de su habitación se cierra.

Cuando me giro, Lucchese ya se ha dejado caer en el sofá blanco. Tiene los brazos extendidos sobre el respaldo, con una postura

absurdamente relajada para un hombre que estuvo a un milímetro de morir. Es la segunda vez en menos de veinticuatro horas que amenazo de muerte a un Don. Podría pedir mi cabeza.

—No te haría daño —suelta Lucchese de pronto, leyendo mi mente —. Sé exactamente lo que estás pensando, Matthew. Y tienes razón: no debería dejar pasar con tanta ligereza que un simple soldado me amenace, mucho menos frente a todo su club. Eso me haría lucir débil en Nueva York, ¿no crees?

No respondo. Sus palabras son un hecho innegable.

—No tendrías que lidiar con esto si aprendieras a controlar tus putas manos —replico, cortante.

¿Soy un suicida por seguir provocándolo? Sí. Pero es un acto reflejo. Él mismo firma su sentencia de muerte cada vez que respira cerca de ella. Esperaba que mi demostración de violencia anoche le hubiera dejado claro a todo el mundo lo que le pasa a quien intente tocar a la mujer que amo. Sea un soldado raso o un Don. Me importa una mierda. Los quemaría a todos por igual.

La esquina de la boca de Harry se curva en una media sonrisa.

—Solo intento darte un empujón, Matthew.

—Eso dijiste anoche —Me cruzo de brazos, clavando la vista en el pasillo—. No necesito tu ayuda.

—Por favor —Se ríe por lo bajo—. Estás a punto de reventar. Si no le pones las manos encima a Maddox pronto, vas a perder la poca cordura que te queda.

—Lucchese —advierto, perdiendo la paciencia.

—Mírate. Eres un hombre letal, y te comportas como un jodido adolescente frustrado.

Niego con la cabeza, asqueado.

—Te detesto —gruño.

—No te preocupes, no es mi tipo —añade con un suspiro dramático —. Sé lo que parece, y lo cierto es que es enfermizamente atractiva.

Si no tuvieras un palo metido en el culo y no fueras un puto psicópata posesivo, hasta te propondría un trío...

—Te juro por Dios que mi paciencia se agotó, Lucchese. No juegues con fuego.

Su sonrisa se ensancha, desprovista de cualquier rastro de miedo.

—No me das miedo, Matthew. De hecho, el juego de las armas hasta me resulta excitante.

—Dios. —Paso una mano por mi rostro—. Eres el cabrón más retorcido del planeta.

—Lo sé, me lo dicen seguido. —Chasquea la lengua y me evalúa con ojos fríos—. ¿Siempre has sido así? —Alzo una ceja expectante—. Ya sabes... el perrito obediente. El *consigliere* callado, disciplinado, que jamás rompería una regla. El que está tan obsesionado con la hija del jefe que vive aterrado de hacer un movimiento en falso...

—No estoy aterrado —digo con rapidez. Mi pulso se acelera. ¿O sí?

—¿No? —Su sonrisa vuelve—. Bueno, entonces reevalúa tu estrategia, Hardaway. A mí no me interesa Maddox. Pero a cualquier otro hombre allá afuera, sí.

Una descarga de pura y venenosa posesividad me electrocuta las venas.

—Y si no eres capaz de saltarte un estúpido límite por estar tan ocupado siendo el empleado perfecto —continúa Lucchese, bajando la voz—, no pasará mucho tiempo antes de que alguien más te la robe por completo.

—Cierra la puta boca.

Harry se encoge de hombros.

—Al fin y al cabo, eso fue exactamente lo que hizo Máximo, ¿no?

Mi visión se tiñe de rojo. Llevo la mano a la funda de mi arma, ciego de rabia, dispuesto a acabar con esto, cuando el sonido de unos tacones interrumpe mi accionar.

—Lista.

Maddox aparece en el salón. Lleva un traje sastre impecable, el cabello negro peinado a la perfección y un aura de elegancia tan imponente que me desarma en el acto.

—¿Nos vamos? —pregunta, ignorando la atmósfera asesina.

Asiento en silencio. Me giro hacia la puerta, lanzándole a Lucchese una última mirada fulminante. Él simplemente me guiña un ojo.

Abandonamos el departamento y caminamos por el pasillo hacia los ascensores. Maddox lleva la vista clavada en su móvil, tecleando rápido, completamente ajena a la guerra que se está librando dentro de mi cabeza. Entramos a la cabina y las puertas metálicas se cierran.

El recuerdo de nuestra discusión de anoche me golpea. No pude dormir un solo minuto. Me la pasé torturándome por haber soltado toda mi verdad para luego irme como un cobarde, sin hacer nada.

Mierda. El psicópata de Lucchese tiene razón.

Siempre he sido el disciplinado. Siempre el fantasma en las sombras. Siempre el escudo silencioso... dejando que otro ocupe mi lugar en su cama. Siempre operando desde el miedo.

El corazón me golpea las costillas con tanta fuerza que duele. ¿Por qué demonios no la besé anoche? ¿Por qué siempre elijo quedarme al margen, consumiéndome de celos mientras otro puede sonreírle, rozarla, respirar su mismo aire?

Porque es más fácil. Es mil veces más fácil ser el guardián invisible que la adora en silencio, que enfrentarme al rechazo frontal de la única mujer que me importa.

A la mierda todo.

—Maddox.

—¿Mmh? —responde sin alzar la vista de la pantalla.

—Estoy harto de los límites.

Antes de que pueda procesar la frase, doy un paso, atrapo sus muñecas con fuerza y la empujo contra la pared del ascensor. Su móvil resbala y cae al suelo con un ruido sordo. Sus ojos verdes se abren de par en par por la sorpresa, pero no le doy un solo segundo para pensar.

Acato sus muñecas contra la pared con una sola mano, y con la otra atrapo su mandíbula.

Y la beso.

Reclamo su boca con una brutalidad que me desgarra por dentro. La beso con toda la furia y la urgencia de los años reprimidos. La beso por todas las veces que fantaseé con arrinconarla y no me atreví, por todas las veces que me desafió con la mirada, por todas las noches en vela masturbándome con su recuerdo.

Estoy besando a Maddox Salvatore. Y es la mejor sensación del universo. Reduciría a cenizas la ciudad entera solo para saborearla un minuto más.

Un gemido ahogado vibra en su garganta, y el sonido rompe mi último cordón de cordura. Lo único en lo que puedo pensar es en destrozar ese traje elegante. Presiono mi pelvis contra la suya, acorralándola, y siento cómo su espalda se arquea buscando la fricción. Encajamos. Joder, encajamos con una perfección que asusta. Si los humanos fuimos creados a la mitad, Maddox siempre ha sido la única pieza capaz de completar mi desastre.

Sus labios son suaves pero responden con una demanda hambrienta. Su lengua raspa mis dientes y sé que podría morir feliz en este maldito ascensor.

Deslizo mi mano libre desde su mandíbula hasta su cuello, envolviéndolo, aplicando esa ligera presión que descubrí anoche que la vuelve loca. Maddox vuelve a gemir contra mi boca y fricciona su centro contra mi erección. Muevo mis caderas, marcando el ritmo, dejándole dolorosamente claro lo mucho que la deseo.

Nada en mi jodida vida se ha sentido tan bien como esto.

Valió la pena. Valió la pena cada maldito segundo de espera. Valió la pena cada año de celibato voluntario, de no tocar a nadie más porque sabía, en el fondo de mis entrañas, que ninguna otra mujer podría hacerme sentir este nivel de devoción y locura.

Porque, desde el primer maldito día, siempre ha sido Maddox.

CAPÍTULO 31

Maddox

El corazón me golpea las costillas con tanta violencia que amenaza con fracturarlas. Me encuentro con los ojos oscuros de Matthew justo en el instante en que se aparta de mí con una elegancia escalofriante. Las puertas del ascensor se abren con un suave tintineo y él se acomoda la chaqueta, luciendo impecable, como si no acabara de devorar mis labios.

Salgo casi huyendo, buscando el aire helado de la mañana como un salvavidas. Llego al BMW antes de que él siquiera termine de quitar el seguro, me subo al asiento del copiloto y clavo la vista en la ventanilla.

¿Cómo demonios se supone que lo mire sin temblar? ¿Cómo le sostengo la mirada sin rogarle que me arrastre al asiento trasero y vuelva a besarme?

El trayecto transcurre en un silencio pesado y asfixiante. Lo observo de reojo un par de veces; conduce con una tranquilidad que me enferma. Sus nudillos ni siquiera están blancos sobre el volante. ¿Acaso su pulso no está desbocado como el mío? ¿No siente la urgencia letal de encerrarnos en una puta habitación para terminar lo que empezamos?

Maldita sea. ¿Dónde quedó mi estricta regla de no dejarme llevar?

En sus labios, por supuesto. Se hizo cenizas en el mismo instante en que me reclamó con esa posesividad salvaje. Matthew me besó para recordarme que le pertenezco y que todo lo que soltó anoche era una promesa, no una amenaza.

Basta, Maddox, me ordeno a mí misma, clavando las uñas en mis palmas. *Concéntrate*.

Levi no especificó el motivo de esta reunión, pero convocó a toda la organización a primera hora. Por lo que me atrevía a pensar que era muy importante.

En cuanto el coche estaciona frente al edificio de la empresa, no lo espero. Cruzo el lobby con mis tacones resonando contra el porcelanato, asintiendo a los guardias de seguridad con mi típica máscara de hielo. Pero la presencia de Matthew a mi espalda se siente como una sombra al acecho.

Entramos al ascensor privado y trago saliva en cuanto las puertas se cierran, son siete pisos hasta la oficina de mi padre. Me obligo a cerrar los ojos y respirar hondo. Necesito centrar mis pensamientos, arrancar de mi cabeza la memoria de su boca y de sus manos...

Y entonces, sucede.

Los dedos de Matthew se hunden en la nuca de mi cabello, tirando con la fuerza exacta para obligarme a inclinar la cabeza hacia atrás, exponiendo mi garganta. Su mano libre me atrapa la mandíbula con firmeza.

—Me estoy muriendo por besarte de nuevo —confiesa.

El tono ronco y oscuro de su voz me cae directo en el vientre como plomo derretido. La humedad se dispara en mi centro. Quiero que lo haga. Quiero sentir la dureza de su cuerpo aplastándome contra el espejo y sus labios reclamando los míos.

—Estamos en el edificio de Levi —le advierto, con la respiración entrecortada—. Nos pueden ver...

—Me importa una mierda.

Sus ojos me devoran sin piedad. Su lengua traza el borde de su labio inferior y mi mente viaja directo a lo que esa lengua podría hacerme a puerta cerrada.

—Solo pienso en lo bien que se siente tenerte así —Su voz baja una octava, rozando mi oído y erizándome la piel—. En cómo encaja tu cuerpo con el mío, y en lo mucho que deseo escucharte suplicar.

El aire en la cabina se vuelve denso, casi inflamable. Si alguien enciende un fósforo ahora mismo, volaríamos por los aires. Y una parte oscura de mí quiere exactamente eso.

—Matthew... —jadeo cuando sus pulgares presionan mis mejillas.

—¿Me vas a suplicar, *tesoro*? —murmura, inclinándose hasta que su erección presiona contra mis glúteos a través de la fina tela de mi traje. El calor me traspasa—. Dime. ¿Me rogarás que te folle con fuerza?

Mi cerebro hace cortocircuito. Quiero decirle que sí, que le suplicaría de rodillas. Pero antes de que pueda articular una palabra, él sonríe de medio lado y me acaricia el labio con el pulgar.

—¿O me pedirás que sea suave? —añade, acercándose a mi cuello —. Porque necesito que sepas algo: cuando por fin te tenga en mi cama, no voy a tener ningún puto control, Maddox. Y mucho menos seré cuidadoso.

No quiero que lo seas.

Las palabras mueren en mi garganta en el segundo en que el ascensor emite el pitido de llegada. Matthew suelta una maldición gutural, soltándome y dando un paso atrás justo cuando el metal se desliza.

Llevo mi mano a mi cabello para peinarlo, trago saliva intentando quitarme el nudo en mi garganta y me aliso el saco negro del traje a la velocidad de la luz, recompongo mi expresión inescrutable y salgo al pasillo.

Atravieso las puertas dobles de la oficina y todos los ojos caen sobre mí. Un escalofrío me recorre la espina dorsal, pero no vacilo.

—Buenos días —saludo con frialdad, tomando asiento a la derecha de la cabecera.

—Princesa —Jace me dedica una media sonrisa divertida desde el otro extremo.

Will asiente en silencio, mientras Marcellino y Donato me miran con el respeto solemne de siempre. Matthew no toma asiento, en su lugar permanece de pie a mi espalda, Levi se aclara la garganta y junta las manos sobre la enorme mesa de caoba. Hay un par de carpetas gruesas frente a él, contratos que superan fácilmente las cien páginas. Arrugo la frente un tanto confundida, nada de esto me da a pensar qué podría querer hablar mi padre hoy. No saber me saca un poco de quicio.

—Buenos días. Sé que no esperaban una convocatoria hoy —mi padre da inicio—. Pero, como todo a partir de este momento, es parte de los inminentes cambios en la familia, principalmente en la organización.

Analizo los rostros en la mesa. Tienen la misma expresión de alerta calculada que yo. Por un lado, me aventuro a creer que algo malo ha sucedido. La paz en las calles de Chicago ha durado demasiado, y no me extrañaría que mi padre haya decidido cambiar eso. Pero al mismo tiempo, nada me asegura que tenga que ver con Marcio. Sí, hablamos de mi venganza y ahora está al tanto, al menos un poco, de lo que podría suceder. Pero no creo que esta reunión improvisada tenga relación alguna.

—Hoy damos por iniciada la última reunión presidida por mí.

Miro a mi padre casi de inmediato. Arrugo la frente y formo una mueca con mis labios, me encuentro absolutamente desconcertada. Levi gira el rostro y me guiña un ojo de forma casi imperceptible antes de volver a su máscara de Don.

—A partir de hoy, quien tomará el control absoluto de estas reuniones y de todas las operaciones de *Draghi*, será Maddox.

El oxígeno abandona mis pulmones. Mi corazón da un vuelco tan violento que debo clavar las yemas de los dedos en la madera bajo la mesa para evitar temblar. ¿Qué demonios?

—Levi —murmuro—. ¿Qué estás diciendo?

—Siempre supiste que algún día heredarías *Draghi*, Maddox. —Sus ojos me atraviesan con intensidad—. Esto no debería sorprenderte.

—Sí, pero...

Me silencia con una mirada y vuelve a dirigirse a los hombres de la mesa.

—Esto es puramente informativo. No es un consejo directivo y no habrá votación, porque todos los presentes aceptarán a Maddox como mi sucesora. —La voz de mi padre retumba en mis oídos, pero la siento distante, como si estuviera bajo el agua—. A partir de esta noche, Levi Salvatore se retira como Don de *Draghi* y asume su heredera.

CAPÍTULO 32

Maddox

Oficialmente, soy la nueva reina de *Draghi*. O como le decimos en nuestro mundo: Regina.

Dejo que la palabra ruede por mi mente. Suena bien, pero no puedo evitar que un frío paralizante se instale en mi pecho ante el nuevo e inminente rumbo que tomará mi vida.

Mi padre continuó hablando. Por supuesto, Levi Salvatore no iba a ceder su imperio sin un discurso. Dejó en claro que, aunque seguiría siendo un Salvatore y una pieza del tablero, a partir de este instante, *Draghi* operaría bajo mis propios términos y decisiones. Absolutamente todo pasaría por mis manos.

Y, si debía ser honesta, no me sentía feliz.

No había regresado a Chicago para sentarme en un trono; había regresado para prenderle fuego a la ciudad. Sí, me criaron para ser un arma, me forjaron en sangre para heredar la organización, pero después de las atrocidades que viví hace dos años, la ambición de gobernar se había marchitado.

No quería este tipo de poder. Quería cadáveres.

Y, sin embargo, mientras observaba a los hombres más peligrosos de la ciudad asentir con respeto hacia mí, un calor extraño y retorcido se expandió en mi estómago. Tener los ojos de esos hombres fijos en mí, cargados de una mezcla de sumisión y orgullo, me hizo sentir… peligrosa.

La reunión se extendió por una hora. Cuando finalizó, todos abandonaron la oficina con reverencias silenciosas. Todos excepto Levi, Matthew y yo. El silencio en la sala se volvió espeso.

—¿Por qué lo hiciste? —pregunto en voz baja.

Clavo la vista en la inmensa mesa de roble. La luz del sol que se filtra por los cristales blindados es opaca, dándole a la oficina el aspecto de un búnker de cristal.

—Porque es lo que siempre quisiste... —responde Levi con calma.

—No —Lo corto en seco, alzando los ojos para enfrentarlo—. Es lo que tú siempre quisiste. Por eso me tuviste. Necesitabas un heredero y yo resulté ser tu mejor opción.

La mandíbula de mi padre se tensa.

—Maddox…

—Y no te estoy reclamando la crianza que me diste —aclaro, negando con la cabeza—. Jamás me sentí mal por ser un diseño tuyo, ni por ser tu sucesora. Es verdad —admito, apoyando las manos en la mesa—, quería ser la cabeza de *Draghi*. Siempre anhelé este lugar. Pero lo quería hace dos años, Levi. Antes de lo que me hicieron.

Mi padre guarda silencio un instante.

—Te estoy dando las herramientas que necesitas —dice al fin, en un susurro oscuro.

—¿Cuál es el truco? —exijo saber—. ¿Qué es lo que no me estás diciendo? Los Dones no se retiran siendo tan jóvenes a menos que estén enfermos. Así que si esta es tu forma de confesarme que tienes una enfermedad terminal…

Levi exhala pesadamente y se pasa una mano por el cabello.

—Sé exactamente por qué regresaste, Maddox. Solo respiras por la venganza —Asiento lentamente—. Y sé que estás dispuesta a pasar por encima de quien sea con tal de masacrarlos.

—Exacto —confirmo entre dientes.

—Por eso quiero que reclames tu trono primero. Quiero que te vengues usando el peso de todo *Draghi* a tus espaldas —Sus ojos brillan con un orgullo macabro—. Y lo justo es que aprietes el gatillo tú, no yo.

—Levi…

—Nadie más que tú quiere vengarse —repite mis propias palabras de hace dos años, y un nudo se forma en mi garganta—. Tardé en entender tu necesidad de hacerlo sola, pero lo hago. Con este título, te estoy dando un ejército. Haz con él lo que necesites.

La confesión de mi padre me golpea con fuerza.

«Haz con él lo que necesites».

En la mafia, las mujeres suelen ser adornos o monedas de cambio. Levi siempre escupió sobre esa tradición. Me crio para gobernar. Jamás le importó la falta de respeto inicial de los viejos capos, porque sabía que yo misma me encargaría de borrarles la sonrisa. Me cargué a casi toda una organización y esa noticia corrió como pólvora. Nadie podría dudar de la heredera de *Draghi*. Me daba placer saber que me temían.

Pero eso fue antes.

Ahora no me interesa que me respeten por ser la Regina. Quiero que tiemblen por la carnicería que estoy a punto de desatar. Quiero que todos los bastardos el mismo pánico animal que yo sentí en aquella celda.

Y sería una imbécil si negara que tener los recursos ilimitados de *Draghi* no facilita mi cacería.

Pero hacerme cargo de *Draghi* implica hacerme cargo de todas las tareas de la mafia, no podré ocupar mi cabeza en la venganza por completo si algo en las calles se sale de control. Es, de hecho, un arma de doble filo.

Suelto un suspiro tembloroso, y en ese instante, percibo cómo Matthew da un paso al frente. Se ha mantenido en silencio absoluto desde que las puertas del ascensor se abrieron. Ni siquiera me he

atrevido a mirarlo. No estoy lista para enfrentarme a esos ojos dorados y recordar la brutalidad con la que su boca devoró la mía hace menos de una hora.

¿Qué estará pensando él de mi ascenso?

Me muerdo el interior de la mejilla, intentando ordenar el caos en mi cabeza.

—Debo ser honesta, Levi —digo por fin, midiendo mis palabras—. No me esperaba esta jugada y tengo dudas.

—Lo entiendo —asiente él—. Pero te crie para que te sientes en ese trono, *mia cara*.

Separo los labios para responder, pero la pesada puerta de roble se abre abruptamente.

—Lo siento.

La voz de Will corta el aire, sus ojos grises se clavan en mí desde la distancia y mi instinto asesino se despierta de golpe.

—Maddox, ¿podemos hablar? —pide forzando una sonrisa que intenta ser tranquilizadora pero falla.

No necesito pedir permiso. Miro a mi padre, él asiente en comprensión, y me alejo de la mesa. De inmediato, siento el calor del cuerpo de Matthew moviéndose a mi espalda, siguiéndome. Salimos al pasillo y noto cómo la mandíbula de Will se tensa al ver quien viene con nosotros.

—Tenemos un problema —murmura Will, desviando la mirada detrás de mí—. Y es… delicado.

Me giro sobre mis talones para enfrentar a Matthew.

—Necesito que me dejes a solas con Will.

Matthew alza una ceja, claramente desafiante.

—¿Por qué?

—Porque te lo estoy ordenando —siseo—. No necesitas escoltarme todo el tiempo, puedo cuidarme sola.

—Maddox, es mi trabajo…

—Adiós, Matthew.

Me doy la vuelta sin darle tiempo a replicar y le hago una seña a Will para caminar hacia el ascensor. Entramos rápido. Lo último que veo antes de que las puertas metálicas se cierren son los ojos inyectados en furia posesiva de Matthew. No tengo espacio en mi cabeza para procesarlo ahora. En el lapso de dos horas, el *consigliere* reprimido de mi padre me arrinconó para besarme como un salvaje, y luego me convirtieron en la dueña *Draghi*. Era demasiado.

—Dime qué pasa —pido en voz baja.

—Recibí una alerta. Hubo movimiento en Hickory Hills.

El estómago se me contrae.

—Las calles de South —murmuro.

Will asiente. Hickory Hills fue un bastión de la mafia enemiga hace cincuenta años, antes de que mi abuelo Dante masacrara a la mitad de la ciudad para reclamar Chicago. Hace dos años, Levi descubrió que South usaba esos depósitos abandonados para moverse.

—¿Qué ocurrió allí en estos dos años que estuve fuera? —pregunto.

—Nada. El lugar quedó muerto. Levi mantuvo un par de ojos en la zona solo por protocolo, porque es un puerto de acceso directo y ciego a la ciudad.

—Por donde podrían infiltrarse —deduzco, sintiendo la adrenalina picar en mis venas.

—Exacto. Pero eso no es lo peor.

Will saca su móvil del bolsillo y me lo tiende. Frunzo el ceño ante la imagen pixelada y oscura en la pantalla.

—Will, tienes que mejorar la calidad de esta basura de cámaras.

—Concéntrate en el detalle, Maddox.

Acerco la pantalla. Es la captura de una cámara de seguridad callejera.

—Solo es un cabrón vestido de negro en las sombras...

—Mira el antebrazo. El que está descubierto.

Mis ojos se enfocan en la tinta sobre la piel del hombre en la foto. Una serpiente enroscada.

El aire abandona mis pulmones de golpe.

—Máximo —El nombre sale de mi boca como veneno—. ¿Cómo demonios entró a Chicago sin que nuestra red lo detectara? Mierda, esta es la segunda vez que logramos captarlo por casualidad.

—Todo empezó desde que aterrizaste en la ciudad —señala Will.

—¿Crees que sabe que he vuelto? —Niego con la cabeza—. Seguro que sí, los rumores corren rápido. Pero, ¿eso es motivo suficiente para que se arriesgue a pisar suelo de *Draghi*?

—O quizás nunca se fue —sugiere él.

Lo pienso un segundo, pero lo descarto.

—Imposible. Controlamos Chicago. Si hubiera estado respirando aquí estos dos años, lo sabríamos. Alguien o algo se nos está escapando.

—¿Otro traidor? —pregunta Will, torciendo el gesto—. Puedo vigilar las familias, si lo ordenas. Pero no se me ocurre quién demonios arriesgaría su cuello por él.

—Matthew no me haría eso — la respuesta salta de mis labios antes de darme cuenta.

El silencio cae entre nosotros, los ojos grises de Will se clavan en mí, afilados e inquisitivos.

—No lo insinué—dice Will en voz baja—. Si tú confías en él, entonces yo también lo hago.

El ascensor se detiene con un pitido y las puertas se abren hacia el lobby. El cosquilleo de mi nuevo título vuelve a molestarme. ¿Por qué de repente me trata con esa cautela respetuosa? Salimos al mármol brillante y caminamos hacia las puertas de cristal sin decir una palabra. Me detengo de golpe antes de salir.

—Espera —murmuro, atando cabos—. Tienes acceso a los registros y movimientos de todas las familias aliadas y negocios secundarios, ¿cierto?

—Sí.

—Quiero que los rastrees. Alguien le está abriendo las puertas a Máximo.

—Se hará de inmediato, Regina.

La palabra me raspa los oídos.

—No me llames así, Will —siseo.

—Es lo que eres ahora.

—Lo sé, pero… olvídalo. Solo haz lo que te digo.

Él asiente. Cruzamos las puertas y el sol violento del mediodía me obliga a entrecerrar los ojos. Barro el estacionamiento con la mirada, buscando el BMW oscuro, y ahí estaba. Matthew no se había movido. Sabía que me esperaría, pero no podía subirme a ese coche. No podía fingir que nada pasaba mientras mi cuerpo aún vibraba por lo del ascensor, mucho menos sabiendo que el rostro que acabo de ver en la foto es el fantasma del hermano del hombre que casi me arranca la ropa hace una hora.

Mierda. ¿Por qué todo tiene que ser tan difícil?

—Necesito un coche —suelto, más para mí misma que para Will.

—¿Sabes que tu padre es literalmente el dueño de un conglomerado automotriz, verdad? Puedes tener el que quieras.

Pongo los ojos en blanco.

—Iré a buscar un maldito coche, y luego quizás le haga una visita a Luc.

Will se tensa al instante.

—¿A Luc? —asiento—. Maddox, cuídate.

Chasqueo la lengua.

—¿Estás preocupado por mí?

—Déjate de juegos. Sabes que es la misma escoria que su padre.

Asiento.

—Pero ahora es nuestra mejor fuente de información. La única, de hecho.

—Y también podría estar operando directamente con Máximo. Es una trampa potencial.

Lo miro y una sonrisa se curva en mis labios.

—Entonces será divertido.

Will suelta un suspiro cansado, frotándose el puente de la nariz.

—Maddox, hablo en serio. Cuídate la espalda.

Hundo las manos en los bolsillos del pantalón sastre y lo miro con genuina curiosidad.

—¿Acaso estás preocupado por mí, William?

—Por supuesto. Después de todo, ahora trabajo directa y literalmente para ti. Si mueres, mi currículum se va a la mierda.

Suelto una risa seca.

—Ya. Mantenme informada, ¿entendido?

Will asiente y da media vuelta. Permanezco allí un segundo, observando su espalda alejarse, mientras la imagen borrosa de la serpiente tatuada arde en mi retina.

CAPÍTULO 33

Maddox

Audi RS7. Amor a primera vista.

Enciendo el motor y el rugido profundo y gutural vibra directo en mi pecho. Observo el interior: minimalista y oscuro. Exactamente como imaginaba mi primer coche. El tablero es negro mate con detalles en dorado. Una sonrisa se curva en mis labios; le debe haber costado una fortuna a Levi, pero es un lujo que puedo darme.

Estoy a punto de arrancar cuando mi móvil ilumina el asiento del copiloto. Leo el nombre de mi mejor amiga.

—Dime —respondo.

—¿Cómo sabe Lucchese dónde vivo?

Me tenso de inmediato.

—¿Lucchese está en tu casa?

—Digamos que acabo de salir para ir de compras y... está apoyado contra el capó de su coche fuera de mi casa.

Suelto una maldición entre dientes.

—Mierda. Quédate ahí, lo llamo ahora mismo.

—No es necesario —me interrumpe, y escucho el repiqueteo de sus pasos rápidos—. Veré qué es lo que quiere. Y si se pone muy pesado, siempre llevo mi gas pimienta.

No puedo evitar soltar una risa corta.

—Chica lista.

—Por cierto, no creas que me olvidé de nuestra charla pendiente —advierte—. Necesito que me pongas al día.

Me ajusto el cinturón de seguridad.

—Lo siento. Hoy me coronaron oficialmente como la cabeza de *Draghi*, todo es un caos. Prometo que mañana...

—¡Oh por Dios! Eso merece una celebración, ¿cierto? —pongo los ojos en blanco aunque no pueda verme— ¿Por qué no hoy?

Hago una mueca.

—Estoy algo ocupada. Voy a mi departamento a cambiarme de ropa y debo salir.

—¿Sales? —Su tono cambia a sorpresa absoluta—. ¿Con alguien?

—Una especie de cena.

—¿¡Matthew te invitó a cenar!?

—¿Matthew la invitó a cenar? —La voz de Lucchese resuena de fondo, y me maldigo internamente por abrir la boca—. Entonces mis esfuerzos funcionaron.

—Dile a Lucchese que voy a vaciarle un cargador si sigue interfiriendo —siseo—. Y no, no es Matthew. Penny, ¿estoy en altavoz?

—Por supuesto, princesa —responde Lucchese—. Yo también quiero el chisme.

—Dios... —Me froto la sien—. Es con Luc.

El silencio en la línea es sepulcral.

—Maddox —La voz de Lucchese pierde todo rastro de burla—. ¿Qué demonios te ocurre?

—Cálmate. Necesito generar lazos para acercarme a mi objetivo.

—¿Y saldrás a cenar con el hijo del cabrón que te secuestró? —dice con voz seria.

—¡Maddox! ¿Eso es cierto? —chilla Penny.

—Sí —admito, fría—. Sé exactamente lo que estoy haciendo. Déjenme hacer mi trabajo. Sé cuidarme sola.

—Maddox... —murmura mi amiga, llena de dudas.

—Y que ni una sola palabra de esto llegue a oídos de Matthew. ¿Entendido, Lucchese?

—Entendido, princesa. Pero cuídate la espalda.

Corto la llamada sin despedirme.

Acelero por las calles hasta mi departamento. Yo le había enviado un mensaje a Luc, su respuesta había sido una invitación a cenar en su piso de alquiler bajo la excusa de *«hablar de negocios»*. Era una jugada arriesgada, pero necesitaba usarlo cazar a su padre. Aunque tuviera que fingir un interés que me revolvía el estómago.

Media hora después, salgo de la ducha y me planto frente al vestidor. Elijo un vestido negro de tubo, de tela fina que se ciñe a mi cuerpo hasta mis rodillas, con un escote discreto. Lo combino con unos tacones a juego. No me maquillo demasiado; después de todo esto no es una cita. Pero deslizo mi labial rojo carmesí sobre mis labios.

Por último, tomo un pequeño revólver y lo oculto dentro de mi bolso de mano.

Uso las escaleras para bajar a la planta baja y atravieso el lobby del edificio. El aire helado de la noche me golpea al salir, pero el verdadero escalofrío me recorre la espina dorsal cuando levanto la vista. Unos ojos oscuros y depredadores me observan desde las sombras.

Mierda.

Camino hacia mi coche, ignorándolo, pero antes de alcanzarlo Matthew bloquea mi paso.

—Matthew…

—¿A dónde vas?

Dudo. Mentirle es inútil, pero decirle la verdad me aterra, no por miedo a él, sino por la furia incontrolable que sé que va a desatar.

—Tengo una reunión —respondo en voz baja, intentando rodearlo.

Su mano se cierra alrededor de mi brazo antes de que pueda dar un paso. No duele, pero la presión es lo suficientemente firme como para dejarme anclada a su cuerpo.

—¿Una reunión? —Su mirada cargada de hostilidad me recorre de arriba a abajo, deteniéndose en mis labios rojos—. No me lo parece.

—No me interesa lo que te parezca. Me visto como quiero.

—Por supuesto que sí —Su voz baja una octava, ronca y territorial—. Pero me hierve la sangre verte usar un vestido así para reunirte con alguien que no soy yo.

Cierro los ojos un segundo.

Todo con Matthew tiene que ser estar al borde del precipicio. Me acaban de entregar el imperio de *Draghi*, se supone que tengo el control absoluto de mi vida, y sin embargo, este hombre me hace perder la compostura con una sola mirada.

—Suéltame. Voy tarde.

—¿Con quién, Maddox? —exige saber, dando un paso que aniquila la distancia entre nosotros—. Si otro cabrón va a verte con esos labios, necesito su nombre para cavar su tumba cuando termines.

La posesividad de sus palabras me acelera el pulso.

—Respeta mis límites —siseo, usando mi tono más autoritario.

—Estoy harto de tus putos límites —gruñe.

—¡Basta! —alzo la voz. Odio hablarle así, pero es la única barrera que me queda para contenerlo—. No te debo explicaciones. Si crees que un simple beso cambia algo...

No termino la frase. Su agarre se endurece y, con un movimiento fluido e implacable, me empuja hasta que mi espalda choca contra el metal frío del Audi. Mi respiración se corta.

—Te dije que dejaras de mentirme —susurra, inclinándose hasta que sus labios casi rozan los míos—. Porque se te da pésimo.

—Y yo te ordené que te mantuvieras alejado.

—No puedo. Ni quiero, Maddox. Y mucho menos voy a apartarme para dejar que te vayas con otro.

Mi corazón martillea contra mis costillas. Me muero por repetir lo del ascensor, mi cuerpo arde por acortar los milímetros que nos separan, y él lo sabe. Pero tengo que ir a esa cena. Necesito que me deje ir y para logarlo debo darle un golpe bajo.

—Dices que no debo compararte con tu hermano... —murmuro, clavando mis ojos en los suyos con frialdad calculada—, pero te comportas de la misma forma.

La furia en sus ojos se fractura instantáneamente, reemplazada por una sombra oscura. La fuerza de su mano desaparece y da un paso atrás, otorgándome el espacio que acabo de reclamar de la peor manera posible. Con un nudo en la garganta, me doy la vuelta y agarro la manija del coche. Pero antes de que pueda abrir, la palma de Matthew se estrella contra la puerta, manteniéndola cerrada de golpe.

Su pecho choca contra mi espalda. El calor de su cuerpo me envuelve, y su respiración agitada acaricia la piel de mi nuca, provocándome un escalofrío violento.

—Puedes decirte a ti misma todas esas mentiras —susurra contra mi oreja, con la voz tensa y letal—. Puedes esforzarte para que te crea. Pero sé exactamente lo que pasa por tu cabeza cuando te toco, y sé leer cómo me responde tu cuerpo.

Exhala lentamente, apartándose apenas unos centímetros.

—Miente todo lo que quieras, *tesoro*. Pero a mí no me engañas.

CAPÍTULO 34

Maddox

La barrida visual que Luc me da de pies a cabeza en cuanto abre la puerta me genera un rechazo casi físico, pero mantengo mi máscara de hielo intacta. ¿Es que a los hombres les resulta biológicamente imposible comportarse? Vine a hacer negocios. El hecho de que lleve tacones y un vestido no borra el hecho de que soy la Regina de *Draghi*.

—Me sorprendió que escribieras, pero me agrada que hayas aceptado la cena —dice, haciéndose a un lado para dejarme pasar. Avanzo con paso firme, mis sentidos en alerta máxima. Estoy entrando voluntariamente en la boca del lobo—. Me aseguré de no cometer ninguna imprudencia que pudiera provocar la ira de Maddox Salvatore.

Me giro para enfrentarlo, alzando una ceja con altivez.

—¿Esa fue la impresión que causé?

Luc sonríe.

Dios. Esa maldita sonrisa es idéntica a la de su padre.

—En parte —confiesa, acortando la distancia. Es alto, pero con mis tacones nuestros ojos están casi al mismo nivel—. Por otro lado, los rumores ayudaron a darte forma en mi cabeza.

—¿Y qué forma tengo?

—La de una mujer impulsiva y demasiado atractiva para su propio bien.

Reprimo el impulso de suspirar con hastío.

—Lo que sea que estés maquinando en esa cabeza, olvídalo.

Su sonrisa arrogante vacila y se aclara la garganta.

—Lo siento. No quisiera incomodarte…

—Y yo no quisiera ponerte una bala en la frente antes de poder discutir nuestros negocios —lo corto.

Él asiente, captando el mensaje, y me indica con un gesto que pase al comedor. Su apartamento es más amplio que el mío, pero la decoración me revuelve el estómago. Las paredes son de un blanco inmaculado, pero todo lo demás está saturado de detalles en dorado. Hay estatuillas ostentosas, candelabros excesivos. Oro, blanco y cristal.

El mismo gusto vulgar y recargado que reinaba en la mansión de su hermano.

Mi mente comienza a atar cabos: no ha tenido tiempo para conseguir un piso así y decorarlo a este nivel si, como dijo hace un par de noches, lleva años desconectado de su familia. Hay dos opciones: lleva en Chicago más tiempo del que admite, o miente sobre la relación con su padre. O ambas.

—Veo que el gusto por la opulencia es un rasgo genético —comento, tomando asiento en una silla negra frente a la mesa de comedor—. Una elección interesante.

—¿Me estás comparando con mi hermano? —pregunta, divertido.

Se dirige a la cocina abierta y regresa con una botella de vino. Clavo mis ojos en la etiqueta y el aire abandona mis pulmones de golpe.

—Lo cierto es que no. —Me obligo a sonreír, apartando la vista del cristal oscuro—. Pero es imposible no notar el patrón.

Luc asiente y descorcha la botella frente a mí. Toma su copa, vierte una cantidad generosa de líquido rubí y luego se acerca para llenar la mía. Con un movimiento rápido, deslizo mi copa lejos de su alcance.

—¿Qué ocurre? —Frunce el ceño—. Me dijeron que este es tu favorito.

Vuelvo a leer la etiqueta. Barolo. Rojo sangre.

Mi corazón se dispara contra mis costillas. El recuerdo me golpea con brutalidad y hundo las uñas de mi mano izquierda en la tela de mi vestido, debajo de la mesa, anclándome al presente para que el pánico no me arrastre al pasado.

«—¿Por qué este vino? —le había preguntado a Máximo.

—Porque sé que es tu favorito.»

Fue la noche en que le advertí a ese bastardo que usaría su pecho para practicar mi puntería si se atrevía a traicionarme.

Ese es el problema de los hombres con poder: siempre creen estar un paso por delante de nosotras, cuando la realidad es que ni siquiera ven nuestros talones. Miro a Luc, fingiendo que mi mente no acaba de viajar al pasado. Si percibe mi alteración, sabrá que acaba de darme información vital sobre quién lo asesora.

—Prefiero el whisky —sentencio, con una sonrisa que no llega a mis ojos.

Luc asiente lentamente, deja la botella a un lado y va hacia un mueble bar de nogal para servirme un bourbon puro.

—¿De quién era la casa en la que vivía tu hermano? —pregunto sin perder el tiempo.

Lo escucho chasquear la lengua.

—Directo al grano.

—O puedo ir directo a la yugular —Me inclino sobre la mesa, apoyando los antebrazos en el cristal—. Tú eliges el ritmo.

Me entrega el vaso de cristal tallado.

—Era su casa. Bueno, de mi padre, en realidad —admite con una mueca.

—¿Y qué sucedió con ella?

—¿De verdad viniste hasta aquí porque te interesa el mercado inmobiliario?

—Por supuesto que no.

Luc desaparece en la cocina un momento y regresa con dos platos humeantes. Observo el corte de carne perfecto frente a mí con absoluta apatía.

—Tampoco vine a tener una especie de cita. No tengo idea de por qué me invitaste a cenar si solo pedí hablar.

—Me relaja cocinar —Se encoge de hombros—. Ahora dime, ¿en qué puedo ayudar a Maddox Salvatore?

—Podrías empezar por responder mis preguntas —Bebo el bourbon de un solo trago, dejando que el alcohol me queme la garganta—. Como la que te hice hace un minuto.

Él toma los cubiertos, dispuesto a comer. Yo no toco los míos. El nudo de paranoia y asco en mi estómago me quita cualquier rastro de apetito.

—Mi padre debió venderla —murmura, cortando la carne—. Ya sabes... luego de que masacraras a toda su organización y lo obligaras a huir, seguramente necesitaba liquidez.

—Es increíble lo bien informado que estás sobre un hombre al que detestas —acaricio el filo del cuchillo de carne junto a mi plato— ¿Lo estuviste investigando?

—Me debe millones, Maddox. Lo sabes.

Tomo el cuchillo. Hago girar el pesado mango de acero entre mis dedos con una destreza fluida y amenazante. Noto de inmediato cómo la postura relajada de Luc se tensa. Sus ojos siguen el destello de la hoja.

—Claro, sí —murmuro, arrastrando las palabras—. Sería una verdadera lástima descubrir que me estás mintiendo en mi propia cara, ¿no crees?

La sonrisa que le dedico es puro hielo.

—No te miento —replica entre dientes—. Entiendo tu paranoia...

—Te miro a la cara y es como tener al hijo de puta de tu padre frente a mí —digo con frialdad—. Permíteme dudar.

Luc infla el pecho y exhala con pesadez.

—Tienes razón, pero soy honesto. Busco una alianza porque, en el fondo, queremos lo mismo.

—Lo dudo. Tú quieres recuperar tu herencia. Yo quiero la cabeza de tu padre en una maldita estaca.

—Una vez que yo recupere lo mío, el tipo es todo tuyo. Haz con él lo que te plazca.

Analizo sus palabras en silencio. ¿Sigue hablando solo de dinero o pretende heredar la estructura de South? Guardo ese dato en mi cabeza para que Will lo investigue a fondo mañana a primera hora.

—Bien. —Me sirvo más bourbon—. Entonces dime, ¿cuál es tu próximo movimiento?

—¿Por qué asumes que tengo uno?

—Regresaste a Chicago de la nada, tienes contactos directos en Nueva York... sería una idiota si creyera que viniste de turismo. Y yo no soy ninguna idiota, Luc.

—No, no lo eres —concede. Deja el tenedor sobre el plato y me sostiene la mirada—. En una semana llega un cargamento desde España. Lo desviaremos a Nueva York.

—¿Qué tipo de cargamento?

—No sabía que ahora tenía que reportarme a ti.

—La última vez que a tu padre le llegó un contenedor de Europa, estaba lleno de niñas —Mi voz baja una octava—. Fue la misma noche que los masacré a todos. Así que sí, vas a decirme qué carajos vas a mover.

—Tú no controlas Nueva York, Maddox. No pongas a prueba mi paciencia...

—Yo tengo poder donde a mí se me dé la puta gana, Luc. Así que empieza a hablar antes de que me asegure de que ese barco termine en el fondo del Atlántico.

El silencio cae sobre la mesa.

—Armas —confiesa finalmente, con el ceño fruncido—. Son solo armas. Yo no opero con las atrocidades de mi padre.

—Yo juzgaré eso.

Luc asiente, rindiéndose. Baja la vista a mi plato intacto y luego a mi rostro, evaluándome.

—¿Qué ocurre? —Sonríe de medio lado—. ¿Crees que intento envenenarte?

—No creo que seas tan estúpido como para desatar una guerra con la mafia que controla Chicago. —Me recuesto en la silla—. Después de todo, estarías envenenando a la nueva Regina de *Draghi*.

Sus ojos se abren de par en par. La sorpresa da paso a una sonrisa de pura y genuina fascinación.

—Ya me parecía que tu padre se estaba tardando demasiado en cederte la corona.

—Si tú lo dices —murmuro.

Antes de que pueda procesarlo, se levanta, rodea la mesa de cristal y se detiene frente a mí, tendiéndome la mano.

—Baila conmigo.

Tiene que ser una jodida broma.

Pero lo hago. Acepto su mano porque la noche aún no termina y la información que tengo no es suficiente. Me arrastra hacia el centro del salón. Conduce su móvil con la mano libre y una melodía lenta e instrumental inunda el ambiente desde los altavoces integrados.

En cuanto su mano se posa en el final de mi espalda baja, atrayéndome hacia él, un escalofrío de repulsión me recorre. Lo detesto. Detesto que alguien con la misma sangre que Marcio ponga

un dedo sobre mí. Cierro los ojos, bloqueando la náusea y obligando a mis músculos a relajarse al ritmo de la música.

—Tengo todo el sistema automatizado desde mi teléfono —murmura cerca de mi rostro.

—Práctico —comento—. Y altamente vulnerable.

Luc sonríe con arrogancia.

—Tengo la mejor seguridad, Maddox. No soy un blanco fácil.

—¿Eso es una advertencia?

—Para nada —susurra, acercándose un milímetro más.

La fricción de su cuerpo contra el mío me resulta vacía. Inmediatamente, el fantasma de las manos de Matthew aferrándome en el ascensor estalla en mi cabeza. El contraste es brutal.

Maldita sea. Concéntrate, Maddox.

—¿Qué es lo que necesitas de Nueva York? —rompo el silencio, deteniendo mis pasos de golpe.

Luc deja de moverse. Su fachada de seducción se desmorona. Sonrío con suficiencia. Siempre son tan predecibles.

—¿De verdad creíste que vine a cenar y a bailar contigo porque me pareces encantador? —murmuro, soltándome de su agarre y dando un paso atrás. Me cruzo de brazos, restaurando mi barrera física—. Qué. Necesitas.

Él suspira, metiendo las manos en los bolsillos de sus pantalones a medida.

—Necesito que hables con Lucchese a mi favor. Y necesito protección.

—¿Quieres a mis hombres?

—Dos soldados de *Draghi* serán suficientes.

—¿Y qué gano yo prestándote a mi gente?

Una chispa de diversión ilumina sus ojos oscuros.

—¿Qué es lo que desea la Regina de Chicago?

—El cincuenta por ciento de la carga total —mi tono no admite réplica.

—Hecho.

Entrecierro los ojos. Aceptó demasiado rápido. Cuando negocié con Lucchese por primera vez, armó un escándalo monumental por los porcentajes. Pero Luc acaba de ceder la mitad de su imperio sin pestañear.

—Vaya —murmuro, acortando la distancia entre nosotros con paso felino—. Realmente estás desesperado por mi ayuda.

La tensión en su mandíbula me da la respuesta.

—Bien —sentencio—. Pero ten esto muy claro: no juegues conmigo, Luc. Porque tus armas serán lo último que me importe cuando tenga que volarte la cabeza por traicionarme.

CAPÍTULO 35

Maddox

Debería haberme ido a mi apartamento. Darme una ducha hirviendo, encerrarme y dormir doce horas seguidas para intentar borrar el peso de la corona que me acaban de imponer. Debería estar descansando para iniciar mi venganza con la mente fría. Tenía la ciudad entera en mis manos.

Sí. Debería haber hecho todo eso en lugar de llevar diez malditos minutos parada frente a la puerta del apartamento de Matthew. Miro la hora en la pantalla del móvil y dejo escapar una exhalación inestable antes de guardarlo en el bolso de mano, rozando con los nudillos el metal frío de mi revólver.

La cena con Luc había salido bien y la cantidad de información que me soltó debería tener a mi cerebro trabajando a mil por hora. Pero mi mente es un caos donde solo brillan los ojos dorados de Matthew. El fantasma de sus labios contra los míos. Su cuerpo duro. Su voz ronca y la autoridad de sus manos.

Debería estar sola en mi cama. No buscando al *consigliere* de mi padre.

Aunque ya no es su consigliere, me recuerdo a mí misma. ¿Será el mío si se lo pido?

Mezclar los negocios con el placer es una lección que aprendí con sangre hace dos años. Pero Matthew Hardaway siempre fue la única constante en mi vida. El suelo bajo mis pies. Sé que mataría y moriría por mí sin dudarlo un puto segundo. Y, aunque me aterre

admitirlo, no puedo imaginar a nadie más a mi lado mientras lidero *Draghi*, ni a nadie más en mi cama.

Maldita sea. Está mal. Pero estoy tan cansada. Estoy exhausta de fingir que no lo deseo con cada fibra de mi ser.

Alzo el puño y doy dos golpes secos en la madera. Cierro los ojos, esperando escuchar algún movimiento al otro lado, pero reina el silencio. Estoy a punto de darme la vuelta y huir como una cobarde cuando el pestillo metálico gira de golpe. Abro los ojos.

Ahí está. Lleva pantalones de chándal grises, una camiseta liviana y un vaso de cristal con whisky en la mano derecha. Sus ojos oscuros me barren de la cabeza a los pies y veo cómo su nuez de Adán sube y baja con pesadez.

—Maddox.

Pronuncia mi nombre con esa voz áspera, y lo único que cruza por mi mente es la necesidad animal de escucharlo jadear de nuevo, como aquella vez en Nueva York. Quiero que gima mi nombre mientras me hace suya y me marca como su territorio.

—Sé mi *consigliere* —suelto de golpe. Sus ojos me atraviesan y un destello peligroso cruza por ellos—. Como la Regina de *Draghi*, necesito a mi segundo al mando. A alguien de extrema confianza.

—*Tesoro*...

—Y confío en ti más de lo que confío en mi propio padre —confieso, y la verdad de mis palabras me golpea el pecho. ¿Desde cuándo soy tan consciente de esto?—. No puedo imaginar a nadie más que a ti ocupando ese lugar.

—De acuerdo, pero...

—No puedo pensar en nadie más —Lo corto, dando un paso hacia él. Matthew frunce el ceño, dándose cuenta del doble filo en mis palabras. ¿Es esta mi patética forma de admitir lo que siento? Sí. ¿Es un desastre? También. Pero mi máscara de hielo se está resquebrajando—. Solo pienso en ti.

Nunca fui buena con las palabras, menos cuando el corazón me golpea la garganta.

—Maddox —advierte, la mandíbula tensa—. No juegues a esto conmigo...

—No se trata de Nueva York —susurro, sintiendo que la coraza se rompe por completo—. Pienso en ti desde que era una niña.

—Maddox, detente.

—Te necesito, Matthew —Mi voz se quiebra y la humedad inunda mis ojos sin que pueda frenarla—. Te necesito para gobernar *Draghi*. Te necesito para ejecutar mi venganza, pero no es solo por eso... —Doy el último paso que nos separa, rindiéndome—. Te necesito a mi lado porque detesto mi vida sin ti.

El vaso de whisky se resbala de sus dedos.

El cristal estalla contra el suelo en mil pedazos, salpicando el líquido ámbar, pero a él no le importa. Antes de que el eco del choque desaparezca, las manos de Matthew apresan mi rostro y su boca devora la mía.

Estoy besando a Matthew Hardaway, y el impacto es tan fuerte que se siente como si mis pulmones recibieran oxígeno por primera vez en dos años.

Una de sus manos baja a mi cintura, aferrándome con fuerza posesiva, y tira de mí hacia el interior del apartamento. La puerta se cierra de un portazo a mis espaldas. Dejo caer mi bolso al suelo; me importa una mierda el revólver y el teléfono. Lo único real es la boca de Matthew sobre la mía. Exigente. Salvaje. Desesperada.

Me empuja contra la madera de la puerta y un gruñido vibra en su garganta. El beso sube de tono, volviéndose una guerra de dientes y lenguas. Cuando intenta profundizar, lo muerdo. Lo muerdo con furia, con deseo reprimido y con la rabia de todos esos años que pasamos en las sombras, ocultando lo que podríamos haber sido.

—*Tesoro* —jadea, separándose un milímetro, con los labios enrojecidos—. Maddox...

No le doy tregua. Agarro el cuello de su camiseta y tiro de él hasta estrellar su pecho contra el mío, aniquilando cualquier rastro de oxígeno entre ambos.

Siento su erección dura como piedra presionando contra mi vientre y me muevo contra él por puro instinto. Matthew gruñe contra mi boca, un sonido gutural que me arranca una sonrisa perversa. Sus manos viajan bajo mis muslos, alzándome en el aire. Enredo mis piernas alrededor de su cadera, dándole acceso directo a mi centro, donde la humedad ya empapa mi ropa interior. Me quema la urgencia de arrancarnos la ropa.

Se separa un segundo para respirar. Sus ojos son dos pozos oscuros, dilatados por el placer puro. Apoya su frente contra la mía. Intento buscar sus labios otra vez, pero él me esquiva, obligándome a mirarlo.

—Aún puedes pedirme que pare.

—No quiero —exijo.

—Recuerdo cuáles son tus límites, y te juro que puedo respetarlos...

—No quiero que los respetes —jadeo—. Bésame de una maldita vez.

—Maddox...

—Matthew, si no vas a follarme ahora mismo, buscaré a otro cabrón que sí quiera hacerlo...

Su mano derecha se cierra alrededor de mi cuello antes de que termine la frase. La presión me corta la respiración de golpe. Abro los ojos de par en par. La furia en su mirada es tan letal que por primera vez noto su mirada de asesino.

—Maddox Salvatore —sisea, con la voz cargada de veneno y posesividad—. Con gusto apilaré cadáveres esta misma noche si me lo pides de esa manera. —Afloja un poco el agarre en mi garganta, acariciando mi pulso desbocado con el pulgar, y me roza los labios—. Pero no queremos llegar a eso, ¿verdad?

Niego con la cabeza, mordiéndome el labio inferior. Una parte enferma de mí quiere que apriete más fuerte. Él nota el rubor caliente en mis mejillas y sonríe, oscuro y satisfecho.

—Eso creí. Así que no vuelvas a decir esas estupideces, *tesoro*. Porque estoy a un segundo de salir a cazar por ti.

—Entonces bésame.

—Voy a hacer mucho más que eso.

Su boca captura la mía. Jadeo contra sus labios cuando su mano libre desciende, reclamando uno de mis pechos con fiereza mientras empuja sus caderas contra mí, friccionando nuestras entrepiernas. Enredo los dedos en su cabello, tirando de las hebras oscuras, y lo escucho sonreír en el beso.

Con lentitud tortuosa, deja que mis pies toquen el suelo de nuevo. Suelto un quejido de protesta ante la pérdida de contacto, pero él me silencia con una mirada hambrienta mientras se arrodilla frente a mí. Sus manos grandes trazan los contornos de mis piernas, bajando hasta mis zapatos. Me quita los tacones con una devoción que me pone la piel de gallina.

Luego, sus palmas cálidas comienzan a subir por mis pantorrillas desnudas, acariciando mis muslos hasta llegar al borde de la falda de mi vestido.

—Matthew, vamos a tu habitación... —ruego, con la respiración entrecortada.

—No. Planeo hacerte mía contra cada maldita pared de este apartamento.

El corazón me da un vuelco, pero de repente, el pánico me atraviesa como una cuchilla. Me congelo en el instante en que sus manos empiezan a subir la tela del vestido, exponiendo mi piel. Las marcas. Las cicatrices.

—Espera.

La palabra sale ahogada. Matthew se detiene de inmediato y alza el rostro, mirándome con confusión.

La respiración se me atasca en el pecho. Mierda. No sé cómo decirle esto sin morir de vergüenza. El recuerdo de la sala de tortura me asalta. Si él me ve así... si veo en sus ojos la misma repulsión y lástima que vi en el rostro de su hermano, sé que mi mente se va a fracturar para siempre.

Matthew no es como él, intento repetirme. Pero, ¿y si me equivoco? ¿Qué pasa si ve la piel arruinada de mi cuerpo y le provoco asco?

—*Tesoro*... —Su voz me llega desde lejos.

El latido de mi corazón retumba en mis oídos, ensordecedor. No soy consciente de que estoy temblando incontrolablemente hasta que él se pone de pie, tomándome por los hombros con firmeza y suavidad a la vez.

—Maddox, ¿qué ocurre? —pregunta, por su tono parece asustado.

—Y-yo... —Tartamudeo. La imponente líder de *Draghi* ha desaparecido, dejando solo a la chica rota—. Vamos a la habitación —logro suplicar, y la primera lágrima caliente se desliza por mi mejilla—. Por favor. Apaguemos todas las luces y...

—Maddox. —Me interrumpe. Toma mi rostro entre sus manos grandes y cálidas, obligándome a mirarlo—. Está bien. No tenemos que hacer esto. No tienes que forzarte a...

—Quiero hacerlo —sollozo. Con los pulgares, él limpia mis lágrimas con una ternura que me desarma por completo—. Quiero hacerlo, Matthew. Pero me aterra que sientas asco cuando veas en lo que me convirtieron.

CAPÍTULO 36

Matthew

¿Cómo le hago entender que me importan una mierda las cicatrices que marcan su piel? Para mí, sigue siendo la criatura más jodidamente hermosa de este universo.

Sería tan fácil decírselo, pero sé que las palabras vacías no sirven de nada. No van a cambiar la forma en la que se mira al espejo. Tendré que demostrárselo con hechos, grabarlo en su cuerpo hasta que lo entienda.

—*Tesoro* —murmuro, secando la humedad de sus mejillas con los pulgares—. Ven aquí.

Le tiendo la mano y la guío hacia el sofá de cuero del salón. Maddox me sigue dócilmente y se deja caer a mi lado; aún tiembla, pero la cercanía parece haber aplacado un poco su pánico.

—Podemos hacer lo que tú quieras, al ritmo que tú marques —le aseguro, trazando la línea de su mandíbula con extrema lentitud. Mi mano desciende por su cuello, rozando la curva de su hombro, y ella exhala cerrando los ojos—. Podemos ver una película. Podemos meternos en la cama y dormir sin rozarnos. —Me inclino a un milímetro de sus labios—. O puedo hacerte el amor a oscuras... —Rozo su labio inferior con la lengua y siento su estremecimiento—. O con las luces encendidas. En la cama, contra el piso. Mierda, Maddox, puedo hacerte el amor donde y como me lo pidas.

Corto la distancia y la beso. Ella se rinde por completo.

Sus manos se enredan con desesperación en mi cabello. La tomo por la cintura y tiro de ella hasta sentarla a horcajadas sobre mi regazo. El contacto directo de su centro contra mí exige todo el puto autocontrol que poseo para no follarla salvajemente en este mismo instante. Pero no, lo haré como ella quiera.

Mis manos acarician sus brazos, subiendo hasta sus hombros y deslizándose por su espalda hasta encontrar la cremallera del vestido. La bajo con una lentitud tortuosa.

—*Tesoro*...

—Fantasma... —gime contra mi boca.

Una sonrisa de pura satisfacción tira de mis labios. Escuchar ese apodo, sabiendo exactamente lo que significa para nosotros, quiebra el último hilo de mi cordura.

—Por favor... —suplica.

No necesita decir nada más. Termino de abrir el vestido y dejo que las mangas se deslicen por sus brazos hasta que su pecho queda completamente al descubierto. Me aparto de su boca solo para admirar la perfección de sus senos desnudos frente a mí. La imagen me golpea directo en la sangre, provocando un tirón doloroso en mi polla.

Maddox se mueve, friccionando su sexo contra mi entrepierna, y mis manos se hunden en sus caderas, deteniéndola en seco.

—Para —advierto, con la respiración pesada—. Para, o me voy a correr antes siquiera de probarte.

Una risa suave brota de sus labios.

—Deja de decir esas cosas —murmura, volviendo a buscar mi boca —. Solo quieres hacerme sentir bien...

—Si te contara la cantidad de veces que me he masturbado pensando en tenerte exactamente así, Maddox, perdería la cuenta. —Ella se muerde el labio inferior, provocándome, y le doy una

palmada seca en el trasero que le arranca un gemido—. Pórtate bien.

—Pero...

Antes de que pueda rebatir, hundo el rostro en sus pechos.

—Oh —exhala.

Aspiro su perfume y muerdo con delicadeza la piel tersa.

—Mierda, Matthew...

—Mmh —gruño en respuesta, trazando un camino húmedo con la lengua hasta alcanzar su pezón. Lo rodeo lentamente—. Eres perfecta.

—Matthew... —gime en cuanto mi lengua vuelve a masajear el pico endurecido-

—Me he masturbado imaginando cómo suena mi nombre en tus labios de esta puta manera. —Tiro de su pezón con los dientes, un tirón fuerte que me gana un chillido agudo. La sangre me hierve de pura excitación—. Quédate quieta, *tesoro*. Necesito probarte entera.

Succiono la punta hasta que se pone rígida, llevo mis propios dedos a su boca, obligándola a chuparlos. Me entiende sin necesidad de instrucciones. No aparto los labios de su pecho mientras observo fascinado cómo su lengua envuelve mis dedos con obediencia.

Cuando están lo suficientemente mojados la llevo hasta su pezón sensible y lo pellizco, robándole otro gemido. Bajo la mano libre, deslizándola por debajo de la falda de su vestido hasta encontrar la fina tela de su braga de encaje.

Me aparto de su pecho para mirarla a los ojos. Llevo la otra mano a su garganta, envolviendo su cuello, y presiono lo justo para hacerle saber quién tiene el control. Maddox abre los ojos de par en par.

—¿Fuiste a cenar con otro cabrón usando unas bragas así? —La veo tragar en seco—. ¿Por qué te gusta tanto provocar mi lado más psicópata, Maddox?

—No me gusta... —jadea. Sus caderas tiemblan—. Oh... —gime en cuanto presiono el dedo medio contra la seda empapada—. Matthew...

—Espero que hayas estado pensando en mí.

—Siempre pienso en ti.

Sonrío.

—Buena chica.

La atraigo hacia mí y la beso con dureza mientras aparto la tela a un lado, acariciando directamente sus pliegues resbaladizos.

—Estás perfecta —susurro contra su boca—. ¿Así de empapada estás por mí? —Asiente, mordiéndose el labio. Aprieto un poco más los dedos en su cuello, sacándole un jadeo roto—. Dilo.

—Sí —confiesa con esfuerzo, cerrando los ojos al sentir la yema de mi dedo abriendo su entrada—. Mi coño se moja solo por ti.

Mierda.

—Si me sigues hablando así, mi polla va a explotar aquí mismo —murmuro. Aumento la presión en su garganta; ella gime, arqueando la espalda, y se balancea instintivamente sobre mi mano. Sonrío, cruel y hambriento. Todavía no voy a embestirla; quiero empujarla hasta el límite—. ¿Quieres que te folle con los dedos, *tesoro*?

Asiente frenéticamente. Ajusto el agarre en su cuello hasta notar que su respiración se vuelve superficial. Debería controlarme, pero ver cómo se deshace cada vez que aplico fuerza me confirma lo mucho que le gusta.

—Voy a necesitar que uses las palabras, *tesoro*. Dímelo.

—Sí... por favor... —gime.

Llevo otro dedo a su entrada. Acaricio la abertura de arriba hacia abajo, apretando la mandíbula al verla retorcerse de placer.

—Fantasma, por favor...

—Quiero que te folles mis dedos, Maddox. —Abre los ojos; el verde de su iris brilla de forma salvaje—. Vamos, nena. Demuéstrame cuánto me has deseado estos años.

Y entonces se deja caer. Hundo dos dedos en su interior y un gemido ronco brota de ambos a la vez. Joder. ¿Tiene que sentirse tan jodidamente estrecha? Si así reacciona con mis dedos, mi cerebro ni siquiera puede procesar cómo será hundirme en ella de verdad.

Sus manos se aferran a mis hombros y empieza a moverse con urgencia. El salón se llena con el eco de sus gemidos y el sonido obsceno de sus fluidos empapándome la mano.

Mi polla palpita violentamente contra la ropa. Si no detengo esto, voy a destrozar cualquier plan de ir despacio. Necesito estar dentro de ella, pero antes, necesito probar su sabor.

—Mierda, *tesoro*, espera...

—No —protesta entre jadeos, acelerando el ritmo—. ¿No querías esto?

—Sí, pero...

—¿Qué? —Se inclina, sacando la lengua para lamer mis labios. Aprieto su cuello y ella jadea, cabalgando mi mano sin piedad—. No tienes ni puta idea de las veces que soñé con esto.

La miro a los ojos. Su sexo se contrae violentamente alrededor de mis dedos. Está al borde.

—Dime... —exijo con la respiración rota.

—Imaginando cómo me follas... con tus dedos, con tu lengua... con tu polla...

—Maddox —advierto en un gruñido—. Vas a hacer que me corra.

—Tú harás lo mismo conmigo. —Suelta una risa perversa antes de besarme—. Así que hazlo. Lleguemos juntos.

La atrapo contra mí, besándola con brutalidad mientras sostengo firmemente su cuello. Maddox aumenta la velocidad, ordeñando mis

dedos con una fricción que me vuelve loco. El orgasmo me golpea con la fuerza de un puto tren de mercancías. Quiero que ella lo disfrute más que yo, pero al diablo con todo.

Suelto su cuello, agarrándola de las caderas para anclarla a mí. Si así es como cabalga mi mano, voy a morir viéndola hacerlo con mi polla. Maddox esconde el rostro en mi cuello, su lengua trazando la línea de mi mandíbula.

Grito su nombre en el instante exacto en que el orgasmo la rompe. Su cuerpo entero tiembla, colapsando contra el mío, mientras yo clavo los dedos en su cintura, sintiendo cómo mi propio líquido caliente inunda mi ropa interior.

El silencio denso se apodera del apartamento, interrumpido solo por nuestras respiraciones irregulares.

Enredo una mano en su cabello y tiro de su cabeza hacia atrás. Me mira con una mezcla de aturdimiento y curiosidad que me excita de nuevo. Lentamente, retiro mis dedos de su interior. Ella suelta un sonido de protesta que se convierte en un jadeo ahogado cuando me llevo los dedos a la boca, limpiando y saboreando su esencia frente a sus ojos.

—Matthew...

—Mmh. —Relamo mis labios—. Eres exquisita.

Se muerde el labio inferior, las mejillas teñidas de un rojo precioso. La mezcla de vulnerabilidad y puro fuego me revienta la cabeza. Un nuevo latigazo de sangre me golpea la ingle, endureciéndome de nuevo.

Maddox abre los ojos, bajando la vista hacia el bulto obvio que vuelve a tensar la tela de mis pantalones.

—¿Cómo...? —susurra, incrédula.

Una sonrisa arrogante se abre paso en mi rostro.

—He pasado la mayor parte de mi puta vida fantaseando contigo —confieso, sin una gota de vergüenza—. Así que mi polla no va a

descansar hasta tenerte de todas las formas posibles.

—Matthew... —ríe, negando con la cabeza.

Suelto su cabello y dejo caer las manos a los costados del cuerpo. Maddox alza una ceja, confundida por mi repentina falta de movimiento.

—Vas a tener que limpiar el desastre que provocaste, *tesoro* —ordeno en un susurro grave. Sus ojos se abren de par en par. Levanto la mano húmeda con la que acabo de follarla—. Yo ya hice mi parte.

Maddox no discute. Se muerde el labio y se desliza fuera de mi regazo con lentitud. El vestido le cuelga por debajo de los pechos, arrugado hasta la mitad de los muslos. Tengo que clavar las uñas en mis palmas para no arrancárselo a tirones.

Se arrodilla entre mis piernas. Sus manos van directas a la cinturilla de mis pantalones, manteniendo el contacto visual mientras los baja, obligándome a alzar la cadera para ayudarla. Sus labios se separan ligeramente al tener mi polla rígida frente a su rostro. Es un absoluto desastre. Mi semen mancha el tronco y la piel de mi ingle.

—Matthew... —traga en seco, la voz temblorosa—. ¿Cómo demonios va a entrarme eso?

Suelto una carcajada. Llevo la mano a su nuca, empujándola suavemente hacia adelante.

—Luego nos preocuparemos de eso. Ahora, limpia.

Una sonrisa maliciosa curva sus labios y mi polla da un respingo instintivo. Se inclina hacia mi entrepierna y, sin romper el contacto visual, pasa la lengua por mi piel.

Tiro la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos, soltando un gemido ronco desde el fondo del pecho. El calor de su boca tomando cada gota de mí es la puta gloria.

—*Tesoro*... —jadeo, sintiendo cómo su lengua sube por el tronco—. Mierda, eres perfecta. —El roce de sus labios me quema—. Espera...

La aparto por los hombros y me mira, desconcertada.

—Pero dijiste...

—Dije que necesito probarte.

Antes de que pueda quejarse, me levanto frente a ella, la agarro por el torso y la levanto del suelo. Sus piernas se enredan instintivamente alrededor de mi cintura mientras empiezo a caminar por el salón.

—Matthew, ¿a dónde vamos? —pregunta, cortándose en cuanto el borde de la mesa del comedor choca contra sus muslos. Mira hacia atrás, sorprendida—. ¿Qué...?

—Dije que te follaría contra cada maldito rincón de este apartamento —murmuro, aplastando su boca con un beso feroz—. Y soy un hombre de palabra.

La dejo sobre el cristal y me dejo caer de rodillas sobre el porcelanato frío. El dolor en las rodillas me importa una mierda. Le separo las piernas con fuerza, y la carcajada nerviosa que suelta se convierte en un grito largo y agudo en el segundo en que hundo la lengua entre sus pliegues.

—¡Oh, Matthew! —gime, enterrando ambas manos en mi pelo, aferrándose como si se estuviera cayendo—. Dioses...

—Aquí no hay ningún Dios, Maddox —susurro contra su centro hinchado y goteante, sintiendo su temblor contra mis labios—. Solo yo. Y me muero por devorarte.

CAPÍTULO 37

Maddox

La lengua de Matthew entra en mí y un gemido se me quiebra en la garganta. Arqueo la espalda. El cristal frío de la mesa se clava en mis vértebras, pero me importa una mierda. Escuchar sus jadeos roncos mientras me devora es la sensación más embriagadora del mundo.

Hundo los dedos en su cabello oscuro y tiro de él, acercándolo aún más. Una risa grave vibra contra mi sexo. Separo más las piernas, rindiéndome por completo. Chupa uno de mis labios con una fuerza que me roba el aliento y luego pasa al otro, implacable.

—Tienes el coño más delicioso del mundo —murmura contra mi piel mojada—. Valió cada jodido día que pasé fantaseando con probarte. —Me regala una caricia lenta, húmeda—. Y más te vale saber, Maddox, que jamás te tocará otro hombre.

—Solo quiero que tú me toques —jadeo, alzando las caderas—. Quiero tus dedos, tu lengua y tu polla. Solo me mojo por ti.

—Mierda.

Es lo último que dice antes de volver a hundirse en mí. Cierro los ojos, ciega de placer. Su lengua traza mi exterior con una lentitud tortuosa antes de penetrarme con rapidez. Pierdo la noción del espacio. El sonido de nuestras respiraciones estrellándose en el silencio del apartamento me empuja peligrosamente hacia un segundo orgasmo. Su boca hace un trabajo perfecto, pero escucharlo perder el control mientras me da placer es lo que realmente me está volviendo loca.

Se desliza con una precisión que me desarma. Conoce cada reacción de mi cuerpo antes incluso de que suceda. Sube hasta mi clítoris y se adueña de él, abandonando cualquier rastro de delicadeza.

Arqueo la columna. La mesa es dura, incómoda y me provoca escalofríos, pero nada de eso importa cuando él suena así. Cuando respira contra mí como si yo fuera su maldita perdición. Muerdo mi labio inferior para ahogar un grito. Su risa vuelve a vibrar contra mí y abro las piernas un poco más.

—Así me gusta —murmura, con la voz rota—. Impaciente —da un lametón largo y, al segundo siguiente, introduce dos dedos. Se hunden en mi interior con lentitud mientras su lengua vuelve a rodear mi centro—. Nena, si así te tragas mis dedos, no puedo esperar a reventarte con mi polla.

Un gruñido escapa de mi garganta. ¿Por qué su forma tan cavernícola de hablarme tiene que derretirme de esta manera?

Me apoyo sobre los codos. La altura de Matthew es perfecta; aun de rodillas, puede mirarme a los ojos mientras me devora. El marrón de su iris se ha oscurecido hasta convertirse en ónix puro.

—Si tanto quieres saber cómo te tomaría, ¿qué estás esperando? —lo desafío. Jadeo con fuerza cuando saca los dedos y los vuelve a clavar, bombeando sin piedad—. Mierda...

Se aparta apenas unos milímetros. Su aliento caliente choca contra mis pliegues, pero sus dedos no se detienen. Al contrario, el ritmo se vuelve salvaje.

—Tengo que prepararte, ¿no crees? —Alza una ceja, esbozando una sonrisa de medio lado—. Eres demasiado estrecha para recibirme, *tesoro*...

Dejo caer la cabeza contra el vidrio y gimo, atrapada en esa línea borrosa donde el dolor y el placer chocan. Mis sentidos estallan cuando su lengua reclama mi clítoris al mismo tiempo que sus dedos me penetran con rudeza. El clímax me arrastra.

—Pero joder, Maddox, me muero por metértela hasta el fondo...

—¡Ah! —grito—. ¡Matthew!

—Mmh... —Me da una succión fuerte—. Di mi nombre, *tesoro*. Me fascina cómo lo dices cuando te derrites por mí.

—Matthew, por favor —suplico, temblando, convertida en un desastre líquido entre su boca y su mano. Aprieto los párpados con fuerza—. Matthew...

—Vamos, *tesoro*, dame uno más —ordena en un susurro grave, lamiendo el punto exacto que me hace enloquecer.

Me retuerzo sobre el vidrio duro. Me chupa con firmeza, mueve la lengua en círculos suaves y luego ataca con dureza. Me folla con la boca. Añade un giro con sus dedos, golpeando un punto interno que antes solo había alcanzado con juguetes. Lo encuentra en un maldito segundo, como si hubiera nacido conociendo el mapa de mi cuerpo.

Aprieto las manos en puños. Matthew Hardaway. El hombre que ha sido mi sombra, que me ha protegido, que ha desviado balas por mí. El *consigliere* de mi padre y, con suerte, el mío.

—Mi fantasma... —El apodo se me escapa en un gemido ahogado.

Al escucharlo, los dedos de Matthew se clavan en la carne de mis muslos como garras.

Mi cuerpo estalla. El orgasmo me devora, espasmo tras espasmo. Los movimientos de Matthew bajan de intensidad, su lengua me abandona poco a poco, pero mi cuerpo sigue temblando. Abro los ojos, la respiración destrozada. Lo veo bajo la luz minimalista del techo; sus ojos brillan con una intensidad letal.

Abre los labios como si quisiera decir algo, pero los cierra de golpe. Su nuez de Adán sube y baja con pesadez.

Me incorporo sobre los codos.

—Matthew.

—¿Qué? —responde, sin aliento.

—Necesito que me folles.

Una sonrisa depredadora le parte el rostro. Lo siguiente que sé es que sus brazos me envuelven y me levanta de la mesa en volandas. Suelto un chillido que se mezcla con una risa. Con tres zancadas cruza el pasillo hasta su habitación y me lanza contra el colchón.

Hay pura desesperación en sus movimientos, en la forma en que me mira y ajusta el bulto que deforma sus pantalones. El recuerdo del semen resplandeciendo en su polla destella en mi mente y aprieto los muslos. Estoy empapada de nuevo.

Él es un asesino a sangre fría, un dominante nato. Pero verlo al borde de perder la cabeza única y exclusivamente por mí, me hace sentir la mujer más poderosa sobre la faz de la tierra.

Levanto la pierna y planto la punta del pie en el centro de su pecho justo cuando intenta abalanzarse sobre mí. Matthew se detiene. Alza una ceja, divertido.

—¿Qué...?

—Quítate la ropa —ordeno.

Su mirada se oscurece. Se pasa la lengua por el labio inferior, lento, evaluándome.

—Tú todavía estás vestida —replica con voz ronca.

Es cierto, técnicamente. Pero nada vital está cubierto. El vestido arrugado solo me tapa el abdomen. Mis pechos están expuestos, y también mi sexo, ya que destrozó mi ropa interior hace rato. Un pensamiento fugaz me recuerda que mis cicatrices están a la vista de todos, pero el pánico no llega. Porque Matthew no las mira con asco ni lástima; las mira como si fueran la obra de arte que más desea poseer en este puto mundo.

Deslizo el pie por su pecho hasta rozar su cuello.

—¿Me harás repetirlo? —murmuro, sosteniéndole la mirada—. Dije que te quites la ropa.

Se muerde el labio y obedece. Se endereza, con las rodillas rozando el borde de la cama, y lleva las manos a la cinturilla del pantalón

deportivo que marca obscenamente lo que esconde. Lo empuja hacia abajo junto con la ropa interior, revelando su polla erecta, gruesa e hinchada.

No aparto la mirada. No hay una gota de vergüenza en mí. Tengo a este hombre con cuerpo de dios griego completamente a mi merced. Me mira con una devoción tan intensa que quema.

Debería asustarme. Debería ser un problema que me mire con tanto amor, pero esta noche no. Esta noche se van al diablo la venganza, las reglas y los límites. Solo existe él.

Sigue con la camiseta gris puesta. La tela fina se tensa sobre sus músculos y su polla está tan firme que la punta roza su abdomen.

—Toda la ropa —exijo en un susurro.

Tira de la camiseta y se la arranca por la cabeza, revelando el torso perfectamente esculpido. Todo su cuerpo está en tensión bajo mi escrutinio y...

El aire abandona mis pulmones.

Me incorporo, arrastrándome por el colchón hasta quedar de rodillas frente a él. Mis ojos se clavan en su pectoral izquierdo. Acerco la mano temblorosa al centro de su tórax y rozo la tinta roja con la yema de los dedos.

Hay un dragón rojo tatuado justo encima de su corazón.

—Matthew...

Mi mano tiembla sobre su piel. No puedo creer lo que estoy viendo, y al mismo tiempo, es exactamente lo que esperaría de él.

Toma la mano que descansa sobre su pecho y se la lleva a la boca. Besa mi palma abierta, cerrando los ojos para aspirar mi aroma. Un nudo me bloquea la garganta y las lágrimas amenazan con desbordarse. La lujuria salvaje de la habitación parece detenerse por un segundo, aplastada por el peso del significado de esa tinta.

—Soy tuyo —declara, con una convicción que me parte a la mitad—. Aunque tú no estés segura de esto, soy tuyo, Maddox. Y mi corazón

también. Por eso te llevo grabada en la piel.

Me lanzo contra su boca. Él me recibe con ferocidad. Sus manos apresan mi cintura, aplastándome contra su cuerpo, y siento la piedra caliente de su erección contra mi vientre. Muerdo su labio, hambrienta, y él gruñe, empujándome hacia atrás hasta que mi espalda choca contra el colchón.

Me envuelve su olor impregnado en las sábanas. Me froto contra él, exigiéndole que termine con esto, y escucho el desgarro sordo de la tela. Arranca lo que quedaba de mi vestido sin un atisbo de duda.

Sus manos, grandes y callosas, recorren mi piel desnuda. El contraste es brutal.

—Eres la mujer más hermosa que ha pisado este mundo —susurra, depositando un beso ardiente en mi muslo. Baja un poco más—. Eres una maldita obra de arte.

—Matthew... —jadeo cuando sus labios trazan la cara interna de mi pierna.

—Eres una diosa, Maddox. Y yo vine a este mundo para arrodillarme y adorarte.

El mismo cabrón arrogante y letal resulta ser un experto en decir palabras que me incendian por dentro.

Sube por mi otra pierna, lento, torturándome. Mi centro late, húmedo e hinchado, rogando por fricción.

—Matthew, por favor, ya no aguanto...

Me callo de golpe cuando se arrodilla entre mis piernas, abriéndolas más. Me apoyo sobre los codos, alzando las caderas hacia él en un intento desesperado de buscar fricción, pero su polla es una torre intocable.

Se ríe de mi impaciencia. Envuelve su miembro con la mano y me quedo sin aire al ver que ni siquiera puede cerrar el puño por completo. Dioses. Su tamaño es ridículo.

—Pídelo —ordena entre dientes. Su mandíbula está tensa como el acero mientras acaricia su propia longitud—. Quiero escucharte pedir mi polla.

—Matthew...

—Quiero escucharte rogar para que te folle como siempre has querido. Porque yo llevo años muriéndome por hacerlo. —Una de sus manos apresa mi rodilla y la empuja hacia abajo, abriéndome de par en par. Gimo ante el despliegue de fuerza—. Quiero saber que te mueres por mí igual que yo por ti.

Se inclina hacia delante. Intento alzarme para recibirlo, pero su mano libre se dispara hacia mi garganta. Sus dedos me apresan el cuello, obligándome a alzar el mentón y a mirarlo a los ojos.

—Quiero escucharte rogar. Porque allá afuera eres la intocable reina de Chicago, Maddox... pero en mi cama, eres mi puta.

Muerdo mi labio para reprimir el grito. La presión en mi garganta es firme, posesiva; va a dejarme marcas, y darme cuenta de eso me excita hasta la locura. Planta la palma de la otra mano sobre mi sexo abierto y gimo echando la cabeza hacia atrás, pero el agarre en mi cuello no cede.

—Aquí harás lo que te ordene y me tomarás como yo decida, ¿está claro? —Asiento frenéticamente. Otra oleada de líquido resbala por mi entrada cuando el glande ancho acaricia mis pliegues. Me retuerzo, buscando más, pero se aparta—. Quiero oírte decirlo.

—Sí —me apresuro a contestar, despojada de cualquier orgullo—. Soy tuya. Haré lo que tú quieras.

Una sonrisa maliciosa, mezcla de pecado y devoción, curva sus labios. Se inclina hasta rozar mi oreja.

—¿Por qué?

—Porque soy tu puta.

Se hunde en mí con una estocada brutal y limpia.

Estoy tan dilatada y húmeda que se desliza hasta el fondo de un solo golpe, pero la magnitud me arranca un grito agudo que rasga el aire. Me arqueo instintivamente, sintiendo cómo mis paredes se estiran para acomodarlo.

—Esa es mi chica —susurra, aflojando el agarre de mi cuello para dejar un rastro de besos por mi mandíbula. Comienza a moverse. Lento. Retirándose casi por completo para volver a hundirse—. Mierda, tesoro. Siempre supe que tu coño estaba hecho a mi medida, pero joder...

—¡Dios! Matthew...

Gruñe contra mi cuello, sale del todo y me embiste con más dureza.

—Si vuelves a decir mi nombre así, me voy a correr como un animal.

—Hazlo —suplico. Sus manos agarran mis caderas, marcando un ritmo denso, pesado, implacable—. Hazlo, Matthew...

—No —ruge. Las venas de su cuello y sus brazos están a punto de reventar. Está luchando contra sí mismo—. Necesito disfrutarte. Necesito...

—Llenarme de ti —termino en un susurro vibrante. Enredo mis piernas alrededor de su cintura, anclándolo a mí—. Es lo que siempre quisiste, ¿verdad?

Lo siento temblar.

—Maddox...

—Con eso fantaseas, ¿a que sí? —Acaricio su mandíbula con la lengua y clavo las uñas en sus hombros—. ¿Cuánto tiempo pasaste imaginando cómo me abriría de piernas para dejar que me llenes de tu semen?

—Basta —gruñe, cerrando los ojos—. No puedo... aún no...

—Por favor...

El ritmo de sus estocadas se dispara. Su polla late dentro de mí y aprieto mis paredes, sacándole otro rugido crudo.

De pronto, sale de mi interior. Antes de que pueda protestar, me da la vuelta sobre el colchón de un tirón. Quedo sobre mis rodillas, con la cara hundida en las sábanas. Sus manos se enredan en mi cabello y tira de mi cabeza hacia atrás, exponiendo mi cuello, justo en el momento en que vuelve a penetrarme con una fuerza demoledora.

—¡Ah! ¡Mierda!

El impacto de su pelvis contra mis nalgas resuena en la habitación. Clava los dientes en mi hombro, marcándome, embistiéndome con una brutalidad que me roba la razón. Ya no hay control. Ya no queda nada.

—¿Quieres que me corra dentro de ti? —pregunta entre mordiscos rabiosos que bajan por mi nuca—. Bien. Pero te vas a correr conmigo. En mi polla.

Una de sus manos viaja desde mi cabello hasta mi cuello para inmovilizarme, y la otra se desliza por debajo de mi cuerpo, directo hacia mi clítoris.

—Fantasma...

—Córrete para mí, *tesoro*.

Me da una estocada brutal y al mismo tiempo sus dedos friccionan mi centro hinchado. El grito que abandona mi garganta es salvaje. Su abdomen tenso choca contra mi espalda y echo las manos hacia atrás, aferrándome a su cabello mientras el abismo del clímax me devora.

Lágrimas de pura sobrecarga sensorial se derraman por mis mejillas. La tensión se acumula en mi bajo vientre, oscura y pesada. Escucho a Matthew decir cosas ininteligibles.

—*Tesoro*... —ruge.

En el segundo exacto en que mis paredes se contraen espasmódicamente alrededor de él, el control de Matthew se quiebra, derramándose dentro de mí con la misma fuerza devastadora que mi propio orgasmo.

CAPÍTULO 38

Matthew

Mi polla da un tirón doloroso en el instante en que mis ojos se clavan en los pechos desnudos de Maddox. Presiono los párpados y cuento hasta cinco mentalmente.

Tengo frente a mí la imagen que ha protagonizado mis fantasías más oscuras durante años, pero sé que si no me controlo, la despertaré hundiendo mi lengua entre sus muslos. Y necesito ir despacio.

Maldita sea. El recuerdo de su coño estrecho ordeñándome anoche es el mejor recuerdo que tengo. Llevo una mano a mi entrepierna y presiono sobre la sábana, exigiéndole a mi cuerpo que se relaje. Me doy cuenta que es inútil cuando abro los ojos y la veo, me pongo duro.

Maddox está en mi apartamento. En mi cama. Enredada en mis sábanas. Es donde debería estar siempre, pero ¿cuánto durará esta jodida ilusión?

Porque sí, es real, pero se siente como un sueño a punto de romperse. Es demasiado perfecto. Y nada bueno me ha durado tanto en la vida, a excepción de mi puesto como *consigliere* y mi lealtad hacia ella. Pero ahora que por fin cruzamos esa línea, ¿de cuánto tiempo dispongo antes de que la realidad nos golpee en la cara y reclame su lugar?

Necesito ser honesto con ella. Necesito que se enamore de mí —o que al menos acepte lo que le ofrezco— para que, cuando la verdad salga a la luz, lo que sea que sienta por mí sea más fuerte que mis mentiras.

La observo respirar con tranquilidad. Me muero por hundir la nariz en su cuello y aspirar su aroma. Su piel pálida está marcada por mis manos, por mis dientes. Dioses. Es mía.

Su cabello cae sobre las almohadas como una cascada de ónix. Jamás se vio tan perfecta. Como una maldita obra de arte intocable. Y yo me siento el hijo de puta más suertudo de este mundo. Pero no debería. No lo merezco. No hasta que sepa toda la verdad.

«Hay algo que los Hardaway hacemos a la perfección, hijo. Y es mentir. Pero debes aprender que nunca se le miente a la mujer que amas; eso es lo que marca la diferencia».

Las palabras de mi padre rebotan en el interior de mi cráneo. Aprieto la mandíbula.

Salgo de la cama despacio, intentando no hacer ruido. Me meto en la ducha y dejo que el agua hirviendo intente arrancar el peso de mi cobardía. Paso un buen rato bajo el chorro. Odio deshacerme del rastro de Maddox en mi piel, pero sé que volveré a impregnarme de ella en cuanto despierte. Porque si cree que podrá irse y dejarme como si nada, se equivoca. Desde anoche, Maddox Salvatore me pertenece, y haré hasta lo imposible para que no se aleje de mi lado.

Cierro el grifo y salgo con una toalla negra anudada a la cadera. Me dirijo a la cocina y empiezo a preparar el desayuno como si fuera la rutina más normal del universo. Como si todas mis mañanas consistieran en cocinar para los dos; y, joder, mentiría si dijera que no quiero que así sea.

Meto dos rebanadas de pan en la tostadora, enciendo la cafetera y busco dos tazas. Entonces, la siento. Reconocería los pasos de Maddox en cualquier lugar del mundo. Quizás, después de lo de anoche, mi cuerpo se volvió aún más adicto a su presencia. La siento acercarse mucho antes de que sus brazos rodeen mi torso por la espalda y la yema de sus dedos roce mi abdomen.

Mi mandíbula se tensa de golpe.

—No estabas en la cama —Su voz adormilada acaricia mi espalda. Cierro los ojos al sentir sus labios rozar mi omóplato. Me va a matar —. Esperaba despertar contigo, pero abro los ojos y has desaparecido...

Me giro entre sus brazos y le tomo el mentón, obligándola a mirarme. Sus ojos verdes brillan, tiene las mejillas ligeramente sonrosadas y lleva puesta una de mis camisas negras de vestir. Mierda. ¿Buscó en mi armario solo para ponerse mi ropa?

Luce perfecta. Y mía. Sobre todo, mía.

—Me levanté porque, si me quedaba un puto segundo más, te iba a despertar con la lengua en tu dulce coñito.

Se muerde el labio mientras una sonrisa lenta se dibuja en su boca. Noto cómo aprieta los muslos por instinto. Me muero por volver a meterme entre sus piernas. Sus manos suben por mi pecho desnudo hasta entrelazarse detrás de mi nuca. Da un paso al frente, pegando su cuerpo al mío, y se pone de puntillas.

—Para futuras referencias —susurra a un milímetro de mi boca—. Eso me encantaría.

La beso con ferocidad. Ella deja escapar un gemido ahogado que envía una descarga directa a mi polla, poniéndola de piedra bajo la toalla. Se frota contra mi erección, buscando fricción, pero la aparto con suavidad. Hace una mueca de fastidio y le dejo un beso rápido en la nariz.

—Lo tendré en cuenta —prometo en un susurro.

Me giro para llenar las tazas de café. Maddox se apoya contra el borde de la encimera y alza una ceja, evaluándome.

—Hora del desayuno —anuncio, tendiéndole una taza.

—No sabía que fueras tan responsable con la primera comida del día —se burla.

Sonrío de lado, saco las tostadas, les unto mantequilla y me giro hacia ella. Le ofrezco un trozo y, justo cuando abre la boca para

aceptarlo, respondo:

—Si quieres que te folle otra vez, solo tienes que pedirlo, *tesoro*. Pero vas a necesitar energía, porque no pienso dejarte salir de mi habitación en todo el maldito día.

Maddox se atraganta ligeramente y abre los ojos de par en par. Doy un sorbo a mi café, imperturbable.

—¿Desde cuándo me hablas de una forma tan... sucia? —murmura, escudándose tras la taza.

—Desde que te escuché rogar por mi polla anoche.

Pone los ojos en blanco, pero se gira por completo para apoyar la cadera en el mármol, dándome toda su atención.

—A ver si ahora se te va a subir el ego a la cabeza...

—Anoche lograste que se me subiera a las dos.

—¡Matthew!

Me da un empujón en el pecho que ni siquiera me mueve un milímetro. Suelto una carcajada ronca, pero el sonido muere en mi garganta cuando recuerdo la espina que lleva clavada en mi cerebro desde ayer. Dejo la taza a un lado. Doy un paso, aprisionándola entre mi cuerpo y el mármol helado, y mi tono cambia drásticamente.

—¿Con quién te reuniste anoche?

Maddox baja la vista de inmediato y deja su taza sobre la encimera, es lo único que necesito ver para saber que su respuesta no me gustará. Tomo su mentón con dureza, obligándola a mirarme.

—Maddox.

—¿Prometes no cabrearte? —susurra.

Mierda.

—¿Con quién? —exijo entre dientes—. Que tengas que hacerme esa puta pregunta significa que no voy a cabrearme; sino lo que sigue. Dímelo.

—No es como si te debiera explicaciones…

—Ni siquiera bromees con eso ahora mismo.

Me sostiene la mirada, desafiante, antes de soltar un suspiro pesado.

—Me reuní con Luc...

La mano que sostenía su mentón baja como un látigo hasta su garganta, apresando su cuello. No le corto el aire, pero la inmovilizo. Ella no se encoge. Por supuesto que no. Puede jugar a ser sumisa en mis sábanas, pero sigue siendo la dueña de *Draghi*.

Me importa una mierda. Podría ser la reina del puto universo y yo seguiría hirviendo de rabia.

¿Cenando con ese hijo de puta?

—¿Por qué demonios te reuniste con ese cabrón? —siseo, rozando sus labios con los míos.

—No tengo que darte explicaciones —replica, con la furia centelleando en el verde de sus ojos—. Pero si estás tan interesado...

—Habla —ordeno, aplicando una ligera presión en su garganta.

—Necesito encontrarlo, ¿lo olvidas? —Gruño en respuesta—. Quita esa cara de psicópata, Matthew. Sabes que tenía que...

—¿Qué? —La corto, acorralándola más—. ¿Cenar con ese imbécil? ¿Usar ese maldito vestido para que babeara por ti?

—No es así, Luc no...

—No digas su nombre —gruño, letal—. No pronuncies el nombre de ningún otro cabrón mientras estés en mi casa, porque te juro por Dios, Maddox... —Presiono mi pelvis contra su vientre para que sienta lo furioso y jodidamente excitado que estoy—. Que a cada hombre que menciones, lo buscaré y le volaré la puta cabeza.

—Matthew... —Su respiración se corta.

—Soy tu asesino personal, ¿lo olvidas? —Le recuerdo, con una sonrisa oscura asomando en mis labios al sentir el ligero roce de sus muslos contra mí—. Te excita que sea así, ¿verdad?

—No sé de qué hablas.

—No intentes mentirme, *tesoro* —Susurro contra su oreja—. Si te toco ahora mismo, ¿qué tan mojada vas a estar?

—¿Por qué no lo compruebas? —desafía en un hilo de voz.

Trazo la línea de su mandíbula con la lengua y ella arquea la espalda, echando la cabeza hacia atrás. Mi mano baja lentamente por su cuerpo. Tomo el bajo de la camisa que le llega hasta los muslos y la levanto despacio, sin romper el contacto visual. Veo la anticipación quemando en sus ojos.

Jo-der.

No solo está empapada. Ni siquiera se puso bragas.

Apoyo mi frente contra la suya, cerrando los ojos.

—Maddox... —gruño.

—¿Qué tan húmeda estoy?

—Tan húmeda que vas a matarme. —Trazo sus pliegues resbaladizos con la yema de los dedos. Jadeo cuando su mano encuentra el nudo de mi toalla y tira de él, dejándome desnudo—. *Tesoro*...

—Yo también quiero saber qué tan cabreado estás —murmura. Me niego a abrir los ojos; si veo su mirada ahora mismo, me voy a correr como un adolescente—. Porque esto te excita, ¿verdad?

Hundo un dedo en ella. Se desliza con una facilidad obscena al mismo tiempo que su mano envuelve mi polla, acariciando la punta húmeda por el líquido preseminal.

—Te excita que te desafíe... —jadea ella.

—De la misma forma que a ti te fascina que te dé órdenes —replico. Añado un segundo dedo. Maddox se arquea contra mi mano,

apretándome con sus paredes. Abro los ojos para verla—. ¿Me vas a dejar follarte sobre el mármol, tesoro?

Se muerde el labio inferior y comienza a masturbarme con un ritmo firme.

—No.

—¿No? —Frunzo el ceño, confundido.

—Estoy dolorida —confiesa. Sus mejillas se tiñen de un rojo precioso. Ordeño su centro con un giro de muñeca y ella suelta un gemido—. Matthew...

—¿Te hice daño? —La preocupación se filtra en mi voz de inmediato, aunque sé que ella no se callaría algo así.

—¿Tú no has visto el tamaño que tienes? —replica, apretando los dedos alrededor de mi polla como castigo. Mierda—. Dame un momento para recuperarme.

—Te doy todo lo que me pidas —susurro con los ojos cerrados, desesperado. Su mano pequeña se mueve con la presión exacta que me vuelve loco, mientras mis dedos bombean su interior sin piedad. El sonido obsceno de la fricción rebota en la cocina—. ¿Quieres el cielo? Te lo bajo. ¿Quieres un puto trono? Te lo construyo con los huesos de tus enemigos. Dime qué necesitas y es tuyo.

Su risa suave choca contra mis labios. No la beso; sé que si lo hago la cordura desaparecerá por completo, la pondré boca abajo sobre la isla de la cocina y la reventaré ahí mismo.

—Ahora mismo, quiero correrme —exige en un susurro ardiente—. Con los mismos dedos que me hicieron gritar anoche.

—Maddox —advierto con un rugido sordo—. Si sigues hablando así, no voy a aguantar.

—Bien, porque yo estoy a punto. —Acelera el ritmo. Me masturba con una fuerza que debería asustarme, pero lo único que logra es hinchar mi polla hasta doler—. La tienes increíble... —Siento su lengua rozar mis labios y tenso la mandíbula—. Me he tocado cada

noche durante los últimos dos años fantaseando con que me llenas como lo hiciste ayer.

—Maddox...

No abras los ojos, Matthew. No los abras o te corres.

—Soy tuya, Matthew —gime. Aumento la fuerza de mis embestidas y siento cómo sus paredes palpitan, estrangulando mis dedos. Está a un segundo. Yo también—. Este coño es tuyo.

—*Tesoro*...

—Mírame —ordena—. Mírame.

Abro los ojos.

Su mirada verde y salvaje choca contra la mía. El control se va a la mierda. Me corro con una fuerza brutal en su mano en el mismo puto instante en que ella arquea la espalda, grita mi nombre y se deshace contra mis dedos.

Respiramos de forma errática. Mi semen ensucia su mano y mi abdomen, mientras mis propios dedos están empapados de su orgasmo. Estoy tan intoxicado de ella que levanto la mano, llevo los dedos a mi boca y pruebo sus fluidos frente a sus ojos.

—El coño más dulce del mundo —afirmo.

Ella sonríe, pero antes de que pueda decir nada, me agacho, atrapo su cintura y me la echo al hombro como un puto cavernícola. Grita y patea el aire, pero no aflojo el paso.

—¡Matthew! —Las puntas de su cabello rozan la parte de atrás de mis rodillas—. ¿¡Qué demonios haces!?

Entro al baño, la bajo en la ducha y abro el grifo al máximo.

—Te vas a dar la vuelta —ordeno, agarrándola por la nuca para atraerla hacia mí bajo el agua hirviendo y la giro—. Manos contra los azulejos y piernas abiertas.

Ella se muerde el labio, conteniendo una sonrisa perversa.

—Te lo advertí anoche, Maddox. Voy a follarte en cada maldito rincón de este apartamento.

—Aún nos quedan un par de habitaciones —provoca, girándose despacio.

Enredo una mano en su cabello y tiro hacia atrás hasta que su trasero choca contra mi polla, que, gracias a Dios, ya empieza a despertarse de nuevo. Rozo su oreja con los labios.

—Todavía es temprano, *tesoro*. Tengo todo el puto día.

CAPÍTULO 39

Maddox

—¿Qué opinas?

Lucchese me mira como si le estuviera hablando en antiguo arameo. Lucho contra el impulso de poner los ojos en blanco. Llevo dos malditas horas hablando, exactamente desde que entré a mi apartamento y lo encontré desparramado en mi sofá, viendo una película romántica en Netflix.

Lejos de intimidarse porque lo haya pillado viendo *The Notebook* con un bol gigante de palomitas sobre el regazo, parece disfrutarlo.

Había ignorado su falta de interés inicial para relatarle con lujo de detalles mi reunión con Luc, especialmente la parte en la que necesitamos su ayuda. Esperaba que Harry no se negara; sería una lástima tener que meterle una bala en la frente por desobedecerme justo ahora que le estaba tomando cariño.

—No me has dicho nada que requiera mi opinión —responde, encogiéndose de hombros.

Apoyo ambas manos sobre el mármol frío de la isla de la cocina y enarco una ceja. Harry me sostiene la mirada, abrazando uno de los cojines decorativos de mi sofá. Lleva unos pantalones de chándal grises y el torso completamente desnudo. Cuando lo vi así al entrar, agradecí tener mi coche y así evitar que Matthew pudiera verlo.

—¿Estás sordo o qué? —gruño—. Te acabo de hablar de Luc, del plan...

—Ah, eso —suspira, apartando el cojín a un lado—. Sí, Maddox, lo que necesites, me da igual. —Se acomoda en el cuero, deja un hueco a su lado y palmea el espacio vacío—. Ahora trae tu trasero aquí y cuéntame lo que de verdad me interesa escuchar.

Frunzo el ceño, genuinamente confundida.

—¿De qué hablas?

—Por favor. —Esboza una sonrisa perversa—. Te mueres por contarme qué tal folla el guardaespaldas.

—¡Lucchese! —casi grito al comprenderlo—. Estoy hablándote de negocios de la mafia, ¿y tú quieres hablar de...?

—¿De cómo te destrozó el gruñón de dos metros que siempre tiene un palo metido en el culo? Sí, exactamente de eso.

Suelto una maldición por lo bajo.

—Eres imposible.

—No, solo soy un hombre muy interesado en tu drama. Y alguien que se alegra mucho de que te hayan borrado esa expresión de amargada que traías la semana pasada.

Mis instintos reaccionan antes que mi cerebro. Tomo un vaso de cristal de la encimera y se lo lanzo directo a la cabeza. Lo esquiva por milímetros, más por reflejo que por otra cosa, y el cristal estalla contra la pared a su espalda, lloviendo fragmentos por toda la alfombra.

Lucchese alza las manos de inmediato, con los ojos muy abiertos.

—¡Oye, tranquila! A veces olvido que eres frágil como una bomba.

—Vuelve a hablarme así y te asesino —lo apunto con un dedo amenazador.

Asiente rápidamente, manteniendo las manos en alto, pero la burla sigue bailando en sus ojos. Suspiro y me cruzo de brazos. Sí, estoy demasiado impulsiva. Mis nervios han estado a flor de piel estos últimos días; cada vez que despertaba en la cama de Matthew,

atrapada entre sus sábanas, no podía dejar de preguntarme qué demonios íbamos a hacer con nosotros.

—¿Qué te hace pensar que nos acostamos? —intento mantener la compostura.

Lucchese suelta una carcajada tan fuerte que me dan ganas de ir a buscar mi Mossberg.

—Maddox, cariño... —dice entre risas—. Te vi por última vez el domingo y hoy es... —Gira la pantalla de su móvil hacia mí—. Miércoles. ¿Puedes creerlo?

—Lucchese... —advierto.

—No pretenderás que crea que estuvieron jugando al *Scrabble* noventa y seis horas seguidas, ¿verdad?

Me encojo de hombros, rindiéndome.

—Quizás fue una partida muy larga.

—¿Tanto como su polla?

Mi expresión se oscurece al instante. Él capta el cambio, abandona el sofá con agilidad y camina hacia la cocina.

—Tranquila —murmura, su tono perdiendo la burla mientras se acerca—. No entiendo por qué te pones a la defensiva. Si estuviste atrincherada en su casa hasta hoy, asumo que el polvo fue espectacular.

—Lo fue —admito, sintiendo el calor subir a mis mejillas. Lucchese pasa por mi lado, saca un vaso nuevo de la alacena y se sirve agua —. Sería una estupidez negarlo.

—Lo imaginaba. —Se apoya de codos en la isla de mármol. Es casi tan alto como Matthew, por lo que tiene que encorvarse un poco para quedar a mi altura—. ¿Mejor que el hermano menor?

Aprieto los dientes.

—No voy a hacer comparaciones.

Él pone los ojos en blanco y bebe un trago largo.

—Soy tu amigo, Maddox. Aquí puedes hablar sin filtros.

Me muerdo el interior de la mejilla. Claro que me encantaría admitirlo en voz alta, pero no me interesa compararlos. Sin embargo, es imposible negar que Matthew la tiene de un tamaño irreal y que la forma en la que folla... Dioses. Rezuma una experiencia que, aunque no debería afectarme, lo hace. No me considero celosa, pero imaginar a otras mujeres gimiendo su nombre entre esas sábanas negras enciende una rabia posesiva en cada rincón de mi cuerpo.

Todo sería más fácil para él con cualquier otra persona. Lo nuestro... sea lo que sea que hayamos empezado, no parece tener futuro. No en nuestro mundo.

—Basta. —La voz firme de Lucchese me arranca de mis pensamientos—. Tu cara acaba de pasar de la lujuria absoluta a un ataque de pánico puro. Deja de darle tantas vueltas.

—¿Cómo sabes...?

—Te follaste a tu guardaespaldas y ahora te estás convenciendo de que fue un error.

El nudo en mi garganta casi me ahoga.

—Quizás lo fue —mi voz suena más frágil de lo que me gustaría.

—No digas eso, Maddox. —Es la primera vez en toda la tarde que Harry suena puramente letal, adoptando su faceta de jefe—. No lo digas si ni siquiera es lo que sientes. ¿O acaso sientes que fue un error?

Bajo la mirada, sintiendo el picor de las lágrimas amenazando con traicionarme. No siento que haya sido un error, pero sí algo que lo condena todo. Niego con la cabeza lentamente. Lucchese alza la mano y sostiene mi mentón, obligándome a mirarlo.

—Entonces no vuelvas a decirlo.

—Pero todo va a ser un infierno ahora —confieso en un susurro áspero—. Ya no soy solo la heredera. Soy la Regina de *Draghi*,

Lucchese. —Lo veo tensar la mandíbula; esa fue la gran noticia que le solté al llegar y que lo hizo brindar. Ahora ya no parece un motivo de celebración—. No me acosté con un don nadie. Es Matthew. Es mi maldito *consigliere*. Ya es bastante difícil lograr que los altos mandos respeten a una mujer en el poder, y si se enteran de esto...

—¿Qué te hace creer que no te respetarán? —me interrumpe.

—Los hombres de Levi, que ahora son los míos, me aceptan por completo. Sí, me respetan. Pero no sé qué pasaría si lo supieran.

—¿Desde cuándo a Maddox Salvatore le importa lo que un hombre piense de ella?

El golpe de sus palabras me deja muda. Lucchese me suelta el mentón y sonríe, enarcando una ceja.

Tiene razón. No he llegado hasta la cima por pedirle permiso a los hombres. Pero el peso de la corona es real. Es lógico que sienta esta presión; los rumores son el veneno más rápido en nuestro mundo.

—No se trata solo de nuestra gente —le explico, arrastrando las palabras—. Sino de todas las familias con las que hacemos negocios. Con los aliados y con nuestros enemigos.

—Maddox...

—¿Cómo demonios voy a obligarlos a que me respeten?

La sonrisa de Lucchese se ensancha y se inclina hacia mí, apoyando ambas manos en el mármol.

—Lo harás como solo tú sabes hacerlo —sentencia, mirándome fijamente—. Con palabras. Y si las palabras no funcionan, con una maldita bala en el entrecejo. Porque así es como gobierna la Maddox Salvatore que yo conozco. Y dudo mucho que vayas a cambiar por un hombre.

CAPÍTULO 40

Maddox

Llevo dos horas hablando. Tengo la garganta seca y, aunque mataría por un trago de whisky, me obligo a mantener la postura detrás del escritorio. Los ojos de Matthew no se han apartado de mí desde que empezó la reunión. Quizás estoy delirando, pero me escruta con tal intensidad que me siento expuesta, desnuda bajo ese iris color miel.

Y mentiría si dijera que su atención no me tiene empapada.

Mierda. Estoy completamente excitada por la forma en la que me mira, pero también por su postura. Se ha mantenido en un extremo de la sala, inquebrantable, escuchándome hablar sin parpadear. Lleva un pantalón de vestir negro y una camisa que reconozco demasiado bien. Tiene docenas iguales, pero algo me dice que es exactamente la misma que le robé de su armario justo después de nuestro primer polvo.

Siento el calor subir a mis mejillas. La comisura izquierda de sus labios se eleva de forma imperceptible. Lo miro de soslayo. Quizás no me lo he imaginado en absoluto.

—¿Preguntas? —inquiero, dejándome caer sobre el respaldo de mi silla de cuero.

Los cité a todos en el último piso del club para organizar la misión de Luc. Necesita a dos de mis hombres y, aunque no me hace maldita gracia exponer a mis soldados, es el precio a pagar para acercarme a mi verdadero objetivo.

Matthew no me hizo una sola pregunta sobre mi reunión con Luc. Respetó mis límites, pero sé que la verdadera razón es que pronunciar el nombre de ese imbécil lo vuelve loco de celos. Y aunque las consecuencias de esa posesividad me encantan, mi cuerpo exigía un maldito descanso.

¿Cómo es que me lleva diez años y tiene el doble de energía que yo?

«Te he deseado por mucho tiempo, Maddox. No me saciaré de ti tan fácilmente».

Mal momento para recordar sus palabras de anoche. Mi centro da un tirón húmedo en respuesta.

—¿Qué esperas que digamos? —Jace sonríe con diversión—. Solo danos la orden y lo haremos.

Me muerdo el labio inferior, evaluándolos. Me gusta que acaten mis palabras sin dudar, pero esto no es un asunto oficial de la organización. Su lealtad es hacia mí porque lidero *Draghi*, no porque sea la chica a la que secuestraron y que ahora juega a la venganza.

—No es una misión de *Draghi* —aclaro despacio—. Lo que quiero decir…

—Será una misión del hijo del maldito que te secuestró.

En cuanto las palabras abandonan la boca de Jace, mi cuerpo se tensa. Noto cómo Matthew se endereza en su rincón. Jace suelta una maldición al captar la reacción en la sala.

—Lo siento, Maddox. No quise que sonara así…

—Pero es exactamente así —lo corto, aclarándome la garganta. Apoyo ambas manos sobre el escritorio y los miro uno a uno—. Ya me conocen, no soy una buena samaritana. —Clavo la vista en los dos soldados nuevos, Marco y Pablo, que seguramente ya han escuchado suficientes rumores sobre mí—. Es lo que necesito para acercarme a Marcio. Así que, en la práctica, son dos misiones simultáneas.

—¿De qué hablas? —interviene Will.

Había permanecido en silencio demasiado tiempo. Tampoco le di detalles de la reunión y su tono delata cierta molestia. Lo siento, Will. He estado ocupada gimiendo el nombre de Matthew estos últimos días.

—Es muy probable que el imbécil nos lleve directo a su padre —explico, soltando un suspiro—. Según él, quiere recuperar lo que le robó. No le creo una mierda eso de que no sabe dónde se esconde, así que lo mejor será desarrollar otro operativo en paralelo para recabar información.

—Yo iré con Luc —sentencia Matthew.

Alzo la vista hacia él.

—No —suelto de golpe. Él frunce el ceño, sorprendido, y siento el peso de las miradas de los demás sobre mí—. Te necesito a mi lado cuando se ejecute mi parte —me apresuro a justificar—. Lo mismo ocurre contigo, Will. Entiendo que ceder hombres a Luc no es algo que mi padre haría, lo sé…

—Pero tú no eres Levi y él ya no es el Don —replica Jace, encogiéndose de hombros—. Yo te juré lealtad sin siquiera conocerte. Cuenta conmigo. Sea por *Draghi* o por tu venganza personal. Aunque, al final del día, la venganza de la Regina es la venganza de *Draghi*.

Una chispa de orgullo me calienta el pecho, pero mantengo la expresión neutral. Una jefa sensible no infunde respeto.

—Opino igual —coincide Marco, asintiendo—. Lo que la Regina dicte, se hace.

—Yo me quedaré a tu lado —añade Pablo.

La temperatura de la sala cae en picado ante su elección de palabras. Bueno, la sala no; Matthew. Su mandíbula está tan tensa que parece a punto de fracturarse.

—Trabajaré contigo para acercarnos a Marcfio —termina de aclarar Pablo, ajeno al instinto asesino de mi *consigliere*.

—Perfecto —concluyo, poniéndome de pie—. La misión de Nueva York es en cinco días. Los veo en cuarenta y ocho horas en el área de entrenamiento para pulir la estrategia. Gracias, ya pueden retirarse.

La presión en mi pecho se disipa en cuanto escucho la puerta cerrarse tras ellos. Todos se han ido. Todos excepto Matthew. Pero su presencia no me asfixia; hace exactamente lo contrario.

Hundo la espalda en la silla y cierro los ojos, escuchando sus pasos firmes acortar la distancia. Cuando abro los ojos, lo tengo frente a mí, tendiéndome un vaso de whisky de cristal tallado. Lo acepto como si fuera agua en el desierto.

Doy un trago largo y dejo que el alcohol me queme la garganta.

—Necesitaba esto —murmuro.

Él asiente en silencio. Se apoya en la esquina de mi escritorio, rozando la madera con la cadera, y bebe de su propio vaso sin apartar la vista de mi rostro.

—¿Qué demonios te pasa? —inquiero.

—Nada.

—Matthew. Has estado demasiado callado.

—Soy callado.

Lo observo, incrédula. Termino mi bebida de golpe, dejo el vaso sobre la caoba y me inclino hacia él. Mi rostro queda a la altura de su entrepierna; el bulto marcado bajo la tela oscura de su pantalón me manda una punzada directa al bajo vientre.

—Matthew —advierto en voz baja—. No tolero las mentiras. Creí que eso ya estaba claro.

La dureza de mi tono borra cualquier rastro de tranquilidad en la oficina.

—No te estoy mintiendo.

—No me gustaría descubrir que lo haces.

—No lo hago —dice entre dientes.

—¿Entonces qué demonios te pasa? —espeto.

Suelta una maldición por lo bajo, deja su vaso junto al mío y se inclina hacia mí. Sus manos grandes agarran los apoyabrazos de mi silla y me gira bruscamente hasta dejarme atrapada entre sus brazos y el escritorio.

—Me jode no estar al tanto de tus planes —gruñe, su voz tan ronca que me vibra en los huesos. Su aliento a whisky me acaricia los labios—. Y no porque necesite controlarte, sino porque se siente como si no confiaras en mí.

—Confío en ti —le aseguro de inmediato—. Pero eso no significa que debas saber cada maldito movimiento que doy antes de darlo.

Se muerde el interior de la mejilla y niega lentamente.

—¿Así es como van a ser las cosas ahora?

—Las cosas van a ser como yo decida —sentencio, letal—. Pensé que eso también estaba claro.

El silencio se estira entre los dos. Sus ojos buscan los míos y encuentro en ellos un destello salvaje, oscuro, difícil de descifrar.

—No tengo ningún problema con recibir tus órdenes —admite en un tono áspero, despojándose del sarcasmo—. Pero me aterra que quieras hacerme a un lado. Me aterra…

—No poder cuidarme —termino por él.

Él asiente. Sabía que esto pasaría. Su instinto enfermizo de protegerme y salvarme es una bomba de relojería. Por un lado, enciende cada terminación nerviosa de mi cuerpo; por el otro, me enfurece. Porque cuando me mira con esa necesidad de escudo, siento que vuelve a ver a la chica rota en aquella celda. Y yo ya no soy ella.

Ese es el maldito problema de haberme acostado con él. Pero lo hice porque lo deseo hasta perder la razón.

Me inclino hacia el frente, acortando la distancia hasta que compartimos el mismo aire. Agarro el cuello de su camisa, enroscando la tela en mi puño, y tiro de él hacia abajo.

—Siempre he detestado que me veas como una puta princesa de cristal —siseo contra su boca. Su nuez de Adán sube y baja con fuerza—. Confío en ti con mi vida, Matthew. Por eso te exijo lealtad absoluta. Pero no necesitas saber los detalles de un plan que ni siquiera he terminado de trazar. Cuando llegue el momento de quemar este mundo hasta los cimientos, te garantizo que estarás a mi lado sosteniendo el fósforo. ¿Ha quedado claro?

Aprieta los labios en una línea fina y asiente en silencio.

—Te hice una maldita pregunta —exijo.

Entonces sonríe. Es una sonrisa oscura, cargada de una perversión tan intensa que me derrite.

—Ha quedado claro, *tesoro* —susurra—. No sabía que aquí también me dabas órdenes.

Una sonrisa involuntaria tira de mis labios. Me muerdo el labio inferior.

—En tu cama seré tuya —concedo, y la oscuridad en sus ojos se intensifica—. Pero aquí soy tu Regina, y haces exactamente lo que yo ordene.

—*Tesoro*...

—Si te pregunto algo, respondes. Y si yo no quiero hablar, te callas. —Lo suelto y me recuesto de nuevo en la silla—. Espero que eso también haya quedado claro.

Sin borrar esa sonrisa letal de su rostro, Matthew suelta los apoyabrazos y se deja caer de rodillas sobre la alfombra. Sus manos ásperas viajan desde la madera hasta mis muslos, aferrándose al pantalón negro con firmeza. El aire abandona mis pulmones cuando sus dedos rozan el botón de mi cinturilla.

—Me parece justo —ronronea. Un escalofrío me recorre la espina dorsal entera—. ¿Qué es lo que quiere mi Regina?

«Mi Regina».

Joder.

—Matthew…

—Haré lo que me pidas —promete, desabrochando mi pantalón y deslizando la cremallera hacia abajo—. Pídemelo, *tesoro*. Por favor.

Alzo ligeramente las caderas para facilitarle el trabajo. Él me recompensa con una mirada cargada de pura lujuria. Tira de la tela y de mis zapatos, arrojándolos a un lado hasta dejarme solo con la camisa de seda y una braga negra de encaje. No estoy desnuda, pero la devoción casi religiosa con la que me escruta me hace sentir expuesta hasta el alma.

Jadeo cuando su nudillo roza la tela húmeda de mi ropa interior. Traza una línea lenta y tortuosa sobre mis pliegues, sin apartar sus ojos de los míos. Arqueo la espalda buscando más fricción, y él responde enganchando un dedo bajo el encaje, acariciándome directamente hasta empaparse. Luego, con una lentitud que me vuelve loca, saca el dedo y se lo lleva a la boca, chupando su propia piel.

—Eres exquisita y mía —susurra.

Desliza las manos hacia mis rodillas y empuja mis piernas, abriéndome de par en par.

—Llevo años soñando con tenerte así —su voz baja un octavo, letal y seductora—. Y quiero recordarte que, sin importar a cuántos hombres le des ordenes, aquí adentro eres mi mujer.

—¿Soy tu mujer? —pregunto desafiante, casi sin aliento.

Matthew asiente mientras se muerde el labio inferior.

—Vine a este mundo para estar a tus pies. Dime qué quieres, *tesoro*.

El aire en el despacho pesa como plomo. Matthew me mira desde el suelo con esa mezcla enfermiza de adoración y salvajismo. Es mi

mano derecha, sí, pero en este instante es solo el hombre que lleva años obsesionado con devorarme viva.

Echo la cabeza hacia atrás, clavando mis uñas en los reposabrazos, y lo miro con toda la soberbia que logro reunir. Este juego de poder me fascina.

—Quiero que me demuestres esa lealtad de la que tanto presumes.

Su sonrisa se ensancha.

—Tus deseos son órdenes.

Engancha los dedos en la fina tira de mi braga y tira de ella hacia abajo con una fuerza bruta, rompiendo el encaje por completo. Es la cuarta maldita prenda que me destroza en la semana, y lejos de molestarme, enciende un fuego incontrolable en mi vientre.

Sus manos apresan mis muslos con una fuerza posesiva que casi duele. No hay advertencia. Matthew hunde el rostro entre mis piernas y me asalta. El primer contacto de su lengua contra mi clítoris me arranca un grito que rebota contra las paredes insonorizadas. No es suave ni delicado; es voraz. Chupa y lame con la desesperación de un hombre que lleva años muriendo de sed.

—Dios, Matthew… —gimo, perdiendo los estribos.

Arqueo la espalda y entierro los dedos en su cabello oscuro, tirando de él. La silla gira levemente por la fuerza de sus embestidas, pero él clava los dedos en mis caderas, inmovilizándome contra su boca. Sabe exactamente dónde presionar, cómo usar los labios y la lengua para destruir cualquier barrera de autocontrol que me quedara.

Se detiene un segundo, apartándose solo unos milímetros. Sus labios están empapados, brillando bajo la luz pálida de la oficina.

—Mírame —exige, ronco—. Mírame mientras te hago mía.

Hunde dos dedos en mi interior con un empuje brutal. Grito su nombre mientras su lengua retoma la tortura sobre mi punto más sensible.

Suelta un gruñido gutural. Sus dedos aceleran el ritmo de forma frenética, bombeando dentro de mí mientras su boca me devora sin piedad.

—Matthew, por favor… —suplico, tirando de su cabello.

—Dame órdenes, *tesoro* —me corrige con una sonrisa.

—Haz que me corra —exijo entre dientes, colgando del abismo.

Esa sonrisa perversa es lo último que veo antes de que la presión estalle. Sus dedos se enroscan en mi interior y el orgasmo me atraviesa con la fuerza de un puto terremoto. Grito, echando la cabeza hacia atrás, mientras las contracciones aprietan sus dedos y mi cuerpo entero tiembla en el cuero de la silla. Las misiones, la mafia, los enemigos… Todo desaparece. En este maldito despacho solo existimos nosotros.

CAPÍTULO 41

Maddox

Matthew gruñe contra mi boca al escuchar el timbre de mi móvil. No puedo evitar sonreír sobre sus labios.

—Detesto esa maldita cosa —sisea.

Le muerdo el labio inferior y tiro de él con la fuerza suficiente para arrancarle un gruñido mucho más oscuro. Presiona su cuerpo sobre el mío, haciéndome sentir la dureza de su erección contra mis muslos. El instinto me pide cruzar las piernas, pero él se abre paso, frotándose contra mi centro desnudo hasta que un remolino de humedad se acumula entre mis muslos.

—Matthew... —jadeo, echando la cabeza hacia atrás.

Sus labios reclaman mi cuello, trazando un camino húmedo hasta mis pechos. Antes de que pueda intentar alejarlo, su lengua envuelve mi pezón derecho, endureciéndolo al instante. Arqueo la espalda con un gemido que me desgarra la garganta.

—*Tesoro* —susurra contra mi piel hipersensible, antes de dedicarle la misma atención devota al otro lado—. ¿Puedo follarte otra vez?

Por tercera vez. Este hombre quiere hacerlo por tercera vez. Joder.

—¿De dónde sacas tanta energía? —alcanzo a articular cuando sus dedos se cuelan entre mis piernas, abriéndome con una lentitud desesperante.

—Por favor —murmura, arrastrando mi propia humedad hasta mi clítoris con la yema de los dedos—. No puedo saciarme de ti. Mucho

menos cuando te empapas por mí en cuestión de segundos...

Mi móvil vuelve a sonar, taladrando la burbuja de calor.

Matthew suelta una retahíla de maldiciones pero intenta ignorarlo. Al tercer tono consecutivo, suspira con pura frustración y se aparta. El frío golpea mi piel ante su ausencia. Lo observo dejarse caer de espaldas a mi lado, con la mandíbula tensa.

—Si es Lucchese molestando de nuevo...

—Ya —lo corto, girando sobre el colchón para alcanzar el aparato—. No es Harry.

—No lo llames así —gruñe de inmediato.

—Ese es su nombre, Matthew.

—Me importa una mierda —espeta. Se inclina sobre mí, apresando mi garganta entre sus dedos grandes y ásperos—. Lo detesto. No lo llames de ninguna forma.

Esbozo una sonrisa altanera mientras sus dedos ejercen una presión posesiva que, lejos de asustarme, me enciende.

—Deja de ser tan bruto —murmuro, bajando la vista a la pantalla—. Es Will.

—Ese infeliz me está empezando a caer fatal.

—Matthew —advierto, clavando mis ojos en los suyos.

Él bufa, pero no aparta la mano de mi cuello; al contrario, la yema de su pulgar acaricia mi pulso desbocado.

—Quiere verme en una hora. Dice que las cámaras captaron algo. —Dudo un segundo antes de añadir la mentira—. No dice mucho más. Ya sabes que evitamos dar detalles por mensaje.

Él asiente. Agradezco que no indague. Confío en Matthew, sí, pero no estoy dispuesta a entregarle las riendas de cada uno de mis planes. Mi venganza no puede permitirse puntos ciegos.

Se aparta de mí por completo y abandona la cama. Me muerdo el interior de la mejilla al observar su espalda desnuda. Mi corazón da

un vuelco irracional al repasar el dragón tatuado en su bíceps izquierdo y la serpiente que trepa por su piel hasta enredarse en su cuello.

Sus abdominales se tensan mientras se viste, ocultando esa polla perfecta tras la tela oscura. Parpadeo, obligándome a apartar la vista si quiero salir viva de este apartamento hoy. Un nuevo mensaje de Will ilumina la pantalla; su insistencia es inusual, así que le confirmo rápido que voy en camino.

—Puedo llevarte —ofrece Matthew. Me giro para verlo; se está abotonando la camisa negra con parsimonia—. Si quieres.

—No hace falta —me apresuro a responder, buscando mi propia ropa —. Ahora tengo coche.

—Lo sé, pero...

—Dije que no es necesario.

Enarca una ceja, evaluándome. Se sienta en el borde del colchón, con las rodillas separadas. Me acerco para terminar de ajustarme la camiseta y, de inmediato, sus manos enormes se anclan en la cara interna de mis muslos, atrayéndome hacia él.

—¿Está todo bien? —pregunta en voz baja. Sus pulgares trazan círculos sobre mi piel. Asiento—. Sabes que puedes...

—Decirte lo que sea, lo sé —le dedico una sonrisa suave, acunando su rostro entre mis manos—. Will seguro quiere repasar la logística de la misión. Le pedí que mantuviera vigiladas a las familias de la costa. Quiero asegurarme de que todos sigan bajo mi correa.

Asiente despacio, aunque la sombra en sus ojos color miel me advierte que no se ha tragado la excusa por completo. Sus dedos se hunden un poco más en mi carne.

—De acuerdo —murmura, soltando un suspiro pesado—. *Tesoro*, tenemos que hablar.

Frunzo el ceño. El cambio brusco me descoloca. Su expresión es inescrutable, pero hay una tensión vibrando bajo su piel que me

pone en alerta. Hace menos de una semana yo misma le marqué límites estrictos, solo para terminar rogándole de madrugada. Quizás la factura de ese caos acaba de llegar.

—Lo sé —concedo, acariciando su pómulo—. Pero mañana tenemos el entrenamiento y hay demasiadas piezas sueltas...

—Está bien. —Su voz suena apagada, casi distante—. Pero no es de la misión de lo que tenemos que hablar.

Ladeo la cabeza, genuinamente confundida.

—¿De qué hablas entonces?

Un brillo de pura incertidumbre cruza su mirada. Duda. Lo veo pasar saliva en seco antes de forzar una media sonrisa que no llega a sus ojos.

—Ven a dormir conmigo esta noche —pide, inclinándose para rozar sus labios con los míos—. Y hablaremos, ¿sí?

Le devuelvo la sonrisa y asiento.

No tengo tiempo para esto, pienso mientras me alejo.

◆ ◆ ◆

Salgo de mi propia ducha una hora más tarde y el móvil vuelve a vibrar sobre la encimera. Reprimo el impulso de estamparlo contra la pared. No sé qué le pasa a Will, pero lleva días actuando raro; creí que estaba ofendido por mi silencio sobre Luc, pero esta desesperación es nueva. Si fuera una emergencia real, llamaría.

Y justo entonces, la pantalla cambia de un mensaje de texto a una llamada entrante.

Me envuelvo en una toalla negra y descuelgo.

Al llegar a mi piso me topé con una nota de Lucchese diciendo que regresaría a Nueva York temprano para preparar el terreno, y que saldría a *«despedirse de alguien»*. Solo ruego a los dioses que mi mejor amiga no acabe asesinándolo antes del operativo.

—Will —contesto, arrastrando las palabras—. ¿Tengo que pedir una orden de alejamiento? Llevas acosándome dos horas.

—Estoy haciendo mi trabajo, ¿lo olvidas? —replica entre dientes.

—Nunca te pedí que me asfixiaras.

Lo escucho soltar un insulto lejos del auricular antes de volver a la línea.

—Sabes que odio hacer llamadas inútiles. El software de seguridad saltó...

—Sí, me lo dijiste por mensaje hace dos horas —lo pongo en altavoz y lo dejo sobre la cama mientras busco ropa oscura—. Y estoy a punto de salir...

—Ah, lo siento. ¿Interrumpí tu maratón en la cama con Matthew? —Pausa. Aprieto la mandíbula, atrapada—. Es bastante obvio que te lo estás follando.

—¿Por eso estás de tan mal humor?

—¿Qué? —La confusión en su voz es genuina. Me calzo las botas militares con rapidez—. Por supuesto que no, me importa una mierda a quién te lleves a la cama.

—¿Entonces?

—Estaba molesto porque me ocultaste lo que pasó en la cena con Luc.

Suelto un suspiro cansado.

—Pasó exactamente lo que les dije en la reunión. Nada más.

Silencio al otro lado de la línea.

—No me fío de él, Maddox —confiesa en un murmullo tenso.

—Ya somos dos —quito el altavoz, atrapando el móvil entre mi hombro y mi oreja mientras salgo del apartamento—. Pero es la única maldita carta que tengo ahora.

—¿Diseñaste ya la estrategia paralela? —Chasqueo la lengua—. Tomaré ese sonido como un no.

—Oye —lo corto al entrar al ascensor—. Iba a hacerlo temprano, pero estuve ocupada...

—¿En las sábanas de tu *consigliere*?

—No seas idiota —gruño—. También me pediste que fuera a verte, ¿recuerdas?

—Sí. Sobre eso...

Frunzo el ceño. Empiezo a bajar los escalones del edificio hacia la calle, maniobrando con el teléfono, el bolso y mi arma.

—¿Qué pasa?

—Te llamé porque la alarma periférica detectó algo —su tono baja un octavo—. Al principio parecía falsa alarma, pero luego hubo movimiento en la cámara del club.

—¿En el club? —Me detengo en seco—. Levi no me reportó nada.

—Es tu club ahora, Maddox. Son las cámaras del callejón exterior, pero creo que deberías preocuparte.

—¿Por qué? —Un frío similar al vértigo se me instala en el estómago —. ¿Quién demonios está rondando mi territorio? —permanece en silencio y presiono los labios—. William. Habla.

—Máximo —mi corazón se dispara contra mis costillas al escucharlo —. Creí que era él al principio, por eso quería que vinieras —continúa Will—, pero acabo de confirmarlo. Está merodeando el club, Maddox.

Mi cerebro se apaga y mi cuerpo toma el control absoluto. Bajo el resto de las escaleras a una velocidad letal. Por suerte, mi Audi está aparcado justo en la acera lateral del edificio. Me subo, enciendo el motor y piso el acelerador, siento una necesidad corrosiva inyectada directamente en mis venas. La necesidad de ver a Máximo Hardaway y meterle una puta bala en el cráneo.

Freno a dos calles de distancia, fundiendo el coche con la oscuridad de la acera. Antes de abrir la puerta, verifico el cargador de mi Mossberg. Sería de idiotas pensar que Máximo se presentó en mi territorio sin un as bajo la manga o un plan de contingencia.

Y yo dejé de ser una idiota hace dos años.

Camino a paso rápido hacia el edificio contiguo al club. A simple vista es un depósito abandonado, pero los papeles están a mi nombre. Fue idea de Levi comprarlo y blindarlo por dentro; una ruta de escape VIP conectada directamente al despacho principal. Mi despacho.

Digito el código de seguridad en el panel oculto y paso el escáner biométrico. Cruzo la oscuridad del depósito guiada por la linterna del móvil, subo las escaleras metálicas y llego a una oficina que apesta a encierro. Presiono una baldosa específica en la pared y esta se desliza en silencio.

Atravieso el pasillo secreto. En cuanto la última puerta cede, la atmósfera cambia. El olor a polvo y desinfectante es reemplazado de golpe por el aroma a cerezas y las notas amaderadas de Matthew que aún impregnan los muebles. Un calor furioso me sube al rostro al sentarme en la misma silla de cuero donde me hizo rogar hace dos noches.

Mierda. Estoy a punto de ver al menor de los Hardaway.

Enciendo los monitores de seguridad en mi móvil. Ahí está. Una silueta oscura moviéndose por los pasillos con la cautela de alguien que conoce la arquitectura básica del lugar, pero no sus secretos. Máximo conoce lo que cualquier soldado de *Draghi* sabe.

Dejo el móvil sobre el escritorio, desenfundo la Mossberg y la coloco frente a mí, reluciente y letal bajo la luz tenue. Y espero.

Sesenta segundos después, la manija de la puerta cede. Tras un ligero forcejeo con la cerradura, se abre y Máximo aparece en el umbral.

Hago una mueca imperceptible. Está diferente. Las sombras debajo de sus ojos son más profundas, la postura menos arrogante.

Al levantar la vista y encontrarme en la silla del Don, el impacto lo paraliza.

No lo mates, me ordeno. *Si fue lo bastante suicida para venir, necesita algo. Escúchalo, luego dispara.*

Esbozo una sonrisa fría y disfruto viendo cómo su garganta trabaja. Hay sorpresa en sus facciones, pero también una gruesa capa de desconfianza y... sí, miedo.

Perfecto.

—Diría que es una grata sorpresa encontrarte aquí —arrastro las palabras, recostándome en el cuero de la silla—, pero detesto mentir.

—Maddox... —Su voz es un susurro tenso—. No tenía idea...

—¿De que me encontrarías en mi propio club? —Ladeo la cabeza. Sus ojos escanean mi rostro, deteniéndose en la cicatriz y en mi cabello oscuro—. Claro. Esperabas encontrarte con Levi.

Cierra la puerta a su espalda y da un paso al frente, manteniendo las manos a la vista. Parece un perro apaleado que sabe que ha jodido la misión.

¿Por qué diablos no he apretado el gatillo todavía?

—Así es —admite, recuperando un poco la compostura—. Pero veo que la corona cambió de dueño.

Mi sonrisa se ensancha.

—Exacto.

—¿Desde cuándo...?

—No creo que eso te interese —Bajo la mano hacia el escritorio y acaricio el acero frío de mi pistola. Sus ojos siguen el movimiento—. Empieza a hablar, Máximo, o te aseguro que pinto la pared con tus sesos.

Se yergue, endureciendo la mandíbula.

—Si quisieras verme muerto, no me habrías dejado entrar.

Punto para el traidor.

—No juegues con fuego. El único motivo por el que sigues respirando mí mismo aire es porque sé que vienes a mendigar algo. —La sombra que cruza su rostro me confirma que he dado en el blanco—. Necesitas a Levi, pero la que da las órdenes ahora soy yo. Debe joderte bastante tener que suplicarme.

Máximo cierra los ojos un instante y niega con la cabeza.

—No vine a pelear. Y tienes razón, necesito a *Draghi*. —Me tenso ante su elección de palabras—. Pero sé que tú también me necesitas a mí.

Suelto una carcajada seca, sin un ápice de humor.

—Lo único que necesito de ti es que dejes de respirar. Y para eso me basto sola.

—¿Segura? —espeta, dando un paso temerario hacia adelante—. Entonces supongo que los rumores son pura mierda.

Mi sonrisa desaparece de golpe.

—¿Disculpa?

Se encoge de hombros y avanza otro paso. Agarro la empuñadura de la pistola, pero no la levanto. Él se congela al instante, con los ojos clavados en mi mano.

—No te di permiso para caminar.

Asiente lentamente.

—En las calles se dice que la heredera de *Draghi* está haciendo tratos bajo la mesa con el hijo de la mafia enemiga. —Enarca una ceja, retador—. ¿Es mentira?

—Lo es —miento con frialdad—. No soy la heredera. Diles a tus fuentes que actualicen su maldita información.

—¿En qué demonios estás pensando, Maddox?

Lo miro como si fuera un insecto bajo mi bota.

—¿Disculpa? —siseo—. ¿Sigues obsesionado conmigo o por qué me hablas como si te importara lo que me pase?

—Porque me importas. Jamás dejaste de hacerlo.

Una punzada eléctrica me atraviesa el pecho. Me usó. Me vendió a los putos lobos y me rompió en mil pedazos y aun así parece dispuesto a seguir mintiendo. Dejo escapar otra risa.

—¿Qué carajos hiciste, Máximo? —Su ceño se frunce—. Tienes que haber hecho algo muy malo para hacer enojar a tu jefecito y venir a rogarme compasión a mí.

Su máscara se resquebraja. Le di justo en la yugular. Máximo siempre fue un maestro de las mentiras, pero yo aprendí de los mejores.

—Marcio ya no es mi jefe —confiesa, la voz áspera—. Me separé de él hace tiempo.

—Y asumo que ahora quiere tu cabeza en una bandeja. —Saboreo su silencio—. Debes haber hecho algo imperdonable si prefieres enfrentarme a mí antes que a él.

—Tal vez. Solo sé que sigo vivo. Llevo aquí cinco minutos, no creí que aguantarías tanto sin dispararme.

—Tengo una lista de prioridades —susurro, inclinándome sobre el escritorio—. Pero si me aburres, puedo cambiar el orden y ponerte en la cima sin ningún problema.

—Tengo información. Cosas que te interesan.

Me encojo de hombros con desinterés.

—En tres días, Luc irá a recoger un cargamento a Nueva York.

—Ya lo sé.

—Sí, pero lo que no sabes es que es un maldito farol. —El impacto de sus palabras me recorre la espina dorsal—. Marcio pisará el país

por el puerto de Harrisburg, en ese momento.

Mi cerebro procesa la información a una velocidad vertiginosa. Podría ser una trampa, pero tiene sentido. Demasiado sentido. Y, si está mintiendo, es el suicida más grande de la ciudad por haber entrado a mi club para hacerlo.

La victoria me sabe a miel en la lengua.

—Quién diría que tu naturaleza de escoria traicionera terminaría siéndome útil —murmuro, ladeando la cabeza—. Quiero todo lo que tengas.

Máximo lleva una mano al bolsillo de su chaqueta. Alzo la Mossberg por puro instinto, y él frena de golpe, alzando la mano libre en señal de paz. Lentamente, saca un pequeño dispositivo rectangular y lo lanza sobre mi escritorio.

—En ese USB está todo lo que logré recopilar este último tiempo. Marcio me quiere muerto porque descubrí parte de la verdad, pero aún me faltan piezas.

—Asumo que quieres algo a cambio —Paso la lengua por mis labios secos, notando cómo sus ojos siguen el movimiento, acaba por asentir—. ¿Qué te hace creer que tienes derecho a negociar conmigo?

—Te estoy ayudando.

—No —corto, letal—. Estás comprando tiempo para que no te asesinen. Hay una gran diferencia.

—Maddox...

Me pongo de pie, apoyando los nudillos sobre el escritorio.

—Te lo dejaré muy claro. Sigues respirando única y exclusivamente porque yo lo permito. En el segundo en que dejes de serme útil, vas a descubrir lo que significa joderme.

Máximo intenta avanzar, pero se congela abruptamente. Un diminuto punto rojo acaba de posarse justo sobre su corazón. Controlo mis

facciones para no delatar mi propia sorpresa. Mi móvil se ilumina boca arriba sobre la mesa con un mensaje nuevo.

Lucchese: Pídelo y le vuelo los sesos.

Una sonrisa tira de la comisura de mis labios.

—Ahora lárgate —ordeno en voz muy baja—. Vete antes de que decida adelantar el final de mi lista de venganza y empiece contigo.

Máximo traga en seco. Sus ojos viajan de mi rostro al punto rojo en su pecho. Asiente despacio y gira sobre sus talones con movimientos lentos, luce aterrado. Cuando su mano envuelve el pomo de la puerta, se detiene. Gira la cabeza lo justo para mirarme de soslayo.

—Somos iguales, Maddox. Nos corre la misma sangre traicionera por las venas —dice con seguridad antes de irse—. Matthew es tan capaz de engañarte como yo. A estas alturas, ya deberías haber aprendido a no confiar en los Hardaway.

CAPÍTULO 42

Matthew

Maddox no volvió a mi cama anoche.

Un tic errático me palpita en el ojo izquierdo. Me obligo a parpadear para detenerlo, pero la ansiedad sigue ahí, arañándome el pecho. No es que ella tenga ninguna obligación de darme explicaciones, pero le estoy ocultando información vital. Y mi instinto me grita que quizás ella ya lo sabe. Porque tengo una certeza absoluta: en el instante en que esa verdad salga a la luz, lo que sea que exista entre nosotros quedará reducido a cenizas.

A menos que logre ser yo quien se lo confiese primero.

En el subsuelo de la sede de *Draghi*, el ambiente es tenso. Jace descarga cargador tras cargador contra las dianas, una práctica innecesaria que solo usa para matar el tiempo hasta que Maddox aparezca con directrices. Mientras tanto, en la mesa de metal frente a mí, Pablo y Marco sudan frío intentando desarmar un explosivo de prueba.

Detengo el cronómetro con un suspiro áspero. Dos malditos minutos.

A Marco le tiemblan los dedos. Los recluté yo mismo hace un año porque parecían letales en el entrenamiento, pero hoy dudo de mi propio juicio. O tal vez, simplemente, estoy insufrible porque no he olido a Maddox desde ayer.

«Ven a dormir luego. Y hablaremos, ¿sí?»

Había prometido que volvería, lo vi en sus ojos. Pero no lo hizo, y ahora la incertidumbre me está volviendo loco.

—Por todos los putos dioses —gruño, frotándome el puente de la nariz—. Si esto fuera una granada real, ahora mismo le estarían dando la mano al diablo.

Ambos soldados bajan la vista de inmediato.

—Lo siento, Matthew…

—No quiero sus disculpas, quiero eficiencia —sentencio, letal, sin apartar los ojos de ellos—. Si creen que con esta mediocridad van a proteger a Maddox…

—Hay demasiado ruido molesto —replica Pablo entre dientes, atreviéndose a sostenerme la mirada.

La furia me sube por la garganta. Jace deja de disparar al instante, captando el cambio en la atmósfera, y el silencio que le sigue es tenso. Avanzo hasta la mesa metálica, apoyando ambas manos sobre el borde e invadiendo su espacio personal.

—¿Ruido molesto? —siseo. La estupidez de la excusa me parece un mal chiste—. ¿Los soldaditos necesitan putos protectores auditivos para funcionar? Si son tan delicados, tal vez deberían estar detrás de un escritorio llevando la contabilidad de la empresa.

—Matthew —advierte Jace a mis espaldas, con voz tensa—. Cálmate.

Dejo escapar una risa seca, carente de todo humor.

—¿Que me calme? Si dejo pasar esta ineptitud, acabarán muertos en un parpadeo allá afuera. Y lo último que van a recordar en las calles será el ruido molesto. —Clavo mis ojos en Pablo y luego en Marco—. Desarmen la maldita bomba otra vez. Y no se detengan hasta que lo logren en treinta segundos exactos.

Me doy la vuelta y me largo de la sala de entrenamiento antes de partirle la cara a alguien. Sé que me comporté como un completo imbécil, pero siempre he sido así: el *consigliere* despiadado que

exige perfección porque los errores nos cuestan la vida. El maldito problema es que, desde que Maddox amanece enredada en mis sábanas, ese control militar se está yendo al demonio.

Camino por los pasillos en dirección a los vestuarios, procesando mentalmente los movimientos de Levi. Él también está actuando extraño desde que le cedió la silla a su hija. Se supone que está gestionando cargamentos de la empresa automotriz, pero Maddox cada vez está más hermética. No tengo idea de cómo voy a acercarme para ser completamente honesto si ella bloquea cualquier tema que no sea la misión.

Me detengo en seco al escuchar voces. Me pego a la pared fría, ocultándome en el ángulo ciego de la puerta entornada de los vestidores. Es ella. Con los brazos cruzados y la mirada clavada en Will.

¿En qué maldito momento llegaron? ¿Por qué están hablando a escondidas?

Mi lado territorial ruge, pero lo aplasto. Confío en Maddox. Sé que lo nuestro, aunque carezca de un título oficial, es exclusivo. Pero eso no significa que me fíe de sus secretos.

—No miente —asegura Will en voz baja—. Revisé la memoria y la información nos servirá.

Maddox duda. A través del resquicio, veo los engranajes de su mente procesando el riesgo. Chasquea la lengua.

—Detesto confiar en la gente que ya me engañó una vez —murmura.

¿De quién demonios está hablando?

—Lo sé. —Will comete el estúpido error de inclinarse hacia ella. Un fuego tóxico me quema las venas ante la proximidad—. Pero los datos coinciden.

—Entonces hay altas probabilidades de encontrarlo —concede Maddox, levantando la vista hacia el espejo de los lavabos—. De acuerdo, hablaré con el resto del equipo para ponerlos al tanto.

Frunzo el ceño, retrocediendo un paso para ocultarme mejor, rogando que no me haya visto a través del reflejo. Escucho sus pasos alejarse en dirección opuesta y suelto el aire contenido, creyendo que he pasado desapercibido.

Doy media vuelta para irme, pero una mano firme se cierra en el cuello de mi camiseta y me estampa contra el muro contiguo con una fuerza brutal.

Verde esmeralda puro. Sus ojos me fulminan, y el cañón de acero de su Mossberg se presiona directamente contra mi yugular. Mi sangre reacciona de la peor forma posible: estoy jodidamente excitado. Y tal vez un poco fascinado por esa expresión letal, porque está claro que me ha atrapado.

—Matthew Hardaway. ¿Escuchando conversaciones ajenas? —susurra.

Paso la lengua por mi labio inferior. Ella enarca una ceja. Le saco más de treinta centímetros de altura y una tonelada de músculo, pero en este instante, Maddox Salvatore no siente ni una pizca de intimidación.

Así que doblo la apuesta.

Mi mano derecha vuela a su cintura y la izquierda atrapa la muñeca que sostiene el arma. Con un movimiento brusco, invierto las posiciones, estrellando su espalda contra la pared. Meto mi muslo entre sus piernas, afianzándome contra su centro, mientras levanto su mano por encima de su cabeza, apartando el cañón de mi cuello.

—No regresaste a dormir —gruño, a centímetros de su boca.

Ella sonríe.

Joder, Maddox sonríe y me desarma por completo. No es una sonrisa inocente; es puro desafío. Se muerde el labio inferior y alza la barbilla.

—¿Y por eso me espías? —ronronea, frotándose intencionadamente contra mi muslo. Un gruñido salvaje se me escapa de la garganta—. ¿Tenías miedo de que hubiera calentado la cama de alguien más?

Mi corazón se salta un latido. Sé que está jugando conmigo. Sé que es una provocación, pero el simple pensamiento es veneno.

—Estás intentando distraerme —advierto en voz ronca.

—No creo que haga falta. —Su mano libre desciende por mi abdomen y casi cierro los ojos cuando sus dedos se cuelan por el elástico de mis pantalones de entrenamiento—. Porque no tengo que darte explicaciones.

—Dije que teníamos que hablar.

—Mírame. —El tono juguetón desaparece, sustituido por una orden absoluta. Me resisto un segundo antes de obedecer y hundirme en sus ojos—. La misión es en tres días —me recuerda. Su mano abandona mi cintura y sube hasta mi rostro, acariciando mi mandíbula. Un escalofrío me traiciona al sentir su tacto—. ¿Puede esperar?

—Maddox…

—Sé que eres el *consigliere* perfecto. Disciplinado, implacable, estructurado. Pero… —su voz se quiebra imperceptiblemente—. Tengo miedo.

Me quedo congelado. ¿Maddox confesando vulnerabilidad? Eso me golpea directo en el centro del pecho. Suena tan real, tan dolorosamente sincero, que mi instinto asesino se apaga, reemplazado por la necesidad irracional de ser su escudo.

Suelto la muñeca que la mantiene cautiva. La Mossberg resbala de sus dedos y choca contra el suelo con un ruido sordo. Acuno su rostro entre mis manos, notando el brillo febril en su mirada.

—*Tesoro*…

—Sé que no debería importarme —susurra, en un tono ahogado que reserva únicamente para mí—. Sé que me respetan. Que a nadie debería importarle con quién salgo, a quién me follo o qué hago con mi vida. Pero me importa. Me aterra pensar que podrían…

—Tratarte diferente por estar conmigo —termino la frase. Ella asiente, apretando los labios. Acaricio sus pómulos con mis pulgares —. Nadie se atrevería.

—Soy una mujer en un mundo gobernado por hombres —replica, con un hilo de voz—. Criada por el gran Levi Salvatore, sí. Pero para el resto del tablero, sigo siendo solo una niña intentando jugar con hombres de poder. Y si además me acuesto con mi subordinado…

—No eres ninguna niña jugando —la corto, tajante, impregnando cada sílaba de gravedad—. Eres la maldita jefa. Y te juro por mi vida, Maddox, que si alguien llega a insinuar lo contrario, me encargaré personalmente de que sea lo último que piense antes de volarle los sesos.

Se le escapa una risa temblorosa.

—Matthew…

—Hablo muy en serio. —Me pego aún más a ella—. Pobre del infeliz que intente decir una sola palabra sobre mi Regina. Porque será hombre muerto antes de terminar la frase.

El brillo de sus ojos muta. La vulnerabilidad retrocede, dándole paso a esa picardía letal que me tiene esclavizado. Sonríe, y yo no puedo contenerme un segundo más.

Me inclino y devoro su boca. Es un choque de dientes y aliento cálido. Cuando su lengua acaricia la mía, suelto un gruñido profundo, apartándome apenas un milímetro antes de volver a asaltarla.

—He esperado por ti —confieso contra sus labios, soltando la verdad que todos ya saben, pero que necesito que escuche—. Llevo años haciéndolo. Joder, creo que te he esperado hasta en vidas pasadas. Si tenemos que hacer las cosas en secreto para estar juntos, lo haré. Esperaré en las sombras el tiempo que haga falta.

—Matthew —susurra. Sus dedos se enredan en mi cabello, acariciándome—. Te prometo que será solo por un tiempo…

—Lo que tú necesites, Maddox. —Apoyo mi frente contra la suya, inhalando ese maldito perfume a cerezas y vainilla que me vuelve loco—. Todo lo que quieras, es tuyo. Pídelo. Pídeme el mundo o pídeme la guerra, y te lo daré.

Antes de que pueda responder, atrapo sus labios de nuevo. Aprieto las manos en su cintura y la levanto del suelo. Ella envuelve sus piernas alrededor de mis caderas sin dudarlo, anclándose a mí.

La beso con desesperación, con violencia ciega. Necesito demostrarle de esta forma lo mucho que la amo y la venero en partes iguales. Le inyecto en este beso todo lo que las palabras no alcanzan a explicar, con la esperanza devoradora de que, cuando mi secreto salga a la luz, este amor sea suficiente para que no me abandone.

CAPÍTULO 43

Maddox

Harrisburg.

Dos horas de vuelo desde Chicago que se sintieron como una puta eternidad.

Apenas las ruedas del Gulfstream tocan la pista, enciendo el móvil con una urgencia que me quema los dedos. No intento reprimir la ansiedad; a estas alturas, es inútil. Si todo sale según mis cálculos, en menos de una hora tendré a Marcio encadenado y de camino a Chicago, dándole inicio a la venganza que llevo dos años orquestando.

El arquitecto le había advertido a Will que el lugar de contención aún no estaba preparado. Me importa una mierda. Si tengo que amarrarlo a las tuberías de un baño abandonado y torturarlo ahí mismo, lo haré con una sonrisa.

—Aun no entiendo cómo demonios estás tan segura de que lo encontraremos en el puerto de Harrisburg —interviene Matthew a mi izquierda.

Me giro para mirarlo. Un coche blindado ya nos aguardaba en la pista al aterrizar en Pensilvania. Marco y Will nos esperan en el punto de encuentro fijado, mientras Pablo y Jace cubren el perímetro en Nueva York. Luc se había reportado temprano para confirmar su posición; habíamos acordado ser su *refuerzo*, pero lo que ese imbécil no sabe es que tenemos toda la costa este vigilada para evitar sorpresas.

El silencio entre Matthew y yo ha sido denso desde que dejamos la cama esta mañana. Las cosas están… en un limbo. Anoche follamos con una desesperación casi violenta, pero mi cabeza no deja de torturarme con la certeza de que le estoy mintiendo, en la misma medida en que mi instinto me grita que él también me oculta sus propios demonios.

«A estas alturas, ya deberías haber aprendido a no confiar en los Hardaway».

El veneno de Máximo me raspa la garganta. Aparto la vista hacia la ventanilla y me obligo a aclarar la voz.

—Te dije que estuve moviendo mis propios hilos —murmuro. Las palabras me saben a ceniza en la lengua—. Will también ha estado escarbando. Mucho, de hecho.

—Lo sé, pero…

Alzo una ceja al notar cómo las palabras mueren en su boca. Sus nudillos están blancos por la fuerza con la que aferra el volante.

—¿Pero qué?

—Es solo que parece demasiado fácil —espeta entre dientes.

Sí. Yo opino lo mismo.

No soy tan estúpida como para confiar ciegamente en el hijo de puta que me usó y me echó a los lobos. Pero Will cruzó los datos del USB que Máximo me entregó y la logística encaja a la perfección. Tiene todo el sentido del mundo que la llegada de Marcio ocurra el mismo día y a la misma hora en que Luc me suplicó ayuda para su operativo en Nueva York. Necesitaban mantenerme mirando hacia otro lado.

Solo ruego que Máximo no esté tendiéndome una trampa por segunda vez. Lo evalué, por supuesto, pero sé reconocer el terror en los ojos de un hombre. Y esa noche en mi despacho, Máximo le tenía muchísimo más miedo a su ex jefe que a mí.

A Marcio Silva.

Descubrir su verdadero nombre me dio un placer retorcido, casi adictivo. Tener su expediente completo en mis manos es la ventaja que estuve esperando toda mi vida.

—Lo sé —concedo tras un instante—. Quizás sea un espejismo, una farsa o una maldita emboscada. —Me encojo de hombros y fijo mis ojos en su perfil hasta que él me devuelve la mirada—. Pero es la pista más sólida que he tenido en veinticuatro meses. Voy a aferrarme a ella hasta destrozarla.

—La última vez que hiciste eso, fallamos —La mandíbula de Matthew es una roca—. Sé que como tu subordinado no debería cruzar esta línea, pero…

—Eres mi *consigliere* —lo corto, implacable—. Necesito que cruces la línea. Exijo tu honestidad por encima de todo.

Matthew pisa el freno de golpe en un semáforo. La inercia nos tira hacia adelante. Suelta una maldición gutural, quita la mano derecha de la palanca de cambios y atrapa la mía con una posesividad que me roba el aliento.

—Siempre seré honesto contigo —promete, con la voz oscura, áspera—. Como tu *consigliere*, sí. Pero por encima de todo, como tu hombre.

Alzo una ceja, sintiendo que una chispa de calor peligroso me enciende el pecho.

—¿Mi hombre? —lo desafío, permitiendo que una media sonrisa asome en mis labios.

Matthew no retrocede. Levanta mi mano y presiona sus labios contra mis nudillos con una devoción absoluta. Un escalofrío traicionero me recorre la espina dorsal.

—Todavía no le hemos puesto una etiqueta a esto, Maddox. A lo que sea que nos esté pasando —suspira, sin soltarme—. Pero no necesito un título para dejarte claro que soy tu hombre. Llevo siéndolo desde el primer día que te vi.

Me muerdo el interior de la mejilla, incapaz de frenar el latido desbocado de mi corazón.

¿Por qué sus palabras tienen el poder de derribar mis defensas tan rápido? No debería sentir este vértigo. No debería permitirme amar de nuevo, y muchísimo menos enamorarme del hombre que debe ser mi escudo y mi estratega. Ya pagué con sangre la lección de entregar mi confianza, pero con solo una mirada suya, las cadenas con las que blindé mi pecho amenazan con romperse.

Aun así, el terror a la traición sigue ahí, reptando bajo mi piel. Confío en Matthew con mi vida, sé que no tiene la misma naturaleza podrida que su hermano, pero el miedo a terminar destrozada no desaparece con un beso.

El coche vuelve a acelerar y cierro los ojos, concentrándome en la logística. He mapeado cada ruta desde el aeropuerto hasta el punto de extracción; llegar a un puerto en Pensilvania al atardecer levanta menos sospechas que aparecer de madrugada como un equipo de asalto.

Desbloqueo la pantalla. Marco y Will están en posición. Jace no ha reportado nada nuevo desde hace una hora. Todo está en orden, pero hay una presión fantasma en mi pecho que no me deja respirar bien.

—¿Qué pasa? —indaga Matthew. Por supuesto que no se le escapa nada.

—Es Penny —murmuro, abriendo nuestro chat—. Hablamos temprano y no he vuelto a saber de ella.

—No es como si tuvieran que enviarse reportes cada hora.

—Lo sé. —Paso el pulgar por la pantalla oscura, frustrada—. Pero… no lo sé. Me da mala espina.

—Seguro que está bien. Solo necesitas descansar un poco —asegura en voz baja, dedicándome una sonrisa ladeada—. Prometo dejarte dormir esta noche.

—Ni lo sueñes. —Niego con la cabeza, fijando la vista en el letrero de neón parpadeante del bar que usamos como base—. Si conseguimos a Marcio, lo último que haré será dormir. El descanso me importa una reverenda mierda.

Matthew estaciona el coche junto a la acera y apaga el motor.

—Maddox —su tono cambia, volviéndose denso y protector—. Si lo tenemos, tendrás semanas para torturarlo…

—Matthew. —Me desabrocho el cinturón de seguridad y giro el torso para enfrentarlo—. Necesito que me prometas una cosa.

—No.

—Matthew —digo entre dientes.

—Dije que no —repite, rotundo—. Si las cosas se salen de control hoy, yo me encargo de él.

—No, yo me encargo. —Acorto la distancia entre nosotros y planto la palma de mi mano contra su pecho firme—. Fui criada para esto. Puedo hacerlo.

—Y si algo sale mal…

—Esta noche no soy la mujer con la que te acuestas —sentencio, clavando mis ojos en los suyos hasta someterlo—. Hoy soy la Regina de *Draghi*. Y vas a seguir mis órdenes.

La tensión entre ambos es eléctrica. Noto cómo su garganta trabaja al tragar saliva, pero la sombra de una sonrisa perversa tira de la comisura de sus labios.

—¿Está mal que me excite tanto escucharte dar órdenes? —Susurra. Le doy un golpe seco en el pecho y él deja escapar una risa grave. Antes de que pueda apartarme, su mano envuelve mi muñeca, tirando de mí hasta que casi quedo sobre su regazo—. Acataré tus putas órdenes, Maddox. Pero que te quede claro: no dudaré un microsegundo en arrastrarte lejos si hay peligro. Recibiría mil balas por ti antes de dejar que te toquen.

Asiento una sola vez, sintiendo el peso de su juramento.

Me suelta, respiro hondo y bajo del coche. Al cruzar la puerta del bar, el ambiente es asfixiantemente tranquilo. Suena un blues gastado de fondo y el lugar está desierto, a excepción de nuestros dos hombres.

Marco bebe de una botella de cerveza en la barra, mientras Will teclea frenéticamente en su laptop, apenas gruñendo a modo de saludo. El eco de mis botas anuncia mi llegada.

—¿Cómo diablos conseguiste vaciar este antro? —pregunta Matthew a mi espalda.

—Lucchese.

Matthew suelta un bufido de desprecio y yo reprimo una sonrisa. Me detengo frente a la barra.

—¿Todo listo? —Ambos asienten. Marco desliza la cerveza por la madera hacia mí. La detengo con dos dedos.

—Prefiero el whisky. Y para la próxima, que te quede claro que aborrezco que mis hombres beban antes de una misión.

La sonrisa de Marco se borra al instante. Suelta la botella como si quemara.

—No… no lo sabía.

—Ahora lo sabes. —Mi tono es gélido—. Te lo dejaré pasar hoy. La próxima vez te daré una advertencia en forma de bala.

A mi lado, Matthew sonríe con diversión.

—El objetivo debería estar atracando en menos de diez minutos —informa Will, levantando por fin la vista. Me percato de que lleva gafas para leer—. Deberíamos salir ya hacia el punto ciego de los contenedores.

Mi móvil vibra salvajemente en mi bolsillo trasero, saco el aparato y todos los presentes se tensan al ver el cambio en mi expresión. Frunzo el ceño al leer el nombre de Luc y deslizo el pulgar por la pantalla.

—Luc, ¿qué dem…

—¡Maddie!

El grito desgarrador pertenece a mi mejor amiga. Y en ese solo segundo, el mundo entero se reduce a la más absoluta y aterradora nada.

CAPÍTULO 44

Maddox

—¿Cómo es que la has mantenido tanto tiempo en secreto?

La voz de Luc destila un ácido puro que me quema desde adentro. El corazón me golpea las costillas con una fuerza brutal y cierro mi mano libre en un puño tan apretado que las uñas me perforan la piel de la palma.

—Eres un hijo de puta —siseo, con un veneno que no logra camuflar mi desesperación—. Te juro que…

—Ya, ya —me interrumpe con un suspiro aburrido—. Todo esto es tu culpa, Maddox.

A mi lado, Matthew percibe el cambio en mi respiración. Su mirada se ensombrece de preocupación y me sujeta de los brazos con firmeza. Niego con la cabeza, pálida, y clavo los ojos en Will. Él capta el mensaje al instante y sus dedos comienzan a volar sobre el teclado de su laptop, intentando rastrear la señal.

—Creí que teníamos algo especial, creí que éramos amigos… —continúa Luc con burla.

—Lo único que quiero de ti es verte sangrar hasta ahogarte —mascullo—. A ti y a tu padre.

Luc suelta una carcajada seca. Agudizo el oído, rogando escuchar la voz de Penny, un grito, una maldita respiración, pero solo capto murmullos lejanos y pasos pesados. La están moviendo.

—Lamento decirte que no tendrás nada de lo que quieres —chasquea la lengua—. Pero yo sí tendré a la deliciosa pelirroja…

—Si le tocas un solo pelo, te despellejaré vivo.

—Oh, princesa. Haré muchísimo más que eso.

—Te vas a arrepentir de haberte cruzado en mi camino, Luc. Te lo juro por mi vida. Si la tocas, vas a rogar no haber escuchado el apellido Salvatore jamás.

Una risa baja y siniestra es su única respuesta.

—Nos vemos, princesa.

La línea muere.

Dejo caer el brazo, con el móvil resbalando de mis dedos temblorosos. Will aparta la vista de la pantalla y niega. No ha podido rastrearla. Esos bastardos ya deben haber destruido el teléfono.

—Maddox —la voz de Matthew es baja—. ¿La tienen? ¿Tienen a Penny?

Asiento, incapaz de articular palabra.

—¡Mierda!—ruge.

—Sí, mierda —murmuro, saliendo del trance. Agarro el móvil de nuevo y marco el número de Jace. Nadie responde—. Jace no contesta, y…

El sonido de un cristal estallando me obliga a callar. Will acaba de hacer añicos el vaso de vidrio que sostenía en la mano izquierda por la pura tensión. Murmura una disculpa ronca, ignorando la sangre que le brota de los nudillos, y vuelve a teclear.

—Tenemos que ir a Nueva York. Ahora —sentencio.

—Maddox —me advierte Matthew, interponiéndose en mi campo de visión—. No es tan simple, hay que coordinar la logística, conseguir un avión que no esté bajo el radar…

—¡Pues consíguelo! —le grito. Mi voz se quiebra por la histeria y Matthew parpadea, sorprendido por mi reacción—. ¡Eres mi maldito

consigliere! ¿Me estás diciendo que no puedes conseguirme un puto avión?

—Sí, yo…

—¡Entonces deja de dudar!

—Solo digo que quizás no lleguemos a tiempo para…

—¡Ni se te ocurra terminar esa frase! —Me lanzo hacia él, invadiendo su espacio hasta que nuestros alientos chocan. El aire en el bar es tan denso y tóxico que podría cortarse con un bisturí—. Solo haz lo que te ordeno.

Me aparto de él con brusquedad, tecleando un último número. Llevo el móvil a mi oreja y cierro los ojos, rogando a un Dios en el que no creo que él responda.

—Maddox —su voz al otro lado suena grave, cautelosa—. No es un buen momento…

—La tienen. —Mi voz tiembla al pronunciar la realidad, dándole forma, convirtiendo mi peor pesadilla en un hecho. Esos monstruos tienen a mi mejor amiga—. Tienen a Penny. Lucchese…

—Yo me encargo.

El tono de Harry es duro.

—No puedo rastrearla, su teléfono está muerto. Jace no responde y…

—Dije que yo me encargo, Maddox —me corta con frialdad—. Súbete a un puto avión hacia Nueva York y deja el resto en mis manos.

Cuelga. El silencio en la línea me taladra el cerebro.

El pánico, crudo y animal, me recorre de la cabeza a los pies. La última vez que sentí este terror paralizante fue hace dos años, en aquella maldita celda, y ahora es ella quien está en peligro. Es Penny, pagando el precio de mis pecados.

—Un avión —exijo entre dientes. Abro los ojos y me encuentro con tres pares de miradas clavadas en mí—. Quiero un avión ya.

—Listo —informa Will, cerrando la laptop de golpe. Asiente hacia mí —. Nos están esperando en la pista.

Giro sobre mis talones y salgo hacia la noche, rogando que mis hombres me sigan. Lo hacen. Matthew me alcanza en menos de un minuto, desactiva el seguro del blindado y todos nos metemos dentro.

Media hora más tarde, estoy atrapada en el asiento de cuero del jet privado que Will consiguió. Apoyo la cabeza en el respaldo y aprieto los párpados, pero es un error. Los recuerdos de mi propio cautiverio me asaltan: el frío, el hambre, la desesperación. Pensar que Penny podría estar viviendo eso, o algo peor, me desgarra viva.

Porque entonces, me convertí en mi padre. Y no quiero ser Levi, no estoy lista para ser él.

—*Tesoro*…

La voz ronca de Matthew roza mi oído. Niego con la cabeza, rehusándome a mirarlo, y clavo la vista en la ventanilla, perdiéndome en la negrura de las nubes. Pero es imposible ignorar su presencia, su maldito magnetismo. Sus ojos marrones me queman el perfil y la yema de sus dedos traza una línea suave sobre mi brazo.

Me aparto de su toque como si me quemara.

—No puedo hacer esto ahora, Matthew.

Lo miro de soslayo. Su expresión se apaga y noto cómo la nuez de su garganta sube y baja. Me siento la criatura más vil del planeta. Él no tiene la culpa, no se merece mi rechazo, pero el veneno de la culpa me está volviendo tóxica para cualquiera que se acerque.

—Solo no quiero que te tortures, *tesoro*.

—¿Cómo no hacerlo? Toda esto es culpa mía.

—Maddox…

—Jamás debí dejar que se metiera en mi vida, debí alejarla…

—Basta. —Su mano grande atrapa mi barbilla, obligándome a girar y enfrentar su mirada—. Ella sabe perfectamente quién eres y de qué mundo vienes, y aun así decidió quedarse a tu lado. No puedes controlar las acciones de los demás, no…

—Claro que sí —rebato, con la voz rota—. Debería haber sido más cuidadosa. Cometí el mismo error de mi padre: subestimé al enemigo. Ya tendría que haber aprendido la lección.

Matthew aparta la mirada un segundo. Aprieta la mandíbula y niega.

—Maddox…

—Solo necesito llegar a tiempo, Matthew. —Siento que me quiebro por dentro bajo el peso de su mirada—. Solo necesito sacarla de ahí. Nunca me voy a perdonar si ese hijo de puta la lastima.

***

Aterrizamos en Nueva York dos horas después.

Un convoy nos espera a pie de pista. Nadie articula una palabra. Nos subimos en silencio y ponemos rumbo a las coordenadas de Lucchese. Harry vive en un vecindario privado, a kilómetros del ruido de la ciudad.

Atravesamos el portón principal bajo la atenta mirada de su ejército privado. Hay guardias armados custodiando cada ángulo del perímetro, hombres vestidos de negro sosteniendo rifles de asalto HK IAR contra el pecho. Lucchese no escatima en seguridad. Nueva York es una puta jauría de lobos en comparación con Chicago. Aquí las familias se destrozan entre sí por el territorio, y Harry ha mantenido su imperio a base de fuerza bruta. *Draghi* nunca ha necesitado este nivel de exhibición militar, pero viendo esto, me pregunto si no he sido demasiado blanda.

El camino de entrada está flanqueado por pinos altísimos que ocultan la estructura principal. Apenas el vehículo se detiene frente a la escalinata, abro la puerta y bajo de un salto.

Escucho a Matthew llamarme, pero lo ignoro. Cruzo las puertas dobles en cuanto los guardias las abren y me congelo en el vestíbulo.

Harry Lucchese está de pie frente a mí.

Lleva su habitual traje impecable, pero parece recién salido del puto matadero. Las mangas de su camisa blanca están arremangadas, manchadas. Tiene un corte profundo en la ceja izquierda que le gotea sangre, los nudillos reventados, moretones floreciendo en sus antebrazos y sostiene un vaso de whisky en la mano derecha.

Y está sonriendo.

El maldito psicópata me sonríe con una tranquilidad aterradora.

—Harry…

—Primer piso. La habitación a la derecha.

No espero a que diga nada más. Me lanzo hacia las escaleras, subiendo de dos en dos. Corro por el pasillo de porcelanato hasta que encuentro tres puertas. La de la derecha está entornada.

Me detengo en seco frente a la madera. Cierro los ojos y trago una bocanada de aire tembloroso, buscando la fuerza que me ha abandonado. Del otro lado de esta puerta, puedo encontrar a mi mejor amiga destrozada, aterrorizada o, lo que más temo, odiándome.

Si ya no me quiere en su vida, si me repudia, tendré que tragarme el dolor y aceptarlo. Así que empujo la puerta con lentitud y me encuentro con la habitación en penumbras, apenas bañada por el resplandor cálido de una lámpara de noche.

Penny está hecha un pequeño ovillo en el centro de la inmensa cama. Al escuchar el crujido de las bisagras, levanta la cabeza. Sus ojos se abren de par en par y, en un segundo, salta del colchón y corre hacia mí.

—¡Maddie! —grita. Su voz está ronca, ahogada por el llanto.

Abro los brazos y atrapo su cuerpo contra el mío. La aprieto con una fuerza casi dolorosa, enterrando el rostro en su cabello, absorbiendo su aroma a lavanda como si fuera oxígeno, queriendo fusionarla a mis costillas para que nadie vuelva a arrancármela.

—Maddie, tenía tanto miedo… —solloza contra mi hombro.

—Lo sé, lo sé —susurro con la voz estrangulada, sintiendo cómo se me desgarra el alma—. Lo siento muchísimo, Penny. Jamás quise que te pasara esto. Lo siento tanto…

—Está bien. —Se aparta apenas unos centímetros para mirarme. Sus mejillas están empapadas y rojas, pero logra regalarme una sonrisa —. Estoy bien. Harry me encontró a tiempo. No me hicieron nada, te lo juro. Estoy bien.

Un par de lágrimas traicioneras resbalan por mis mejillas. Penny levanta las manos y me las seca con la yema de los pulgares, acariciándome el rostro con esa ternura incondicional que no merezco.

Pero mientras me limpia las lágrimas, el terror en mi pecho se transforma en otra cosa. Pura y absoluta violencia.

—Penny, te juro que esto no se va a quedar así.

El cambio en mi tono de voz es drástico y la expresión de mi mejor amiga se congela, sus manos se detienen en mis mejillas y me observa con una mezcla de cautela y tristeza, reconociendo a la asesina que acaba de despertar.

—Me voy a encargar de ellos —sentencio.

—Maddie… no…

—Los voy a asesinar, Penny. —Clavo mis ojos en los suyos, entregándole mi promesa más oscura—. Lo juro por mi vida.

CAPÍTULO 45

Matthew

—¿Dónde…?

—En el primer piso. —Lucchese está de pie frente a mí. Su actitud es asfixiantemente tranquila, aunque su aspecto grita que acaba de salir de una carnicería—. Está con Penny.

Asiento con rigidez.

No tengo ni la más puta idea de qué hacer o por dónde empezar. Hay un infierno de logística que debemos resolver y, aunque mi instinto me exige encerrarme a solas con Lucchese para interrogarlo, sé que Maddox me cortaría la garganta por cruzar esa línea ahora mismo. No estamos en nuestro mejor momento.

No es mi culpa. Tampoco es la de ella, pero Maddox se arrancaría la piel antes de admitir que algo se escapa de su control. Y si el precio por estar a su lado es soportar el hielo con el que me trata desde que recibió la llamada de ese bastardo, que así sea.

Maddox es impulsiva y la amo exactamente por eso. Sus desplantes me destrozan, sí, pero la entiendo. Conozco el terror paralizante que la dominó al teléfono porque es la misma bilis que me ahogó a mí hace dos años, cuando supe que me la habían arrebatado.

—¿Penny…?

—Está a salvo. —Lucchese no se mueve un milímetro. Sigue sosteniendo su vaso de whisky, impasible—. Llegué a tiempo.

El nudo en mi garganta se aprieta hasta cortarme el aire. Él no lo dice explícitamente. Quizás ni siquiera lo esté pensando, pero la comparación se clava en mi cerebro como un puñal oxidado.

Lucchese llegó a tiempo.

Él la rastreó, mató a quien tuvo que matar y recuperó a Penny en cuestión de horas. No como yo. Yo tardé cuatro malditos días en encontrar a Maddox. Cuatro días en los que la dejé pudrirse en aquel infierno mientras yo daba palos de ciego.

Bajo la vista hacia mis manos. El corazón me golpea el esternón con violencia. Si tuviera un vaso de cristal ahora mismo, lo habría reducido a polvo entre mis dedos. Soy un inútil. Su *consigliere*, su escudo, y le fallé cuando más me necesitaba.

—Matthew… —El murmullo ronco de Lucchese me saca de mi espiral. Levanto la vista y lo encuentro negando con la cabeza—. No vayas por ese camino.

Aparto los ojos, incapaz de soportar la lástima encubierta en su tono. Escucho sus pasos acercándose hasta detenerse a un par de metros.

—Ven —ordena en voz baja.

Lo sigo en piloto automático. Giramos a la derecha, donde la sala desemboca en un pasillo oscuro que nos guía hasta lo que parece ser una sala de reuniones. La mansión entera es la antítesis del territorio Salvatore, se parece a un castillo gótico.

La sala es inmensa y fría. No hay alfombras para amortiguar los pasos. El porcelanato negro brilla bajo la escasa luz, y los ventanales están asfixiados por cortinas de terciopelo color vino, tan gruesas que juraría que están diseñadas para no dejar entrar un solo rayo de sol. En el centro, una maciza mesa ovalada de roble negro está rodeada por sillas tapizadas en cuero que parecen demasiado cómodas para planear asesinatos.

—¿Cómo supo Maddox que Marcio llegaría a Harrisburg?

Retiro una de las sillas y me dejo caer en ella, arrastrando un cansancio que me cala hasta los huesos, pero obligándome a mantener la mente fría. Esto apenas comienza. Harry camina hacia un bar lateral, sirve dos generosas medidas de whisky y empuja un vaso hacia mí por la mesa.

Lo acepto como si fuera agua en el desierto.

—Will —digo, con la voz plana—. Su investigación cruzó los datos y nos dio la ruta.

Lucchese asiente lentamente. Toma asiento frente a mí, traza el borde de su vaso con el índice y luego clava sus ojos oscuros en los míos.

—No le crees —afirma, sin rastro de duda. Me tenso imperceptiblemente—. ¿Por qué?

Porque la conozco. Porque Maddox ha estado más evasiva que un fantasma y no soy tan imbécil como para tragarme el cuento de que la logística de uno de sus mayores enemigos se filtró mágicamente de la noche a la mañana.

Hace cuarenta y ocho horas no teníamos una pista sólida. Luego, ella apareció en el gimnasio con un plan digno de la CIA y desde entonces no ha pegado un ojo. Sí, Maddox me oculta algo. Exactamente de la misma forma en la que yo le oculto mis propios secretos. Quizás por eso fui un cobarde y no la acorralé para exigirle la verdad, esperando que el problema se resolviera solo… o que nos explotara a ambos en la puta cara.

El sonido afilado de unos tacones retumba en el pasillo, salvándome de responder.

Maddox entra en la sala y la temperatura cae diez grados. Irradia una letalidad que haría retroceder a cualquier soldado experimentado. Lleva el cabello negro tirante en una coleta y la cicatriz que le cruza el pómulo parece latir por la tensión de su mandíbula. Está vestida de negro de pies a cabeza. Es la encarnación misma de la muerte, y es tan enfermizamente perfecta

que llevo todo el día luchando contra el instinto animal de acorralarla contra una pared y devorarle la boca.

Contrólate, Matthew. Piensa con la cabeza de arriba.

—¿Cómo lograste localizarla? —Su voz es un látigo dirigido directamente a Lucchese.

Harry ni siquiera se inmuta. Mantiene la vista clavada en la madera de la mesa. Se encoge de hombros con pesadez y le da un trago a su bebida.

—Lucchese.

—Lo que importa es que ella está bien —replica él, arrastrando las palabras.

Lo observo con atención. Es la primera vez que veo a Harry Lucchese… exhausto. Es perturbador verlo despojado de su habitual faceta de psicópata irónico.

—¿Cómo sabías que Marcio llegaría por el puerto de Harrisburg? —Maddox se cruza de brazos y alza una ceja cuando escucha su pregunta.

Harry suelta un suspiro cansado. Se levanta, va hasta el bar y regresa no solo con su vaso lleno, sino con la botella entera, de la que bebe un trago directo.

—Will nos ayudó —zanja ella y va en busca de un vaso—. ¿Jace y los demás?

—Inconscientes cuando llegamos a ellos —responde Lucchese, dejándose caer en la silla—. Mi equipo médico ya los está tratando. Un par de contusiones severas, pero vivirán.

Maddox asiente. Agarra la botella que Harry dejó en la mesa y se sirve su propio vaso.

—Necesito la dirección exacta de donde los encontraste.

—No la necesitas —rebate Harry, pasándose el pulgar por el labio inferior.

La postura de Maddox cambia.

—Maddox. —Mi voz suena más áspera de lo que pretendía. Conozco esa mirada—. Cálmate.

Sus ojos verdes se clavan en mí, pero le sostengo la mirada sin pestañear. No voy a retroceder. Se acerca lentamente a la mesa de roble, apoya ambas palmas sobre la madera y se inclina hacia Harry.

—Me voy a calmar cuando tenga la dirección de ese hijo de perra —sisea.

—Maddox —le advierte él, con una nota de peligro en la voz.

—Lucchese, déjate de estupideces y dime dónde carajos lo encontraste.

—Si por un maldito segundo te callaras y me escucharas… —murmura Harry, frotándose la sien herida.

—Maddox, si lograron escapar, no vas a encontrar absolutamente nada ahí ahora —intervengo, intentando razonar—. La zona estará fría…

—¡Me importa una mierda! —ruge, sin mirarme—. Me sirve para rastrearlos y…

—Penelope, no deberías escuchar conversaciones ajenas.

La voz de Lucchese es extrañamente suave.

Maddox y yo giramos la cabeza hacia el umbral. Penny asoma su cabellera rojiza por el marco de la puerta, esbozando una sonrisa a medias, culpable. Avanza de puntillas, como si pisara cristal molido. Lleva puesta una camisa de seda negra que le queda gigante, deslizándose por sus muslos y cubriéndole los brazos por completo.

Alzo una ceja y miro a Lucchese, pero él me ignora olímpicamente.

Soy consciente de su enfermiza fijación por la mejor amiga de Maddox, pero verlo en la práctica es revelador. La devora con los ojos. Lucchese mira a Penny exactamente con el mismo nivel de devoción posesiva y desesperada con el que yo miro a Maddox. Con

el tipo de necesidad que dudo que Maddox llegue a sentir por mí algún día.

—No era mi intención entrometerme… —empieza Penny.

—¿Podrías ponerte algo de ropa encima? —le gruñe Harry a su vaso, apretando la mandíbula. Penny se cruza de brazos, desafiante, ignorando su tono posesivo—. Y nada de lo que hablamos aquí te incumbe.

—¡Pero puedo ayudar!

—No.

—¡Lucchese!

—Sube a la cama. Necesitas descansar.

—Pero…

—Lucchese tiene razón. —La voz de Maddox se quiebra levemente. Mira a Harry con desdén antes de enfocar toda su atención en Penny —. Deberías estar en la cama, Pen. Ha sido una noche de mierda…

—Lo sé. Yo soy la que estaba atada a una silla, ¿recuerdas? — suspira Penny. Observo cómo Maddox baja la vista al suelo. La vergüenza y la culpa la aplastan y una punzada de dolor me atraviesa el pecho por no poder arrancarle ese sufrimiento—. Pero mírame, estoy bien.

—Sí, pero…

—Y puedo darles detalles. —Penny insiste—. Lucchese, diles.

Lucchese suelta una risa oscura y gutural. Vuelvo a mirarlo. Está actuando jodidamente raro. Esa risa carece de gracia; está teñida de una furia homicida contenida que a duras penas logra mantener a raya frente a ella.

—¿Y de qué serviría tu ayuda, dulzura? —le pregunta Harry, con un sarcasmo que corta la respiración.

—Puedo hablarles del lugar donde me tenían…

—No quiero que me hables de ese lugar. —El rostro de Maddox se endurece como el granito.

La entiendo a la perfección. Es un mecanismo de defensa. Hace dos años, cuando saqué a Maddox del sótano donde la torturaron, nunca le pedí detalles. Nunca la forcé a revivirlo porque yo mismo vi el lugar donde la tenían.

—No es necesario que pases por eso, Pen —añado, respaldando a Maddox.

—Exactamente —sentencia Lucchese. Deja el vaso sobre la mesa con un golpe seco y por fin levanta la cabeza.

Mira primero a Penny, regalándole una sonrisa casi tierna, para luego girar el cuello hacia Maddox.

—Y no es necesario dibujar ningún plano por una sencilla razón —Harry se apoya en el respaldo de su silla—. El hijo de puta está aquí. En mis calabozos.

CAPÍTULO 46

Maddox

Los ojos de Lucchese destilan un brillo salvaje y su sonrisa se tuerce, cargada de una malicia pura. Un latido oscuro y eufórico me golpea el pecho.

—No habrás pensado que se escaparon —dice Harry con una tranquilidad pasmosa—. Jamás dejaría con vida a quienes le pusieron una mano encima a Penelope.

Me muerdo el interior de la mejilla, luchando contra la tentación de ir y cortarles el cuello yo misma. Lucchese los atrapó.

—Harry… —murmura Penny, con sus enormes ojos azules brillando de estupor—. ¿De verdad…?

—Por supuesto —responde él, tensando la mandíbula al mirarla—. Pero debo ser honesto: los asesiné a todos. Solo dejé vivo a Luc. —Hace una mueca en mi dirección—. Fue jodidamente difícil no volarle la cabeza, pero supuse que tendrías planes para él.

Una sonrisa se dibuja en mis labios. Cuánto me alegra tener un maldito juguete nuevo. Uno que me va a llevar directo a la garganta de Marcio. Ignoro la punzada en mi pecho al sentir los ojos de Matthew sobre mí. Asiento lentamente.

—¿Dónde está?

Harry nos observa a los tres, evaluando la situación por una fracción de segundo antes de responder.

—En mi sótano.

—¿Tienes un sótano? —parpadea Penny.

—Algo así. —Se encoge de hombros, restándole importancia—. No estaba seguro de qué querrías hacer con él…

—Quiero desangrarlo —sentencio.

—Maddox —advierte Matthew a mi costado.

Lo ignoro. Ni siquiera me giro para mirarlo.

—Tengo todo lo necesario —asegura Lucchese.

—No lo mataré aquí —aclaro, soltando un suspiro frío—. Pero necesito verlo ahora mismo, y requeriré tu logística para trasladar lo que quede de él a Chicago.

Lucchese asiente.

—Lo que necesites. —Se aparta de la mesa, pasa por el lado de Penny y se detiene junto al umbral de la puerta—. Sígueme.

Avanzo detrás de él, pero siento la densidad de dos pares de pasos siguiéndome.

—Penny, tú te quedas —ordeno sin detenerme.

—Ni en tus mejores sueños, princesa.

Suspiro y niego con la cabeza. No tengo la maldita energía para discutir con ella, y sé que, terca como es, no me hará caso. Así que los cuatro desandamos el pasillo y cruzamos hacia el ala oeste de la mansión.

Nuestros pasos resuenan contra el porcelanato, que aquí pasa de ser negro a un gris perla cadavérico. Todo el trayecto está bañado en penumbras, sin ostentación, tan distinto al estilo de su hotel en la ciudad, repleto de dorados y brillos ciegos. Es como si aquí, rodeado de muros fríos, Lucchese pudiera despojarse del traje de magnate frívolo para ser simplemente él. El monstruo.

Nos detenemos frente a un muro liso que resulta ser una puerta camuflada. Lucchese desliza un pequeño panel a su izquierda, revelando un teclado numérico y un escáner biométrico. Tras colocar

su índice en la pantalla, la puerta sisea y se abre, revelando un pasillo estrecho que se desploma en una escalera de piedra empinada.

Comenzamos a descender.

El cambio drástico de temperatura me eriza la piel de los brazos. El aire huele a humedad y encierro. A pesar de mi concentración letal, la presencia de Matthew a mi espalda me reconforta de una forma silenciosa que jamás admitiría en voz alta.

Pero me niego a mirarlo. No voy a soportar ver sus ojos. Cuando noté su expresión de culpa arriba, en la sala, quise salir corriendo. Ante él, sigo sintiéndome como la chica rota que no pudo rescatar a tiempo hace dos años, y ver esa vulnerabilidad reflejada en su mirada… me destruye.

—Dioses, Lucchese —murmuro, escaneando el lugar—. Vives en un maldito castillo gótico.

Harry nos guía, impasible. Las paredes de piedra a ambos lados están decoradas con óleos antiguos de rostros pálidos y severos que no reconozco. Penny, a mi lado, lo observa todo con fascinación morbosa.

—Me gusta la estética —confiesa en voz baja.

Llegamos a la base. Harry presiona un interruptor y la oscuridad sepulcral se esfuma, reemplazada por una iluminación incandescente y blanca que ciega como un quirófano. Frente a nosotros se despliega una sala de interrogatorios de doble ambiente, dividida por un cristal blindado y polarizado. Me adelanto, acortando la distancia en tres zancadas, y pego las manos al cristal frío.

Luc está tendido sobre una mesa metálica, con los brazos y las piernas inmovilizados por grilletes de acero.

—¿Está…?

—Inconsciente —informa Lucchese, posicionándose a mi lado—. Le suministré un paralítico nervioso. Debería recuperar la consciencia

en breve, o quizás tarde un poco más. —Se encoge de hombros—. Lo siento, no sabía si llegarías rápido.

—Perfecto —sonrío.

De reojo, veo a Matthew clavar la vista en Luc, evaluando la amenaza. Penny, en cambio, tiene los ojos desorbitados. Estoy casi segura de que es la primera vez que pisa una sala de tortura. Levi tenía una en el subsuelo del edificio y otra en la mansión. Yo misma ordené construir una instalación nueva que aún no está terminada, pero esto… esto servirá a la perfección.

—¿Puede sentir? —pregunto.

Lucchese asiente lentamente.

—Su sistema nervioso periférico está intacto y sobreestimulado. Solo tendrá dificultades para modular la voz.

—Bien. Todavía no me interesa escucharlo hablar.

—Maddox… ¿qué planeas hacer? —pregunta Matthew.

Vuelvo la mirada hacia Luc. Su pecho sube y baja de forma errática. Siento el peso de la mirada escrutadora de Lucchese, la intensidad protectora de Matthew perforándome el perfil y el shock paralizante de Penny. Ninguno de los tres está preparado para presenciar al monstruo que estoy a punto de liberar.

—Déjenme sola.

—*Tesoro*…

El apodo de Matthew flota en el aire frío. Es la primera vez que me llama así delante de otros, pero si a alguien le sorprende, lo disimulan bien.

—Necesito que se larguen —repito, arrastrando las palabras, sin apartar los ojos de mi presa—. Ahora. Todos.

En menos de cinco minutos, el silencio es absoluto.

Empujo la puerta lateral y cruzo el umbral hacia la celda. Me recibe un golpe denso a cloro y desinfectante industrial; está claro que

Lucchese le da un uso frecuente a este lugar y es meticuloso con la limpieza. Camino despacio, con el eco de mis botas rebotando en los azulejos, y me acerco a una mesa rodante de acero quirúrgico, hay pinzas de extracción, martillos de reflejos modificados, látigos de alambre, bisturís de distintos calibres.

Me muerdo el labio inferior, embriagada por las opciones. Mi mano vuela hacia una picana eléctrica. Examino los dos polos metálicos antes de girarme hacia Luc. Me acerco a la mesa, hundo los electrodos directamente contra la tela sobre su entrepierna y presiono el gatillo. El chasquido eléctrico es ahogado por el grito desgarrador de Luc, que reverbera contra las paredes. Su cuerpo se arquea contra las cadenas y, un segundo después, sus ojos oscuros se abren de golpe. Me observan, dilatados, inyectados en una mezcla de confusión y terror puro.

Paso la lengua por mis dientes, saboreando el momento.

Se siente tan jodidamente placentero que es irreal, sobre todo considerando que esto es solo el calentamiento.

—¿Qué…?

—Nunca había usado una de estas. —Elevo la picana a la altura de mis ojos, fingiendo intriga, y chasqueo la lengua—. ¿Estás despierto o necesito recalibrarte?

Niega desesperadamente con la cabeza. Intenta articular palabras, pero su mandíbula está trabada por la droga. Traga aire con fuerza y balbucea:

—N-no…

Vuelvo a hundir la picana en su entrepierna y presiono el botón.

Grita. Un sonido animal. Su rostro se contrae en una máscara de agonía pura mientras un torrente de lágrimas involuntarias le empapa las sienes. Sonrío, y un latigazo de calor oscuro me recorre el bajo vientre.

—Oh, lo siento. —Me encojo de hombros con falsa inocencia—. No logré entenderte.

Lo escucho quejarse, atragantándose con un coro de negativas suplicantes. Asiento para mí misma y regreso a la mesa metálica. A mis espaldas, el traqueteo metálico delata sus intentos por zafarse. Sea quien sea el soldado que lo encadenó, hizo un trabajo impecable.

—No deberías esforzarte tanto —murmuro, acariciando el acero helado de un cuchillo de desollar, para luego decantarme por unas pinzas industriales de punta curva con dientes afilados que parecen colmillos—. Estás quemando el poco oxígeno que te queda en la sangre.

—¿Q-qué…?

—¿Qué te hicieron? —Pregunto, girando sobre mis talones con las herramientas en la mano—. No tengo idea de qué cóctel te inyectó Lucchese, pero es increíble. Me fascina que puedas sentir cada terminal nervioso de tu cuerpo… —Vuelve a balbucear y niego con la cabeza—. Shh. No podrás articular una frase entera, deja de humillarte.

Tira de las cadenas con tanta violencia que las muñecas se le despellejan, tiñendo el acero de rojo. Hago una mueca despectiva. Lleva una camiseta negra y pantalones a juego, ambos manchados de sangre seca, aunque no veo heridas punzantes. Lucchese se divirtió a base de fuerza bruta.

—Ahora dime. —Alzo el cuchillo y las pinzas a la altura de mi rostro, sonriéndole al diablo—. ¿Cuál prefieres?

Luc grita y niega con la cabeza, aterrado. Su desesperación me arranca una risa genuina, oscura, que resuena en la sala vacía.

Entonces cuando un destello en su mano derecha capta mi atención. En su dedo anular descansa un anillo de oro macizo. En el centro, grabado en relieve, lleva un sello con dos iniciales: L.S.

Luc Silva.

Me muerdo el labio. Qué poético.

Regreso a la mesa auxiliar. Dejo caer el cuchillo sobre la bandeja de metal con un ruido seco y me quedo únicamente con las pinzas dentadas.

—¿Sabes, Luc? —susurro, comenzando a caminar a su alrededor como un buitre acechando carroña—. De verdad creí que teníamos potencial. —Arrastro las puntas de metal por el borde de su camilla, produciendo un chirrido que le hiela la sangre—. Sabía que eras una rata mentirosa, por supuesto. Pero jamás pensé que serías tan estúpido como para traicionarme en nuestra primera misión.

Su cuerpo sufre espasmos violentos bajo el agarre de los grilletes. Lo observo desde arriba, curvando los labios en una mueca de asco.

—Supongo que no debería sorprenderme. Si hay algo que los Silva desconocen, es el concepto de lealtad. Tu padre se encargó de dejarlo muy claro. —Me detengo a su lado y dejo caer mi mano libre sobre su antebrazo. Clavo la punta de mi uña en su piel sudorosa, trazando una línea lenta. Tiembla de terror, y esa sumisión absoluta me inyecta adrenalina pura en las venas—. Pero debo darte las gracias. Sabía que usar a la escoria de su hijo me acercaría a Marcio, pero tú… tú me lo has servido en bandeja de plata.

—N-no… —lloriquea—. Ma…

—Shhh. —Le tapo la boca suavemente con el dedo índice. Luc palidece hasta parecer un cadáver. Bajo la vista hacia su mano inmovilizada—. Es un anillo muy bonito.

Arruga la frente, desorientado. Sin previo aviso, agarro su muñeca derecha con ambas manos y la retuerzo hacia arriba, arrancándole un alarido de dolor al dislocarle levemente el hombro contra la cadena. Mi sonrisa se ensancha.

—Vamos a enviarle un regalito a papá, ¿de acuerdo?

Abro las pinzas. Encajo los dientes de metal dentado directamente sobre la base de su dedo anular, justo por encima del oro del sello, y aprieto los mangos con todo el peso de mi cuerpo.

El sonido del hueso crujiendo se mezcla con el alarido agónico de Luc, que rebota contra el cristal blindado. Un placer denso y oscuro me estalla detrás de los ojos al sentir la sangre, espesa y caliente, derramándose sin piedad sobre mis nudillos.

CAPÍTULO 47

Maddox

Mis tacones repiquetean sobre el porcelanato mientras deshago el camino hacia la sala de reuniones. Lucchese y Matthew comparten una botella de whisky mientras Penny, de pie frente a ellos, gesticula con ansiedad. La conversación muere en el instante en que cruzo el umbral.

En la sala de interrogatorios encontré una bolsa de recolección de evidencias. Dentro, descansa el dedo anular de Luc, aún con el pesado anillo de oro de los Silva incrustado en la carne cercenada y ensangrentada. Exactamente lo que quería.

Lanzo la bolsa sobre la mesa de roble. El sonido húmedo y sordo atrae todas las miradas.

—Mierda, Maddie —murmura Penny, retrocediendo un paso con los ojos desorbitados—. ¿Eso es…?

—Es un mensaje —la corto, girándome hacia Lucchese—. ¿Podrías dárselo a Will para que lo envíe a su destinatario?

Harry asiente, imperturbable. No sé si ha presionado un botón oculto o es puro instinto, pero en cuestión de segundos, un gorila que le dobla el tamaño a cualquiera de nosotros aparece en la sala. Tiene el cráneo rapado y el rostro cruzado por cicatrices y tatuajes. Lucchese le hace un gesto imperceptible y el gigante desaparece con la bolsa plástica.

—Will, Jace, Marco y Pablo están en el hotel —me informa Harry—. Están estables, pero prefiero mantenerlos fuera de esta casa.

—Perfecto. ¿Podremos pasar la noche aquí?

No he tenido un segundo para mirar el móvil y, sin ventanas a la vista, he perdido la noción del tiempo. Entre el asalto en Harrisburg y el traslado a Nueva York, el cansancio empieza a cobrarme factura. Necesito dormir.

—Sus habitaciones están listas. Primer piso a la izquierda. —Lucchese pasea la mirada entre Matthew y yo, y un brillo cínico asoma a sus ojos oscuros—. Asumo que no hay problema en que compartan la misma…

—En absoluto —sentencio.

Capto la mirada silenciosa que intercambia con Penny. Lucchese tiene que morderse el labio inferior para no sonreír con sorna. Pongo los ojos en blanco y les doy la espalda.

Recorro el mismo pasillo oscuro de hace una hora, pero esta vez me desvío a la izquierda. Encuentro un par de puertas; una de ellas está entreabierta, revelando nuestro equipaje en el interior. Suelto un suspiro pesado al entrar.

Saco el móvil del bolsillo. Dos de la mañana. Mierda. Estoy a punto de arrastrarme hacia la ducha cuando la pantalla se ilumina con el nombre de mi padre. Suelto una maldición por lo bajo y deslizo el dedo para responder.

—Levi.

—¡Maldita sea, Maddox! —El grito me obliga a alejar el aparato de la oreja mientras me dejo caer al borde de la cama—. ¡Llevo horas intentando comunicarme contigo! ¡Matthew tampoco responde! ¿Dónde demonios se metieron? ¿Qué ha pasado?

Un nudo frío se me instala en la garganta.

—Todo fue un caos —respondo con la voz rasposa. El silencio al otro lado de la línea es ensordecedor—. Luc sabía que iría tras su padre. Se nos adelantó.

Admitir un fracaso en voz alta es como tragar ácido. Cierro los ojos, apretando el teléfono contra mi mejilla. Maddox Salvatore tiene permitido equivocarse. La Regina de *Draghi*, no. Y hoy cometí un error catastrófico por subestimar a mi presa. Lo solucioné, sí, gracias a Lucchese, pero el fallo original me pertenece.

—¿Qué sucedió, *mia cara*?

—Se llevaron a Penny —confieso, y un ligero temblor traiciona mi tono.

—¿Qué? —El shock paraliza la voz de mi padre—. ¿Cómo…?

—Supuso que iría por Marcio, no tengo la menor idea de cómo filtró la información. Lo importante es que Penny está a salvo. Lucchese se encargó de recuperarla. Porque yo no habría llegado a tiempo.

Escucho el crujido de las bisagras. Giro la cabeza y encuentro a Matthew apoyado en el marco de la puerta. Tiene los brazos cruzados y la mirada fija en mí.

—Mierda, Maddox… —murmura mi padre. Se escucha ruido de fondo y voces amortiguadas—. ¿Y ahora qué harás?

—Para mi suerte, Lucchese arrastró al hijo de puta hasta su sótano.

—Eso es una ventaja. ¿Cuál es el siguiente paso?

—Digamos que aproveché la cortesía y le envié un pequeño recuerdo a Marcio.

—Maddox…

Más ruido al otro lado de la línea.

—¿Dónde estás, Levi?

—En casa —responde demasiado rápido. Alzo una ceja con duda—. Debo irme, estoy resolviendo una crisis interna en la empresa. Hablamos mañana, cuídense.

Cuelga antes de que pueda rebatir. Arrojo el móvil sobre las sábanas de seda negra y me pongo de pie, enfrentando a Matthew. Él no ha

movido un músculo, pero la intensidad de sus ojos castaños amenaza con incendiar la habitación entera.

—He visto a tu padre equivocarse infinidad de veces —dice, con voz grave.

—Yo no soy Levi.

—Lo sé. —Matthew cierra la puerta a sus espaldas, pero no acorta la distancia. Se queda allí, con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón oscuro—. Pero no tienes que ser perfecta.

—Claro que sí.

—No —masculla, apretando la mandíbula—. Deja de torturarte por lo de hoy.

—Lo haré cuando tú también dejes de hacerlo.

Una sombra cruza su rostro.

—¿De qué demonios hablas?

Acorto la distancia entre nosotros. La mirada de Matthew desciende como un rayo hacia mis nudillos, manchados de sangre seca, antes de volver a clavarse en mis ojos.

—Sé exactamente lo que estás pensando, Matthew. Estás reviviendo mi secuestro. El hecho de que no llegaste a tiempo. Te has pasado cada maldito día de los últimos dos años ahogándote en culpa. —Me detengo a un metro de su pecho. Él cuadra los hombros, a la defensiva, y yo me cruzo de brazos—. Así que no somos tan diferentes después de todo.

No me da tiempo a reaccionar. En una fracción de segundo, su mano grande y caliente se cierra alrededor de mi garganta y me estampa contra la madera de la puerta. Sus dedos se hunden en mi piel, enviando una descarga eléctrica directo a mi bajo vientre.

—¿Disfrutaste torturar a ese hijo de puta? —sisea, con el rostro a centímetros del mío.

Me muerdo el labio. Matthew solo necesita mirarme con esa ferocidad letal para derretirme por completo.

—Sí —confieso, ronca—. Ha sido de las cosas más exquisitas que he experimentado. —Él aprieta el agarre en mi cuello y me obliga a inclinar la cabeza hacia atrás, exponiendo mi pulso—. Después de follar contigo, por supuesto.

—Joder, Maddox —gruñe.

Estampa su cuerpo contra el mío, inmovilizándome. Un jadeo escapa de mis labios al sentir la dureza extrema de su erección presionando contra mi abdomen.

—Me habría encantado quedarme en esa sala para verte desangrarlo —confiesa contra mi oído, con la respiración pesada.

Parpadeo, descolocada. Mierda, lo dice en serio.

—Creí que te molestaría —susurro.

La presión en mi cuello aumenta justo antes de que roce mi boca con la suya.

—Verte con esa expresión de psicópata, manchada de sangre y dispuesta a aniquilar a quien se cruce en tu puto camino, ha sido lo más excitante que he presenciado en mi vida. —Saca la lengua, trazando la línea de mi labio inferior, saboreándome—. Mierda, Maddox. Tuve que usar toda mi disciplina para no follarte allí mismo, sobre esa puta camilla.

Mi corazón se desboca, golpeando contra mis costillas. Me había autoconvencido de que esta faceta mía lo repelería. Que la oscuridad que cultivo dentro, la misma que me permite disfrutar de la agonía ajena, terminaría por espantarlo.

Pero me acepta. Mierda. Mi lado retorcido lo excita tanto como a mí.

—Matthew…

—Te vi ahí abajo y comprendí lo jodidamente loco que me tienes. Estoy enfermo por ti, Maddox.

Sus labios se estrellan contra los míos. No hay rastro de delicadeza; es un choque violento, una colisión de dientes y lenguas impulsada

por una marea de emociones crudas. Me consumo entre la furia, la sangre y el deseo.

Esperaba su rechazo y, sin embargo, aquí está, devorando cada uno de mis pedazos rotos sin inmutarse. Se rinde ante mí, y yo me rindo ante él. Me entrego al peso de sus besos y al rastro de sus manos bajando con desesperación por mis curvas. Es el único hombre en la tierra capaz de someterme de esta manera.

—Matthew —jadeo, rompiendo el beso para recuperar el oxígeno—. Espera…

—Sé que es tarde. Sé que mañana será un infierno —murmura contra mis labios, frotando su erección descaradamente contra mí—. Pero si no te hago mía ahora mismo, voy a perder la puta cabeza. Por favor…

Bajo las manos por su pecho firme hasta alcanzar la cinturilla de su pantalón. Libero el botón metálico, y su agarre en mi cuello se suaviza, permitiendo que deje caer su frente sobre mi hombro con un suspiro tembloroso.

—Me fascina cuando eres tan sincero —susurro, acariciando la tela de su ropa interior—. Cuando admites lo desesperado que estás.

—Lo estoy —gime roncamente cuando deslizo la mano bajo la tela —. Llevo desesperado por ti desde que tengo memoria.

—Ya veo. —Cierro los dedos alrededor de su polla. Está ardiendo, gruesa y palpitante contra mi palma—. Debo confesarte algo.

Su cuerpo entero se tensa como la cuerda de un arco. Levanta la cabeza y me mira, con los ojos oscurecidos por una neblina de lujuria.

—¿Qué?

—Por hoy, estoy harta de dar órdenes. —Me humedezco los labios, clavando mi mirada en la suya—. Así que, solo por esta noche, quiero ser yo quien las cumpla.

—*Tesoro*… —suelta, sin aliento.

—Dame órdenes, Matthew.

El cambio es instantáneo y fascinante. La vulnerabilidad desaparece de sus facciones y el asesino letal toma el control absoluto. El castaño de sus ojos es devorado por la dilatación de sus pupilas hasta volverse negro puro. Hunde los dedos en mis caderas con una fuerza posesiva que dejará moretones, mientras su erección crece aún más en mi mano.

Este ya no es mi *consigliere* calculador. Es la bestia suelta. Y, joder, quiero que me destroce. Quiero olvidar quién soy cuando salgo de estas cuatro paredes.

—De rodillas.

La orden corta el aire como un látigo. Contrario a mi naturaleza dominante, obedezco sin dudar. Me dejo caer; el impacto contra el porcelanato me hiela las rodillas pero lo ignoro. Mantengo el agarre en su polla y aprieto levemente. Matthew suelta un gruñido tan animal, tan gutural, que mi entrepierna palpita, empapándome por completo en cuestión de segundos.

Enreda su mano en mi cabello, tirando de las raíces con la fuerza suficiente para obligarme a mirarlo desde abajo.

—Vas a abrir esa boca para mí y vas a tragarme entero sin chistar —ordena, con una voz que reverbera en mi pecho—. Cero quejas, Maddox. Vas a recibir cada maldito centímetro y no te detendrás hasta que yo lo diga.

Asiento. La anticipación me tiene temblando. Necesito sentirlo, necesito llenarme de él de todas las formas posibles.

—Me importa una mierda si te duele —gruñe, arrastrando las palabras—. Me importa una mierda si te ahogas. No voy a parar hasta reventar dentro de tu garganta. ¿Entendido?

Vuelvo a asentir, pero él da un tirón brutal de mi pelo que me arranca un jadeo ahogado.

—Te hice una puta pregunta. Responde con palabras.

—Sí —jadeo, mirándolo con adoración oscura—. Haré lo que me ordenes.

—Abre la boca.

Separo los labios e, inmediatamente, invade mi espacio. Jadeo cuando su magnitud me llena, deslizándose hasta golpear el fondo de mi garganta. El sabor salado y almizclado de su líquido preseminal inunda mi paladar. Cierro los ojos, rindiéndome a él. La mano de Matthew afloja un poco la presión en mi cabello. Abro los ojos y noto que duda por una fracción de segundo, evaluando si podré soportar su tamaño.

Mierda. Jamás he hecho esto, pero voy a destrozarme la mandíbula si es necesario para complacerlo.

Relajo los músculos de la garganta y la lengua, acomodando su grosor en mi interior. Matthew apoya su mano libre contra la puerta, buscando anclaje. Acaricio su glande con la lengua en un movimiento torpe pero hambriento. Le arranco un gruñido ronco que vibra contra mis labios.

Asiento lentamente, dándole luz verde.

Entiende el mensaje. Sus caderas se disparan hacia adelante y me embiste con una fuerza descomunal. El impacto estrella mi nuca contra la madera y un gemido de dolor mezclado con éxtasis se ahoga en su carne.

Vuelve a embestir. Entra y sale, marcando un ritmo brutal. Retira su polla lo justo para dejarme tomar una bocanada de aire antes de volver a profanar mi boca hasta el fondo. Jadeo y trago, luchando con mis propios reflejos, mientras él maldice por lo bajo. Me aferro a sus caderas musculadas para no perder el equilibrio; siento que las piernas se me vuelven de gelatina.

—Mierda, *tesoro* —jadea, echando la cabeza hacia atrás, con las venas del cuello marcadas—. Esa boquita solo me pertenece a mí, ¿lo entiendes? —Vuelve a mirar hacia abajo y gruñe cuando asiento sumisamente—. Fuiste hecha para mí, Maddox.

Clavo las uñas en sus muslos. Deslizo una mano hacia abajo, apartando por completo la tela de su ropa, y acuno sus testículos pesados, masajeándolos. Sus embestidas pierden un poco de agresividad, pero sigue frotando la punta contra mi paladar.

Aprieto la base con firmeza.

—Joder… —ruge. Hunde las caderas con violencia, obligándome a saborearlo en su totalidad—. Más fuerte, Maddox.

Aumento la fricción. Aprieta su agarre en mi pelo y empieza a dictar el ritmo, moviendo mi cabeza al compás de sus empujes. Me ahogo, mis ojos se llenan de lágrimas por la fricción constante, pero es un dolor tan jodidamente embriagador que no quiero que se detenga jamás.

—Mírame —exige. Levanto la mirada, con los ojos empañados y las mejillas húmedas. Su sonrisa se vuelve demoníaca al verme arrodillada, desbordada por él—. Eso es. Mírame mientras te ahogas con mi polla.

Gimo a su alrededor. El sonido gutural y obsceno dispara su lujuria al límite.

Rodeo su miembro con la mano libre, masturbándolo en conjunto con el succionar de mis labios, aplicando presión exactamente donde ordenó. Se sacude violentamente. Ver el deseo, el salvajismo y esa devoción enfermiza brillando en su rostro me acelera el pulso. Lo que sea que arda en mi pecho por este hombre, es peligroso y absoluto.

—Oh, joder… sí… —repite como un mantra.

Se vuelve frenético. Aprovecha el tirón de mi cabello para someter mi boca a su antojo, perdiendo por completo el control. La imagen de mis lágrimas deslizándose por mi piel pálida es el detonante final.

—Estoy… me corro, *tesoro* —gruñe, perdiendo el aliento.

Aprieto mis labios alrededor de él y aspiro con fuerza.

El cuerpo de Matthew se arquea como si hubiera recibido un disparo. Lanza un rugido ensordecedor y su líquido caliente estalla contra mi lengua, bajando por mi garganta en oleadas espesas. Trago obedientemente cada maldita gota, saboreando el desastre en mis labios. Continúo succionando incluso cuando su ritmo muere en un par de espasmos finales.

Se siente tan adictivo que mi propio cuerpo exige más.

De pronto, su calor me abandona. Jadeo en busca de aire pero antes de que pueda recomponerme, las manos de Matthew se cierran sobre mis costillas y, de un tirón limpio, me carga sobre su hombro.

—¡Matthew! —Suelto una carcajada incrédula mientras él maldice y camina hacia la cama. Un segundo después, mi espalda impacta contra el colchón negro.

Con un movimiento voraz, me arranca los pantalones, arrojándolos al suelo y dejándome completamente expuesta. No me da tiempo a articular palabra; me voltea de un empujón, aplastando mi pecho contra las sábanas de seda y obligándome a alzar las caderas.

Escucho el sonido sordo de sus rodillas chocando contra el piso al borde de la cama.

—Matthew…

—Mira lo empapada que estás solo por haberme chupado la polla —ronronea, rozando sus labios contra mi intimidad hinchada. Un escalofrío me recorre la espina dorsal. Hundo los puños en las sábanas, desarmada ante esta posición vulnerable y peligrosamente excitante, él toma mis glúteos con fuerza y me abre más—. Ahora deja que me encargue de ti, *tesoro*.

CAPÍTULO 48

Maddox

Apago el motor del coche frente a mi casa y observo la pantalla de mi móvil por enésima vez. Nada. Mi padre sigue sin devolverme los mensajes.

Aterrizamos desde Nueva York esta misma mañana y mi primer instinto fue llamar a Levi. La conversación duró apenas un par de minutos, pero su tono evasivo encendió todas mis alarmas. Conduje directo a las oficinas de la empresa para confrontarlo, pero su secretaria me recibió con la estúpida excusa de que no se había presentado por *«una reunión externa»*.

Por supuesto que no le creí una sola palabra.

Aun así, le dediqué mi sonrisa más dulce y le pedí que no le mencionara mi visita a mi padre para no preocuparlo. La mujer me creyó, le di las gracias con falsa cortesía y salí del edificio. Levi me está ocultando algo. Y detesto que me oculten cosas.

Entiendo que mi padre es el jefe y hace lo que le place, pero engañarme a mí cruzaba una línea peligrosa. La idea de que me cediera *Draghi* tan de golpe, ese retiro abrupto y carente de sentido… Quizás estoy paranoica, pero el instinto me grita que algo turbio se está gestando bajo mis narices.

Salgo del coche y camino hacia la entrada principal. Estoy a milímetros de presionar el timbre cuando la figura de Donato se materializa frente a mí.

—Buenos días, señorita Francesca.

Cierro los ojos, invocando la poca paciencia que me queda.

—Buenos días, Donato. ¿Cuántas veces tengo que ordenarte que me llames Maddox? —Me cruzo de brazos, retándolo con la mirada.

El hombre se acerca, encogiéndose de hombros con tranquilidad.

—Pero tiene un segundo nombre muy hermoso. Y a Dante, su abuelo, le gustaba mucho más que Maddox.

El nombre me cae como una piedra en el estómago.

Mis abuelos son recuerdos borrosos en mi memoria. Para cuando cumplí dos años, mi abuela ya había muerto de un ataque al corazón, y mi abuelo Dante, hundido en una depresión insalvable, se internó en un asilo esperando su hora. A mis cinco años, él también se había ido. Levi nunca ofreció detalles. Mi padre detestaba la idea de que yo formara vínculos afectivos, incluso con nuestra propia sangre. Por eso retrasó el encuentro con mi madre, hasta que fui adulta. Levi calculó que, para entonces me resultaría imposible conectar con ella. Y no se equivocó del todo.

Esa crianza frívola es la razón principal por la que me cuesta tanto sentir algo genuino por los demás. Eso, sumado a la traición de Máximo, formó el cóctel de traumas que hoy levanta un muro de titanio entre Matthew y yo.

—Ya, pero él está muerto —sentencio—. ¿Dónde demonios está Levi?

—En la empresa.

Alzo una ceja, implacable.

—Odio que me mientan en la cara, Donato.

—No le miento…

—Acabo de salir de sus oficinas. Me aseguraron que hoy no pisó el edificio.

El guardia parpadea, imperturbable. Me sigue viendo como la niña que corría por los pasillos de una casa llena de asesinos, no como la Regina de *Draghi*. Pero si presiono todos terminan hablando.

—Donato… —arrastro la advertencia en mi voz.

El hombre suelta un suspiro pesado y niega con la cabeza.

—Le advertí a su padre que sería inútil intentar engañarte, Francesca.

—Siempre fuiste el más astuto. —Le guiño un ojo—. ¿Dónde se ha metido?

—Está en Francia.

Tengo que tensar la mandíbula para que no se me caiga al suelo. Mi desconcierto debe ser tan evidente que Donato hace una mueca de disculpa.

—Lo sé. Estoy igual de desconcertado que tú.

—Pero, ¿qué carajos haría en…? —Chasqueo la lengua, atando cabos—. Nora… —Donato asiente lentamente—. ¿Ocurrió algo esta semana?

—Tu padre tomó el vuelo hace dos días. Dijo que era por asuntos de la empresa…

—Pero no le crees ni una palabra.

—Jamás ha mostrado el menor interés en el mercado francés —Donato sonríe de lado—. Quizá ahora encontró algo más atractivo ahora.

Suelto una risa amarga y niego con la cabeza.

—Levi Salvatore es un puto dolor de cabeza.

—Ni que lo digas.

Le dedico un último asentimiento y le doy la espalda, regresando al coche.

Mis objetivos de hoy eran claros: acorralar a Levi y ver a Penny. Con mi padre necesitaba repasar el desastre de Nueva York y arrancarle, de una vez por todas, la verdad sobre su pasado con Marcio Silva. Pero mi segunda prioridad es mi mejor amiga. Necesito verla con mis propios ojos. Asegurarme de que está bien. Sorprendentemente,

no parecía afectada por la sangre en Nueva York; de hecho, procesó el dedo amputado de Luc con rapidez. Aun así, la culpa me carcome por haberla expuesto.

El tono de llamada interrumpe mis pensamientos. Tomo el móvil del asiento del copiloto y leo el nombre de Matthew. Descuelgo sin dejar de maniobrar el volante.

—*Tesoro* —su voz, grave y rasposa, me envía una descarga eléctrica directa a la espina dorsal—. Creí que te encontraría en la empresa.

—Sí, bueno, yo creí que encontraría a Levi allí —respondo. Lo escucho soltar una risa baja que me eriza la piel—. ¿Sabías que mi padre está en Francia?

—¿Francia? —La genuina incredulidad en su tono me confirma que no es cómplice de esto—. ¿Qué demonios se le ha perdido a Levi en Francia?

—Me pregunto exactamente lo mismo. —Levanto la vista hacia el espejo retrovisor y arrugo la frente. Un Aston Martin negro lleva dos calles siguiéndome—. Jamás quiso poner un pie allí y ahora de repente…

—¿Tu madre? —deduce Matthew de inmediato—. Tu padre es un misterio.

—Ya…

Giro el volante de forma abrupta, desviándome del camino hacia la casa de Penny sin soltar el acelerador. El Aston Martin copia el movimiento.

—Mierda —siseo.

—¿Maddox? —El tono seductor de Matthew se evapora—. ¿Qué ocurre?

Entrecierro los ojos, intentando captar la matrícula, pero no lo logro.

—*Tesoro* —gruñe Matthew, con la voz cargada de urgencia—. Háblame.

—Yo… —Niego, clavando las uñas en el cuero del volante—. Nada. Debo estar paranoica. El cansancio me está jodiendo la cabeza.

—¿De qué estás hablando?

—Creí ver un coche siguiéndome.

—¿Qué? Pásame tu ubicación. Voy en camino.

—No es necesario, Matthew.

—Maddox, joder…

—Puedo cuidarme sola.

—Lo sé perfectamente, pero…

—No va a ocurrirme nada. Cálmate —ordeno, cortante. El coche negro frena en la intersección y desaparece girando a la izquierda. Suelto el aire retenido—. Ya se fue. Estoy bien, no te preocupes.

Un silencio espeso se instala en la línea. Lo escucho maldecir por lo bajo antes de recomponerse.

—De acuerdo —cede, aunque su voz suena tensa como una soga—. ¿Vendrás a casa esta noche?

—Por supuesto.

—Tenemos que hablar.

Si hay tres palabras en el puto diccionario capaces de aterrorizarme más que un sicario, son esas. ¿Por qué demonios no podemos simplemente ahogarnos en lo que tenemos sin ponerle una maldita etiqueta?

El pánico me aprieta la garganta.

—Claro —murmuro.

—*Tesoro*…

—Te veo en la noche.

Cuelgo. Corto la llamada antes de que pueda acorralarme con palabras que no estoy lista para escuchar. Doy un giro brusco a la derecha y estaciono junto a la acera, frente a la casa de Penny.

Apago el motor y cierro los ojos, obligándome a respirar hondo. Tarde o temprano tendré que enfrentar a Matthew, pero me aterra la idea de que me pida algo que mi versión actual sea incapaz de darle.

Abro la puerta del coche y salgo al asfalto. Al alzar la vista, me encuentro con Penny. Lleva un conjunto deportivo rosa vibrante, el cabello rojizo estirado en un moño impecable y un bolso de mano colgando del hombro. Sus ojos azules se abren de par en par al verme. Acorto la distancia entre nosotras, escudándome en una ceja alzada.

—¿De dónde vienes vestida así?

—Esto… —Duda, aferrando el asa de su bolso—. Fui al gimnasio.

Ladeo la cabeza. Mi mirada desciende hacia el cierre mal pasado de su bolso.

Una sonrisa lenta tira de mis labios.

—¿Esas son zapatillas de ballet?

—¿Qué? ¡Por supuesto que no! —Tira del cierre con desesperación, se acomoda el bolso bajo el brazo y me dedica una sonrisa tan tensa que resulta cómica.

Una carcajada genuina brota de mi pecho. Hacía meses que no me reía así.

—¡Penny! —la señalo—. No debería avergonzarte hacer ballet…

—¡No me avergüenza! —chilla, con las mejillas teñidas de un rojo furioso. Al ver que no dejo de sonreír con sorna, pone los ojos en blanco y me da un empujón amistoso—. Ya cállate. ¿Qué haces aquí?

Niego con la cabeza, pero la diversión se me escurre lentamente al darme cuenta lo que me he perdido.

—¿Cuándo empezaste a bailar?

Se encoge de hombros, restándole importancia.

—Hace un año… poco más, tal vez.

Un balde de agua helada me cae encima.

—Penny, yo… —Una pequeña arruga se forma entre sus cejas pecosas—. Me he perdido tantas cosas tuyas en estos dos años. Regresé y ni siquiera me tomé el tiempo de ponerme al día contigo, yo…

—Maddie, basta.

—Soy una amiga de mierda —mascullo.

—Por supuesto que no lo eres.

—Te puse en peligro. —Bajo la mirada hacia el asfalto—. De no haber sido por Lucchese, yo… jamás habría llegado a tiempo, y tú…

—Dije que basta. —Acorta la distancia y planta ambas manos sobre mis hombros—. Deja de torturarte por eso. No fue tu culpa.

—Es mi mundo, Penny. Claro que es mi culpa.

—Tú intentaste alejarte para protegerme, ¿lo olvidas? —Me clava una mirada feroz—. Yo fui quien decidió quedarse. Dije que serías parte de mi vida y yo de la tuya. Sí, la mafia es peligrosa. Me importa una mierda. Sobreviví al abandono de mi propio padre; puedo lidiar con unos matones.

Me muerdo el labio inferior, sintiendo un ardor inusual en los ojos.

—Penny…

—Pero lo que no voy a soportar —me interrumpe, con la voz quebrándose apenas un milímetro— es perder a mi mejor amiga. Otra vez.

El muro que he estado levantando durante dos años se agrieta y la abrazo antes de que mi cerebro pueda procesar el impulso. Penny suelta una carcajada de sorpresa y me devuelve el abrazo con fuerza, anclándome al suelo.

—¿Vamos por un helado? —pregunto al separarnos.

Ella asiente emocionada. Es entonces cuando un destello verde capta mi atención. Una esmeralda pura, engarzada en oro, descansa justo en el centro de su pecho.

—Penny…

—¿Sí?

Retrocedo medio paso y señalo la joya con la barbilla. Ella baja la vista y suelta un bufido.

—Mierda.

—Penny Ann Hill. —Apoyo las manos en mis caderas—. ¿Eso lleva la firma de Lucchese?

—Quizás.

—Penny, por favor. —Niego con la cabeza, repentinamente alarmada —. Sabes perfectamente de dónde viene. Ese cabrón está mucho más loco que yo…

—Ya. —Pone los ojos en blanco, me agarra de los hombros y me hace girar hacia mi propio coche—. Si me preguntas, creo que ambos comparten exactamente el mismo nivel de psicopatía. He presenciado la suficiente sangre en estos días como para confirmarlo.

Pongo los ojos en blanco, rodeando el coche para quitar el seguro. Antes de abrir mi puerta, la fulmino por encima del techo del auto.

—Solo te pido que te cuides.

—Maddie, relájate. —Suelta un suspiro cansado—. Odio a los hombres. Lucchese es uno de ellos. No significa absolutamente nada más.

CAPÍTULO 49

Maddox

Conecto la memoria USB en mi portátil y la pantalla se ilumina, arrojando un brillo frío sobre el escritorio.

Cuando elegí el Audi, mi primera exigencia fue un sistema de vigilancia blindado. Levi me aseguró que no existía nada así de fábrica, pero se encargó de instalar un circuito de cámaras externas encriptadas, controladas directamente desde mi móvil. No logré ver la patente del cabrón que me seguía con el Aston Martin, pero los lentes del Audi sí. Y necesito esa matrícula. Le envié por encomienda el dedo cercenado de su hijo al mismísimo hombre que me torturó hace dos años. Era el turno de Marcio de mover sus piezas, y el silencio me estaba carcomiendo los nervios.

No esperaba una carta de amenazas ni un correo formal; esperaba sangre. Tenía todos los frentes cubiertos para que, en el instante en que ese hijo de puta pusiera un pie en Chicago, fuera arrastrado directamente a mi sala de interrogatorios. Le tengo reservado un lugar muy especial junto a su heredero.

Por suerte, el sistema archiva las grabaciones por día. Adelanto el video hasta la hora exacta en la que me desvié hacia la casa de Penny y ahí está: el Aston Martin negro.

Aplico el zoom hasta donde los píxeles me lo permiten, pero los cristales polarizados son un muro impenetrable. Quienquiera que esté al volante lleva una sudadera oscura, guantes negros y una gorra hundida hasta la nariz.

—Mierda —siseo.

Intento limpiar la imagen, pero es inútil. Desisto y tomo una captura de pantalla perfecta de la parte trasera del coche, donde la placa brilla bajo el sol de la tarde. Se la envío a Will sin dudar.

¿Quién demonios está siguiendo mis pasos?

Marcio no se esconde en las sombras, sé que me echaría encima una emboscada si tuviera la oportunidad. La sutileza no encaja con el monstruo que conocí. Algo en mis entrañas me advierte que el conductor de ese coche es una amenaza completamente nueva.

Tomo el móvil y marco el número de Will. Responde al segundo tono.

—Will… —La palabra muere en mi boca al escuchar un gemido grave y masculino al otro lado de la línea—. Mierda, ¿interrumpo?

Will suelta un bufido pesado.

—Como si alguna vez en tu puta vida fueras oportuna, Maddox —masculla, con la voz ronca. Escucho el roce de sábanas y pasos alejándose—. ¿Te estás riendo de mí?

—En absoluto —miento, sintiendo que la tensión en mis hombros cede una fracción de milímetro—. Alguien tiene que divertirse.

—Ya. ¿No te diviertes lo suficiente con Matthew? —El silencio de mi parte le arranca un gruñido de aprobación—. Eso creí. ¿Qué sucede? Más te vale que sea de vida o muerte…

—Te envié un archivo encriptado. Una fotografía.

—Sí, es un coche. ¿Qué tiene?

—Necesito que averigües a quién pertenece esa matrícula —ordeno, mi tono volviéndose clínico y gélido—. No puedo reconocer al conductor, ni identificar al propietario.

—¿Marcio? —pregunta Will, bajando la voz al instante.

—No. Él no aparecería así.

—¿Esperas una entrada más teatral?

—Mutilé a su hijo, Will. No creo que su venganza se limite a seguirme por el centro de la ciudad en un deportivo.

—Cierto —concede. Un silencio espeso y tenso se apodera de la línea. Cuando Will vuelve a hablar, la pesadez en su voz me congela la sangre—. Maddox.

—¿Sí?

—¿Te suena de algo el nombre Marcus?

El aire abandona mis pulmones cuando el recuerdo me golpea con fuerza: el olor a hierro, el dolor cegador, la risa sádica de Marcio resonando en las paredes de concreto.

—Marcio se la pasaba preguntando qué le había hecho Levi… —mi voz se quiebra, y me odio por ello. Me aclaro la garganta—. Me lo preguntaba mientras me torturaba.

Escucho a Will maldecir entre dientes.

—¿Y Levi…?

—Jamás le pregunté. Levi no me daría una respuesta directa. Es mi padre, sí, pero antes que eso, es el bastardo más manipulador y calculador sobre la faz de la tierra.

—Maddox…

—En fin —lo corto, negándome a mostrar debilidad—. Por la forma en la que Marcio exigía respuestas, asumí que Levi lo había asesinado y esa era su forma de cobrarse la deuda: torturándome a mí. ¿Por qué lo preguntas?

El silencio del otro lado me hace darme cuenta de que Will está dudando.

—Estuve desencriptando la memoria que Máximo te dejó. —Escuchar su nombre me clava una estaca en el pecho, pero me obligo a escuchar—. Marcus es el hermano gemelo de Marcio.

—Era una posibilidad lógica.

—Y todo en los archivos de Máximo indica que Marcus estuvo directamente involucrado en el accidente de sus padres.

La habitación da vueltas a mi alrededor. Me apoyo contra el borde del escritorio, clavando las uñas en la madera para no perder el equilibrio.

—No fue un accidente. ¿Eso me estás diciendo?

—Maddox, respira…

—¿Máximo tenía razón todo este tiempo?

—Sí, pero no de la forma en que creíamos —suspira Will, frustrado —. Escucha. Si el gemelo de Marcio asesinó a sus padres, Máximo tenía motivos de sobra para investigar la versión oficial.

—La versión que mi padre sostiene —siseo, con la mandíbula apretada hasta el dolor.

—Sí. Pero Máximo ya no trabaja para Marcio. Todo apunta a que huyó y está intentando desaparecer.

—Lo van a asesinar, Will. Desertó y robó información clasificada de la mafia. Marcio debe haberle puesto un precio enorme a su cabeza.

—Exacto. El jefe de Máximo lo usó. Lo convenció de que Levi fue el autor intelectual de la muerte de sus padres para ponerlo en tu contra.

—Y cuando Máximo descubre la verdad…

—Escapa —sentencia Will.

Cierro los ojos, luchando contra la náusea. Considerar que el hombre que me traicionó podría ser, en el fondo, un peón manipulado por Marcio, es un pensamiento que detesto.

—Pero eso no es lo peor —añade Will, y el tono lúgubre de su voz me pone los pelos de punta—. La memoria USB no solo tiene los datos que Máximo robó. Contiene su propia investigación, Maddox. Avanzó demasiado antes de desaparecer.

—¿Qué quieres decir?

—El problema aquí es otro, Maddox. ¿Quién asesinó a Marcus?

—Pudo haber sido Levi —respondo, aunque mi cerebro va a mil por hora, conectando piezas—. Al fin y al cabo, Jacob era su mejor amigo. Si descubrió que Marcus lo mató…

—Lo pensé. Pero los números no cuadran.

—¿Qué?

—En la fecha exacta en la que Marcus es asesinado a sangre fría, Levi no estaba en el estado. Estaba en Washington.

El oxígeno se evapora por completo.

—¿Cómo estás tan seguro? —murmuro, con un hilo de voz.

—Crucé las fechas. Hay registros oficiales y notas de prensa. El gran empresario Levi Salvatore firmando un acuerdo multimillonario con…

—El grupo SIXT —completo la frase, sintiendo un escalofrío letal en la nuca—. Año dos mil trece.

—Mierda.

—Yo estaba allí, Will. Levi firmó el acuerdo con la empresa de alquiler de lujo por la mañana… pero por la noche ya estábamos volando de regreso a Chicago.

Will suelta una maldición gutural.

—Maddox… si Levi no apretó el gatillo… ¿quién demonios asesinó a Marcus?

El silencio que sigue es ensordecedor.

—¿Y a quién demonios está encubriendo mi padre? —susurro.

Presiono el teléfono contra mi oído hasta que el plástico cruje. Las mentiras de Levi, el engaño de Máximo, el fantasma de los padres de Matthew… es demasiado. Un castillo de naipes empapado en sangre a punto de desmoronarse sobre mi cabeza.

De repente, el tono de una llamada en espera me interrumpe. Alejo el móvil y leo la pantalla.

—Te dejo. Jace me está llamando por la otra línea.

—¿Jace? —Will suena genuinamente desconcertado—. Es decir, de acuerdo, pero…

—Averigua la patente, Will. Hablamos luego.

Corto la llamada y acepto la de Jace antes de que me envíe al buzón de voz.

—Jace…

—Maddox. —Su voz suena baja y urgente—. Tienes que venir al club. Ahora.

Mierda.

CAPÍTULO 50

Maddox

En cuanto bajo del coche, veo a Jace apoyado contra la pared de ladrillos expuestos del callejón. Le da una última calada a su cigarrillo antes de arrojarlo al asfalto y aplastarlo con la suela de su bota. Sus labios formulan una maldición silenciosa.

—¿Qué demonios sucede? —pregunto, acortando la distancia.

—¿Dónde está tu padre?

Lo escudriño de arriba abajo.

—En Europa. —Me cruzo de brazos, inamovible—. ¿Por qué me llamas a mí si lo que quieres es hablar con él?

Jace suelta un bufido de frustración y me toma del brazo, tirando de mí hacia la entrada trasera del club.

—No sé qué te dijo Levi cuando te cedió *Draghi*…

—Sé lo suficiente, Jace.

—¿Sabes quiénes son los Jackson?

Desvío la vista un segundo, buscando en mi archivo mental.

Tom Jackson. Maneja un par de pandillas de los barrios bajos. Son subordinados directos de *Draghi* y, hasta donde tengo entendido, jamás han cruzado la línea. Son perros callejeros ruidosos, sí, pero nunca causan problemas en el centro de la ciudad. Y mucho menos en mi club.

—Sí. ¿Qué ocurre con ellos?

—Que Tom está furioso porque, al parecer, nadie le envió una puta tarjeta de invitación informándole que Levi se retiraba.

Ruedo los ojos. Diría que me sorprende, pero es exactamente la reacción prehistórica que esperaba de la vieja guardia de Chicago.

—Nadie le debe explicaciones a un matón de poca monta —sentencio—. Además, eso se resuelve con cinco minutos en mi despacho…

—Sí, bueno, el problema es que está causando disturbios en la pista. Ahora mismo.

Mi expresión se endurece. Llevo la mano derecha bajo mi chaqueta, rozando el agarre frío de mi Mossberg. Jace sigue el movimiento y niega con la cabeza, alarmado.

—Sabes que no puedes ir por ahí ejecutando a todo el que te irrite, ¿cierto?

—Claro que puedo. Pensé que esa parte había quedado clara.

Me zafo de su agarre y empujo las puertas dobles, adentrándome en el club.

El ambiente es denso, cargado de música electrónica y luces estroboscópicas, pero en el centro de la pista hay un círculo perfecto de personas apartadas; en el medio, Tom Jackson fanfarronea rodeado por un puñado de sus hombres. Escaneo el perímetro. La mayoría de mis clientes habituales los miran con abierto desprecio, pero hay un grupo de chicas cerca de la barra que están temblando.

Jackson vocifera estupideces que ni siquiera me molesto en escuchar. Agita un vaso de whisky en el aire, creyéndose el dueño del mundo. Entiendo por qué Levi decía que este tipo era un mal necesario: es un cabrón insoportable, pero mantenía los barrios bajos a raya.

Veremos si me sigue siendo útil.

—¿Por qué nadie le ha volado la cabeza todavía? —murmuro por encima del hombro.

—Porque a menos que la jefa dé la orden, el club es zona neutral —me recuerda en voz baja—. Maddox, no inicies una puta guerra.

Ignoro su advertencia. Desenfundó mi arma, apunto al techo y aprieto el gatillo. El estruendo silencia la música de golpe. Los gritos mueren en las gargantas de los presentes y el silencio cae sobre el club. Bajo el arma, dejándola pegada a mi muslo, y avanzo mientras la multitud se abre a mi paso. Jackson se gira hacia mí. Me recorre de pies a cabeza con la mirada, y cuando sus ojos se detienen en mi cicatriz, su sonrisa burlona titubea un segundo antes de ensancharse.

—Maddox Salvatore en persona —fanfarronea, dando un paso al frente—. La última vez que te vi tenías… ¿qué? ¿Diez años?

—Trece —lo corrijo—. Y más te vale tener una excusa brillante para espantar a mi clientela.

Tom chasquea la lengua, negando con condescendencia.

—Este es el club de Levi…

—Es el club de *Draghi*. —Acorto la distancia hasta quedar a escasos dos metros. La iluminación es pésima, pero me basta para verle los poros abiertos, el traje de mal gusto y la prepotencia en sus ojos oscuros. Por suerte para él, hoy no llevo tacones, así que casi estamos a la misma altura—. Y *Draghi* es mío.

—¿Y eso quién lo dice, preciosa?

—Mi maldito apellido. —Enarbolo una ceja, retándolo a contradecirme—. ¿Algún problema con eso?

—Tu padre no me comunicó ningún cambio de mando.

—No creí que un lacayo necesitara un comunicado oficial. —Le dedico una sonrisa letal que le borra la arrogancia de un plumazo—. No es nada que no podamos discutir arriba. Así que, si me acompañas…

—No —gruñe, plantando los pies en el suelo—. Quiero hablar con tu padre.

—Levi está fuera del país.

—Entonces lo esperaré aquí.

Cierro los ojos un segundo.

Sé que mi padre me echaría un sermón de tres horas si asesino a uno de sus perros guardianes en medio del club, pero si este imbécil me sigue subestimando, voy a vaciarle el cargador en el pecho.

Siempre supe que esto pasaría, conozco las entrañas de este mundo, que Levi no me haya vendido en matrimonio a otro capo no significa que nuestra sociedad haya evolucionado; simplemente me entrenó para ser el monstruo más grande de la habitación. Pero dinosaurios como Jackson jamás lo entenderían.

Él me sostiene la mirada con una sonrisa arrogante, pero entonces, por el rabillo del ojo, capto un forcejeo. A un costado del círculo, uno de los matones de Jackson tiene acorralada a una chica. Es morena, lleva un vestido de lentejuelas doradas y está intentando zafarse. El tipo la sujeta por ambas muñecas, pegándola a su cuerpo contra su voluntad. El pánico en los ojos de ella me revuelve el estómago.

Ladeo la cabeza y fijo la vista en el dorso de la mano del matón. Una flor de loto. El emblema de los Jackson. Regreso mi atención a Tom.

—Diles a tus hombres que se comporten —ordeno, bajando el tono de voz a una advertencia.

Tom frunce el ceño, sigue mi mirada y suelta una risotada seca.

—¿Lo ves? Por esto es una pésima idea dejar a una mujer al mando. —Da un paso hacia mí, pero se detiene—. Demasiado emocionales. Solo queremos divertirnos un rato…

—Jackson —lo corto, arrastrando las sílabas—. Dile a tu perro que la suelte. Ahora.

—Mis hombres harán lo que se les dé la puta gana hasta que tu padre aparezca…

—Mi padre no está. La jefa soy yo.

Se ríe. Una carcajada sonora y rasposa que rebota en las paredes del club. Detrás de mí, siento a Jace tensarse. Él sabe exactamente lo que está a punto de pasar.

—No me hagas reír, niña.

Otra vez el forcejeo en mi periferia.

—Jackson —advierto.

—Quiero hablar con el hombre a cargo…

Ni siquiera lo dejo terminar la frase, alzo el brazo, apunto al matón de la flor de loto y aprieto el gatillo. El disparo le revienta la frente. La sangre salpica la barra de licores mientras el cuerpo inerte se desploma como un saco de plomo.

La chica suelta un grito desgarrador y corre a refugiarse con sus amigas. En una fracción de segundo, los cuatro hombres restantes de Jackson desenfundan y me apuntan a la cabeza.

Pero Jackson calculó mal. El sonido sincronizado de decenas de armas cortando cartucho inunda el local. Los hombres de seguridad, los barmanes e incluso un par de clientes habituales apuntan directamente al pecho de Tom y su equipo.

—Yo soy el maldito hombre a cargo.

Jackson palidece. Traga saliva con tanta fuerza que veo su nuez subir y bajar. Abre las palmas a los costados, indicándoles a sus hombres que bajen las armas. Doy un paso al frente hasta invadir su espacio personal. Apoyo el cañón humeante de mi Mossberg justo en la base de su garganta, presionando hasta que lo obligo a alzar la barbilla.

—Este es mi club —siseo—. Aquí adentro, cada persona mataría y moriría por mí. No vuelvas a confundirte, Jackson.

—Y-yo…

—Si no quieres salir de aquí en una bolsa para cadáveres, te vas a dar la vuelta y vas a caminar hacia mi despacho. Ahí aclararemos este malentendido. ¿Me has entendido?

Tom asiente, aterrorizado. Hundo el cañón un poco más.

—Te hice una maldita pregunta.

—Sí —escupe con dificultad.

—Jace —es lo único que digo antes de darle la espalda y comenzar a caminar.

Los hombres de Jackson se apartan, bajando la cabeza. Escucho las pisadas pesadas de Jace a mis espaldas, arrastrando a Tom. Nos escabullimos por un pasillo oculto y subimos las escaleras en completo silencio.

En cuanto cruzamos el umbral de mi despacho privado, lejos de la opulencia de la sala de juntas oficial, Jace lanza a Jackson contra la silla de cuero frente a mi escritorio. Pablo y Marco sellan la puerta a nuestras espaldas. Mientras Jace le encaja el cañón de su Glock en la sien a Tom, yo me inclino sobre el escritorio de roble, apoyando ambas manos.

—Explícame por qué estabas dando ese espectáculo patético.

Jackson baja la mirada.

—Tu padre…

—Mi padre no está —lo corto, implacable—. Quiero saber qué te hizo creer que podías venir a joder en mi territorio y salir caminando.

—Solo estábamos de paso… —Le hago una seña a Jace, quien amartilla el arma contra su cráneo—. ¡Espera! Joder, cálmate…

—Me calmaré cuando me des respuestas. ¿Viniste a buscar una guerra? Felicidades, la encontraste.

—Maddox, escúchame. Conozco a Levi de toda la vida…

—Es cierto. —Me enderezo, bordeando el escritorio hasta quedar a un metro de él—. Y sé que jamás se atrevieron a ladrarle. Claro, él tiene una polla entre las piernas, y entre ustedes se cubren la espalda.

—Yo…

—No te di permiso para hablar.

Tom cierra la boca de golpe.

—Lo sabía —continúo, paseándome frente a él con lentitud felina—. Sabía que la vieja guardia no iba a tragar mi ascenso tan fácilmente. Supongo que tendré que usar tu cadáver como comunicado.

—Maddox… por favor.

—¿Quiénes más piensan como tú?

Aprieta los labios, negándose a delatar a sus aliados. Suspiro, fingiendo decepción.

En un movimiento fluido, agarro su mano derecha. Jace reacciona al instante, inmovilizando su brazo izquierdo en una llave que le arranca un gemido. Estampo la palma de Tom contra la madera del escritorio, saco la navaja mariposa de mi bolsillo y clavo la hoja directamente entre sus dedos índice y medio, rasgando la piel y astillando la madera.

Jackson suelta un alarido de agonía.

—Te hice una pregunta —repito, sin alzar la voz.

—¡No muchos! —escupe, atropellando las palabras—. La mayoría de los jóvenes saben que eres la opción correcta. No les importa que seas mujer…

—Pero a los fósiles como tú sí.

—Dame un poco de respeto…

—El respeto se gana, Jackson. Y tú acabas de perder el tuyo. —Arranco la navaja de la madera y presiono el filo manchado de sangre contra su yugular. Lo siento temblar—. Nombres. Ahora.

—Los Brown. Los Jones…

—Y tu gente.

—No puedes hacer esto… —Se atraganta con sus propias palabras cuando hundo un milímetro la hoja—. ¡De acuerdo! Mierda. Lamento haberte subestimado. Eres igual a Levi.

Un escalofrío helado me recorre la espina dorsal. No quiero ser igual a Levi. Quiero ser muchísimo peor.

Me inclino hacia delante. Un hilo carmesí brota de su cuello, manchando la hoja de mi arma. Nuestros rostros quedan a escasos centímetros.

—¿Qué es lo que dicen en las sombras? —susurro, letal—. Habla, o te abro la garganta aquí mismo.

—Que no tiene sentido que te haya dejado el imperio a ti. —Los ojos de Tom están desorbitados por el pánico—. Todos asumimos que sería alguien más.

Frunzo el ceño, sin comprender del todo. Él traga sangre y saliva, y continúa:

—Todos esperábamos que el verdadero sucesor de Levi fuera Matthew Hardaway.

El corazón me da un vuelco tan violento que por un segundo creo que voy a desplomarme. El oxígeno se vuelve denso. Un nudo lleno de espinas se instala en mi garganta.

Matthew. Un hombre.

—Maddox —advierte Jace en voz baja.

Lo miro de reojo. Su expresión me grita que no pierda el control. Obligo a mi rostro a convertirse en una máscara de mármol. Regreso la mirada a Tom, cuyos ojos brillan con un terror absoluto así que le sonrío.

—La próxima vez que un solo miembro de tu asquerosa pandilla cause problemas en mi territorio, te arrancaré los ojos y te los haré tragar. —Deslizo el filo desde su garganta hasta posarlo justo debajo de su ojo derecho—. Tienes suerte de que hoy no tenga tiempo para limpiar tu sangre de mi alfombra.

—G-gracias, Maddox…

—Regina —lo corrijo—. Soy la Regina de *Draghi*. Más te vale grabártelo a fuego. —Me aparto bruscamente y limpio la navaja en

la solapa de su chaqueta—. Tú mismo te encargarás de esparcir el mensaje. Porque si escucho un solo rumor, juro por Dios que pagarás el precio.

—Lo haré…

—Hoy le volé la cabeza a uno de los tuyos. Y sé perfectamente en qué colegio estudia tu hijo menor, Tom. —Guardo la navaja y lo miro desde arriba—. No vuelvas a cruzar mi línea, o te aseguro que morirás sin herederos. Lárgate.

CAPÍTULO 51

Matthew

Cierro la libreta de cuero de golpe cuando la pantalla de mi móvil se ilumina sobre el colchón. La notificación del sistema de seguridad indica que alguien ha cruzado el perímetro y está abriendo la puerta principal de mi departamento. Son las dos de la mañana

Silencio la alarma, me reincorporo contra el respaldo de la cama y fijo la vista en el pasillo. La puerta de mi habitación se abre con un leve crujido. Apenas iluminada por la lámpara de noche, aparece una cabellera oscura y un par de ojos verdes que barren la habitación antes de clavarse en mí.

Maddox detiene sus pasos, sorprendida, y presiona los labios en una sonrisa cargada de culpa. Es evidente que esperaba encontrarme dormido.

Me acomodo las gafas de lectura y la observo en silencio. Mi torso está al descubierto, y noto cómo su mirada desciende por mi pecho y mi abdomen con una intensidad voraz, sin molestarse en disimular. Esa es una de las cosas que me vuelven loco de ella: es visceral, impulsiva, y le importa una mierda si alguien nota lo que desea.

De hecho, no hay absolutamente nada que no me guste de Maddox Salvatore.

Y es precisamente por eso que el tiempo se me acaba. Necesito soltar la verdad, poner las cartas sobre la mesa y asegurarme de que, cuando todo este castillo de mentiras se derrumbe, ella decida quedarse a mi lado.

Maddox se muerde el labio inferior y mi polla reacciona al instante, tensándose bajo la tela.

—Creí que estarías dormido —murmura, avanzando con lentitud hasta el borde de la cama—. Siento llegar a esta hora. Hubo un altercado en el club.

Me muevo para hacerle sitio y las sábanas resbalan hasta mi cadera. La mirada de Maddox se desvía hacia mi entrepierna endurecida, y una sonrisa ladeada asoma en su rostro.

—¿Qué ocurrió? ¿Por qué no me llamaste?

—Tranquilo, *consigliere* —ronronea, soltando una risa baja.

Lleva las manos al dobladillo de su camiseta negra y se la quita de un tirón. Mi cerebro sufre un cortocircuito al ver su abdomen esculpido y el contraste de su piel con ese sujetador rojo de encaje que me desquicia. Me aclaro la garganta, intentando mantener la cordura mientras ella se deshace del cinturón y los pantalones.

Mierda. Si sigue desnudándose con esa parsimonia, no voy a ser capaz de articular dos palabras seguidas.

—Maddox…

—Tom Jackson estaba montando un numerito en la pista —explica, como si hablara del clima.

Frunzo el ceño. Jamás habíamos tenido problemas con los Jackson. Tom era el perro faldero de Levi, encargado de mantener a las pandillas de los barrios bajos a raya sin ensuciar la alfombra.

—Jace me avisó y tuve que ir a solucionarlo. Por eso tardé. Lo siento.

—Está bien. Pero, ¿qué sucedió exactamente?

Maddox ignora mi pregunta, toma la camisa negra que dejé a los pies de la cama y se la pone. Observo cómo abotona la tela con lentitud, encogiéndose de hombros.

—Digamos que tuve que recordarle cuál es su puto lugar.

—Maddox. —Abro los ojos de par en par—. Dime que no lo asesinaste.

Me dedica una mirada de absoluto hastío. La camisa le llega justo a la mitad de los muslos, bloqueándome la vista de su trasero, pero verla envuelta en mi ropa es un nivel de provocación que me dispara el pulso. De pronto, desliza las manos por debajo de la tela, desabrocha su sujetador rojo y lo tira al suelo.

Suelto un gemido ahogado y ella se ríe.

—No lo maté a él —concede, gateando por el colchón hasta posicionarse sobre mí. Apoya las manos y las rodillas a mis costados, encerrándome, pero sin rozarme. Una tortura calculada. Agradezco la distancia; de lo contrario, la follaría hasta hacerla olvidar su propio nombre, y necesitamos hablar—. A uno de sus hombres sí.

Suelto una carcajada incrédula.

—*Tesoro*…

—Estaba acosando a una chica —hace un mohín que me obliga a alzar la mano y acariciar su labio inferior con el pulgar—. Pero el verdadero problema de Jackson es que estaba histérico porque Levi no emitió un comunicado oficial anunciando mi ascenso en *Draghi*.

¿Un comunicado? Es la estupidez más grande que he escuchado.

—No eres la presidenta del país. ¿Qué esperaba? ¿Una maldita ceremonia de coronación? —Maddox baja la vista, y algo en su expresión me pone en alerta—. ¿Qué más ocurrió, amor?

—Que, gracias a la paciencia de Jace, no le metí una bala entre los ojos a Tom. —Suelta un suspiro pesado y vuelve a mirarme—. Me sirvió vivo. Lo interrogué para saber quiénes más lo respaldan.

—¿A qué te refieres?

—Al parecer, varias familias de la vieja guardia no creen que esté capacitada para liderar *Draghi*.

—Son un puñado de imbéciles. Estás más calificada que cualquiera de esos dinosaurios.

—Pero soy mujer —me interrumpe, tajante. Me muerdo el interior de la mejilla—. No soportan que sea yo quien mueva los hilos, Matthew.

—No es tu problema, *tesoro*. Es el de ellos. Tendrán que tragar sangre y aceptarlo.

—Lo sé. Por eso dejé ir a Jackson. Le ordené que transmitiera mi mensaje: si a alguien le molesta que yo sea la jefa, puede rebelarse y enfrentarse a mí. Pero al primer rumor de traición que llegue a mis oídos, Jackson pagará con la cabeza de su hijo.

Acaricio su mejilla, sintiendo una oleada de orgullo posesivo.

—No creo que sean tan suicidas.

Ella se encoge un hombro.

—El problema es que creen que hay un candidato mucho mejor. —Frunzo el ceño, perdido—. Todos asumían que tú reemplazarías a Levi.

El absurdo de la situación me arranca una risotada seca. Niego con la cabeza, pero la expresión de Maddox permanece impasible. Mi sonrisa se borra. Subo ambas manos a su rostro, acunando su mandíbula para obligarla a mirarme.

—No me interesa *Draghi*. Lo sabes perfectamente.

—Sí, pero…

—No hay peros, Maddox. Mi apellido es Hardaway. Tú eres una Salvatore.

—Eres la mano derecha de Levi, Matthew…

—Era —corrijo.

—Lo sé. Pero eres letal, respetado…

—Basta. —Tiro de ella hacia abajo, acortando la distancia—. No quiero ese trono. Lo único que me interesa de este maldito mundo es estar a tu lado. O debajo de ti. Jamás por encima. —Maddox enarca una ceja, dudando—. Lo digo en serio.

—Lo sé —murmura, aunque la inseguridad sigue flotando en sus ojos verdes—. Solo que… no es fácil lidiar con que me comparen constantemente con mi propio *consigliere*.

Exhalo lentamente.

—Me encantaría arrancarte esa inseguridad de la cabeza —susurro, rozando su nariz con la mía hasta arrancarle una media sonrisa—. Además, si mi abuelo se entera de que aspiro a liderar a los italianos…

—Desataríamos una guerra con la Bratva. Y es lo último que necesito.

—Exacto. —Me encojo de hombros—. ¿Te imaginas al nieto del Don de la mafia rusa coronándose en Chicago? Ser *consigliere* ya es caminar sobre hielo fino, pero puedo manejarlo. Además…

—¿Además qué? —insiste.

—Él piensa que estoy muerto —le recuerdo, con la voz ensombrecida—. Fue idea de mi madre. Y debe seguir así.

Maddox asiente, pensativa.

—Lo mencionaste.

Deslizo mis nudillos por su cuello.

—¿Estás muy cansada?

Al instante, su postura cambia. La vulnerabilidad desaparece, devorada por una sonrisa traviesa. Se muerde el labio y retrocede despacio.

—Depende para qué…

—Maddox. —Niego con la cabeza, luchando contra la gravedad de su magnetismo—. Prometiste que hablaríamos en serio.

—Lo sé, pero… —Sus manos bajan hasta mis caderas, arrastrando las sábanas con ella. El aire frío de la madrugada golpea mi piel expuesta, pero cuando sus uñas se clavan en la cinturilla de mi ropa

interior, el calor regresa de golpe—. ¿De verdad tenemos que hablar justo ahora?

—*Tesoro*… —jadeo.

La advertencia muere en mi garganta porque no hago absolutamente nada para detenerla. Maddox tira de la tela con una lentitud desquiciante, clavando sus ojos oscurecidos en mi polla endurecida al liberarla.

—Maddox, espera…

—¿Es tan necesario ponerle una maldita etiqueta a lo que estamos haciendo? —murmura.

Sus dedos finos envuelven mi erección y dejo caer la cabeza hacia atrás al sentir el calor de su piel.

—No se trata solo de eso —logro articular, con la respiración entrecortada—. Tengo que contarte…

—Mañana.

Abro los ojos. Está inclinada sobre mí, con los labios a milímetros de mi piel. Soy un puto cobarde. El peor de los bastardos por permitir que me toque sin antes decirle la verdad, pero el terror de que me repudie cuando lo sepa me paraliza.

Y voy a exprimir hasta el último segundo de esta mentira.

Enredo mis dedos en su cabello negro, apretando con fuerza, y empujo su cabeza hacia abajo.

◆ ◆ ◆

El sonido de un cristal haciéndose añicos me trae a la realidad, el impacto me arranca del sueño de golpe. Abro los ojos en la penumbra. El lado izquierdo de la cama está vacío y frío. Parpadeo, intentando enfocar. En algún momento de la madrugada nos quedamos dormidos, abrazados, pero ahora no hay rastro de ella.

Y ese ruido no fue el viento.

El instinto asesino patea mi sistema nervioso. Salto de la cama, me enfundo unos pantalones deportivos a oscuras y saco la Glock de debajo del colchón. Compruebo el cargador por inercia y avanzo hacia la sala principal. No hay tiempo para el sigilo. Si alguien entró a mi apartamento, y Maddox está ahí fuera…

Me congelo en seco al cruzar el umbral del pasillo. La luz de la luna baña el salón a través del ventanal inmenso, iluminando la peor escena posible. Mi hermano tiene a Maddox acorralada contra la pared. Y le está clavando el cañón de una pistola directamente en la yugular.

El corazón me golpea las costillas con la fuerza de un martillo. Alzo el brazo, apuntando a su cabeza, y quito el seguro de mi Glock. El chasquido metálico resuena como un trueno en el silencio de la sala.

—Suéltala. Ahora. —Mi voz es hielo puro.

Los ojos de Maddox buscan los míos. Por un segundo, creo ver miedo en ellos, pero hay algo más. Algo indescifrable que me retuerce las entrañas. Doy un paso al frente.

—Máximo. Si no la sueltas te vuelo la puta cabeza.

—No dispares.

La voz de Maddox me paraliza.

No me está mirando a mí. Sus ojos están clavados en Máximo. Frunzo el ceño con desconcierto. Máximo baja el arma con lentitud. Antes de apartarse por completo, levanta la mano libre y acaricia la mejilla de Maddox. Ella aparta el rostro con una mueca de asco, pero no lo ataca.

Mi hermano chasquea la lengua, divertido, y finalmente se gira hacia mí.

Está distinto. La mirada más salvaje, el cabello revuelto y más largo en la parte superior, rapado a los costados. Lleva más cicatrices de las que recuerdo.

—Ya decía yo que habías tardado demasiado en salir a defender a tu reina…

—¿Qué demonios haces en mi casa?

—Vine a verte. —Su sonrisa cínica se desvanece, reemplazada por una dureza letal—. Tenemos cosas que discutir.

—Tú y yo no tenemos nada de qué hablar. —Avanzo hasta que el cañón de mi Glock roza su frente. No retrocede.

—¿De verdad? ¿Cuánto tiempo tardaste en metértela en la cama desde que me fui…?

Mi puño impacta contra su mandíbula antes de que mi cerebro procese la orden. El golpe seco lo hace tambalearse, pero no le doy tregua. Lo agarro del cuello de la camiseta, estampándolo contra el ventanal, y le encajo la pistola en la nuez.

—Matthew. —La voz de Maddox suena alterada, fuera de lugar—. Espera.

—Este hijo de puta se merece mucho más que un golpe, se merece…

—Ya, ya lo capté, hermanito —gruñe Máximo, escupiendo un hilo de sangre y rodando los ojos—. Pero no vine a pelear. Necesitamos hablar.

—Te dije que te largaras.

—Y a mí me parece que tienes demasiados secretos guardados —susurra, retándome—. Demasiadas mentiras sobre nuestra familia.

—Te voy a matar.

—¡Basta!

Giro el rostro. Maddox ha avanzado hacia nosotros. Leo sus ojos de inmediato: me está ordenando que lo suelte. ¿Qué puta locura es esta? Hace unos meses, ella misma habría vaciado el cargador en el pecho de Máximo por habernos traicionado. ¿Y ahora me pide que lo deje ir?

—No estoy aquí para iniciar una guerra. —Máximo alterna su mirada entre ella y yo—. Además, ya dejé claro que puedo ser de fiar, ¿o me equivoco, princesa?

La pistola tiembla en mi mano contra su garganta.

—¿De qué mierda estás hablando?

La sonrisa cínica regresa a su rostro.

—Princesa, ¿quién es el que oculta cosas ahora?

—Cállate —le advierte ella, con la mandíbula apretada—. Suéltalo, Matthew. Que se largue.

Máximo me guiña un ojo. El asco me inunda. Lo empujo con violencia, obligándolo a trastabillar hacia atrás. Se recupera, se sacude la chaqueta, y le dedica una última mirada a Maddox antes de caminar hacia la puerta.

—Tenemos una conversación pendiente. Ambos —me advierte.

La puerta se cierra a sus espaldas.

Bajo el arma, exhalando el aire que no sabía que estaba reteniendo. El silencio de la sala es asfixiante. Me giro hacia Maddox, buscando una explicación, pero ella ni siquiera es capaz de sostenerme la mirada y siento que el suelo desaparece bajo mis pies.

No.

Joder, no.

—Maddox…

Ella me da la espalda y camina a paso rápido hacia el pasillo de las habitaciones. La furia y el pánico estallan en mi sangre.

—¡Maddox! —bramo. Sé cuánto detesta que le griten, pero me importa una mierda—. ¡Maddox, detente!

La sigo hasta el baño. La encuentro con las manos bajo el grifo, arrojándose agua helada a la cara. Cierra la llave con fuerza y toma una toalla.

—¡Deja de gritar! —me espeta—. Te escuché la primera vez.

—¿De qué demonios hablaba mi hermano? ¿Qué está pasando a mis espaldas? ¡Nadie en esta maldita ciudad quería verlo muerto más que tú, y ahora resulta que le perdonas la vida en mi propia sala!

—Lo sé, Matthew. Lo sé —escupe, apoyando las manos en el mármol negro del lavabo. Cierra los ojos con fuerza—. Pero hoy no estaba de humor para limpiar cadáveres de tu piso, así que…

Niego con la cabeza. La mentira es tan barata que me ofende.

—Dime que ustedes no…

Ella abre los ojos de golpe y me lanza una mirada que destila puro asco.

—¿Eso es lo que crees? ¿Que me acosté con tu hermano? —suelta una risa amarga y hueca—. ¿Qué demonios te pasa en la cabeza?

—¿Y me culpas por pensarlo? —Invado su espacio personal—. Entra a mi casa, te pone un arma en el cuello y, en lugar de matarlo, lo defiendes. Y luego suelta esa estupidez. ¡Joder, Maddox! Estoy furioso. ¿Te parece tan descabellado?

Se cruza de brazos, irguiéndose para no perder terreno.

—Podrías tener un gramo de confianza en mí.

—¿Confianza? —Río sin gracia—. ¿Debo recordarte sus palabras exactas? ¿Cómo es eso de que demostró ser de fiar? Explícamelo.

Ella traga saliva y desvía la vista hacia las baldosas. La paciencia se me evapora. Levanto la mano, sujeto su barbilla con firmeza y la obligo a mirarme.

—Dímelo.

—Me entregó la ubicación de Marcio en Harrisburg —confiesa por fin, en un susurro áspero.

El golpe me deja sin aire. La suelto de inmediato, retrocediendo un paso como si me hubiera quemado.

—Me buscó en mi despacho del club y…

—¿Cuándo? —La corto, con la voz rota—. ¿Cuándo sucedió esto, Maddox?

—Tres días antes de nuestra misión.

—¡Mierda! —Hundo las manos en mi cabello, tirando de las raíces. Fue la misma noche que no regresó a dormir—. Joder, Maddox, ¿en ningún momento se te cruzó por la puta cabeza decírmelo?

—¿Y de qué habría servido? ¿Te lo habrías tomado con calma?

—¡Por supuesto que no! —Dejo caer los brazos, mirándola como si fuera una extraña—. Maddox, mi hermano nos apuñaló por la espalda. Nos entregó. Y tú pactas con él a escondidas…

—Lo sé, Matthew, ¿crees que soy idiota? —da un paso amenazante hacia mí, con los ojos inyectados en pura obsesión—. Nadie sabe mejor que yo la basura que es Máximo. Pero el nombre de Marcio Silva encabeza mi lista de venganza. Puedo posponer la ejecución de un traidor si eso me da la cabeza del monstruo que me torturó.

El silencio se traga mis palabras. La miro, y por primera vez en mucho tiempo, veo a la verdadera Maddox. No a la mujer de la que estoy enamorado. Veo a la líder de *Draghi*. Fría. Implacable. Sociópata.

—Es increíble —susurro, retrocediendo hacia la puerta—. ¿Así van a ser las cosas a partir de ahora?

Frunce el ceño.

—¿De qué hablas?

—De planear misiones suicidas a mis espaldas. De aliarte con el enemigo mientras yo te cubro ciego…

—Por Dios, Matthew, supera tus malditos celos…

—¡No se trata de celos! —estallo—. Se trata de que, por encima de todo, soy tu *consigliere*. Pensé que éramos un maldito equipo. Yo te mantengo viva, tú confías en mí. Así funciona esto.

Ella niega, endureciendo el rostro.

—Estás hablando desde el ego herido.

—¿Ah, sí? ¿Qué crees que pensarían Jace, Marco o Pablo si se enteraran de que pactaste con el cabrón que casi nos mata a todos? —La acorralo de nuevo, pero ella ni siquiera parpadea—. Mierda, Maddox. ¿Qué crees que pensaría Levi de esto?

—Me importa una mierda lo que piense Levi, y lo que piensen ellos.

Mis labios se separan, pero ningún sonido sale de mi boca.

Lo que realmente me aterra no es lo que hizo, sino la convicción absoluta en su tono. No hay una gota de arrepentimiento. Maddox no está mintiendo. No le importa nada ni nadie. Con tal de conseguir su venganza, es capaz de llevarse a todo el mundo por delante.

A mí incluido.

Peor aún: es capaz de desangrar a *Draghi* y a sus propios hombres solo para saciar su sed de sangre. Levi le entregó un imperio construido con sudor y honor, y se lo dio a una bomba de tiempo dispuesta a detonarlo todo por puro egoísmo.

Darme cuenta de esto es un balde de ácido en mi estómago.

Me acerco hasta invadir su espacio, bajando la voz a un susurro gélido.

—Esos hombres morirían por ti, Maddox. Les debes lealtad. Les debes honestidad. —La señalo, mirándola a los ojos con la decepción quemándome el pecho—. Pasaste toda tu puta vida aterrorizada de convertirte en tu padre, pero si sigues así… terminarás siendo el peor enemigo de tu propia familia.

Su mandíbula se tensa al máximo.

—No tienes ni puta idea de lo que estás hablando —sisea, con un desprecio cortante—. Me iré a mi departamento. Esto fue un jodido error.

Pasa por mi lado, golpeando mi hombro. Ni siquiera intento detenerla.

Escucho el portazo principal resonar en el departamento vacío. Y mientras me quedo solo en la penumbra del baño, sé con absoluta certeza que algo vital entre nosotros acaba de fracturarse de forma irreversible.

CAPÍTULO 52

Maddox

«Pasaste toda tu puta vida aterrorizada de convertirte en tu padre, pero si sigues así… terminarás siendo el peor enemigo de tu propia familia».

Las palabras de Matthew me taladran el cráneo. Aprieto los párpados con tanta fuerza que veo destellos, pero al cerrarlos, su voz es reemplazada por el eco de Máximo, de la confesión que soltó antes de que su hermano apareciera y arruinara el poco control que me quedaba.

«—Viste la memoria. —No era una pregunta, y yo no tuve cómo negarlo—. Ahora sabes por qué hice lo que hice.

—Eso no cambia una mierda, Máximo. Me traicionaste…

—Y es algo que no puedo deshacer —susurró, clavando sus ojos oscuros en los míos con una intensidad enfermiza—. Pero no miento, Maddox. No te mentí cuando te dije que te quería…»

Abro los ojos de golpe. El vaso de cristal yace destrozado a mis pies. El whisky ámbar se filtra en las fibras de la alfombra de diseñador, extendiéndose como una mancha de sangre.

El aire no me llega a los pulmones. No puedo sacarme de la cabeza las palabras de Máximo, ni todo lo que Will ha desenterrado. Pero lo que de verdad me está asfixiando, lo que me aprieta la garganta hasta ahogarme, es la certeza de que todos me mienten. Mi padre. Máximo. Y sería una completa imbécil si creyera que Matthew no guarda sus propios demonios en la oscuridad.

Desde que tengo uso de razón, he sido el arma favorita de Levi Salvatore. Me moldeó a su imagen y semejanza. Fui exactamente lo que exigieron de mí: primero, la hija perfecta y letal, la extensión de su voluntad; luego, la Regina de *Draghi*. Hace dos años lo ansiaba. Después, la tortura enterró esa ambición en un cementerio mental. Pero regresé, y Levi puso mi mundo patas arriba de la noche a la mañana.

¿Por qué? ¿Por qué el intocable Levi Salvatore cedería su imperio estando en la cima y huiría a Europa?

—Todos los malditos caminos llevan a Levi y a sus mentiras —siseo al vacío de mi apartamento.

Observo los cristales rotos. Estoy exhausta, pero la furia que arde en mis venas es mucho más fuerte. Me odio a mí misma. Odio a Máximo por haberme entregado esa maldita memoria; a Matthew por atreverse a juzgarme; y a mi padre por encima de todos ellos.

Reviso el cargador de mi arma por inercia y, finalmente, saco del fondo de mi escritorio el expediente que ha estado acumulando polvo durante dos años. Abandono la oficina y camino hacia la sala con pasos mecánicos. Tomo mi bolso, las llaves de mi coche y la llave maestra de la mansión Salvatore.

Si esta noche voy a bajar al infierno para enfrentar a mis demonios, me llevaré por delante las mentiras de todos.

Conduzco por las calles desiertas de Chicago como un fantasma en busca de venganza. Aparco frente a la mansión de mi padre, apago el motor y me quedo unos segundos en silencio. La casa está a oscuras. Levi no ha regresado, y es mejor así. Porque planeo destripar este lugar hasta encontrar lo que busco.

¿Y qué es lo que busco? La maldita verdad.

Al cruzar el umbral y encender las luces del vestíbulo, el peso del lugar me cae encima. Han pasado apenas dos meses desde que me mudé a mi propio apartamento, pero se sienten como décadas. Me detengo a observar el mármol frío, las molduras perfectas.

¿Alguna vez fue este mi hogar? ¿O me lavé el cerebro para creerlo solo porque era el territorio de Levi? ¿Esta es la vida que elegí, o la prisión que diseñaron para mí sin darme opciones?

Cada vez que pienso en cómo mi padre me ha usado, el estómago se me revuelve de asco. Pero la parte más jodida de todo esto es que, por más que lo intente, jamás podré odiarlo. Levi es mi padre. Su manera de amar es retorcida, tóxica y destructiva, pero sé que me ama. Igual que yo lo amo a él.

De la misma forma enfermiza en la que quise a Máximo.

Desearía tener una forma más pura de querer a Matthew. Desearía ser alguien normal. Pero no lo soy. ¿Por qué me aterra tanto mostrarle el monstruo que soy? Él jamás ha insinuado que le asuste mi oscuridad, pero el pánico me paraliza igual.

Fue Máximo quien no soportó mirarme a los ojos después del cautiverio. Luego comprendí por qué: no podía tolerar ver las cicatrices de las que él mismo era culpable.

«No te mentí cuando te dije que te quería…»

Lo detesto. Necesito odiarlo con cada fibra de mi ser, porque no puedo quererlos a los dos. Aunque, si siguiera las reglas de mi padre, no debería sentir absolutamente nada por nadie.

«No viniste a este mundo a perder el tiempo con banalidades como el amor. Esa mierda no existe, Maddox. Viniste a ser una reina. A gobernar desde las sombras. Eres mi legado, y en el legado no hay espacio para la debilidad».

Niego con la cabeza, apartando la voz de Levi de mi mente, y avanzo a zancadas hasta su despacho privado.

Me detengo frente al panel del sistema de seguridad y tecleo la contraseña habitual.

Luz roja. Acceso denegado.

Todos mis sentidos se ponen en alerta. El pulso se me acelera. ¿Por qué cambiaría la combinación justo ahora? La anterior era mi fecha

de cumpleaños; una estupidez predecible, pero Levi me había enseñado a encriptarla invirtiendo los números e intercalando símbolos.

Había funcionado durante años. Ahora no.

Descarto su propio cumpleaños al instante, el sistema solo me permite dos intentos. Levi lo programó así, creyendo que hasta él podía equivocarse al teclear una vez, pero al segundo error, la casa entera entraría en bloqueo total, sellando puertas y ventanas. Ni siquiera yo podría burlar ese protocolo.

Cierro los ojos, lleno mis pulmones de aire y apuesto por la única opción irracional que queda.

Introduzco la fecha de cumpleaños de mi madre.

El panel parpadea y la luz cambia a verde. El pestillo cede con un chasquido.

—Qué demonios… —murmuro, perpleja.

No tengo tiempo para analizar la obsesión que Levi sigue teniendo con Nora. Hay cosas más urgentes. Necesito saber a quién está encubriendo el gran Levi Salvatore.

Entro al despacho y voy directo al minibar de roble. Saco una botella de whisky sin mirar la etiqueta, tomo un vaso y dejo ambas cosas sobre el escritorio antes de desplomarme en su silla de terciopelo. Saco el expediente de mi bolso y lo arrojo sobre la mesa.

Me sirvo tres dedos de alcohol y me los bebo de un solo trago, dejando que el ardor me anestesie la garganta. Vuelvo a llenar el vaso y abro la carpeta.

Nunca esperé encontrar la gran cosa aquí. Tal vez por eso la ignoré dos años. Eso, y el terror a lo que pudiera descubrir. Si hubiera secretos reales en estas páginas, Levi habría movido cielo y tierra para recuperarlas. Paso las hojas con avidez. Documentos confidenciales. Fotografías de Jacob y Milenka Hardaway de jóvenes. La madre de Matthew luce distinta a como la recuerdo; en las fotos tiene una mirada gélida, sanguinaria. Acorde a su reputación.

Llego a los informes del accidente. Para mi sorpresa, los peritajes y las fotografías de la morgue confirman que fue, en efecto, un accidente de coche. El corazón me da un vuelco al encontrar una fotografía de Matthew. Apenas había cumplido la mayoría de edad. Está saliendo del hospital, con el rostro magullado y la mirada vacía.

Ni un solo rastro de Máximo. Llego al final del expediente. Suelto un bufido cargado de frustración, cierro los ojos y le doy otro trago al whisky. Pero al volver a mirar la última página, algo no encaja. Leo el párrafo del reporte policial y noto que faltan hojas. La última oración se corta a la mitad.

Mi mente hace un clic instantáneo. Busco una horquilla en mi cabello por puro instinto, pero me detengo con la mano en el aire. Levi Salvatore jamás dejaría la pieza clave de un rompecabezas en un cajón que cualquier novato podría forzar.

Levanto la vista. Mis ojos se clavan en la caja fuerte empotrada en la pared.

No sé la clave, pero no me importa. Usamos el mismo algoritmo mental desde que me enseñó a disparar. Tomo un plumón del escritorio y arranco una hoja en blanco. Escribo el nombre completo de mi madre en mayúsculas: NORA BEATRIZ MÜLLER.

Fuerzo mi memoria. Levi siempre la llama por su segundo nombre. Si cruzo la fecha de nacimiento de ella con la escala alfanumérica de ese nombre…

Hago el cálculo y me pongo de pie. Me acerco a la caja de acero, marco la secuencia de doce dígitos y contengo la respiración. El pesado mecanismo cede con un ruido sordo y la puerta se abre.

El interior está repleto de lo habitual: fajos de billetes, armas de repuesto, maletines plateados con códigos propios. Pero en el estante inferior hay una carpeta solitaria, color madera.

Extiendo la mano y, por primera vez en toda la noche, noto que estoy temblando, la saco a la luz. El nombre impreso en la etiqueta me hiela la sangre:

MATTHEW HARDAWAY

La abro y, a medida que mis ojos devoran los párrafos clasificados, el corazón empieza a golpearme las costillas con tanta violencia que me duele el pecho. No necesito leer cada maldita página para entender que tengo en mis manos la verdadera historia de Matthew.

Él fue el único sobreviviente del accidente que mató a sus padres. Eso era verdad. Pero la historia no terminaba ahí. El choque no fue un error mecánico. Fue provocado. ¿El autor? Marcus Silva. El hermano gemelo de Marcio.

En aquel entonces, la organización enemiga se llamaba *Onyx*, y Marcio operaba bajo el alias de Pietro. Eran los mayores rivales de *Draghi*. Levi infiltró a Jacob Hardaway en sus filas, pero Marcus lo descubrió y cobró venganza reventando su auto. Asesinó a los Hardaway pero, por error, dejó vivo a Matthew.

Y Matthew se cobró esa deuda con sangre. Él fue quien mató a Marcus Silva.

Las páginas documentan su tiempo en una prisión de máxima seguridad, evidenciado por fotos de ingreso. Y está asquerosamente claro quién movió los hilos y el dinero para sacarlo de ahí antes de tiempo: Levi Salvatore. Mi padre lo salvó, pero al costo de convertirlo en su letal mano derecha. ¿Podría ser posible que mi padre hubiera obligado a un joven de diecisiete años a asesinar a sangre fría?

Levi Salvatore es un monstruo. Pero no sabía hasta cuanto podía serlo.

Retrocedo un paso, chocando contra el filo del escritorio. La información me golpea con fuerza. Parpadeo, pero la visión se me nubla, presa del pánico. Frente a mí, en tinta negra, está la respuesta a la pregunta que me ha torturado cada maldita noche desde mi secuestro.

¿Por qué Marcio Silva se ensañó conmigo? ¿De quién se estaba vengando?

Se estaba vengando por el asesinato de su hermano gemelo. Pero no fui yo quien lo mató. Tampoco fue Levi.

Fue Matthew.

Marcio me secuestró para destruir al hombre que asesinó a su hermano. Fui una víctima colateral en una guerra que no era mía. Sufrí el infierno por los pecados de Matthew Hardaway.

La náusea me dobla por la mitad. Todo ha sido una gigantesca y enfermiza mentira.

Mientras asimilo que el hombre con el que me acuesto es la razón de mis pesadillas, una hoja suelta resbala del interior de la carpeta y cae al suelo. Es un papel amarillento, doblado por la mitad. Me dejo caer de rodillas, con las piernas incapaces de sostenerme. Dejo la carpeta a un lado y tomo el papel con dedos que no parecen míos.

En el reverso hay una fecha escrita a mano. Es de unos meses después de mi nacimiento. Justo al lado, está mi nombre. El terror me paraliza al darme cuenta de algo: no reconozco la caligrafía. No es la de Levi.

Desdoblo el papel, leo el contenido, y el último pilar que sostenía mi cordura se derrumba por completo.

Chicago, junio de 2007

Querida hija:

Maddox, si estás leyendo esta carta, significa una de dos cosas: o Levi hizo lo correcto y te la entregó cuando empezaste a hacer preguntas, o bien la encontraste en algún maldito escondite de esa estúpida casa.

Por el amor que te tengo, espero con el alma que haya sido la primera.

No debería estar escribiendo esto. Quizás ni siquiera debí involucrarme con alguien como tu padre. Pero cuando me arrepiento, la culpa me carcome, porque eso significaría desear que tú no existieras. Y entonces recuerdo tu primer llanto, la primera vez que te sostuve en mis brazos, y sé que, aunque vivir al lado de él es un infierno absoluto, tú eres lo más hermoso que he podido crear.

Me arrepiento, Maddie. De verdad lo hago mientras trazo estas palabras, porque sé que no cambiarán nada cuando las leas (si es que alguna vez lo haces). Pero necesito que me creas, cariño: te amo demasiado, de la forma más pura que existe. En el momento en que te acuné por primera vez y tus ojos verdes se clavaron en los míos, lo supe: si fui capaz de crear algo tan perfecto como tú, es que todavía no estoy tan perdida. Es que tal vez no soy una mala persona.

Pero lo soy, ¿cierto?

Lo soy porque estoy escribiendo esta estúpida carta en esta maldita casa de la que me iré en un par de horas. Espero que algún día puedas perdonarme, o al menos entenderme. No me voy porque no quiera ser tu madre; huyo porque ya no soporto la vida con tu padre. Y lo peor es que lo amo. Sé que él me ama a mí, y sé que te ama a ti más de lo que ha amado nada en este mundo, pero el amor de los Salvatore es destructivo, cariño. Es una enfermedad peligrosa, y yo lo aprendí demasiado tarde.

Debería llevarte conmigo. Dios sabe que debería. ¿Pero qué podría darte? Con amor no se alimenta a un bebé, y yo siempre fui una huérfana sin dinero ni un techo propio. Por eso te prometo, mi amor, que voy a triunfar. Lo haré por las dos, pero sobre todo por ti, para regresar, buscarte y llevarte al lugar donde de verdad perteneces: a mi lado, en una vida llena de luz donde las sombras de tu apellido no puedan perseguirnos. Una vida donde tu padre no pueda secuestrarnos.

Ojalá algún día pueda cumplir esta promesa.

Ojalá puedas perdonarme.

Ojalá, en algún rincón de tu corazón, puedas amarme.

Aunque quizás estoy pidiendo un milagro. Tal vez lo único que quiero es que, alguna vez, puedas llamarme mamá.

Espero llegar a ser la madre que te mereces.

Te amo, Maddie. Siempre serás el destello más hermoso en medio de la oscuridad de tu padre.

CAPÍTULO 53

Maddox

Creía que no quedaba absolutamente nada en mi pecho capaz de romperse. Me equivocaba. Adentro solo hay esquirlas. Fragmentos deformes de una identidad que ya no sé cómo ensamblar, y dudo que alguna vez vuelvan a encajar. ¿Siempre fue así? ¿Siempre fui este maldito rompecabezas que otros arman y desarman a su antojo?

Levi. Máximo. Matthew.

Todos me usaron. Todos y cada uno de ellos. Si lo pienso con frialdad, incluso Lucchese me utilizó para limpiar su propio camino y deshacerse de su tío. No soy más que un arma. Un objeto afilado que mi padre forjó a golpes para empuñarlo cuando necesita demostrar su poder.

No soy nada. No soy nadie.

Cierro los ojos y el aire entra en mis pulmones como si estuviera tragando cristales. Las imágenes de los últimos dos años y medio me atropellan en una ráfaga violenta. Inhalo, exhalo, pero me asfixio. Algo está fallando dentro de mí; un engranaje fundamental acaba de reventar.

Clavo las uñas en mis palmas hasta sacarme sangre, buscando un ancla en el dolor físico, pero es inútil. Por más que intente convencerme de que sostengo las riendas de mi imperio, la realidad acaba de escupirme en la cara.

Nunca tuve elección.

Fui moldeada. Manipulada. Pasada de una mano a otra como si mi vida fuera el daño colateral en los negocios de los hombres que me rodean. Levi decidió quién debía ser. Matthew decidió qué debía ignorar. Máximo decidió qué porción de la verdad merecía conocer.

Y yo… yo solo obedecí.

La rabia me sube por el pecho como fuego líquido. Es espesa, ardiente, destructiva. Me quema viva por dentro. Estoy harta de que me mientan. Harta de ser la última en enterarse de mi propia miseria. Harta de que todos se crean con el derecho a jugar a ser Dios con mi vida solo por llevar el apellido Salvatore.

Abro los ojos de golpe, expulsando el aire en un jadeo áspero.

Me levanto del suelo y avanzo hacia el escritorio. Lleno el vaso de whisky y me lo trago de golpe. Me giro con el vaso vacío en la mano y lo reviento contra la pared de caoba. El cristal estalla en una lluvia de esquirlas, pero el sonido no es suficiente.

Lanzo un grito.

Es un sonido desgarrado, salvaje, que me raspa las cuerdas vocales al salir. Agarro la botella entera del escritorio y la arrojo con toda mi fuerza. El vidrio explota, el líquido ámbar mancha la pared, y el eco retumba en la habitación como un disparo.

Sigue sin ser suficiente.

—Estoy harta —digo, con la voz rota.

Las lágrimas me queman los ojos. Mi pecho sube y baja con violencia, lloro de pura y absoluta furia. Lloro porque quiero arrancar cabezas. Porque quiero destripar a cada cabrón que creyó que podía usarme como un peón en su tablero de ajedrez.

Toda mi vida fui una bomba. Aprendieron a sostenerme entre las manos con cuidado, convencidos de que jamás iba a detonar.

Qué error tan jodidamente estúpido.

Me lanzo contra el escritorio y barro con todo. Vuelan por los aires los expedientes, los libros de cuentas, las plumas estilográficas. Abro

los cajones a tirones, arranco los estantes y tiro todo al suelo.

Es irracional. Es infantil. Pero necesito destruir todo este lugar porque me aterra la certeza de que, si me detengo, voy a destruirme a mí misma. Ni siquiera durante las réplicas del trauma tras la tortura sentí un pánico tan abismal.

Ahora, más que nunca, soy inestable. Y voy a arrasar con todo.

Arranco los lienzos abstractos de millones de dólares. Tomo el maldito cenicero de oro macizo de Levi y lo estrello contra los paneles de madera, dejando una abolladura profunda. Destrozo su santuario hasta que no queda un solo rincón intacto. Hasta que el caos a mi alrededor iguala al de mi cabeza.

Entonces, las rodillas me fallan. Caigo al suelo, rodeada de ruinas, y me aferro el cabello con ambas manos. Aprieto los dientes hasta que la mandíbula me cruje, obligándome a tragarme las lágrimas. Si lloro ahora, si me quiebro por completo, no habrá vuelta atrás.

—*Mia cara*...

La voz me atraviesa la columna vertebral.

Alzo la vista. Levi está de pie en el umbral. Sus ojos barren el desastre, desconcertados, pero no se detienen en los destrozos. Se clavan en mí. Da un paso lento, calculando el terreno. Lo sabe. Sabe que está frente a un animal acorralado.

—Hija, ¿qué…?

El chasquido metálico de mi arma quitándole el seguro corta sus palabras como una guillotina.

Extiendo el brazo, apuntándole directo al pecho. Levi se congela. Sus labios se presionan en una línea dura y abre las manos a los costados, mostrando las palmas en un gesto de rendición.

—No des un puto paso más —advierto, con la voz reseca y desprovista de emoción—. Porque te juro, Levi, que estoy a un segundo de volarte el corazón.

—Cariño, dime qué ocurrió…

—No me llames así —siseo, poniéndome de pie.

Mi padre parpadea, descolocado. Su mirada desciende hacia la puerta abierta de su caja fuerte y la carpeta esparcida por el suelo. Suelta una maldición inaudible e intenta acortar la distancia, pero al ver cómo afirmo el agarre en la empuñadura de la pistola, se detiene en seco.

—Maddox, baja el arma. Podemos hablar de esto…

—Debimos hablar de esto hace años, ¿no crees? —Alzo la mano izquierda, sosteniendo la carta de mi madre. Los ojos de Levi se clavan en el papel amarillento y su nuez de Adán sube y baja con pesadez—. ¿Cómo eras capaz de mirarme a la cara todos los días y mentirme con tanto descaro?

—Hija…

—Qué pregunta más imbécil acabo de hacer —suelto una risa hueca, desquiciada—. No te conviertes en el Don más temido de Chicago sin ser un experto manipulador, ¿verdad?

—Escúchame…

—Te odio.

La palabra lo golpea físicamente. Sus cejas se juntan y una grieta de pura incredulidad rompe su fachada de mármol. Niega despacio.

—No, Maddox. Escucha…

—Te odio —repito. Avanzo un paso, empujando el cañón del arma en su dirección—. Te detesto más que a nada en este mundo.

—Basta. —Su tono cambia. La indulgencia paternal desaparece, reemplazada por la autoridad del Don—. No tienes ni puta idea de lo que estás hablando. No conoces toda la historia, no sabes…

—¡Se acabó! —estallo—. No hay nada más que saber. Guarda tus mentiras para alguien a quien le importe.

—¡No te estoy mintiendo! —gruñe, perdiendo la compostura—. Joder, Maddox, no es tan simple como lo ves ahí.

—Te odio —murmuro por tercera vez.

Bajo el arma lentamente. Levi no hace ademán de acercarse; me observa como si no reconociera al monstruo que tiene enfrente, o peor, como si estuviera viendo su propio reflejo devolviéndole la mirada.

Le pongo el seguro a la pistola y lo rodeo para salir del despacho.

—Maddox, espera.

Me detengo en el marco de la puerta. Lo miro por encima del hombro con la sangre helada.

—No vuelvas a dirigirme la palabra en tu puta vida —sentencio—. Me repugna hasta tu voz.

◆ ◆ ◆

El depósito subterráneo huele a humedad, a concreto y a encierro.

El silencio es tan absoluto que mis propios pasos resuenan como martillazos mientras avanzo por el pasillo de máxima seguridad. Ingreso el código en el panel de la última celda y la pesada puerta de acero se desliza con un siseo.

Enciendo las luces. La blancura clínica de la habitación me obliga a parpadear. Luc Silva está tirado en el suelo, dormido. Sus muñecas y tobillos están apresados por cuatro gruesas cadenas ancladas al suelo.

No lo he visto desde el día que regresamos de Nueva York. Al principio, mi plan era torturarlo lo justo para arrancarle información, enviarle un par de dedos a su padre como souvenir y obligar a Marcio a salir de su escondite. Luego, los mataría a los dos juntos, en una agonía lenta de meses. Pero los planes acaban de cambiar.

Estoy a punto de implosionar, y necesito canalizar toda esta furia homicida antes de que me mate a mí. Y no hay mejor saco de boxeo en todo Chicago que el hijo del hombre que me torturó.

Diseñé estas cinco celdas inspirándome en las salas de interrogatorio policiales. Un cristal polarizado me separa de él; yo lo veo todo, él solo ve un espejo negro. Me quedo unos segundos detrás del vidrio, observando cómo su pecho sube y baja. Mi pulso comienza a estabilizarse.

Abro la segunda puerta y entro en la celda.

Luc suelta un quejido áspero, cegado por los fluorescentes, e intenta protegerse el rostro con los brazos hasta que el tirón de las cadenas se lo impide. Me apoyo perezosamente contra el borde del escritorio metálico y tomo el pequeño control remoto negro que había dejado preparado.

—Pero mira quién se digna a visitarme —grazna Luc, con la voz rasposa por la falta de agua. Enarco una ceja y me cruzo de brazos, en silencio—. Ya te extrañaba, preciosa.

Al ver que mi expresión sigue siendo una pared de hielo, suspira y se deja caer de espaldas.

—Si no has venido a ponernos al día…

—Tu padre sigue escondido como una rata —lo corto, observándolo de reojo—. Al parecer, ninguno de sus hijos le importa lo suficiente como para dar la cara.

—Mientes.

—A tu hermano Kevin lo dejamos secar al sol porque Marcio lo abandonó a su suerte —respondo, con una calma letal—. ¿No te sabes el cuento? Le tendimos una emboscada hace dos años. Tu hermano no tuvo tu… suerte.

—Mi hermano es un puto imbécil.

—Era —corrijo con suavidad—. Como sea, Marcio aún no da señales de vida, así que…

—¿Cómo sabes su verdadero nombre?

Pongo los ojos en blanco, aburrida.

—No vine aquí a responder interrogatorios.

Luc se apoya sobre los codos, tensando las cadenas, y me dedica una sonrisa altanera, midiendo mal el terreno.

—¿Y a qué ha venido la princesa de *Draghi* entonces?

—A descargar un poco de tensión.

Su sonrisa se ensancha.

—¿Conmigo?

Dejo escapar un suspiro de genuina impaciencia.

—De hecho, sí.

Presiono el botón rojo del control.

El zumbido mecánico de los motores ocultos en las paredes y el techo cobra vida. Luc frunce el ceño, confundido, pero antes de que su cerebro procese el ruido, las cuatro cadenas se tensan de golpe. Es arrastrado bruscamente hacia el centro de la celda.

—Para que lo entiendas —hablo despacio, por encima del ruido de los engranajes—, a tu padre le encantaba colgarme del techo con un sistema de poleas un tanto… casero, sí. Esa es la palabra.

—Maddox, ¿qué demonios haces? —gruñe, forcejeando.

Los motores tiran hacia arriba. Sus brazos y piernas se abren en cruz, extendidos al máximo, hasta que su cuerpo entero queda suspendido a diez centímetros del suelo.

—¡Estás jodidamente enferma!

—Así que me pregunté: ¿cómo podríamos modernizar el diseño de Marcio? —Guardo el control en el bolsillo de mi pantalón y acorto la distancia entre nosotros con pasos lentos, como si estuviera paseando por un museo—. Y se me ocurrió esto. Fascinante la ingeniería, ¿verdad?

Él pega un tirón brutal contra el acero. Los eslabones ni siquiera tintinean. La resistencia es cero.

—Es inútil —le advierto, ladeando la cabeza—. No malgastes energía, la vas a necesitar.

—¿De qué puta película de terror saliste, psicópata?

—En realidad, lo leí en un libro —me encojo de hombros—. Me pareció tan poético que pedí que lo replicaran aquí.

Me acerco hasta invadir su espacio. El calor de su cuerpo emana en oleadas, y mi olfato capta el miedo. Levanto la mano y le acaricio la mejilla con los nudillos. Él se estremece y aparta el rostro.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —murmuro. No responde. Su nuez de Adán sube y baja— ¿Te gusta mi cicatriz?

Luc sabe perfectamente de qué estoy hablando. El terror y la furia chocan en sus ojos oscuros.

—No —escupe.

—Bien. Porque voy a tallarte miles a lo largo de todo tu cuerpo.

CAPÍTULO 54

Matthew

Me congelo en el umbral del despacho de Levi.

El escenario frente a mí parece el resultado de una explosión. El lugar está destrozado, arrasado con violencia. Hay expedientes confidenciales desgarrados sobre la alfombra persa, esquirlas de cristal incrustadas en los sillones, e incluso los cuadros de millones de dólares que Levi tanto idolatraba han sido reventados.

Mierda, hasta los gruesos marcos de roble están astillados.

Levi está de rodillas, recogiendo documentos en silencio. No parece un hombre que acaba de sufrir un atentado, físicamente no tiene ni un solo rasguño, pero su piel está pálida como el mármol, las ojeras le hunden los ojos y la expresión de pura derrota en su rostro me revuelve el estómago.

—¿Qué demonios ocurrió aquí, Levi?

Al escucharme, suelta la pila de papeles que tenía entre las manos. Deja salir un suspiro cansado y se pone de pie despacio. Pasa una mano temblorosa por su cabello, arruinando su habitual peinado perfecto, y fija sus ojos oscuros en los míos.

—Supongo que no fue a buscarte —murmura, con voz ronca.

Doy un paso al frente, evaluando la magnitud del desastre. Es mitad de mañana, pero por cómo se ve el lugar parece que sucedió en la madrugada.

—Levi, ¿quién entró aquí?

—Maddox. —El nombre me golpea en el pecho como un bate de béisbol—. Aterricé de madrugada desde Europa. Vine directo a casa y… la encontré así.

—¿Qué? No… —Niego, incapaz de procesarlo. Nada tiene sentido—. ¿Qué pasó para que hiciera esto?

—Lo sabe, Matthew.

El aire abandona mis pulmones de golpe.

—¿A qué te refieres con que lo sabe?

Levi no responde. Camina hacia el escritorio destrozado, recoge una carpeta color madera del suelo y me la tiende. Al ver mi nombre impreso en la etiqueta, la confirmación me asfixia.

—Lo sabe absolutamente todo.

Mierda.

Pateo con furia una de las mesas auxiliares, soltando una cadena de maldiciones, y me giro sobre mis talones para salir corriendo de la mansión.

Saco el móvil del bolsillo con manos temblorosas y marco el número de Maddox. Lo marco tantas veces que pierdo la cuenta. Me subo al coche, arranco quemando rueda, y sigo llamando. Buzón de voz. Le dejo mensajes, le escribo, le ruego. Nada. Silencio absoluto.

Que haya descubierto la verdad de todos mis pecados no es lo que me aterra. Lo que me hiela la sangre es que no me haya llamado para gritarme, para amenazarme o para volarme los sesos.

Este silencio significa una sola cosa: me odia. Me ha borrado de su vida.

Pero yo no estoy dispuesto a dejarla ir.

Llego al edificio de Maddox en menos de cinco minutos. Paso del ascensor y subo las escaleras de a dos, con los pulmones ardiendo. Corro por el pasillo hasta su puerta y empiezo a golpear. Golpeo con los nudillos, luego con la palma abierta. Grito su nombre pero nada.

Saco el teléfono y otra vez me manda al buzón de voz.

—Mierda, Maddox —mascullo. Apoyo la frente contra la madera fría y dejo caer mi peso sobre la puerta—. *Tesoro*, por favor… si estás ahí dentro, ábreme. Te lo suplico.

La desesperación me dobla las rodillas. Sé que cualquier cosa que le diga sonará a excusa barata. Sé que la confianza que tardamos meses en construir se ha pulverizado en una sola noche.

Pero me niego a aceptar que la he perdido. Fui un egoísta hijo de puta. Le oculté mi pasado porque sabía que, si se enteraba de que ella pagó en carne viva el precio de mi venganza, la perdería para siempre. Y al final, el silencio ha logrado exactamente eso.

Me separo de la puerta, respirando hondo para contener el pánico. Quizás no está en el apartamento. Quizás ya ni siquiera está en Chicago. El mero pensamiento me provoca náuseas.

Vuelvo al coche. Solo hay un par de personas que podrían saber dónde está, y sé, con mucha seguridad, que Penny jamás me daría su ubicación. Me queda una sola opción.

Conduzco hacia los barrios bajos y parco frente al edificio, le lanzo una mirada de advertencia al conserje y entro cuando la puerta hace clic. Subo al primer piso. La puerta del departamento de Will ni siquiera tiene el pestillo echado así que entro y los encuentro a él y a Jace desparramados en el sofá, jugando con una consola.

—Will.

—¿Qué se te perdió, Hardaway? —pregunta, sin apartar los ojos de la pantalla.

—Maddox —respondo entre dientes.

Ambos frenan de golpe. Will me mira con esa expresión de témpano de hielo que lo caracteriza; Jace, en cambio, esboza una sonrisa burlona.

—¿Adónde se fue tu pequeño monstruo? —pregunta Jace.

—No tengo ni puta idea —suspiro, entrando del todo en el salón—. Esperaba que tú me lo dijeras.

—¿Por qué tendría que saberlo yo? —Will vuelve a mirar la televisión y sigue moviendo el joystick—. Creí que la tenías controlada.

—¿No es lo que llevan haciendo hace meses en tu cama? —apunta Jace con ironía.

—No me toques los cojones, Jace. No estoy para jueguecitos —rujo.

—Qué humor de mierda.

—¿Saben dónde está o no?

Will pone el juego en pausa, ignorando las protestas de Jace. Deja el mando sobre la mesa y me clava una mirada calculadora.

—¿Qué esperas que te diga, Matthew? No la he visto en dos días.

—Yo estuve con ella anoche en el club. Tuvimos un encuentro con Jackson, estaba causando problemas…

—Sí, me lo dijo.

—¿Entonces cómo es que no sabes dónde está? —Jace resopla, divertido—. Eres un novio de mierda, Matt.

El estómago se me encoge, pero ignoro la burla.

—Discutimos —digo secamente—. Y se fue.

—¿Por qué? —pregunta Will.

—¿Ahora son mis putos terapeutas?

—Bien. Si vienes a mi casa a tratarnos así, ahí tienes la puerta —Will coge el mando y le da a reanudar—. Que te jodan.

—Lo siento —gruño, sintiendo cómo el autocontrol se me escurre entre los dedos—. Máximo apareció anoche en mi apartamento.

Jace suelta un silbido bajo, tira su mando a un lado y se gira en el sofá para mirarme de lleno. Toda su actitud relajada desaparece.

—Mierda. Esto se pone serio —dice, acomodándose—. Will, ve por unas cervezas que el salseo es bueno.

—Cierra la boca —gruñe Will—. Apareció Máximo. ¿Y luego qué?

—Tú sabes perfectamente qué —lo acorralo con la mirada.

Will se tensa. Traga saliva imperceptiblemente, y Jace nota el cambio de atmósfera.

—¿De qué me estoy perdiendo, William? —exige saber Jace.

Will suelta un suspiro pesado y finalmente habla.

—Máximo apareció hace dos semanas, antes del plan de Nueva York. Le entregó a Maddox una memoria USB encriptada con información de los movimientos de Marcio.

—Así fue como supo que regresaría y le montó la emboscada —Jace asiente, impresionado—. Tu chica es un pequeño monstruo inteligente, Matt.

—Te dije que no la llames así —gruño, apretando los puños—. El caso es que esa memoria no solo tenía rutas de tráfico. Tenía información clasificada. ¿Verdad, Will?

Will asiente despacio, sus ojos grises brillan con algo parecido al enojo.

—Lo último que hablé con Maddox anoche fue que necesitaba confirmar un nombre. Quería saber de quién se estaba vengando realmente Marcio Silva. —Will hace una pausa, y sus ojos fríos me atraviesan de lado a lado. Lo sabe. El hijo de puta lo sabe—. Marcio la secuestró y la torturó para vengarse de Levi por haber asesinado a su hermano gemelo, Marcus.

La habitación queda sumida en un silencio tenso.

—Pero no fue Levi quien mató a Marcus, ¿verdad, Matthew? —remata Will.

Alzo el mentón y sostengo su mirada, sintiendo el peso de mi propia condena.

Jace suelta una maldición en voz baja y se pasa las manos por el pelo, comprendiendo por fin la magnitud de la catástrofe.

—¿Qué hiciste, Matthew? —susurra Jace, aterrado.

—Levi te ha estado encubriendo todos estos años —sentencia Will, mirándome con puro asco—. Y Maddox acaba de descubrir que pagó en su propia carne… las deudas de sangre que tú dejaste pendientes.

CAPÍTULO 55

Matthew

—¿A dónde diablos estamos yendo?

Mi pregunta es un intento patético de rasgar el silencio opresivo que satura el interior del coche. Fracaso estrepitosamente. Dejo escapar un suspiro pesado, aferro la palanca de cambios y acelero, siguiendo la ruta que Will me indicó hace unos minutos.

Luego de escuchar la verdad, la expresión de Jace fue un poema trágico. Jamás imaginé que alguien tan cínico como él se pondría en mi contra, pero parece que aquí todos han elegido el bando de Maddox. Y, si soy honesto, no los culpo. Ver que sus propios hombres la priorizan a ella por encima de cualquier rango me llena de un orgullo retorcido. Me tranquiliza saber que la respaldan.

Pero ninguno de ellos sabe toda la verdad. Ni siquiera Levi.

Levi solo abrió la puerta de su mansión hace años esperando ver a cualquier otra persona, y en su lugar, se encontró al hijo adolescente de su mejor amigo muerto, bañado en sangre, con la mirada vacía y el alma podrida. Desde ese puto día, acaté cada orden de Levi. Jamás lo cuestioné.

El verdadero problema empezó cuando Maddox creció y se metió de lleno en la mafia. Empezaron las preguntas. Máximo me había traicionado, sí, pero al principio incluso sus dudas eran válidas, pero ¿cómo iba a cargar a un niño con la culpa de la muerte de nuestros padres? Fui un imbécil intentando proteger a la misma sangre que luego nos traicionaría hasta el punto de entregar a Maddox para que la torturaran.

A mi Maddox.

Levi quiso ser honesto. Quiso apartarla de todo, confesarle mi pasado y limpiar su conciencia. Pero yo se lo supliqué. Le pedí que me dejara decírselo a mí cuando fuera el momento adecuado.

Pero el momento nunca llegó. Maddox desapareció en Francia durante dos años y regresó convertida en una máquina letal. ¿Cómo se suponía que iba a confesarle que su agonía era el precio de mi venganza? Solo quería evitar que cayera en el mismo abismo en el que yo me ahogué a los dieciséis años, cuando mis padres murieron frente a mis ojos.

Necesitaba protegerla. Mierda, necesitaba que no se convirtiera en el mismo monstruo que yo. Porque yo no tengo redención, estoy condenado desde hace mucho, pero ella… yo creía que ella aún podía salvarse. Lo hice por ella. Pero, sobre todo, lo hice por mí. Porque soy un puto egoísta, como todos los hombres de este mundo que viven bajo sus propias reglas.

¿Pero cómo diablos le explico eso ahora? Es inútil. Tiene todo el derecho a odiarme, a desaparecer y a exigirme que abandone el país.

¿La entiendo? Sí.

¿Me voy a alejar de ella? Ni en esta vida ni en la siguiente.

—¿Pensabas decírselo alguna vez?

La voz de Will me saca de mis pensamientos. Me giro un segundo; sus ojos grises me escrutan con frialdad, y antes de que responda, niega con la cabeza.

—Por supuesto que no.

—Claro que sí —gruño, apretando la mandíbula—. Solo… necesitaba tiempo.

—¿Tiempo? —El grito de Jace estalla desde el asiento trasero, cargado de un asco que me quema—. ¡Es una puta broma! ¡La secuestraron y la torturaron por tu maldita culpa, Hardaway!

Bajo la vista hacia el volante.

Sí.

Es mi culpa. Toda esta puta pesadilla es mi culpa.

Trago saliva, pero un nudo denso y asfixiante se aloja en mi garganta. El aire no me llega a los pulmones. Mi corazón late desbocado, golpeando mis costillas como un animal rabioso encerrado en una jaula. Aprieto las manos alrededor del volante hasta que los nudillos se me ponen blancos y hundo el pie en el acelerador. El motor ruge, pero el ruido no logra tapar la voz de mi propia conciencia.

—Matthew, frena. —La voz de Will suena distorsionada, lejana—. ¡Matthew!

No me detengo. Sigo acelerando hasta que Will me agarra del brazo y da un tirón brusco. El volantazo me hace reaccionar y clavo los frenos de golpe. Los neumáticos chirrían contra el asfalto.

—¡Joder! Vas a hacer que nos matemos, ¿qué demonios te pasa?

Antes de que pueda articular palabra, Will sale del coche y Jace le sigue. Cierro los ojos, dejo caer la cabeza contra el respaldo y trato de respirar. El nudo en la garganta sigue ahí. Dudo que alguna vez desaparezca.

Salgo del coche. Estamos en los límites industriales de la ciudad, frente a un depósito de aspecto decrépito y abandonado. No recuerdo este lugar en ninguno de los planos operativos de *Draghi*.

—¿Qué es esto? —pregunto, acercándome a ellos.

—Propiedad de Maddox Salvatore —explica Will. Se acerca a la valla de seguridad oxidada, teclea un código en un panel oculto, y las pesadas rejas se deslizan en silencio. En cuanto entramos, se cierran a nuestras espaldas con un sello hermético, como un búnker militar —. Mientras estaba en Francia, me pidió que hackeara el sistema del gobierno. Encontró esta propiedad fuera de los radares, la compró y… digamos que la reacondicionó.

—¿Para qué?

—Ya lo verás.

El lugar es masivo, al menos mil metros cuadrados. Es una fortaleza que podría rivalizar con las instalaciones centrales de Levi. Hay vehículos blindados y cajas de munición apiladas. Esto debió costar una fortuna, y me revuelve el estómago pensar cómo Levi no notó el desvío de capital.

—¿De dónde sacó el dinero para montar todo esto en secreto?

Will esboza una media sonrisa carente de humor mientras se acerca a la puerta principal. Digita un código, coloca su mano en un escáner biométrico y acerca el ojo al lector de retina.

—Digamos que encontré la forma de hacerle un desvío fantasma al sistema financiero de su padre. —Abro los ojos de par en par. Jace suelta una maldición por lo bajo—. Y no, no me arrepiento. Mi lealtad está con Maddox, por encima de cualquiera. —Will se gira en la penumbra del pasillo y me clava la mirada—. Incluyéndote a ti.

Asiento lentamente. Es lo justo.

Debería alegrarme saber que tiene perros guardianes dispuestos a morder la mano de cualquiera para protegerla. Aunque ese trabajo debería ser mío. Parpadeo rápido para disipar el escozor en mis ojos.

—Esto es obra de un arquitecto de seguridad militar —murmura Jace, impresionado, mientras avanzamos por el pasillo de concreto. Hay puertas blindadas a cada lado, en total silencio—. ¿Planeó todo esto mientras estaba en el extranjero? Ese pequeño monstruo es una genio.

—Deja de llamarla así —siseo.

Llegamos al final del corredor. La última puerta es más grande y robusta que el resto. Will duda un segundo antes de pasar su tarjeta de acceso. El cerrojo mecánico hace clic y las luces fluorescentes parpadean, revelando el interior.

Me quedo paralizado en el umbral.

No sé qué esperaba encontrar, pero desde luego no era una réplica exacta de una cámara de tortura. Frente a nosotros, un enorme cristal polarizado divide la sala. Del otro lado, la escena es una carnicería absoluta.

—Jo-der —silabea Jace a mi lado—. De verdad la hiciste enojar.

—Necesitaba desquitarse con alguien —murmura Will.

—Creía que… que Luc estaba en los calabozos de Levi.

—Maddox construyó esto específicamente para los que la torturaron —aclara Will—. Lo diseñó para replicar exactamente lo que le hicieron, pero empeorando el sufrimiento.

—Así que aquí lo escondió. —La voz de Jace tiembla un poco, aunque intente ocultarlo.

—Su plan original era mantenerlo sedado hasta cazar a su padre y torturarlos juntos —se encoge de hombros Will—. Pero parece que anoche necesitaba una válvula de escape.

Trago saliva, acercándome al cristal.

Luc Silva está tirado en el suelo de concreto, encadenado de pies y manos por un complejo sistema de rieles. Su cuerpo es un mapa de cortes profundos y carne viva. Hay un charco denso a su alrededor, y tirados por el suelo descansan látigos, tenazas y bisturís cubiertos de sangre seca. Pero lo que me hiela la sangre es lo que hay ordenado meticulosamente en una mesita metálica a su lado.

—Dejó gasas, suturas y alcohol —murmuro, sintiendo un escalofrío —. Quería que se curara solo...

—Para que no muera desangrado y poder seguir torturándolo. Muerto no sirve, ¿verdad? —Will se acerca hasta quedar a centímetros de mi rostro y baja la voz a un susurro letal—. ¿Vas a seguir convenciéndote de que no es el monstruo que claramente es?

—Mierda. —Jace se pasa la mano por el pelo, alterado—. Es tan jodidamente inteligente que roza la psicopatía.

Vaya que lo es.

—Espera —Jace frunce el ceño—. Si dejó a Luc así anoche, ¿dónde demonios está ella ahora?

Me encojo de hombros, desesperado.

—Fui a su apartamento y no estaba. Creí que estaría con ustedes.

—Yo di por sentado que pasaría la noche aquí —suspira Will—. Pero parece que se aburrió de despellejarlo y siguió su camino.

—Podría estar con Penny —sugiero, aunque en el fondo sé que es una estupidez. Maddox jamás arrastraría a su mejor amiga a esta oscuridad.

—No —confirma Jace—. Penny me escribió hace un rato. Me pidió que le avisara si la veía, porque Maddox no le ha respondido los mensajes.

Se hace el silencio, noto la mirada gris de Will sobre Jace por un segundo.

—¿Nueva York? —pregunta. Son las dos palabras que más temo en este momento.

—Espero que no —mascullo—. Odio a Lucchese. Si fue a buscar refugio con él...

—Ahórrate los celos, Matthew. —Jace pone los ojos en blanco—. No estás en posición de reclamar absolutamente nada.

Cierro los ojos y asiento.

—Esperen. Voy a ver si logro rastrearla —dice Will, apartándose hacia una esquina de la sala con su teléfono, escucho la puerta de la celda cerrarse cuando sale.

Jace se coloca a mi lado, metiendo las manos en los bolsillos, sin apartar la vista del cuerpo agonizante de Luc.

—No debería sorprenderme —murmura Jace—. Lleva la sangre de Levi Salvatore en las venas.

Ese fue siempre mi maldito error. Intentar luchar contra su verdadera naturaleza.

Maddox es esto. Es la carnicería al otro lado del cristal. Es la mujer capaz de arrancar un dedo como mensaje, tanto como es la mujer que se derrumbaba llorando en mis brazos, la misma que ha dormido pegada a mi pecho casi todas las noches.

La subestimé. Creí que la oscuridad de su linaje solo la había rozado, que yo era su escudo contra el mundo de los hombres crueles. Jamás consideré que de quien debía protegerla era de ella misma.

Y lo más enfermo de todo, lo que me confirma que estoy tan roto como ella, es que ver esto no me aleja. Me atrae. Esta es Maddox. Esta es la mujer de la que estoy enfermizamente enamorado. ¿Por qué me costó tanto aceptarlo?

Me giro hacia la puerta y salgo de forma sigilosa, Will está hablando en voz baja por el móvil, pero el eco del búnker me permite escuchar cada palabra.

—¿Y qué vas a hacer, Maddox? ¿Huir? ¿Dar la espalda a todo tu imperio? —Will suelta un gruñido—. Esa no es la Maddox a la que yo le juré lealtad. Vamos, no me jodas. Dime que vas a volver... —Hace una pausa, escuchando, y su rostro se crispa—. Joder, dejaste un desastre bíblico aquí. ¿Dónde demonios te metiste? Oh, venga ya, ¿no me lo vas a decir?... De acuerdo. Prométeme que te cuidarás la espalda, estés donde estés.

Finaliza la llamada. Doy un paso hacia él, desesperado por un puto hilo de esperanza.

—No me va a decir dónde está —anuncia Will, cruzándose de brazos —. No quiere verte la cara y mucho menos a su padre.

—Lo sé, Will, pero…

—No me lo dijo, Matthew. Fin de la historia.

—Pero podemos rastrear el móvil —la desesperación hace que las palabras salgan atropelladas—. Tienes acceso a los satélites, joder. Solo dame una ubicación...

Will sonríe con pura sorna.

—Serías capaz de poner el país de cabeza, ¿verdad?

—Quemaría el puto país entero solo para recuperarla.

Él asiente despacio, reconociendo por fin mi determinación.

—Guárdate esa energía para cuando decida volver.

—Pero...

—Rompió su teléfono, Matthew. Me acaba de llamar desde uno desechable, y lo va a destruir. La conozco —sentencia Will—. No quiere ser encontrada. Y no la vas a encontrar.

El nudo en mi pecho se aprieta hasta cortarme la respiración. No. Me niego a aceptarlo.

—¿Va a regresar? —pregunto. Mi voz suena patética y rota.

—Eso espero. Por el bien de todos.

CAPÍTULO 56

Matthew

—¿Cómo es posible que nadie pueda encontrarla?

Cierro los ojos y dejo escapar un suspiro cargado de pura frustración. Lo último que necesito en este momento es escuchar los lamentos de Levi, pero no tengo escapatoria. Vine a su despacho buscando respuestas, aferrándome a la esperanza de que sus contactos hubieran dado con ella.

Maddox lleva veinticuatro horas desaparecida. Solo un maldito día. Y, sin embargo, siento que me estoy ahogando en una espiral de oscuridad de la que no voy a poder salir.

—No quiere que la encuentren —murmuro, con la voz ronca.

—Me importa una puta mierda lo que ella quiera, Matthew. —Levi clava sus ojos en los míos.

El impacto de su mirada me descoloca. Su barba está crecida, su cabello es un desastre y su piel tiene un tono pálido que acentúa las profundas ojeras que le hunden el rostro. Parece enfermo. Dista mucho del imponente Don de Chicago al que estoy acostumbrado a ver.

—Hay que buscarla y…

—Basta —lo corto, arrastrando las palabras con agotamiento—. No puedes obligarla a aparecer, Levi. En este momento nos detesta. A los dos.

Él niega con la cabeza, apoyando ambas palmas de golpe sobre el escritorio de caoba.

—No. Solo está molesta. Lo solucionaré —su voz se quiebra, traicionando su fachada de hierro.

—No puedes solucionar esto como has solucionado todo en tu maldita vida —le escupo, sin piedad—. Y yo tampoco. Aunque nos joda, debemos aceptar que no le veremos la cara a menos que ella lo decida.

Me interrumpe con una risa sarcástica, un sonido áspero que me crispa los nervios.

—¿Y tú te vas a quedar así? ¿Quieto como un cobarde sin hacer nada?

Sostengo con fuerza el vaso de whisky que me serví al llegar. Lo llevo a mis labios y bebo de un trago, fingiendo una tranquilidad que estoy a kilómetros de sentir.

—¿Qué esperas que haga, Levi? —dejo el vaso de cristal sobre el escritorio—. Ya hice suficiente. Los dos hicimos suficiente, y el resultado es este.

—¡No! —ruge, irguiéndose como una bestia acorralada—. Tú y yo no conseguimos nada juntos. Esto es tu puta culpa, Hardaway. Mi hija no quiere verme porque…

—¡Porque eres un puto experto en la mentira, Levi! —digo entre dientes, acercándome al escritorio para enfrentarlo. Apoyo mis manos sobre la superficie, invadiendo su espacio, sin dejarme intimidar por el Don. Levi puede estar furioso con el mundo entero, pero no me va a cargar con el peso de sus propios pecados—. Yo le mentí, sí. Pero tú también lo hiciste. Y Maddox es tu hija. No me hagas responsable de las decisiones de mierda que tomaste y del porqué lo hiciste. Quizás a mi padre lo manejabas a tu antojo, pero te aviso de algo: yo no soy él.

Sus ojos verdes destellan con una ira asesina. Está a un segundo de sacar un arma, pero me da igual. Yo también estoy a un segundo de

perder la cabeza.

—No. No eres él —escupe Levi, con asco.

Alzo el mentón, sosteniéndole la mirada.

—Vete al diablo, Levi.

Me doy la vuelta y salgo del despacho sin mirar atrás. Recorro los pasillos de la mansión a zancadas hasta cruzar la puerta principal. El frío helado de la tarde me golpea los brazos, pero ni siquiera me estremezco. Paso saliva con dificultad, sintiendo que trago cristales, y me encierro en mi coche.

Conduzco sin rumbo fijo. Intento apagar mi cerebro, silenciar el ruido ensordecedor de mi propia culpa que me taladra el cráneo. No he pegado ojo desde que Maddox desapareció. No tendré un puto segundo de paz hasta verla cruzar una puerta. Sé que si la encuentro, el rechazo en sus ojos me va a destruir, pero me bastaría con saber que respira. Que está a salvo.

Sé que no estará bien y no solo por mi engaño, descubrir que el hombre que te dio la vida te manipuló con la misma frialdad que el psicópata que te secuestró, es algo que te pudre el alma.

Levi me llamó cobarde. Quizás tenga razón. Quizás debería estar quemando la ciudad buscándola. Pero cada vez que imagino el momento de tenerla frente a mí, me paralizo.

Porque la verdad más cruda es que no me arrepiento de lo que hice. Y sé que si se lo digo a la cara, la perderé para siempre. No me arrepiento de haber ejecutado a los asesinos de mis padres. Si retrocediera el tiempo, volvería a hacerlo. Y le volvería a mentir a Máximo en la cara, porque en ese entonces era la única forma de proteger a mi hermano menor.

De lo único que me arrepiento es de haber engañado a Maddox.

No temo por su seguridad física; anoche me demostró que tiene la oscuridad suficiente para destripar a sus propios demonios. Mi verdadero terror es que le mentí porque dudé de ella. Dudé de que

fuera lo bastante fuerte para soportar mi negrura. Para aceptar que se acuesta todas las noches con un monstruo.

El sonido estridente de mis propios frenos me arranca de mis pensamientos. Parpadeo, desorientado. Mi subconsciente me ha traído al único lugar donde empezó todo este infierno.

El cementerio.

La última vez que pisé este lugar fue con Máximo, pocos días después del accidente. Él tenía diez años. Yo hubiera dado mi propia vida por estar en cualquier otra parte, pero tenía que sostenerlo.

Levi también estaba ahí. Fue la primera vez que vi al jefe de la mafia llorar como un hombre roto frente a los ataúdes de mis padres. Máximo lloraba a mares. Yo no derramé una sola lágrima. Estaba demasiado ocupado planeando a quién iba a matar primero. Un par de semanas después, con diecisiete años, me cobré mi primera vida en sangre. Ese fue el día en que nació la bestia que siempre intenté ocultarle a Maddox.

Ella no es idiota, siempre supo de qué era capaz su *consigliere*, pero otra cosa era verme como adulto y otra muy diferente imaginar al monstruo como un crío.

Palpo el asiento del copiloto hasta que mis dedos rozan el metal de mi petaca. La destapo y me la bebo entera. El licor arde en mi garganta, luego arrojo el envase vacío al suelo y bajo del coche. Avanzo entre las lápidas de mármol gris. El viento aúlla bajo un cielo plomizo. Han pasado más de diez años. Si me detengo a pensar, daré media vuelta.

Pero mis botas se clavan en la tierra húmeda y el aire abandona mis pulmones de golpe al ver que, frente a la tumba de mis padres, está Máximo. Viste de negro, envuelto en un abrigo grueso. Como si hubiera notado mi presencia, gira la cabeza despacio. Con las manos hundidas en los bolsillos y un cigarrillo a medio consumir entre los labios, alza el mentón.

—Me preguntaba cuándo ibas a dar la cara —se quita el cigarro, lo arroja a la tierra y lo aplasta con la bota—. Ya te estabas tardando.

—¿Qué demonios haces aquí?

Se encoge de hombros, con una tranquilidad que me hierve la sangre.

—Visito a nuestros padres.

—No te atrevas —doy un paso al frente, apretando los puños—. ¿Qué haces en Chicago?

Una sonrisa cínica, casi imperceptible, le curva los labios.

—¿Tú qué crees?

—Creo que solo viniste a joderlo todo.

—No me culpes de las consecuencias de tus propios pecados, Matthew.

—¡Tus pecados! —rujo, acortando la distancia entre nosotros—. Eres un maldito traidor.

—Y tú un mentiroso empedernido —avanza un paso, sin amedrentarse—. Aún no decido quién de los dos es peor.

Niego, ciego de rabia.

—Traicionaste a Levi. Traicionaste a Maddox. Pero, por encima de todo, me traicionaste a mí. A tu propia sangre.

—Ahórrate el drama de los códigos de honor, Matthew. No somos italianos, los Salvatore juegan con otras reglas, nosotros...

—No hay ningún nosotros, Máximo —lo corto en seco—. Desde el segundo en que decidiste venderla, dejaste de ser mi hermano.

Máximo frunce el ceño, pero la sonrisa ladeada no desaparece.

—Tú me engañaste toda mi puta vida, ¿lo olvidas? No hay que ser un genio para darse cuenta de quién es el verdadero villano en esta familia.

—¿Has hablado con Maddox? —exijo saber.

Él resopla.

—Maddox solo quiere verme con una bala entre ceja y ceja. Prefiero evitarla... por ahora.

Mi cuerpo entra en alerta máxima.

—¿Qué significa eso?

Se acerca hasta quedar a menos de un metro. Tiene que inclinar la cabeza hacia arriba para mirarme a los ojos, pero su desprecio es colosal.

—Significa que espero que cambie de opinión respecto a mí. Después de todo, ahora sabe que el verdadero mentiroso comparte su cama...

No lo dejo terminar. Mi puño impacta contra su mandíbula con un crujido sordo. El impacto lo hace trastabillar hacia atrás, pero recupera el equilibrio antes de tocar el suelo.

—¡¿Qué coño...?!

Me abalanzo sobre él. Siento cómo sus huesos ceden bajo mis nudillos, pero no me detengo. Necesito destrozar algo. Todo esto es su maldita culpa. El secuestro. Las torturas. Su desaparición de dos años. Todo.

Le lanzo otro puñetazo, rozándole el pómulo, y luego le reviento la nariz de un impacto directo. La sangre le brota al instante.

—¡Joder! ¡Matthew, detente!

Lanzo otro golpe, pero esta vez logra agarrarme de la muñeca. No tiene mi fuerza, pero usa mi propio impulso para desequilibrarme. Caemos juntos sobre la tierra húmeda del cementerio. Ruedo para posicionarme sobre él, pero el alcohol y el agotamiento mental me pasan factura. Mis movimientos son torpes. Máximo aprovecha el milisegundo de debilidad, me agarra del cuello de la camiseta y me retuerce la muñeca hasta que suelto un gruñido de dolor.

—¡Basta ya! —grita, con la respiración agitada. Parpadeo, sintiendo que el aire frío me devuelve la cordura de golpe—. ¡No vine aquí a

pelear contigo, imbécil!

—¡¿Entonces a qué viniste?! —rujo en su cara—. ¡Todo esto es tu culpa! ¡Ella...!

—¡No! —me interrumpe, apretando los dientes—. ¡Porque no estás furioso conmigo, Matthew! ¡Estás furioso contigo mismo!

—¡Cállate!

—¡No! —sus ojos brillan con una ira cruda—. ¡Estás rabioso porque la estúpida máscara de salvador que usaste toda tu vida se hizo pedazos! Y ahora ella te ve exactamente como lo que eres: un monstruo. Un maldito y egoísta mentiroso.

—No tienes ni puta idea...

—¡Claro que la tengo! —asiente con fiereza—. A mí también me engañaste. Pero ¿quieres que te diga la verdad que no soportas, Matt? —Acerca su rostro al mío; el olor a cobre y sangre inunda mis fosas nasales—. Eres igual que yo. No eres mejor. Eres incluso peor.

Me empuja con brusquedad, soltándome. Caigo de espaldas contra la tierra y cierro los ojos. El latido desbocado de mi corazón golpea mis costillas mientras escucho sus pasos alejarse.

Sé que se ha ido. Y una parte retorcida de mí lo agradece, porque si me ponía de pie, lo habría matado a golpes, sin importarme que compartiéramos sangre.

Porque no miente. Tiene toda la maldita razón.

No mentí por Maddox. Mentí por mí.

Fui un cobarde que no soportaba la idea de que ella descubriera que no queda nada limpio dentro de mí.

El dolor me quema detrás de los párpados. Los aprieto con fuerza, pero las lágrimas calientes se escapan resbalando por mis sienes manchadas de tierra. Maldigo en voz alta, tragándome el sollozo de pura desesperación.

Me incorporo a duras penas, sacudiéndome la tierra húmeda de la ropa. Al alzar la vista, los nombres de mis padres, grabados en el

mármol, parecen juzgarme desde el más allá. Un nudo me asfixia al recordar la voz de mi padre, resonando como un eco fantasma en mi memoria:

«Los Hardaway somos buenos mentirosos, pero no se le miente a la mujer que amas».

—Te he fallado —susurro al viento gélido frente a su tumba.

Me doy la vuelta y camino a ciegas hacia la salida. Cuando llego a mi coche, saco el móvil del bolsillo. Mis dedos marcan el número en automático. Sé que es un error. Will me dejó claro que buscarlo a él era una pérdida de tiempo, pero ahora mismo me importa un carajo el orgullo.

—Matthew Hardaway. Qué sorpresa escuchar tu voz.

El tono melódico y arrogante de Lucchese me hace apretar la mandíbula.

—¿Ella está bien?

La línea permanece en silencio un segundo más de la cuenta.

—¿De quién me estás hablando? —La genuina confusión su voz me cae como un balde de agua helada.

—No juegues conmigo, Lucchese. Sé que Maddox fue a buscarte.

Lo escucho bufar. De fondo, resuenan pasos y el eco de otras voces; parece estar saliendo de una sala de reuniones.

—¿Por qué perdería mi tiempo jugando contigo, Hardaway? No la he visto. ¿Qué pasó? ¿Problemas en el paraíso de Chicago?

Hago una mueca de dolor.

—Desapareció hace veinticuatro horas —confieso, odiando cómo suena en voz alta—. No está en la ciudad. Di por hecho que...

—¿Que cruzaría el país para venir aquí? —Mi silencio es toda la respuesta que necesita—. Pues lamento reventar tu burbuja, pero no la he visto. Y si el pequeño monstruo de Salvatore estuviera en mi territorio, mis hombres ya me lo habrían notificado.

—¡Mierda! —Estallo, pateando con toda mi fuerza el neumático del coche—. ¡Jodida mierda!

—Matthew... ¿qué demonios pasó? —Su tono cambia por completo —. ¿Se la volvieron a llevar?

—No —niego, pasándome una mano temblorosa por el pelo—. Ella... joder. Se largó porque discutimos, descubrió cosas…

—Ya. Lo capto. —Lucchese suelta un suspiro pesado, cargado de exasperación—. Y yo que creía que eras el hermano honesto.

Trago saliva, sintiendo el escozor de la humillación.

—Lo soy —murmuro, a la defensiva—. No soy Máximo, yo...

—Sí, claro. Lo que tú digas —me corta, sin una pizca de empatía—. Escucha, no soy nadie para juzgarte, pero hazte un favor y deja de mentirte a ti mismo, ¿quieres? —Cierro los ojos, encajando el golpe —. Mantén la cabeza fría. Te avisaré si mis radares detectan algo.

Asiento al vacío. El tono de línea muerta resuena en mi oído.

Abro la puerta del coche y lanzo el móvil con violencia contra el asiento del copiloto. Arranco el motor, quemando rueda sobre la grava del cementerio, y conduzco de vuelta al centro.

CAPÍTULO 57

Maddox

Me detengo en seco. Mis dedos se deslizan instintivamente hacia el bolsillo de mi abrigo hasta rozar el metal frío de mi cuchillo mariposa. Llevo mi arma reglamentaria en la cintura, pero si necesito defenderme en las distancias cortas, la cuchilla será suficiente.

Trago saliva y contengo la respiración un segundo, agudizando el oído y escaneo los callejones a mis costados. Nada. Definitivamente estoy paranoica.

Niego con la cabeza, soltando el aire retenido, y sigo caminando. Llevo tres días en Los Ángeles. Debo admitir que el anonimato de esta ciudad me agrada lo suficiente como para considerar esconderme aquí un tiempo más, pero sé que es una fantasía infantil. Ya me ausenté demasiado de mis responsabilidades y Chicago debe ser una bomba a punto de estallar. Levi podría tomar el control total otra vez, y no me extrañaría que lo hiciera; después de todo, a Levi Salvatore solo le importa él mismo. Eso me ha quedado dolorosamente claro.

Alzo la vista y mis ojos se topan con un bar de mala muerte. Su fachada lúgubre desentona con el brillo artificial de la ciudad. En cuanto empujo la puerta, me recibe un ambiente deprimente y cargado a humo rancio. Está casi vacío, a excepción de dos hombres solitarios bebiendo en mesas separadas. Es perfecto. Mi plan es volar de regreso a Chicago esta noche, pero antes, pienso anestesiarme un día más.

Camino hacia la barra y me acomodo en un taburete desgastado. Al cabo de unos segundos, un barman mayor, con gafas de marco grueso, aparece limpiando una copa de cristal. Alza el mentón a modo de saludo, pero en cuanto la tenue luz del local ilumina la cicatriz que me cruza el rostro, su nuez tiembla visiblemente.

Sonrío de lado y dejo un fajo de billetes sobre la madera pegajosa. Capta el mensaje de inmediato. Un parpadeo después, una botella entera de whisky y un vaso limpio descansan frente a mí.

Aparto el dinero a un lado, destapo la botella, lleno el vaso hasta el borde y me lo bebo de un solo trago. Cierro los ojos, dejando que el líquido amargo y ardiente me queme la garganta, intentando que el fuego borre los recuerdos de hace tres días, pero es imposible.

Me obligo a abrir los ojos y clavo la vista en el cristal vacío.

Dieciséis años. Matthew apenas tenía dieciséis años cuando ejecutó al asesino de sus padres.

Un nudo denso se forma en mi garganta. Me sirvo otro trago y me obligo a tragarlo, aunque el estómago se me revuelva. ¿Qué demonios estaba haciendo yo a los dieciséis años? Mientras yo pasaba mis tardes junto a Penny, yendo de compras o viendo películas estúpidas en la seguridad de mi burbuja, Matthew estaba manchándose las manos de sangre para no ir a prisión. Y Levi lo encubrió.

Sabía que Matthew había abandonado el instituto para estudiar a distancia, pero jamás imaginé el infierno que lo obligó a hacerlo. Niego con fuerza.

Te mintió, me recuerdo a mí misma, apretando los dientes. *Te mintió. Es igual a Máximo*.

Pero por más que me repito esas palabras, no se sienten reales. Cuando miro a Matthew, no veo al traidor de su hermano. Y quizás por eso hui como una cobarde sin enfrentarlo: porque sabía que la parte más oscura y retorcida de mí lo entendería. Si me quedaba un

segundo más a escucharlo, mi máscara de rectitud se habría hecho pedazos y me habría resultado imposible mantener la rabia.

Y necesito estar furiosa. Necesito que el odio hacia él y hacia Levi me consuma, porque jugaron a ser dioses con mi vida, moldeando mi realidad a su antojo. Me asquea saber que otros decidieron qué porción de la verdad me merecía.

Necesito detestar a Matthew Hardaway.

Entonces, ¿por qué me resulta tan jodidamente difícil?

Lleno el vaso por tercera vez y lo vacío de golpe. Pierdo la noción del tiempo sumergida en el alcohol, creo que podría quedarme anclada a este taburete hasta que caiga la noche y largarme al aeropuerto para tomar el primer vuelo disponible.

El chirrido metálico de la puerta principal rompe la quietud, pero ni siquiera me digno a mirar. Continúo bebiendo, fingiendo ser invisible, hasta que una presencia pesada y dominante ocupa el asiento vacío a mi lado. Decido ignorarlo.

—¿Sabes qué hora es?

Cierro los ojos y doy otro sorbo directo de la botella.

—La hora de que te largues a molestar a otra parte —digo entre dientes.

—Es demasiado temprano para que estés ahogándote en alcohol.

—No me jodas, Lucchese —gruño.

Lo miro de soslayo, él suspira, niega con la cabeza y le hace una seña al barman. Sin inmutarse por mi hostilidad, Lucchese recibe su vaso, bebe un trago y gira todo su cuerpo hacia mí, invadiendo mi espacio personal.

—¿Qué haces en Los Ángeles? —Me encojo de hombros y vuelvo a beber, dándole la espalda a medias—. Maddox...

—Necesitaba un cambio de aire —murmuro.

—Ya. ¿Y ese milagroso cambio de aire no tiene nada que ver con Matthew, de casualidad? —Lo fulmino con la mirada, y él sonríe con sorna—. Jamás en mi vida creí que escucharía a un hombre sonar tan desesperado por teléfono.

—No me interesa.

—Claro. Sí, por supuesto.

Bufo, exasperada.

—¿Cómo demonios me encontraste?

Él se encoge de hombros con elegancia, observando el ámbar de su vaso.

—No fue tan difícil. Después de todo, si Matthew no ha puesto el país patas arriba buscándote, es por dos simples razones. —Arqueo las cejas, girándome hacia él a mi pesar—. La primera, es que tiene pavor de que le pegues un tiro en cuanto lo veas.

Me muerdo el labio inferior, sintiendo el escozor de la culpa.

—¿Y la segunda?

—Tiene miedo de tus palabras —murmura, y su tono pierde toda la burla.

Chasqueo la lengua, a la defensiva.

—¿Mis palabras? —Él asiente despacio—. ¿Cómo puede ser eso peor que asesinarlo?

Los ojos oscuros de Lucchese brillan con una intensidad que me desarma.

—Te ama, Maddox —dice en voz baja. Aparto la vista bruscamente, negándome a escucharlo—. Ese hombre preferiría que le perfores el cráneo con una bala antes de escucharte decir que lo odias.

Niego frenéticamente.

—Si me amara de verdad, no me habría mentido —murmuro, pero la oración me raspa la garganta.

—Claro, porque tú eres la inmaculada Virgen María que jamás le ha mentido a nadie.

—Vete al diablo.

Lucchese suelta un suspiro pesado, hastiado.

—¿No te cansas de fingir que eres perfecta? —Lo miro, incrédula por su tono. Ya no me observa con diversión, sino con una molestia genuina—. Cuando te conocí, tardaste exactamente una hora en asesinar a mi tío sin que te temblara el pulso.

—Porque tú lo planeaste...

—Pero no te obligué a hacerlo —me corta—. No quieras fingir que tu moral es superior a la del resto.

Niego, sintiendo que el aire me falta. Me giro para abandonar el taburete, pero la mano de Lucchese se cierra como una garra sobre mi brazo, anclándome al sitio.

—Me mintió —digo sin aliento, luchando contra él—. Fue su maldita culpa que me secuestraran, él...

—¿Debo recordarte que secuestraron a Penny hace menos de una semana por tu culpa?

Trago saliva. Un balde de agua helada me cae encima. Siento las lágrimas agolparse detrás de mis párpados, quemándome.

—No... no es igual.

—¿Cuántos putos años la engañaste? —sisea entre dientes, tirando de mí hasta acercarme—. Dime. ¿Cuántos años le mentiste a tu mejor amiga en la cara? ¿Cuántos años fuiste lo suficientemente egoísta como para privarla de la verdad? Esa chica es pura luz y tú le quitaste el derecho a elegir si quería o no ser la mejor amiga de un puto monstruo.

—No... —mi voz se quiebra, frágil. Siento que me derrumbo—. No, es diferente...

—Es exactamente lo mismo, Maddox —sus ojos destilan pura furia—. ¿Sabes cuál es la única diferencia aquí? Que tu amiga y todos los

demás parecen dispuestos a darte una segunda oportunidad a pesar de tu oscuridad, pero tú te crees tan jodidamente superior que se la niegas al hombre que te ha demostrado devoción absoluta.

Sacudo la cabeza, desesperada.

No. No puedo sucumbir a las verdades de Lucchese. No me importa qué tan ciertas sean. Necesito aferrarme a mi rabia, usarla como escudo; porque si la suelto, tendré que aceptar que mi hipocresía es tan grande como los pecados de mi padre.

Intento zafarme de su agarre, pero su mano es una tenaza. Lejos de soltarme, ejerce más presión y me da un tirón brusco, arrastrándome hacia él hasta que nuestros rostros quedan a centímetros.

—Deja de fingir que eres una santa, Maddox. Llevas el apellido de los mafiosos más sanguinarios del país. —Bajo la vista, incapaz de sostenerle la mirada, pero su mano libre vuela hacia mi mentón y lo presiona con fuerza, obligándome a encararlo—. En este mundo, todos somos monstruos. Y los monstruos mienten, matan y hacen cualquier cosa para proteger lo que es suyo. Nadie mejor que tú lo sabe.

Me suelta de golpe. Trastabillo hacia atrás, mis botas resbalan en el suelo pegajoso, pero logro recuperar el equilibrio. Lucchese se gira plácidamente hacia la barra, se sirve más whisky y se lo bebe en silencio. Trago saliva, sintiendo que me asfixio con mi propia culpa.

Doy media vuelta y huyo del bar. En cuanto el aire de Los Ángeles me golpea la cara, alzo la mano y detengo el primer taxi amarillo que cruza la avenida, me dejo caer en el asiento trasero.

—Al aeropuerto —le ordeno al chófer, soltando un suspiro tembloroso.

CAPÍTULO 58

Maddox

El aire helado de Chicago me golpea como una bofetada en cuanto cruzo las puertas automáticas del aeropuerto.

Para mi desgracia, el vuelo sufrió retrasos insoportables y apenas logré aterrizar pasada la medianoche. Estoy exhausta, con los nervios a flor de piel y la cabeza maquinando a mil por hora. Necesito cafeína, un plan, y recuperar mi maldito puesto en *Draghi*. Eso si mi padre no ha decidido hacerme a un lado definitivamente, claro. Aunque, siendo honesta, mi venganza contra Marcio sigue en pie, sea yo la Regina de la organización o no. Mi apellido no es un requisito para apretar un gatillo.

Agradezco al universo cuando diviso el letrero de neón parpadeante de una cafetería abierta a escasos metros del aeropuerto. Entro y el olor a granos tostados me inunda. Voy directo al mostrador, pero mis instintos se disparan al instante. Escucho pasos a mi espalda. Por el rabillo del ojo, capto la silueta de un hombre entrando justo detrás de mí. Se acomoda en una mesa cerca del ventanal. Decido ignorarlo; llevo días paranoica.

—Un café negro, por favor —le pido a la dependienta, forzando una sonrisa cortés mientras dejo un billete sobre el mostrador. Dos minutos después, el vaso de cartón humeante está en mis manos—. Quédate con el cambio.

La mujer me sonríe y se da la vuelta. Camino con intención de sentarme, pero me detengo en seco cuando mis ojos se clavan en el

ventanal. El hombre sigue dándome la espalda, pero no es él lo que me congela la sangre.

Aparcado en la acera, bajo la luz mortecina de una farola, hay un Aston Martin negro.

Un coche idéntico al que me estuvo pisando los talones hace cuatro días.

No necesito ser una genio para sumar dos más dos: el dueño es el sujeto que acaba de entrar detrás de mí.

Trago saliva. Doy un sorbo a mi café; el líquido me quema la garganta. Doy media vuelta y camino hacia la salida, manteniendo un paso fluido, sin alterar mi respiración. Sin levantar sospechas. Me sigue. Por supuesto que lo hace.

Salgo al exterior, giro en la esquina y me adentro en el primer callejón oscuro que encuentro. La oscuridad me envuelve. Escucho el eco de sus suelas contra el asfalto, acercándose, confiado. Cuando lo tengo a menos de dos metros, giro sobre mis talones y le aviento el café hirviendo directo a la cara.

—¡Mierda! —gruñe, llevándose las manos al rostro—. ¡¿Qué demonios, Maddox?!

No le doy tiempo a recuperarse. Saco la Mossberg de mi cintura en un movimiento fluido, me abalanzo sobre él y lo empotro contra la pared de ladrillos húmedos, encajando el cañón del arma justo debajo de su barbilla, es más alto que yo pero me importa una mierda.

—¿Quién eres? —exijo, con voz fría.

El hombre intenta moverse, pero es inútil. No parece tener más fuerza bruta que yo, o quizás es lo bastante inteligente para saber que resistirse con una bala acariciándole el mentón es un suicidio. Deja caer las manos, soltando un suspiro exasperado, y se quita la capucha empapada de café.

Su rostro queda al descubierto bajo la escasa luz del callejón, y mi cerebro trabaja a contrarreloj. No tengo ni la más remota idea de

quién es. Hago una mueca de fastidio y presiono el acero con más fuerza contra su piel. Él pone los ojos en blanco, como si esto fuera un simple inconveniente.

—¿Podrías soltarme? —murmura, sacudiéndose el líquido de la chaqueta—. Esa porquería estaba hirviendo...

—Llevas días siguiéndome. —Quito el seguro del arma con un clic metálico que reverbera en el silencio. Palidece—. No tengo idea de quién demonios eres, así que te sugiero que empieces a hablar.

—¿De verdad no lo sabes? —Suelta una risa seca, carente de humor —. Vaya golpe a mi ego. Y yo que creía que todos los herederos de la mafia tenían un expediente mental de la competencia.

Arrugo la frente, escrutándolo. Cabello negro azabache, lacio y pulcro; ojos oscuros, ligeramente rasgados; tez pálida y facciones afiladas, sin rastro de barba. Hay algo vagamente familiar en su arrogancia, pero mi paciencia está en números rojos.

—Mira —siseo, acercando mi rostro al suyo—. He tenido unos días de mierda...

—Vaya que lo sé, te he estado siguiendo...

Hundo el cañón en su garganta, cortándole la frase. Su nuez sube y baja al tragar saliva.

—Entonces ya habrás notado que soy una maldita bomba de tiempo. Si no quieres que te vacíe el cargador en la cabeza, dame un nombre. Ahora.

—Por Dios, ¿no te resulto nada familiar? —niego con lentitud—. Soy Jiashu Sima.

El apellido me golpea la memoria.

—El hijo de Zixuan —murmuro.

Él tuerce el gesto, ofendido.

—Zixuan es mi tío, de hecho —aclara, recuperando un ápice de altivez—. Pero debes conocerlo, por supuesto. Es el jefe...

—De la *Tríada 14K* —lo interrumpo.

Mi corazón da un vuelco, bombeando adrenalina. Levi siempre me enseñó que a la mafia china no se le apunta a la cabeza a menos que estés dispuesto a iniciar una guerra, pero ya es tarde para retroceder, y ni en sueños voy a bajar el arma.

—¿Qué demonios hace un Sima en territorio de *Draghi*?

—Es una larga historia...

—Tengo tiempo —gruño.

Jiashu suspira, casi aburrido.

—¿Podrías... alejar el arma?

—No.

Cierra los ojos un segundo, y una sonrisa cínica le curva los labios.

—He escuchado mucho sobre ti, Maddox.

—Habla de una maldita vez —le advierto entre dientes.

Se muerde el labio inferior, conteniendo la diversión, y asiente con lentitud.

—Ya. También escuché sobre tu legendaria falta de paciencia. —Me encojo de hombros, impasible, y él prosigue—: Zixuan tomó el mando cuando mi padre falleció. Un detalle que, debo admitir, no me agrada en absoluto.

—Déjame adivinar: tú eras el heredero legítimo. —Jiashu se relame el labio, asintiendo—. Los hombres deberían ir a terapia para tratar sus problemas de ego y posesividad sobre lo que creen merecer.

—¿Me vas a decir que a ti no te molestaría que te quitaran *Draghi*? —replica, clavando sus ojos oscuros en los míos, desafiante. Entrecierro los ojos—. ¿No te jodería que te arrebataran lo que te pertenece por sangre, por legado y por la forma en que te criaron para gobernar? No me mientas, Maddox. Tú y yo nacimos en el mismo pozo.

Trago saliva y tenso la mandíbula. Tiene un punto, aunque jamás lo admitiría en voz alta. Saber que la mitad de Chicago preferiría a un hombre sin el apellido Salvatore antes que a mí me había estado consumiendo por dentro.

—¿Y tu drama familiar qué demonios tiene que ver conmigo?

—Tranquila... de acuerdo. —Alza ambas manos en señal de rendición, sintiendo la presión de mi pistola cuando intenta moverse —. Zixuan es un hijo de puta egocéntrico. Tuvimos nuestros roces, pero terminé aceptando que me había robado el trono.

—Hasta que...

—Hasta que cruzó un límite que mi propio padre dejó muy claro hace décadas —interviene. Arqueo una ceja, intrigada—. Su mano derecha le trajo un negocio con *«nueva mercancía»* y Zixuan aceptó. Al resto de la familia Sima no le hizo gracia, pero mi tío impone una dictadura. Nadie respira sin su permiso.

Suelto aire por la nariz.

—Sigo sin ver qué pinto yo en esta ecuación.

—La mano derecha de Zixuan es Kai Hiroshi.

El nombre cae en mi estómago como plomo. Lo suelto instintivamente y doy un paso atrás. Mi brazo cae por inercia, bajando el arma. Clavo la vista en el asfalto mojado por la lluvia reciente, sintiendo un zumbido agudo en los oídos.

La última vez que escuché ese nombre fue hace dos años. En la redada.

—La mercancía son niñas —murmuro—. Hace dos años, Hiroshi hizo negocios con Silva.

—El psicópata que te secuestró y te dejó esa cicatriz. —Asiente, observándome con fijeza. Aparto el rostro, ocultando el lado marcado, como si pudiera borrar el pasado—. Todo el mundo ha hablado de ti.

—No lo entiendo —sacudo la cabeza, tratando de enfocarme—. No llegamos a cazar a Hiroshi. Cuando irrumpimos, ellos ya se habían esfumado.

—Pero ustedes se quedaron con el cargamento —replica Jiashu. Trago grueso—. Es decir, rescataron a las niñas.

—¿Y eso enfadó a tu tío?

Jiashu hace una mueca de dolor, llevándose la mano al hombro para masajear la zona donde lo empotré contra la pared.

—Solo un poco.

—Pero no lo suficiente como para declarar una guerra abierta.

—Exacto.

Le pongo el seguro a mi Glock y la deslizo en el bolsillo de mi abrigo. Doy un paso hacia él y Jiashu reacciona pegando la espalda a los ladrillos.

—Pero ahora sí está molesto —deduzco, atando cabos—. ¿Por qué?

Jiashu parpadea, su máscara de arrogancia resquebrajándose por un segundo. Mira hacia ambos lados del callejón con cautela. Sigo su mirada hasta la calle, asegurándome de que su Aston Martin sigue solo. Cuando vuelvo a encararlo, se aclara la garganta.

—Porque Kai Hiroshi está muerto.

CAPÍTULO 59

Maddox

—Juro por Dios que si descubro una mentira más de mi padre, voy a meterle una bala entre los ojos yo misma —murmuro, viendo los números en el panel del ascensor.

—Te entiendo a la perfección. —Clavo la vista en el espejo de las puertas y me encuentro con los ojos negros y divertidos de Jiashu—. Los padres y sus secretos.

—Ya —suspiro con pesadez—. Me tiene harta.

Al parecer, Levi Salvatore decidió que era una idea brillante asesinar a Kai Hiroshi, ignorando —o quizás sabiendo, lo cual sería aún peor — que el tipo era la mano derecha del líder de la Tríada china. Una parte de mí quiere aferrarse a la idea de que mi padre no tenía idea del rango de Hiroshi, porque me niego a creer que sea tan estúpido como para iniciarnos una maldita guerra con la organización criminal más temida de Asia.

Anoche, cuando Jiashu me soltó la bomba en el callejón, decidí que necesitaba tres cosas con urgencia: un whisky doble, una ducha hirviendo y dormir. Le dije que tenía una habitación extra en mi departamento y que, siempre y cuando no intentara ninguna estupidez, era bienvenido a refugiarse ahí. Creo que le doy el suficiente miedo como para mantenerlo a raya; al menos, no parecía tener intenciones suicidas.

Al final, ninguno de los dos durmió.

Tras mi ducha, terminamos en la sala de estar, bajándonos una botella de whisky de malta y hablando sobre la afición que tienen nuestros progenitores por arruinarnos la vida con sus mentiras. Debo admitir que Sima me cae bien. Es calculador, pragmático, y no intenta fingir que tiene moral. Quizás me agrade incluso más que Lucchese.

Sonrío de lado al pensar que, si ese idiota de Nueva York me escuchara, se ofendería de verdad.

—¿Qué vamos a hacer? —me preguntó Jiashu esta madrugada, cuando el sol comenzaba a teñir el horizonte y el cristal de nuestras copas estaba vacío—. Porque debemos mover ficha. Zixuan vendrá a por ti.

—Que vengan —respondí, vaciando las últimas gotas—. Los destriparé a todos.

Él soltó una carcajada ronca.

—De verdad eres un puto monstruo, Maddox.

Sí. Al parecer, lo soy.

En cuanto amaneció, supe que el descanso tendría que esperar. Tenía que desactivar esta bomba antes de que nos volara en la cara. Y eso implicaba cuidar mi espalda de Zixuan y seguir rastreando a Marcio Silva. Demasiados frentes abiertos. Si a eso le sumaba que estaba furiosa con mi padre y que la sola idea de ver a mi *consigliere* me revolvía el estómago… bueno, el cóctel era letal.

Por eso decidí tragarme el veneno y empezar por lo más difícil: encarar a Levi.

El característico campanilleo del ascensor anuncia que hemos llegado al último piso. Trago saliva. No extrañaba para nada a Levi y hubiera preferido retrasar este encuentro una eternidad, pero la supervivencia de *Draghi* está por encima de mi rencor. Jiashu insistió en acompañarme como mi *«sombra temporal»*, y en el fondo lo agradecía; él tenía las piezas que nos faltaban en este rompecabezas.

Avanzo por el pasillo de mármol a zancadas firmes hasta llegar a la doble puerta de caoba de la oficina principal. La abro sin llamar y me congelo al ver Matthew.

Nuestras miradas chocan y un golpe eléctrico me atraviesa el pecho. Sus ojos oscuros destellan con una mezcla cruda de alivio, desesperación y algo que se parece a la devoción. Separo los labios para decir algo, pero las palabras mueren en mi garganta al ver cómo está.

Parece un cadáver en vida. Está pálido, más delgado. Tiene los ojos hundidos bajo unas ojeras profundas y moradas, la mandíbula cubierta por una barba de varios días y el cabello revuelto, como si se hubiera pasado las manos por él mil veces. Lleva la misma ropa de la última vez que lo vi. El impecable y estoico Matthew Hardaway es ahora un desastre andante.

Pero entonces, Jiashu entra a la oficina detrás de mí.

El cambio en Matthew es instantáneo, casi demoníaco. La vulnerabilidad en sus ojos se evapora, devorada por una furia tan posesiva y letal que el aire de la habitación se vuelve pesado.

Bien, pienso con saña. *Se lo merece.*

—¡Maddox! —La voz de mi padre me arranca del trance.

Avanzo hacia el centro del despacho, obligándome a apartar la vista de Matthew. Trato de que su estado deplorable no agriete mi fachada de hielo.

—Ahórrate las bienvenidas, Levi —lo corto, con la voz seca y autoritaria—. Vine porque tenemos un problema de los grandes.

—Claro, hija, sí... —murmura, asintiendo, un poco descolocado por mi frialdad. Cuando está a punto de continuar, su mirada recae en mi acompañante. Frunce el ceño—. Disculpa, ¿tú quién eres?

—Jiashu Sima.

El nombre flota en la oficina durante un microsegundo. Los ojos de mi padre se abren de par en par, brillando con incredulidad. Pero

antes de que Levi pueda articular palabra, el inconfundible clic metálico de un arma quitándose el seguro corta el silencio.

Me giro despacio. Matthew tiene su Glock alzada, apuntando directo a la cabeza de Jiashu, con el dedo rozando el gatillo y los músculos del brazo tensos como cables de acero.

—Por Dios —murmuro, poniendo los ojos en blanco—. Matthew, ¿qué demonios haces?

—¿Qué hace un Sima pisando territorio de *Draghi*? —pregunta él. Su voz es un gruñido bajo, áspero y territorial.

Jiashu, lejos de inmutarse, esboza una sonrisa ladeada. Sin apartar la vista de mí, da un paso al frente hasta que el cañón del arma de Matthew casi le roza el esternón.

—¿No le enseñan a los *consigliere* que deben mostrar respeto a los que están por encima de ellos en la cadena alimenticia? —El tono de Jiashu es suave, educado, pero destila veneno. Gira el rostro hacia mí—. Es un perro guardián bastante intenso. Me gusta.

Chasqueo la lengua, hastiada de la testosterona.

—Maddox, ¿qué significa esto? —exige saber mi padre.

Lo ignoro. Me giro hacia Matthew y acorto la distancia entre nosotros hasta que quedamos a medio metro. Huelo su colonia mezclada con alcohol.

—Lo diré una sola vez, y espero que te quede grabado en el maldito cerebro —siseo, mirándolo a los ojos—. Baja el arma, Hardaway.

—Maddox, él...

—¿Qué? —lo desafío, alzando la barbilla—. ¿Me largo tres días y ya pierdo mi autoridad aquí? Hasta donde sé, sigo siendo la Regina de *Draghi*. —Los ojos de Matthew me escanean con ferocidad, buscando una fisura en mi armadura. Su pecho sube y baja de forma errática. Finalmente, traga saliva, aprieta la mandíbula y baja el arma milímetro a milímetro. Satisfecha, me giro hacia mi padre—. A menos que en mi ausencia hayas decidido hacer cambios, Levi.

—No tengo interés en hacer cambios —responde mi padre con voz grave, mirándome con respeto—. *Draghi* es tuyo. Eso no se discute.

Asiento. Me aparto hacia la pequeña mesa de licores que descansa junto a un cuadro abstracto. Mi instinto pide whisky a gritos, pero necesito mis sentidos afilados como cuchillas. Tomo una botella de agua y me sirvo en un vaso de cristal grueso.

—Bien —murmuro, dándole un trago largo para mojarme la garganta antes de girarme hacia ellos—. Entonces, que alguien me explique qué carajos le hicieron a Kai Hiroshi.

La tensión en la oficina se dispara al mil por ciento. Mi padre traga saliva, visiblemente incómodo, y cruza una mirada tensa con Matthew. Arqueo una ceja.

—Levi —digo entre dientes, perdiendo la poca paciencia que me queda—. ¿Tú lo asesinaste?

—Fui yo.

La voz de Matthew es profunda y firme.

Me quedo paralizada. La furia me sube por las venas como magma. Aprieto la mano alrededor del vaso con tanta fuerza que el cristal grueso no soporta la presión y estalla. El ruido ensordecedor de los cristales rompiéndose inunda el silencio. Fragmentos afilados salen disparados; el agua se mezcla con las finas líneas de sangre que brotan de mi palma.

—Joder, sí que tienes fuerza —murmura Jiashu, impresionado.

Sacudo la mano con desdén para deshacerme de los trozos más grandes. El dolor es eclipsado por la ira. Mi padre observa la costosa alfombra persa arruinada, pero Matthew no mira la sangre. Clava sus oscuros ojos en mí. Hay un brillo doloroso en su mirada, una súplica silenciosa, una disculpa que me niego a aceptar.

—¿Ustedes dos no saben hacer otra cosa que actuar a mis espaldas? —siseo, negando con la cabeza—. ¿Qué ocurrió?

—Yo...

—¿Qué importancia tiene el cómo ahora, Maddox? —lo interrumpe Levi, intentando recuperar el control. Lo fulmino con la mirada y él suspira—. Apareció en Chicago días antes de tu llegada. Los sistemas de rastreo de Will lo detectaron. Lo trajimos, simplemente queríamos interrogarlo, saber si soltaría algo...

—¿Para encontrar a Marcio? —adivino, cruzándome de brazos, ignorando el escozor en mi mano. Mi padre asiente lentamente—. Y como no abrió la boca, decidieron ejecutarlo. Así de simple.

Matthew da un paso al frente, asumiendo toda la culpa.

—Fue más complejo que eso. Pero sí, le volé la cabeza. No nos servía vivo y, según las rutas que estaba trazando, estaba intentando hacer negocios en nuestra ciudad para traficar con niñas otra vez. No iba a permitirlo.

Un nudo se me forma en la garganta al escuchar su justificación retorcida, pero la aparto a la fuerza. Miro a Jiashu. Él asiente con calma, metiendo las manos en los bolsillos de sus pantalones de diseñador.

—Así es —confirma Jiashu—. Zixuan lo envió a recuperar su línea de mercancía. Ya sabes... niñas.

—¿Zixuan? —La voz de mi padre suena genuinamente perdida—. ¿De qué coño están hablando?

Matthew y yo compartimos una mirada que dura apenas un segundo, pero es suficiente. Él es brillante, siempre lo ha sido, y las piezas encajan en su cabeza en tiempo récord.

—Kai Hiroshi era la mano derecha de Zixuan —revela Matthew, con la voz cargada de fatalidad—. El líder de la tríada.

—Mierda. —Levi se deja caer pesadamente en su silla de cuero. Apoya ambas manos en el escritorio, con la mirada perdida en el vacío—. Santa mierda. No teníamos ni puta idea.

—Hiroshi operaba como una sombra. Básicamente, era el fantasma personal de Zixuan. Hacía el trabajo sucio sin dejar rastro.

—Exactamente igual que los *consigliere*, ¿verdad? —disparo, mirando fijamente a Matthew.

Él recibe el golpe sin inmutarse, pero baja la vista, encajando el reproche.

—El problema inmediato —prosigue Jiashu, rompiendo la tensión entre nosotros— es que Zixuan sabe que está muerto y quiere venganza.

El seguro del arma de Matthew vuelve a sonar, apuntando directo a la cabeza de Jiashu otra vez.

—Matthew, por el amor de Dios... —gruño, cerrando los ojos.

—¿Es por eso que estás aquí? —sisea Matthew, ignorándome, con los ojos inyectados en sangre y celos—. ¿Te enviaron como emisario? ¿Vienes a declarar la guerra a *Draghi*?

Jiashu arquea una ceja, claramente divertido por la inestabilidad de mi guardaespaldas.

—Técnicamente, el tiro en la cabeza se lo dieron ustedes, así que ustedes la iniciaron —se encoge de hombros con elegancia—. Pero respondiendo a tu pregunta: no. No me interesa la guerra con *Draghi*.

—¿Entonces qué coño quieres? —gruñe Levi.

—Mi relación con mi tío es... inexistente. Es un tirano y necesito deshacerme de él.

—Quieres asesinarlo y tomar su lugar —lo corrijo, yendo al grano.

Jiashu hace una leve reverencia, aceptando la corrección.

—Podríamos llamarlo un cambio de administración proactivo. El problema es que primero debo ganarme su confianza plena. Envió a Kai, desapareció, y Zixuan comenzó a atar cabos.

—Y en lugar de venir él mismo, te envió a ti a investigar —deduce mi padre.

—Lo convencí de que yo era la mejor opción para rastrearlo desde aquí.

—¿Y cuál es tu plan? —insisto, perdiendo la paciencia.

—Como dije, no quiero una guerra con ustedes —aclara, mirando de reojo a Matthew—. Por eso he estado cuidando a Maddox...

—No me has estado cuidando —lo corto de inmediato—. Llevas siguiéndome como un puto perro faldero desde hace cuatro días.

—Cinco, de hecho —corrige él con suficiencia.

Matthew aprieta los dientes y da un paso adelante, levantando más el arma, le lanzo una mirada asesina que lo paraliza en el sitio.

—El punto —retoma Jiashu— es que Zixuan no tardará en enviar un ejército entero para masacrar al Don de *Draghi*. Y visto que, en realidad, *Draghi* está bajo el control de Maddox...

—Tendrán que pasar por encima de mi maldito cadáver antes de que alguien la toque.

La sentencia de Matthew es tan oscura, tan ronca y cargada de una posesividad enferma, que un calor traicionero me sube por el cuello hasta las mejillas. Aparto la vista, obligándome a recomponerme antes de que alguien note el efecto que todavía tiene sobre mí.

—Espera —interviene mi padre, frotándose las sienes—. Si Zixuan te envió a buscar respuestas, ¿qué has estado haciendo exactamente? ¿Engañarlo?

—Básicamente. No podía decirle que Kai desapareció por arte de magia. Sabe que está muerto. Pero lo he convencido de que aún estoy intentando confirmar si fue obra de *Draghi* o...

—Marcio —intervengo, y alzo la vista de golpe, la estrategia formándose en mi mente—. Podemos hacerle creer a la Tríada que él fue quien mató a Hiroshi.

Jiashu hace una mueca.

—¿Quién crees que ayudó a Marcio Silva a huir cuando lo acorralaron? —pregunto, y Jiashu asiente lentamente—. Exacto.

Zixuan jamás se pondrá del lado de *Draghi*, el negocio no se llevó a cabo por culpa de ustedes.

—¿Entonces a qué viniste exactamente, Sima? —El volumen de la voz de mi padre va en aumento, y cuando se pone de pie, empuja la silla pesada hacia atrás con brusquedad—. ¿A llevarte a mi hija? Porque te advierto una cosa...

—No, no quiero llevarme a su hija —responde Jiashu, alzando ambas manos en un gesto de paz genuino. Se gira para mirarme directamente, y toda la diversión abandona sus ojos—. Lo que quiero es unir fuerzas.

Hace una pausa y alzo una ceja.

—Yo quiero asesinar a mi tío y tomar mi trono. Ustedes quieren masacrar a Marcio Silva. Nuestros enemigos son aliados. Trabajemos juntos y matémoslos a todos.

CAPÍTULO 60

Matthew

Y una reverenda mierda, pienso.

De hecho, la propuesta del imbécil de Sima es una jugada estratégica perfecta. Nos acortaría el camino hacia Marcio, pero… Dioses, ¿por qué demonios tuvieron que aparecer juntos esta mañana? ¿Pasaron la noche bajo el mismo techo? ¿En la misma cama?

Lo detesto. Lo odio con una intensidad que casi me asfixia, incluso más de lo que odio a Lucchese. Ninguno de los dos me ha hecho nada personal, su único pecado es haberse acercado a Maddox. Y eso me quema la sangre. Me destruye por dentro, sobre todo porque yo mismo me comporté como el peor de los bastardos y ahora he perdido cualquier derecho a reclamarla.

—¿Y qué propones?

Parpadeo, regresando a la realidad al escuchar la voz de Maddox. Sus iris verdes brillan con esa frialdad calculadora que tanto me fascina, pero no me mira. Desde que entró, apenas hemos cruzado miradas, y cada vez que sus ojos chocan con los míos en esta oficina, me aferro a ese instante como un condenado. Sé que, durante mucho tiempo, esas migajas serán el único contacto que tendré con ella.

—Mi tío no es estúpido —responde Jiashu, acomodándose la chaqueta—. Puedo seguir fingiendo que aún no sé quién asesinó a Kai, pero lo descubrirá tarde o temprano. Para cuando eso suceda, quiero estar preparado.

—¿A qué te refieres con estar preparado?

Levi interviene, pareciendo haber olvidado que hace menos de media hora estaba desesperado por ver a su hija. El aire en la habitación sigue siendo tóxico. Levi está furioso conmigo, yo estoy furioso con él, y, por encima de todo, me odio a mí mismo. Llevo demasiado tiempo haciendo las cosas mal, jodiendo lo único que me importa, pero no voy a cargar con toda la culpa de Levi. Él también cavó esta fosa y es hora de que se trague su propia mierda.

Tú también deberías hacerlo, me susurra la voz en mi cabeza.

Aprieto los párpados un segundo para acallar el pensamiento.

—Nadie en mi familia aprueba los negocios paralelos de Zixuan con la trata, pero rebelarnos no es tan sencillo. Las cosas no funcionan así en la *Tríada* —Jiashu niega con la cabeza.

Alzo una ceja. Observo a Levi y luego a Maddox. Ella parece intrigada pero irritada en partes iguales. La conozco lo suficiente para saber que odia alterar sus planes por culpa de un tercero.

—Lo que quiero es enfrentarme a él y asesinarlo —concluye.

—Eso ya lo dejaste claro —gruño entre dientes.

Maddox asiente lentamente, ignorando mi interrupción. Hunde las manos en los bolsillos de su abrigo oscuro, con la vista clavada en la alfombra negra de la oficina. Casi puedo escuchar los engranajes de su mente girando a toda velocidad, calculando probabilidades.

—¿Llevas cinco días siguiéndome por todo Chicago con la esperanza de que te ayude a matar al líder de la *Tríada*? —sisea ella, mirándolo de soslayo antes de chasquear la lengua—. Matthew le voló la cabeza a Hiroshi, de acuerdo. Pero eso no nos arrastra a una guerra directa a menos que Zixuan lo confirme. ¿Por qué iba a ayudarte? ¿Qué gano yo cediéndote mis hombres?

—No te estoy pidiendo un ejército, Maddox.

Jiashu pone los ojos en blanco con una familiaridad que me revuelve el estómago. Me remuevo incómodo, tensando los nudillos, luchando

contra el impulso de levantar la Glock y vaciarle el cargador. Me contengo solo porque sé que ella me mataría si interfiero.

—Tengo mi propia gente —continúa Sima—. Lo que necesito es tu influencia para orquestar una reunión donde mi tío no sospeche de mis verdaderas intenciones.

—¿Tu intención de meterle una bala en el cráneo?

Jiashu esboza una mueca cínica.

—Exacto. Mira, podría hacerlo por mi cuenta. Podría contactar a Marcio, decirle que busco mercancía para mi tío, y forzar a Zixuan a viajar personalmente a Estados Unidos para supervisar la transacción ante la ausencia de su mano derecha.

—Y cuando aterrice, lo ejecutas —deduce ella.

—Claro.

—Pero no es tan simple. —La sonrisa que curva los labios de Maddox es brillante—. Porque sabes perfectamente que a Marcio Silva no le conviene que mates a un socio tan lucrativo como Zixuan. Menos aún si sospecha que tu nuevo mandato cortará esos negocios.

—Me advirtieron que eras sumamente inteligente —murmura Jiashu, borrando cualquier rastro de burla.

—Por eso me necesitas. Necesitas que yo me encargue de destruir a Marcio mientras tú te encargas de tu tío.

Jiashu asiente con solemnidad. Maddox lo escruta de arriba a abajo, evaluándolo, y luego desvía la mirada hacia su padre. Levi la observa con el mentón apoyado en la mano y una ceja alzada, en silencio.

—¿Y por qué estás tan seguro de que yo te necesito a ti? —lo desafía ella.

A estas alturas, la estrategia del joven Sima es impecable. El plan obligaría a Marcio a salir de su escondite y, de paso, purgaría el mercado negro de uno de los peores líderes de la trata. Sé que

Maddox ve el beneficio. Su única barrera es su puto y hermoso orgullo; jamás admitirá debilidad.

—Te he seguido por cinco días —repite Jiashu. Otra vez esas malditas palabras. Me hierve la sangre—. ¿Hace cuánto secuestraste al hijo de Marcio y le enviaste el mensaje?

La sonrisa de Maddox se desvanece de golpe. Aprieta los labios, y ese silencio es toda la respuesta que Sima necesita.

—Exacto. El gran Marcio Silva no ha asomado la cabeza. Creíste que su punto débil sería su familia, pero te acaba de demostrar que le importa una mierda su propio hijo con tal de salvar el pellejo. Es un cobarde, pero no es ningún imbécil.

—En eso estamos de acuerdo —concede Maddox, tensa.

—Por lo tanto, me necesitas tanto como yo a ti.

—Detesto el uso de esa palabra.

—Vamos, Maddox. Admitir que necesitas apoyo no te hace menos letal —Jiashu se encoge de hombros—. Yo lo digo sin problemas: te necesito para matar a mi tío y recuperar el trono que me robaron.

Ella aparta la vista hacia el ventanal, considerando el tablero de ajedrez. Piensa igual que yo: el trato es un pase directo hacia su venganza. Cuando vuelve a mirarlo, su rostro es una máscara de hielo.

—De acuerdo —sentencia con voz grave—. Trabajaremos juntos.

—Perfecto.

—Pero ten algo muy claro, Sima. Si me traicionas...

—Tendré una bala incrustada en la frente antes de poder pestañear. Me quedó clarísimo.

Maddox asiente, satisfecha. Jiashu mete la mano en el bolsillo interno de su chaqueta. Mis músculos se tensan al instante, preparado para desenfundar, pero solo saca su móvil.

—Debo hacer un par de llamadas para poner esto en marcha.

Ella asiente y, sin añadir nada más, el asiático abandona la oficina, dejándonos solos a los tres.

El silencio cae sobre nosotros como una losa de cemento. Clavo mis ojos en Maddox. Ella gira el rostro y me sostiene la mirada. Por un segundo minúsculo, creo ver que el verde de su iris tiembla, suavizándose, pero la ilusión muere rápido. Su expresión se blinda, volviendo a ser esa pared de piedra impenetrable que me dedicó cuando regresó de Francia.

Trago saliva, sintiendo un nudo de alambre de púas cerrándome la garganta.

—Has estado inusualmente callado —comenta Maddox, dirigiéndose a su padre, rompiendo mi contacto visual.

Levi suspira. Entrelaza las manos sobre su regazo, apretando los puños, y se encoge de hombros con pesadez.

—Eres la líder de *Draghi*. No me corresponde interferir en tus decisiones.

Maddox suelta una carcajada seca, carente de humor.

—Ya. Qué conveniente. Es muy fácil adoptar esa postura comprensiva ahora, después de haber manipulado cada puto hilo de mi vida.

—Sí, tienes razón.

La confesión golpea la habitación. A Maddox la sorprende tanto como a mí. Bajo la vista hacia el suelo, sintiendo que piso un campo minado.

—Te he manipulado y te he mentido desde el día en que naciste —añade Levi.

Maddox rompe su postura relajada. Avanza a zancadas cortas hasta detenerse frente al imponente escritorio de su padre. Levi parece un rey derrotado. La vitalidad y el aura intocable que siempre lo han caracterizado parecen haberse esfumado, dejando a un hombre que envejeció diez años en un par de minutos.

—Debo admitir que me resulta fascinante que lo confieses en voz alta —la voz de Maddox es fría.

Sé que no debería estar aquí. Soy un espectador en una guerra familiar. Doy medio paso atrás, con la intención de girarme y salir por la misma puerta que Jiashu, pero el movimiento llama su atención. Maddox me mira de reojo, paralizándome.

—No. Quédate —me ordena—. Has formado parte de este circo desde que era una niña. Vas a escuchar esto.

Trago grueso y asiento, enderezando la espalda. Soy su soldado. Siempre he sido su soldado. Debo mantenerme firme, incluso si por dentro me estoy haciendo pedazos.

—Habla —le exige a su padre—. Es la única oportunidad que vas a tener.

Levi apoya ambas manos sobre el escritorio y se yergue un poco. Hay un brillo húmedo en sus ojos cansados.

—Cuando tu madre decidió que quería separarse, me sentí al borde del abismo. Así que te usé. Te usé como ancla para retenerla, pero fracasé. No porque ella no te quisiera, Maddox. Sino porque su desesperación por escapar de mí era mucho más fuerte. —La voz le tiembla levemente. Hace una pausa, tragándose el nudo de su propia miseria—. Tuve terror de que tú crecieras y pensaras como ella. Así que decidí borrarla de tu vida. Dejé que te acercaras cuando cumpliste quince, sabiendo...

—Sabiendo que yo ya estaba moldeada —lo interrumpe ella, asqueada—. Esperaste a que la convicción de que mi madre me abandonó estuviera tan arraigada en mi cabeza que nada pudiera hacerme cambiar de opinión.

—Exacto. No tuve que hablarte mal de ella. Simplemente dejé que se convirtiera en un fantasma.

—Y por eso nunca me diste su carta.

—Nunca vi esa carta, Maddox. Supongo que Nora...

—Se la dio a Milenka —sentencia Maddox.

El nombre de mi madre me golpea en el pecho, dejándome sin aire. Parpadeo, aturdido.

—Nora le confió esa carta a Milenka porque sabía que tú la destruirías antes de entregármela —continúa ella, implacable.

Levi asiente, bajando la mirada.

—Tiene sentido.

El escozor me invade los ojos. Un temblor sordo me recorre los brazos al darme cuenta de que mi propia madre estuvo enredada en esta telaraña de mentiras.

—Lo que no encaja —prosigue Maddox, acorralándolo— es cómo esa carta terminó archivada en un expediente fechado después de su asesinato. Asumo que, cuando los mataron, fuiste tú quien recogió sus pertenencias. Encontraste la carta entre las cosas de Milenka. Quizás pensaste que era para Matthew, o para cualquier otro. Pero como te aterra perder el control, como eres un adicto a manipularnos a todos, simplemente la archivaste y la pudriste en tu caja fuerte.

—Levi... —murmuro, con la voz rota, incapaz de contenerme—. ¿Es verdad? ¿Te quedaste con todas sus pertenencias? ¿Tenías miedo de que pudiera… traicionarte?

El Don de *Draghi* levanta el rostro y nos observa. No hay rastro de culpa en su semblante. Y la verdad, no debería sorprenderme. Pero siempre creí, en mi estupidez, que él tenía límites. Que Maddox era su línea roja. Que la versión oficial sobre Nora era cierta.

Maddox tenía una madre que la amaba. ¿Qué demonios me ocultó sobre los míos?

Aprieto la mandíbula, procesando la magnitud de la confesión.

—Choqué mucho con Milenka a lo largo de los años —murmura Levi, justificándose—. Siempre fue un espíritu libre, una puta bomba de tiempo. A veces, la forma en que me miras me recuerda demasiado

a ella. —Se dirige a Maddox. Veo cómo los hombros de ella se tensan bajo el abrigo—. No me sorprendió hallar un expediente sobre mí entre sus cosas. Tenía uno hasta de Jacob. Supongo que me asustaba lo mucho que se parecía a mí: desconfiaba de su propia sombra.

Maddox niega con la cabeza, asqueada.

—¿Alguna vez has querido a alguien que no seas tú mismo?

Levi hace una mueca de dolor genuino.

—Amé a tu madre con la misma fuerza con la que te amo a ti. Y Jacob... Jacob siempre será mi hermano. Él...

—Tus palabras ya no valen nada, Levi. Al menos para mí.

Maddox se da la media vuelta y camina hacia mí. Se detiene a un palmo de mi rostro. Sus ojos verdes me atraviesan y parecen a punto de llorar.

—Puedes creerle o no. Me da exactamente igual —susurra, y sus palabras son cuchillos hundiéndose en mis costillas—. Al final del día, son igual de mentirosos.

Me esquiva y avanza hacia la salida. Segundos después, el golpe seco de la pesada puerta de caoba retumba en el silencio de la oficina. Me quedo paralizado. Levi tiene la mirada clavada en la madera cerrada.

—No me sorprende que me hayas engañado a mí —confieso, con la voz ronca. Levi gira la cabeza lentamente para verme—. Pero siempre creí que tu límite era Maddox.

Él asiente. Suelta un suspiro cargado de resignación y me devuelve una mirada vacía.

—Podría decir exactamente lo mismo de ti, Matthew.

CAPÍTULO 61

Maddox

El siseo de la tapa de la cerveza al saltar acompaña el rítmico e irritante clic que Jiashu hace con el control remoto frente al televisor. Doy un suspiro largo y pesado antes de llevarme la botella fría a los labios.

—¿Los estadounidenses no ven programas o qué? —pregunta Sima, sin dejar de cambiar de canal.

Cierro los ojos, dejando que el alcohol me raspe la garganta. Ya me estoy arrepintiendo de haberle permitido quedarse en mi departamento. Es casi tan molesto como Lucchese, aunque parece tener menos problemas de ego.

—Maddox —insiste. Abro un ojo y lo veo agitando el control remoto en mi dirección—. ¿No te gusta hablar o qué?

—¿La verdad? —pregunto. Él asiente, expectante—. No. Preferiría estar en absoluto silencio.

—Eres muy aburrida —murmura, regresando su atención a la pantalla—. ¿Qué haces cuando quieres ver una película, entonces?

—¿Sabes lo que son las plataformas de *streaming*?

—Por supuesto que lo sé.

—¿Entonces?

—Es más divertido hacer zapping y tropezar con una película al azar —se encoge de hombros, recostándose en los cojines—. Cuando era niño me gustaba hacerlo y encontrar alguna de Harry Potter.

—Por Dios —murmuro, frotándome la sien—. Eres insufrible.

—No, tú eres aburrida.

—¿Cuántos años tienes? ¿Quince?

—Treinta, de hecho. —Gira el rostro hacia mí, me dedica una sonrisa ladeada y me guiña un ojo—. Tengo una genética excelente.

Le doy otro trago a mi cerveza porque me niego rotundamente a darle la razón en voz alta. Lo cierto es que parece de mi edad. Su cutis es impecable, lo cual no tiene ningún puto sentido considerando el estrés y la sangre que conlleva liderar una facción de la Tríada. O el infeliz se somete a rutinas de *skincare* de diez pasos cada noche, o de verdad tiene una genética privilegiada. Conociéndolo, probablemente sean ambas.

—Escucha, tenemos que hablar de lo que haremos —lo corto, devolviendo la conversación a la realidad.

Jiashu suspira, apaga el televisor y se gira hacia mí, apoyando un brazo en el respaldo del sofá con una actitud irritantemente relajada.

—Ya te dije que hablé con mi tío. Estoy esperando su respuesta.

—¿Y cuánto va a tardar en responder?

—Qué ansiosa nos pusimos —se burla.

Maldigo entre dientes y abro la boca para soltarle una amenaza, pero dos golpes secos en la puerta me interrumpen. Jiashu se encoge de hombros. Me pongo de pie con lentitud, pero por puro instinto recojo la Mossberg que descansa en la mesa ratona antes de avanzar.

Al llegar al recibidor, echo un vistazo a la pantalla de la cámara de seguridad y dejo escapar un suspiro, esta vez de alivio. Quito el seguro y abro.

La radiante sonrisa de Penny me recibe de inmediato y da un chillido de emoción, entra al departamento, esquivándome como un torbellino.

—¡Pensé que podríamos tener una noche de chicas! Conseguí los últimos productos de *skincare* coreanos y... —Se congela a mitad de la sala cuando clava los ojos en Jiashu—. Oh. Creí que estarías sola.

Cierro la puerta con el pie y suspiro.

—Créeme, Pen. Me encantaría estarlo.

—Maddox, no me dijiste que tenías amigas tan lindas —dice Jiashu. Su sonrisa es amplia, y veo cómo Penny se contagia de inmediato—. Soy Jiashu Sima. Un placer.

—Penny —responde ella, acercándose valientemente para estrecharle la mano. Él se la acepta con encanto, y yo pongo los ojos en blanco—. Y para que lo sepas, soy su única amiga.

—Eso tiene mucho sentido —susurra él, guiñándole un ojo.

Penny suelta una risita cristalina y se gira hacia mí, apoyando ambas manos en las caderas.

—¿Entonces? —Arquea una ceja, exigiendo respuestas—. ¿Nada para contarme?

—Es una historia larguísima...

—¿Eso quiere decir que eres otro hijo de mafiosos? —le pregunta Penny a Jiashu de soslayo. Él asiente con la cabeza—. Oh. ¿Esto es una especie de reunión de negocios turbios?

—Se podría decir —concedo.

—¿Y por qué parece que vive aquí?

La sonrisa de mi mejor amiga destila pura travesura.

—Porque lleva cinco días siguiéndome por todo Chicago y ahora necesitamos planear una misión. Es complejo, pero básicamente trabajaremos juntos por un tiempo.

—Oh, de acuerdo —asiente Penny, fingiendo comprender. Vuelve a mirar a Jiashu, quien se encoge de hombros—. ¿Es una alianza para conquistar el mundo criminal?

—Algo así, dulzura —le sigue el juego Jiashu—. Pero debo confesar que la idea de una noche de *skincare* también me resulta muy tentadora.

—¡Perfecto!

Me paso una mano por el rostro. No puede ser verdad.

—No —me apresuro a intervenir, cruzándome de brazos—. No tendremos una noche de chicas.

Ambos me miran con confusión. Penny se deja caer en el sofá junto a él y empieza a sacar frascos de sus bolsas.

—Pero Jiashu quiere, Maddox.

—Sí, Maddox. Quiero mis poros limpios.

—Tenemos un asesinato a gran escala que planear —siseo entre dientes.

—Y ya te dije que no podemos mover un dedo hasta que mi tío responda.

—Pero...

—Vamos —insiste Jiashu, mirándome con pura diversión—. Solo nos relajaremos. O, si estás muy amargada, vete a dar una vuelta y yo me quedaré cuidando a Penny.

—Ni en tus sueños.

Antes de que pueda echarlos a los dos, la puerta vuelve a sonar.

Gruño con pura frustración. Me giro sobre mis talones, marcho hacia la entrada y, esta vez, abro sin siquiera molestarme en mirar la cámara. Maldigo en voz alta.

—Tiene que ser una puta broma.

—¿Cómo está el monstruito más lindo de Chicago? —Lucchese se abalanza sobre mí y me envuelve en un abrazo aplastante. Me tenso de pies a cabeza, forcejeando para soltarme, pero se aferra como una garrapata gigante—. Deja que te quiera, Maddox...

—Esto es surrealista —escucho murmurar a Penny desde el sofá.

Al oír su voz, Lucchese me suelta, me agarra por los hombros y me aparta del camino para entrar al departamento con paso de dueño. En cualquier otro contexto, Harry estaría encantado de ver a Penny, pero al registrar la presencia de Jiashu sentado muy cómodamente a su lado, su rostro se oscurece. Me muerdo el interior de la mejilla para no reírme de su repentino cambio de actitud.

—¿Jiashu Sima? —suelta Lucchese, deteniéndose en seco.

—¿Cómo? ¿Lo conoces? —pregunto, cerrando la puerta.

Harry me lanza una mirada cargada de reproche.

—¿Tú no? Creí que tendrías un expediente completo de él, considerando quién es.

—Yo le dije exactamente lo mismo —apunta Jiashu.

—¿Todos los mafiosos tienen expedientes de los otros mafiosos? —pregunta Penny, fascinada.

—Solo de los herederos más importantes —le susurra Jiashu, inclinándose hacia ella y apoyando una mano con confianza en su rodilla.

—Quítale la puta mano de encima o te haré tragar tus propios dientes.

—Lucchese —advierto, alzando la voz.

Harry tiene los puños apretados y los labios en una línea fina. Jiashu le sostiene la mirada con una sonrisa que busca pleito.

—Cálmate, psicópata —dice, levantando las manos en señal de rendición. Extiende la izquierda—. Estoy comprometido. —Un anillo de compromiso destella en su dedo.

Arqueo una ceja.

—¿Estás en un matrimonio arreglado? —indaga Penny, con los ojos abiertos de par en par. Cuando Jiashu asiente, ella da un pequeño

salto en el asiento y me mira—. ¡Wow! ¡Es exactamente como en los libros que leo!

Vuelvo a poner los ojos en blanco. Toda esta escena parece sacada de una comedia absurda y me está dando jaqueca.

—¿Alguien me explica qué demonios haces tú aquí? —le exijo a Lucchese.

—Vine a verte —se defiende, encogiéndose de hombros—. ¿Y qué hace Sima en tu sofá?

—Es una historia larga —repetimos Penny y yo al unísono.

—Están planeando conquistar el mundo juntos —añade mi amiga—. Algo sobre unir fuerzas.

—Penny —gruño, cerrando los ojos—. Por el amor de Dios.

—Espera, espera un segundo —Lucchese levanta ambas manos y luego señala a Jiashu con un dedo acusador—. Si crees que puedes aterrizar en Chicago y convertirte en su nuevo compañero de asesinatos, estás muy equivocado, Sima. —Lucchese acorta la distancia, me rodea los hombros con un brazo posesivo y me pega a su costado—. Ella ya tiene un mejor amigo para descuartizar gente, y ese soy yo.

—Dios mío, mátenme ya —murmuro hacia el techo.

Penny se muerde el labio inferior para ahogar una carcajada.

—Relájate, rarito —le responde Jiashu, rodando los ojos—. No estoy aquí para robarle la amiga a nadie. Tenemos un objetivo en común y nos necesitamos mutuamente, es todo.

—¿Y cuál es la gran misión? —Lucchese me mira desde arriba.

—Digamos que todavía no pudimos trazar una estrategia porque no dejan de interrumpir mi paz mental —siseo. Lucchese hace una mueca de ofensa y se señala el pecho.

—¿Yo?

—Sí, tú. Y Penny también.

—¡Oye! —se queja ella—. Yo solo quería ponerles mascarillas faciales.

—Tú y yo podemos tener una noche de chicas, dulzura —le guiña un ojo Lucchese. Penny bufa, pero noto cómo un sutil rubor carmesí le sube por el cuello—. En fin, ¿pedimos unas pizzas o qué?

—¿Qué? —Me zafo de su agarre y retrocedo un paso—. ¿Qué clase de invasión es esta? ¿Todos decidieron acampar en mi casa?

Los tres me miran en silencio. Y asienten.

—Son increíbles —gruño, negando con la cabeza—. Yo me encargo de ir a buscar la cena. Necesito salir de este manicomio antes de asesinarlos.

Me dirijo a la isla de la cocina, dejo mi arma sobre el mármol, agarro mis llaves y el abrigo. Les lanzo una última mirada asesina desde la puerta, pero los tres me sonríen con la inocencia de unos malditos ángeles. Salgo al pasillo dando un portazo.

Camino hacia las escaleras en lugar del ascensor. En el fondo, agradezco la interrupción de esos tres idiotas. Si me hubiera quedado sola entre estas cuatro paredes, mi cabeza habría sido mi peor enemiga, y no precisamente por pensar en Marcio Silva o en la estrategia con la *Tríada*.

Estar en silencio significa pensar en Matthew.

Significa revivir el momento en el despacho, recordar cómo casi me derrumbo al verlo tan destrozado. Significa aceptar que, debajo de mi armadura de Regina, lo único que quiero es a él; que lo extraño hasta que me duelen los huesos. Debería odiarlo. Debería querer destruirlo por las mentiras. Pero la parte más oscura, rota y retorcida de mi alma me susurra que no estoy siendo justa.

No quiero ser justa. Quiero estar enojada. El enojo es más fácil de manejar que el dolor.

Llego al último escalón de la planta baja y empujo la pesada puerta que da al lobby del edificio. Saco el móvil del bolsillo para ver la hora y buscar el número de la pizzería mientras avanzo hacia la salida.

Levanto la vista hacia las puertas de cristal de la entrada y me congelo.

Matthew está ahí, parado al otro lado del cristal, mirándome.

CAPÍTULO 62

Maddox

Me quedo paralizada, clavada en el sitio como si mis zapatillas se hubieran fundido con el suelo de mármol. Trago saliva con dificultad antes de obligar a mi mano a empujar la pesada puerta de vidrio.

Matthew está ahí, a apenas un metro de distancia. Él parece a punto de entrar y yo a punto de salir; la absoluta sorpresa grabada en sus facciones es el reflejo exacto de la mía. Al abrirse la hoja de cristal, el viento helado de Chicago me azota la cara sin piedad, provocándome un escalofrío instantáneo. Mierda, olvidé ponerme el abrigo antes de bajar. Visto una simple sudadera gris holgada y pantalones deportivos a juego; ropa cómoda para estar encerrada en casa, nada apta para un reencuentro de esta magnitud.

Y aun así, al ver cómo sus ojos oscuros descienden por mi cuerpo, un pensamiento traidor me cruza la mente: ¿Por qué demonios sigo queriendo gustarle?

Debería estar destilando furia. Tendría que estar gritándole, descargando toda mi rabia acumulada, lanzándole lo primero que tuviera a la mano para obligarlo a comprender el infierno por el que me hizo pasar con sus mentiras. Tendría que exigirle que desaparezca de mi maldita vida, escupirle que lo aborrezco y que rezo por no volver a cruzármelo jamás.

Pero la sola idea de borrarlo de mi mapa hace que algo en mi pecho se contraiga con violencia. No sé si son los fragmentos astillados de mi orgullo o qué, pero es como si una cuchilla invisible se me clavara en el pulmón, cortándome el aire. Porque sería una mentira. No lo

odio. No soporto la distancia que hay entre los dos y, por todos los cielos, me asquea la idea de fingir indiferencia. Me engañó, manipuló mis hilos a su antojo, y mi instinto de preservación me exige que levante un muro de desprecio.

Pero soy incapaz de mantenerlo cuando lo tengo enfrente. Al mirarlo, el rencor se evapora y cede el paso a ese sentimiento oscuro, denso y retorcido que cobra vida propia cada vez que respiramos el mismo aire.

—Estoy cansada —susurro, rompiendo el silencio.

Matthew asiente con lentitud. Mantiene las manos hundidas en los bolsillos de su pantalón negro y noto que sus ojeras son todavía más profundas bajo la luz mortecina de la entrada. Lleva el cabello desordenado, la mandíbula sombreada por una barba descuidada y una camiseta negra arrugada. Nada de ese desastre debería conmoverme, pero solo sirve para confirmar que ambos somos una ruina cuando estamos separados.

—Así que haremos una tregua —decreto, clavando mis ojos en los suyos—. Solo por hoy. O quizás por los días que nos tome llevar a cabo la misión con la *Tríada*.

Los ojos color chocolate de Matthew brillan con una intensidad renovada al escucharme. El alivio suaviza la tensión de sus hombros.

—De acuerdo —responde con la voz queda.

—No tengo fuerzas para desenterrar el pasado ahora mismo, pero que te quede claro: tenemos que hablar de lo que hiciste.

—Lo sé...

—Bien. Entonces, tregua.

Asiente, y veo cómo su nuez de Adán se mueve bruscamente al tragar saliva.

—Maddox...

—Iré por pizza —lo interrumpo, cortando cualquier arranque de sentimentalismo. Él parpadea, confundido por el cambio de tema, y

yo me encojo de hombros—. Es una larga historia. ¿Me acompañas?

—Claro. Vamos en mi coche —dice en voz baja, dando un paso atrás para dejarme pasar—. ¿Milano's?

Una sonrisa traicionera me curva los labios al escuchar el nombre de mi pizzería favorita. Por supuesto que se acuerda. El hecho de que retenga cada uno de mis gustos no debería afectarme, pero lo hace. Como todo lo que hace o dice Matthew Hardaway.

El viaje en su coche transcurre en un silencio cómodo, roto únicamente por la melodía baja que emiten los altavoces. Tarareo la canción casi sin darme cuenta mientras apoyo la mejilla en la mano, viendo cómo las luces de Chicago se difuminan a través de la ventanilla. Por suerte, Milano's no está lejos. En cuanto Matthew estaciona frente al local, abandono el vehículo y me adentro en el establecimiento a paso rápido, sin esperarlo.

Él me alcanza en tres zancadas, colocándose a mi espalda mientras aguardamos en la barra. Una cajera joven, con pecas y una coleta alta, nos mira con una sonrisa ensayada que se vuelve notablemente más brillante cuando se clava en Matthew. Le sonríe con coquetería, ignorando mi presencia por completo.

—Bienvenidos a Milano's. ¿Qué les puedo pedir? —pregunta, arrastrando las palabras con la vista fija en los hombros de mi *consigliere*.

Matthew hace una mueca incómoda y desvía los ojos hacia mí. Siento cómo mi vena territorial da un latigazo.

—Oye, linda —digo entre dientes, inclinándome ligeramente sobre el mostrador—. Si no quieres perder esos ojos tan bonitos, más te vale que dejes de mirarlo como si fuera tu cena.

La joven traga saliva, palideciendo al instante, y asiente con la cabeza gacha. Por el rabillo del ojo, capto la sonrisa abiertamente divertida que Matthew intenta ocultar. Pestañeo, aclarándome la garganta.

—Quiero cuatro pizzas de pepperoni grandes.

—¿Cuatro? —se extraña Matthew a mi lado, arqueando una ceja.

—Sí, bueno... tengo el departamento invadido —suspiro, fastidiada. Dudo un segundo, debatiéndome conmigo misma, hasta que vuelvo a mirar a la cajera—. Y añade una de piña, por favor.

La sonrisa de Matthew se ensancha.

—Perfecto. En cinco minutos sale su pedido —anuncia la chica, ansiosa por librarse de nosotros.

Camino hacia la zona de despacho. Una de las razones por las que amo Milano's, además del sabor, es la velocidad con la que trabajan.

—¿Eso significa que estoy invitado a la cena? —murmura su voz ronca, demasiado cerca de mi oreja.

Lo miro de reojo, alzando una ceja, pero no puedo evitar que se me escape una pequeña sonrisa.

—Claro —murmuro—. A menos que prefieras quedarte en el coche muriendo de hambre. Puedo cancelarla si quieres...

—Por supuesto que no —se apresura a decir, cruzándose de brazos. Debo reclinar la cabeza hacia atrás para sostenerle la mirada debido a la diferencia de estatura. Matthew se inclina hacia mí, acortando la distancia—. Gracias por pedirla. Sé cuánto detestas la piña en la comida.

Me encojo de hombros, intentando desesperadamente fingir indiferencia ante su cercanía y el calor que desprende su cuerpo.

—A veces me sorprende tu pésimo gusto, Hardaway.

—Tú me gustas —suelta con una ligereza letal, mirándome fijamente —. Así que mis gustos son impecables.

Siento el impacto de sus palabras directo en el estómago.

—Es cierto —susurro, incapaz de rebatirlo.

Su risa ronca reverbera a mi espalda, un sonido que extrañaba tanto que me escuece el pecho.

Fieles a su palabra, las pizzas están listas cinco minutos después. Matthew carga las cinco cajas en una sola mano con una facilidad insultante, mientras que con la otra me abre la puerta del copiloto. Ruedo los ojos por puro hábito.

—Puedo llevar la mitad.

—No es necesario —responde, acomodándolas en el asiento trasero antes de subir al lado del conductor y arrancar—. ¿Necesitamos pasar por algo más?

—No, estamos bien —murmuro. Me inclino hacia el tablero para encender la radio, pero al no encontrar ninguna estación decente, resoplo—. Debería conectar mi teléfono.

—Toma, usa el mío. —Lo saca del bolsillo de su pantalón y me lo extiende sin apartar la vista de la carretera—. Ya está emparejado.

—De acuerdo. —Tomo el aparato, enciendo la pantalla y el aire se me atora en la garganta.

El fondo de bloqueo es una foto de los dos frente al espejo del baño de su departamento. Recuerdo perfectamente ese amanecer; yo misma tomé la fotografía la mañana siguiente a nuestra segunda noche juntos. Me muerdo el labio inferior, obligándome a mantener la compostura.

—¿La clave?

—Tu cumpleaños.

Tecleo la fecha y el móvil se desbloquea al instante, revelando el fondo de pantalla principal: otra foto mía, esta vez sola. Estoy usando una de sus camisetas negras, con los ojos adormilados y una mueca de fastidio adorable mientras acuno mi rostro con las manos. La tomó una mañana mientras desayunábamos. Niego con la cabeza en silencio. ¿Por qué demonios tiene que hacerlo tan difícil?

Busco una lista de reproducción aleatoria y reproduzco el primer tema que capta mi atención. El interior se inunda con los acordes melancólicos de *Older*, de Lizzy McAlpine. Trago grueso al escuchar la letra; es demasiado acertada para el momento actual. Clavo la

vista en la ventanilla, perdiéndome en las calles oscuras de Chicago hasta que vislumbro mi edificio.

Subimos juntos en el ascensor. Intento concentrarme en cualquier maldita cosa que no sea su presencia invasiva, que parece devorar todo el espacio reducido de la cabina. Mis ojos descienden inevitablemente hacia las cajas que sostiene; al subir la mirada por sus brazos, trago saliva al ver cómo los músculos de sus antebrazos se tensan por el peso.

Mierda. Definitivamente necesito poner a cargar mi vibrador esta noche.

En cuanto las puertas se abren, me apresuro a salir al pasillo. Matthew me sigue con paso tranquilo y rítmico. Saco las llaves e intento abrir la cerradura, pero mis manos tiemblan ligeramente por los nervios. Por el rabillo del ojo, noto cómo la comisura de su boca se eleva en una sutil sonrisa de suficiencia. Maldigo entre dientes, empujo la puerta y entro.

Me detengo en seco y Matthew choca de lleno contra mi espalda.

Sentados en mi sofá de diseño están Harry, Jiashu y Penny. Los tres llevan mascarillas faciales de arcilla verde y observan la televisión con absoluta naturalidad. Al vernos entrar, tres pares de ojos se desvían hacia nosotros con sonrisas que se borran instantáneamente al registrar la enorme silueta que se alza detrás de mí.

—¿Estas son tus visitas? —susurra Matthew cerca de mi oído—. Increíble.

—Créeme, me encantaría estar sola —le devuelvo el susurro, avanzando hacia la cocina mientras ignoro las miradas inquisitivas del trío—. Pero Jiashu no tiene un lugar seguro donde quedarse en la ciudad, así que...

—¿Qué? —Matthew la frena a mitad de camino, dejando las cajas sobre la isla con un golpe seco—. ¿Ese tipo va a dormir bajo tú mismo techo?

—Tuve la misma maldita reacción, amigo —interviene Lucchese desde el sofá, cruzándose de brazos.

—No soy tu amigo —lo fulmina Matthew con una mirada que podría matar a un hombre común. Luego, vuelve a encararme—. Maddox, ¿qué significa esto?

—Tengo hambre —sentencio con voz cansada, presionando los labios —. Y acordamos una tregua abajo, Hardaway, así que compórtate.

Matthew aprieta la mandíbula, pero cede.

—De acuerdo —murmura.

Asiento y comienzo a sacar los platos y vasos de las alacenas. Matthew se encarga de abrir las cajas de pizza mientras tanto. Nos movemos por el espacio con una sincronía perfecta, como si estuviéramos en nuestra propia burbuja. Al darnos la vuelta, descubrimos que los tres de la sala nos observan fijos, analizando cada microgesto.

—¿Todo bien por ahí? —pregunta Penny, entornando los ojos tras la capa de arcilla.

—Sí, es decir... ¿corremos el riesgo de que Maddox te rebane el cuello en mitad de la cena? —añade Lucchese.

Matthew me mira de reojo con una sonrisa ladeada. Yo me limito a encogerme de hombros.

—Correré el riesgo —me guiña un ojo.

Niego con la cabeza, incapaz de contener una pequeña sonrisa.

—De verdad que ustedes dos están jodidamente locos —suspira Jiashu, acercándose a la isla para tomar una porción de pepperoni—. Pero me agradan.

—Te terminas acostumbrando —murmura Penny, imitándolo y sentándose en uno de los taburetes.

Harry se apresura a arrastrar otra silla para colocarse justo al lado de mi amiga. Ella le sonríe de lado y luego regresa su atención al asiático.

—Entonces, ¿un matrimonio arreglado por la *Tríada*?

—¿De qué están hablando? —pregunta Matthew, confundido, mientras se sirve una porción de pizza de piña. Al notar mi mueca de absoluto asco, rueda los ojos—. Deberías darle una oportunidad, Maddox. Es un manjar.

—Ni en tus sueños, Hardaway.

—Jiashu está comprometido en un matrimonio concertado —le informa Penny antes de darle un mordisco a su porción.

—¿En serio? —Matthew arruga la frente, masticando—. ¿Eso todavía ocurre?

—De dónde vengo, las tradiciones no cambian tan fácil —responde Jiashu con un suspiro—. Aunque, para ser honesto, no me molesta.

—¿Y cómo es tu prometida? —indago, apoyándome en la barra mientras como.

—Joven y normal —confiesa, provocando que todos lo miremos con extrañeza—. La conozco lo suficiente para aceptar el trato, no quiero formar vínculo aun. No hasta que resuelva mis... asuntos pendientes aquí en Chicago.

—¿Con *«asuntos pendientes»* te refieres a pegarle un tiro a tu tío? —pregunta Matthew, yendo al grano.

—Wow —suelta Penny, entusiasmada—. Definitivamente esta es la cumbre de la mafia. —Se gira hacia Lucchese—. ¿Y tú? ¿Cuál es tu papel en esta invasión?

—Extrañaba a mi rubí, por supuesto —le susurra Harry con voz melosa. Penny rueda los ojos, pero un evidente rubor carmesí empieza a teñirle el cuello—. Pero también estoy aquí porque quiero respaldar a Maddox.

—¿Por qué necesitas involucrarte en esto, Harry? —le pregunto, seria.

—¿No necesitas un ejército para aplastar a la *Tríada* y a Marcio? —Abre los brazos con arrogancia—. Pues aquí me tienes. Mis hombres

y mis armas están a tu entera disposición. Y yo también.

Trago saliva, bajando la vista hacia mi plato. Siento la mirada intensa de Matthew quemándome la piel y noto cómo se desplaza sutilmente hasta quedar pegado a mi costado.

—¿Qué pasa? —me susurra, su tono cargado de una nota protectora.

Alzo los ojos hacia él antes de desviar la mirada hacia Harry.

—Esta no es tu guerra, Lucchese. No tienes por qué arriesgar a tu familia en esto.

—Lo sé —me corta Harry, perdiendo toda la fachada de payaso y mirándome con una seriedad absoluta—. No lo hago por obligación, Maddox. Lo hago porque quiero. Quiero pelear a tu lado.

—Harry, ¿eres consciente del mensaje político que darías a las otras familias si Nueva York se mete en Chicago? Esto no es un asunto de tu organización...

—Es un asunto tuyo —sentencia con firmeza—. Es tu venganza. Y yo voy a estar ahí para respaldarte porque eso es lo que hace un mejor amigo.

Solo en ese momento noto la forma en que Penny contempla a Harry. Su labio inferior tiembla ligeramente y se lo muerde con fuerza para disimular la emoción; sus ojos brillan con una devoción evidente. Sonrío de lado, conmovida por la lealtad de ese idiota.

—Todavía no he decidido si eres mi mejor amigo, Lucchese —murmuro.

—Como dije, son jodidamente raros —apunta Jiashu entre bocados —. El plan base es simple: concretar un encuentro diplomático entre Marcio y mi tío Zixuan.

—¿Y ustedes los emboscan por la espalda? —Penny lo mira, fascinada.

—Algo así —asiente Sima—. Yo me encargo de ejecutar a mi tío y Maddox liquida a Marcio. Si nos coordinamos, nada debería salir mal.

—O todo podría convertirse en una masacre —corrijo, soltando un suspiro—. Zixuan aún no responde el mensaje. En cuanto mueva ficha, trazaremos la estrategia final.

—Hecho —asiente Harry, devorando otra porción.

Lo observo detenidamente, ladeando la cabeza al caer en la cuenta de un detalle.

—Espera... ¿pretendes quedarte a vivir en mi departamento hasta que ejecutemos la misión?

—Esa es la idea, sí. ¿Por qué?

—No, de ninguna manera —niego rotundamente—. No puedes quedarte aquí. Jiashu ya está ocupando la única habitación de invitados que tengo.

—¡Oye! Yo llegué a tu vida mucho antes que este tipo —me reclama Harry, ofendido.

—Lucchese, por el amor de Dios, madura.

—Se pueden quedar en mi departamento.

La profunda voz de Matthew zanja la disputa. Lo miro de inmediato y él me devuelve una sonrisa de labios presionados, con los ojos entornados.

—Tengo un sofá bastante amplio y una habitación libre con la que no hago nada.

—Tú me detestas, Hardaway —lo acusa Harry, apuntándolo con un trozo de pizza.

—Y sospecho que a mí tampoco me tienes especial afecto —añade Jiashu, divertido.

Matthew exhala un suspiro pesado, cruzándose de brazos.

—Es verdad. Los detesto a los dos. Pero prefiero soportar sus patéticas caras en mi propia casa antes que pasarme la noche imaginando que están aquí durmiendo cerca de Maddox —gruñe, su

tono destilando esa posesividad oscura y territorial que me debilita las piernas.

Me muerdo el labio inferior, desviando la mirada. No, sus celos enfermizos no deberían provocarme absolutamente nada... pero me encienden por dentro.

—Bien, asunto arreglado —concluyo, limpiándome las manos con una servilleta antes de arrojarla sobre la isla—. Recojan todo cuando terminen. Yo me voy a...

—¡Alto ahí! Espera un momento, Maddie —me frena Penny—. Dijimos que esta era una noche de chicas. Yo no me voy a mover de este sofá.

—De acuerdo —suspiro—. Tú te puedes quedar en mi cama...

—Yo también me quiero quedar —anuncia Harry.

—¿Puedo acampar aquí también? —se suma Jiashu—. Ese tipo de ahí —señala a Matthew— tiene una mirada de psicópata que me da bastante miedo.

Matthew arquea una ceja, manteniendo los brazos cruzados, implacable.

—No se van a quedar todos en mi departamento. No hay espacio para...

—¡Una pijamada mafiosa! —exclama mi mejor amiga, dando aplausos.

—Esto tiene que ser un maldito chiste —murmuro, frotándome las sienes—. De acuerdo. Nosotras dormimos juntas en mi habitación y...

—No, ni hablar. Penny duerme conmigo —dictamina Lucchese. Con una velocidad felina, agarra a mi amiga de la cintura y la sienta de golpe sobre su regazo; lo hace con tanta fuerza que me sorprende que el taburete no haya salido volando—. Tú puedes dormir con tu guardaespaldas en tu cuarto y Sima se queda con el sofá.

—A mí me viene de maravilla el sofá —apoya Jiashu, acomodándose los cojines.

No, no, no.

Abro los ojos de par en par, sintiendo el pánico y la anticipación mezclarse en mi sangre.

—No, ¿qué clase de...?

—A mí no me parece una mala idea —murmura Matthew a mi lado.

Hago una mueca de protesta, pero él simplemente se encoge de hombros. Antes de que pueda articular palabra, me agarra de la mano y me tira hacia él con firmeza.

—Acordamos una tregua, ¿recuerdas? —me susurra al oído, su aliento cálido erizándome la piel—. Prometo mantener las manos quietas. Si tú quieres.

—Ya... —Intento zafar mi agarre, pero antes de que mi cerebro procese el movimiento, Matthew se inclina, me sujeta por los muslos y me levanta en vilo. Mis pies abandonan el suelo y, en un parpadeo, me encuentro suspendida sobre su hombro musculoso—. ¡Matthew! ¡Bájame ahora mismo!

—¡Que descansen! —gritan los tres idiotas desde la sala.

Lo último que logro ver antes de que Matthew gire por el pasillo directo a mi habitación son las expresiones de absoluta diversión de mi mejor amiga, Harry y Jiashu.

Los voy a asesinar a todos, pienso, mientras el calor del cuerpo de Matthew me invade por completo.

CAPÍTULO 63

Matthew

Maddox se cruza de brazos frente a mí. Su cabello negro quedó completamente desordenado después de que la bajara de mi hombro, y no puedo evitar que se me escape una sonrisa.

—Eres un bruto —murmura, empujándome el pecho con fastidio.

Antes de que logre dar un solo paso atrás, la sujeto firmemente por los brazos y la estampo contra mi cuerpo. Sus ojos verdes se abren de par en par, tomados por sorpresa, y la siento tensarse por completo bajo mi agarre.

—Matthew... —advierte, su voz apenas un susurro.

—¿Ya te dije lo hermosa que eres? —le devuelvo en el mismo tono, acortando la distancia.

Separa los labios para protestar, pero lo único que logra emitir es un suspiro tembloroso. Me muerdo el labio inferior, incapaz de apartar la mirada de sus facciones. Todo en mi maldita existencia sería más simple si no llevara años locamente enamorado de ella. Pero la amo demasiado como para dejarla ir. Pensar que me aborrece me revienta el pecho; sé perfectamente que mi actitud es la de un bastardo egoísta, pero no puedo cambiarlo. No puedo cambiar lo que soy ni lo que hice para mantenerla a salvo.

—Matthew —repite, y noto un brillo húmedo en sus ojos.

—Sé que me detestas —admito, hablando a milímetros de su rostro —. Sé que me odias por lo que pasó, sé que...

—Matt...

—Pero dioses, eres tan jodidamente hermosa que me dejas sin aliento —confieso—. Y te extraño. Te extraño hasta volverme loco.

Traga saliva con dificultad y desvía la mirada hacia mi pecho. Se queda fija exactamente donde late mi corazón, justo encima del dragón que llevo tatuado en la piel por ella.

—Lo siento —susurro. La libero despacio, dando un paso atrás para darle aire. Ella retrocede, recuperando el aliento. Alzo ambas manos a la altura de mis hombros, recordándole nuestro pacto—. Manos quietas.

Maddox esboza una sonrisa amarga, niega con la cabeza y se gira sobre sus talones hasta desaparecer en el baño. En cuanto escucho el clic de la puerta al cerrarse, exhalo el aire que me quema los pulmones y me dejo caer pesadamente contra la madera.

Joder. Paso una mano por mi cabello, frustrado, y recorro la habitación con la mirada. La cama sigue exactamente igual a como estaba hace meses. Demasiado grande para una sola persona. Demasiado repleta de fantasmas. Lo que tuvimos antes del colapso fue breve y jodidamente frágil; quizás porque supe desde el primer segundo que todo estaba mal. Desde la forma en que manejé las cosas hasta el silencio que mantuve. Intentamos ganarle una partida al tiempo y perdimos. Ahora soy más consciente de eso que nunca.

El sonido del agua corriendo detrás de la puerta del baño corta mis pensamientos. Cierro los ojos apenas un instante.

Maldito error. Mi cabeza me traiciona de inmediato.

La memoria me arrastra a sus piernas enredadas alrededor de mi cintura. A sus uñas marcando mi espalda con desesperación. A su respiración agitada contra mi oído mientras pronunciaba mi nombre como si tuviera el poder de destruirme con él.

Aprieto la mandíbula, sintiendo una punzada de dolor en la entrepierna.

—Manos quietas —me ordeno a mí mismo en un gruñido.

Camino hacia el ventanal y observo el perfil iluminado de Chicago expandiéndose bajo la noche. Desde esta altura, el mundo parece pequeño, controlable y fácil de manejar, pero no es más que una ilusión. Ahora mismo tengo dos guerras frente a mí junto a Maddox: su propia venganza contra Marcio y la red de mentiras que nos rodea. Y ni siquiera sé por cuál de los dos frentes debería empezar a disparar.

Miento. Sí lo sé. Mi prioridad absoluta es mantenerla viva, aunque eso signifique que deba odiarme un poco más cada día.

El eco del agua golpeando los azulejos me resulta ensordecedor. Apoyo una mano contra el cristal helado, dejando que el frío empañe mi reflejo. Un soldado de la mafia no tiene el lujo de jugar limpio; nunca lo tuve. Desde el momento en que me obligaron a mancharme las manos de sangre por primera vez, entendí que en este maldito entorno solo sobreviven los que jalan el gatillo antes que el resto. Con Maddox, jalé el gatillo contra su propia confianza para evitar que viera al monstruo debajo de mi piel.

No podía permitir que me mirara así. Yo vi la lástima en los ojos de Levi la noche en que me convertí en un asesino. Sabía que Maddox me miraría igual: primero con lástima, luego con miedo, y terminaría aborreciéndome. Bueno, la realidad actual no dista mucho de ese escenario. Me odia, o al menos intenta hacerlo con todas sus fuerzas, a pesar de la tregua que me concedió.

Lo cierto es que no me arrepiento de nada. Si el tiempo volviera atrás, tejería la misma red de engaños, falsificaría los mismos informes y enterraría los mismos secretos. Prefiero mil veces verla enfurecida, que saberla muerta.

El dolor de una mentira se asimila; la muerte es definitiva. Y yo no voy a perderla.

Una parte de mí, la más retorcida, disfrutó ver ese destello de deseo en su mirada antes de que se encerrara en el baño. Disfruté comprobar que, aunque esté furiosa, le provoco exactamente el mismo cortocircuito que ella me provoca a mí. Maddox sabe

perfectamente qué clase de bastardo soy. No puede odiarme por completo porque entiende las reglas del juego: en Chicago nadie se salva siendo un santo, y yo soy el demonio que ella necesita para consumar su venganza.

Un hilo de vapor empieza a filtrarse por la rendija inferior de la puerta, trayendo consigo el aroma dulce de su champú de vainilla. Cierro los puños dentro de los bolsillos del pantalón, tensando la mandíbula hasta que me duele. Me aterra perderla, es mi única debilidad, el único cabo suelto que cualquiera podría usar para ponerme de rodillas. Por eso mismo, no voy a dejar que se aleje.

Al principio pensé que el ataque iba dirigido a ella porque sabían que Maddox era mi punto ciego. Pero esa teoría carecía de sentido, especialmente después de que involucraran a mi propio hermano. La confirmación llegó cuando ella me contó que los hombres de Marcio no dejaban de preguntar por un tal Marcus. Ahí lo entendí todo: Marcio Silva busca venganza porque cree que Levi Salvatore asesinó a Marcus. Al imbécil jamás se le cruzó por la cabeza que un maldito mocoso de dieciséis años fuera capaz de cometer semejante atrocidad.

El ruido de la puerta me obliga a girarme.

Maddox sale del baño usando una camiseta negra enorme que reconozco al instante: es mía. El aire abandona mis pulmones con tanta violencia que llego a marearme. La tela oscura le cae por debajo de los muslos, y trago saliva al ser plenamente consciente de que muy probablemente no lleve nada debajo. Sigue secándose el cabello con la toalla, manteniendo la vista al frente. Camina como si no tuviera idea del efecto devastador que causa en mí.

O tal vez lo sabe perfectamente y lo usa como un arma. Verla así es peor que tener el cañón de una Glock apoyado directamente en mi pecho.

—Dejaste tu camiseta aquí —comenta al pasar por mi lado.

—Lo noté —respondo, con la voz más ronca de lo normal.

Ella arquea una ceja, deteniéndose.

—¿Qué?

—Que lo noté —repito, incapaz de desviar los ojos de sus piernas desnudas.

Maddox rueda los ojos, pero capto el sutil color rosado que le sube por el cuello. Está furiosa conmigo, me odia, y aun así decide dormir usando mi ropa. Se acerca a su lado de la cama y comienza a apilar las almohadas justo en el medio del colchón, construyendo una barrera deliberada. La observo en silencio, arqueando una ceja.

—¿Qué se supone que haces?

—Una pared.

Suelto una risa seca, carente de humor.

—¿Una pared?

—Sí, una pared. Para asegurarme de que no intentes nada raro.

—Maddox, cariño —le digo, dando un paso al frente—, si yo quisiera intentar algo raro esta noche, esa maldita fila de almohadas no haría ninguna diferencia.

Me apunta con un dedo acusador, fulminándome con la mirada.

—Precisamente por comentarios como ese necesito la pared.

Una pequeña sonrisa se me escapa. Es la primera vez en días que la dinámica entre nosotros se siente normal. Como antes. Pero el juego se termina en cuanto deja de moverse y me clava la mirada; el silencio vuelve a caer sobre la habitación de manera aplastante. Es un ambiente incómodo, denso, cargado de todas las verdades que ninguno de los dos se atreve a pronunciar.

Evita mi contacto visual mientras se desliza bajo las sábanas. Yo sigo de pie junto al ventanal.

—¿Vas a quedarte ahí quieto toda la noche? —pregunta finalmente, dándome la espalda.

Niego y trago saliva.

La observo unos segundos más antes de apagar el interruptor. La habitación queda sumida en la penumbra, iluminada únicamente por el reflejo azulado y frío de la ciudad que entra por los cristales.

Me quito el pantalón y la camiseta, quedando únicamente en ropa interior. Camino hacia mi lado de la cama y me acuesto sobre las sábanas, marcando una distancia prudente. La barricada de almohadas nos separa en el centro. Maddox gira la cabeza levemente hacia mí. Siento sus ojos verdes fijos en mi perfil y debo morderme el labio inferior para controlarme; lo único que quiero es mandar a la mierda los cojines, arrastrarla hacia mi cuerpo y fundirme en ella.

—No puedo creer que estemos haciendo esto —murmura hacia la oscuridad.

—Yo sí —respondo, con la vista fija en el techo—. Toda nuestra relación consiste en tomar malas decisiones y fingir sorpresa después.

Maddox suelta una pequeña risa ahogada.

Joder. Ese maldito sonido casi me destroza las costillas, porque la extraño con una intensidad dolorosa.

—Siento que me va a dar un maldito infarto —confieso en voz alta, cerrando los ojos.

—¿Qué?

—Si vuelves a reírte así... —Niego con la cabeza, soltando el aire que me quema por dentro—. Te extraño tanto que me duele el pecho a un nivel físico, Maddox.

—Matthew...

—No me arrepiento de haberte protegido, pero sí de la forma en que lo hice —giro el rostro para encararla—. Lo siento. Debí buscar otra manera. Te juro por mi vida que quise hablar contigo un millón de veces, que estuve a punto de confesar todo.

Un destello de duda cruza su mirada. Entrecierra los ojos, apartando la vista durante un segundo eterno antes de volver a sostener la mía.

—Eso no es una excusa, y lo sabes perfectamente.

—Lo sé —murmuro, sintiendo el peso de la culpa en la lengua—. Pero tenía miedo.

—¿De qué podrías tener miedo?

—De perderte —confieso, y la voz se me quiebra de una forma que detesto. Siento una presión brutal detrás de los ojos. No soy un hombre que llore; la última vez que lo hice tenía dieciséis años y las manos empapadas con la sangre del asesino de mis padres. Pero tenerla a centímetros y sentirla a un océano de distancia me está matando—. Tenía terror de que me miraras y solo pudieras ver al monstruo que soy.

—¿Lo eres? —Su voz es un susurro apenas audible que corta el aire.

—Lo soy. Desde los dieciséis años. Quizás desde mucho antes. Pero no me pesa mi pasado, Maddox, porque lo repetiría mil veces si con eso garantizo que sigas respirando. No me avergüenzo de mi maldita naturaleza.

—Lo sé —murmura, tensando la mandíbula bajo la luz de la luna.

—Asesinaría a cualquiera que intente ponerte una mano encima. Le arrancaría el corazón a mi propio hermano si tú me lo pidieras —la crudeza de mis palabras llena el espacio, pero no hay un solo gramo de falsedad en ellas. Es la realidad—. Y no sentiría ni un ápice de remordimiento.

Maddox se remueve incómoda, girándose sobre el colchón hasta quedar por completo de costado, encarándome de frente.

—Y no estoy molesta por eso, mierda, Matthew. Me encantaría odiarte por ser un bastardo despiadado y sin límites. Me encantaría tener el valor de pedirte que te largues de mi vida, pero...

—¿Pero? —insisto. Mi corazón martillea contra mis costillas con una fuerza salvaje, esperando la estocada.

—Pero necesito estar molesta porque me mentiste —su voz se tiñe de una frustración rota—. Me miraste a los ojos y me sostuviste una farsa durante meses.

—*Tesoro*...

—He pasado el último año intentando huir de la sombra de mi padre, haciendo lo imposible por no convertirme en él —confiesa, y sus ojos brillan con una capa de lágrimas que se niega a dejar caer —. Y resulta que me enamoré de un hombre que manipula y miente de la misma maldita manera.

Ese golpe duele más que cualquier impacto de bala que haya recibido. Trago saliva, parpadeando para disipar la niebla en mis propios ojos.

—Lo siento —admito, con la voz rota—. De verdad, yo...

—Lo sé —me interrumpe con un suspiro pesado, cerrando los ojos—. Sé que te quema el remordimiento por haberme engañado, pero necesito tiempo, Matthew. No quiero que te alejes. Te necesito a mi lado, te necesito como mi *consigliere* en la guerra que se viene, pero por favor... dame espacio para procesar esto.

—Lo que me pidas, *tesoro*. Siempre.

Vuelvo a colocarme boca arriba, fijando la vista en el techo oscuro. Soy más consciente que nunca de la corriente eléctrica que su cercanía provoca en mi cuerpo, de una necesidad física de tocarla que me está volviendo loco. Termino agradeciendo internamente la barrera de almohadas que ella misma improvisó; es mi contención para no saltar sobre ella.

De pronto, siento el movimiento a mi lado y abro los ojos de golpe. Maddox empieza a quitar las almohadas una a una, arrojándolas al suelo. Me quedo completamente paralizado, con una ceja alzada, sin atreverme siquiera a respirar. Lo siguiente que hace me deja sin aliento: toma mi mano derecha, la arrastra hacia su cuerpo y se

desliza por el colchón hasta acurrucarse contra mi costado, buscando mi calor.

Mierda.

—*Tesoro*... —murmuro, impactado.

—Abrázame —susurra contra mi pecho.

No me lo pide dos veces. Me giro por completo, envolviéndola en mis brazos con una fuerza casi desesperada, como si temiera que fuera a desvanecerse entre mis dedos si aflojo el agarre. Escondo el rostro en su cabello, aspirando el aroma a vainilla que desprende su piel, mientras mi corazón late desbocado contra su oído. Cierro los ojos con una sola certeza en mente: que se mude el mundo entero si quiere, pero de este lado de la cama, ella sigue siendo mía. Y mañana jugaré mis cartas para recuperarla por completo.

CAPÍTULO 65

Maddox

Frunzo el ceño en cuanto abro los ojos. El lado del colchón que debería estar ocupando Matthew está completamente vacío, y las sábanas han perdido su calor. Me estiro, obligando a mis músculos a desperezarse, y me siento de golpe. Froto la piel de mis brazos con las palmas de las manos en un intento inútil por generar fricción; tendré que ajustar la calefacción si no quiero enfermarme antes de tiempo.

Bostezo, abandonando la cama, y me dirijo directo al baño. Mientras me cepillo los dientes, no puedo evitar soltar una risa seca al ver mi reflejo en el espejo. Llevar su enorme camiseta negra para dormir había sido un golpe bajo, pero necesitaba verlo sufrir. Aunque recuerdo el tono roto de su voz anoche y la desesperación de su abrazo, me queda claro que ya lo está haciendo.

Bien. Si mi maldito corazón es incapaz de odiarlo por sus mentiras, al menos lo haré agonizar un poco en el proceso.

Me inclino sobre el lavabo y me observo con detenimiento. Las ojeras bajo mis ojos ya no son tan cadavéricas. Dormir me sentó bien, aunque un par de horas no bastan para reparar el desgaste mental de las últimas semanas. No puedo darme el lujo de derrumbarme, primero tengo una venganza que ejecutar a sangre fría. Después, y solo después, decidiré qué demonios hacer con el elefante en la habitación que es mi inestable relación con Matthew. Me lavo la cara, aplico crema hidratante y, antes de salir, me pongo unos pantalones deportivos.

La puerta de la habitación de invitados está cerrada al pasar por el pasillo. Espero, por el bien de todos, que Lucchese se haya comportado y Penny no esté a punto de cortarle la garganta.

Al entrar a la cocina, el aroma a café recién hecho me recibe. Matthew está parado frente a la isla, preparando tostadas, se gira en cuanto me escucha y me dedica una sonrisa contenida. Se acerca con una taza humeante y me la ofrece. La tomo sin dudarlo, pero justo cuando estoy a punto de dar el primer sorbo, se inclina y presiona sus labios contra mi frente en un beso suave.

Parpadeo aturdida y doy un paso atrás.

—¿Cómo dormiste? —pregunta. Su voz tiene ese timbre ronco, profundo y rasposo de las mañanas. Lo había olvidado, y volver a escucharlo es como recibir una bofetada de realidad que me debilita las piernas—. Yo dormí excelente.

—Ya —murmuro, dándole otro trago largo a la taza para ganar tiempo—. Dormí bien.

Me siento en uno de los taburetes y mi mirada recae en el sofá de la sala. No hay nadie allí. Está impecable, con cada cojín alineado simétricamente y una manta negra doblada en un extremo.

—¿Viste a Jiashu? —pregunto.

Matthew niega con la cabeza, acercándome un plato con tostadas y mermelada de fresas.

—Qué extraño...

—Asumo que ese bolso deportivo es suyo —comenta él, señalando hacia la entrada con la barbilla antes de beber de su taza. Asiento; es el mismo equipaje que dejó la noche que regresamos de nuestro encuentro en el callejón—. Quizás salió a resolver algo.

Tomo una tostada y le doy un mordisco, pensativa.

—No hemos hablado de su repentina aparición —señala con tono casual.

—Bueno, no hemos hablado de muchas cosas últimamente —suspiro, esquivando la indirecta—. No lo sé. Lleva siguiéndome cinco días. No me ha causado problemas, pero es... un poco raro. Como tener otro Lucchese rondando por ahí.

Matthew se tensa a mi lado de forma instantánea. Su mandíbula se cuadra y alzo las cejas, incapaz de contener una pequeña risa.

—¿Qué te causa tanta gracia? —gruñe, acomodando su postura—. No me agrada en lo absoluto que te sigan.

—¿Y que duerma aquí en mi sala tampoco?

—Por supuesto que no —sentencia.

Niego con la cabeza, riendo por lo bajo.

—Eres increíble.

—¿Confías en él?

Termino la tostada y me limpio las comisuras con una servilleta, evaluando mis palabras.

—Sí. Al menos lo suficiente.

—¿Qué significa eso?

—Lo suficiente como para unir fuerzas, no para firmar una alianza de negocios —me encojo de hombros—. Le pedí a Will que lo investigue a fondo.

Siento el peso de sus ojos color chocolate sobre mí. Matthew apoya ambos codos sobre el mármol negro de la isla, inclinándose en mi dirección con una ceja arqueada.

—¿Solo eso? —murmura en voz baja.

Me vuelvo a encoger de hombros con falsa inocencia. Él niega lentamente con la cabeza, pero una sonrisa de puro orgullo tira de sus labios.

—No esperaba menos —admite.

Estoy a punto de replicar cuando mi móvil vibra sobre la encimera. Arrugo la frente al leer el nombre en la pantalla: Nora. No debería sorprenderme que mi madre llame a estas horas. Después de enterarme de toda la verdad, hablé con ella y le conté los detalles, incluido lo de Matthew. Debería haberle confesado mis planes de regresar a Chicago para cobrar sangre, pero me dijo que era obvio; que jamás se tragó el cuento de que solo venía de visita.

Suspiro, preparándome mentalmente, y respondo.

—Hola, mamá.

—¡Maddie! —exhala, y escucho el alivio en su tono—. Anoche te escribí y no recibí respuesta. Me tenías preocupada...

—Sí, tuve una cena un tanto inusual —hago una mueca. Matthew capta la indirecta y sonríe sobre el borde de su taza—. Pero estoy bien, no te preocupes.

—Me alegra escucharlo, cielo. —Hace una pausa, y su tono cambia a uno más denso—. ¿Has hablado con tu padre?

El nudo de tensión se forma de inmediato en mi garganta.

—Claro —respondo, y la frialdad de mi voz me sorprende—. No salió bien, por supuesto. Lo enfrenté. Digamos que descubrí cómo llegó exactamente a sus manos la carta que le diste a Milenka.

Escucho a mi madre soltar una maldición entre dientes al otro lado de la línea. Observo a Matthew de reojo; bebe su café en silencio, pero su mirada está clavada en mí. Me pregunto si él habrá vuelto a cruzar palabra con mi padre. No tuve en cuenta que él también descubrió cosas, y ni siquiera le he preguntado cómo lidia con eso. Lo cierto es que solo he tenido espacio mental para procesar mi propia miseria.

—Hija, cielo... —murmura mi madre, cautelosa—. Debes hablar con tu padre.

—Ya lo hice.

—Bien, entonces debes darle una oportunidad para explicarse.

Niego con la cabeza, apretando el teléfono como si ella pudiera verme. La escucho bufar con frustración.

—No…

—Maddox Francesca. Sabes que debes hacerlo.

—No sé si *debo* hacerlo, pero no me importa. No quiero escucharlo. Al menos no aún —confieso, rotunda.

—¿Entonces cuándo?

—Primero debo encargarme de otro asunto.

—¿Te refieres a asesinar a Marcio Silva? —pregunta, sin inmutarse.

Hago una mueca.

—Sí.

Nora exhala un suspiro pesado.

—De acuerdo. Solo... cuídate, por favor. ¿Hablaste con Matthew al menos?

Cruzo la mirada con él. Levanta una ceja, perfectamente consciente de que acaba de entrar en la conversación.

—Digamos que sí. Aunque todavía tenemos mucho de qué hablar... —Me callo de golpe. Una voz grave, anunciando algo a través de un altavoz, resuena de fondo en la llamada—. Espera, ¿estás en un aeropuerto?

—Por supuesto que no —responde, demasiado rápido.

—Mamá...

—Maddie, por Dios, ¿por qué estaría en un aeropuerto? La Semana de la Moda de Londres empieza en una semana, no pienso moverme a ningún lado salvo a Inglaterra.

Suspiro, nada convencida.

—De acuerdo —murmuro. Mi teléfono vuelve a vibrar en mi mano; alejo el aparato de mi oreja un segundo para ver la pantalla. Es un mensaje de Will—. Mamá, debo irme. Hablamos luego, ¿sí?

—Está bien, hija. Cuídate, por favor.

—Claro. Adiós.

Cuelgo y abro el mensaje de Will de inmediato.

—Al parecer, Zixuan por fin se puso en contacto —le anuncio a Matthew.

Él frunce el ceño, dejando la taza.

—¿Cómo...?

El sonido de la cerradura lo interrumpe. La puerta del departamento se abre y Jiashu cruza el umbral. Se ve irritado. Camina a zancadas hasta la cocina y planta ambas palmas sobre el mármol de la isla. Lleva su teléfono móvil en una mano con la pantalla hacia abajo, y me fulmina con los labios apretados en una línea fina.

—Mi tío se contactó —anuncia con seriedad.

—Esa es una buena noticia... —empiezo a decir.

—No finjas que no lo sabes —me corta en seco. Levanta el teléfono a la altura de su rostro—. Pinchaste mi puto teléfono, Maddox.

—Ups —murmuro, encogiéndome de hombros sin un ápice de culpa.

Veo a Matthew morderse el labio inferior, conteniendo una sonrisa mientras niega con la cabeza.

—¿Es que no confías ni en tu propia sombra? —me recrimina Jiashu.

Trago saliva. Siento un pinchazo de incomodidad cuando recuerdo las palabras de mi padre: *«Quizás me asustaba lo mucho que se parecía a mí: siempre desconfiaba de todos».*

—Estás completamente loca —sentencia Jiashu.

En una fracción de segundo, la atmósfera cambia.

—Hey. Cálmate o te arranco los putos ojos de la cara exactamente como lo hice con Hiroshi —gruñe, y el tono amenazante de su voz hace que Jiashu se tense de pies a cabeza—. Me importa una mierda que seas el heredero de lo que sea. Vuelve a hablarle así y vas a

acabar de regreso en China dentro de una caja de madera sin nombre.

Jiashu lo evalúa en silencio, pero antes de que la tensión escale a los golpes, una tercera voz rompe el hielo.

—Ufff, qué bien que la mañana inicia tan tranquila y zen —Lucchese aparece arrastrando los pies por el pasillo, con aspecto de recién levantado y rascándose la cabeza con pereza—. Buenos días, pequeños girasoles mafiosos.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Es que en este país todos tienen que ser tan jodidamente extraños? —murmura Jiashu, frotándose la cara. Niega y vuelve a mirarme—. En fin. Voy a olvidar que pinchaste mi móvil, pero por favor, necesito que confíes en mí.

—Confío en ti —me defiendo, alzando la barbilla—. Solo me cuido la espalda.

Jiashu me clava una mirada intensa.

—¿Y no es agotador cuidarte la espalda tú sola todo el tiempo?

Trago saliva. ¿Por qué demonios la conversación se ha vuelto tan personal y aguda de repente? Siento la mirada fija de todos sobre mí, quemándome la piel. Bajo la vista un segundo, exhalando el aire acumulado en mis pulmones para despejar la tensión.

—¿Dónde está Penny? —pregunto.

—Dándose una ducha —responde Harry.

—Bien —asiento. Alzo la vista de nuevo hacia Jiashu—. ¿Cuál es el plan?

CAPÍTULO 66

Matthew

—¿Una emboscada? ¿Ese es el plan?

Cierro los ojos un segundo y cuento mentalmente hasta diez. La simple pregunta hace que la sangre me hierva en las venas. El instinto violento de cruzar el despacho, agarrar a Marco por el cuello y reventarle la cabeza contra la madera de caoba por atreverse a cuestionarla me quema las manos. No ha hecho más que estorbar desde que Maddox dio inicio a la reunión. Pero me contengo, porque sé perfectamente que, si a ella le molesta, se encargará.

Busco sus ojos verdes al otro lado de la sala. Cuando nuestras miradas chocan por encima del mapa desplegado, ella arquea una ceja y niega de forma imperceptible. Sabe lo que estoy pensando.

—¿Por qué siento que te molesta mi plan? —murmura Maddox. Gira el rostro hacia su derecha y ladea la cabeza—. Jace, ¿mi plan es estúpido?

El rubio se tensa en su asiento.

—Por supuesto que no —responde de inmediato, haciendo un esfuerzo por ocultar una sonrisa burlona.

Marco palidece un tono.

—No quise decir eso…

—¿Will? —lo interrumpe Maddox, ignorándolo por completo.

Will se limita a negar con la cabeza, exhalando un suspiro resignado.

—No.

—Lucchese, ¿te gustaría opinar?

Harry está recostado en la silla de terciopelo detrás del escritorio principal, con las botas cruzadas directamente sobre la superficie impoluta.

—No. Todavía me gusta respirar —murmura, jugando con un encendedor.

—Espera, en serio, no quise… —intenta Marco de nuevo.

—¿Por qué siento que me tratan de estúpida? —lanza Maddox al aire. Se endereza lentamente y deja caer la cadera contra el borde de la mesa ovalada—. Porque, corríjanme si me equivoco, pero me parece que no lo soy.

—Claro que no lo eres. —La arrogancia de Marco ha desaparecido por completo; su voz tiembla ligeramente bajo el escrutinio de ella. Sonrío de lado, incapaz de evitarlo, y él baja la vista al suelo—. Lo siento, no quise decir eso.

—Pero lo dijiste.

—Yo…

—Corrección: lo insinuaste.

Marco traga saliva, alzando la vista lo justo para conectar con los ojos de su jefa.

—Sí. Lo insinué —admite al fin. Maddox arquea una ceja, incitándolo a seguir—. Solo esperaba algo más…

—¿Más?

—Elaborado —suelta despacio.

Maddox chasquea la lengua. Se aparta de la mesa y comienza a rodearla con pasos lentos. Marco nota el movimiento y se tensa. Cuando Maddox se detiene justo detrás de su silla, él levanta la vista, petrificado. Ella se limita a sonreírle. Lleva el cabello negro recogido en una coleta alta, tirante, y sus ojos brillan con intensidad.

Aprieto la mandíbula. No hay nada más jodidamente excitante en este mundo que ver a Maddox así: deseosa de venganza, adueñándose de su poder, convirtiéndose en la líder despiadada que nació para ser.

—Marco —murmura ella, inclinándose hasta apoyar ambas manos sobre la mesa, acorralándolo a los lados de sus hombros—. Esto no es una maldita fiesta. Es una misión.

—Lo sé…

—Una donde van a morir muchas personas —advierte en voz baja, arrastrando las palabras—. Y si no quieres ser el primero, más te vale no volver a cuestionarme. ¿Queda claro?

Marco asiente con rigidez.

—Acepto críticas y sugerencias operativas, no soy una dictadora —continúa Maddox, recuperando su postura erguida y alejándose de él —. Pero no me voy a quedar sentada escuchando cómo dudan de mí. Porque jamás los vi cuestionar los planes de mi padre. —Regresa a la cabecera de la mesa—. Pensé que ya había quedado claro, pero lo repetiré para los que tienen mala memoria: si alguien no está de acuerdo con cómo dirijo esto, es libre de irse. Puede romper la *omertà*... y prepararse para pagar las malditas consecuencias.

Lo dice con una sonrisa afilada que hiela la sangre. El silencio en el despacho es absoluto. Marco asiente, derrotado; Pablo mantiene los labios apretados en una línea fina, y el resto del equipo luce perfectamente cómodo con la amenaza explícita.

Esta era la visión de Maddox: reunirnos a puertas cerradas para distribuir las piezas en el tablero. Yo supervisaría a los soldados que entrarían con Marco y Pablo; Jace abastecería el arsenal pesado, y Will se encargaría de hackear el perímetro. Si todos aprobábamos la estructura, mañana empezaría el entrenamiento. Jiashu ya estaba atando cabos con su tío desde mi departamento, encerrado en una de las oficinas libres bajo vigilancia constante. No le hizo gracia el arresto domiciliario, pero era la única forma de mantenerlo vivo. Además, la reunión que pautó con el entorno de Marcio fue

escoltada por dos sicarios de Lucchese para inyectar credibilidad a la farsa.

Hasta el momento, la red se estaba tejiendo a la perfección.

—En cinco días, Marcio Silva, se reunirá con Zixuan, líder de la *Tríada 14K* —Maddox rompe el silencio, clavando un dedo en un punto específico del mapa—. Jiashu organizó la reunión. Zixuan irá flanqueado por los hombres de Lucchese, que se harán pasar por su guardia personal. Y serán los mismos que…

El ruido del picaporte interrumpe su frase. Todos giramos la cabeza al unísono, luego vuelvo a verla y, a pesar de los metros que nos separan, noto cómo su espalda se tensa como la cuerda de un arco. Su expresión se endurece en cuanto su padre cruza el umbral.

—¿Qué demonios haces aquí? —sisea entre dientes.

—Vengo a ayudar —responde Levi con calma, alzando ambas palmas en señal de paz—. En lo que necesites…

—Yo lidero esto, Levi —corta Maddox.

—Lo sé. Solo vengo a servir como soldado.

Me giro hacia ella de inmediato. Nuestros ojos se encuentran. Le ofrezco una sonrisa de apoyo. Ella exhala un suspiro cargado de agotamiento, niega con la cabeza y termina señalando una silla vacía en una esquina. Su padre lee perfectamente la concesión y toma asiento a dos metros de distancia, sin decir una palabra más.

—En fin —retoma Maddox, deslizando sus uñas oscuras sobre el plano hasta golpear un edificio marcado en rojo—. La reunión será aquí. Un depósito portuario abandonado que Marcio utilizaba hace años para lavado y distribución, bajo la estúpida ilusión de que nadie más conoce su existencia.

—¿Cómo encontraron ese lugar? —pregunta Jace, genuinamente sorprendido—. Es decir, cuando la ruta se enfrió hace dos años, ¿no destruyeron los registros?

—Así es —concede Maddox, desviando la mirada hacia Will—. Pero gracias a una buena fuente externa, conseguimos las coordenadas exactas.

Cierro los puños sobre mis muslos hasta que las uñas se me clavan en la piel. Máximo. Me doy cuenta al instante. No tengo idea de si ella y ese bastardo han vuelto a hablar a mis espaldas, y sé que ahora mismo no tengo el maldito derecho a exigir explicaciones, pero los celos me devoran el estómago como ácido.

—Jiashu vendió el encuentro de manera que Zixuan parezca desesperado por entrar al mercado estadounidense a través de Marcio —continúa ella—. Tráfico de personas, rutas ilegales y distribución portuaria. Exactamente la misma red que intentaron montar con Hiroshi hace dos años y que nosotros arruinamos. Silva está convencido de que va a cerrar el negocio de su vida. —La atmósfera del despacho se vuelve asfixiante—. Los hombres de Marcio llegarán primero para barrer el perímetro. Encontrarán exactamente lo que esperan: cargamentos falsos y un edificio aparentemente seguro.

—Espera —irrumpe Levi, mirándola con horror mal disimulado—. ¿Habrá... literalmente niñas en los contenedores?

Maddox pone los ojos en blanco, pero es Harry quien se adelanta.

—No. Habrá una celda de seguridad sellada donde se supone que están. Pero adentro no habrá nadie.

—Pero si van a revisar...

—Se estará reproduciendo un bucle de audio hiperrealista desde el interior —Lucchese se encoge de hombros, restándole importancia —. ¿Qué? Lo saqué de *«Misión Imposible»*. Va a funcionar.

El equipo asiente, dándolo por bueno. Maddox exhala por la nariz.

—Jiashu se encargará de que se sientan cómodos. Lo suficiente como para que bajen la guardia, pero no tanto como para que huelan la trampa —sus dedos trazan una línea hacia otro cuadrante del plano—. Mientras tanto, Marco y Pablo tomarán posiciones aquí y

aquí. Cuando Marcio cruce las puertas del salón principal, sellarán las salidas externas. Nadie entra y nadie sale sin una orden directa mía.

—¿Y si intentan una extracción por el sector norte? —cuestiona Jace.

—Imposible —declara ella con tranquilidad—. Will va a interferir los sistemas eléctricos de todos sus vehículos diez minutos antes de la reunión. Sin autos. Sin señal. Sin vía de escape.

Will esboza una media sonrisa desde su rincón.

—Además, Jiashu aislará a Silva de su guardia personal en cuanto empiece la negociación. Zixuan exigirá privacidad total para discutir los márgenes de ganancia. Y el ego de Marcio hará el resto. Así funcionan los hombres como él —se encoje de hombros—. En el instante en que Silva quede aislado en la oficina, Lucchese y sus hombres bloquearán el corredor oeste. Matthew liderará el asalto principal desde el flanco sur, destrozando su seguridad. Y yo entraré por la puerta trasera.

Levi frunce el ceño, enderezándose en la silla.

—¿Tú sola?

Maddox gira el rostro hacia él y una sonrisa le curva sus labios.

—No necesito compañía para destruir a un monstruo.

El silencio cae otra vez y noto a Levi dudar.

—Déjame acompañarte —suplica su padre. Maddox tuerce el gesto —. Por favor, Maddox…

—No —corta en seco—. Puedo hacerlo yo sola.

Levi no insiste. Aprieta los labios y se limita a asentir. Pensé que intentaría pelearlo, pero sabe que, al igual que yo, está caminando sobre una maldita cuerda floja con ella y debe respetar sus límites o arriesgarse a perderla del todo. A mí tampoco me hizo gracia cuando me comunicó esta mañana que enfrentaría a Marcio a solas, pero cuando quise rebatirle, su mirada de advertencia lo dijo todo.

—Jiashu se encargará de evacuar a su tío en medio del fuego cruzado. Yo me encargaré de Marcio. Un coche acondicionado nos estará esperando en el callejón trasero.

—¿Lo llevarás a la celda de *Draghi*? —pregunta Levi.

Maddox suelta una risa baja.

—No. Tengo un lugar especial para él.

CAPÍTULO 67

Maddox

El ambiente dentro de la oficina es tenso. Mis últimas palabras dejan un silencio incómodo flotando en el aire. Algunos me miran con sorpresa; otros, con absoluta neutralidad. Mi padre parece procesar la brutalidad de mis órdenes, y a Lucchese... a Lucchese le importa una mierda.

—De acuerdo —murmura Pablo, con la vista fija en los planos de la ciudad.

—Mañana a primera hora los quiero en el centro de entrenamiento —ordena Matthew. Me mira y asiente. Hago un esfuerzo titánico por ignorar el hecho de que sus ojos llevan dos horas quemándome la piel—. Los hombres de Lucchese también estarán ahí. Lo principal es que todos memoricen el perímetro y sus posiciones.

—Yo tendré listas las armas para la tarde —aporta Jace.

—En dos días tendré los códigos de seguridad del lugar —dice Will. Alzo una ceja y él exhala un suspiro—. Aún no he terminado de desencriptarlos...

—El ataque es en cinco días. ¿Lo tendrás o no? —presiono.

No dudo de Will. En lo que respecta a ciberseguridad, es un genio. Pero no hay margen de error. No cuando estamos tan cerca de saborear la venganza.

Los ojos grises de Will me sostienen la mirada y noto su mandíbula tensa.

—Lo tendré —asegura—. Dame dos días.

—Mi especialista podría tenerlo antes —canturrea Lucchese desde su rincón.

Nunca había visto una mirada tan asesina en Jace. El rubio se gira hacia Harry, a punto de saltar sobre la mesa para molerlo a golpes.

—Cierra la puta boca —sisea Jace.

Lucchese sonríe, abandona su postura relajada y apoya ambos puños sobre el escritorio.

—Escuchen. Maddox fue muy clara sobre la misión —suspira, perdiendo su tono burlón—. Pero si son lentos, se los resumo: cero errores. No solo por ella, sino por mí. Me estoy jugando el cuello en una guerra que no es mía; lo hago porque quiero, pero no voy a permitir que nos maten a todos porque alguien necesita más tiempo para teclear un maldito código.

—Lucchese —advierte Matthew en un gruñido grave.

—No me tientes, porque te juro que voy a reventarte —escupe Jace.

Mi padre luce fastidiado por la interrupción. Yo también lo estoy, pero la cruda realidad es que Lucchese tiene razón. Will no aparta los ojos de mí, ignorando el caos a su alrededor como si solo le importara mi veredicto.

—Dos días —sentencio. Will asiente. Lucchese vuelve a sonreír con arrogancia—. Es todo por hoy. Nos vemos mañana a primera hora.

Uno a uno, los soldados abandonan el despacho. Dejo salir el aire contenido en mis pulmones. Siento la mirada verde de mi padre clavada en mi perfil. Matthew y Lucchese siguen aquí, por supuesto. Matthew me ha dado mi espacio a regañadientes, manteniéndose cerca, como mi sombra fiel. Y Lucchese... bueno, no se perdería el drama por nada del mundo.

—¿Estás bien?

Giro el rostro hacia mi padre y arqueo una ceja.

—Por supuesto. Estoy a punto de conseguir lo que llevo esperando dos años. ¿Cómo iba a estar mal?

Veo su garganta moverse al tragar saliva.

—Yo he estado ahí —murmura, su voz cargada de sombras—. Sé lo que te espera al final del camino de la venganza, *mia cara*.

Trago saliva en seco, pero aprieto los labios en una línea dura.

—Yo no soy tú.

Asiente. Por una fracción de segundo parece herido, pero luego se recompone.

—Por supuesto que no —susurra—. Y me alegra que no lo seas.

Sus palabras flotan en la oficina, densas y cargadas de una sinceridad que me descoloca. Lo observo en silencio. Bajo la luz tenue, las arrugas alrededor de sus ojos parecen más profundas. Siempre vi a mi padre como alguien invencible, pero hoy parece que los años le hubieran caído encima de golpe.

Lo he odiado estos días. Lo he repudiado por cada secreto, por mover las piezas en la oscuridad mientras yo creía ciegamente en su lealtad.

—Si de verdad te alegrara, no me habrías heredado un imperio construido sobre tus malditas mentiras —suelto.

Mi tono ya no tiene el veneno habitual. He evitado analizar demasiado mi furia hacia él y hacia Matthew, porque muy en el fondo, una parte retorcida de mí los entiende.

Levi se apoya en el borde de la mesa de caoba.

—Las mentiras son lo único que mantiene en pie estas paredes, Maddox —responde con calma ronca—. Te engañé, sí. Le mentí a Nora, a nuestros enemigos, a mis hombres y a ti. Pero mírame. —Se golpea el pecho con el índice—. Sigo respirando. Y lo más importante: tú estás aquí, sentada en la cabecera, viva y al mando.

Desvío la vista. Mi furia choca de frente con la lógica de este mundo. Levi no me engañó por maldad; lo hizo porque en este mundo, la

transparencia es una sentencia de muerte. Me protegió a su manera, tóxica y cruel, pero efectiva.

De reojo, veo a Matthew tensarse. Sigue en su silla, inamovible, evaluando cada microgesto en la habitación. Lucchese finge un interés repentino en el cristal de su reloj, apoyado contra la biblioteca.

Me clavo las uñas en las palmas por debajo de la mesa. Me juré que mi reinado en *Draghi* no sería una réplica del suyo. Pero pienso en Marcio Silva encadenado en mi sótano dentro de cinco días, en las atrocidades que voy a hacerle... y la hipocresía me da una bofetada.

Voy a secuestrar, torturar y destruir bajo la excusa de la justicia.

Exactamente como mi padre.

Exactamente como el bastardo que me secuestró.

Exactamente como Matthew.

¿Quién carajos decide quién es el monstruo en esta historia?

—Tendré que aprender a mentir mejor que tú, entonces —admito al fin, rompiendo el silencio.

La comisura de mi padre se eleva un milímetro. Exhala un suspiro largo y se aparta de la mesa. Asiente hacia Matthew y Lucchese, dirigiéndose a la salida, pero se detiene en el umbral.

—Te veo en cinco días.

Asiento sin decir una palabra.

En cuanto la puerta se cierra, Lucchese suelta un suspiro tan dramático que Matthew y yo compartimos una mirada.

—Wow. Eso fue... intenso —dice Harry, caminando hacia nosotros—. Como soy huérfano, no recuerdo lo que es discutir con papá. —Se encoge de hombros y le da una palmada en la espalda a Matthew—. Esta noche tenemos pijamada, galán.

—Ni me lo recuerdes —gruñe Matthew.

Lucchese se inclina hacia su oído.

—Siempre puedo ir a dormir acurrucado con Maddox...

En menos de un segundo, Matthew le clava el cañón de su arma directamente en el estómago.

—¡Matthew! —grito.

—Creí que ya habíamos superado esto de las armas —suspira Lucchese.

—No me provoques —sisea Matthew, bajando la pistola de mala gana. Lucchese rueda los ojos y retrocede hacia la puerta—. Podría degollarte mientras duermes.

—Ya, ya, fiera. —Harry le resta importancia con la mano—. Te veo en el bar, guardaespaldas. Necesito alcohol en sangre antes de dormir contigo y con Sima.

El silencio nos envuelve en cuanto nos quedamos solos. Aunque estamos separados por la inmensidad de la mesa ovalada, el ambiente cambia al instante.

—¿Podrías prometerme que no vas a matarlo?

—No.

—Matthew...

—Maddox —murmura, esbozando una sonrisa cansada—. Es insoportable y yo estoy al borde del colapso mental. No haré esa promesa.

Bufo.

—¿Lo intentarás, al menos? —Hago una mueca—. Por mí.

Su sonrisa se ensancha un poco, negando con la cabeza.

—De acuerdo —suspira—. ¿Llevarás a Marcio a tu calabozo personal?

—Por supuesto... Espera, ¿cómo lo sabes? —Fui cuidadosa, solo Will lo sabía. Mierda—. ¿Will te lo dijo?

Se encoge de hombros con naturalidad y suelto una maldición.

—Pensó que podríamos encontrarte ahí cuando... bueno, ya sabes. —Asiento, recordando la noche que escapé—. No sabía que Luc seguía encerrado ahí. Me di cuenta de lo furiosa que estabas cuando vi en qué estado lo dejaste.

Esta vez, soy yo la que se encoge de hombros.

Esa noche necesitaba desquitarme. No llamé a nadie para que limpiara mi desastre; solo me aseguré de dejarle lo básico para que no se desangrara. Lo he estado visitando. Sigue respirando, que es lo único que me importa, porque planeo asesinarlo frente a su padre.

—Sí, lo estaba —admito en voz baja.

—¿Ya no lo estás?

El brillo oscuro en su mirada me paraliza. Trago saliva; un escalofrío me recorre la espina dorsal.

—No presiones, Matthew.

Él asiente y comienza a rodear la mesa con una lentitud depredadora. Mi corazón arranca como un motor fuera de control. Bajo la vista, pero cuando lo siento cerca, la levanto de nuevo. A medio metro de distancia, Matthew Hardaway se deja caer de rodillas frente a mí.

Toma mis manos, que descansan sobre mi regazo, y se las lleva a los labios. Besa mis nudillos con una delicadeza que me quiebra. Mi pulso enloquece. Escucho los latidos retumbar en mis oídos. El olor de su colonia, mezclado con su calor corporal, me marea.

Mierda. Cómo lo extraño.

Guía mis manos hasta su pecho. Las presiona exactamente sobre su corazón, justo donde las líneas rojas del dragón que se tatuó por mí le marcan la piel.

«No tengo corazón, Maddox. En su lugar te tengo a ti, porque eres dueña de todo, incluso del aire que respiro. Eres dueña de mi jodida vida.»

Sus palabras me golpean la memoria. Me las dijo una tarde, enredados en sus sábanas después de hacerme el amor, cuando le pregunté qué sentía al llevar ese tatuaje.

Mis ojos pican. Sus iris color chocolate brillan con una intensidad desgarradora.

—Te fallé —murmura.

Su voz es áspera, cargada de una desesperación tan cruda que, por un instante, no queda ni rastro del soldado que orquesta masacres con frialdad. Y detesto que eso me destruya.

—Y pasé cada maldito segundo desde entonces quemándome vivo por ello —presiona mis manos con más fuerza contra su pecho. Contra el tatuaje. Contra ese corazón salvaje que late bajo mis palmas con una violencia enfermiza, como si quisiera romperle las costillas para llegar hasta mí—. Dije que eras la dueña de mi vida y no era una puta metáfora, Maddox. —No aparta los ojos de los míos ni un milímetro—. Lo eres. Desde el segundo en que te conocí. Nací el día que me miraste por primera vez, y dejaré de respirar el día que decidas apartar la mirada. Eres mi reina. Mi jefa. Mi mujer... Mi puta religión, Maddox.

Mi respiración tiembla.

—Matthew —logro decir, sin aliento.

—Me equivoqué. Fui un imbécil. Y si sigues furiosa, castígame. Rómpeme. Hazme sangrar. Saca tu arma y vacíame el puto cargador en el pecho ahora mismo si eso es lo que necesitas para cobrarte mi error.

Acorta el último milímetro de distancia y apoya su frente contra la mía. Cierro los ojos, temblando al sentir su aliento caliente chocando con el mío, envuelta en la intensidad abrasadora que irradia.

—Pero no me apartes —suplica. Y que un asesino tan feroz y orgulloso como él me ruegue de esta manera hace que mi mundo entero se colapse—. No me mires como si fuera un maldito extraño.

Porque prefiero morir mirándote a los ojos que vivir sabiendo que fui yo quien destruyó esto.

Dios.

Que él, un hombre capaz de arrancarle la garganta a alguien con sus propias manos, esté arrodillado suplicándome... me hace sentir que el suelo desaparece bajo mis pies.

Suelta una de mis manos para ahuecar mi mejilla. Su pulgar atrapa la lágrima traicionera que se escapa de mis pestañas.

—Me arrastraré sobre cristales rotos y quemaré este puto mundo hasta los cimientos si eso es lo que cuesta que vuelvas a confiar en mí —sentencia. Cada sílaba es un juramento oscuro e inquebrantable—. Porque prefiero morir de rodillas a tus pies, que vivir un solo segundo en un mundo donde no me permitas tocarte. Haz conmigo lo que quieras, Maddox. Pero déjame quedarme.

CAPÍTULO 68

Maddox

El frío de Chicago se me cuela por las costuras del abrigo. Agradezco llevar el gorro y los guantes, aunque la verdad es que de poco sirven. Diciembre ya pesa sobre la ciudad y el cielo amenaza con descargar la primera nevada de la temporada en cualquier momento.

Le dije a Matthew que me quedaría durmiendo en mi departamento. Mañana es el último día de entrenamiento, el día clave, y se supone que debería estar descansando. Pero las palabras de nuestra última charla se me quedaron incrustadas en el cráneo y no me dejan en paz. Ya no me quedan excusas reales para alejarlo. Solo me queda mi maldito ego.

Él sufre por mí. Me lo demostró hace tres días en mi despacho. Y la peor parte, la más oscura de mí, es que necesito que sufra más; necesito que su agonía empate con lo que me destrozó su mentira. Quizás por eso estoy aquí, congelándome en la azotea del edificio frente al de su hermano, con el rifle de precisión montado sobre el trípode y la mira clavada en la ventana por donde Máximo debería aparecer.

Will y yo desenterramos mucha mierda estos últimos días. Eso, sumado a lo que Máxmo me entregó en aquel USB, me dejó el panorama muy claro. Máximo y Matthew comparten sangre, sí. Son igual de manipuladores y mentirosos. Pero ahí terminan las malditas similitudes. No se rigen por el mismo código.

Matthew tiene algo que en este mundo es una rareza: lealtad. Sí, me mintió. Exactamente como lo hizo mi padre y como lo he hecho yo toda mi vida para sobrevivir. Pero Matthew no me tiró a los lobos por una venganza barata. Al contrario, se manchó las manos para evitarlo. La diferencia abismal entre los hermanos es a quién le rezan: Máximo se idolatra a sí mismo. Matthew me venera a mí.

A veces me jode darme cuenta de lo mucho que me parezco a Máximo. Yo también confío únicamente en mí —y a veces ni eso— y no le rindo cuentas a nadie. Pero yo jamás entregaría al hombre que amo a una sala de tortura.

Me costó sangre, sudor y lágrimas entender que Máximo nunca me quiso. Ni siquiera a su manera enferma y retorcida. Fui un simple peón. Me dejó jugar a ser la reina en su tablero, pero él siempre movió las piezas. Y cuando decidió que yo era el precio a pagar por su venganza, me entregó. Dejó que me rompieran. Fui un medio para un fin, y cuando ya no le serví, partió el tablero conmigo adentro.

Pero subestimó un pequeño detalle. Debió asegurarse de reducirme a cenizas. Porque aquí estoy.

Levanto los binoculares y apunto hacia su ventanal. Todo está a oscuras hasta que, de golpe, las luces se encienden. Ahí está. Máximo se pasea por el departamento que alquiló con una tranquilidad que me revuelve el estómago. Mi posición es inmejorable: tengo visión directa a su sala y a la mesa de centro frente al televisor. Justo donde dejé el paquete.

En cuanto ve la caja, se congela. Se acerca con pasos cautelosos, se sienta en el borde del sofá y duda. A través del cristal, lo veo inclinarse, pasar las manos por el cartón y olfatear el aire. Tiene buen instinto, lo sé, por eso me aseguré de sellar el contenido dentro de un compartimento aislante. No iba a arruinarle la sorpresa antes de tiempo.

Quiero que la abra. Quiero que vea exactamente lo que hay dentro y que entienda el puto mensaje de una vez por todas.

Saca una navaja del bolsillo y corta la cinta de embalar. Abre las solapas y, gracias al aumento de los lentes, capto cómo frunce el ceño. Está desconcertado. Saboreo el momento. Mete las manos, extrae la hielera blanca del interior y aparta el cartón. La coloca sobre la mesa y la inspecciona. Incluso acerca la oreja, buscando el tic-tac de un explosivo.

Me muerdo el interior de la mejilla y aprieto el agarre de los binoculares.

—Vamos —susurro contra el viento helado—. Ábrela.

Como si el eco de mi voz lo alcanzara, rompe el sello hermético y levanta la tapa.

Sonrío al ver su reacción.

Da un salto hacia atrás, trastabillando. Su rostro se deforma en una mueca de asco visceral, y leo perfectamente los insultos que escupen sus labios. Llevo una mano al interior de mi abrigo, saco el móvil desechable que Will me consiguió y marco el número del teléfono que metí junto al regalo.

Todavía no pulso el botón de llamar. Aguardo unos segundos más. Máximo vuelve a inclinarse sobre la caja, tapándose la boca y la nariz con una mano. Lo entiendo. No todos los días te envían por correo un corazón humano intacto.

Presiono el botón de llamada.

Da un respingo al escuchar el timbre salir de la caja. Abre los ojos de par en par, se acerca de nuevo y gesticula una maldición. Mi sonrisa se ensancha. Lo veo dudar pero al final mete la mano, apartando la carne, saca el móvil ensangrentado y responde.

—¿Quién demonios eres? —exige. Su voz suena grave, pero el ligero temblor de fondo lo delata.

Exhalo un suspiro suave.

—¿No te gustó? Lo elegí yo misma.

—¿Maddox? —La palabra abandona su garganta en un ahogo. Esa confusión pura es un manjar—. ¿Qué...? ¿Quién...?

—Tomas —respondo con frialdad. Lo escucho soltar una maldición ahogada. Sabe perfectamente de quién hablo—. ¿Lo recuerdas?

Fue una jugada arriesgada. Cuando Will se enteró, intentó detenerlo. Lucchese tampoco estaba convencido, pero acató mis órdenes. Necesitábamos atraer a uno de los hombres de confianza de Marcio antes de la misión principal, un infiltrado que nos abriera el camino; el vacío lo llenaría un soldado de Lucchese. Pero era un secreto que debía mantenerse blindado, una carta bajo la manga contra Sima.

Tal como mi padre, he aprendido a no confiar en todos.

Supongo que sí soy más parecida a Levi Salvatore de lo que me gustaría admitir.

Así que busqué al guardia. Me reconoció de inmediato en aquel bar de mala muerte a las afueras de Chicago. Estaba demasiado ebrio para reaccionar a tiempo. Cuando intentó desenfundar, el arma de Lucchese ya estaba presionada contra su nuca.

Lo siguiente fue abrirle el pecho.

—Estuvo en mi secuestro. En mi tortura —continúo, arrastrando las palabras—. ¿Estuvo él también a tu lado mientras mirabas?

—Maddox, escúchame...

—¿Qué? —lo corto en seco.

Máximo niega frenéticamente con la cabeza. Se aparta del sofá y camina hacia el ventanal. Sus ojos barren la oscuridad, buscándome, pero es inútil. Planeé esto con días de anticipación; mi posición es invisible para él.

—¿Creíste que después de tu pequeña ayuda volverías a serme útil?

—¡Mierda, Maddox! —grita, pateando una de las sillas del comedor —. Viste el contenido de la memoria, ¿verdad? —Arqueo una ceja detrás de la mira—. La viste y aun así... ¿quieres asesinarme?

—Lo siento, creo que me perdí la parte donde entregarme un puto USB borra el hecho de que me vendiste como carne de matadero.

—¡Todos mienten! —ruge a través de la línea. Alejo el aparato unos centímetros de mi oreja y pongo los ojos en blanco—. ¡Matthew no es mejor que yo!

—Creo que nadie es mejor que nadie en este mundo, Máximo. Solo que algunos somos mucho más inteligentes.

—¡Lo hice para sobrevivir! Lo hice por mis padres, lo hice...

—Lo hiciste por ti —sentencio.

Él sigue negando. Se pasa las manos por el cabello, tirando de las raíces con desesperación. Está perdiendo el control, y me fascina verlo así. Sabe que soy capaz de jalar el gatillo en este mismo instante. Camina en círculos por la sala.

—Todo lo que has hecho en tu miserable vida, lo has hecho por ti. Tu única lealtad es hacia tu propio ego.

—¡Somos iguales en eso!

—Sí. Pero yo no te traicioné.

—¿Follarte a mi hermano no es traicionarme?

Ruedo los ojos, hastiada.

—Vete al diablo, Máximo —murmuro, perdiendo la paciencia—. En fin. Solo llamaba para avisarte que cuides tu espalda. No vaya a ser que el próximo corazón que aparezca dentro de una caja de cartón sea el tuyo.

Niega con la cabeza y se gira de lleno hacia la ventana. Apoya una palma contra el cristal y clava la mirada en el vacío. Casi parece que me está mirando directamente a los ojos. Pero sé que no ve más que su propio reflejo asustado. Y aunque me viera, me daría igual; no tiene escapatoria.

—¿Quieres saber qué es lo que realmente creo? —susurra.

—Ilumíname.

—Creo que todo esto es un puto juego para ti. Porque así eres. Te excita jugar con la comida, eres adicta el control y tener poder sobre la vida de todos.

—En eso no te equivocas...

—Pero no me harás nada —asegura—. No puedes hacerme nada. No quieres hacerlo. Porque te enamoraste de este monstruo, Maddox. Puedes ir a refugiarte a la cama de mi hermano todo lo que quieras, pero escúchame bien: siempre vas a ser mía.

Dejo escapar una risa fría que se pierde en la brisa nocturna.

—Máximo, Máximo... —chasqueo la lengua—. ¿De dónde sacas tantas estupideces?

Sus ojos brillan bajo la luz artificial de su departamento.

—Te conozco —insiste, intentando sonar arrogante, pero percibo el pánico latente bajo su tono—. Si quisieras verme muerto, habrías jalado ese gatillo hace mucho tiempo.

Trago saliva, soltando los binoculares para acomodarme contra la culata de mi arma.

—¿Este es el momento en el que intentas apelar a mi corazón? —Suelto una carcajada hueca—. Golpe bajo, Máximo. Hace mucho tiempo que me lo arrancaron.

Me inclino sobre el rifle de precisión, cierro un ojo y ajusto la mirilla.

—No... no te creo. No serías...

Máximo baja la vista hacia su propio pecho. Noto el segundo exacto en que la sangre se le hiela en las venas, el instante en que todos sus músculos se petrifican. Acaba de ver el láser rojo clavado directamente sobre su corazón.

—¿Qué...?

—¿Recuerdas lo que te prometí hace dos años? —susurro al teléfono, con el dedo acariciando suavemente el gatillo—. Te dije que, si me traicionabas, te usaría para practicar mi puntería.

—Maddox... espera. ¡Espera, joder!

—Mmh —murmuro, arrastrando el sonido—. Aquí está la parte donde ruegas por tu patética vida. Lástima que me importe una mierda.

—¡Maddox!

—Oh, ¿el *soldati* va a llorar? —ronroneo—. Tienes razón en una sola cosa, Máximo. Siempre seré tuya. Seré tu karma, tu ruina y la que cave tu maldita tumba. Así que disfruta el latido de tu corazón mientras siga latiendo dentro de tu pecho.

CAPÍTULO 69

Maddox

Chicago amaneció cubierta de la blancura de la nieve.

El aire helado se colaba por las rendijas del depósito portuario abandonado, trayendo consigo el olor a sal y óxido. Desde mi posición en las vigas del techo, en la parte trasera del edificio, tenía una vista perfecta del salón principal. Era exactamente como lo habíamos planeado.

La temperatura está por debajo de los cero grados pero no siento frío, todo lo contrario, la adrenalina y la expectación hace que mis venas se mantengan calientes. Anoche no dormí, no he podido hacerlo estos últimos días, a veces dormitaba una o dos horas por la noche, no más que eso.

Sé que, cuando todo esto pase, podré descansar. No creo poder hacerlo en paz, pero al menos lo haré sin el peso de esta venganza que empieza a carcomer mis huesos poco a poco. Mi terapeuta no mentía cuando me dijo que la venganza es un maldito veneno dulce, sucede algo muy similar con las drogas: se sienten jodidamente bien mientras tanto, pero cuando ya no hay el vacío en el pecho te hace querer más. Cuando te das cuenta, eres un monstruo que empieza a morir por dentro.

Bueno, yo no me consideraba muerta de forma literal, pero poco a poco algunas emociones humanas, estaban desapareciendo. Lo había demostrado hace dos noches en la terraza contigua al departamento de Máximo. Estuve a punto de apretar el gatillo, no lo hice no porque él haya tocado alguna fibra sensible sino porque

disfruto del miedo de mis enemigos casi tanto como de la sensación de tortura que imparto sobre ellos.

Es una mezcla fascinante y peligrosa en partes iguales.

Ahora estoy a minutos de conseguir lo que llevo queriendo, deseando y planeando desde hace dos años, estoy a metros de iniciar la venganza que he soñado todo este tiempo. Estoy a minutos de convertirme en el monstruo que, al parecer, siempre he sido.

Dante, mi abuelo, asesinó a muchas personas para iniciar, consolidar y mantener *Draghi*. Levi, mi padre, siguió con su legado, creó un imperio sobre la sangre de los enemigos de los Salvatore, pero continuó asesinando, manipulando y engañando. Yo no sería diferente, al menos no de esta forma.

No seré igual a los hombres de mi familia, seré peor.

Mi auricular emite un chasquido suave.

—Vehículos inutilizados. Comunicaciones externas bloqueadas —murmura Will.

Asiento, como si pudiera verme.

—Sector sur asegurado —la voz grave de Matthew recorre mi la espina dorsal.

Me muerdo el labio inferior y cierro los ojos un segundo esperando escuchar la siguiente voz, cuando no llega me preocupo, pero es una falsa alarma.

—Pasillo oeste despejado y bloqueado —dice Lucchese.

Abajo, el teatro se desarrollaba a la perfección. Jiashu Sima y su tío Zixuan estaban frente a Marcio Silva. Al principio todo parecía ir demasiado tenso, Jiashu se notaba ansioso por encargarse de su tío pero debí pedirle, por favor, que siguiera el plan, cualquier cosa que mostráramos sería una maldita alerta para ellos. No podían escapar.

Jiashu aceptó, al parecer era buen actor porque fingía estar feliz de los negocios aunque sabía lo mucho que lo repugnaba. Ahora que lo pienso, tener lazos con la *Triada 14K* sería algo bueno para *Draghi*,

ocuparemos más territorio y podríamos expandir el negocio. Lo que implicaría más poder…

Niego mientras alejo esos pensamientos, no es momento de fantasear con más poder. No ahora.

Entrecierro los ojos para agudizar mejor la vista, observo la sonrisa de Marcio y trago saliva, estoy deseosa por borrarla de una maldita vez. Mi ubicación no solo me permite ver todo con detenimiento, también puedo escucharlos a la perfección.

—Es una lástima lo que le ocurrió a Hiroshi —niega Marcio mientras bebe un trago, parece más viejo de la última vez, también ha perdido la forma que alguna vez tuvo, al parecer estar de baja no le sienta bien. Pero esto me asegura que un combate cuerpo a cuerpo sería sencillo para mí—. No es la primera vez que queríamos hacer negocios, pero aquí es difícil…

—Sí, eso me resulta extraño —Zixuan se ve… aterrador. Es como Jiashu pero las arrugas están marcadas en profundidad, aunque no es eso lo que me da escalofríos sino los tatuajes que tiene: tiene líneas rectas en sus manos y su rostro, una por cada víctima cobrada. Así son los Sima. Noté que Jiashu no tiene muchas, algunas pocas en sus manos—. Si Chicago es un problema por *Draghi*, ¿qué haces tú aquí?

Zixuan está vestido de negro de pies a cabeza, se ve mayor, pero no creo que tenga más de cincuenta años, solo sus facciones son duras. Sus manos están sobre un bastón negro que en la punta tiene una estatuilla con forma de triangulo, pequeño y dorado, no me hace falta ver las letras para saber que es el símbolo de la tríada china.

Trago saliva. Se ve como un maldito monstruo, y habla como uno.

Silva parece incómodo ante el cuestionamiento de Zixuan, Jiashu parece aburrido por la interacción pero sé que es fingido.

—Chicago siempre fue de los Silva, mi abuelo fundó la organización cuando se asentaron desde Portugal…

—No necesito una clase de historia —dice Zixuan con voz queda. Marcio traga saliva—. Está claro que Chicago ya no les pertenece.

—Los Salvatore se hicieron con todo lo que era nuestro —dice entre dientes.

—Si, y en lugar de largarse a buscar otro lugar son tercos, por lo que veo.

—¿Usted se iría de Hong Kong? —lo desafía.

Zixuan sonríe apenas y se inclina ligeramente hacia él. Marcio está sentado en una silla de madera con un brazo sobre el escritorio, sosteniendo su vaso de whisky. No me pasa desapercibido el cambio tenso en su postura. Está intimidado por Sima.

—Yo jamás habría permitido que me lo quiten —susurra.

Sonrío. Lástima.

—Tío, ¿te parece que antes de terminar el acuerdo veamos… la mercancía? —Jiashu le sonríe con suficiencia y Zixuan asiente antes de acercarse con paso lento—. Mientras tanto, Silva puede aguardar aquí, ¿cierto?

Marcio asiente y alza el vaso de whisky.

—Por supuesto, siéntanse cómodos para revisar los productos —pongo los ojos en blanco cuando escucho la expresión.

Zixuan llega frente a Jiashu y coloca una mano en su hombro.

—Es un placer para mi tenerte a mi lado, sobrino —le dice en voz baja y noto un brillo en sus ojos, como si estuviera conmovido de alguna manera—. Tu padre estaría orgulloso.

Jiashu sonríe, noto la falsedad desde aquí, espero que su tío no lo note. Un segundo después se retiran de la oficina, dejando a Marcio en soledad bebiendo whisky. Si todo marcha según el plan, Jiashu estaría conduciendo por un pasillo a su tío hacia la celda donde estaría el *producto*, de solo pensar en el término se me revuelven las tripas. Pero el lugar estaría vacío, allí lo asesinaría.

Marcio lleva la cabeza hacia atrás y suspira con tranquilidad, lo veo buscar su móvil y hace una mueca de confusión, sé que nota que está sin recepción aquí. Los pocos hombres que habían logrado ingresar con él se quedaron en el perímetro exterior, ignorantes de que Lucchese y Pablo ya los estaban cazando en silencio.

El siguiente paso era simple: me acerco, le disparo para incapacitarlo y me lo llevo a rastras.

Pero nada es tan sencillo por supuesto, así que debo prepararme para cualquier escenario posible.

Me deslizo por la estructura metálica, descendiendo hacia las sombras del nivel inferior sin hacer un solo ruido. El sonido del mar chocando contra los pilares del puerto ahoga mis pasos. Siento mi corazón palpitar con fuerza y solo espero que tampoco lo escuche, sé que no son nervios, es ansiedad y adrenalina. Una mezcla peligrosa y traicionera.

En la oficina de al lado estaría la supuesta celda donde estaban las niñas, para Marcio, mientras que para Zixuan la celda estaba a dos oficinas de distancia, la idea era que no supieran exactamente dónde estarían por si algo salía mal. Entonces Marcio empezó a escuchar la grabación de Lucchese y percibo la forma en que sonríe.

A medida que me acerco entre las sombras, él abandona la silla en dirección a la puerta que da a la supuesta celda, cuando está a punto de tomar la manija la grabación tuvo un microsegundo de estática. Un salto imperceptible para un oído inexperto.

Se queda rígido. Su mano se aleja de la manija y la baja lentamente hacia el interior de su chaqueta.

—Demasiado tarde, Marcio —murmuro, saliendo de las sombras a diez metros de él.

Silva gira sobre sus talones, sacando su arma con una velocidad que no me esperaba. Pero yo ya tenía mi arma en alto.

—Maddox —escupió mi nombre como si fuera veneno—. Debería haberlo imaginado.

Mis labios forman una sonrisa excesivamente grande y en respuesta, él deja de sonreír, se pone serio y creo que es consciente por primera vez de lo que significa mi presencia.

—El lugar está rodeado —susurro—. Tus hombres están muertos, o a punto de estarlo —me encojo de hombros—. No hay mercancía… y tú no tienes escapatoria.

—Siempre habrá escapatoria, lindura —murmura y se acerca un paso, por instinto me alejo y camino hacia un costado sin dejar de apuntarle—. Te falta mucha experiencia en este mundo, Maddox. Si piensas que moriré en manos de una niña…

—¿Quién dijo que morirás ahora? —lo interrumpo y él alza una ceja —. Tengo una celda que lleva tu nombre, tengo herramientas que usaré solo contigo, y todo eso, lo haré frente a los ojos de tu pobre hijo…

—Luc —dice sin aliento y palidece— ¿Aún… vive?

Dejo escapar una risa.

—¿Ya te olvidaste de él?

—Eres una perra…

—Sí, tu hijo opina algo parecido —me encojo de hombros—. En fin, te llevaré a tu celda, a su lado, para que se hagan compañía mientras…

—¡No! —ruge—. No iré contigo a ningún lado, perra. Si tú crees…

—Marcio —lo interrumpo y dejo de sonreír—. Vendrás conmigo, por las buenas o…

Marcio le quita el seguro a su arma y dispara. Vuelve a disparar, aprieta el gatillo una, dos, tres veces. Nada sucede, por supuesto.

Su expresión es oro puro, su palidez es total y me mira sin poder creer lo que sucede, mira su arma y luego sus ojos vuelven a mí.

—Siempre me llamó la atención que los hombres como tú, tan acostumbrados al uso de las armas, no puedan reconocer el peso de

un arma cargada o vacía —sonrío y dejo escapar una risa—. Es una lástima.

Disparo directo a su hombro y el grito es música para mis oídos.

Por supuesto que todo estaba perfectamente planeado, el guardia de Lucchese que tomaría el lugar de Tomas se encargó de esto, necesitábamos estar un paso adelante, en todo sentido.

Marcio cae al piso y me acerco, mis pisadas resuenan en el piso junto a sus alaridos de dolor. Llego y apunto directo a su pierna pero antes de poder reaccionar escucho la puerta abrirse de par en par, visualizo a un hombre que no reconozco y esquivo por poco el disparo que arremete contra mí.

Momento en el que Marcio aprovecha para patearme y yo caigo al piso, en el segundo siguiente siento su cuerpo encima del mío intentando detenerme, entonces empezamos a luchar, mi pistola cae a un costado y arremeto con un golpe en su mandíbula, lo que lo desestabiliza pero no es suficiente. Es mucho más pesado pero eso no me detiene.

—¡Ayúdame! imbécil —Marcio grita al otro hombre.

Por el rabillo del ojo observo cómo camina hacia mí pero entonces todo se va a la mierda. Alguien más ingresa en escena de la misma forma que yo lo hice, cuando lo veo pierdo fuerza, mi padre rompe mi única regla sin ver que hay alguien más en la oficina.

—No —murmuro y mis manos pierden fuerza alrededor del cuello de Marcio, momento que él también alza la vista y lo ve—. No… ¡Levi!

Un disparo.

Lo último que observo son los ojos de mi padre.

CAPÍTULO 70

Maddox

El sonido ensordecedor pareció paralizar el tiempo.

Vi cómo el cuerpo de Levi se sacudía violentamente hacia atrás. El impacto en su abdomen lo dobló por la mitad, y cayó de rodillas sobre el concreto frío antes de desplomarse por completo. El rojo oscuro comenzó a manchar su abrigo, expandiéndose tan rápido que me quitó el oxígeno.

Mi mente se quedó en blanco.

El ruido a mi alrededor se apagó, reemplazado por un pitido agudo en mis oídos. El hombre que me había criado, el hombre que me había engañado, mi padre... sangrando en el suelo por mi culpa, por mi maldito plan. Sentía mi cuerpo entumecido, paralizado, ya no notaba el peso de Marcio sobre mí. No podía respirar. No podía moverme. Estaba atrapada en una pesadilla de la que no podía despertar, viendo cómo su sangre corría hacia mi cuerpo.

El movimiento encima mío me trae de vuelta a la realidad, pero solo un poco, porque mis oídos siguen aturdidos. Marcio me suelta, mi cabeza choca con el piso y noto que se aleja, yo no puedo dejar de ver el cuerpo de mi padre lleno de sangre.

Giro mi cuerpo hasta quedar borra arriba, me alzo sobre mis palmas pero no me muevo, siento que mis piernas tiemblan y no tengo fuerza para levantarme por completo.

Mi padre está en el piso.

Mi padre recibió un disparo.

Mi padre está sobre un charco de sangre.

Sigo congelada. Continúo quieta sin moverme, sin entender qué demonios salió mal. Hasta que una ráfaga de disparos desde el ingreso sur destroza lo que quedaba de las ventanas, y una figura imponente irrumpe en el salón.

—¡Maddox! —rugió Matthew.

Derrapó sobre el concreto, ignorando por completo a Silva para lanzarse de rodillas junto al cuerpo de Levi. Sus manos, manchadas de la sangre de mi padre, comenzaron a aplicar presión sobre la herida al instante.

—¡Maddox! —grita, pero yo seguía mirando la sangre, temblando—. ¡Maddox, mírame!

Levanto la vista hacia él. Sus ojos oscuros parecen arder con una ferocidad que me ancla de vuelta a la realidad. No había pánico en él, sólo una determinación absoluta.

—Yo me encargo de él. Levi va a sobrevivir, te lo juro por mi vida —sentenció con voz dura y autoritaria—. Pero si no te mueves ahora, él escapará. ¡Ve a por Marcio! ¡Tráelo, Maddox!

La voz de Matthew fue el empujón que necesitaba para que mi cuerpo se ponga en movimiento. Mi respiración se acelera y asiento mientras abandono el suelo, trato de no mirar el cuerpo de mi padre, recojo el arma del suelo sin decir una palabra y echo a correr hacia la salida por la que Marcio había escapado.

Se escuchan disparos, gritos y voces, pero me concentro en seguir los pasos. No pueden ir lejos porque están literalmente rodeados. A medida que camino las imágenes de lo que acaba de suceder aparecen en mi mente como ráfagas y me obligo a concentrarme en el ahora.

Lo alcanzo en el callejón trasero, justo cuando intentaba abrir la puerta de uno de los autos que Will ya había inutilizado. La nieve cae sobre sus hombros mientras maldice, golpeando el cristal.

Me detengo a unos metros de él. Levanto el arma, alineando la mira. No quiero matarlo, disparo y la bala atraviesa la parte posterior de su rodilla derecha, destrozando la articulación.

Marcio soltó un alarido inhumano, desgarrador, y se desplomó sobre la nieve, retorciéndose como un gusano mientras se agarraba la pierna ensangrentada. Camino con paso lento, dejando huellas sobre la nieve mientras avanzo, cuando llego me agacho y lo miro. Él se retuerce y me mira, los ojos llenos de pánico, me gustaría sonreír por lo feliz que me pone verlo así pero no puedo, no cuando en mi cabeza aparece la imagen de mi padre sobre un charco de sangre.

—¿Eres creyente, Marcio? —murmuro. Él me mira sin comprender mis palabras—. Espero que lo seas.

—¿De qué hablas? —dice entre dientes y con dificultad.

—Empieza a rezar. Porque si asesinaste a mi padre la tortura será peor de lo que te podrás imaginar —digo entre dientes.

◆ ◆ ◆

Esto debió sentir mi padre hace dos años cuando me secuestraron. Un vacío. Un maldito hueco en el pecho lleno de nada y de incertidumbre al mismo tiempo, porque no tengo idea de cómo se encuentra.

Luego de mi enfrentamiento con Marcio lo noqueé con la culata de mi Mossberg, apareció el hombre que le disparó a mi padre, pero antes de poder accionar Lucchese hizo una entrada lanzando un disparo directo al hombro izquierdo del tipo. Me ayudó a llevar a ambos a la camioneta que estaría esperando por nosotros, Will y Jace la conducirán, habían escuchado por los micrófonos lo que había pasado pero les dije que el plan debía seguir.

Así que se limitaron a escuchar mis órdenes y se fueron a mi depósito, la idea era que Marcio y su guardia sean atendidos por un par de enfermeros para que no mueran antes de que yo me

encargue de ellos. Luc, mientras tanto, estaba sedado completamente. Solo despertaría para encontrarse con su padre.

Pero todo eso debía esperar, ahora mismo necesitaba ver a mi padre.

Lucchese me dijo que Sima se había encargado de su tío, estaba arreglando unas cosas más y pronto partiría de vuelta a China. También dijo que estaba comunicándose con Matthew, que nos esperaba en el Hospital Northwestern a ambos, donde estaban atendiendo a Levi.

Matthew actuó rápido, como siempre.

Pero llevo dos malditas horas aquí y no hay respuesta.

Mi campo de visión se nubla, cierro los ojos y cuando los abro está arrodillado frente a mí, con sus manos grandes y pesadas sobre mi regazo. Se lavó las manos pero aún hay restos de la sangre de mi padre.

Trago saliva.

—¿Por qué aún no dicen nada? —digo sin aliento, la voz me sale estrangulada y niego—. Matthew…

—Hey —susurra y lleva una mano a mi rostro, acaricia mi mejilla con suavidad y siento una lágrima caer por mi piel, él la atrapa en un segundo—. Hablamos de Levi Salvatore, estará bien.

Sorbo por la nariz y trago saliva, niego y cierro los ojos.

—Pero pasaron dos horas…

—Recibió un disparo, *tesoro* —me recuerda y presiono los labios—. Quizás es algo complicado, pero está bien —un sollozo escapa de mis labios y acuna mi rostro ahora con ambas manos—. Escúchame, deberías descansar…

—No —niego—. No me moveré de aquí.

—Maddox…

—Le dije que lo odio —digo sin aliento y cuanto más soy consciente de eso mi llanto aumenta—. Le dije que lo detesto, yo…

—Esa no fue la última conversación —dice entre dientes.

—No importa, Matthew —respiro con dificultad—. Mi padre piensa que lo detesto, puede morir creyendo que…

—Ni siquiera lo digas —dice con voz seria.

Hago una mueca y estoy a punto de replicar pero entonces escucho pasos venir del pasillo y un hombre con una bata blanca manchada aparece en mi campo de visión.

—¿Salvatore?

—Si —me apresuro a decir y camino hacia él, siento la presencia de Matthew a mi espalda— ¿Cómo está mi padre?

El doctor deja escapar un suspiro y niega. Todo mi mundo se reduce a nada.

—Fue una cirugía complicada, la bala comprometió órganos imprescindibles y…

—¿Y qué? —digo entre dientes, Matthew se acerca más.

—Pudimos quitar la bala —dejo escapar el aire de mis pulmones pero continuo temblando al ver la expresión del doctor—. La cirugía salió bien, pero… —duda—. Ahora depende de él.

—¿Qué? ¿Eso qué quiere decir?

—Quiere decir que está en coma. Solo nos queda esperar para ver si despierta o…

—Ni siquiera lo diga —digo entre dientes y el hombre traga saliva cuando me acerco a él— ¿A dónde está?

—Lo siento, aun no es posible verlo…

—Claro que puedo.

—Maddox —susurra Matthew.

—Dónde. Está.

—Está en observaciones, señorita. No lo podrá ver…

Deja de hablar en cuanto mis manos se cierran sobre el cuello de su bata, me mira horrorizado, el hombre me saca dos cabezas de altura pero poco me importa.

—Maddox —gruñe Matthew.

—El próximo en estar en coma será usted si no me dice dónde demonios está mi padre —sentencio.

Noto como traga saliva y asiente.

—Habitación ciento diez, ala oeste.

Lo suelto y el hombre trastabilla hacia atrás, no me quedo a verlo, camino en dirección al ascensor para subir, las habitaciones están arriba así que no me detengo. El ascensor está a punto de cerrarse pero Matthew aparece con cara de pocos amigos.

—¿En serio, Maddox?

—No me jodas.

Me cruzo de brazos y dejo caer mi cuerpo sobre el espejo, Matthew se acerca un poco pero no demasiado.

—Es el doctor que seguirá tratando a tu padre —me recuerda y sé que tiene razón—. No deberías amenazarlo de muerte.

Bufo.

En cuanto las puertas del ascensor se abren otra vez casi corro en dirección a las habitaciones, observo cada puerta hasta que encuentro la que mencionó el doctor. Lleno de aire mis pulmones y entro con lágrimas en los ojos.

CAPÍTULO 71

Matthew

Cuando tenía dieciséis años, desperté en una habitación de hospital sin tener la más mínima idea de qué demonios había pasado. Mis últimos recuerdos eran una ráfaga caótica: mis padres en los asientos delanteros del coche, un semáforo parpadeando y el estallido ensordecedor de cristales rotos. Abrí los ojos en aquella cama de sábanas ásperas y lo primero que vi fue a Levi Salvatore sentado frente a mí. Estaba en una silla de plástico, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados.

Recuerdo la sensación asfixiante de la confusión, esa densidad en el pecho como si estuvieras atrapado en una pesadilla de la que no puedes escapar, rogando estar en cualquier lugar menos ahí. Entonces, Levi abrió los ojos. Y lo supe. No hicieron falta palabras ni explicaciones médicas. El rojo de sus ojos, surcados de lágrimas contenidas, fue la única confirmación que necesité para entender que mi mundo acababa de saltar por los aires.

Fue la primera vez en mi vida que me derrumbé frente a alguien. Lloré durante horas, hasta que la garganta me ardió y me quedé sin aire. En algún momento, Levi también se quebró y tuvo que abandonar la habitación porque no soportaba verme así.

No me contó los detalles del choque hasta que me dieron el alta, cuatro días después. Máximo, por su parte, había acabado en un centro de menores tras un altercado y los servicios sociales estaban a punto de llevárselo definitivamente. Pero Levi no iba a permitirlo. Le había prometido a mi padre que nos cuidaría, y eso hizo. Porque

Levi Salvatore será el monstruo más calculador y despiadado de Chicago, pero cuando le empeña su palabra a alguien que considera familia, la cumple a sangre y fuego.

No regresamos a nuestra antigua casa. En su lugar, Levi nos instaló en un departamento de lujo cerca de la central de *Draghi*. Nos visitaba siempre que podía, lo cual era un puto milagro considerando la cantidad de trabajo que tenía y que Maddox apenas tenía seis años en ese entonces.

Un día, le dije que dejara de hacerlo. Que no era justo para su propia hija. Entonces contrató a Vittoria. En los papeles era nuestra niñera, pero en la realidad, era la esposa de Marcellino, su guardia personal y por aquel entonces, su *consigliere*.

Vittoria era una mujer mayor, firme pero dulce. Al no haber podido ser madre, la excusa de criar a dos adolescentes huérfanos le devolvió la vida. Es una de las pocas personas en este maldito mundo a las que respeto, y le agradezco todo lo que hizo. No fue tarea fácil lidiar con Máximo y conmigo; éramos dos bestias a punto de explotar.

Creo que fue en esa misma época cuando el abismo entre mi hermano y yo empezó a ensancharse. Nunca fuimos los típicos hermanos unidos; de niños, nos pasábamos el día peleando y mi madre tenía que separarnos para que no nos sacáramos los ojos. Pero nunca pasó de ahí.

La muerte de nuestros padres fue la herida que terminó de pudrirlo todo.

Máximo se la pasaba haciendo preguntas, obsesionado con los detalles del accidente, y jamás me creía cuando le aseguraba que solo había sido eso. Y lo cierto es que, en ese entonces, yo no le mentía. No del todo. Ignoraba por qué mis padres querían huir del país a escondidas, aunque mi instinto me gritaba que Levi Salvatore tenía las manos metidas en el fango.

El problema era que la obsesión de Máximo me empujó a mí a buscar respuestas. Y empecé a acorralar a Levi.

Supe la verdad semanas después. Me planté en la mansión Salvatore y Levi, acorralado, me lo dijo todo. Me habló de las finanzas sucias que manejaba mi padre para *Draghi*, de cómo un error los había condenado y cómo el plan original era que solo él escapara a Europa. Pero entonces Milenka apareció en el despacho de Levi cubierta de sangre, advirtiendo que Marcus, el gemelo del líder de *Onyx*, había ido a cazar a mi padre y, en su lugar, había encontrado a mi madre. Y joder... sí había alguien en este mundo más aterradora que Levi, era Milenka Kuznetsova. Sobrevivió al ataque, pero todos sabíamos que *Onyx* tomaría represalias masivas.

Así que el plan mutó: huiríamos todos. Toda la familia.

Y entonces... un semáforo en rojo. Un coche saliendo de la nada. Y el fin.

Recuerdo haberle exigido a Levi el nombre del hijo de puta.

—¿Por qué quieres saber eso? —preguntó él, sirviéndose dos dedos de whisky puro.

—Quiero saber dónde encontrarlo —le respondí. Recuerdo estar sentado en el cuero negro de su sofá, tenso como un resorte, la barbilla alzada desafiándolo por primera vez—. Quiero matarlo.

Levi se detuvo, parpadeó con lentitud y ladeó la cabeza.

—¿Qué?

—Quiero vengar la muerte de mis padres.

—No —me cortó en seco, con una frialdad que me heló los huesos —. No harás absolutamente nada.

—Pero...

—Escúchame bien, niño —me apuntó con el dedo índice—. Yo me encargaré de esto. Yo vengaré a mis amigos. Le prometí a tu padre que te mantendría a salvo, y eso es lo que haré. Vuelve a tu maldita casa, duerme, y mañana vas a ir a la escuela.

—No. —Me negué con una firmeza que lo descolocó por completo—. Sé lo que haces, Levi. Sé cómo funciona la mafia, sé exactamente lo

que hacía mi padre para ti. Y quiero entrar. Quiero ocupar su puto lugar y vengarlo, quiero...

—¿De qué demonios estás hablando?

—Quiero entrar a *Draghi*.

Me miró como si me hubiera vuelto loco. Soltó una carcajada breve, y su rostro se endureció como el granito.

—No —sentenció—. Eres un crío.

—¿Qué necesito hacer para ser parte de *Draghi*?

Jamás olvidaré la mirada que me dedicó.

—Necesitas ser un monstruo. Y tú, Matthew, no lo eres.

No tardó demasiado en tragar sus palabras.

Un par de semanas después, aparecí en el umbral de su mansión bañado en sangre ajena, con la mirada perdida en el vacío y las manos temblando por la adrenalina. La policía me arrestó días después, era lo lógico, pero Levi movió sus hilos, borró los registros y me convirtió en un fantasma para el sistema. Tres años después, había asesinado a tantos bastardos en nombre de *Draghi* que había perdido la cuenta. Y no solo me había ganado mi lugar en la organización; me había convertido en su sicario de confianza, y finalmente, en su *consigliere*. Había vengado a mis padres, y en el proceso, había vendido mi alma.

Un pitido de los monitores me arrastra de vuelta a la maldita realidad. Parpadeo, alejando los fantasmas, y mi mirada recae en Maddox.

Está sentada al borde de la silla, frente a la cama de hospital donde Levi descansa conectado a una red de cables y tubos. Sostiene una de sus manos entre las suyas y acaricia sus nudillos con delicadeza. No ha dejado de hacerlo desde que nos permitieron entrar, hace casi tres horas. La operación de urgencia le salvó la vida, pero el coma inducido es la única garantía de que su cuerpo aguante el impacto

de la bala que, irónicamente, interceptó para salvar a su hija en medio del caos del depósito. Sus signos vitales son estables.

Debería ser un consuelo, pero no lo es.

Me destroza ver a Maddox así. Conozco esa parálisis. Conozco el frío que te cala los huesos cuando miras a alguien que amas debatirse en una cama de hospital. Y, muy en el fondo, también me está partiendo el cariño visceral que le tengo al hombre que me sacó del infierno solo para enseñarme a gobernar en él.

—*Tesoro* —murmuro.

Maddox se gira lentamente. Su cabello oscuro cae como una cascada desordenada sobre su hombro, y sus ojos verdes se encuentran con los míos. El brillo depredador, la furia implacable que la caracterizan... todo ha desaparecido. Sus pupilas están apagadas, vacías. Un nudo de plomo se me instala en la garganta.

—¿Quieres que salga por un café?

Sé la respuesta, pero tengo que intentarlo. Ella niega en silencio y vuelve a clavar la mirada en el rostro pálido de su padre. Exhalo un suspiro largo y me hundo contra el respaldo de la silla. Al parecer, vamos a echar raíces en esta habitación. No pienso moverme de su lado ni un milímetro, y ella no va a abandonar a Levi.

De pronto, el eco de unos pasos apresurados en el pasillo nos alerta a ambos. Nos miramos, confundidos, y nos ponemos de pie por instinto. Antes de que podamos acercarnos a la salida, la puerta se abre de golpe.

Nora Müller entra como un huracán. Sus ojos se clavan directamente en el cuerpo inerte de su marido.

—Mamá —murmura Maddox.

Nora levanta la vista hacia ella. Tiene los ojos inyectados en sangre, rebosantes de lágrimas no derramadas, y su pecho sube y baja erráticamente, como si hubiera cruzado la ciudad corriendo. Su mano sigue apretando el pomo de la puerta hasta que los nudillos se le ponen blancos. Maddox me lanza una mirada de reojo; sé que

cree que fui yo quien le avisó, pero no tengo idea de cómo demonios se enteró tan rápido.

—Hija —la voz de Nora sale estrangulada. Recorre a Maddox de pies a cabeza con desesperación, buscando rastros de sangre—. ¿Estás herida?

Maddox niega con la cabeza.

—¿Fue Marcio?

En un abrir y cerrar de ojos, la vulnerabilidad desaparece. Su tono se vuelve frío y cortante.

—No —responde Maddox, en voz baja—. Fue uno de sus guardias.

—¿Dónde está?

Maddox traga saliva y me busca con la mirada. Aprieto los labios, no sabe si es buena idea soltarle la ubicación del maldito responsable cuando Nora está al borde de un colapso.

—Maddox Francesca. —El nombre completo de su hija suena a amenaza. La furia se esculpe en las facciones de Nora—. ¿Dónde está el hijo de puta que le metió una bala a mi esposo?

Trago saliva.

—Está encadenado en un depósito clandestino, a las afueras de Riverwalk —responde.

Nora asiente, vuelve a mirar a Levi, y por un segundo de duda, creo que va a romperse. Pero se da la vuelta sobre sus talones, implacable.

—Regresaré —promete en un susurro.

Sale de la habitación, cerrando la puerta con más fuerza de la necesaria. Maddox y yo nos quedamos en silencio.

—¿Tú le dijiste...?

—No. Joder, no —me apresuro a aclarar, negando con la cabeza—. De hecho, con toda la mierda del operativo, ni siquiera pensé en llamarla.

—Yo tampoco —susurra Maddox, bajando la vista a sus botas.

Acorto la distancia entre nosotros con pasos lentos. Tomo una de sus manos frías y tiro de ella con suavidad, atrayéndola a mi espacio. No opone la más mínima resistencia. Levanto la mano libre y ahueco su mejilla, acariciando la piel suave bajo sus ojeras.

—Hey —murmuro en un tono ronco—. ¿Segura que no quieres que vaya por ese café?

Maddox asiente lentamente. Sus ojos se llenan de lágrimas mientras se muerde el labio inferior con fuerza para no echarse a llorar. Le acaricio el pómulo con el pulgar e intento apartarme para salir de la habitación. Pero antes de que dé el primer paso, sus manos se aferran a la tela de mi chaqueta y tira de mí.

Me rodea por el torso, abrazándome con una fuerza desesperada. Me quedo rígido por una fracción de segundo, completamente descolocado por el contacto, hasta que mi cerebro reacciona. La envuelvo entre mis brazos y la estrecho contra mi pecho, protegiéndola del mundo entero. Ella esconde el rostro en mi cuello, buscando refugio.

Cierro los ojos con fuerza y aspiro el aroma a pólvora, sudor y vainilla de su cabello. Apoyo los labios en su coronilla, dejándole un beso largo y profundo mientras trazo círculos lentos en su espalda. Tiembla contra mí, y ese ligero estremecimiento me rompe todas las malditas defensas. La aferro con más fuerza, enterrando el rostro en su pelo.

Cuando finalmente afloja el agarre e intenta apartarse un poco, yo no la suelto. Mantengo los brazos a su alrededor, anclándola a mi calor. Levanta la vista. Me dedica una sonrisa agotada, con los bordes de los ojos enrojecidos. Subo una mano hasta su rostro y le limpio el único rastro húmedo que se escapó por su mejilla.

—Gracias —susurra.

—No tienes que agradecerme nada, *tesoro*.

—Claro que sí —su voz se quiebra, y un sollozo ahogado se le escapa de la garganta—. Estás aquí, soportando todo esto, cuando podrías estar en tu casa, lejos de...

—Te lo he dicho y te lo repito, Maddox —la interrumpo con suavidad, tomando su mano derecha y llevándola directo a mi pecho, obligándola a presionar la palma sobre las líneas de mi dragón—. Estaré donde tú estés. En las sombras, en la luz, en la puta cima o en el fondo del infierno. Donde tú quieras que esté. ¿De acuerdo?

Ella me mira a los ojos, con la respiración entrecortada. Finalmente, esboza una sonrisa y asiente. Me inclino, le dejo un beso suave en la frente y doy un paso atrás a regañadientes.

—Iré por el café.

CAPÍTULO 72

Maddox

Intento recordar si alguna vez vi a mi padre en una situación similar, pero la memoria me falla. Jamás vi a Levi Salvatore postrado en una cama, ni siquiera por una maldita gripe.

Y ahora está aquí, conectado a una red de cables por culpa de una bala.

Está en coma.

Y siento que mi corazón se ha hecho pedazos en el suelo de esta habitación de hospital.

Sorbo el tercer café que Matthew me trajo hace rato. Su mirada está perdida en algún punto de la pared blanca frente a nosotros. Sé que está tan afectado como yo. No solo porque Levi ha sido su jefe indiscutible, ni siquiera porque ha sido lo más cercano a una figura paterna para él desde hace años. Sé que el verdadero peso que lo está aplastando es el eco de sus propios fantasmas. Esto lo arrastra directo a la muerte de sus padres.

«Te odio. Te detesto tanto».

Cierro los ojos con fuerza cuando el eco de mis propias palabras me golpea la nuca. Intento convencerme de lo que dijo Matthew: que esa no fue nuestra última conversación. Pero jamás le pedí perdón por escupirle aquello. Jamás le dije que, por mucho daño que nos hubiéramos hecho, era biológicamente imposible que lo odiara. Porque es mi padre. Porque me crio, me protegió de los peores monstruos a costa de su propia alma, y porque lo amo con la

intensidad torcida que solo una hija criada en este mundo podría albergar.

Y ahora está en coma.

Las posibilidades de que despierte son un lanzamiento de moneda. La idea de que su último aliento pudiera ocurrir bajo el peso de mi mentira hace que me asfixie.

Abro los ojos y me obligo a mirarlo. Lleva una mascarilla de oxígeno; su pecho sube y baja a un ritmo constante y las líneas en el monitor mantienen un pitido hipnótico, pero se ve mortalmente pálido. Demasiado delgado. Frágil. Una palabra que jamás pensé que asociaría con él.

Llevamos doce horas encerrados aquí. Sabía que la recuperación no sería inmediata, pero cada minuto que pasa sin que abra los ojos me empuja un milímetro más hacia el borde del acantilado.

Estoy a punto de decirle algo a Matthew cuando la puerta se abre. Me sorprende ver a mi madre cruzar el umbral otra vez. Nora entra con un aspecto desolador: los ojos inyectados en sangre, los párpados hinchados, el maquillaje finamente corrido bajo sus pestañas y el cabello recogido de cualquier manera. Noto unas tenues manchas rojizas manchando la manga de su blusa blanca.

—Mamá...

—Vayan a descansar —ordena en voz baja. Me mira y esboza una sonrisa cargada de tristeza, para luego dedicarle un leve asentimiento a Matthew. Él le devuelve el gesto, apenas curvando los labios—. Yo me quedaré con tu padre.

—No —me apresuro a decir, levantándome de la silla como un resorte—. No me voy a ir...

—Maddox —su voz se vuelve grave—. Pasaré la noche aquí y cuidaré de mi esposo. —Arqueo una ceja ante la palabra. Es la segunda vez que la usa hoy y, en realidad, no debería sorprenderme; hasta donde sé, Levi jamás firmó los papeles de divorcio—. Si ocurre algo, te llamaré de inmediato. Pero tú necesitas descansar.

—No, pero es que yo...

—Y yo necesito estar aquí a solas —confiesa. Las palabras me dejan sin aire. La miro, confundida—. Por favor.

Lo necesita de verdad. Lo veo en la desesperación que le tensa los hombros.

Aprieto los labios y asiento, dedicándole una sonrisa minúscula antes de girarme hacia Matthew. Él ya se ha levantado y me ofrece su mano. Entrelazo mis dedos con los suyos, fríos y firmes, pero antes de salir, me giro una última vez para mirar a mi padre. Mi madre ya está sentada a su lado, acariciándole el cabello.

Abandonamos la habitación. Matthew aprieta mi mano con suavidad y, al mirarlo, me dedica una sonrisa que hace que el nudo en mi garganta se apriete aún más. Entramos al ascensor, él pulsa el botón del estacionamiento y yo me giro hacia el espejo. Matthew se coloca justo detrás, descansando su mentón sobre mi cabeza. Hago una mueca al ver mi reflejo.

—Me veo terrible —murmuro, examinando las ojeras oscuras bajo mis ojos.

—Yo te veo preciosa —responde sin dudar. Pongo los ojos en blanco y lo escucho reír bajo—. Lo digo de verdad...

—Ya, claro —le doy un pequeño empujón para apartarme y señalo las raíces de mi cabello—. ¿Ves esto? —Matthew hace una mueca divertida—. Tengo que retocarme las raíces urgentes. No puedo gobernar la ciudad con el pelo así.

Él suelta una carcajada genuina y niega con la cabeza.

—De acuerdo —concede—. ¿Qué más necesita la jefa?

—Dormir. Necesito dormir mil horas.

Matthew asiente, apretando los labios para contener la sonrisa.

—Anotado. ¿Algo más?

—Mmh —finjo pensarlo con dramatismo—. Masajes. Una buena película. Cajas de pizza y litros de helado.

Siento los brazos de Matthew rodear mi cintura desde atrás, atrayéndome hasta pegar mi espalda contra su pecho.

—Tú solo pide y lo tendrás a tus pies.

Me muerdo el interior de la mejilla, y la sonrisa se me borra de golpe. La realidad vuelve a caerme encima como un yunque.

—Esa sería la lista de necesidades de una persona normal —susurro, sintiendo el cansancio hasta en los huesos—. Yo solo necesito que mi padre despierte.

—Hey —me interrumpe, girándome con suavidad para acunar mi rostro—. Puedes desear todo eso y, al mismo tiempo, querer que Levi abra los ojos. —Trago saliva y bajo la vista al suelo metálico del ascensor—. Querer desconectar un par de horas no te convierte en una mala hija, Maddox. Sé que tu cabeza está intentando convencerte de eso, pero es mentira. Necesitas respirar. Y si lo que necesitas hoy es pizza y tinte, lo tendrás.

—Matthew...

—Lo tendrás —sentencia con una firmeza absoluta—. Tendrás todo lo que quieras y más. Yo me voy a encargar de ello.

—No tienes que hacer esto —digo, alzando una ceja y conteniendo la risa—. En serio, puedo hacerlo yo sola.

—Deberías dejar de pensar que hago las cosas por obligación, *tesoro*. Cuando se trata de ti, todo lo que hago es porque me da la puta gana de hacerlo.

◆ ◆ ◆

Me muerdo el labio y bajo la vista hacia mis manos entrelazadas, evitando reír. Matthew está concentrado leyendo el reverso de la caja del tinte, ceñudo, evaluando los productos capilares como si fueran explosivos plásticos. Le repetí mil veces que no era necesario, pero en el trayecto desde el hospital, aparcó el coche en tres lugares distintos para comprar todo lo de mi supuesta lista. No me dejó bajar del auto; él se encargó de conseguir cada maldita cosa.

Ahora estamos en mi departamento. La isla de la cocina está invadida por bolsas de farmacia. Dijo que el plan de acción empezaría por mi cabello y terminaría con nosotros cenando frente al televisor. Y la verdad es que, a pesar del nudo constante en el estómago, no he dejado de sonreír desde que cruzamos la puerta.

—De acuerdo —dice, dejando la caja a un lado—. Vamos. Asumo que el quirófano para esto es el baño.

Me tiende la mano. La miro con cautela, pero asiento y camino junto a él hacia la habitación principal. Cuando entramos al baño, Matthew se planta frente al espejo, volcando el contenido de las bolsas sobre el mármol negro. Observo fascinada cómo se coloca los guantes de látex, mezcla los líquidos en el recipiente de plástico hasta lograr el tono adecuado y empuña la brocha.

—Yo puedo hacerlo —insisto, estirando la mano hacia el bol, pero él me aparta con suavidad.

—Hey. Dije que lo hago yo.

Y lo hace.

Joder. Nada de esto tiene sentido. El *consigliere* de la mafia me está tiñendo el pelo.

Matthew cepilla mi cabello con una delicadeza abrumadora. Trato de mantenerme inmóvil en el borde de la bañera, pero es imposible ignorar la intimidad del momento. La forma en que sus dedos rozan accidentalmente la piel de mi nuca o el lóbulo de mi oreja me envía descargas eléctricas por toda la columna vertebral. Una vez que termina de seccionar los mechones, comienza a aplicar el tinte directamente sobre las raíces, concentrado y metódico. Cierro los ojos y dejo escapar un suspiro al sentir las cerdas de la brocha acariciando mi cuero cabelludo.

—¿Alguna vez habías hecho esto? —pregunto, intentando que mi voz suene casual, aunque sé que estoy fracasando. A través del espejo, lo veo moverse con una sonrisa relajada, casi arrogante.

—Nunca en mi vida.

—Entonces, ¿cómo diablos sabías lo de... seccionar el cabello?

—Está escrito en el manual de instrucciones, Maddox. No es física cuántica.

—Claro —murmuro, removiéndome incómoda sobre la porcelana fría.

—¿Estás bien?

—Por supuesto —miento con descaro.

Lo veo sonreír mientras se muerde el labio inferior, divertido por mi nerviosismo. Repasa con la brocha la línea de mi frente, da unos últimos retoques, deja el recipiente manchado en el lavabo y me recoge el cabello en un moño alto con una pinza de plástico.

—Bien. Operación completada. Ahora debes esperar... media hora, ¿no?

—Así es —él asiente, quitándose los guantes y tirándolos a la basura —. Gracias, de verdad.

—No es nada —se encoge de hombros, apoyando la cadera contra el lavabo de mármol.

Sus ojos chocolate se clavan en los míos. Estoy sentada, con la cabeza embarrada de tinte negro, y de repente me siento más expuesta y vulnerable bajo su mirada que si estuviera desnuda. Bajo la vista. Él se aclara la garganta, rompiendo la tensión asfixiante que se ha instalado entre ambos.

—Iré por la pizza.

Asiento y lo sigo con la mirada mientras abandona el baño. Cuando escucho la puerta de la habitación cerrarse, al fin suelto el aire que no sabía que estaba conteniendo. Tomo mi móvil de la encimera y empiezo a revisar la avalancha de notificaciones pendientes.

Lucchese y Penny me han estado bombardeando a mensajes desde la tarde, pero no he tenido la energía para responderles. Abro el chat de mi mejor amiga y tecleo una disculpa rápida por

desaparecer del radar; por lo que leo, Harry ya la puso al tanto, lo cual me ahorra explicaciones dolorosas.

Luego, entro al chat de Lucchese para escribirle.

Maddox:
Mi padre sigue en coma.
Mi madre está con él en el hospital
y tenemos guardias asegurando todo el perímetro.
Yo ya estoy en mi departamento.

Su respuesta entra casi de inmediato. Pongo los ojos en blanco al leerla.

Harry:
Bien. ¿Estás sola o con tu novio?

Maddox:
Matthew no es mi novio. Pero sí, estoy con él.

Harry:
Debería serlo. Descansa,. Mañana hablamos.

Suspiro, dejando el móvil boca abajo. Me quito la ropa y entro a la ducha. Abro el grifo al máximo, dejando que el baño se llene de vapor espeso antes de meterme bajo el agua hirviendo. Me quedo inmóvil, con los ojos cerrados, esperando que el chorro arrase con el tinte oscuro y con toda la maldita angustia que me oprime el pecho. Necesito relajarme. Necesito un respiro, aunque sea ilusorio, antes de volver a la realidad.

Aún quedan demasiadas cabezas por cortar.

Después de perder la noción del tiempo bajo el agua caliente, cierro la llave. Envuelvo una toalla alrededor de mi cabello, bostezo y salgo hacia mi vestidor. Busco ropa interior limpia y me pongo una de las camisetas negras enormes de Matthew. Vuelvo al baño frente al espejo; el negro de mi cabello ha quedado impecable. El *consigliere* tiene futuro en la peluquería.

Cuando termino, salgo hacia el salón. Justo en ese momento, Matthew aparece desde el pasillo sosteniendo dos cajas humeantes de pizza, haciendo malabares para no tirar las llaves. Me sonríe, y no

puedo evitar reír al ver el caos. Me acerco rápido para ayudarle y dejar la comida sobre la isla de la cocina.

—¿Qué traes ahí? —pregunto, señalando el bolso negro deportivo que cuelga de su hombro.

—Ropa —contesta con total naturalidad, mientras abre la primera caja de pizza—. A menos que... hayas cambiado de opinión y no quieras que me quede a dormir.

—Claro que quiero.

—Gracias a Dios —murmura, fingiendo alivio. Suelto una carcajada —. Entonces, creo que debería darme una ducha y quitarme el olor a hospital...

—Claro. Puedes usar mi baño —me encojo de hombros, esforzándome por fingir indiferencia.

Como si la simple imagen mental de Matthew metiéndose desnudo en mi ducha no me acelerara el pulso. Pero lo hace. Joder si lo hace.

Él me dedica una sonrisa que deja claro que sabe exactamente lo que estoy pensando, y se da la vuelta hacia el pasillo de las habitaciones.

—Mierda —murmuro para mí misma, agarrando una porción de pizza.

CAPÍTULO 73

Matthew

Maddox lleva puesta mi camiseta. Otra vez. Y no lleva nada debajo. O, al menos, eso parece.

Saberlo no debería joderme la cabeza de esta manera, pero es inútil. Mi cuerpo reacciona en el puto segundo en que la veo. Solo ruego que no se haya dado cuenta de lo tenso que estaba cuando prácticamente salí huyendo de ahí.

El agua casi hirviendo me golpea los hombros, buscando arrastrar la tensión por el desagüe. Pero la resaca de la noche anterior sigue martillándome las sienes. Cierro los ojos bajo el chorro de la ducha y las imágenes me atropellan: Maddox encarándose con Marcio, Levi tirado sobre un charco de su propia sangre, la mirada helada y vacía de ella al ver a su padre...

Paso las manos por mi pelo mojado. Necesito apagar el cerebro. Mañana será otro día, mañana lidiaremos con los cadáveres y los escombros donde lo dejamos. Pero esta noche... por unas horas, necesito que finjamos que tenemos una vida normal.

Salgo de la ducha, saco ropa limpia de mi bolso y me visto a toda prisa. Intento con todas mis fuerzas ignorar que hace apenas unos minutos ella estuvo aquí, quitándose la ropa. Su maldito perfume se ha mezclado con el vapor del baño y está impregnado en cada molécula de aire que respiro.

Trago saliva.

Contrólate.

Avanzo por el pasillo frotándome el pelo con una toalla. Cuando llego a la sala, la imagen me frena en seco: está instalada en el sofá, con una caja de pizza sobre la mesa de centro y la vista clavada en la pantalla, concentrada buscando algo para ver en la televisión.

—¿Qué quieres ver? —pregunta sin mirarme, me acerco y dejo caer mi cuerpo en el sofá, entonces me mira con una sonrisa— ¿Acción, terror…?

—Lo que quieras —susurro y cierro los ojos dejando caer mi espalda contra el respaldo.

—¿Estás cansado? —murmura y siento sus dedos acariciar mi frente, abro un solo ojo y veo como hace a un lado algunos mechones—. No es necesario que te quedes, Matt. Puedes ir a tu departamento…

Con rapidez tomo su muñeca cuando parece que va a alejarse y la vuelvo a acercar.

—Deja de poner distancia —pido en un susurro.

Maddox está ligeramente inclinada hacia mi cuerpo, la veo desde abajo, su cabello negro aún está húmedo y pequeñas gotas caen en mi ropa. Sus ojos verdes parecen brillar con el contraste de la luz cálida del living, noto como traga saliva y su labio inferior tiembla.

—Yo…

—Siempre creíste que lo que hacía era por obligación, ¿cierto? —separa sus labios pero no dice nada—. Incluso ahora, luego de la conversación que tuvimos hace un par de días tú crees que todo lo que hago por ti es porque *debo* hacerlo.

—Matthew —dice sin aliento.

Presiono mis dedos alrededor de su muñeca y siento su pulso volverse loco, mis ojos caen a sus labios carnosos y tengo el deseo de devorarlos. Controlo el impulso animal de obligarla a quedar encima de mi regazo, estoy al borde de la locura, con Maddox siempre fue así: siempre al borde de un abismo que acaba en ella y donde puedo perder mi cordura por completo.

—No hay nada de obligación en esto, preciosa —le digo, mi voz suena ronca, más profunda de lo normal—. Soy un hijo de puta egoísta, Maddox. Todo lo que hago, cada maldita cosa, es porque estoy enamorado de ti. Porque la sola idea de que respires lejos de mí me vuelve loco, y saber que tienes que enfrentar esta pesadilla sola me destruye por completo.

Sus ojos se llenan de lágrimas y el escudo que siempre levanta frente al mundo comienza a resquebrajarse bajo la cálida luz de la lámpara.

—Te lastimé —continúo, soltando su muñeca solo para acunar su rostro entre mis manos, rozando sus mejillas húmedas con mis pulgares—. Te rompí, y viviré el resto de mi maldita vida arrastrándome a tus pies si eso es lo que toma conseguir tu perdón. Pero no me pidas que me aleje. No hoy.

—Matthew —dice con la voz estrangulada y los ojos brillantes.

—Tampoco te escondas de mí, *tesoro*. Deja de usar esa máscara.

Un sollozo ahogado escapa de sus labios. La máscara de chica dura cae por completo, revelando el dolor crudo y lacerante por lo de su padre. Se derrumba hacia adelante y mis brazos la envuelven al instante, apretándola contra mi pecho con una necesidad feroz. Escondo mi rostro en su cuello humedecido, inhalando el aroma de su piel mezclado con el del jabón.

Sus manos se aferran a la tela de mi camiseta como si fuera su único salvavidas en medio de un océano oscuro. Llora en silencio durante lo que parecen horas, y yo me limito a sostenerla, a acariciar su espalda, a ser el ancla que desesperadamente necesita.

La película y la pizza pasan a un segundo plano, en este preciso momento lo único importante para mí es Maddox. Ella acurrucada entre mis brazos, llorando y dejando que la reconforte. Así que cierro los ojos y no dejo de besar su cabeza, mis manos acarician su espalda y sus brazos con lentitud, no sé quién de los dos tiembla, pero creo que somos ambos.

De pronto, se separa un poco. Levanta el rostro, con los ojos verdes empañados y brillantes, mirándome con una vulnerabilidad que me roba todo el aliento. Sus dedos tiemblan cuando suben para acariciar mi mandíbula.

—Fantasma —susurra mi apodo y ni siquiera me contengo, busco sus labios con los míos y los acaricio con suavidad primero para después profundizar el beso. La beso con intensidad y una necesidad que raya la violencia, dura solo unos segundos pero cuando nos separamos su aliento es irregular y yo siento que me quedo sin aire al sentirla lejos—. Matthew —susurra sobre mis labios, apoya la frente en la mía y mantengo los ojos cerrados—. Abre los ojos.

Niego.

—No sobreviviré si veo el arrepentimiento en tus ojos —admito con el corazón en un puño.

—¿Por qué crees eso? —su voz es un susurro bajo.

—Porque estás enojada y con razón. Y el hecho de que tu padre esté en el hospital y estemos aquí no cambia el hecho de que me equivoqué.

—Matthew…

—No cambia lo que hice y nada lo cambiará. Lo sé —trago saliva y presiono los párpados, si abro los ojos y la veo será como lanzarme por un acantilado—. Estás enojada y me odias, y está bien, lo entiendo. Pero no me pidas que acepte el hecho de que me veas con arrepentimiento por besarme.

—Es cierto —dice y mi corazón se rompe por completo, abro los ojos y ella me sonríe de forma cálida, sus ojos brillan y están un poco rojos por las lágrimas pero ya no llora—. Tenías razón cuando dijiste que siempre creí que todo lo que hacías por mí era una obligación, una orden que seguías como el gran *consigliere* que eres —dice esas palabras en un susurro mientras lleva una mano hacia mi cabello y comienza a acariciarlo—. Y también es verdad que ahora mismo soy

un desastre, que sigo enojada contigo y esto… esto no cambiará eso.

Trago saliva y bajo vista, asiento despacio y me sorprende sentir su otra mano pequeña en mi otra mejilla, me obliga a alzar los ojos hacia ella.

—Siempre has tenido razón en muchas cosas, el tiempo lo ha demostrado a la perfección —ladeo la cabeza y dejo que acune mi rostro en su mano—. Al respecto de tu hermano, por ejemplo.

—Maddox…

—Tenías razón en que él no me quería —sus ojos vuelven a llenarse de lágrimas pero no deja escapar ninguna, su sonrisa se hace más grande—. Y tenías razón en lo que dijiste aquella vez, pude haberle entregado a él una parte de mí pero al final del día tu siempre serás el que limpia la sangre de mis manos —trago saliva al recordar mis palabras—. Al final del día, siempre fui tuya…

No tengo intenciones de dejarla seguir hablando, la acerco a mis labios y esta vez el beso es profundo e intenso desde el inicio, ella jadea en mi boca y me trago ese ruido, planeo tragarme todo lo que tenga para darme porque es mía. Aunque me odie. Aunque esté enojada. Es mía. De la misma forma como yo soy suyo, como siempre lo he sido.

Llevo mi mano a su nuca para profundizar el beso pero coloca ambas manos sobre mi pecho para alejarme, la miro sin comprender y parpadeando. Ella tiene los labios hinchados y una sonrisa triste.

—Matthew, quiero esto…

—Bien —gruño.

—Pero ahora mismo soy un desastre —susurra.

—Eso ya lo dijiste. No me importa. Yo he sido un desastre siempre y soy tuyo…

—Escúchame —me interrumpe y otra vez toma mi rostro con ambas manos—. No quiero que sientas que te estoy usando porque no

estamos juntos pero... necesito esto, te necesito —su voz es un susurro roto, cargado de deseo y desesperación.

Siento un latigazo directo al pecho. Mi corazón se oprime con tanta fuerza que casi duele.

—Úsame, Maddox —suplico contra sus labios, rindiéndome a ella en cuerpo y alma—. Úsame por completo, soy tuyo, úsame esta noche, no importa si mañana no me quieres.

No espera ni un segundo más. Se inclina sobre mí y capturo su boca en un beso que sella mi promesa. No es un beso salvaje ni exigente; es una devoción absoluta. Es mi forma de decirle que la venero, que es la dueña de cada uno de mis latidos y de toda mi maldita vida. Ella abre los labios, dejándome entrar, y nuestras lenguas se encuentran en una danza lenta y profunda que nos deja a ambos sin oxígeno.

La levanto en mis brazos sin romper el contacto. Maddox envuelve sus piernas alrededor de mi cadera, aferrándose a mis hombros mientras la llevo por el pasillo hasta su habitación. Con un movimiento suave, la recuesto sobre el colchón.

La penumbra del cuarto apenas nos ilumina, pero no necesito ver para adorarla; me sé su cuerpo de memoria. Me posiciono sobre ella, sosteniendo mi peso con los antebrazos para no aplastarla. Le quito la camiseta que lleva puesta, mi camiseta, deslizándola por su cabeza y arrojándola al suelo.

Su piel desnuda se eriza al contacto con el aire de la habitación, pero me encargo de calentarla de inmediato. Reparto besos húmedos por su cuello, bajando hacia su clavícula, deteniéndome para succionar suavemente el lóbulo de su oreja.

—Eres perfecta —murmuro contra su piel, bajando mis manos por su cintura, acariciando sus curvas con reverencia.

Maddox suelta un gemido suave, un sonido que viaja directo a mi entrepierna. Sus manos bajan por mi espalda, quitándome la ropa con urgencia, buscando el contacto de piel contra piel que ambos

estamos desesperados por sentir. Me deshago de mi camiseta y de mis pantalones en un abrir y cerrar de ojos, hasta que no queda ninguna barrera entre nosotros.

Vuelvo a ella, besándola con más pasión, dejando que todo mi arrepentimiento, mi devoción y mi amor oscuro se transmitan en cada roce. Cuando mis dedos encuentran su centro húmedo y dispuesto, ella arquea la espalda, jadeando mi nombre en la penumbra.

—Matt... por favor.

—Dame un puto momento —murmuro, con la respiración entrecortada.

Me aparto lo justo para acomodarme entre sus piernas. Tomo una por el tobillo y comienzo a dejar besos ardientes, casi mordiscos, subiendo por su pantorrilla. Ella se retuerce, sorprendida, y deja escapar una risa ahogada que me envía una sacudida eléctrica a mi miembro.

—Mierda, te he extrañado de una forma que es jodidamente inhumana —gruño entre dientes. Paso a su otra pierna, marcando mi territorio, adorando cada centímetro de su piel—. No he deseado nada en mi vida como deseo estar dentro de ti ahora mismo.

Suelto sus piernas y me arrastro hacia arriba, cerniéndome sobre ella como una sombra. Planto mi antebrazo a un lado de su cabeza, acorralándola, encerrándola en mi mundo hasta que nuestros rostros quedan a milímetros. Su aliento agitado choca contra mis labios.

—Estuve cinco años sin tocar a otra mujer, Maddox —le suelto, y las palabras salen cargadas de una intensidad cruda, sofocante.

Sus ojos esmeraldas se abren de par en par en medio de la oscuridad.

—¿Qué? —susurra, sin aliento.

Asiento lentamente, rozando su mejilla con la punta de mi nariz, respirando el aroma de su piel como si fuera mi oxígeno.

—No podría estar con nadie que no fueras tú, *tesoro* —confieso, desnudando la obsesión que me gobierna—. Aunque tuviera que arrastrarme y esperarte toda la maldita vida. Incluso si me hubieras rechazado para siempre, me importaría una mierda. Solo existo cuando me miras. Solo soy real cuando pronuncias mi nombre o cuando me tocas. Fuera de ti, no soy nada. No me interesa existir para nadie más.

—Mierda, Matthew... —jadea.

Sus caderas se alzan, rozándose contra mí, arqueándose lista, suplicando que termine con esta tortura. Pero necesito que lo entienda. Necesito que sepa la magnitud de mi condena.

—Pasé cinco putos años viéndote sonreír a otros imbéciles, controlando las ganas de arrancarles la cabeza solo porque se atrevían a mirarte —susurro contra sus labios, sintiendo su pulso errático saltar bajo mi escrutinio—. Pero ni siquiera esa agonía, ni un solo día de esos cinco años, me dolió tanto como estas últimas días sin ti. Creí que me iba a morir, Maddox. Me estaba volviendo loco.

Levanto la vista para perderme en sus ojos, que ahora brillan con lágrimas y un fuego que me pertenece solo a mí.

—Así que mañana... —mi voz se quiebra en un susurro—. Mañana vuelve a odiarme si quieres. Pero esta noche... esta noche eres mía.

La miro a los ojos una última vez antes de embestirla. En esos orbes esmeraldas veo el dolor, el miedo, pero también un deseo tan abrasador que me calcina. Entro en ella despacio, milímetro a milímetro, dándole tiempo, disfrutando del calor sofocante con el que me envuelve. Maddox entierra las uñas en mi espalda y suelta un grito ahogado cuando finalmente estoy hundido por completo en su interior.

Me quedo quieto por un instante, apoyando mi frente contra la suya, respirando su mismo aire.

—Mía —susurro, casi sin pensar.

Ella me abraza más fuerte, aferrándose a mis hombros.

—Tuya —jadea, rozando su nariz con la mía.

Comienzo a moverme, lento al principio, marcando un ritmo profundo y reverente que le arranca dulces gemidos. No es sexo; es hacer el amor en su forma más pura, tierna y desesperada. Cada embestida es una disculpa, cada beso es un juramento de lealtad. La habitación se llena con el sonido de nuestras respiraciones agitadas y el choque suave de nuestros cuerpos.

Llevo sus piernas más arriba, envolviéndolas en mi cintura para poder llegar más profundo, queriendo tocar su alma si es posible. Maddox se deshace debajo de mí, su cuerpo tiembla con cada movimiento, aferrándose a mi espalda como si yo fuera lo único firme en su mundo destrozado.

—Te necesito, Matt —gime, perdiendo por completo el control mientras sus caderas suben para recibirme.

—Me tienes. Me tienes hoy, mañana y siempre —jadeo, acelerando el ritmo cuando siento que sus paredes se contraen rítmicamente a mi alrededor.

El orgasmo nos golpea a ambos al mismo tiempo. Ella grita mi nombre, arqueándose hacia mí mientras se rompe en olas de placer, y yo me derramo en su interior con un gruñido ronco, enterrando mi rostro en su cuello, sintiendo su pulso acelerado latir contra mis labios.

Cuando el fuego finalmente se convierte en brasas, no me aparto. Me dejo caer a su lado y la atraigo de inmediato contra mi pecho. Maddox apoya la cabeza sobre mi corazón, y yo la envuelvo con ambos brazos, besando la cima de su cabeza mientras el sueño y el agotamiento comienzan a vencerla.

Puede que mañana despierte y me odie de nuevo. Puede que mañana me pida que cruce esa puerta y me vaya de su vida. Pero esta noche, le pertenezco en cuerpo y alma, y haré hasta lo imposible para reparar lo que rompí.

CAPÍTULO 74

Maddox

Me despierto buscando mi móvil a ciegas. Ruedo entre las sábanas desordenadas, estiro el brazo hacia la mesa de noche y atrapo el aparato, parpadeando contra la luz de la pantalla para enfocar la vista. Las cortinas están abiertas y el sol de la mañana inunda la habitación. El lado de la cama de Matthew está vacío, pero el sonido tenue proveniente de la cocina y el aroma a café recién hecho me calientan el pecho al instante.

Sigue aquí. Conmigo.

Reviso las notificaciones. No hay ningún mensaje de mi madre. Un nudo frío se me instala en la garganta; la falta de noticias significa que mi padre sigue exactamente igual. Deslizo la pantalla, ignorando el dolor sordo, y abro los mensajes de Will.

Will:
Les administré la dosis exacta para que permanezcan
sedados hasta que tú des la orden. Por otro lado, Máximo se movió.
Sigue en Chicago, pero se metió en un motel de mala muerte
sobre una gasolinera en las afueras. Quizás planea huir.

Maldigo entre dientes. Mi pequeña visita nocturna surtió efecto.

Maddox:
No hagas nada. Veamos qué pretende.
Solo asegúrate de que no se dé cuenta de que lo tenemos rastreado.

Will:
Copiado.

Estoy a punto de bloquear la pantalla cuando entra un mensaje de Jace. Pongo los ojos en blanco, me acomodo la sábana sobre el

pecho desnudo y busco a tientas la enorme camiseta negra de Matthew que quedó tirada en el suelo la noche anterior.

Jace:
Jackson asomó la cabeza de nuevo.

Me paso la camiseta por la cabeza y tecleo rápido.

Maddox:
¿Qué demonios quiere ahora?

Jace:
Esta vez no busca problemas.
Quiere hablar sobre una nueva droga
que empezó a circular en los callejones.
Supongo que está tanteando el terreno
para saber si somos nosotros.

Maddox:
No es nuestra. No cambiamos de proveedores
ni metimos nada nuevo en las calles.

Jace:
Lo sé. Pero tenemos que investigar de dónde salió
y tomar una decisión antes de que nos coman el territorio.

Suelto un suspiro que me vacía los pulmones. El mundo sigue girando. Tengo a los responsables de mi infierno encadenados en un sótano, mi padre está en coma luchando por su vida, y aun así, la mafia no descansa. ¿Cómo demonios hacía Levi para sostener este imperio sin volverse loco?

Maddox:
Nos vemos en el club por la tarde.

Abro el navegador, dispuesta a buscar cualquier estadística absurda sobre pacientes en coma inducido que me dé una falsa esperanza, pero una mano grande me arrebata el teléfono.

—¡Hey! —protesto, alzando la vista.

Matthew está de pie junto a la cama. Sostiene una bandeja de desayuno en una mano y mi móvil en la otra. Me mira con una ceja arqueada, evaluando la pantalla antes de bloquearla.

—No es lo que parece... —intento excusarme.

—¿Sabes que no es tan sencillo como buscar sus síntomas en internet, verdad? —lanza el móvil al lejos y deposita la bandeja sobre colchón—. Despertará, Maddox. No te tortures buscando respuestas que no encontrarás.

Tomo la taza de café humeante y le doy un sorbo sin apartar la vista de la comida. Hay un tazón con fruta picada, cereales y las tostadas que me gustan. El estómago me ruge con violencia.

—¿Cuándo? —murmuro, levantando la mirada hacia él—. ¿Cuándo va a despertar?

Se encoge de hombros con suavidad, sentándose en el borde de la cama.

—Es Levi Salvatore, *tesoro*. El cabrón más terco que pisó esta tierra —suspira—. Despertará cuando se le dé la puta gana.

Se me escapa una risa amarga y niego con la cabeza.

—Tenemos que ir al hospital a verlo...

—Iremos —asegura, robándome la taza de café para darle un sorbo —. ¿Por qué tienes esa expresión?

Arrugo la frente, tomando una tostada y dándole un mordisco. Joder, tenía un hambre voraz y ni siquiera me había dado cuenta. Pensándolo bien, anoche no cenamos y mi última comida real fue hace días.

—¿Qué expresión?

—Esa. Como si tuvieras una lista mental de mil cabezas por cortar y te estuviera estresando no tener tiempo para decapitarlas a todas. —Toma el tenedor y pincha una fresa—. ¿Qué ocurre?

Debería asustarme lo mucho que me conoce, pero solo me ancla a la tierra.

—Jace me escribió. Dice que Jackson contactó con él por una nueva droga que está inundando los barrios bajos.

Matthew frunce el ceño, masticando la fruta.

—¿Nueva droga? —Asiento—. Imposible. Tenemos ese mercado controlado.

—Eso creía yo. Alguien está moviendo mercancía sin nuestro permiso.

—Ya —dice, pensativo—. Al menos Jackson tuvo el cerebro de informarte.

—Claro, después de lo que le hice, más le valía —mascullo con la boca medio llena. Matthew me dedica una sonrisa torcida—. Si dudan de mí, tendré que recordarles por qué soy la jefa a base de amenazas.

Matthew se ríe por lo bajo.

—Bien. Haremos todo eso. ¿Qué más hay en la lista? —Dudo un segundo, pero él me lee los ojos—. Quieres ver a Marcio.

—No soporto un puto minuto más sin empezar a torturarlo —confieso.

Él asiente, comprensivo.

—¿Algo más? —insiste, notando mi vacilación. Muerdo el interior de mi mejilla, evaluando si es prudente lanzar la bomba ahora. Él entrecierra los ojos—. Me estás ocultando algo.

—Hace un par de noches... fui a visitar a tu hermano.

Su expresión se congela. Sus cejas se juntan y el ambiente en la habitación se tensa, aunque él intenta disimularlo clavando la vista en la bandeja.

—¿Y eso a qué viene?

—Quería dejarle claro que entregarme un USB no borra sus pecados. —Matthew baja la taza con lentitud y exhala un suspiro pesado. Arqueo una ceja—. ¿Tú creías que sí?

—Sí —la culpa le raspa la voz. Se pasa una mano por el cabello, frustrado—. Llegué a pensar que...

—¿Qué? ¿Que iba a perdonar a Máximo? —Su silencio es toda la respuesta que necesito—. Tu hermano merece morir.

—Lo sé —asiente. Hay un brillo oscuro en sus ojos—. Sé que suena retorcido que hable así de mi propia sangre, lo siento...

—No —lo corto, implacable—. No te disculpes. Esto es entre él y yo.

—Haré lo que me pidas, Maddox. Incluso si eso significa no involucrarme.

—Bien. El punto es que tengo demasiadas cosas encima. Lo principal es ver a mi padre, pero sigo siendo la Regina de *Draghi* y tengo que encargarme de Jackson. Si a eso le sumo que me niego a retrasar la sesión con Marcio Silva... Mierda, ¿cómo demonios hacía Levi para manejar todo esto sin colapsar?

Matthew suelta una carcajada limpia. Se inclina hacia mí y me toma de la barbilla con dos dedos, obligándome a mirarlo.

—Tenía un *consigliere* —susurra, rozándome los labios. Sonrío—. Y por suerte para ti, tú también tienes uno dispuesto a quemar la ciudad si se lo pides. —Acaricia mi mejilla con el pulgar—. Tú ve a divertirte con Marcio. Yo me encargo de Jackson. ¿De acuerdo?

◆ ◆ ◆

El hospital sigue siendo una zona de guerra silenciosa.

Mi padre aún no despierta. El sabor a bilis se me asienta en la lengua y el nudo en el estómago amenaza con doblegarme. Pero Matthew es un muro de contención absoluto. Él y los mensajes constantes de Penny me mantienen cuerda.

Con Matthew las cosas fluyen con una naturalidad que asusta. No hemos hablado de lo que sucedió ayer, pero la incomodidad no existe entre nosotros. Estoy extendiendo lo que ya sé: lo he perdonado. Quizás estaba cometiendo un error, quizás debería seguir odiándolo por haberme ocultado la verdad, pero me es físicamente imposible. Mi amor por él es mil veces más violento que mi orgullo.

El único cabo suelto es Máximo.

Noté el cambio en la mirada de Matthew cuando le recordé que lo quiero muerto. No dudo de su lealtad; se ha cansado de jurarme que él mismo le volaría los sesos a su hermano si yo se lo ordenara. Pero las palabras son solo eso. ¿Me miraría con la misma devoción después de que yo asesinara a su sangre? ¿O el peso de ese cadáver terminaría por pudrir lo nuestro?

Tendría que enfrentarme a eso pronto. Pero hoy, la prioridad es Marcio Silva.

Esta mañana encontré a mi madre espléndida. Al menos, lo más espléndida que se puede estar cuando tu marido está en coma. Consiguió que el hospital le cediera la habitación contigua para ducharse y descansar, y no piensa moverse de ahí.

También me enteré de por qué la celda de Marcio tenía un invitado menos: Nora se encargó del guardia que le disparó a Levi. Supongo que los Salvatore llevamos la brutalidad tatuada en el ADN.

Me dirijo a la celda. Todo está preparado exactamente como lo pedí. Atravieso la puerta blindada y el olor a humedad y óxido me da la bienvenida.

Luc está inmovilizado sobre una camilla de acero inoxidable. Marcio, su padre, está sentado en una silla en el centro de la sala, con las muñecas aprisionadas por grilletes conectados a un sistema de poleas en el techo. Ambos siguen bajo los efectos de los sedantes.

Me acerco a la mesa quirúrgica. Desgarro el plástico esterilizado de una jeringa y hundo la aguja en el frasco que contiene el líquido amarillento que encargué especialmente. Me acerco a la camilla de Luc con paso tranquilo. Escucho un gemido pastoso salir de su garganta. Sonrío, clavándole la aguja directamente en la vena del brazo derecho.

Empujo el émbolo.

El líquido desaparece en su torrente sanguíneo. Will me aseguró que este compuesto actúa rápido: paraliza el sistema motor, induce

convulsiones y, en cuestión de minutos, colapsa el corazón. Todo mientras el cerebro se mantiene lúcido.

Lanzo la jeringa vacía al suelo. Vuelvo a la mesa, tomo el mando a distancia del sistema de poleas y empuño un látigo de cuero grueso.

Camino hacia Marcio, como si lo supiera, abre los ojos. Parpadea, luchando contra la niebla de los narcóticos. Su mirada desorientada barre la habitación hasta que choca de frente conmigo.

El pánico le deforma el rostro. Empieza a retorcerse contra la silla, tirando inútilmente de las cadenas.

—No —murmura, con la voz rasposa—. No. No, no...

—Sí —le respondo, con una sonrisa.

—No —sisea, sacudiendo la cabeza—. Esto... esto no...

—Ahórrate la sorpresa.

Traga saliva con dificultad y tose, intentando aclarar su mente.

—¿Dónde estoy? —Su voz va ganando volumen y desesperación—. ¡¿Dónde demonios estoy, perra?!

Me inclino hacia él, apoyando el peso en una pierna y cruzando las manos a mi espalda, acariciando el cuero del látigo.

—Estás en mi celda —susurro—. Y es una suerte que hayas despertado a tiempo para el espectáculo.

Sigue el trayecto de mi mirada hacia la camilla donde descansa su hijo. Noto el instante preciso en que el terror verdadero se le incrusta en el alma. Le guiño un ojo.

—No. No, por favor —sus ojos se llenan de lágrimas gruesas. Verlo llorar como un niño no me produce absolutamente nada—. No a Luc, por favor...

—¿Y entonces por qué no fuiste a buscarlo? —Mi voz es baja—. Te envié un puto mensaje. Te envié un dedo de tu propio hijo. Y ni siquiera asomaste la cabeza. ¿Por qué?

Me mira con una mezcla de odio visceral y cobardía.

—¿Qué esperabas que hiciera? —solloza, mostrando los dientes—. ¡No podía arriesgarme! No podía...

—¿Ni siquiera por tu hijo? —Me enderezo, cuadrando los hombros para mirarlo desde la altura—. Supongo que no debería sorprenderme. Hiciste exactamente lo mismo con su gemelo, Kevin. Lo abandonaste a su suerte hace dos años mientras tú huías por las alcantarillas como la maldita rata que eres.

—¡Perra! —brama, tirando de las cadenas hasta que sus muñecas sangran.

—Pensé que la historia con Luc sería diferente —finjo decepción—. Ya sabes, todos tienen un hijo favorito. Pero resulta que tú solo te amas a ti mismo.

—Cállate... —llora—. ¡Cállate!

—Él arriesgó su vida para traerte de vuelta a Chicago. Y cuando las cosas se pusieron feas, lo entregaste.

—¡No! ¡Basta!

Se calla de golpe cuando un ruido grotesco y húmedo rompe el silencio.

Gira la cabeza hacia la camilla. Luc ha empezado a convulsionar. Una espesa espuma blanca le brota de la boca mientras su cuerpo se arquea violentamente contra las correas. Marcio grita.

—¡Luc! —aúlla, luchando contra los grilletes como un animal en el matadero—. ¡Hijo...! ¡Luc!

Yo me quedo inamovible, observando sus ojos. Disfrutando de cómo el alma se le hace trizas mientras presencia la agonía de su hijo.

—¿Por qué no regresaste por él, Marcio? —susurro sobre sus gritos.

—¡Cállate, hija de puta!

Un minuto después, el último espasmo violento sacude el cuerpo de Luc. El silencio cae sobre la habitación con el peso del plomo. Su corazón se ha detenido. Marcio se derrumba. Su barbilla cae sobre

su pecho, sollozando sin control, murmurando palabras inconexas entre lágrimas.

—Es una verdadera lástima que haya muerto pensando que jamás fue suficiente para ti —comento, limpiándome una pelusa invisible de la ropa.

Él levanta la cabeza lentamente, con los ojos inyectados en sangre.

—¿Qué...?

—Estaba consciente —confieso, encogiéndome de hombros—. Su cuerpo estaba paralizado, pero su cerebro funcionó a la perfección hasta el último segundo. Te escuchó, Marcio. Te escuchó justificar por qué lo abandonaste.

El color desaparece por completo de su rostro.

—No...

—Podrías haberle mentido para que muriera en paz. Pero no. Dejaste que su último pensamiento fuera la certeza de que su padre es un cobarde que jamás lo quiso.

Levanto el mando y presiono el botón verde.

El motor del techo ruge. Las cadenas se tensan y tiran de las muñecas de Marcio hacia arriba, arrancándolo de la silla con brutalidad. Él grita de dolor mientras sus pies se despegan del suelo, quedando suspendido a centímetros del concreto frío.

—Estás teniendo un *déjà vu*, ¿cierto? —susurro. Doy un paso al frente.

Él gira la cabeza hacia mí, con el pánico deformando sus facciones. Despliego el látigo, dejando que la punta de cuero negro golpee el suelo con un chasquido sordo.

—No puede ser... —jadea, con los ojos desorbitados—. ¡Estás demente!

—Aún no has visto nada —le prometo, arrastrando las sílabas con puro veneno—. Ahora dime, Silva... ¿te arrepientes de lo que me hiciste hace dos años?

Marcio escupe al suelo, intentando aferrarse a lo último que le queda de orgullo.

—Vete al diablo.

Sonrío.

—Tú ya estás con él.

CAPÍTULO 75

Matthew

El metal helado del capó de mi coche me traspasa la chaqueta, pero apenas lo noto. Son las tres de la mañana. Llevo más de media hora aparcado en el callejón trasero del depósito, esperando en la oscuridad. Sé que Maddox sigue ahí abajo; Will me confirmó por las cámaras de seguridad que el espectáculo aún no terminaba. Me negué a pedirle detalles.

Puedo imaginar perfectamente la carnicería que está llevando a cabo en ese sótano, pero prefiero mantenerme al margen. Hoy le tocaba a ella ser el verdugo.

Me cruzo de brazos y exhalo una nube de vaho en la noche helada de Chicago. Reviso la hora en el móvil por quinta vez, pero el chasquido metálico de la pesada puerta de seguridad me obliga a levantar la vista.

Ahí está.

Emerge de las sombras como el mismísimo diablo, envuelta en ropa negra. No debería cortarme la respiración verla así, pero lo hace. Se ha intentado limpiar, pero veo algunas manchas oscuras que salpican sus brazos y su ropa. Abandono mi postura contra el coche y doy un paso hacia ella. Aún no me ha visto; está demasiado concentrada intentando encender un cigarrillo con las manos ligeramente temblorosas por la adrenalina.

No estoy seguro de en qué momento empezó a fumar, pero la he visto hacerlo en mi apartamento, cuando el insomnio nos devoraba a ambos.

La llama del encendedor ilumina sus facciones afiladas por un segundo. Guarda el mechero, levanta la barbilla y exhala una densa nube de humo gris. Entonces clava sus ojos en mí. Se queda inmóvil a un par de metros de distancia.

—No sabía que estabas aquí —dice. Su voz suena ronca y el eco retumba en el callejón desierto—. ¿Me escribiste? Podría haber terminado antes.

Acorto la distancia que nos separa con pasos largos. Antes de que pueda decir algo, paso un brazo alrededor de su cintura, hundo los dedos en la tela de su chaqueta y tiro de ella contra mi pecho. Estampo mis labios contra los suyos con una intensidad que la hace jadear. Sabe a menta y a tabaco. La beso hasta que la tensión abandona sus hombros.

—¿Y eso por qué fue? —susurra contra mi boca, casi sin aliento.

Me encojo de hombros, rozando mi nariz con la suya.

—Te extrañé.

Una sonrisa arrogante y preciosa tira de la comisura de sus labios. Vuelve a llevarse el cigarro a la boca, pero se lo quito de los dedos, la beso una vez más y lo arrojo al asfalto. Ella se contiene para no poner los ojos en blanco, odia que haga eso.

—¿Cómo estás? —pregunto, escudriñando su mirada.

—Espléndida —responde.

Y sé que es verdad. Hay un brillo salvaje y satisfecho en sus ojos que me calienta la sangre. Niego con la cabeza, incapaz de reprimir una media sonrisa.

—Son las tres de la mañana, *tesoro*. Creí que a esta hora estarías durmiendo.

—Los gritos de mis enemigos son mi maldita canción de cuna —replica con naturalidad.

Suelto un suspiro pesado, rindiéndome a su locura, y la atraigo aún más contra mí.

—¿Qué quieres hacer ahora?

Ella baja la vista hacia su ropa, evaluando el daño. El olor a hierro oxidado de la sangre fresca llega hasta mí.

—Debería darme una ducha —murmura, arrugando la nariz—. Y empezar a usar un maldito delantal.

—Definitivamente deberías. —Me inclino para dejar un beso largo en su frente. Tomo su mano, entrelazando nuestros dedos, y tiro de ella hacia la puerta del copiloto—. Vamos. Te puedes dar una ducha, y si quieres, pasamos por el hospital a ver a tus padres.

Maddox asiente en silencio. Le abro la puerta y espero a que suba antes de rodear el coche y ocupar mi lugar. Hago rugir el motor y me integro en las calles vacías de Chicago. Enciendo la radio a volumen bajo. La veo dejarse caer contra el respaldo del asiento, cerrando los ojos, buscando un momento de tregua.

Pero la paz nos dura exactamente tres minutos.

El tono estridente de su teléfono rompe la melodía de la radio. Maddox abre los ojos de golpe y saca el aparato del bolsillo de su chaqueta con urgencia. Por el rabillo del ojo, distingo el nombre de su madre en la pantalla iluminada.

La atmósfera dentro del coche cambia drásticamente.

—¿Mamá? ¿Qué ocurrió? —pregunta, y el pánico le estrangula la voz.

No alcanzo a escuchar a Nora del otro lado de la línea, pero el impacto de sus palabras golpea a Maddox con fuerza. Una lágrima solitaria, traicionera, resbala por su mejilla pálida. Maldigo entre dientes, apretando el volante hasta que los nudillos se me ponen blancos.

—De acuerdo —murmura Maddox, con un hilo de voz. Cuelga y gira el rostro hacia mí. Sus ojos están cristalizados, pero su expresión es imperturbable—. Levi despertó.

Piso el freno de golpe, giro el volante con brusquedad para cambiar de carril y hundo el acelerador a fondo, saltándome un semáforo en rojo en dirección al hospital.

El trayecto se convierte en un borrón de luces de neón y asfalto. Maddox no articula una sola palabra. Se limita a apretar el móvil entre las manos, con la vista clavada en el parabrisas, mientras las lágrimas le empapan el rostro en silencio.

Veinte minutos después, derrapo frente a la entrada principal del hospital. Ni siquiera he apagado el motor cuando Maddox abre la puerta y sale disparada hacia el interior del edificio. Corro detrás de ella, ignorando a la recepcionista, ni siquiera espera al ascensor; se lanza hacia las escaleras y las sube de dos en dos. Me mantengo pegado a su espalda, dispuesto a ser su escudo, su soporte o lo que sea que necesite cuando cruce esa maldita puerta.

Alcanzamos el pasillo del primer piso. Maddox va directo hacia la zona de seguridad. Se detiene en seco frente a la habitación de su padre. Su cuerpo entero tiembla, y su mano izquierda se queda paralizada sobre el picaporte metálico.

Apoyo una mano en la base de su espalda, dándole el valor que le falta. Ella toma aire, gira el pomo y empuja la puerta.

Nora está a los pies de la cama, con los brazos cruzados. Y ahí está él. Levi Salvatore está despierto. Tiene las manos descansando sobre su regazo, la cabeza apoyada en las almohadas y, para ser un cabrón que pasó días en coma por una bala, luce malditamente invencible.

Maddox se queda congelada en el umbral.

Los ojos de Levi la encuentran al instante. Una sonrisa inmensa, cargada de alivio, le ilumina el rostro. Se le llenan los ojos de lágrimas al ver a su hija.

Eso es todo lo que Maddox necesita.

El diablo que torturaba hombres hace media hora desaparece, y la chica aterrorizada por perder a su padre echa a correr hacia la

cama. Levi abre los brazos justo a tiempo para que ella se estrelle contra su pecho.

Trago saliva con dificultad. El sonido del llanto desgarrador de Maddox llena la habitación, rompiendo algo muy profundo dentro de mi propio pecho, para luego volver a ensamblarlo de una forma nueva.

—No te odio —solloza Maddox, aferrándose a la bata de su padre como si temiera que fuera a desaparecer—. No te detesto, papá. No te odio...

—Está bien, *mia cara* —susurra Levi con voz áspera. Entierra el rostro en el cabello de su hija y le acaricia la espalda con adoración —. Estoy aquí.

—Lo siento tanto —llora ella, temblando de pies a cabeza—. No quise decir todo eso... Estaba tan enojada, pero no te odio. Te quiero. Te amo demasiado. Me aterraba pensar que podías morir creyendo que...

—Ya, ya pasó —la interrumpe Levi, apretándola más contra él—. Te quiero, Maddox. Estoy aquí.

El llanto de Maddox se vuelve más fuerte. Escucho a Nora sollozar a mi izquierda. Levi levanta la mirada hacia su mujer y le sonríe con devoción absoluta. Nora no resiste un segundo más y se lanza a la cama, envolviéndolos a ambos en un abrazo.

Observo a la familia Salvatore reconstruirse frente a mis ojos. El nudo en mi garganta se vuelve insoportable. Levi me mira por encima del hombro de su hija. Sus ojos brillan con gratitud infinita. Le devuelvo una sonrisa apretada, asiento en silencio y doy un paso atrás, cerrando la puerta con cuidado para dejarles su momento.

Me alejo un par de metros por el pasillo vacío. Dejo caer mi espalda contra la pared, flexiono una rodilla y cierro los ojos, exhalando todo el aire que tenía contenido en los pulmones.

Quiero esto. Quiero una familia. Siempre la he querido.

Y siempre me he imaginado a Maddox en el centro de ella. Me importa una mierda que no tengamos una vida normal. Me da igual que ella sea la jefa de uno de los imperios criminales más sanguinarios del país, o que mi trabajo como su *consigliere* sea ensuciarme las manos con sangre. Quizás soy un idiota, pero la quiero. Quiero construir con ella todo lo que me arrebataron.

Maddox tuvo una segunda oportunidad hoy. Estaba aterrorizada de que su padre muriera pensando que ella lo odiaba, pero el destino le regaló este momento.

Yo jamás tendré esa oportunidad.

Mis padres murieron sin saber que eran el centro de mi universo. Siempre fui frío y calculador, convenciéndome de que las acciones valían más que las palabras. Creí estúpidamente que mis padres sabían lo mucho que los admiraba y amaba porque les era leal. Nunca los miré a los ojos para decirles que los quería.

Y he pasado cada puto día de los últimos años arrepintiéndome.

—Eres exactamente igual a tu madre.

Abro los ojos de golpe. Nora está de pie frente a mí. Sus ojos marrones, aún enrojecidos por el llanto, me evalúan como si fuera la primera vez. Hay una sonrisa nostálgica en sus labios. Siento un picor molesto detrás de los párpados, pero mantengo la compostura.

—Tienes su misma mirada salvaje —continúa, apoyándose en la pared a mi lado—. ¿Sabías que a los quince años Milenka escapó de Rusia, y cuando los hombres de su padre intentaron arrastrarla de vuelta, ella misma asesinó a dos de los guardias?

Trago saliva. Conozco la historia. No porque alguien se haya sentado a contármela, sino porque a los doce años encontré los viejos diarios y cartas de mi madre escondidos en un cajón.

—Era... intensa —añade Nora con una risa suave—. Pero leal hasta los huesos. Jamás conocí a nadie como ella.

Bajo la vista hacia la punta de mis botas negras. Si Nora sigue escarbando en el recuerdo de mi madre, voy a terminar perdiendo el

control.

—Jacob, en cambio... —Nora niega con la cabeza, riendo por lo bajo —. Era un dolor de cabeza. Impulsivo, sarcástico. Hizo locuras impensables solo para que ella se fijara en él. Aunque recuerdo una vez que Milenka intentó clavarle un cuchillo en el muslo por excederse con sus bromas.

Una sonrisa sincera se me escapa. Alzo la vista hacia ella.

—Eso me recuerda peligrosamente a Maddox —comento. Nora asiente, dándome la razón—. Hay demasiadas cosas que no sé sobre ellos.

El rostro de Nora se suaviza, teñido de una tristeza profunda.

—Milenka amaba a Jacob de una forma que para el resto del mundo no tenía sentido. Lo amaba con ferocidad, con una lealtad brutal, y con ese instinto asesino que solo poseen los que son un poco... monstruos. —Se encoge de hombros—. Nunca entendí esa clase de amor devoto hasta que vi a Levi en esa camilla.

—El amor a veces nos convierte en monstruos —susurro, y el peso de mis propias palabras me ancla al suelo.

Nora me clava la mirada.

—Me agradas, Matthew —dice, cruzándose de brazos—. Y te seré sincera: nunca vi a Maddox tan viva ni tan feliz como cuando está contigo.

La culpa me raspa la garganta.

—Le mentí —confieso en un susurro ronco, incapaz de sostenerle la mirada—. No la he hecho feliz todo el tiempo.

Ella bufa con cansancio, restándole importancia con un gesto de la mano.

—¿Y quién demonios no ha mentido alguna vez en este mundo? — Me observa con severidad—. ¿Sabías que Jacob descubrió que Milenka era la heredera de la Bratva cuando tu abuelo intentó llevársela a Moscú a la fuerza? Milenka se lo ocultó durante meses

porque le aterraba que Jacob no la quisiera si descubría el monstruo que llevaba dentro. Jacob se lo perdonó, por supuesto. Si había un hombre en la tierra que amara a tu madre con locura, era tu padre.

Mi pecho se expande. Regreso la vista hacia ella, encontrando consuelo en sus palabras.

—Amo a Maddox —confieso.

Nora asiente, conforme.

—Lo sé, Matthew. Y me alegra, porque te aprecio. Siempre le prometí a Milenka que cuidaría de ti si ella faltaba. —Da un paso hacia mí, y la calidez maternal desaparece—. Pero amo más a mi hija. Así que, si la vuelves a hacer llorar...

—Entiendo —la corto de inmediato, sosteniéndole la mirada sin titubear—. Antes de permitir que derrame una sola lágrima por mi culpa otra vez, prefiero meterme una bala en el cráneo yo mismo.

—Bien —sisea entre dientes—. Porque de lo contrario, la que apretará el gatillo seré yo.

Asiento con respeto. Ella se da la vuelta para regresar a la habitación, pero se detiene a medio camino y me mira por encima del hombro.

—Y espero que no tardes mucho más en proponerle matrimonio.

Abro los ojos de par en par, completamente descolocado.

—¿Cómo...? —empiezo a preguntar, pero las palabras mueren en mi boca.

Nora chasquea la lengua y me dirige una mirada de pura suficiencia.

—Solo un idiota no se daría cuenta, Matthew.

Estoy a punto de replicar cuando la puerta de la habitación se abre y una tercera voz inunda el pasillo.

—Oh, aquí están.

Maddox nos mira. Tiene los ojos hinchados y enrojecidos, pero sus mejillas han recuperado ese color saludable y hay una luz nueva en

su rostro. No puede ni quiere ocultar la felicidad absoluta que le desborda el alma, y esa visión basta para calentarme el pecho y disipar cualquier rastro de oscuridad.

—Levi quiere verlos —nos avisa, haciendo un leve gesto con la cabeza hacia el interior—. Y también exige comida. Está insoportable.

Nora suelta una carcajada limpia, negando con la cabeza.

—Ese hombre solo ha pensado en comer desde que abrió los ojos —comenta, caminando hacia la puerta. Pasa por el lado de Maddox y entra—. Ustedes quédense con él. Iré a buscar a una enfermera.

—De acuerdo —murmura Maddox.

Espero a que Nora desaparezca por el pasillo antes de acercarme a Maddox. Cuando llego a su altura, me regala una sonrisa cómplice e imperceptible. Su mano roza la mía, rozando sus nudillos contra mis dedos durante un microsegundo antes de apartarse.

Sé perfectamente lo que está haciendo. Lo último que necesita Levi en este momento, recién salido de un coma, es enterarse de que su hija y su *consigliere* han cruzado todas las líneas posibles. Podría darle un puto infarto y esta vez sí que no sobrevive.

Pero me quema por dentro.

Me muero porque Levi lo sepa. Porque el mundo entero lo sepa. No tengo idea de cómo serán las cosas entre nosotros de ahora en adelante, pero hay algo de lo que estoy absolutamente seguro. Necesito que Levi me acepte, necesito poner un maldito diamante en el dedo de su hija y necesito construir un imperio a su lado, cueste la sangre que cueste.

Necesito gritarle a esta ciudad, y a quien se atreva a interponerse, que Maddox Salvatore es mía, con la misma fuerza despiadada con la que yo soy suyo.

CAPÍTULO 76

Maddox

La realidad parece haber vuelto a su cauce. O, al menos, a la retorcida versión de la normalidad que manejamos los Salvatore.

Hace una semana que Levi recibió el alta. Sin embargo, los médicos le exigieron regresar para controles estrictos y curaciones, lo que derivó en que mi madre se instalara en una de las habitaciones de la mansión. Pensé en volver a mi antiguo cuarto por un tiempo, solo para no perder de vista a mi padre, pero me quedó dolorosamente claro que ambos necesitaban espacio.

No tengo la menor idea de en qué punto está su relación, pero, al fin y al cabo, están casados. Dejaré que resuelvan sus propios demonios a puerta cerrada.

Nora me bombardea a mensajes contándome la evolución de Levi, y él me escribe a escondidas para quejarse de que mi madre le tiene prohibido el whisky. Es imposible no soltar una carcajada al leerlo; el antiguo Don de Chicago comportándose como un niño castigado y berrinchudo.

Por mi parte, hace una semana que retomé el peso absoluto de mis obligaciones como Regina de *Draghi*. Le agradezco a Matthew por ayudarme a sostener el imperio a mi lado. Es asfixiante procesar todo lo que mi padre hacía, especialmente considerando que de día también maneja un imperio legal de coches de lujo.

Aún no he tenido la *charla* con Matthew, pero se ha instalado extraoficialmente en mi departamento. En mi habitación. En mi cama, para ser exacta.

No ha vuelto a pisar su casa más que para buscar ropa limpia. Ha intentado que hablemos un par de veces, pero me he vuelto una experta en evadir el tema, usando mi cuerpo y cualquier otra táctica para convencerlo de quedarse callado y simplemente estar conmigo.

Está mal, lo sé. Es irónico. Hace un tiempo, él era quien quería ser honesto y yo huía por terror a que se alejara. Pero ahora el miedo tiene otra textura. Porque una cosa es aceptar que soy un monstruo sediento de sangre y venganza, y otra muy distinta es asimilar que te estás yendo a la cama con la mujer que ansía asesinar a tu propio hermano.

Me ha demostrado de mil formas que no le importa, que está de mi lado. Pero las palabras son fáciles. El problema será cuando ocurra. Cuando la sangre corra y descubra que no lo soporta. Que le da asco mirarme a la cara.

Necesito retrasar ese momento a toda costa.

Así que pasa las noches enredado en mis sábanas. Desayunamos juntos y luego vamos al club. Él se encarga de rastrear la nueva droga que alguien tuvo la estupidez de ingresar a Chicago, y yo me ocupo de mantener a las familias socias alineadas. O aterradas. Lo que funcione mejor en el momento.

Todas las noches, antes de dormir, voy al depósito. Me encierro en la celda de Marcio y lo torturo metódicamente hasta que me harto, para luego regresar a mi departamento, lavarme la sangre de las manos y deslizarme bajo las sábanas. Matthew me atrae hacia su pecho, me envuelve entre sus brazos y dormimos profundamente, como si no fuéramos dos depredadores con las almas manchadas.

Sonrío contra el borde de la encimera cuando siento el calor de su cuerpo a mi espalda. Sus brazos fuertes rodean mi cintura mientras esperamos a que la cafetera termine de gotear. Esconde el rostro en la curva de mi cuello, su nariz rozando mi piel, y cuando aspira mi perfume, un escalofrío eléctrico me recorre desde la nuca hasta la punta de los dedos.

—Buenos días, *tesoro* —murmura. Su voz es ronca, pesada por el sueño, y siento que me derrito en el acto—. ¿Qué quieres hacer hoy?

Dudo un segundo y me giro entre sus brazos, apoyando las manos en su pecho desnudo.

—Debería visitar a Levi —Matthew asiente, inclinándose para dejar un beso suave en mi frente—. Y tengo que hablar con Will. Necesitamos saber de una maldita vez quién metió esa droga.

—De acuerdo, te acompaño —responde, bajando para capturar mis labios en un beso lento y perezoso—. De todas formas, ayer les dejamos bastante claro a todos que no hay lugar para esa porquería en nuestra ciudad.

—Sí, el problema es que, si les importa una mierda lo que decimos, harán lo que quieran.

Matthew se encoge de hombros, rozando su nariz con la mía.

—Eres la dueña de todo, Maddox. Tú decides qué hacer si no siguen tus órdenes. —Me da un beso rápido, de esos que me dejan queriendo más, y da un paso atrás—. Me daré una ducha rápida y luego vamos a la mansión, ¿bien?

Asiento, viéndolo caminar hacia el pasillo.

En cuanto la cafetera emite un pitido, me sirvo el café negro en una taza grande y echo dos rebanadas de pan a la tostadora. Bebo un sorbo antes de ir a la habitación. Escucho el agua de la ducha correr mientras abro los cajones para buscar ropa. Me pongo unos pantalones oscuros y una camiseta de tirantes básica, buscando mis botas favoritas. Me las calzo con rapidez y regreso a la cocina.

Tomo mi taza, pero me congelo en el sitio cuando escucho dos golpes secos en la puerta principal. Arrugo la frente confundida porque no espero a nadie. Dejo la taza en la isla y me acerco, quitando el seguro con cautela.

Al abrir, el aire se me atasca en los pulmones.

Mi padre está de pie en el pasillo, apoyado en un bastón elegante, regalándome una sonrisa inmensa. Detrás de él, Nora también me sonríe. Pero la alegría de mi madre dura exactamente un segundo. Su mirada escanea mi expresión y sus labios se tuercen en una mueca de comprensión absoluta.

—¿Q-qué...? —es lo único que logro articular.

—Buenos días, abejita —saluda Levi con entusiasmo. Se adelanta, me da un medio abrazo rápido y entra al departamento. Camina con cierta rigidez; aún le cuesta moverse con libertad—. Con tu madre creímos que sería una excelente idea venir a desayunar juntos.

—¿De verdad? —siseo entre dientes.

Mi madre aprovecha que Levi avanza hacia la sala para acercarse a darme un beso en la mejilla.

—Dime que no está aquí —me suplica en un susurro inaudible.

Aprieto los labios en respuesta y Nora cierra los ojos un segundo.

—Mierda, Maddox.

Me esquiva y entra al departamento. Cierro la puerta con el pulso martilleándome en los oídos. Miro de reojo el pasillo que conecta con mi habitación y rezo a cualquier dios dispuesto a escucharme para que Matthew no salga.

—¿Qué dices, *mia cara*? —pregunta mi padre, acomodándose cerca de la cocina.

—Dante —interrumpe mi madre, con un tono ligeramente agudo—. ¿Por qué no bajamos a desayunar? He visto un café precioso en la calle siguiente...

—Pero Maddox ya tiene la cafetera encendida —replica Levi, señalando la isla con el bastón—. No la haremos perder el tiempo.

—*Tesoro*...

La voz ronca de Matthew inunda la sala.

Deseo, con cada célula de mi cuerpo, que el suelo de porcelanato se abra y me trague entera.

Matthew se detiene en seco a un par de metros del pasillo. Como las paredes ocultan el ángulo, al principio solo me vio a mí, pero al dar un paso más, la imagen de mis padres se despliega ante él.

Trago saliva. Está semidesnudo. Lleva una toalla blanca envuelta peligrosamente baja en las caderas y otra más pequeña en la mano, secándose el cabello mojado. Gotas de agua resbalan por su pecho tatuado.

—Mierda —murmuro.

La escena parece transcurrir en cámara lenta. Veo a mi padre congelarse. Sus ojos verdes se abren de par en par, asimilando la imagen del hombre en toalla en el departamento de su hija. Sus manos se cierran en puños tan apretados que los nudillos crujen. Y entonces, la máscara del padre amoroso se quiebra en mil pedazos.

Su expresión se transforma en pura y absoluta furia homicida.

—Te voy a asesinar —ruge Levi.

Ignorando el dolor de sus heridas, arremete contra Matthew.

Cualquiera en su sano juicio habría retrocedido, pero Matthew no, cuadra los hombros, dispuesto a enfrentarlo. Conozco esa mirada en mi padre, la he visto antes de que alguien termine en una bolsa para cadáveres, así que me lanzo entre ambos, frenando el avance de Levi con mi propio cuerpo.

—Maddox, hazte a un lado —me ordena Matthew, su voz baja y peligrosamente tranquila a mi espalda.

—No —replico en seco.

Mi padre ni siquiera me mira. Se detiene a escasos centímetros de mí, pero la tensión en el aire es tan densa que asfixia. Sus fosas nasales se dilatan; respira con furia contenida. Está a un segundo de cometer un asesinato.

Matthew, por el contrario, es un bloque de hielo. Lo siento a mi espalda, inamovible. Ahora que los veo frente a frente, me doy cuenta de que tienen exactamente la misma estatura. Y a Matthew no le intimida el Don en lo absoluto.

—Hazte a un lado, ahora, Maddox —gruñe mi padre, arrastrando cada sílaba.

—No —repito, levantando la barbilla.

Por el rabillo del ojo, veo a Nora acercarse, lista para intervenir.

—*Tesoro*, hazte a un lado —vuelve a pedir Matthew, rozando mi cadera con su mano desnuda.

Ese contacto, y esa maldita palabra, son el detonante.

—Si la vuelves a llamar así, te voy a arrancar los ojos, Hardaway —escupe Levi, perdiendo los estribos.

—¡Levi! —grito—. ¡No te comportes como un salvaje!

Los ojos verdes de mi padre por fin bajan para clavarse en los míos. Están inyectados en sangre.

—Maddox. Hazte a un lado. Tengo un asunto que arreglar con tu *consigliere*.

Niego con la cabeza, incrédula ante su actitud territorial.

—No.

—Maddox.

—Promete que no lo vas a golpear —exijo en un susurro feroz.

Mi padre me sostiene la mirada un segundo antes de torcer los labios en una sonrisa sádica.

—No lo golpearé. Le arrancaré la garganta.

—¡Dante! —El grito de mi madre estalla como un látigo. Su autoridad es tan repentina que me sobresalta. Coloca una mano firme sobre el hombro de Levi—. Estás completamente fuera de lugar. Contrólate.

—¡No, te diré quién está fuera de lugar! —grita Levi, soltándose del agarre de Nora y apuntando a Matthew con un dedo tembloroso por la ira—. ¡Tú! ¡Es mi hija! Por el amor de Dios, le llevas... ¿qué? ¿Diez malditos años? —Niega con la cabeza, asqueado—. Hazte a un lado, Maddox.

Siento las manos grandes de Matthew aferrar mi cintura. Con un movimiento firme pero suave, me aparta de su camino. Me giro hacia él, confundida, pero no tengo tiempo de reaccionar. En menos de un segundo, el puño de Levi vuela por el aire y se estrella con un sonido sordo contra la mandíbula de Matthew. El impacto hace que la cabeza de Matthew gire bruscamente. Pero el quejido de dolor brota de ambos. El golpe obligó a Levi a torcer el torso, estirando las incisiones recientes de su abdomen.

—¡Dante! —chilla Nora, horrorizada, sosteniéndolo por el brazo cuando él trastabilla.

—¡Levi! —gruño, empujando a mi padre por el pecho para alejarlo—. ¿Qué demonios te pasa?

Me giro hacia Matthew de inmediato, pero él levanta una mano, deteniéndome.

—Estoy bien —dice.

Un hilo de sangre oscura brota de la comisura de su labio inferior. Se pasa el pulgar para limpiarlo, sin inmutarse. Gira el rostro lentamente, volviendo a fijar sus ojos fríos en mi padre

—Levi, no hace falta liarnos a golpes. Si quieres hablar...

—¡No voy a hablar una mierda contigo! —ruge Levi, pero un pinchazo de dolor lo obliga a doblarse ligeramente con un jadeo.

Mi madre pone los ojos en blanco, sosteniéndolo con fuerza.

—Estoy bien... —masculla él.

—No, no lo estás —sentencia Nora, su voz gélida cortando el drama de raíz—. Y meterte en una pelea a puñetazos con un hombre diez años menor que tú no va a resolver absolutamente nada.

Mi padre aparta la vista de Nora al instante. Hay un destello fugaz de vergüenza en su rostro antes de que la rabia vuelva a dominarlo. Intento dar un paso hacia Matthew, pero él me dirige una mirada de advertencia y niega imperceptiblemente con la cabeza. Tiene razón; si lo toco ahora, Levi será capaz de sacar un arma.

Levi se yergue todo lo que su cuerpo maltrecho le permite y clava una mirada venenosa en Matthew.

—La conoces desde que era una niña —escupe, y el asco en su voz es palpable—. La manipulaste todos estos años para... ¿qué? ¿Para llevártela a la cama en cuanto yo estuviera fuera de combate?

—¡Papá! —estallo, asqueada por sus palabras.

La mandíbula de Matthew se tensa de tal forma que temo que se rompa los dientes.

—¿De verdad eso es lo que crees? —sisea Matthew, y su tono es tan letal que la temperatura de la habitación parece descender diez grados—. No me conoces ni un poco al parecer, Levi.

Mi padre niega, burlón.

—Quizás no. —Se gira hacia mi madre, atando cabos, y la traición inunda su rostro—. Tú lo sabías. ¡Sabías de esta mierda!

—Por favor, Levi, no seas cínico —responde Nora sin pestañear—. No hay que ser un genio para notar cómo él babea por nuestra hija desde hace años.

Bajo la vista, mordiéndome el labio inferior, sintiendo el calor subir a mis mejillas.

—Mierda —gruñe Levi.

—¿Y exactamente qué es lo que te molesta de esto, Dante? —continúa mi madre, implacable—. ¿Que sea su *consigliere* o que le lleve diez años?

—¡Es mi niña! —ruge él.

—Tu niña es una mujer adulta —le recuerda Nora entre dientes, mirándolo con un reproche tan afilado que Levi se ve obligado a

bajar la vista—. Tu niña lidera *Draghi*. ¿Puede ser la maldita Regina de la mafia, dar órdenes de ejecución, pero no puede salir con un hombre diez años mayor? ¿El mismo hombre que ha velado por su seguridad con su propia vida? ¿El hijo de tu mejor amigo? ¿De verdad es tan descabellado, Levi?

—No lo entiendes —gruñe él.

—No, el que no lo entiende eres tú. Tu problema es que sigues queriendo controlarla, porque te aterra que no te necesite. ¿No aprendiste la lección en esa cama de hospital? —Trago saliva ante la brutalidad de las palabras de Nora. Intercambio una mirada rápida con Matthew. Vuelvo a ver a mi padre, y noto un brillo doloroso en sus ojos antes de que apriete la mandíbula—. Deja de comportarte como un puto niño celoso, Dante.

Levi maldice en italiano, pateando el suelo de madera, lo que solo consigue que suelte otro quejido de dolor. Mi madre suelta un suspiro cargado de impaciencia, hastiada de su testosterona.

Observo toda la escena sintiéndome en medio de una película surrealista. Pero, en el fondo, siento un alivio retorcido. Ya era hora de que la bomba estallara. Si Matthew y yo íbamos a seguir adelante, ocultárselo a Levi solo habría traído más problemas.

El silencio inunda la sala. Mi padre respira con dificultad, intentando recomponer su máscara. Cuando vuelve a mirar a Matthew, sus ojos ya no buscan asesinarlo, pero sí desollarlo vivo.

—¿Qué quieres de mi hija? —exige saber—. Porque si tu puto plan es usarla y desecharla...

El pecho de Matthew sube y baja. Sigo el movimiento casi por inercia, mis ojos cayendo sobre el intrincado tatuaje del dragón que adorna su pectoral izquierdo. Matthew levanta la barbilla. No hay duda, ni miedo, ni una pizca de arrepentimiento en sus ojos cuando sostiene la mirada asesina del hombre que le enseñó todo.

—Quiero casarme con ella.

El silencio en la habitación se vuelve absoluto.

CAPÍTULO 77

Matthew

Maldito Levi.

Llevaba una semana entera planeando el momento perfecto. Quería que fuera a mi manera, bajo mis términos, una maldita sorpresa para la mujer que me tiene de rodillas. Y él tuvo que obligarme a escupirlo en el pasillo de su departamento, envuelto en una toalla, para evitar que nos matáramos a golpes.

De acuerdo, aún no tengo el anillo en la mano ni se lo he pedido formalmente, pero el secreto acaba de detonar en nuestras caras. Toda la ventaja se evaporó.

No me atrevo a mirar a Maddox. Una de las razones por las que he estado posponiendo esta conversación es el terror paralizante a encontrar rechazo en sus ojos. Sí, nos acostamos juntos. Sí, sé que me quiere con la misma ferocidad con la que yo la quiero a ella. Pero el amor y el matrimonio son monstruos muy distintos. Nada, absolutamente nada en la vida de Maddox, indica que alguna vez haya soñado con una alianza en el dedo o con formar una familia.

Así que clavo mis ojos en Levi. Le sostengo la mirada, enfrentando la tormenta de furia, estupefacción y pura confusión que arde en sus retinas verdes. Nora, por su parte, me observa con una sonrisa temblorosa, incapaz de ocultar la emoción que le empaña los ojos. El corazón me martillea contra las costillas con tanta fuerza que temo que se me quiebre el pecho. Un escalofrío me recorre la piel húmeda, y tenso cada músculo para no temblar.

—¿Qué? —la voz de Levi raspa, como si de repente le faltara el aire —. ¿Qué demonios estás diciendo?

Trago saliva, irguiéndome en toda mi estatura.

—Lo que escuchas, Levi —respondo, el tono tan frío y duro como el acero—. No estoy jugando con Maddox. Esto no es un pasatiempo —niego lentamente y aprieto los puños a mis costados—. Quiero estar con ella. Quiero una vida entera a su lado, si ella me acepta.

Y entonces, la miro. No sé cómo interpretar la tormenta que arrasa sus ojos esmeralda. Hay asombro, hay confusión, y hay algo más, algo oscuro y vulnerable que me aterra descifrar. Tiene los labios ligeramente entreabiertos y está paralizada en su sitio.

—Y si no acepta —continúo, sin apartar la vista de ella—, seré su *consigliere*. O lo que ella me permita ser en su vida. Me quedaré a su lado.

—Matthew... —murmura Maddox y su labio inferior tiembla de forma imperceptible.

—¿Y pensabas pedirle matrimonio sin consultarlo conmigo primero? —ladra Levi, indignado.

Parpadeo, girando el rostro hacia él, genuinamente desconcertado por su prioridad en este momento.

—Dante, por el amor de Dios —interviene Nora, frotándose la sien.

—¡Levi! —sisea Maddox, saliendo de su trance—. No estamos en el siglo pasado...

—Es mi hija de quien hablamos —gruñe Levi, acortando la distancia, territorial e implacable—. Si alguien va a proponerle matrimonio, yo debo ser el primero en saberlo.

Presiono los labios en una línea fina, conteniéndome.

—Esto es ridículo —sentencia Nora. Toma a Levi por el brazo sano y tira de él hacia atrás con una fuerza que no admite réplicas—. Estás incomodando a todos, Dante. Ellos son adultos, pueden hacer lo que quieran y cuando quieran. —Levi abre la boca para protestar, pero

ella lo silencia con una mirada—. Nos vamos de aquí. Al parecer, nuestra hija y Matthew tienen mucho de qué hablar.

—Pero...

—Nada —corta Nora entre dientes—. Ya has hecho suficiente daño por hoy. Camina.

Levi nos fulmina a ambos con la mirada, pero no añade nada más. Sus ojos se detienen en Maddox por un segundo y hace que ella trague saliva con dificultad. Finalmente, Levi suelta un suspiro pesado y se gira hacia la puerta. Nora lo escolta hacia la salida, pero antes de cruzar el umbral, me dirige una última mirada y me regala un atisbo de sonrisa cómplice.

No sé si está feliz o si simplemente me está deseando suerte para salir vivo de esta. Como sea, la voy a necesitar.

El clic de la puerta al cerrarse retumba como un disparo.

El silencio que nos envuelve es asfixiante. Maddox no me mira. Tiene la vista clavada en la madera de la puerta por la que acaba de salir su padre. Su pecho sube y baja de forma errática, reflejando el caos que también me devora por dentro.

Doy un paso hacia ella.

—*Tesoro*...

—No —me corta de inmediato, sacudiendo la cabeza. Trago saliva. Siento un hueco en el estómago. No sé si le está diciendo que no a la propuesta o si simplemente no puede con la conversación—. No. Ahora no puedo hablar de esto.

Sigue sin mirarme. Asiento, aunque ella no pueda verlo, bajando la vista. Me paso una mano por el cabello húmedo, desordenándolo por completo, intentando liberar la tensión que me quema los músculos.

—Entiendo —murmuro, con la voz ronca.

Me doy la vuelta y camino hacia la habitación. Necesito vestirme. Está claro que Maddox necesita espacio, que mi presencia ahora

mismo la está sofocando, y yo prefiero cortarme un brazo antes de acorralarla.

Abro un cajón y saco mi ropa. Me estoy pasando por la cabeza mi camiseta cuando escucho el leve roce de sus botas contra el suelo de madera. Alzo la vista. Está parada en el marco de la puerta.

—¿Es verdad? —pregunta. Tiene las manos cerradas en puños apretados a sus costados, los nudillos blancos—. Lo que le dijiste a Levi... ¿es cierto?

Me quedo inmóvil por un segundo, procesando la duda real en su voz. Me dejo caer en el borde de la cama, sentándome lentamente mientras termino de acomodarme la camiseta.

—¿De verdad lo dudas?

La veo tragar saliva. Cierra los ojos con fuerza y niega con la cabeza.

—Necesito que lo digas, Matthew —exige, y se le quiebra la voz—. Porque yo fui criada con un único propósito: ser la sucesora de Levi. Nunca, jamás, hubo espacio para otras cosas en mi cabeza, mucho menos para la ridícula fantasía de casarme y tener una familia... —Abre los ojos, y el brillo húmedo en sus pupilas esmeralda me atraviesa el pecho—. Siempre he sido un arma, Matthew. Lo sabes.

Abandono la cama en un segundo. Cubro la distancia que nos separa con pasos largos y decididos.

—Yo jamás te vi así —confieso, deteniéndome justo frente a ella—. A mis ojos, siempre fuiste Maddox. Eres, ante todo, una mujer. Y puedes desear ser lo que te dé la maldita gana. Tener o no una familia, casarte o no... Me importa una mierda cómo te criaron. Me importa que te amo tanto que la sola idea de no pasar mi vida entera a tu lado me vacía por dentro.

Llego a escasos centímetros de su rostro. Sus ojos parecen a punto de desbordarse.

—¿De verdad? —susurra, como si le faltara el aire. Asiento sin dudarlo—. ¿Aunque sea un monstruo?

—Igual que yo. —Me encojo de hombros, rozando el dorso de mi mano contra su mejilla—. No somos tan diferentes, Maddox.

—Lo somos —asegura con un nudo en la garganta, apartando el rostro un milímetro—. Lo somos, porque yo estoy dispuesta a hacer cualquier cosa.

—Sí. Igual que yo...

—No, Matthew —me interrumpe. Da un paso hacia mí, acortando la distancia hasta que nuestros pechos casi chocan. Sus manos suben y agarran la tela de mi camiseta, aferrándose a mí con desesperación—. Yo voy a asesinar a tu hermano.

Siento que mi corazón se detiene, pero no aparto la mirada. No me muevo un centímetro. Permanezco anclado frente a ella, respirando su mismo aire.

—Y yo seguiré enamorado de ti como el primer día —sentencio, mi voz profunda, resonando en la habitación—. Y seguiré teniendo la firme intención de hacerte mi esposa y construir un imperio a tu lado.

Maddox niega, frenética. Aprieta la tela de mi camiseta entre sus puños con tanta fuerza que tiembla, para luego soltarme bruscamente.

—No. No sabes de lo que hablas —murmura, retrocediendo.

La veo dar un paso atrás, y luego otro, como si yo fuera la amenaza y ella el animal acorralado. Es la primera vez en mi vida que veo a Maddox encogerse de esta manera. Comienza a caminar de espaldas por el pasillo, regresando a la sala.

—Sé exactamente de lo que hablo, Maddox —digo, dando un paso para seguirla, pero ella levanta una mano en el aire, frenándome en seco.

—¡No! —estalla, y la grieta en su voz me golpea el pecho con la fuerza física de una bala—. Crees que puedes soportarlo ahora, porque estamos aquí, porque esto... —Hace un gesto señalando el espacio entre ambos— se siente más grande que cualquier otra

cosa. Pero cuando lo haga, Matthew... Cuando lo mate y veas su sangre manchándome las manos, no vas a ver a la mujer con la que quieres casarte. Vas a ver a la asesina de tu hermano. Vas a ver al monstruo que Levi creó.

Sus ojos esmeralda son un tormento en estado puro. Hay tanto caos en ellos que casi puedo palparlo. Veo el anhelo desesperado de creerme, luchando a muerte contra el terror absoluto de que termine destruyéndola. Se muerde el labio inferior hasta dejarlo blanco.

Está aterrada. No le teme a mi hermano, ni a la guerra, ni a la muerte. Le teme a la esperanza. Le teme a esta pequeña fantasía de una vida normal que le acabo de poner entre las manos, porque está convencida de que, si la abraza, la va a llenar de sangre y a hacer pedazos.

—Me odiarás —susurra. Su respiración es errática, una lágrima solitaria escapa y le corta la mejilla pálida. Es como ver sangrar a una estatua de mármol—. Y yo no podría soportarlo. Yo puedo vivir en la oscuridad, Matthew. Nací en ella, sé cómo gobernarla. Pero si me das la luz, si me dejas creer por un segundo que puedo ser algo más que un arma, y luego me la quitas cuando te des cuenta de lo que realmente soy... eso me destruiría por completo.

Se abraza a sí misma, frotándose los brazos como si de repente el departamento se hubiera vuelto un congelador. La dualidad la está partiendo en dos frente a mis ojos: la mujer que ansía ser amada grita pidiendo que la sostenga, mientras la asesina que fue entrenada para ser le ordena que huya para evitar daños colaterales. Siente culpa por un crimen que aún no ha cometido, y siente pánico de perder un futuro que hasta hoy creía no merecer.

Me quedo quieto. Respeto la línea invisible que acaba de trazar, porque entiendo que, si la toco ahora, se romperá de forma irreversible.

—No te voy a pedir que elijas entre tu naturaleza y yo, *tesoro* —digo en voz baja, pero con una firmeza absoluta, asegurándome de que cada palabra se le grabe a fuego en los huesos—. Y no voy a fingir

que la muerte de mi hermano no me va a doler. Pero si el precio por tenerte en mi vida, por despertar en tu cama cada maldito día y formar una familia contigo, es cargar con esa oscuridad juntos... lo pago. Lo pagaré mil veces. Mi amor por ti no es condicional, Maddox. No te amo a pesar de lo que eres, te amo por lo que eres. Todo. La luz y la puta oscuridad.

Maddox suelta un sollozo ahogado, un sonido rasposo que parece habérsele arrancado del pecho a la fuerza. Cierra los ojos y niega repetidamente, incapaz de lidiar con un amor que no le exige redención, sino que la acepta con las manos empapadas en sangre.

—Vete —murmura finalmente, dándome la espalda. Sus hombros suben y bajan, tensos como la cuerda de un arco a punto de reventar—. Por favor, Matthew. Mi cabeza es un puto caos ahora mismo. Dame tiempo. Solo... sal por esa puerta.

No es un rechazo definitivo. Es el grito de auxilio de alguien que necesita reconstruir sus muros solo para descubrir cómo volver a derribarlos.

Trago el nudo de pura angustia que me asfixia la garganta. Aunque cada célula de mi cuerpo me exige acortar la distancia, acorralarla contra la pared, rodearla con mis brazos y no soltarla hasta que deje de temblar, asiento a su espalda.

—Me iré —concedo, encaminándome lentamente hacia la salida—. Pero que te quede claro algo, Maddox: puedes intentar alejarme para protegerme de ti misma todo lo que quieras. No va a funcionar. Ya te elegí.

Cierro la puerta del departamento detrás de mí con suavidad, dejándola a solas con sus demonios, y apoyo la nuca contra la madera fría del pasillo exterior. Suelto un suspiro tembloroso, pasándome ambas manos por la cara.

La verdadera guerra será convencerla de que, aunque sea un arma, merece ser feliz. Y por ella, estoy dispuesto a quemar el mundo entero hasta las cenizas.

CAPÍTULO 78

Maddox

Detengo el motor del coche frente a la mansión. Apago las luces, hundo la espalda contra el asiento de cuero y cierro los ojos.

¿Por qué siento que, en el maldito segundo en que el agua parece calmarse, siempre cae una bomba que lo hace volar todo en pedazos?

«Quiero casarme con ella».

La frase de Matthew se reproduce en mi cabeza en bucle. Se adhiere a las paredes de mi cerebro como la sangre seca bajo las uñas: por mucho que raspes, siempre queda un rastro. Y lo más aterrador es que ni siquiera estoy segura de querer arrancármelo.

Mi mente es un jodido desastre. Una parte de mí está paralizada por el terror; me grita que esto es una estupidez, un error que me estallará en la cara. Nada bueno puede salir de que alguien como yo se enamore. Mis propios padres son el ejemplo perfecto. Veinte años de matrimonio sostenidos sobre una cuerda floja trenzada con rencor, sangre y una devoción enferma.

Yo no fui criada para jugar a las casitas. Fui hecha para cumplir mi deber. Y el matrimonio, los hijos... no. Ni siquiera lo considero.

Pero hay otra parte de mí. Una parte retorcida y hambrienta que se aferra a la idea de que, a pesar del miedo que me paraliza, merezco esto. Merezco ser adorada por un hombre tan implacable y leal como Matthew, alguien que me mira como si fuera una maldita reina intocable. Quiero dejar que esa fantasía me consuma.

Sin embargo, Máximo es otro problema, aunque Matthew jure que lo soportará, comparten la misma sangre. Cuando apriete el gatillo. Cuando yo misma acabe con la vida del hombre que me traicionó, cuando su hermano menor se ahogue en su propia sangre por mi mano... ¿Matthew seguirá mirándome con esa misma devoción? ¿O solo verá a la asesina que le arrebató a su familia?

Abro los ojos de golpe. Una lágrima traza un surco por mi mejilla. Me la limpio con un movimiento furioso, salgo del coche y avanzo hacia la mansión con paso lento. El eco de mis botas militares contra el pavimento es el único sonido que quiebra la quietud de la tarde. Cruzo el perímetro, le doy un asentimiento seco a Marcellino en la entrada y marco mi huella dactilar y la contraseña en la puerta principal.

En cuanto el seguro cede, los gritos me golpean en la cara. Vienen de la cocina. Levi y Nora discutiendo, por supuesto.

Me quedo inmóvil en el pasillo. ¿Es esto lo que me espera? ¿Guerra fría en el desayuno y gritos en la cena? Y si alguna vez llegamos a tener un hijo... ¿cómo diablos voy a ser una buena madre? Mi propia madre me abandonó de niña, y mi padre me afiló como si fuera una cuchilla. ¿Podré ser mejor que ellos? ¿Acaso quiero serlo?

Avanzo en silencio hasta detenerme a centímetros del marco de la puerta de la cocina, oculta en las sombras, agudizando el oído.

—¿¡Tenías que comportarte como un puto crío!? —El tono de Nora de pura furia—. ¿No viste cómo la acorralaste? ¿Lo incómoda que estaba Maddox?

—Quizás estaba incómoda porque Matthew es demasiado mayor para ella —gruñe Levi.

—¿Mayor? —Mi madre suelta una risa seca, carente de humor—. No me jodas, Levi. ¿Desde cuándo las edades importan?

Mi padre murmura algo que no llego a comprender.

—Por favor —ataca Nora de nuevo—. Estás histérico porque perdiste el control. Ya no puedes controlar a tu hija, acéptalo de una maldita

vez.

—Dios, Nora. Hay momentos en los que te detesto profundamente.

—Me importan una mierda tus berrinches, Dante —sisea ella—. ¿Cuál es tu puto problema con Matthew? Lo has criado casi como a un hijo. Es un hombre brillante y leal. ¿Y ahora resulta que no es digno de ella?

Puedo imaginar la postura de Levi.

—Es mi niña —su voz baja una octava—. Está destinada a dominar. Se merece algo más que…

—¿Más que el hombre que ha estado dispuesto a recibir una bala por ella desde que era una niña? —lo interrumpe Nora. El veneno en su voz me hace tragar saliva—. Matthew ha sido su sombra. La ha protegido más de lo que tú y yo lo hemos hecho jamás.

—¡La conoce desde que era una niña! ¿No te parece jodidamente retorcido?

—Maddox es una mujer —replica Nora, y juraría que acaba de poner los ojos en blanco—. Y te recuerdo que ya estuvo en la cama del hermano menor.

Cierro los ojos, sintiendo un pinchazo fantasma en el pecho al escuchar eso en voz alta.

—Cállate —advierte Levi.

—Estuvo con Máximo. El mismo hijo de puta que la traicionó y casi la destruye. Y no te vi movilizar al imperio para arrancarle la cabeza.

—Esa es su presa. —Las palabras de mi padre caen como plomo sobre la encimera de la cocina—. Sabes cómo funciona esta familia, Nora. Cada quien debe cobrarse su propia venganza para ascender.

El aire se me congela en los pulmones.

Doy un paso al frente, saliendo de las sombras.

—Por eso me diste *Draghi* —digo.

Ambos se giran hacia mí, sorprendidos, pero avanzo hacia la cocina, sintiendo la bilis arder en mi garganta.

—Por eso me dejaste tu lugar —continúo, clavando mis ojos en Levi —. Dios, ¿algún día dirás toda la verdad de frente?

—Oh, lo siento, recibí un maldito disparo y estuve en coma —se defiende él, cruzándose de brazos.

—Dante, deja de comportarte como un crío —le advierte mi madre entre dientes.

Niego con la cabeza, soltando un suspiro cargado de decepción.

—Me dejaste *Draghi* para que lleve a cabo mi venganza —comprendo en voz alta, encajando por fin las piezas del tablero de ajedrez—. Y por eso mi abuelo se retiró antes de tiempo contigo. ¿Así se gana el trono aquí? ¿Cobrándose una maldita deuda de sangre?

—Sabes que sí —me recuerda, endureciendo los rasgos—. No finjas confusión ni sorpresa, Maddox. En esta familia el poder se demuestra aniquilando a quien te traiciona. Yo me vengué de los Marchetti. Y tú con los Silva. Por eso te entregué el mando.

—Eres un monstruo manipulador —murmuro.

Y lo peor, lo que más me asquea, es que lo entiendo. Mi abuelo hizo lo mismo, porque la mafia no se rige por lazos de amor.

—Lo que no estaba en mis malditos planes —gruñe Levi, acortando la distancia y apoyándose en su bastón—, era que empezaras a jugar a la casita feliz con tu *consigliere*.

El cinismo me golpea con fuerza.

—Claro —escupo—. Porque, ¿cómo diablos podría Maddox Salvatore permitirse amar a alguien, si tú te encargaste de extirparme el corazón desde niña?

El silencio que sigue es asfixiante.

Nora me mira, parpadeando. La confusión agrieta su impecable fachada de hielo. Luego, gira el rostro lentamente hacia mi padre.

—¿Qué? —exige saber.

Levi desvía la vista, parece incapaz de sostener la mirada de ambas.

—No fue así —murmura él, con la voz áspera—. Es decir, la crie para que nadie pudiera romperla jamás…

—¿Inculcándole qué, Dante? —La voz de Nora es tan afilada que podría rebanar hueso.

Levi traga saliva.

—Que el amor te hace débil —confiesa en un susurro ronco.

Nora se lleva las manos a la cabeza, como si necesitara contener la furia que amenaza con hacerla estallar. Cierra los puños a los costados y aprieta los ojos.

—Eres un imbécil —dice, con la voz temblando de rabia contenida—. Un jodido imbécil.

—¡Me dejaste! —ruge Levi de pronto. Sus ojos brillan con una vulnerabilidad que me estremece—. ¿Qué esperabas que le enseñara? Te amé hasta volverme loco, te entregué mi maldita alma, y tú… desapareciste. Me dejaste pudriéndome en mi propio infierno. Estaba destruido. Quería quemar el mundo entero.

Nora se tensa.

—Tú sabes perfectamente por qué tuve que irme —susurra ella. Levi asiente de forma rígida—. ¿Y eso te dio el derecho de envenenar a nuestra hija? ¿De convencerla de que sentir algo por alguien iba a ser su condena?

—¿Acaso no es así? —la desafía él.

—No. —Nora avanza hacia él, hasta quedar a escasos centímetros de su rostro—. Pregúntale a tu hija qué le pasó al hijo de puta que te disparó.

Levi voltea a mirarme. Levanto la barbilla, sosteniéndole la mirada con frialdad.

—Esa estupidez de que el amor es debilidad es un cuento para cobardes —continúa mi madre, sin apartar los ojos de Levi—. Porque en el maldito segundo en que supe que estabas herido, no sentí debilidad. Sentí la necesidad imperiosa de reducir la ciudad a cenizas. Lo torturé, Dante. Le arranqué la piel a tiras hasta que se ahogó en su propia sangre. Y lo hice porque te amo.

Mi padre se queda de piedra. La magnitud de esa devoción enferma y violenta flota en el aire, densa como el humo. Nora se gira hacia mí. Sus ojos oscuros son dos abismos brillantes.

—Quizás en el mundo normal, el amor ablande a la gente —me dice, con voz baja—. Pero en nosotros, Maddox... en nosotros funciona distinto. Nos hace más salvajes. Nos vuelve unos putos psicópatas dispuestos a aniquilar ejércitos enteros por proteger lo que es nuestro.

Trago saliva con dificultad.

—No dejes que nadie te convenza de que no estás hecha para esto —concluye mi madre. Acorta la distancia entre nosotras hasta rozar mi mejilla con sus nudillos—. Eres un arma, sí. Pero cuando elijas amar, Maddox... lo vas a hacer con la misma brutalidad con la que matas. Y serás mucho más letal que cualquiera de nosotros.

CAPÍTULO 79

Maddox

Escucho el quejido gutural de Marcio y alzo la vista. Sigue colgado del techo, exactamente en la misma posición en la que ha estado pudriéndose durante la última semana.

Llevo media hora sentada en esta silla, a dos metros de él, fumando y observándolo en silencio. De vez en cuando se estremece, arrastrando las cadenas, emitiendo sonidos que apenas califican como humanos. Irónicamente, tiene mejor aspecto que la última vez. Di la orden estricta de que, tras cada sesión, recibiera atención médica, lo necesario para que no muriera de una infección ni se desangrara por la profundidad de los cortes.

Por supuesto, eso no incluyó un solo miligramo de analgésicos. No soy una persona compasiva.

—¿Recuerdas cuántos días me torturaste tú a mí? —pregunto en un susurro monótono.

Ladeo la cabeza, encendiendo otro cigarrillo. La llama del encendedor ilumina brevemente la penumbra del sótano. Marcio no responde, solo deja escapar otro gemido rasposo.

—Cuatro días —murmuro en respuesta.

—Mátame de una puta vez, Maddox —suplica.

Me cruzo de piernas, inhalando profundamente hasta que el humo me quema los pulmones.

—Cuando hui a Francia, no tenía ni la menor idea de qué iba a hacer con mi vida —comienzo, soltando el humo lentamente—. Necesitaba distancia. Todo fue demasiado. No solo la tortura que orquestaste, sino que Máximo, el hombre que creí amar, me hubiera entregado. —Un quejido ahogado responde a mis palabras—. Creí que con tiempo, mi cabeza se enfriaría para planearlo todo.

—Y vaya que lo hiciste —escupe, tosiendo sangre a medias.

Asiento, dándole otra calada al cigarrillo.

—Tuve demasiada claridad. Ocurrió después de cenar con mi madre. Estaba en la cama, a punto de dormir... No sé si lo sabías, pero para poder dormir sin que me diera un ataque de pánico, necesité pastillas durante meses.

—No me digas.

—Llevaba seis meses limpia. Todo un logro, a decir verdad. Pero una noche… tuve una parálisis de sueño. —trago saliva ante el recuerdo —. Sí. Una figura enorme, una sombra negra y densa, se paró a los pies de mi cama. Me miraba como si fuera a devorarme viva.

—Quizás solo fue una pesadilla —balbucea.

Niego lentamente, expulsando una nube gris de mis labios.

—Las pesadillas son distintas. En ellas, una parte de ti sabe que está durmiendo. Pero la parálisis… —Hago una pausa—. Tu cuerpo está despierto. Tus sentidos están en alerta máxima, pero estás congelado en tu cuerpo. No puedes moverte. No puedes gritar. Pero eso ni siquiera fue lo peor. Lo peor fue escuchar la risa.

Marcio alza la cabeza con una dificultad agónica.

—¿Una risa?

—Tu risa —sentencio, descruzando las piernas para inclinarme hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas—. Te escuchaba reírte de mí. Cuando por fin logré romper la parálisis, grité con tanta fuerza que me desgarré la garganta. Mi madre tuvo que irrumpir en la habitación y sostenerme hasta que dejé de temblar.

Trago saliva, tirando la colilla al suelo de concreto y aplastándola con la punta de mi bota.

—Esa noche no volví a dormir. Me quedé mirando el techo, diseñando mi venganza. Cada segundo. Cada detalle. —Abro los brazos, señalando el espacio—. Diseñé esto, elegí cada herramienta, cada gancho, pensando específicamente en cómo te haría suplicar.

—Déjame adivinar —escupe él, sacudido por un ataque de tos húmeda—. Estás extasiada porque lo lograste.

Asiento.

—Sí, aunque la verdad… no parece suficiente. —Me pongo de pie, alisando los pliegues de mi ropa negra, y camino despacio hacia él —. Mi terapeuta me lo dijo una vez: vengarse es como esnifar cocaína. Te da un subidón de poder irreal, te sientes intocable, pero cuando el efecto pasa… no soluciona nada.

—Sientes un vacío.

—No. —Pongo los ojos en blanco, alejándome hacia la mesa de acero quirúrgico—. No hay vacío. Al contrario, descubrí que podría seguir torturándote durante años, arrancándote pedazos, y no me cansaría. ¿Tú qué dices?

—Que me mates de una vez —suplica de nuevo, derrotado.

—Lo haré. Pero no por piedad. Lo haré porque, honestamente, Marcio… ya me aburriste.

Lo escucho intentar reírse, un sonido patético que se corta de inmediato.

—¿Saldrás a buscarte un juguete nuevo?

—Ya lo tengo —murmuro, de espaldas a él—. Solo tengo que ir a recogerlo.

Me coloco los guantes de látex negro con movimientos deliberados y precisos. Tomo una jeringa nueva, rompiendo el plástico esterilizado, y me acerco al pequeño refrigerador de muestras. Mis dedos

sobrevuelan los frascos hasta que encuentro la etiqueta exacta. Lo saco, hundo la aguja en la tapa de goma y tiro del émbolo.

—¿Qué es eso? —su voz está impregnada de terror—. ¿Es lo mismo que le inyectaste a Luc?

Lo ignoro y empiezo a silbar una melodía ligera que rebota contra las paredes. El líquido ambarino, espeso como la resina, llena el cilindro de plástico. Cuando está lista, desecho el frasco vacío y me giro hacia él.

No dejo de silbar. El eco de mis botas marca el ritmo mientras me acerco. Sus ojos oscuros están desorbitados por la confusión y el miedo visceral, siguen cada uno de mis movimientos.

—Maddox —jadea, tirando inútilmente de las cadenas—. ¿Qué diablos es eso?

Me detengo a escasos centímetros de su rostro. Le guiño un ojo y le clavo la aguja en la vena del antebrazo. Intenta sacudirse, pero el líquido entra. Un segundo después, un dolor tan profundo lo atraviesa que suelta un grito desgarrador.

Niego con la cabeza y dejo de silbar.

—No. Esto es infinitamente peor. —Me acerco a su oído—. Primero, se te adormecerán las extremidades. Cuando estés completamente paralizado, sentirás un tirón en la base de la columna. Y entonces llegará el calor. Sentirás como si alguien te estuviera clavando un millón de agujas al rojo vivo debajo de la piel, quemando cada nervio de tu cuerpo.

Retiro la aguja con exasperante lentitud. Me quito los guantes negros, tirándolos sobre la mesa de metal.

—Se llama *Keres-9* —le informo con calma—. En los foros más retorcidos de la *deep web* lo llaman el Fuego de Érebo. Pagué una cantidad obscena de bitcoins por un solo miligramo.

Marcio tira de las cadenas de nuevo, pero el movimiento ya es torpe.

—Lo diseñaron para interrogatorios en agujeros gubernamentales, pero lo desecharon porque morían del dolor antes de poder confesar. No detiene tu corazón. Ataca el sistema nervioso central. Básicamente, convence a tu cerebro de que te estás quemando vivo de adentro hacia afuera.

El primer espasmo real lo golpea.

Su espalda se arquea con una violencia brutal, tensando los grilletes al límite. Un alarido inhumano, crudo, brota de sus pulmones, pero se ahoga a la mitad porque los músculos de su garganta se paralizan.

Sonrío.

—Esa es la mejor parte —susurro—. En dos minutos, ni siquiera podrás gritar. Tu cerebro registrará que hierves en ácido, pero estarás congelado. Y si tu corazón resiste el shock inicial… tardarás unas ocho horas en morir. Ocho horas de pura agonía sin escapatoria. Que las disfrutes.

◆ ◆ ◆

Enciendo un cigarrillo mientras cruzo el estacionamiento. Encuentro las llaves en mi chaqueta de cuero, desactivo la alarma de mi coche y subo. Pongo el móvil en el soporte, lo conecto al estéreo y marco el número de Will mientras hago rugir el motor.

Contesta al tercer tono.

—Estaba a punto de llamarte —dice a modo de saludo. Frunzo el ceño.

—¿Qué pasa?

—No, tú primero —suspira con fastidio.

—¿Estás bien? Oh, por Dios, ¿te interrumpí un polvo? Soy una maldita...

—Maddox, no. —Su irritación es palpable—. Solo dime qué necesitas.

—Nada, que llames al equipo de limpieza y los mandes al sótano en... —Miro el reloj del tablero—. ¿Diez horas? Sí, en diez horas el trabajo estará terminado.

—¿Qué estará terminado?

—El cadáver de Marcio.

Lo escucho soltar una maldición entre dientes.

—¿Qué le diste?

—Relájate. Ya me aburrió. Simplemente...

—Te deshiciste de él.

—Por estas cosas te adoro, Will. Eres tan inteligente.

—Deja de jugar, Maddox.

—No estoy jugando —pongo los ojos en blanco, maniobrando para salir a la calle—. Lo digo muy en serio.

—La última vez casi me cortas la cabeza porque tardé tres minutos más en desencriptar un archivo.

Suelto una carcajada oscura.

—¿Estarás resentido para siempre? Entiende que no podía haber errores.

Escucho a Will suspirar.

—En fin, ¿cómo está el gran Don retirado?

—Insufrible. Descubrió lo mío con Matthew.

—¿Y qué hay exactamente entre tú y Matthew? —pregunta. Su tono cambia, hay una genuina intriga—. Porque luce como un campo minado desde afuera.

Me encojo de hombros, como si pudiera restarle importancia, aunque por dentro un nudo de pánico frío se me instala en el estómago.

—No lo sé. Supongo que cuando acabe con su hermano menor veremos qué pasa. Si puede soportarme y se queda, o si sale

huyendo y tengo que buscarme un nuevo *consigliere*.

—Bien. Hablando de eso...

—¿Qué pasa? —lo interrumpo.

—Estaba monitoreando la señal del teléfono de Máximo y está en la antigua casa de su familia.

Frunzo el ceño.

—¿Esa casa sigue en pie?

—Está abandonada pero es propiedad de Levi. Pero hay más, tengo acceso a las cámaras de seguridad que instaló hace décadas, antes de que los Hardaway siquiera se mudaran ahí. Entré por curiosidad y...

—Habla ya, Will.

—Matthew está ahí.

Acelero, clavando los dedos en el cuero del volante hasta que los nudillos se me ponen blancos.

—Por lo que parece, Matthew fue a su antigua casa y se lo encontró. Están en la habitación principal. La situación está jodidamente tensa, Maddox.

—¿Tensa cómo?

—Como si Matthew estuviera a un segundo de volarle los sesos, y Máximo estuviera intentando… convencerlo de algo.

Mi mente hace clic. El muy hijo de puta piensa que si manipula a Matthew y lo pone de su lado, evitará que yo apriete el gatillo.

—Le voy a arrancar los putos ojos —siseo, girando el volante de golpe para tomar la autopista hacia los suburbios. Los Hardaway vivían a cinco calles de la mansión Salvatore—. Llegaré en diez minutos.

—Ten cuidado, Maddox —me advierte Will, su voz perdiendo todo rastro de sarcasmo—. Si lo matas, puedes perder más de lo que ganas. ¿Estás segura de esto?

Trago saliva. El miedo está ahí, latiendo en mis venas, pero la decisión es inamovible. Esta es la prueba de fuego. Si Matthew y yo vamos a sobrevivir a nuestro propio infierno, tenemos que sobrevivir a esto. A todo o nada.

—Will, ¿puedes reproducir sonido desde tu terminal a los altavoces de esa casa?

El silencio al otro lado de la línea es pesado.

—Sí. Creo que puedo hackear el sistema de alarma antiguo.

—El archivo de audio que recuperaste de la memoria encriptada de Máximo. La grabación.

—No, Maddox. Es una puta locura.

—Will —gruño—. Son mis gritos. Yo decido cómo y cuándo usarlos. En cuanto te dé la orden, quiero que la reproduzcas a todo puto volumen. ¿Entendido?

Un suspiro resignado.

—Entendido.

Cuelgo, manteniendo el chat de la aplicación abierto. Quemo asfalto saltándome tres semáforos, el motor rugiendo como una bestia salvaje, hasta que freno bruscamente a una calle de la casa. Apago las luces. Busco mi Mossberg en el asiento del copiloto, reviso la recámara y salgo al aire frío.

La casa de los Hardaway se alza en la oscuridad. La puerta principal está entreabierta. Entro sin hacer el menor ruido, mis botas militares apenas rozan el suelo polvoriento mientras avanzo por el pasillo. Escucho voces y sé que vienen de la habitación del fondo. Me pego a la pared, a escasos metros del umbral, cubierta por las sombras.

—Esto es increíble, Máximo —la voz de Matthew es un gruñido cargado de asco y furia—. ¿Te escondes aquí? ¿En la casa de nuestros padres?

—Para ti es muy fácil. Duermes con la mujer que me quiere ver muerto —replica Máximo—. ¿No te pesa ni un poco, hermano?

—No me jodas. Mereces su odio. Y ahora prefieres esconderte como una rata. Si nuestros padres te vieran, sentirían puta vergüenza.

—¡Cierra la boca, Matthew! —estalla Máximo—. Esto jamás habría pasado si tú no hubieras mentido. Si me hubieras dicho la verdad sobre ellos...

—Sí, me equivoqué —concede Matthew, su voz está tensa—. Debí ser honesto. Pero eras un crío y quería protegerte de la mierda en la que estaban metidos nuestros padres.

—¿Qué, quieres una jodida medalla?

—Quería que no vieras a tu hermano mayor como un monstruo. Porque a los dieciséis años me manché las manos de sangre por esta familia. Asesiné a un hombre para que tú pudieras tener una vida limpia.

—No es justo que me eches eso en cara...

—¡Y tú dejaste que Marcio Silva te envenenara la cabeza! Te llenaste de una fantasía de poder, y usaste a Maddox. A mi Maddox. La traicionaste para entregársela en bandeja de plata.

Cierro los ojos, apoyando la nuca en la pared.

—No me culpes de todo, Matt. Tampoco fue tan difícil llevármela a la cama.

El odio me quema las entrañas. Escucho el chasquido inconfundible de un arma quitándole el seguro. Matthew acaba de apuntarle.

—¿No funciona así nuestro mundo? —continúa Máximo, intentando sonar arrogante aunque escucho el temblor en su voz—. Queremos algo y lo tomamos.

—Hay límites, pedazo de mierda. Y siempre fue ella. Lo sabes.

—Soy tu hermano, Matt. ¿Vas a dispararme por una chica? ¿Qué pensarían nuestros padres?

—Maddox no es una chica —sisea Matthew—. Es mi vida entera. Y si nuestros padres nos vieran, lo único que les daría asco sería tener un hijo traidor.

—Me manipularon —ruega Máximo. Saca la carta de víctima, tan patético, tan predecible—. Marcio me hizo creer... sabes lo que me hicieron cuando la secuestraron. Me molieron a golpes. Estaba aterrado. Yo no sabía qué iban a hacerle...

Suficiente. Saco el móvil y le doy enviar al mensaje a Will. Es instantáneo. De los viejos altavoces del techo de la casa estalla el sonido.

Mis propios gritos, crudos, desgarradores, rebotando en las paredes llenas de polvo, acompañados del sonido del metal golpeando carne. Y luego, por encima de mi llanto agónico, la voz clara de Máximo hablando a través del micrófono de vigilancia.

«—Dile al jefe que no toque su dragón, es demasiado bonito como para que lo arruinen».

Entro a la habitación.

Matthew está de espaldas a mí, con el arma levantada hacia su hermano. Pero veo cómo sus hombros se tensan al reconocer los gritos de la grabación. Se queda petrificado. Máximo, frente a él, pierde todo el color de la cara.

—Cuatro días —anuncio.

Matthew gira el rostro hacia mí. Sus ojos están llenos de lágrimas. Es la primera vez que escucha el sonido de lo que me hicieron en ese sótano, y la agonía que le cruza las facciones me rompe un poco más el corazón. Pero no bajo el arma.

Vuelvo a clavar mis ojos en Máximo.

—Me torturaron durante cuatro días, Máximo. Y tú estabas sentado en una sala de control, viendo todo en tiempo real. Así que no me jodas con que fuiste una víctima.

—¡Es mentira! —grita Máximo, el pánico lo domina. Mira a su hermano de forma desesperada—. ¡Matt, te juro que es un montaje! ¡No le creas a esta puta psicópata!

Matthew aprieta la mandíbula hasta que los músculos le saltan. Se vuelve hacia Máximo, el dedo presionando el gatillo de su pistola.

—Da un solo paso, y yo mismo te volaré los sesos.

Sonrío. Matthew jamás dudaría de mí. Me eligió, ante el infierno y ante su propia sangre, me eligió a mí.

—Lo voy a matar —murmura Matthew con la voz rota, apuntando al pecho de su hermano.

—No —lo interrumpo con firmeza. Matthew me mira confundido—. Baja el arma. Esto lo termino yo.

Doy dos pasos hacia adelante. Máximo retrocede, chocando contra el borde de la vieja cama matrimonial, acorralado. Sabe que no hay salida. Sabe que va a morir.

—No te disparo ahora mismo por respeto a lo que este hombre que tienes enfrente ha sacrificado por ti —le digo, sin que me tiemble un solo músculo—. Pero quiero que te quede claro algo, Máximo: no significas nada. Ni odio, ni lástima, ni dolor. Eres solo un puto estorbo que estoy a punto de barrer.

Me giro para salir de la habitación. Máximo suelta una risa ahogada, histérica, intentando aferrarse a un orgullo que ya no existe.

—Si me quisieras muerto, princesa... ya te habrías encargado.

Me detengo en seco.

Clavo la mirada hacia la pared del pasillo. Entre el polvo y las sombras, hay un viejo portarretratos colgado. Una mujer sonriendo a la cámara mientras un hombre apuesto intenta besarle la mejilla. Milenka y Jacob Hardaway.

Los padres del hombre que amo. Los padres del parásito que voy a exterminar.

Clavo mis ojos en la foto.

—Lo siento —murmuro, tan bajo que solo las sombras y los fantasmas de esta casa pueden escucharme.

Me giro hacia Máximo.

Con un movimiento fluido levanto la Mossberg, apunto directo a su corazón y aprieto el gatillo.

Observo esos ojos. Esos malditos ojos que una vez me desafiaron y me atraparon, perdiendo ahora su chispa, apagándose como una vela consumida por la oscuridad. La realidad me atraviesa como un asteroide colisionando contra tierra muerta. El hilo rojo de sangre que brota de sus labios es la última prueba. Con cada gota que cae al suelo, se desvanece cualquier posibilidad de un destino diferente.

Me obligo a no apartar la mirada. En nuestra familia, la piedad es un pecado capital y las responsabilidades se graban a fuego. Llevar nuestro apellido no es un honor, es una cadena que nos obliga a mutilar nuestro propio corazón para sobrevivir.

Bajo el arma con una lentitud que duele. El acero es solo un objeto inerte, pero yo dejé de sentir mis propios latidos mucho antes de apretar el gatillo. Mis ojos siguen el rastro carmesí que se expande por el suelo, una mancha que nunca podré limpiar de mi conciencia, antes de dar media vuelta.

Evito mirar a Matthew, quien no quita los ojos del cuerpo inerte de su hermano sobre un charco de sangre.

Me repito que así es como debe ser. En este nido de dragones y serpientes, nunca hubo espacio para los dos. Las reglas son simples: devorar o ser devorado. Solo uno de nosotros podía quedar en pie.

Mejor ser yo.

CAPÍTULO 80

Maddox

Ha pasado una semana.

Una. Maldita. Semana.

Le hago un gesto al bartender para que llene el vaso de whisky, se acerca sin mirarme demasiado y hace lo que le pido. Cuando se aleja vuelvo a beberme todo de un solo trago. Siento una presencia a mi lado y dejo caer mi cabeza en el hombro fuerte de Will.

—¿Debería buscarme un nuevo *consigliere*? —murmuro con la voz rasposa.

—Solo pasó una semana —susurra en mi oído.

Emito un quejido y busco otra vez el vaso de whisky. La música del club hoy está particularmente diferente, se escucha más baja y tranquila, incluso el maldito lugar aparenta estar en calma. Lo cual es ridículo teniendo en cuenta que, ahora mismo, Jace está cerrando un negocio en el sector VIP. Por suerte se deshizo del estúpido fentanilo que ingresó a las calles de Chicago, pero debimos aumentar la producción de cocaína para cubrir esos baches, al parecer el fentanilo es fuerte y adictivo, pero de la misma forma puede asesinarte en un segundo.

Lo había consultado con Levi y le pareció bien mi opinión: debíamos quitar de las calles esa maldita droga. A ver, la cocaína no era mejor, pero al menos no te mataba de solo probarla una vez.

—Exacto —repito y cierro los ojos, siento como mis párpados pesan —. Una semana, ¿entiendes eso? Está claro que me detesta.

—Asesinaste a su hermano —murmura. Me alejo y lo miro con los ojos entrecerrados—. A ver, tenías razón, en eso no hay discusión. Pero es su hermano, debe hacer un duelo… o algo por el estilo. No sé, nunca tuve hermanos —se encoje de hombros.

Tomo el vaso de vidrio y lo miro mientras muevo el líquido ámbar.

—Yo tampoco —murmuro y luego vuelvo a verlo— ¿Tú quieres ser mi *consigliere*? —me inclino hacia él con media sonrisa y él ríe mientras se lleva su botella de cerveza a los labios—. Te prometo que no es una condición que follemos, Matthew fue… una linda excepción.

—Ya —pone los ojos en blanco—. Tampoco eres mi tipo, Maddox.

—Mmh —asiento y bebo un poco de whisky— ¿Y cómo debería ser para ser tu tipo, Greymson? —alzo ambas cejas varias veces y él ríe — ¿Hombre y llamarme Jace? —susurro.

Deja de reír y me mira de soslayo.

—¿Fui demasiado brusca? —pregunto en un susurro.

—¿Fui demasiado obvio?

—Un poco —me encojo de hombros y bebo whisky—. Solo lo suficiente para que yo lo note, ya sabes… cuando estábamos en Nueva York…

—Ya —me interrumpe.

—Es decir, rompiste un maldito vaso —murmuro.

—Entendí, Maddox.

Niego con una sonrisa y miro hacia mi costado, Jace está bebiendo con Marco, Pablo y otra chica. Cuando me giro hacia Will sus ojos grises están fijos con él y puedo ver un brillo de tristeza.

—¿Por qué no has intentado nada?

Sonríe con melancolía.

—Porque Jace es muy heterosexual y yo todo lo opuesto —pongo los ojos en blanco y él niega—. Déjalo, Maddox. Me gusta mi soltería.

—Ya, está claro —murmuro—. Pero quizás…

—Maddox.

—¿De qué hablan? —nos sorprendemos cuando escuchamos a Jace, quien nos rodea a ambos con sus fuertes brazos y se coloca en el medio—. ¿Maddox sigues llorando por Matthew?

Pongo los ojos en blanca.

—Ya pasó una semana, ¿cuántas veces debo decirlo? —murmuro.

—Regresará, Regina —choca su cabeza contra la mía de forma suave y dejo escapar una risa—. El tipo no puede vivir sin ti, solo dale tiempo.

—Claro, tiempo —murmuro y suspiro—. En fin, por hoy planeo divertirme… es decir, no me puse este vestido para quedarme así —me señalo y ellos comparten una mirada—. Y ustedes no están de guardia, así que…

—A bailar —dice Jace y toma mi mano.

Caminamos a la pista de baile y nos dejamos llevar por la música baja del club, llevo encima muchos vasos de whisky, creo que perdí la cuenta luego del número diez así que no me importa si me miran y susurran. Es decir, soy Regina de *Draghi*, nadie se atrevería a reírse o decir algo frente de mí porque saben de lo que soy capaz.

Me gusta sentir esto: el poder sobre todos, el miedo que experimentan cuando me ven e incluso la sorpresa en su rostro. Es decir, Levi jamás salía al club para divertirse, quizás solo cuando era joven pero no cuando era Don. Yo soy diferente, poco importa que me vean con un vestido de satén negro, con escote y la espalda descubierta hasta casi rozar mi trasero, con un par de tacones a juego.

No debería sentir este vacío en el pecho, debería estar feliz porque soy dueña de toda la maldita ciudad, porque estamos expandiendo *Draghi* a la Costa Este gracias a Lucchese, porque he conseguido mi venganza, porque he forjado vínculos con la *Tríada 14K*, porque yo mando y tengo el poder.

Pero, aunque tenga todo eso, no tengo a Matthew.

Me siento un poco patética, es decir, soy la mujer más poderosa de este maldito lugar y me siento incompleta sin un hombre. Pero Matthew no es un hombre cualquiera, Matthew es la persona que ha jurado protegerme, que me ha jurado amor, lealtad y devoción. Es el mismo que estuvo a punto de asesinar a su propio hermano cuando escuchó la grabación. Y no lo hizo porque yo se lo pedí.

Porque yo quería hacerlo, quería arrebatar esa vida y ver cómo se apagaban esos malditos ojos traidores.

Y ahora… Ahora Matthew no está.

Cierro los ojos con fuerza intentando apartar esas ideas, quizás, después de todo, Matthew y yo no teníamos un destino juntos, quizás esto debía ser así. Soy dueña de Chicago y eso debe ser suficiente.

Así que bailo, me dejo envolver por la música, escucho las voces de todos a mi alrededor y puedo sentir la mirada de los presentes. Nada de eso importa, nada…

—Maddox —esa voz y esas manos enormes que se posan en mi cintura a mi espalda me hacen abrir los ojos—. ¿De verdad tienes que bailar enfundada en este minúsculo vestido en un club lleno de hombres?

Sonrío sin poder evitarlo y sin dejar de moverme.

—Es mi club —respondo y siento su aliento en mi oreja cuando se inclina.

—Y tú eres mía —gruñe.

Ladeo un poco la cabeza para verlo, lleva la barba prolijamente cortada y por lo que veo cambió su corte de cabello, lleva rapado los costados, solo un poco. Lo hace ver jodidamente bien.

—¿Lo soy? —lo provoco.

—Por supuesto —susurra y luego siento la punta de su lengua rozar mi oreja—. ¿No lo parece?

Me encojo de hombros.

—No lo sé, desapareciste…

—Tenía cosas que resolver —murmura—. Lo siento, necesitaba…

—¿Un tiempo lejos de mí?

—No, por supuesto que no —murmura y besa mi hombro descubierto—. Necesitaba estar seguro de que soy el hombre que quieres.

Me giro entre sus brazos y coloco mis manos en su pecho.

—¿De qué hablas?

—Tenía miedo —confiesa con un brillo en sus ojos—. Tenía miedo de que me veas y solo pienses en mi hermano, en que llevo la sangre de quien te traicionó. Me aterraba que no soportes verme, que pienses que soy como él…

—No lo eres —digo de forma tajante.

—Lo sé —susurra y apoya su frente en la mía, cierra los ojos y suspira—. Pero debía estar seguro, esos eran mis propios miedos. Cuando lo entendí no quise perder más tiempo.

—Entonces me buscaste…

—Y te encuentro bailando en un club de forma provocadora en un vestido que te hace ver jodidamente excitante, como si eso fuera más posible.

Dejo escapar una risa y subo mis manos a su cuello.

—Mi club —le recuerdo—. Nadie se atrevería a molestarme…

—Ya —gruñe—. Pero todos pueden mirarte y no me gusta.

—Matthew…

—Te amo —sus palabras me dejan sin aliento y, antes de que pueda entender qué sucede, se arrodilla frente a mí, noto las miradas de todos—. Te amo, Maddox. Por favor, perdóname por ser un maldito cabrón y acéptame otra vez.

Trago saliva, acaricio su nuca con mis dedos y sus manos bajan hasta apretar mi trasero.

—¿Como mi *consigliere*?

—Como lo que quieras —susurra—. Soy tuyo.

Me inclino y lo beso.

EPÍLOGO

Un Año Después…

Matthew

Acaricio la espalda desnuda de Maddox, esparciendo el protector solar con lentitud por cada rincón de su piel tersa. Bajo el sol, su cuerpo adquiere un tono dorado y oliva que me vuelve loco. Es jodidamente excitante. Tanto, que la erección que presiona la tela de mi bañador ya empieza a doler.

—Podría haber hecho que cerraran toda la playa solo para nosotros —comenta.

Está boca abajo sobre una toalla, a escasos metros del agua turquesa. Las tiras de su bikini están desatadas a los lados. Tengo una vista privilegiada de su trasero, que está demasiado al descubierto para mi gusto.

—No hace falta —gruño.

—Entonces, ¿por qué tienes esa cara de cabreo?

Se apoya sobre los codos y gira un poco la cabeza para mirarme. Lleva unas gafas de sol oscuras y su pelo vuelve a ser rubio natural. La Maddox de cabello negro era letal, pero debo admitir que esta versión me jode la cabeza igual. Dijo que dejaría descansar el tinte negro hasta que se aburriera. Toda ella es un puto espectáculo.

—No estoy molesto —miento.

Por supuesto que lo estaba. Pero no por la razón que ella creía. O, pensándolo bien, sí.

—Matthew... —susurra, con esa voz cargada de burla.

Antes de que intente girarse, le planto la mano abierta en la espalda baja para mantenerla quieta. La escucho reírse mientras empiezo a anudarle las tiras en la espalda.

—Es una playa nudista, Matthew...

—Maddox, si tengo que arrancarles los ojos a cada imbécil que se te quede mirando un segundo de más, lo haré sin pestañear —mascullo entre dientes, terminando el nudo—. Ya hay demasiados idiotas babeando cuando usas ropa, ¿tus bikinis tienen que ser siempre tan... diminutos?

Ella rueda sobre sí misma, quedando boca arriba, y acomoda las manos detrás de su nuca. Mierda. La vista frontal es peor. O mejor, dependiendo de cómo lo mires.

—Por Dios —suspira, frustrada—. Deja de ser tan cavernícola. Yo podría decir lo mismo de ti cuando esas mujeres te comen con los ojos.

—Anoche dejaste tu punto bastante claro.

Sé que ha puesto los ojos en blanco detrás de las gafas. Niego con una sonrisa torcida y me dejo caer en la lona, a su lado.

Siempre quise viajar sin tener que contar cadáveres o vigilar mi espalda, así que le debo a Maddox esta paz. Los negocios van perfectos; decidimos dejar a Jace a cargo en Chicago porque, sorprendentemente, el cabrón ha empezado a madurar y a tomarse la organización en serio.

El plan era desaparecer dos semanas. Yo conocía medio mundo, pero solo por acompañar a Levi a sus reuniones de negocios, así que le dije a ella que eligiera el mapa. Así fue como acabé descubriendo su obsesión por las playas griegas. Y tengo que admitir que las vistas no están nada mal.

Lo de anoche en el restaurante fue... intenso. Encontramos un lugar pequeño a un par de calles del hotel. Ella fue al baño y yo me quedé en la barra pidiendo los tragos. Una rubia se acercó a hablarme y, en cuanto Maddox apareció, casi le arranca la garganta. Tuve que arrastrarla fuera de ahí y jurarle que la extraña ni siquiera había tenido tiempo de decir *«hola».*

Pero la entiendo. Yo me habría comportado igual, o peor. ¿Es sano? ¿Está mal? Me importa una mierda. Lo nuestro siempre ha escapado de lo normal, y exactamente por eso la amo tanto.

El pitido de su móvil me saca de mis pensamientos. La veo teclear rápido antes de soltar un bufido.

—¿Qué pasa, *tesoro*?

—Mis padres quieren que cenemos con ellos —gruñe, arrastrando las palabras con cansancio—. ¿Qué parte de *«vacaciones»* no entiende Levi? Se supone que eso incluye descansar de él.

No puedo evitar reírme.

Levi y Nora tienen una dinámica... extraña. O quizás tan normal para ellos que el resto no lo entiende. Él respira por su imperio de coches de lujo, ella por su emporio de moda. A veces se ven en Chicago, otras en Francia, y de repente pasan semanas encerrados en alguna de las mansiones de Nora aquí en Grecia. Habían vuelto a ser marido y mujer a su propia manera retorcida.

—Oye, al menos agradécele que me incluya en los planes familiares —le recuerdo, y ella asiente de mala gana.

No siempre fue así. Hace un año, la semana que desaparecí tras la muerte de Máximo, me senté a hablar con Levi. Quería dejarle claro que lo mío con su hija iba en serio. Contra todo pronóstico, se lo tomó bien, pero me dijo mirándome a los ojos que no se arrepentía de haberme dado un puñetazo y me juró que me cortaría las pelotas si alguna vez le hacía daño.

Así que Levi sigue siendo como un puto león guardián. Siempre alerta, siempre respirándome en la nuca. Y yo no esperaría menos

de él.

—Sabes que te quiere como un hijo —dice y suspira—. Y solo se comporta así porque es un crío caprichoso.

Eso era cierto.

—¿Cuándo quieren cenar?

—Esta noche.

—¿¡Qué!?

Maddox se levanta las gafas y me mira sorprendida.

—¿Cuál es el problema? —murmura.

Me aclaro la garganta.

—Ninguno es que había planeado llevarte a un lugar —murmuro y me encojo de hombros fingiendo indiferencia—. Pero está bien, diles que se encarguen de la reserva.

Maddox asiente y vuelve a recostarse.

Mi plan había salido mal por segunda vez.

—Deberíamos irnos —digo y me alzo sobre mis codos—. Es decir, para ducharnos, ya sabes…

—De acuerdo —se inclina y me besa con rapidez.

Recogemos nuestras cosas y emprendemos el camino de regreso. Para nuestra suerte, la arena casi se funde con la entrada del hotel; esa es básicamente la vista que tenemos desde nuestra suite. En menos de diez minutos ya cruzamos el lobby y nos metemos en el ascensor.

En el instante en que las puertas metálicas se cierran, aislándonos del resto del mundo, la atraigo de un tirón. La acorralo contra la pared y capturo su boca en un beso voraz, implacable, que no se detiene hasta que la campanilla del elevador anuncia el último piso. Me separo de ella a regañadientes. Maddox parpadea, aturdida y con los labios enrojecidos. Recorremos el pasillo a paso rápido y, en

cuanto la puerta de nuestra suite se cierra a nuestras espaldas, lanza todo al suelo y empieza a desvestirse frente a mis ojos.

Mierda.

Necesito hacerla mía. Ahora mismo. Sobre la alfombra, contra la pared o donde sea. Pero antes... antes tengo que llevar a cabo el puto plan.

Ya me quedó claro que no voy a poder hacerlo esta noche durante la cena con sus padres. Tampoco pude hacerlo esta mañana durante el desayuno porque algún imbécil había reservado el salón completo para un evento privado. Quizás el verdadero problema es que le estoy dando demasiadas vueltas a esta mierda...

Mis dudas se van al infierno cuando Maddox se gira hacia mí. El bikini ya es historia, y la vista en primer plano de sus pechos desnudos me paraliza el cerebro.

Trago saliva.

—¿Nos duchamos juntos? —murmura con voz traviesa. Parpadeo sin poder volver a la realidad y trago saliva, cierro mis manos en puños a mi costado y percibo el cambio de postura en ella—. Matthew, ¿estás bien? ¿qué sucede?

—Dame un puto momento —digo sin aliento.

Parpadeo, vuelvo a la realidad y camino hacia donde Maddox lanzó nuestros bolsos, busco en el interior hasta que encuentro lo que busco. Luego camino hacia ella, sigue desnuda y con las manos en sus caderas, en cuanto me acerco a ella y dejo caer ambas rodillas en el suelo, alzo la pequeña caja de terciopelo rojo.

No debería hacer esto así pero está claro que la vista de ella semidesnuda no ayuda en absoluto, así que todo mi discurso se va a la mierda en cuanto siento mi polla tensarse aún más.

—Cásate conmigo —digo con la voz ronca.

Maddox se congela. Sus manos caen de sus caderas, sus labios se entreabren y esos ojos esmeralda, que normalmente calculan la

muerte de nuestros enemigos con una frialdad aterradora, ahora me miran con un asombro absoluto. La intocable jefa de *Draghi*, la mujer que hace temblar a los hombres más peligrosos del mundo, ha dejado de respirar.

Abro la pequeña caja de terciopelo. El anillo en su interior es jodidamente perfecto: un diamante de corte esmeralda, oscuro, rodeado de una banda de oro blanco que mandé a forjar específicamente para ella. Pero ni siquiera el brillo de la joya puede competir con la visión de ella frente a mí, semidesnuda, vulnerable y con el pecho subiendo y bajando con una respiración errática.

A la mierda la cena. A la mierda la playa y los atardeceres perfectos. Este es nuestro mundo. El caos, la desnudez, la urgencia de poseerla aquí y ahora.

—He intentado hacer esto por las buenas —confieso, sin apartar la mirada de sus ojos, clavando mis rodillas en la alfombra de la suite —. He planeado cenas estúpidas y paseos de mierda, tratando de darte algo normal. Pero nosotros no somos normales, Maddox. Yo no quiero un matrimonio normal. Y definitivamente no quiero una esposa normal.

Llevo una mano hacia adelante y atrapo la parte posterior de su rodilla desnuda. Su piel se estremece bajo mi tacto, pero no retrocede un milímetro. La atraigo un poco más hacia mí, marcando la piel con la yema de mis dedos.

—Hace un año, en el suelo de tu apartamento, me dijiste que eras un monstruo —mi voz baja, volviéndose un gruñido gutural que vibra en la habitación—. Te lo dije entonces y te lo repito ahora, de rodillas ante ti: yo venero a ese monstruo. Eres mi reina. Eres mi jefa. Eres mi religión.

Traga saliva, y veo cómo un brillo líquido y traicionero inunda sus ojos. Pero no es debilidad. Es la magnitud de esta jodida obsesión que nos consume a los dos.

—Quiero estar a tu lado mientras quemas el mundo entero hasta los cimientos, Maddox. Quiero ser el cabrón que te limpie la sangre de

las manos después. Quiero que lleves mi apellido. Quiero ponerte este anillo para que cada maldito infeliz que se atreva a mirarte sepa que tu cuerpo, tu mente y tu oscuridad me pertenecen absoluta y exclusivamente a mí. —Aprieto mi agarre en su pierna, deslizando la mano hacia su muslo—. Y yo te pertenezco a ti. Hasta mi último maldito aliento, mi vida es tuya.

El silencio que sigue es ensordecedor. Solo se escucha el latido frenético de mi propio corazón golpeando contra mis costillas. Maddox baja la mirada hacia el anillo y luego la clava de nuevo en mí.

Y entonces, se derrumba.

Cae de rodillas frente a mí, quedando casi a mí misma altura. Sus pechos desnudos rozan mi camisa, pero la tensión en el aire es tan grave que el sexo pasa a un segundo plano. Levanta ambas manos y atrapa mi rostro con fiereza, hundiendo sus uñas ligeramente en mis mejillas, reclamándome.

—Estás completamente loco, Matthew —susurra, con la voz rota, rasposa por la emoción—. Solo un loco desquiciado querría atarse a un monstruo para el resto de su vida.

—Entonces soy el jodido rey de los locos —le respondo, acercando mi rostro hasta que nuestras narices se rozan, respirando su mismo aire—. Dime que sí, *tesoro*. Dime que eres mía.

Los ojos de Maddox brillan con lágrimas, pero sus labios se curvan en esa sonrisa depredadora, arrogante y hermosa que me robó el alma desde el primer día.

—Sí —sentencia, y la palabra suena como un pacto sellado con sangre—. Soy tuya. Y tú eres mío, Matthew. Ponme ese puto anillo de una vez.

No pierdo ni una fracción de segundo. Saco la joya de la caja y tomo su mano izquierda. Su piel está caliente y tiembla ligeramente cuando deslizo el diamante por su dedo anular. Encaja a la perfección. Como una corona.

Maddox mira su mano por un segundo antes de soltar un gemido ahogado, enredar sus manos en mi cabello y estampar sus labios contra los míos.

La beso con una ferocidad salvaje, devorando su boca, metiendo mi lengua para saborearla mientras la empujo hacia atrás hasta que su espalda choca contra la alfombra. El sabor de la sal, de las lágrimas y de un futuro juntos estalla entre nosotros.

Los monstruos no tienen finales felices. Pero mientras la desnudo por completo y la hago mía en el suelo de esta habitación, escuchándola gemir mi nombre, sé la verdad.

Gobernaremos *Draghi*. Destruiremos a nuestros enemigos. Y nos amaremos en la oscuridad, en la sangre y en el puto caos, hasta que la muerte nos alcance.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Si llegaste hasta aquí, solo puedo decirte una cosa: gracias.

Gracias por abrirle un lugar en tu corazón a la familia Draghi, por acompañar a Maddox en su viaje y por confiar en mí para contar una historia donde el amor y la oscuridad siempre caminaron de la mano.

Escribir esta bilogía significó mucho más que crear una historia de mafia. Fue descubrir personajes que me desafiaron, que me sorprendieron y que, poco a poco, encontraron su propia voz. Espero que hayas sentido cada una de sus victorias, de sus heridas y de las decisiones imposibles que tuvieron que tomar.

También quiero agradecerles a todas las personas que me acompañaron en este proceso, a mi familia, mi comunidad en bookstagram, mis amigas y una mención especial a mi diseñadora, que también es colega pero más importante, una amiga muy especial.

Ningún libro existe de verdad hasta que encuentra a sus lectores. Por eso, gracias por elegirme entre tantos títulos, por dedicarme tu tiempo y por permitirme compartir este mundo contigo.

Si esta historia te hizo sufrir, enamorarte, contener el aliento o cerrar el libro con el corazón acelerado, entonces todo el trabajo detrás de estas páginas habrá valido la pena.

Espero volver a encontrarte muy pronto entre las páginas de una nueva historia.

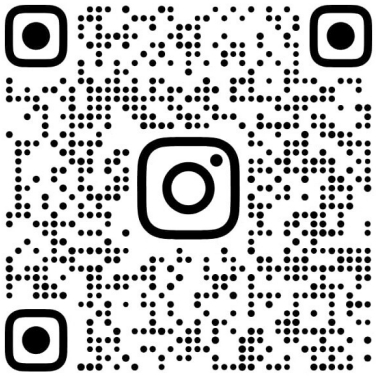
¿Me ayudas con una reseña?

Si disfrutaste esta novela, una reseña en Amazon puede marcar una enorme diferencia para un autor independiente.

No hace falta escribir mucho: unas pocas líneas contando qué te hizo sentir la historia ayudan a que otros lectores puedan descubrirla.

Gracias por dedicar unos minutos más para apoyar mi trabajo. Significa muchísimo para mí.

No olvides seguirme en mis redes para no perderte de nada.



PROYECTO DIAMANTES

CLASIFICACIÓN: CONFIDENCIAL

Estado del caso: Activo.

Objetivo principal: Bajo vigilancia.

Amenaza: Desconocida.

Una mujer que solo intenta sobrevivir. Un hombre acostumbrado a conseguir todo lo que desea.

Una ciudad donde el poder se mide en sangre, secretos... y diamantes.

Hay historias que comienzan con un encuentro, pero esta comienza con una obsesión.

El próximo expediente está a punto de abrirse.

Próximamente....
